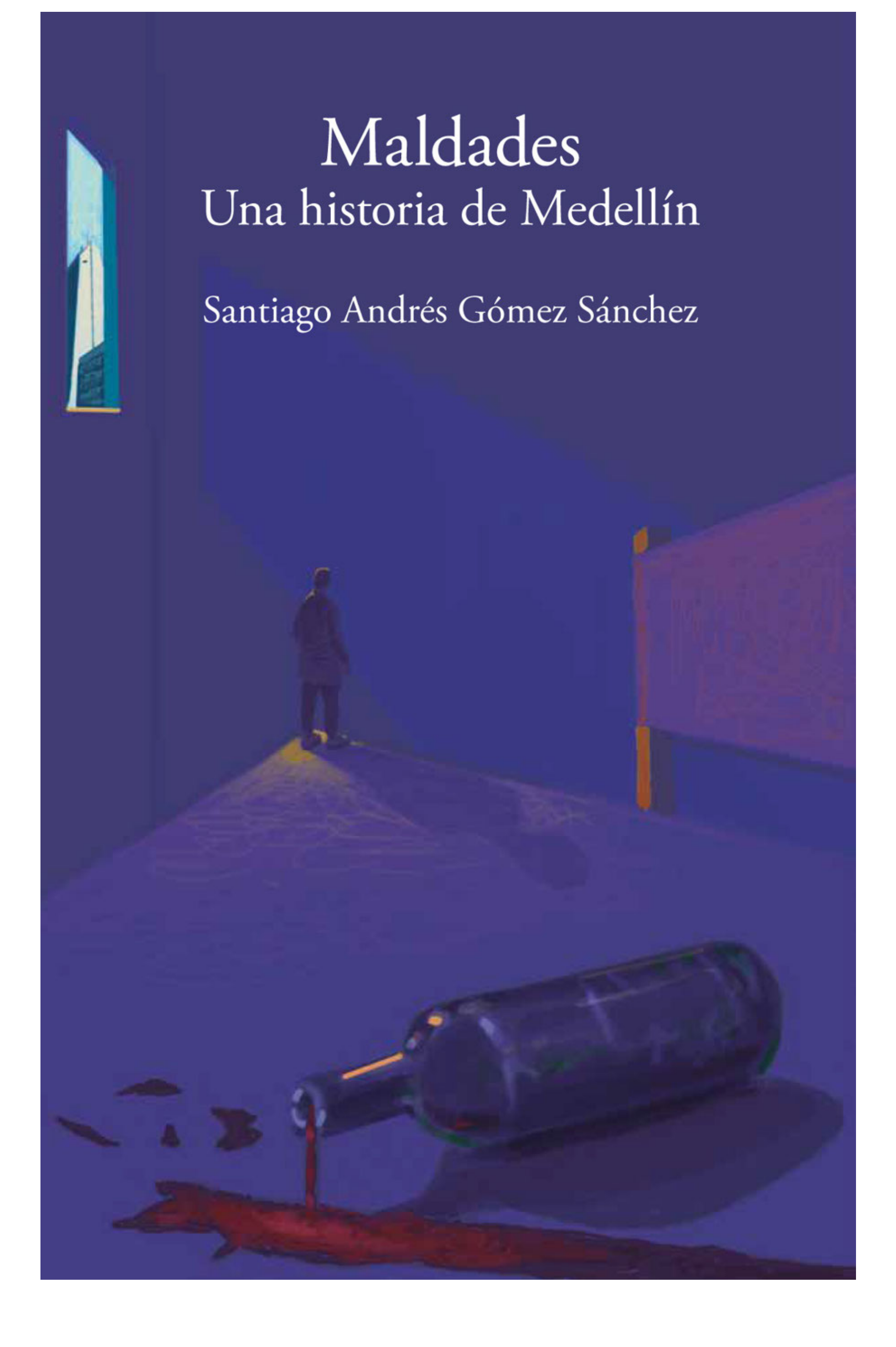

Maldades
Una historia de Medellín
Santiago Andrés Gómez Sánchez

-

Santiago Andrés Gómez Sánchez (Medellín, Colombia, 1973) Escritor. Comun

Maldades

Una historia de Medellín

Santiago Andrés Gómez Sánchez



-

Gómez Sánchez, Santiago Andrés,1973- Maldades: una historia de Medellín /

-

ISBN:
Impreso: 978-628-7543-63-8
ePub: 978-628-7543-64-5

Maldades. Una historia de Medellín

Primera edición: Medellín, Colombia, julio de 2023
Editoras: Lucía Donadío y Alejandra Toro
Corrección de textos: Rubelio López
Diagramación: Magnolia Valencia
Ilustración de carátula: Luis Loayza
Diseño de carátula: Érica López

Distribución y ventas: Sílaba Editores
www.silaba.com.co / silabaeditores@gmail.com
Carrera 25A No. 38D sur-04. Medellín, Colombia

A Gabriel

Miro los objetos cotidianos:
un tocador decimonónico
y su espejo de luz amarillenta,
donde la bisabuela de moño templado
ensayó la sonrisa para el novio;
una poltrona que guarda en su seno
las centenarias conversaciones de visita;
el retrato estudiado y solemne
de una persona desconocida
cuya sangre va todavía por mis venas;
el chopiniano piano "Pleyel"
que llegó por orinocos ríos y selvas;
muñecas desgonzadas como a la espera.
Todo estuvo en una casa desaparecida
con señoras de crinolina y virtudes
y señores que hacían mal la guerra.
Me miran los objetos cotidianos,
manoseados por tantos sangre atrás,
y me envían señales íntimas
que quieren decir de cosas enterradas,
cosas de amor, de desencuentros, de risas,
que hicieron posible que esta tarde
yo pueda nombrarlos en un poema.

María Mercedes Carranza

Nota aclaratoria

Esta historia es pura ficción. La Medellín de que habla es una Medellín de mentiras, y los personajes de que habla, sobre todo los reales, son pura mentira. Este libro es, pues, del orden de los espejismos, y podría describirse como referencia informal de una simple realidad alterna. En consecuencia, confesamos de modo abierto que no se busca representar correcta o fielmente a las mujeres, a los niños ni a los hombres, tampoco a los pueblos afro o de la Abya Yala, a ningún grupo vulnerable o estigmatizado, y ni siquiera al ser humano en general. Y no solo es que no creamos en una posible representación correcta. Ya que todos los personajes son, más bien, proyecciones oníricas del autor, esta novela no es, ni mucho menos –no puede ser–, una obra feminista, en tanto sabemos, además, que su autor es un hombre que, tal y como se lo han hecho ver a él las feministas, goza de todos los privilegios que le da el ser hombre en nuestras sociedades occidentales y, además, un hombre que en un pasado no muy lejano fue un acosador e incluso, en lamentables ocasiones, un abusador, y que alguna vez, en los años noventa, sin darse ni cuenta, estuvo a punto de ser un violador. Lo que sí podría defenderse es que el libro que entregamos al lector en todos sus episodios es parte de lo que muchos hombres tenemos por decir en contra del patriarcado, más o menos en la onda de cierto masculinismo que representa, especialmente, pero no únicamente, el escritor Warren Farrell. Por último, puede ser conveniente advertir que, debido a la recurrencia de algunos eventos y tipologías en este ambicioso relato, entendemos, igualmente, que el contenido de algunos tramos suyos no sea de interés para algunos de sus eventuales lectores, pero intuimos que en el futuro esa posibilidad será cada vez menor, y que Maldades. Una historia de Medellín es, como lo ha sido Paradiso, de José Lezama Lima, una novela para el futuro, más que para el presente, y está reservada para unos pocos buenos lectores. Esos que disfrutan el releer, más que el simple (creer) leer.

Nuestro desafío realmente es contra la estupidez.

Parte 1
Argumentos de poder

Preludio

–vertiginosa–

Si hay algo que detesto es un hombre vestido de azul.
Esther Greenwood, en La campana de cristal

Isáfora

Junio 13, 2015. Viernes. 17 h 23 min.

Mi decisión está tomada. No sabes cuánto lloro, no sabrás cuando lo leas, no sé yo ahora que lo escribo, cuánto lloro, qué lloro, de dónde surge este manar, ni qué es llorar siquiera. La vida se me va en lágrimas y me río. Y es que no es vida lo que quiero, es tu muerte, maldito gozón, es ese poder estar encima de todo, como lo logras tú, incluso sin darte cuenta. Oh, tú, gozón, cuando me matas. Ese es el nombre que debí de haberte dado. ¿Oyes, madre, difunta verdadera? Naa. Qué va cualquiera a entender lo que aquí está escrito, mucho menos tú. El hombre que me enseñó que todo es parte de todo –y no es Marduk: es más que Marduk– va a tener que darse cuenta de lo que es definitivo, y de que yo lo sé. Porque realmente, realmente (qué palabra tan curiosa, tan furiosa, chistosa, leve moza), realmente, lo único que me interesa es demostrarle, sí… lo que hemos hecho, todo lo que podemos hacer, lo que él comprende, ve, me muestra, a donde me lleva pero no se atreve a entrar ni mucho menos a quedarse. Y en cambio, hasta dónde puedo llegar para su liberación, para la mía, tonto, para romper de verdad con los cadalsos. De Nietzsche, basta; de Sylvia Plath, basta… No… Basta con ser un genio… Soy yo, yo, la que quiere cantar y ser la súper-hembra, y tú, Biemparido, Gozón de trupamulta, qué es lo que me dejas queriendo, por qué te haces querer en lo tan poco que logra ser tanto sin ser nada, tú sabes, todo, y sin darte cuenta… Con dejar de hablar un rato dices algo, despides luz sobre lo hecho, sobre el mundo… Cómo haces que te perdone el que te vayas tan rápido, el que hayas venido tan rápido, no sé… Hace poco, más bien poco, empecé este diario, y siento que he crecido un poco diciéndome estas cosas, que tú y yo hemos sabido escribir en mi

corazón, lindo… No quisiera decirte lindo, pero eres súper lindo, si defino el término. Lindo es alguien que me deje respirar y me contemple antes de hablar, que me contemple a mí, esa es la palabra. Sentirme no contemplada como los melindrosos nenes, como los machitos aciagos, sino mirada con la atención y el amor que hemos descubierto tuiyoadentro, juntos en ese animal que creamos con un vistazo escondido en el otro, y un recuerdo apresurado, tuiyoadentro, mandón. Mi decisión está tomada, porque quiero contemplarte sin reproches y eso no dejas tú que sea posible, a ti, con las estrellas, aunque lo deseas, cediendo siempre. Que sea del todo –he soltado un chillido, ja, ja, no me imaginé diciendo estas cosas–, daremos el salto final a la luz real, al camino oculto que se nos abre al frente. Mi amor es lo que quieres, lo que consigues y luego evitas, ahuyentas, perro. Mi decisión te sorprenderá esta noche, porque yo te revelaré, fastidioso, te revelaré lo que eres, desde la raíz de tu cabello mágico y rebelde, desde la raíz o las fuentes infinitas de este llanto de alegría en que se va mi dolor terrible, mi hastío insoportable, mi formativo y bienhechor espanto de tantas y tantas noches.

Me alzo, Marduk. Allá voy, y no sea lo que no fuere. Son las dieshosho horas con shero shegundos, bello.

Capítulo 1

Todos muertos

–Veloz, con pausas–

Observo desde un ángulo la operación inútil
y me abrasa el deseo de arrancarme los ojos.

Isla Correyero

Alzbieta

Soy una mujer madura, sin esperanzas, que pudo decir ayer sin ilusiones, y ya no, ya solo y del todo sin esperanzas, que ha perdido a su hija, a su única compañía. Debo decírmelo de nuevo, porque no sé si en verdad apenas haya comenzado a madurar, o si ya lo que haya por aprender, por serenarse, por crecer, sea un camino de vuelta. Debo repetírmelo, repetírmelo hasta dormir o entrar en un estado del que pueda salir otra. He perdido a Isá. He perdido a mi única hija. ¿La perdí desde antes? Ni el llanto me acecha ya, ya no tanto, ya casi no. Hay un vacío que no sé enfrentar, y temo comenzar a perderme a mí misma, temo terminar deshecha si no comprendo que algo soberano en Isáfora se impuso, como se lo leí esta mañana en su diario arrevesado: me alzo, Marduk. Pero mi encuentro de esta tarde, hoy, lunes 16 de junio de 2015: ¿a qué se pudo deber? Ese pelmazo, esa desvencijada gloria temprana de las letras pueblerinas, ese pobre hombre, encantador, aún atractivo y tan amable siempre, pero tan envanecido, tan ido, tan perdido, ¿será? Fue el profesor de Isá. ¿Será él el Gozón Biemparido, el propio Marduk? Nos topamos en el Café Vallejo, que es tan frío, pero el único a donde pude ir a refugiarme, cansada, cansada de todo, o abatida: ese es el término, desolada. Leer el diario desquiciado de Isáfora me ha dejado convertida en otra cosa, en otro ser, o en un no ser. ¿Soy una mujer madura, sin ilusiones…? Dios mío, no puedo dejar de llamarte. ¿Albergo la esperanza de algún día ser otra vez una mujer con esperanzas?… sean estas cuales

ilusiones fueren. Este sujeto, Julián, Julián Andrea Sánchez, que pudo ser mi hijo… Que pudo ser mi amante, si se quiere… Porque así es, casi incestuoso… Yo le pedí esa vez que no me mires así, asustada, primera vez que me temblaban las piernas con un hombre que no fuera mi papá… Pero hoy, definitivamente, su historia es una historia y la mía es otra historia muy distinta, del todo distinta. Y sin embargo hoy, en este ocaso, debo preguntarme: ¿será Marduk ese jovencito que incluso fuera durante años como mi paciente gratuito en psicoanálisis, al que en buena parte eduqué sentimentalmente, al que vi llorar de amor tantas veces por otras…? Julián Andrea Sánchez, el profesor de lenguaje cinematográfico de Isáfora, ¿por qué viene, Señor de mis padres, esta leyenda urbana ya un tanto rancia a hablarme de su propia historia, desesperado, acomedido, indiscutiblemente triste, y despierta en mí todo tipo de deseos, deseos de saber, sobre todo, o los renueva, de saber no sé ni qué, no me atrevo a decir qué? Quisiera saber qué hay en él y qué hay en mí que todavía no sabemos. Quisiera no solamente descubrir qué sabe de mi hija, aunque esa sed ya me agobia. Yo quiero conocer por fin si, lejos y adentro de todas las esferas concéntricas y entreveradas que orbitan y navegan por entre sí mismas –haciendo mi alma tejida y destejida–, si por fuera de ellas respira una luz rebelde, una tierna monotonía, tal vez, una sucia luz impenetrable, ¿por qué no sucia e invicta?, que me demuestre que mi hija y yo viviremos, o si acaso vivimos, que me demuestre que ahora mismo vivimos… Estoy mal, estoy muy mal. Pero justo el atorrante habló de eso. Dijo que tenía una idea sobre la vida muy distinta a la idea que se tiene sobre la muerte. Tales fueron sus palabrejas. “Una idea sobre la vida muy distinta a la idea que se tiene sobre la muerte”.

¿Volverás mañana?

Julián

Qué bello ha sido encontrarme con Alzbieta hoy, casi a propósito. Qué bello ha sido que me diga esas palabras del final. “Vuelva. Que el diálogo no se rompa”, me reclamó, y yo pensando que de un modo u otro la importunaba. Venía yo de un evento durante el festival de cortometrajes de Celso Henao en el que levanté la polvareda definitiva de mi vida, o no, hablando de Juan Carlos López, no la definitiva, Juan Carlos al que mataron, como tal vez me maten a mí, como mataron a ese niño delante de mí en La Unión, a todos, al que sea, y me topé con esta mujer luego de andar mucho rato, confundido, pues ni quise tomar bus a la salida del Andino. Del mero Instituto Global Andino, sí señor, y me fui a pie desde el centro hasta Laureles. Mi

segundo hogar, caramba, el Andino, y el de la propia Alzbieta, valga recordarlo… Fue encontrarnos y mirarnos un instante, y de pronto sentir yo como un pozo negro que me jalara y cuyas paredes subieran muy rápidamente frente a mí, no pude más sino sentarme, con vértigo, taparme la cara con las manos y empezar a llorar, llorar a raudales, como nunca antes había llorado… Nunca antes, y no ha sido poco… Lloraba por Juan Carlos, a quien Alzbieta conoció muy bien, en cuyo funeral estuvo, pero lloraba sobre todo por mí. Lloraba por Isáfora. Lloraba por Verónica, que en ese momento estaba en casa, trabajando como siempre, como ahora mismo, cuando vuelvo a casa, trabajando ella sin remuneración, como siempre… Lloraba por la ciudad entera, por mí, porque la ciudad, más que dejarme solo, me ha desterrado dentro de sus muros, y porque la ciudad se entrega día a día, y cada vez más, a esa mansedumbre suya gracias a la cual entidades como el Andino o el supuesto periódico El Parroquiano, o la misma alcaldía de Medellín, y Bancamina, seguros Pira y almacenes El Clóset, con su pie en nuestra nuca nos hunden el mentón en el pantano, y elevan al poder al que quieran, así como si no, y nos engañan y roban de frente: cuando pagás el mercado, los servicios públicos, la cita médica, lo sabemos todos, y matan de frente a miles y lo niegan, pero todos nos quejamos bajito, nos quejamos y no hacemos nada, no podemos hacer nada de nada. Y pensaba en Jesús María Valle, y en Héctor Abad Gómez, mártires de los derechos humanos, y en los cientos de profesores y sindicalistas, como lo soy yo ahora, profesor, a quienes desde los setenta (profesor y sindicalista), a quienes desde los treinta comenzaron a matar ellos, no otros: ellos, la dirigencia prestante y cristalina de esta región, a matarnos como si fuera por deporte en esta ciudad, en todo el país: uno, dos, tres diarios, y todo callado, o disimulado, y si se sabe, todo resignadamente aceptado, como nos lo impone El Parroquiano, un simple o mayor escándalo. Y pensaba yo llorando y llorando y llorando a mares, del modo en que nunca antes lo había hecho en mi vida lamentable y estremecida, en cómo el cine y todo, la televisión que hice, el mismo fútbol que disfruto, hacen parte de la misma máquina, en cómo además por todos sus ramajes se filtran las mismas conmovedoras insidias morbosas, los mismos asesinos rampantes, las mismas tragedias humanas provocadas, ignoradas o negadas, que Isá me juraba íbamos a conjurar, a desnudar, a sublimar bajo mi guía, la guía de la noche. Pero no le dije nada a Alzbieta: qué le iba yo a decir. Solo lloraba yo por Isáfora, en verdad, solo por ella y por mí, que estoy no cascado, ni dolido, sino realmente destrozado por su muerte criminal que será impune, en la que tal vez yo fui el mismo asesino y ni lo sé, porque ya no sé dar cuenta de mí mismo, aunque lo haré, sobrio o borracho, lo haré, lloraba por estos restos que también soy o quiero nada más ser de salvaje bien muerto y

enterrado, aporreado por los golpes anhelosamente dados y rayado por los arañazos perfectos pero tardíos de la difunta Isáfora, por mí lloraba, sí, y por los puños del condenado taxista, Doble Seis, a quien luego ellos mataron esa noche… Porque era él y lo mataron por mí, que estoy mandado a recoger, sin amigos que me defiendan, que tengo dos y tres paladas de tierra negra en el pecho desde hace años, cuando empecé mi campaña contra El Parroquiano, sin que me terminen de matar nunca, y que ando desprestigiado en todo desde que protesté por las anacrónicas y hoy tan perniciosas políticas culturales del Andino y luego, en Universidad Ática TV, donde trabajaba, por la incoherencia totalitaria, arrodillada y vendida de los jefes a los dictadores frenéticos del mundo, y también en Prolepsis, cómo no, universidad fascista neoliberal, o sea, nido de ratas de cuello blanco, cómplices y a veces autores directos o indirectos de todas las masacres de esta nación y de otras de la subregión, pero Alzbieta ni sabía lo que pasaba por mi mente, y era esto que vive Medellín incluso desde los tiempos en que mataron a Juan Carlos López, y ya desde mucho antes, desde ese día en que supe de su asesinato y me cogió –siendo todavía un niño– tremendo ataque de risa al frente de mi hermano Daniel, que me lo informaba con frialdad, todo lo que diré en mi novela, y es que desde entonces el mundo se venía derrumbando poco a poco, sí: lo que pasaba por mi mente y Alzbieta no sospecha aún era esto que palpo en el Café Vallejo de mi recuerdo inmediato o sigue palpitando en mi sueño personal y luego diré en clave para dar cuenta de mí, que el mundo desde niño fue un puro erosionarse, o para dar cuenta de lo monstruoso que somos, desde que nació, y así dar cuenta de lo monstruosa que es, lentamente, nuestra viva madre tierra, un desmenuzarse, ella y no otra, deshacerse, lujuriosa, y resbalar en placer de muerte, sin morir, como el bizcochuelo mojado de esos que me como sin que terminen de derretirse nunca, ensopados en su ambrosía singular, jamás, zarza que arde pero no se consume, temblorosos, sin nombre, mientras allá arriba alguien gime, rota, única y fugada por su herida eterna de luz oscura, desconocida, alguien, ¡alguien!, y no sabe controlar mi cabeza, no puede, de diablo sádico y piadoso, de dos cabezas y seis lenguas viperinas enroscadas. Alzbieta solo estaba sentada allí, mi vieja amiga, inocente, al fin y al cabo hace tanto tiempo decidió abandonar esto tan pérfido, este agite de la alta cultura, de la cosa pública, más o menos por la época en que se murió nuestro maestro común, Luis Antonio, el decano de todos los críticos de cine del país, poco luego del asesinato de Juan Carlos, y se dedicó ella de lleno a sus labores de psicoanálisis y no volvimos a saber nada el uno del otro, ni el rastro. Lo único que supe, en un momento dado, mientras se agitaban mis hombros, la única verdad a la que accedí, convulsionándome sin darme cuenta, enloquecido,

llorando ahora solo por Isá, porque no dejaré de preguntarme qué pasó, quién la mató, si fueron ellos, ellos, o si fue Isáfora misma, o si fui yo, desesperado, lo único que supe, despreciable, fue que una mano se posó en mi hombro, lo único, lo único. Se había adelantado Alzbieta en su asiento, recogido su falda de lino negro, un poco embarazada ante mi llanto sonoro, al frente de la gente que pasaba al frente, por la calle, o que se tomaba un tinto al lado, en nuestro Café Vallejo, pero sobre todo contrita ella, conmovida, porque la conozco, ah, cómo hablábamos en otros tiempos… Horas y horas… Y era allí esa mano ya mismo, días y días, el ser unos desconocidos quienes antes fuimos tan cercanos, años y años… Era eso, el reencuentro inesperado, esa mano en mi hombro, el mirarnos y descubrir en otros, muy hondo, lo que parecía perdido, todo ese mundo que se fue, nosotros, nosotros, que se deshizo, no era otra cosa lo que me seguía partiendo en mil llantos rabiosos, inconsolable… Pero estaba aquí, al lado, aquello vivo… Así que tomé su mano y me la llevé al rostro, la mojé en mis lágrimas y la besé. Ella la quitó rápido, venga, tranquilo, levántese, cuénteme qué le pasa, y yo asustado, vuelto en mí, sabiendo que la vida ha sido devuelta para mí luego de cuántos, ¿veinticinco, treinta años…?, me le lancé en un abrazo, supe que ambos debíamos de estar allí, que ese momento era trascendental en mi vida y tal vez en la suya, porque esa mirada con que nos vimos, esa mirada con que nos descubrimos, era la mirada de algo que necesita de lo otro para hablar, la mirada adolorida, para que lo otro vil o inerte le bese la mano llorando, para que te abrace con los ojos brotados, salvaje, consternado, pero en paz, los dos en la paz de saber que allí está todo, en el abrazo mudo, en la incomprensión atónita, siéntese, ¿querés tomarte algo?, me preguntó, mezclando el tú con el usted, como nosotros los paisas, y con el vos, los hijos habitantes de esta tierra bendecida, yo botando duro el aire, como si hubiera corrido una maratón en Babilonia…

No, nada, le dije, no quiero tomar nada… Solo quiero descansar… Descansar…

Alzbieta

Me contó que esta vez la había armado de verdad. Y sí, parece un acto suicida lo que hizo hoy, hasta mí rebotaron pronto los comentarios en Facebook. En pleno Andino, por Dios, en pleno recinto máximo del Andino venir a decir que Luis Antonio y Pete mataron a Juan Carlos López. Claro que yo ya me lo olía, él tiene toda la razón: fuimos muchos los que colaboramos, aun sin saber, para que mataran

a Juan Carlos, o al menos para que el homicidio quedara en la absoluta impunidad… Y como señala este loco, si ellos no mataron a Juan Carlos, “al menos sí fueron cómplices”, que es como decir lo mismo, más bien. Eso, y más, fue lo que dijo delante de doscientas cincuenta personas, con Juan César González en el estrado junto a él y estrenándose este como editor de Cronotopo, madre mía. Juan César, que debe de ir cada año a la tumba de Luis Antonio, a ponerle flores al maestro, a agradecerle por todo lo que nos dio… Al menos esto me hizo olvidar a Isáfora por un momento, no te lo puedo negar. Yo miré para otro lado, imaginando el momento, y boté el aire, como si hubiera corrido una maratón en Babilonia. Fue entonces cuando lo oí pronunciar, lentamente: “El mundo es el diablo convertido en Dios, y el lenguaje es Dios convertido en el diablo”. Lo miré en silencio, creo, preocupada por él, y yo, que días antes juraba que ya nada me asombraba, lo percibí al amigo nítidamente. Con los brazos descolgados en el regazo, miraba al suelo, vencido, y de sus sienes chorreaban goteras inflamadas, como brea encendida, que iban a dar y quemarse en un chisporroteo en las baldosas del Café Vallejo. Con palabras sibilinas, “esto es un desbarrancadero en que el ser busca prevalecer en forma de silencio”, añadió. “El gran peligro es el gran poder” (yo lo escuchaba como si tomara nota), “y consiste en confundir la letra con la idea, y la idea con la cosa”. Pensé que deliraba. Me contempló, con gesto retorcido, y me mató el ojo. “No soportamos ni soportaremos el misterio que se impone y nos pide quietud, es un extravío el mismo reposo que encontramos, yo aquí, tú ahí, la solución es una muerte que nos trascienda, o sea una vida entendida como Paradiso”. Había una luz amarilla en sus ojos, no digo la luz blanca, reflejada del día, sino una viva, refulgente luz propia. Pensé en la vez en que lo conocí, recordé lo bueno que pasábamos hace mucho con Luis Antonio, y mientras tanto él se recostó en el espaldar de la silla y se adentró, más descansado, en sus elucubraciones. Mi padre aún estaba vivo en aquellos tiempos, a fines de los ochenta, y Luis Antonio me contó que había conocido a un muchacho muy interesante que él quería presentarnos a Rafa y a mí, para pasar ratos en casa suya como solíamos hacer los amigos, Felipe Isaza, Mirta, el propio Víctor Galindo, que acababa de ir al Festival de Cannes elegido para competir por la Palma de Oro con Ricarda da. Al sábado siguiente lo conocí en la sala del cine, donde nos acomodábamos a veces muchos más invitados todos los fines de semana a devorar montones de películas desde la mañana hasta muy en la noche. Eran mis días felices. Yo me había vuelto una mujer juiciosa, luego de una juventud más bien extravagante en que anduve por las calles ofreciéndome a quien quisiera amarme, que no eran solo mis novios. “La novia de Medellín”, me decían. Recuerdo que tal vez

el único hombre del grupo de amigos con que compartí sin acostarnos toda esa mi primera juventud y última adolescencia, fue justamente Víctor, famoso galán de calle y salón. Nos teníamos respeto, o sea, algo de temor. A Rafa lo conocí en un bus de Aranjuez, llevaba mi futuro esposo un grueso libro –que supe luego era de Thomas Mann– y le puse conversación, de pie los dos, tomados de la barandilla, ¿y con eso tan grueso sí se puede leer en la cama?, con la boca abierta, más por real curiosidad que coquetería. "Pero no a los gritos", me respondió, compasivo, y no me bajó la mirada. "Ni más de una vez al día porque uno se cansa. ¿Quiere probar?". Yo me recompuse, me estiré, miré al frente. "Pero no en mi casa", dije, con seriedad. Sabía que aunque no lo pareciera, la mía era en ese momento una actitud distinta a la que acostumbraba, porque antes habría sonreído, con mayor sencillez o claridad. Así era yo. Sin embargo, la vida con los hombres me había maltratado, nunca esperé el desprecio –y terminé hallándolo– en quienes más quería, y la fama que conquisté ya no me halagaba tanto, justo por la ruindad de la gente, que es envidiosa a más no poder. Así mismo, tenía problemas con mi padre, que toda la vida fue violento y cada día lo era más conmigo. Yo no buscaba nada más que un compromiso, ni buscaba tampoco un matrimonio de oficio para huir. Buscaba amor. Eso lo tuve en claro muy pronto. Y lo encontré ese mismo día. Desde luego, el que me casara con Rafa sorprendió a todos y en especial a mis amigas y las demás mujeres de Medellín que me conocían, pues di con el hombre más bueno y hermoso de este planeta, que para mi interminable tristeza murió demasiado rápido, hace diez años, cuando Isáfora apenas tenía ocho.

Julián hace una pausa, alza las cejas y dice, mirando a otro lado: "Pero estas convicciones no me convencen". Yo me río. Ha hablado de una especial predestinación que lo acosa, de una persecución que según cree proviene de poderes globales, poderes, dice él, de vejez inmemorial, anterior al mundo. Nos traen una cerveza para él y otra agua de limoncillo para mí (ya me he tomado una). Está cada día más triste y derrotado, ¡pero era tan tierno cuando lo conocí! Mirta estaba ya conversando animadamente con él cuando entré yo a la sala del cine, y despertó ella en celos con prontitud, porque sin advertirlo nadie Mirta se había encaprichado y el niño prefería hablar conmigo todos los días. Y es que al domingo volvimos a la sala del cine, y al otro fin de semana pasó igual, y de pronto era que el niño era el favorito de Luis Antonio, y yo lo llamaba para conversar y nos veíamos en el centro, tomando un chocolate en Versalles, o comiéndonos un cono de fresa en Mimo's, mientras que Mirta, que solo lo veía cada ocho días, tuvo que confesarme que a ella él le encantaba, y yo le dije tienes el campo abierto, porque él no mata ni a una mosca y yo estoy plena con Rafa. Ese era Julián, inocente, tímido,

inofensivo… Se volvió una estrella de la crítica cuando Luis Antonio le dijo que escribiera en Cronotopo, y válgame Dios lo que ha vivido desde entonces. Estuvo en el hospital mental, incluso, pero cuando ya no nos hablábamos. Había perdido la razón por el abuso de cocaína (un poco como el difunto Juan Carlos, aunque este sobre todo perdió la paz y el prestigio), y para entonces eran muchos los años que habían pasado ya desde esos primeros encuentros. El cambio fue lento, y Juli pasó de alejarse de Luis Antonio a frecuentar un combito de inadaptados que le cambiaron el modo de ver las cosas, el grupo de Kadera Salvaje. Se volvió callejero y sus opiniones, más que él, se hicieron problemáticas. Porque era brillante. Era impredecible e incansable, y por un momento nos pareció a todos imbatible. Gente de la más alta calificación le vaticinaba un futuro envidiable en los más secretos recintos del poder, y muchos lo odiaban por eso, y luego se la han cobrado caro, carísimo, porque si hay alguien torpe para la simulación es él, y eso tampoco le interesa, y en cambio pregona cada vez que puede su preferencia por los poetas malditos, y pareciera capaz hasta de matarse sonriendo, tirándose de cabeza al río Cauca, como se ufanó alguna vez en Facebook, si alguien le pagara el pasaje. Muchísimo más luego de aquellos días estrepitosos de Kadera Salvaje, supe, ya cuando tal vez ni el recuerdo nos vinculaba, que había salido con creciente éxito de la droga y estaba felizmente casado con una tal Verónica, pero una batalla bien sonada se armó cuando quiso defender con nuestro amigo Monedita a Cronotopo de las nuevas políticas de austeridad del Andino, que ya Pete no dirigía porque también se había muerto (Juan Carlos muerto, Luis Antonio muerto, Pete muerto, todos muertos…), y a los meses se montó en otra pelea perdida desde el principio: se puso a hacer un documental contra El Parroquiano que hizo de Julián Andrea Sánchez algo así como el enemigo público número uno, ya por segunda vez, claro, desde los tórridos tiempos de su juventud primera. Hubo por esos días rumores pertinaces de infidelidad y hasta de que había hecho matar a una amante, una tal Clara, muy prestigiosa y bien relacionada, hubo rumores de que había caído en la droga de nuevo, hasta rumores de que se había dejado comprar por El Parroquiano, pues un hermano suyo, Daniel Fernando, es parte de las directivas del periódico y el documental al fin fue tibio, condenaba a todos los medios en general y sostenía la ambigua idea de que la información es una ilusión, sin condenar en verdad al diario que tanto atacaba en un principio. Poco después, según supe, renunció a Prolepsis, donde daba cursos de apreciación cinematográfica, y entró a dar clases de lenguaje en la facultad de Comunicación Audiovisual de la Universidad Ática, recomendado quién sabe por quién, adonde el año pasado fue profesor de Isáfora, que lo admiraba mucho por sus análisis parte por parte de las películas que veía con sus alumnos.

“Todo eso lo voy a poner en una novela”, dijo.

Yo parpadeé, como si acabara de despertar. “Eso es absurdo”, dije. Al tiempo que yo recordaba su historia, venía él hablando de las confabulaciones que se abalanzan sobre su persona, según dice, todavía hoy, desde que hizo su Tratado sobre la mentira (el documental contra El Parroquiano). Cómo no puede hablar de ciertas cosas en Facebook porque si habla de ellas se daña la conexión por un rato, tal como si varios le avisaran desde lejos que está siendo observado, y cómo se meten desconocidos muy sutilmente en la elaboración de su blog, por la red, y transforman el diseño de los artículos que allí publica, agotándolo a él, minándolo, cómo lo acosan con comentarios y acciones inverosímiles diversos agentes diseminados por la calle cuando él sale con alguna chica, como si pudieran poner en riesgo su matrimonio por algo tan inocente… “¿Y vas a joder a tu esposa contando en una novela cosas como esa?”. “Vero me conoce mejor que nadie, Alzbieta”, respondió, “te estás adelantando a todo, como todo el mundo. Además, yo, por supuesto, voy a hacer mi novela en otra clave…”. “O sea, no vas a contar las cosas como sucedieron…”, me atreví a comentar. “Tal vez las cuente tal como sucedieron, pero eso no basta…”, arguyó. Yo le recomendé: “Lo bonito sería tal vez pacificarse, encontrar un sentido a las acciones de todos”. Él se quedó callado. “Yo mismo no sé lo que ha pasado”, confesó. “Son tantas cosas, tantas… Y tengo que saberlas decir todas, una por una. Por ejemplo, no sé por qué mataron a Juan Carlos, pero intuyo que lo mataron por algo oculto muy preciso que apenas puedo nombrar vagamente, ese secreto me parece más importante que la razón específica del asesinato, pues de todos modos sí sé cuáles personas conocidas por nosotros sí sabían por qué lo mataron, y de más está decir que estoy seguro de que no fue por robarle la cámara, como se nos dijo entonces y se nos hizo creer...”. Luego continuó con estas palabras asombrosas: “Contar la verdad es lo ideal para que todos crean que es mentira. Lo que importa es otra cosa, captar el espíritu de los tiempos”. De nuevo se tapó la cara con las manos. “Pero es que tampoco sé otras cosas dolorosísimas que necesito expiar, brutales, que pasaron hace muy poco, hace menos de una semana…”… Se levantó, temblando, tomó un trago y lo escupió en la acera, yo lo seguí con la mirada, tan intrigada como nunca antes lo había estado en ninguna película: ¿estaría hablando de la horripilante muerte de mi hija? Y es que la crueldad de ese feminicidio tuvo que sacudirlo de algún modo, mucho más por ser él profesor de Isá, y todos en esta ciudad están hablando de ella… Volvió a su silla y dijo: “Bueno… por lo menos sí sé hasta dónde llega mi ignorancia”. Yo me reí, asustada. “Primero necesitaría revelarme a mí mi propia historia, sin tapujos”, sentenció.

“Cuéntemela”, le pedí, nerviosa, y casi le digo que sería un privilegio, solo para amarrarlo a esa silla, que toda Medellín quiere saberla, lo cual no es falso, hasta que me diga qué fue lo que pasó con mi Isáfora.

Verónica

En resumidas cuentas, de su realidad yo no sabría decir nada. Me pregunto mucho qué piensa. Se lo pregunto a veces y no es que me diga cualquier cosa por salir del paso, sé que me contesta con la verdad, aunque no sé si sea una verdad oportuna y nada más. Porque también parece tener muchos pensamientos distintos a la vez. Creí que era el hombre de mi vida hasta que pasaron cosas indeseables que me hicieron dudar, pero es cierto que en lo que vivimos día a día hay otras dificultades, y más preocupantes, que ya no me dejan duda de su amor, lo único que me importa (y justo lo único que me importa por ser lo único que nos importa a los dos…). Si algo diferente le importara más, si yo me diera cuenta de eso, ya su amor no me importaría para nada. En cambio, lo que sí sé es que me adora, y no es solo que me necesite: es que me valora. Ahora me dan ganas de llorar, porque lo veo muy ansioso en estos días, lo veo opacado, con una tristeza que no sabe ocultar, o que no es invisible para mí. De todos modos, los efectos de lo que pasa en nuestra vida deben de llegar hasta el fondo de su alma de manera solitaria, como pasa conmigo. Eso sí: él no me mira sino en lo que le ocupa. Yo me mantengo más atenta a sus gestos, pero no descubro nada sino su soledad, que es como el mismo reino donde él se siente reinar. Es a veces como si defendiera su tristeza porque supiera que allí es soberano. A mí me deja tranquila hasta que llega el momento de interactuar, y en ese punto debo de ser puras sonrisas. No es que me maltrate si no tengo la mejor actitud, pero sí se preocupa y me cuestiona, de hecho me reta. Tampoco es que ahí sea del todo amable. Se molesta, simplemente. Exige una dulzura que yo veo que él trata de mantener pero no consigue mantener siempre, o sea que su intención es lo único que lo disculpa ante mis ojos. Yo soy parca a conciencia, casi de seguido. Otras veces, sí, sabe leerme en esos momentos en que estamos juntos. Pero yo en mi soledad no me siento reinar. Yo en mi soledad me sé a toda hora desde hace rato. Yo en mi soledad sé que realmente necesito estar conmigo, aunque eso no me satisface, tal vez porque yo no me conozco, o porque solo crea conocerme, como si tal vez en mí o en cualquiera no hubiera mucho más que ver. O tal vez a mí no me intereso lo suficientemente yo misma. Siempre estoy a la caza de

sueños. Mis memorias me las sé de memoria. Quiero hacer cine. Vuelo con sutiles imágenes que visitan el día a día, y no sé de dónde vienen, si de la calle, de los sueños, de todos lados o de ningún lado. Creo que son como ángeles. Y quiero pintar a mis ángeles, ¿traerlos a este mundo? Son personitas que considero por lo que son, seres que merecerían toda la atención de todos… Individuos vulnerables, la indígena silenciosa del monte, la solitaria huérfana de la capital, la cinéfila pensionada. Seres vulnerables como fui yo, tal vez, sí, como soy yo, ahora estoy llorando. Voy a dejar que se seque esa agua que dejé calentando, voy a dejar que hierva y se seque. Voy a seguir pensando que un tiempo debe de correr hasta muy lejos por mis adentros hasta el fin. Ahora, en los últimos días, estoy pensando de un modo que no creí nunca que podría pensar. Estoy pensando en los personajes de mis guiones como fuerzas que me acompañan. Como vidas interiores. Tal vez podría no hacer películas, tal vez con escribirlas y dibujarlas haya material para hacer una exposición. Bocetos rayados, dibujos de niña. Porque el arte es lo que me gusta, no el cine, o sea: la vida es lo que me gusta, no el arte. Veo alrededor y creo que esto es un taller de artista, pero parece como una cabeza en desorden. Eso parece, la cabeza mía. ¿Mi corazón? No. Corro a la cocina y bajo el agua. ¿Qué es una cabeza en orden? ¿Un engaño?, ¿un consuelo? Hace años que decidí poner las cosas en orden en casa, solo de vez en cuando y nunca tanto como lo hace Julián. Julián sí es obsesivo con el orden, tal vez por eso ha conseguido hacer tantas cosas. Yo sigo con mi propio orden, ahora mismo dejo que el agua caliente las tisanas, que las tisanas suelten toda su esencia. Julián me dice que no espere más, que no deje hervir tanto el agua para echarla, que con las tisanas y la cámara podría hacer una bella película, que yo soy la película… Tal vez tenga razón. Me dice tantas cosas. Suena el celular. Debe de ser él. ¿Por qué se demora tanto? Ya está muy tarde…

Sí, es él. ¿Oiga, güevón, usted sí ve la hora que es…? ¿Con quién hablo?

Sí, claro, soy ella. ¡¿Qué dice, usted quién es?!

Julián

La cerveza me ha disgustado, me ha deprimido… Lo del viernes pasado, hace tres días, esa tragedia, me dio una lección que no sé cómo no fue la última… Ha sido un nuevo descuido, este no estar alerta, debo meditar, debo meditar… Estoy en un abismo, en un abismo. He caído en un abismo, ¿saldré por dónde, a dónde? Luz, luz

es lo que necesito, como Goethe, eso le dije a la propia Isáfora el viernes, cuando tomamos tanto ron y ron vivo y sin parar, porque con el ron todo es luz, y las palabras son ondulantes como un trino, a veces un solo graznar de cuervo, ¿en qué momento ya son nada más que un graznar de cuervo? Fue bueno su chiste: si no conocieras a Poe, te diría nunca más, nunca más… fue de lo último que publicó en su extraño perfil de Facebook. Carajo, ¿cómo me enamoré de esa chiquilla?, ¿o me enamoró su muerte? No: yo la amaba, la amo, sin duda, ¿pero puede uno amar a una muerta? Las palabras aparecen en mi cabeza como fantasmas. Me molestó la cerveza, eso le diré a Vero en seguida, cuando vuelva, aunque ya la llamada que recibió de Isáfora aquella noche del viernes 13 la previno del todo ante cada salida mía, luego de otras funestas jornadas, por más que hoy vaya a llegar temprano, mucho más temprano que esa malévola noche. Simplemente, soy un alcohólico, no un alcohólico fácil de diagnosticar, que se descontrole al primer sorbo, o de esos que necesitan embriagarse a diario, o de los que no pueden parar de beber durante días… Todos esos son alcohólicos que uno podría definir de un solo trazo. Yo soy más bien como don Emilio, el del hogar donde me rehabilité, el primo de Uribe Vélez, donde me rehabilité de la drogadicción temible, sí señor, temible y mortal… Porque, en últimas, he manejado bien la situación, no he recaído en la cocaína ni en la marihuana, al fin esto es un aprender a diario y no volver a repetir los mismos errores, si la cerveza me asqueó es porque ya no la quiero, porque sé que me puede pasar cualquier día, lejano o cercano, como le pasaba a don Emilio, que de buenas a primeras, después de años de no tener problema con sus tragos, se enloquecía, perdía la cabeza, se ponía a pelear o chocaba el carro contra un poste, de regreso a casa, y lo retrocedía, apachurrado, él sangrando, y así llegaba, sin saber ni cómo, a donde su familia, que lo trasladaba inconsciente al hospital… Los tragos pueden ser muy traicioneros y yo me metí a pelear con un taxista el viernes, después de recibir los golpes y profundos arañazos de Isáfora y dejarla tumbada en el Parque de la Bailarina, Dios santísimo, me lo repito y quiero desaparecer de este mundo, después de darle un golpe con la palma de la mano plena, de frente, borracho, en la nariz, a ella que ya me estaba gritando lo inaceptable, que me estaba amenazando por traidor, por ser yo un profeta de mentiras, un fraude penoso del amor, y que había llamado a Verónica segundos antes, por Dios, acababa de llamar a mi mujer a contarle lo que hacíamos cuando nos veíamos a escondidas, pues ya me había propuesto que se lo contáramos los dos juntos, Isá quería decirle a Verónica todo lo que hallábamos en el otro, para irnos de huelga de hambre, y me invitaba a hacerle ver a mi esposa que el cariño que mi alumna y yo nos teníamos con nadie más sino entre nosotros dos lo

encontraríamos, y para después quemarnos vivos en la Alpujarra, y tenía razón en su ira, a mí ella, por su repentina exigencia de cumplir con mi idea de que el suicidio es un deber de todos, solo me tomó por sorpresa: Verónica jamás la debería conocer ni en pintura… Pero todos lo sabían, nos veían ese día desde la tarde en los bares del Parque del Polvo hablando embelesados, amacizados, con la boca del uno rozando la boca del otro, sonrisa calcada en la sonrisa del beso… Puta, me devuelvo ahora a nuestra casa con el corazón en otra parte, el taxista me evita la mirada, yo con el corazón en otro mundo y en este, partido, partido en dos, en tres, porque no soy ni el que vuelve a casa ni el perdido en el mundo, soy el que se tensa como un vacío intolerable sobre el abismo de su indiferencia loca, inaceptable, indiferencia inconfesable por haber provocado la catástrofe y el propio hundimiento de mi ser en la pesadilla, el infierno, la tortura. El trago, digamos, la droga, han sido, me digo, y lo conversaba con Juan Carlos alguna vez en La Arteria, hace muchísimo tiempo, son la necesidad que tiene el poeta paisa de tocar al Dios que le arrebató la Iglesia… Aquella vez él me dijo de su renuencia, luego de dejarlo todo, a fumar yerba o a beber trago en antros de libación o de lujuria, porque también pasó por su calvario, sino solo gustar del sentarse en La Arteria a retratar a las gentes, a hacer cuadros escritos, narrativos, a dibujar la floración de gentes por entre sus renglones ensortijados, al estilo del Bosco, y triángulos y guanábanas, a lo Huidobro, a crear esos "guiones" que pudiera grabar con buena luz, cuyas páginas trasudadas, quiero decir, pudiera grabar con buena luz, luz entornada, para nada más leerlos en el montaje posterior del filme con una voz ajena, femenina, fuera de cuadro, mientras los espectadores gozan, frente a la pantalla, con los finísimos dibujos de bolígrafo que él hacía entre líneas allí, o en Labios, o en Versalles, de lo mismo que iba nombrando con palabras pulidamente coloreadas, sexo, control, traición, y el pulso suelto del que sabe que ya no toma, de quien sabe bien que no tomará "solo por hoy". La única vez que hablamos largo, el difunto Juan Carlos López y yo… Seguiré su ejemplo para qué… para callar. Para callar porque ya me callaron en esta maldita ciudad, casi como lo callan a él, a tiros… Ahora me han matado de otra manera, con bendiciones. Me han salvado de la pena de creer ser o de ser efectivamente acusado y condenado como asesino. Nadie sabe qué pasó con Isáfora, o sea: casi todos creemos saber qué pasó, yo que lo viví solo creo saber algo, pero casi nadie, empezando desde luego por mí mismo, solo unos pocos podrían realmente decir, y tal vez solo por pedazos, lo que sucedió luego de que la dejé tumbada en el suelo del Parque de la Bailarina, sin lograr hacerla reaccionar, a solo cinco cuadras del multitudinario Parque del Polvo, en aquel denso bosque donde antaño murió esa estudiante abusada, estrangulada… ¡Horror!,

¡y yo que me creía la pulcritud de conducta por excelencia, yo que salí del Hogar La Alborada a aportar a la sociedad, convencido de haber encontrado el amor de Dios y ser digno de él…! Me acerco a casa, no le dirijo al taxista ni media palabra, el viernes 13 me puse a pelear con Doble Seis y lo mataron y desde luego este conductor que me trae a casa sabe bien lo que ocurrió conmigo ese día, que Doble Seis me dejó aporreado, raspado, con la frente y la cara hinchadas encima de los golpes y arañazos filudos de Isáfora, encima de la marca que me dejó de gusto con sus labios en el cuello, por peleador, por buscón, por alzado… Aún llevo costras y lo que pasó esta tarde, Dios mío, lo que pasó esta tarde en el Andino solo es rezago de todo lo demás, ya ni me importa… Sí, dije en el Andino que Luis Antonio y Pete participaron en la muerte de Juan Carlos, ¿y qué? ¿Quién no lo sabía, a quién le estoy abriendo los ojos? ¿Quién nació ayer, Señor Padre, quién nació ayer? Llegamos, pago, agradezco sentidamente, subo las escaleras, sigo vivo, Vero ya hoy, tan poco luego de mis golpes, me recibe cantarina, yo estoy respirando rápido, pero bien, sin golpes nuevos, me da un beso, como si aún fingiera a la perfección que me ha creído todo lo que hace tres días le he dicho sobre Isáfora, sobre la conspiración que en torno a mí se habría armado, como si en efecto no supiera ahora que esa mujer que la llamó la noche del viernes pasado ya está muerta, ¿o lo sabe?, que es la misma que apareció aplastada en un parqueadero del hotel Perfection, lo ignora, como si se hubiera lanzado desde la terraza o un piso altísimo, aunque Verónica ha oído y ella y yo hemos comentado la noticia, mi esposa ignora que es la misma chica que le dijo, medio zafada y del todo herida, que yo me la comía cada que yo no podía hacerlo con mi mujer… Verónica lo ignora todo voluntaria o involuntariamente… No nota que bebí cerveza, no huele o no quiere oler los dos tragos que escupí frente a Alzbieta, o no lo dice. Le hablo de Alzbieta, ya le hablé de Alzbieta, de la que te he hablado, le digo, de la que te he hablado tanto, la que no me sedujo nunca pero decía riéndose que claro que sí lo hizo y me recomendaba que yo fuera lo que soy, comportarme como un varón con las hembras, a principios de los noventa, porque el hombre siempre es el que lleva las riendas, decía en esos tiempos, con la que éramos casi hermanos en los tiempos de Luis Antonio, no lo olvido, esa fue su frase, mi amiga de Cronotopo, casi mi amante, la mujer que decidió toda mi vida de amor pero con la que nunca me acosté y a la que dejé de ver hasta el sol de hoy, casi treinta años después… Le digo que los dos hemos quedado en seguirnos viendo todas estas tardes, diariamente, que ya tenemos canas, que hemos acordado en un pacto de amor fraterno seguir conversando, que he quedado con Alzbieta en contarle algo que Vero desconoce, y Vero ni me mira, está sentada en un rincón del cuarto del desorden, apilando al lado de unas cajas

olvidadas las grandes fotos a blanco y negro que llegaron en sus gruesos marcos esta mañana de lunes a la portería del edificio, una parte de su tesis de la Maestría en Artes que ya expondrá por fin esta semana, el próximo sábado 21 de junio, solsticio de verano, Inti Reiki, cambio de tuercas, y saca de nuestras cajas un poco desvencijadas unos arrumes de cuadernos viejos, no sé para qué, mi viejo metrónomo de cuerda, que estaba perdido, y de pronto, sin avisar, aquel casete de S-VHS, de ribetes dorados, empolvado, que yo había olvidado por completo y ahora de golpe, Juan Carlos, recuerdo con extrema y lacerante nitidez, y Vero me dice que, yo ahora lo recuerdo todo y recuerdo más, todo, todo, todo, qué le vas a decir a tu amiga que yo no sepa, y le digo otra vez todo, temblando intensamente, mi vida, ese caos, todo, mi vida real, sin explicación posible, se lo digo con la voz cortada, lo que tú no aceptas, amor mío, sin asomo de orden, que esta realidad no es de ángeles, y ahora todo está claro para mí, no es ni siquiera de humanos, que esta realidad es flor de ciudades podridas, que yo no soy un hombre, ni un animal ciego, ni un ánima en pena, que no somos héroes sin patria, vida mía, y ni siquiera es solo por suerte el que no estemos todavía muertos.

"Ajá", dice ella, "diste en el clavo", y levanta la cabeza, me mira, sonríe: "Todo eso ya me lo sé".

Alzbieta

Fue cuando me dijo: "Yo tengo una idea sobre la vida muy distinta a la idea que se tiene sobre la muerte". Me puse a temblar por dentro. Las palabras de Julián las conozco en su sabor, pero no recordaba cuánto me afectaban, y no ha habido otra ocasión en que pudieran afectarme tanto como ahora. Despedía él esta tarde de verano tenaz un vapor del todo natural, translúcido, blanquecino. Yo lo conozco, o creo conocerlo. Está sujeto a fuerzas elementales que nadie más sino él convoca. En un primer momento me sorprendía, y todavía me asusta, pero aprendí a callar ese temor sin problema. Se lo contaba a Rafa al principio, pero Rafa nunca pudo ser testigo de tales rarezas. El hecho es que Julián me somete y yo simplemente resisto ante él para mantener una digna apariencia. ¿A qué me voy a enfrentar esta vez? Estaba como recorrida por mil y mil insectos pequeños y correlones. Me arreglé el pelo. "Eso está interesante", le dije, con sinceridad. Pero solo pensé en Isáfora. ¡Tanto se lo advertí a ella! Pudo enredarla sin esfuerzo, como puede él enredar a cualquiera, solo que de modo aun peor, porque no le funcionaba con todas, no pasaba su encuentro hechizante con todo el mundo. Hay personas determinadas para su

imán. Se lo advertí, sí, a mi hija, a quien yo creí igual de fuerte que yo, pero que solo era igual de frágil a mí, que tenía mi lucidez y nada de mi fuerza, pero que se mató porque tenía la convicción o qué, no sé qué, quizás una desesperación del tamaño de su negra convicción… Con ella dejé de hablar de un momento a otro por decisión suya, y digo hablar en serio, como antes hablaba solo con Julián y dos o tres amantes, o con Monedita, el tan querido enemigo de Julián, en otros tiempos, cuando ellos eran íntimos. Ya no tenía Isá tiempo para una sobremesa larga, decía que se iba a oír música, cuartetos de cuerda después del almuerzo… Lo recuerdo bien, era una experta, o decía que iba a salir a caminar, a perderse otra vez por el barrio, o que se iba a dormir, a la hora que fuera, y así no durmiera, y no daba explicaciones, o que se iba a pajear, mami, un día, así, de frente me lo dijo, a pajear, y no se disculpaba nunca de nada, ¡váyase a pajear a su madre!, le contesté yo con risa indignada, fue la última vez, sin saber bien lo que decía, e Isáfora solo se carcajeó al irse, cuando quieras, tú solo dime, como si las dos debiéramos aceptar que las sobremesas fueron nuestro lugar, qué caradura, y que ya había dejado de serlo… Mi chica imposible lo negaba todo ya, lo dejó ver así desde sus once, pero estoy segura de que negaba a Dios y al universo incluso desde antes, ¿no sé si desde siempre? Negaba la realidad del habitar, así de simple, y la necesidad de la vida, negaba el valor del cultivar, también, el sentido del esfuerzo, más que nada, negaba hasta el concepto de concepto, nada menos, en clase de filosofía, y el acto mismo de recordar, madre mía, en casa conmigo, todo lo que no fuera en sí un disfrute activo, o mejor dicho, una pasión saboreada, algo así como robada. Sin embargo, yo ya no podía decir nada o celebrar cualquier cosa, no podía ni siquiera respirar sin su censura, y aprendí con mi hija en carne propia que el silencio es, más que el acto magno que nos enseñaron en voz baja nuestras diplomáticas madres, el fin de todo del que habla la mejor tradición sapiencial de Occidente, el Eclesiastés, Una rosa amarilla o qué sé yo, Doktor Faustus, el mismo libro que leía Rafa cuando lo conocí en el bus, así que fui retrocediendo imperceptiblemente para ella e imperceptiblemente para mí hasta el último rincón de mi ser: solo somos cosas entre las cosas, todo es vanidad y al final no hay nada. Allí en ese rincón mío me quedé y aquí sigo, con todas las puertas y ventanas cerradas, esperando. No olvido el día en que me rodé por las escaleras en la madrugada y mi hija solo me dijo mientras esperábamos el taxi para ir a Urgencias, dándome besitos, del todo tranquila, que no quería envejecer, silabeando con pausas suavísimas y autorizadamente enfáticas, y que no iba a envejecer, con espantosa lentitud medida, palabra por palabra: yo sé, madre, que no voy a envejecer, y no te extrañes ni te duelas el día en que tu Isáfora, mamita, te deje mi

cuerpo limpio de sangre en la bañera, como si me cantara una canción de cuna. ¿Quién habla ahí, me preguntaba yo, pues tuve tiempo de ver crecer mi asombro, quién habla en esas voces cantarinas, indolentes, crudelísimas, me repetía una y otra vez, como si yo, Alzbieta, estuviera de nuevo en mi doloroso curso de lingüística, hace años, cuando ni siquiera esta Alzbieta que soy hoy existía, qué es lo que hay en ti, mi amor, que no es mi hija sino un mal padre, en el mayor y el menor de los escándalos, y nos gobierna a ambas? Me acompañó a la clínica de mala gana, aunque no lo dejaba ver: yo solo me di cuenta porque la conocía, y de mala gana tuvo que esperar sin fumar hasta que salí enyesada por un esguince de tobillo. Esa sola frase primera había sido letal, no le habría sido necesario decir más, esa frase central, no quiero envejecer y no voy a envejecer, dicha con intencionada ternura, yo sé que no voy a envejecer, sepultó ya toda ilusión de un reencuentro, al menos por esos días, marcó una distancia tenaz, y lo hizo para siempre, desierta, lúgubre, absoluta. A mí ya ni siquiera me respondía mis preguntas más simples, las evadía, o no: las rechazaba, con desarmadora honestidad: “No quiero hablar, ¿ves?”. Yo lloré y lloré sin lamentarme, por el dolor físico y el dolor moral, las lágrimas bajaban frías por mis mejillas, y al fin solo dije en un momento fugitivo: “Eavemaría, Isá, eavemaría”, y me preguntaba por dentro: qué te hice, qué te pasa para despreciarme así… No la podía descifrar y a veces me siento obligada a conceder ante sus fantasmas que ella tenía razón en todo, se me tuerce la cabeza, que acertaba al rechazar esta vida, se me encoge el corazón, tenía la razón, o más bien tiene toda la razón, la tiene, todavía, creo a veces… Pero, ¿y yo entonces qué, y tú misma qué, y lo que amaste, y tu padre, las carcajadas de ambos, que ahora estallan nuevamente? Si Rafa no hubiera muerto, las cosas con toda seguridad serían muy distintas… Solo hasta que descubrí tu diario infame pude darme cuenta del tormento que te era todo, del tormento que te era el comprender débilmente que algo podía ser superior a Isáfora, el comprenderlo débilmente, sí, pero comprenderlo, no aceptarlo, sino ya saberlo a cabalidad, que en últimas todo era superior a ella, que todo es superior a nosotros, al profesor también, a los padres, uno está encima de uno… Y que lo máximo a que podemos aspirar es a eso tierno y frágil que la vida de súbito y sin porqué accede a darnos, sin que nos demos ni cuenta, o lo que la vida accede a prestarnos, cuando ya menos lo esperamos, ¿o a encomendarnos…?, tierno y frágil, irresistible, como en el final de esa película de Buñuel que tanto te gustó, Nazarín… Así sea para no seguir andando el camino polvoriento, para anunciar sin tristezas a mamá nuestra muerte más consciente y pacífica… Qué espanto, qué soledad, qué humillación universal… ¿O qué grandeza? Isáfora, Isáfora Gutiérrez Spitzer se

mató porque quiso y punto, por más que yo no lo pueda asumir, por más que yo me eche toda la culpa, íntegra, a mí misma. Fue su deseo, fue su digna decisión, como escribió en la página de la tarde final. Julián no tiene nada que ver en eso, aun así hayan sido quizás amantes y él hubiera influido en ella tanto como parece que realmente influyó… ¿O me equivoco? Si él era el Gozón, si era Marduk, ¿no parecía que Isáfora lo invitaría a morir con él esa noche? ¿O fue él quien desató a conciencia esa fascinación mortal? ¿Me equivoco evitando de entrada cualquier recelo, cualquier posible condena a Julián? No sé. Marduk fue con Isá ella Gozando. Sí… Pero tampoco le diré a Julián que Isáfora era mi hija, no aún… Algo me impone esa reserva. ¡Lo que quiero saber es si por azar y destino hay algo más, Dios Santo! Un acto, un recuerdo, una palabra… ¿No hay un sendero donde podamos encontrarnos una vez más mi hija y yo? Giro la cabeza, miro a todos lados, como un antílope que presiente la presencia del presente donde no hay nada, ni siquiera una niñez perdida, ni siquiera la muerte. Oh, sí, solo la vividora… Un lugar, amor, donde tú me perdones por haberte traído a este mundo, por haberte hecho ser, por haber suscitado esta experiencia, lo que sea que haya por callar más que por decir, donde nos perdonemos de rodillas y yo te diga al oído que todo estuvo bien, mi niña, Isá preciosa, que todo estuvo bien…

Isáfora

Noviembre 6, 2014. Miércoles. 06 h 12 min.

Lo principal es entender lo que quiero sexualmente, o es más, si quiero algo sexualmente. Soy una puta frígida, señorita. 15 años recién cumplidos y el orgasmo parece que está hecho para vivirlo, no para provocarlo. ¿Soy fea o soy linda? Soy una delicia para mí misma. Pero gas. No soporto otra cosa distinta, y lo único que disfruto en el fondo es quedarme en la casa oyendo a los XX o a Las Dadas. Leer para dibujar, dibujar para escribir. Si las cosas no son como en los sueños, las cosas son las que no existen. Y mamá habla de la realidad y niega a Dios pero no se da cuenta de cuando dice Dios mío, por todo Dios mío, pero que Dios no existe, ¿no es para chillar de la rabia más triste? Que un bombardeo en Siria y Dios mío, que una masacre en una escuela gringa y Dios mío. Pero la realidad es la realidad. ¿Qué es la realidad, madre? Ese hilado se desmadeja sin acción. Yo sueño y en mis sueños puede a veces, no digo siempre, demorarse tanto cada cosa, que sé cuando despierto que alguien o algo podría estar esperándome en mi propia tumba, y no sabes cómo gozaré entonces

de saberlo ya por completo, de poder tener a mi disposición un bendito minuto que valga por la eternidad, y no al contrario, no en palabras, no como una metáfora ni un risible presente sin uno, si me demoro explicándolo y es como para mí que hablo, sí, quisiera que entendieras, mamá, que yo estoy muy lejos de todo y que este diario que empiezo lo rayo de arriba abajo ya, ¿ves cómo quedó?, rasgado para negar mi mismo nombre, Isá, Isáfora, no porque te odie, Spitzer, sino porque te compadezco, Gutiérrez. Yo tengo tiempo aún para devolverme, para aprovechar lo que aquí tiene de insólito el reino del que vengo, de donde me arrebataron, y hacerlo luego mi propio mundo, porque aquí no puedo sino detestar a todos los creyentes en la vida, a todos los que le hacen venias a su propio bienestar en nombre de algo distinto a vos misma. Satán es cobre que me conviene. Una moneda sin mezclas. Palabra perfecta, dolor sin mancha, certeza total. ¿Has visto cómo me pinto en los cuadernos, los tatuajes rojos y azules que me hago, este 666 en la puta frente? Ha de ser que soy de sus huestes. Pero entiéndeme, pobre mamá, es que una cosa es lo que parece y otra lo que es. El bien es lo que busco, pero mi bien. Busco mi paz, solo mi paz. Busco un sitio desde donde pueda mirar mejor, donde pueda entender bien que la muerte es una salida digna, no una puerta falsa. A todos los deseo. A todas. A ti no, ni a mí. Yo simplemente me violo. Me hago un tanto de rapto, de ultraje. Me exijo. Disfruto casi como un macho enfermo, de esos que gozan haciendo sufrir (¿todos?), haciéndome hasta sangrar por el culo. No me basta con el placer. Porque a nadie puedo llegar, porque con nadie me entiendo. Y a veces quisiera irme a andar embola, vestirme con lo que encuentre en el suelo, no responderle sino al que yo quiera. Siento que en la calle otra Isáfora u otra mujer, otro ser, otra persona, una cosa real, una persona de verdad, emerge… Como con Leona y Taimaz (no se llaman Leona y Taimaz), hace unos meses. ¿Por qué me les perdí? Pasábamos bueno. Pero empezaron con sus rodeos, a temerme. A doblarse cuando aparecían otros. A temer ella cuando yo andaba descalza por la baranda mojada del puente de la 10, borracha. Teme Leona a la cloaca y no sabe cuándo hay dragones cuidándote para que no te infectes, para que no te hundas en el chiquero. A todas estas, soy una bachiller distinguida, respetada por los profesores más exigentes y a quien las compañeras del colegio de monjas parecen temer. Por eso me hacen la vida imposible con sus chismes, aunque yo no lo dejo ver. Masacres, Dios mío. Más de una la habría hecho yo misma. Menos con Taimaz, la verdad. Yo misma apretaría el gatillo. Menos con Taimaz. Y menos por menos, da más. Con eso tienes, bebé.

Ya pasé a la universidad, a propósito de todo.

A la Universidad Ática, universidad pública, a ver qué.

Capítulo 2

Los mensajes

–Vertiginosa, mucho–

Él tiene algo que nosotros no tenemos, él tiene la Palabra.
Cómo la malgastamos alguna vez.

Offred, en El cuento de la doncella

Cosita viva que andás por ahí, ¿dónde te encuentras?

Subo la ligera pendiente hacia la portería y un carro se cruza delante de mí, vengo furioso, iracundo, del bus donde me dijo el conductor no molestés, y me enfrentó, no pongás más problema, ¿por qué?, no por colgarme yo de la barra para aliviar mi espalda, no por eso en realidad, sino por lo mismo que se me cruza el carro para entrar al edificio, un moderno Mercedes Benz blanco, sucio de barro como un yip finquero, inmundo, que no quieren lavar estos hijueputas ni ahora en verano, ¿por qué? No porque falte el agua, no por eso.

Amor, necesito dormir. Buenas, don Libardo, el portero se llama Ancízar, otra vez me equivoqué, necesito dormir, el tipo del Mercedes Benz no se baja, baja la ventanilla eléctrica polarizada, plateada, cuando paso a su lado en el parqueadero, y se queda adentro, pero no dice nada, ¿con este calor venía con la ventanilla cerrada? Claro, para no chuparse la contaminación y poder disfrutar de su aire acondicionado, necesito urgentemente descansar de estos hijueputas, o para que nadie lo vea desde afuera, pirobos, doy un rodeo hacia el ascensor del parqueadero, me duelen las rodillas desde hace meses y por eso no subo las elegantes escaleras frontales del edificio que dan al ascensor en el segundo piso, pero me devuelvo, quiero decirle a Ancízar lo del interruptor de nuestro cuarto, que él me va a reparar, y veo al idiota del Mercedes que ha empezado a subir las escaleras de la fachada y me ve y se asusta, se arrepiente, baja, va por el otro lado de la fachada hacia los parqueaderos, al ascensor mío de los parqueaderos, perro, ¿qué temés?, yo me giro, claro: esperaba él que yo me fuera a pedir el ascensor abajo para luego subirse en el segundo piso e interceptar así mi viaje, saludarme entonces con una sonrisa y

seguro recibir una llamada por el celular y decir quiubo rey, ¿muy timbrado?, si quiere yo lo acuesto para que descanse esa espaldita, todo bien, güevón, qué más, qué hay por la casa, ¿su mamá bien?, y salir entonces un piso antes del mío, en el quinto; yo me vuelvo otra vez hacia los parqueaderos, lo busco acezante por entre columnas y coches, pero él me ve de reojo y sigue hacia abajo presuroso por la curva que desciende al sótano, llego yo rebotado a la puerta del ascensor, asado, y mero golpe le suelto a la lata, iracundo, con la palma de la mano, para que me oigan bien él y Ancízar, y entonces el dolor, la hinchazón, el dolor agudo en el pulgar tumefacto ya, ya tan pronto, morado e inflado como un balón, me lo quebré.

Me saludas con trinos de gorrión, Rosita está en el baño, me dices, está lavando el baño de nuestra alcoba, deduzco, ¿o sea que no puedo dormir?, te pregunto en voz baja, conteniéndome, me muerdo la mano como Santino en El Padrino cuando ve que su cuñado le dejó un ojo picho a su hermanita, perdón, me pides, no sabía que venías tan temprano, yo te había informado, te recuerdo, oficioso, pero tranquila, tranquila, me quebré el dedo, te lo muestro, por Dios, ¿qué te pasó?, y voy a la pieza, Rosita, ¿usted cuánto se demora?, Rosita, le empiezas a ordenar, vea, que se vaya o termine rápido, por favor no, te interrumpo, yo solo estoy preguntando cuán-to-se-de-mo-ra, silabeando como una máquina cortadora, ¿por qué estás tan violento?, me preguntas, temblando la voz, me quebré el dedo, contesto, ¿y qué querés que haga?, me retas, yo me devuelvo a la sala, solo te pido, te digo mientras voy a la puerta del apartamento, que no me pongás problema cuando le pegue un puño al güevoncito que entró en ese Mercedes, me desvío a la ventana que da a la portería y los parqueaderos, te señalo el carro desde nuestro sexto piso, cojo el vaso de vidrio grueso que hay en la biblioteca, hago como que se lo voy a tirar, ¡Julián, cuidado!, yo bajo el vaso, no lo tiré, ¿viste?, no lo tiré, soy un tipo sano, solo voy a bajar, voy a decirle un par de cositas a ese malparido, miralo ahí hablando con la administradora, miralo, y le voy a decir, saco la cabeza por la ventana, ¡que me tenés que pinchar las pelotas, Álvaro Uribe Vélez, me las tenés que pinchar! (es el nombre del presidente mafioso, paramilitar), Julián, ¿vos te enloqueciste?, me quebré un dedo y ya mismo voy a Urgencias, ¿no ves?

Rosita está en la puerta de la pieza: ya terminé, nos avisa. Listo, yo ya vuelvo, y salgo, ¿vos a dónde vas?, me apremias, miro por el ojo mágico, voy a Urgencias a que me entablillen el dedo, ¿vos qué hiciste?, no hay nadie en el pasillo, y se te encharcan los ojos, no vas a ponerle problema a esa gente, me pides, ¿y es que quién es esa gente, Verónica?, la encaro, ¿no es pues toda la gente del mundo gente decente y bienhechora, acaso estás insinuando que son informantes de

la policía paraestatal, cómplices y auspiciadores de los asesinatos de gente decente a la que secuestran sin que se vuelva a saber de su paradero, o estás aceptando que a mí me siguen, que me la tienen montada por el documental que estoy haciendo sobre El Parroquiano, te estás dando cuenta de por dónde va el agua al molino? Listo, continúo, veloz, con mi estrategia, no les voy a hacer nada, abro la puerta, la miro a los ojos, con calma, no le voy a arañar la cara ni a meter el dedo en la nariz a ese señorito bien vestido que pasa por estudiante de Prolepsis, o por profesor en Prolepsis, o por jefe mía en Prolepsis, le voy a decir dos palabras nada más a él y a la administradora, ¿de acuerdo?, dos palabras, puntualizo, y cierro la puerta, estoy frente al ascensor, piso el botón pero no enciende, piso el botón pero el ascensor no sube, pero el ascensor no se abre, así que le doy una patada a la puerta del vecino, joven ingeniero de sistemas de Bancamina, recién mudado al edificio, que nos contó, risueño, que trabaja en el departamento de seguridad informática, y bajo las escaleras rápido pero con cuidado, mis rodillas duelen, bajo rápido los escalones así de lado, con cuidado, veloz, es ya una tendinosis crónica, oigo que tiran una puerta con más violencia que la de mi patada, la historia de las rodillas es larga, debió de ser el mismo joven vecino, ¿quién más?, el que tiró la puerta con tal poder desmedido, el joven ingeniero de sistemas de Bancamina que también lanza la puerta con orgullo de pesista madrugador cada que yo solitario y cabizbajo en casa termino de publicar un artículo en mi blog sobre las componendas del gobernador mafioso, paramilitar, o los subterfugios perversos de El Parroquiano, no creo que haya sido la vecina coqueta que da clases de inglés en el Andino y que también se pasó hace poco al edificio, veo a una niña llorosa en el tercer piso con una correa para su mascota, que me mira pasar, inmóvil, sin su mascota, ni tampoco creo que haya sido el fantasma del apartamento 603 el que tiró la puerta, del apartamento 603 que está vacío desde hace ocho días porque seguramente alguien se va a venir a vivir aquí pronto, llego al primer piso, mi celular vibra en el bolsillo, termino de bajar las escaleras al parqueadero, con cuidado, no te contesto, veloz, los veo, a mí se me quitó el sueño que tenía, todos con un teléfono celular en la mano, callados, no se hablan, oyendo algo por el celular, a alguien, el señorito se ha puesto unas gafas oscuras, hay alguien más, hola, los saludo, de bigote canoso, mi sonrisa es como la de Robert de Niro con su corte mohawk hablando en la calle con un desconocido en Taxi Driver, plena sonrisa de oreja a oreja, Elenita, ¿cómo estás?, yo con mi sonrisa de loco, bien Julián y usted qué más, ¿tranquilo?, sí, señora, infinitamente, y eso es un gran mérito, mire, me quebré el dedo, ¿tienen un segundo para oírme, o dos segundos?, es que necesito decirles algo a ustedes dos, o a los tres, ¿qué pasó, Julián?, es que,

interviene el señorito, yo sé a qué viene, y yo también sé a qué viene usted, lo increpo, pero disculpe por interrumpirlo, ¿qué va a decir?, le generé desconfianza al muchacho, le confiesa el señorito a Elenita, exacto, afirmo yo, y la confianza es muy importante para que no nos matemos, pero vea, insisto yo, no era eso lo que les iba a decir, es muy otra cosa, es muy sencillo, Elenita toma aire, cruza los brazos, yo me llevo las manos a nariz y boca en gesto de meditación profunda, el celular vuelve a vibrar en mi bolsillo, vean, yo no te contesto, suelto la carta del loco: yo tengo un hermano, digo, la carta ganadora, que trabaja en El Parroquiano, se llama Daniel Fernando Sánchez…

Ahh, vociferan al unísono, el señorito del Mercedes da media vuelta y se va, sí, Julián, dice Elenita, tranquilo, me aplaca, don Julián, me llama Ancízar desde la portería, el señorito se sube a su carro, yo le mato el ojo a Elenita pero no le respondo a Ancízar, solo lo miro de reojo y veo a Daniel en la portería, mi hermano mayor, entrando al edificio en un Mercedes Benz deportivo, blanquísimo, perfectamente lavado, Ancízar me señala con un gesto de las cejas el carro nuevo de mi hermano, vino don Daniel a recogerlo, me informa, perfecto, le respondo, me adelanto tres pasos, veo la placa de los carros, la misma placa, uno sucio, el otro refulgente, pero las mismas letras, el mismo número, MGZ-692, Daniel sonríe como un obispo, la ventanilla, esta sí transparente, baja sola, el otro carro espera para salir, como si mi hermano fuera el mismísimo arzobispo de Medellín en su carroza de primeros años del siglo XX, me ofrece la mano y se la beso, qué más Juli, me apacigua, realmente, quiubo hombre, murmuro yo, ¿nos vamos ya?, le pregunto, doy vuelta al carro y me subo, yo sé que a mi apartaestudio él no va a entrar, nos vamos, responde, maquinalmente, él nunca viene, ya estoy adentro a su lado y salimos del edificio, te estaba llamando para decirte que el alcalde me comprometió a una reunión urgente con los del acueducto, me cuenta, y Anilina ya nos está esperando a vos y a mí en Telëpathos, añade, ¿los del acueducto son los de EPA?, indago, pero sé la respuesta, las Empresas Públicas de Antioquia son sus principales clientes y él solo aprueba con la cabeza, risueño, los ojos entrecerrados; el perfume abigarrado y exquisito de los asientos de cuero y la colonia francesa de Daniel me sedan, ¿por qué no me contestabas?, me pregunta, el ámbito fresco, la música de Mozart, me relajan, ¿cuándo me llamaste?, le pregunto, suena un indolente, celestial allegro assai, iluminador, yo he visto, me explico, que la que me acabó de llamar fue Verónica, bajamos derecho por la 10, te llamé dos veces, asegura Daniel, bajamos sin obstáculos, hace un minuto, precisa, yo te llamo, marco tu número, ¿qué pasó?, contestas tú al otro lado de la línea, hola, mi amor, te saludo, ¿tú me llamaste?, no, me dices, yo no te he llamado, ah, me callo… Miro a Daniel, estupefacto, el semáforo de la

circular primera está en verde, milagrosamente, él ha recuperado su tranquila seriedad, la perfecta rectitud de sus cejas cicatrizadas por un fuerte golpe de infancia inquieta, cuando le estrellé en la cara un camioncito de juguete, es que pensé que me habías llamado, mi vida, te digo, no, reiteras, oye, te informo: es que Daniel ya vino por mí, vamos a Telëpathos a la reunión que te conté, ¿y el dedo?, te preocupas por mí, ¿no vas a ir a Urgencias?, amor mío, me sorprendo yo mismo contándotelo, ya está mejor, te digo, ni me duele, como que solo fue el totazo y nada más, es como si se hubiera desinflado, ¿de verdad?, quieres confirmar, ah, bueno, pues tú verás, ¿y no vas a almorzar hoy?, me requieres, amor, no sé, te respondo, tal vez almuerce por allá o lo haga más tarde, haces silencio, ah, bueno, concluyes, que te vaya bien, me dices.

Cuelgo y le muestro a mi hermano el registro de las llamadas en el celular: no hay ni una tuya, le digo, las dos llamadas que hay son de Verónica, pero ella me afirma el no haberme llamado.

Mi hermano sonríe ampliamente, como un papa, pero ya no como Juan XXIII, el inocente, sino cordial, como Juan Pablo I, el bondadoso.

¿Raro, no?, digo, y guardo el celular.

Pero más raro aun es que no encontremos semáforos en rojo, continúo diciendo, y ya me duele la garganta; en efecto, ni siquiera en la glorieta del Centro Comercial Laredo encontramos congestión vehicular. Agotado, cierro los ojos…

Una voz como la mía resuena en el tablero y los cojines: “El agua de mi casa sabe a sangre”.

Entonces Daniel, como un relámpago, me da un mancazo, un puño nítido, sin soltar el timón, con el afilado dorso de su mano, en el huevito del bíceps, no digás eso, güevón, refunfuña, yo no he dicho nada, grito (¿habré hablado dormido?), y me río, pero él parece asustado; CBS-104, susurra, se muerde el labio… Sí quise decirte algo, me decido a pronunciar, lentamente, pero no te lo dije; te dije lo otro, prosigo, y me decido a contarle: te quise decir que estoy en peligro de que la policía secreta infiltre mensajes falsos en mi celular, como hace un momento, y peligrosos, o en la cuenta de mi correo electrónico, pues he visto que ya lo ha hecho, han pasado cosas muy extrañas y no sé con qué fin, creo que quieren asustarme y azarar a Vero, ahora mismo han puesto mensajes que vos ves que ni tú ni yo somos capaces de explicarnos… Son simples llamadas, arguye él… Son ciertos mensajes, sostengo yo… Mi hermano de pronto expande su rostro en una placidez inexpugnable y yo oigo otra voz, neutra, femenina, fría.

Mírale la oreja. Háblale al oído y tendrás la luz.

¿Vos oíste eso?, exclamo (¿habrán sido los parlantes del carro?); Daniel lo niega con la cabeza, como si nada hubiera pasado. Lo detallo bien. Sobre su oído derecho tiene un dispositivo que yo no había visto

–soy un hombre del siglo XX, me digo a mí mismo, y lo seré para siempre–, un elegante audífono con una diminuta luz verde que se enciende y apaga, en un parpadeo, cada tres o cuatro segundos. No sé de dónde han venido las voces. Al frente va a toda velocidad un bus del sistema integrado de transporte. Se ha puesto al frente nuestro sin problema y es como si nos abriera paso. El número de su placa es CBS-104, el número que acaba de susurrar mi hermano. Cinco, pienso. Mi deber. En la ventanilla de atrás el bus lleva un cartelito ridículo que dice en letras burdas, escritas a mano, cárdenas, como con labial: "Principiante", y un corazón arriba y unos labios impresos abajo, el mensaje de un beso, un besito, y mucho amor. ¿Y quién te creés vos para decirle cosas como las que nos escribiste a la gente que te quiere?, me ataca, despacio, acompasado, palabra por palabra. ¿Yo qué te escribí? Me muestra su celular. Hay un mensaje mío en su correo. Yo no escribí esto nunca, le aclaro, tomo el teléfono y leo bien lo que dice.

Hermanitos, Gusta, a quienes quiero tanto. Les pido compasión y entendimiento por la premura y espanto con que escribo este correo. No me siento capaz de enfrentar algunas de las presiones a que me lleva el mero hecho de pensar distinto, pero debo exigirles con firmeza una respuesta por lo que siento una complicidad de ustedes con los peores crímenes que ustedes mismos pudieran nombrar, pero ante los que se queda corta cualquier palabra. Lo sucedido hace dos días en Akabí no tiene otro nombre sino terrorismo de estado y dictadura corporativa, con lo que la palabra implica: crueldad, violación de la humanidad, generación de zozobra, agresión a la población. Que se llame a esto, simplemente, mano dura, y que se diga que es necesario por la tranquilidad mía y el bienestar de mis hijos, es, y lo digo incluso con sentimiento de culpa por decirlo así, de lo más abyecto que haya oído, pues sé que fueron palabras pronunciadas por alguien inteligente, e incluso justo, una buena persona.

Yo no escribí esto, le repito, con énfasis. ¿Entonces me vas a decir, me confronta, que el mensaje es una asonada de Google, de los herederos de Steve Jobs, de Putin? Ve, pues haré caso, le respondo de inmediato: digamos que yo firmaría cada palabra de ese mensaje, pero el hecho es que yo no lo escribí. Daniel me mira fijamente, profundamente. Entonces, ¿lo escribiste o no, güevoncito? Sí lo escribí, si querés, pero no lo recuerdo, la verdad es esa, te lo juro, le digo, y miro hacia adelante, con el corazón acelerado. El bus se hace a la derecha, Daniel acelera. Yo busco al conductor con la mirada: es una chica sensual, algo gruesa, desaliñada; va en el uniforme de la empresa municipal de transporte. Como me gustan. En cualquier caso, añado, boto el aire, la jugada es de gente que me conoce muy bien, y

suelto una carcajada. Daniel hace el giro de Carrefour, esgarra con fuerza, dos veces, y aparca el coche frente al gran portón de Telëpathos, esperando a que le abran. Esgarra de nuevo, se pasa la mano por la nariz. ¿Y vos sabés lo que es ser cómplice de crímenes sin nombre?, me pregunta, ¿tenés idea de lo que puede ser eso?, y me toca el muslo, mirá, señala hacia afuera, abre la portezuela y sale del carro. Por la muralla de Telëpathos sobresalen las abundosas ramas de un mango crecido. Mi hermano siempre ha sido enfermo por los mangos. Se devuelve, se quita el audífono, me lo ofrece: ve, ponételo; yo abro la boca, lo recibo, mandíbula caída, para que vea que me sorprende y al mismo tiempo me deja indiferente lo que me dice, pero sin pensarlo dos veces lo dejo en el sentadero de su asiento vacío, y en ese momento siento un golpe recio en mi ventana, me volteo sobresaltado, solo veo a un pájaro azul y negro volar desde el cristal hacia lo lejos: se golpeó de frente y huye. ¿No te lo vas a poner?, me dice desde afuera Daniel con gesto intranquilo; listo, comenta con frialdad y se aleja, su andar tintinea por las llaves y monedas que lleva en los bolsillos, yo observo el cristal de la ventanilla: hay restos de plumas minúsculas, blancas, adheridos al cristal, miro en detalle, son pelillos de las plumas adheridos y una especie de lágrima viscosa restregada que comienza a secarse; busco con mi mirada anhelosa al pájaro azul y negro, pero en mi memoria se ha hecho rojo, y en un solo instante soy capaz de recordar el recuerdo azul y recordar el recuerdo rojo, pero ya no sé cuál fue el verdadero, y aterrado me agacho, todo esto es un mensaje, me escondo en el espacio que hay frente a la silla del copiloto, temblando, Daniel está colgado de las ramas, zarandeándose a las carcajadas, igual a una pesadilla, sin corbata pero con las mangas de su camisa blanca de hilo italiano ensuciándose sin tocar el musgo de las ramas, se caen cosas de sus bolsillos, caen del árbol dos, tres, cuatro mangos maduros, se cae su celular, y en la silla suya del piloto sigue parpadeando el audífono, y no sé si ponérmelo, su luz verde titila en pautas sincopadas por dos segundos cada tres larguísimos segundos, Daniel, Daniel, por favor, digo en silencio tapándome los ojos, eso es propiedad pública, por la Virgen, y empiezo a llorar, otra vez hay un golpe en la ventanilla, es una mano –lo atestiguo desde el rincón en que me he ocultado–, es una mano trigueña de niño, mientras la ventanilla se abre, no sé por quién, no sé bajo qué mando, y las plumas pegadas quedan en el caucho y su borde afelpado, la mano limpia las plumitas que se vuelan hacia adentro y el cristal vuelve a subir, Daniel ahora me está mirando de regreso, recostado con frescura en su ventanilla, mordiendo un mango, me ofrece, ve, comé. ¿Por qué no abren?, le pregunto, sollozando, y él no me responde, mira al portal, relajado pero atento, de pronto una voz profiere en mi propio tono, adentro del Mercedes:

Nada tengo que obtener, porque todo lo tengo. Y aun así, obro.

Entre tanto, suena un célebre, sublime pero rastrillado adagio, el del final de esa cinta de Bresson, El diablo probablemente, la del suicidio. Daniel chupa, mastica, se pasa un dedo por la comisura de los labios, dice ajá. Me mira de reojo. ¿Cree que he sido yo el que ha hablado? Entra al carro, se pone el audífono. ¿Eso quién te lo dijo?, me pregunta. Yo no dije nada, le confieso, aunque ya empiezo a dudar hasta de mí mismo. Solo sé que han sido palabras dignas de un poder sabio, veraz. Me toma del pelo, con suavidad, y me levanta del falso suelo del Mercedes y me hace sentar correctamente, derecho, en el asiento del copiloto, igual a lo que le sucede al personaje de una película que hice hace mil años, Calenda. Mirá, mirá, me señala, cómo esos niños harapientos recogen y se llevan las monedas que se me cayeron, y el celular, cuando yo cogía estos mangos, son pesos mexicanos, y el celular donde tengo toda la información de lo que pasa en esta ciudad y en la región y en Colombia, ¿ves?, y no me importa, y las llaves de la casa y de este carro (la ventanilla de su asiento sube sola), mientras más cosas ellos se lleven, mejor para mí y para todos, pero, con todo y eso, la puerta de Telëpathos no se abre aún para nosotros, subraya, y eso yo no lo sé ni sabré nunca por qué, concluye con gesto resignado. Me da una bofetada cariñosa. Me estás jodiendo, porque tu documental sobre El parroquiano no toca temas álgidos, y deberías consultarme, pues yo solo sé mucho de esos temas y nada de otros que vos manejás, y estás hablando de cosas que nadie entiende, el silencio, la noche, pero a todos nos aterran, el alma, habrase visto, sin motivo, sin razón… Una brisa inexplicable se alza no sé desde dónde, Daniel se reacomoda, inquieto. Mejor dicho, te entendemos, concede mi hermano, pero no nos gusta que tengás la razón… Alza las cejas y afirma con el gesto. Y es porque tu vida, continúa Daniel, en voz baja, mirándolo a todo menos a mí, no ha sido sino un sartal de errores, como si me confiara un secreto, y ahora esta chica te va a hacer un hijo y vos te vas a dejar… ¿Cuál chica?, lo interrumpo, él se sonríe. Cualquiera, dictamina, así es. Un hombre puede tener las mujeres que quiera. Te vamos a dar trabajo, dice, te lo merecés, pero no vas a tener tiempo ya de hacer nada más porque… Daniel, lo callo, Daniel, lo invoco, él quiere seguir, lo freno, así de simple, no me digás, te lo aconsejo, no me digás, le repito, qué es lo que voy a hacer, hermanito, ni se te ocurra intentar hacer eso conmigo, vos sabés que es inútil, el trabajo vamos a ver si lo acepto o no, porque yo también tengo mis condiciones; justo entonces la gran puerta de Telëpathos se empieza a abrir con un golpe de motor y un descorrer de metales, él enciende de nuevo su automóvil, me mira de soslayo: preparado, me alerta, y de inmediato me enfrenta, para ablandarme: vos no sos nadie para afirmar que nosotros justificamos

crímenes, ¿y vos quién sos, le reviro, para decir que el sartal de errores es el mío y no el tuyo y el de toda esta sociedad envenenada?

Empezamos a entrar a Telëpathos por un sendero arborizado. Estamos mi hermano y yo en el mismo punto de una discusión de hace años. Nada ha cambiado. Lo nuevo son solo detalles, cifras, muertos.

¿Viste al pájaro azul?, le pregunto a mi hermano con alegría. Él no dice nada. ¿Viste al niño que limpió las plumas, poético, y el vidrio de la ventanilla graciosa bajar y subir? No dice nada. Pero yo sé que Krisna se ha manifestado vivo. El pájaro era rojo, me sentencia. Azul, le preciso. Un vigilante se acerca por el sendero y detiene a mi hermano, quien le habla por un altavoz: ¿Qué pasa, amigo?, y luego baja el cristal de su ventanilla. Doctor, ¿quién lo dejó entrar? El portal me dio entrada. El vigilante le habla a un pequeño auricular que asoma desde un audífono y luego se dirige a Daniel: es un error nuestro, siga. Yo ya estoy nervioso, el cascajo brama bajo las ruedas del carro, una niña sale de no sé dónde y cruza corriendo, la trompa alcanza a golpearla en el tobillo volador, la niña cae, yo veo en blanco, veo en blanco,

solo habrá un accidente,

una voz me dice, la voz andrógina canta, la de otras veces,

y tú al fin te has vuelto un cúmulo de palabras, ya puedes volver y recitarlas una tras otra, cantarlas, puedes escribirlas, puedes leerlas, todas escritas están a la luz, en el silencio, eres la montonera incontenible de una imagen indescifrable que se derrite y se alza,

ya sé, digo,

ya puedes cambiarla,

canta la voz, canto yo con ella,

puedes cambiarla ahora, sabes lo que has hecho,

sí, pero habrá un accidente, podré evitarlo,

no, ten cuidado, tú no, eso es de otra, dilo con otra voz, eso es lejano,
dilo en otros términos, sé prudente, clemente,

no, no quiero sacrificio, pero tampoco misericordia,

¿y quién te dijo que Dios es justo?, ciertamente nos sorprendes,

la mujer que he terminado por amar y no quiero amar va en ese coche, pero puedo advertirle, puedo avisarle, va muerta ya,

no, ella ve, es su historia y nada más, lo suyo,

no está viva,

nadie lo está, pero ella es, ve, siente, oye, desde su sitio,

va muerta en el coche que se estrella,

no, si va, tampoco es muerta, si va, al fin, está entera, la vida solo es antes de la vida, al fin,

pero qué vida, la vida de la vida o la vida de la muerte:

¡la vida de la vida viva!

Espabilo, cabeceo, despierto, veo caer unas plumas minúsculas,

enanas, delgadísimas, de mi cabello, o son canitas, el cascajo brama bajo las ruedas del carro, una mujer nos hace señas desde las escaleras de Telëpathos, el coche da vuelta al patio de cascajo, mi hermano no pronuncia palabra, solo dice: ¿qué son esas plumas?

Que no recibí y no voy a recibir nunca ese audífono.

Ok.

Nos bajamos del coche y la mujer que nos daba la bienvenida se acerca, contenta, ¡Daninchi!, exclama, ¡más difícil que la laminita del búho!, se abrazan, Daniel se carcajea, le da un beso con discreción, ¿cómo estás, Anilina?, ella me extiende la mano con determinación enérgica, como entrenadora de equipo de fútbol americano, mucho gusto, Anilina González, como si no me conociera, y mi hermano me informa de su cargo, jefa de programación, ella encoge la nariz con picardía y lo mira, decidida a enseñarle su dentadura voluntariosa, ¿y qué más?, ¿por qué tan perdidos?, subimos las escaleras, Daniel dice que entregado a sus chicas, subo yo de lado, ¿y Sabina ya se graduó?, pregunta Anilina, hace dos años, dice él, no, grita ella, Daniel se ríe y dice sí, Melisa es la que se gradúa este año, añade, ¿no me ves muy vieja?, pregunta la mujer, porque vos estás igual, te ves hasta más tallado, aclara, tú estás como siempre y más guapa que siempre, dice mi hermano, gracias por el cumplido, querido, lo tendré en cuenta, siéntense aquí que tengo que subir a terminar de cuadrar algo con el jefe y ya vengo para que hablemos de todo lo que tienen tan rico para contarme, ¿les provoca un vaso de agua, un tintico?, yo me tomo una aromática, dice Daniel, y me pregunta: ¿vos qué vas a pedir?, tal vez un vaso de agua, digo yo, agüita, dice ella, una aromática y un vaso con agua, repite, como una mesera profesional, perfecto, promete, da media vuelta y se marcha: la conozco, no es muy alta, lleva un saquito de lana caqui, una blusa negra de flores verdes escotada pero suelta, una falda gris no muy corta ni muy larga, unos zapatos negros de tacón ni muy alto ni muy bajo, pero es luminosa, dicharachera, igual a muchas, con el pelo teñido de amarillo en rayitos, los senos operados, no como en nuestros tiempos de la universidad, cuando ella y yo fuimos compañeros de clase, ni muy inflados ni poco grandes, y toda la ropa y sus accesorios, aretes, pulseras, brillan con algún tipo de ornamento, hilos de plata, espejuelos ahumados. Nosotros nos sentamos en un mullido sofá blanco, en frente de unos escritorios amplios de caoba laqueada en el que dos empleadas con auriculares atienden llamadas. Una de ellas se levanta y, a pedido de Anilina, se ocupa de atendernos.

Sigo ansioso, me estoy jugando la vida, en cierto sentido, pues si no me contratan en Telëpathos, no sé qué voy a hacer.

Ella era la esposa de Darío Escobar, me informa Daniel en voz baja, el Secretario de Educación de Felacio. Éramos uña y mugre hasta que

se separaron. Ah, respondo. Lleva trabajando aquí desde la transformación de Telëpathos, pero solo es jefa de programación desde que Darío y ella terminaron. Ella ahí mismo ascendió. Ah. Ahora mismo es mano derecha de alguien que es mi enemigo, pero no importa, continúa, algo te pondrán a hacer, porque vos tenés una hoja de vida impecable. Eso no lo sé, respondo. Lo que me importa es que podamos hacer los proyectos que traje, susurro. Es muy difícil que te acepten esos proyectos, dice él. La historia del cine no tiene público. El otro que me dijiste, el Diccionario de Medellín, es muy problemático, tal vez lo quisieran manipular. El que no sirve para nada es el Proyecto Esopo. Vamos a ver. Pero Juli, añade, vos tenés que entender que ahora te vas a inscribir en un proyecto de ciudad que es colectivo, que lleva muchos años haciéndose y es decisivo para todos. No podés llegar imponiendo nada ni exigiendo nada, concluye. Yo guardo silencio. Vos no has hecho sino cometer errores en tu vida, sigue, y ahora esa mujer con que te casaste seguro te va a empacar un hijo. Yo tuerzo la mandíbula. No sé cómo asimilaré la insistencia de sus reproches. Ustedes dos son una combinación terrible, se pronuncia Daniel, un matrimonio entre hijos menores, de lo más fatal. Lo miro en silencio. Si no se acomodan al camino trazado, van a terminar haciéndonos la vida imposible, Julián. O sea que lo que no resulte de aquí, ya no va a resultar de mi parte, precisa. Yo miro al frente. Anilina baja con afán unas ampulosas escaleras en caracol, los últimos escalones los salta de lado, rápido, de dos en dos, con sus zapatos de tacón moderado, gritando: Rubén. Nos mata el ojo y sigue por un pasillo largo. Daniel me acaricia la cabeza. Vos sos un teso, güevoncito. Ya has hecho mucho, me dice. Yo no voy a parar el documental sobre El Parroquiano, Daniel, le aclaro. Eso es un compromiso cerrado conmigo mismo. Yo voy a seguir con el trabajo en mi blog de cine documental contra el paso de la Carretera Panamericana por el Darién, contra el Túnel de Oriente, contra los excesos de la industria automotriz. Pará, güevón, pará, me suplica Daniel, agachándose y tapándose la cara a dos manos. Descansá, marica, todo eso no te va a llevar a ningún lado. Yo sé, le digo, que a vos lo que más te angustia es el documental sobre El Parroquiano, y en ese momento vuelve Anilina.

¿Ustedes ya conocen la casa? Vengan se la muestro.

En ese instante, de nuevo, un relámpago deja limpia mi conciencia, una náusea sube por mi pescuezo. Me voy de salida a la puerta sin responderle a la mujer. No sé lo que hago, tan solo me presencio en el azar de hacerlo. Me marcho de una casa que me amenaza, una mansión siniestra, y un hombre detrás de mí, no sé quién, me llama con voz prieta, pero yo sigo adelante, llego hasta el corredor que da al patio de cascajo donde sobrenadan ocho o diez carros dispersos en

reguero loco. Alguien me toma del brazo con fuerza, me hace girar, está loco, yo me suelto, el otro me dice Julián, yo lo interrumpo, no sé lo que digo, de veras estamos locos, le digo yo conozco esta casa, la conozco bien, Daniel, en los bajos hay un amplio salón a donde no pude entrar la vez en que Mario Mosquera me la enseñó tal como lo va a hacer Anilina con vos y como lo hacen todos los empleados con la gente que viene, como si eso fuera, y en ese momento otra náusea, una diversión, concluyo, andá a que te enseñe ese salón de torturas, porque esta era la casa de Farid Castaño, el padre del paramilitarismo moderno, y yo creo que vos mismo lo sabés, y él tenía un tigre de Bengala en ese salón donde hacía torturar a los hijos de sus enemigos, o a los cuerpos tiernos que llamaba enemigos, y uno de mis mejores errores en la vida va a ser no ir a ver eso con vos, anotalo, porque yo ya no quiero que me den trabajo aquí, en el segundo piso hay una bañera en forma de concha marina gigante, de oro puro, que se abre electrónicamente, toda una atracción turística, mafia de la más pura, y si yo te dijera que es tu esposa, que es Cecilia la que hace que comprés cuatro automóviles de alta gama, ¿vos qué me dirías?, y que tener hijos es el peor error pero sobre todo si es para darles carro, como has hecho vos con tus hijas, ¿qué me dirías?, pero no te lo digo, Daniel, porque te respeto mucho, y sé que sos un cerebro tan digno del Nobel que no te lo van a dar, y un científico valioso, además, si es que a la economía se le puede llamar ciencia, un humanista, dentro de todo, que no es escuchado, sino al que más bien utilizan, y es por eso que tal vez sí te den el Nobel, uno no sabe, cuando ya no sirvás de nada, así como te negaron la tesis laureada pero te subieron las bonificaciones, por influencias del Averno con que tratás con pinzas, para que te lo gocés, y hoy te jugás la vida, lo tenés bien ganado, y además no sos como otra gente más bien educada que nosotros dos, o de más alcurnia tal vez, muchísimo más refinada, sin duda, que lo grita y lo sacude a uno dependiendo de dónde estemos, y frente a quiénes, y vos sabés de quiénes hablo, ningunos salvajes, que dan la orden de matar sin parpadear, sí, sin hablar siquiera, vos te alejás de eso, vos declinás con tino la invitación al salón del fondo, sos hasta más poderoso que todos ellos juntos y más noble, a mi entender, pero yo tampoco tengo por qué soportar que descalifiqués lo que hago, que es más digno que todas tus misiones y las de ellos juntas –y le digo todo esto a este sujeto sin saber medir mis palabras, en un lugar que no reconozco, dominado por un relámpago–, y creeme, voy a hacer el documental sobre El Parroquiano, hermanito, duélale a quien le duela, porque eso hay que hacerlo en esta sociedad si queremos que sea una sociedad libre y democrá… otra náusea, pero esta vez me vomito encima del otro, me agacho, caigo de rodillas al suelo, luego me levanto, me voy trastabillando, una alarma de carro se ha disparado,

dos, tres alarmas, yo siento el celular vibrar en mi bolsillo, un montón de perros ladran en todas partes, tomo el sendero, perros y perras, que lleva hacia la calle, despejado yo al fin, liberado ahora, con la mente clara, como el cielo después de llover y tronar diluvios de hielo y de fuego.

La hice buena, pienso, aunque no sé ni qué dije, un carro avanza despacio atrás mío por el sendero, le doy vía, con una venia cortesana, es una grande camioneta azul, despampanante, miro mi celular, el que vomita pierde, dice un mensaje anónimo, nos vemos ya mismo en el Bodegón, es el mensaje de un número desconocido, 3115789476. Pero el Bodegón no existe. Han dejado el portón abierto para que yo salga, para que me largue. La primera alarma sigue sonando a lo lejos. Yo creo que hasta me dan las gracias. Los perros no paran de ladrar. El que vomita pierde. Puta frase. Ya la he leído antes. Es de mi maestro, de mi maestra, de Selnich, de Selena Dumanoia. Es de pasta adentro, es poesía, es una voz honda, del alto saber tribal, rechazada por las editoriales de Prolepsis y la Universidad Ática, no del bajo saber manual de cualquier lado, sino del alto saber integral, también de cualquier lado, tal vez de ningún lado. La cantan sin oírse paracas y guerrillos al unísono, la cantamos soldados y pillas, todas malandros, monjes y políticas, en diversos registros sonoros, en monodias separadas por quintas y octavas, digamos, no pienses más en ello, y sin oírnos la bailamos, te dices, pero vamos al Bodegón. Al Bodegón vamos, bar de salsa buena, vamos a donde era el Bodegón y ahora hay un hotel. Salgo por la puerta grande, ya otra vez me ha dicho Daniel que a mí me tienen respeto en Telëpathos, que incluso me admiran, pero que yo les doy terror, y ahora quién sabe qué cuentos correrán, tomo un taxi, si al fin y al cabo Anilina es hoy amante de Simbo, el portón se ha cerrado solo, el payaso que hace milagros todos los sábados en Telëpathos, amigo, le digo al taxista, pero ella fue esposa también de un tipo cuyo nombre ya no recuerdo, vamos por favor al Parque del Polvo, un hombre que he decidido olvidar y de quien Anilina busca el divorcio, aunque Daniel me acaba de recordar su reputado nombre, un man de gran influencia en la ciudad y el departamento porque es el principal del gabinete de Felacio, y al que encontraron con Felacio en plena fellatio, ¡al que la propia Anilina encontró con Felacio en plena fellatio!, y chismes son lo que abunda, pero nada se comenta, y ella ya es la amante del payaso Simbo, la estrella de Telëpathos y quien me odia más a mí que lo que Mario Mosquera pueda odiar a Daniel, y esto ni siquiera Daniel lo sabe, así que allí jamás me van a dar trabajo, el taxista me pregunta por dónde nos vamos, es un rencor alimentado desde los tiempos de la universidad, y yo le digo que por cualquier lado hay trancón, y así es, el otro se ríe, solo por yo haberme comido a Anilina, el amor de

juventud de Simbo, el taxista busca por recovecos inimaginables, durante el Festival de Cine de Cartagena, y todos están atestados de carros, ¿cómo olvidarlo?, mientras Simbo dormía borracho al lado, carros en las aceras, y todos en la fiesta oyeron nuestros dulces ayes, carros en la vía, y después toda la universidad se enteró, no hay por dónde andar, pero nadie lo comenta, carros de toda clase y todos los colores, y esto Daniel ni se lo imagina, incluso carros minúsculos, la nueva moda, como trici-motos, todo atestado, lo que es parte, al fin, de mi argumento contra El Parroquiano, que todo es puro interés, periodicucho que debate todos los días en sus editoriales por soluciones para el problema de movilidad en Medellín, pura lujuria, pero que vive de la publicidad con que la industria automotriz llena sus páginas, habría que andar en el Mercedes o el Porsche o el Alfa Romeo de mi hermano para que automáticamente los semáforos le abrieran todas las vías con diez minutos de anticipación, pero a mí no, a nadie, solo a Felacio, a mi hermano y a quién sabe quiénes más, muy pocos, seguro a sus rivales también, todos en contra de la corrupción, seguro también a Mosquera, pero tal vez ya no al esposo de Anilina, ni a ella ni a Simbo tampoco, y cuando viene Uribe Vélez, me lo dice el taxista con un guiño, todas las calles son vaciadas, rodeadas de agentes de policía, y el desfile de ambulancias y camionetas blindadas es de un kilómetro y más de largo, y el taxista recalca en ello, y despotrica contra todos, todos son unos ladrones, parece celebrarlo, ya no hay que hacer, insiste en ello, pero acepta que Uribe Vélez es un genio, porque nadie es tan malo y que no le hayan torcido la boca: es el Putas, y dice que ahí donde me recogió vivía don Farid, al pie de los más duros de la ciudad, unos elegantes porque todos son gente muy estudiada y trabajadora y por quienes menos mal el país no está inundado de comunistas, dice, y de pronto añade, mirándome como a un hijo: y vos sos el más duro de todos, patrón; yo le digo a todo sí, pero miro muy bien, habituado a esto, por dónde estamos llegando al Parque del Polvo, no le presto atención a los taxistas, inquieto por saber quién me ha citado, el vecino habla y habla, yo no le respondo a nadie, habla más que yo en mis días, ni te respondo a ti ninguna llamada, que se agachen si les respondo, tú deberías de saber que estoy en Telëpathos, con tres piedras en la mano, aunque me has llamado tres veces, o deberías de creerlo, que estoy en una reunión clave con la directora de programación para que me den trabajo y podamos pagar las cuentas y así no nos echen más en cara mis familiares su amor, y con toda razón, por el auxilio que nos dan, a veces sin darse ni cuenta, desde que me declaré en emergencia económica porque todo el mundo anda asustado conmigo en Medellín y los jefes me hacen la vida imposible en cada trabajo y ya en ningún lado me pagan y yo tengo que rogar para que me paguen y…

En efecto, allí está el Bodegón. No me había dado cuenta, pero las vías se disiparon de a poco cuando fuimos avanzando, el parque es otro, el mismo, las vías se vaciaron del todo, es el parque de mi época de joven, están los árboles, en la era psicodélica, están el Bodegón y la tienda de los Saldarriaga, está la vieja Nelly de la chacita, por doquier bombillos encendidos de nueve colores, ella aún no ha muerto, es Navidad y Nelly vende Camel, vende Gauloises, vende President y Pielroja sin filtro con sabor a anís, la edición especial del 97 que mi tío sacó por mí, irrecuperable, mi tío: el gerente eterno de Coltabaco, la sacó por mí y solo por mí, y yo sé lo que le digo: ese año y el anterior aquí fuimos la sensación y ya estábamos en picada, cuesta abajo en la rodada, los de Kadera Salvaje, en plena Operación Génesis y apogeo de Uribe Vélez, y yo había comenzado a fumar Pielroja, confundido de ver tanta sangre correr por las acequias y llegar hasta las aceras pidiendo limosna desde el Urabá chocoano y la gente común como si nada, muy orgullosa de la presencia estatal en el territorio paisa, blanco, decente, cajas y cajas de cigarrillo sin filtro y aguardiente anisado salían vacías de mi pieza todo el día mezcladas con toneladas de ripio de marihuana y miles de papelitos de empaques de gramos de cocaína mezclada con talco, había vuelto sin fondos a casa de mamá después de un Premio Nacional de Video Documental que me gasté haciendo cine censurado por mostrar cosas feas que no se pueden mostrar en Antioquia y sin embargo un domingo, en el almuerzo, borracho, a los gritos había echado del recinto sagrado de mi hogar a ese mi tío ejecutivo internacional que me prodigaba todo el vicio y a su esposa, profesora de etiqueta en Londres, por matar sindicalistas y viajar alrededor del mundo de cuenta de tantos crímenes, desde los años de upa, ambos se fueron sonriendo discretamente, dejaron una sombrilla adrede abierta detrás de la puerta, sin motivo, a lo Dalí, y la familia entera se fue a almorzar los domingos un año y medio a su casa, yo quedé solo mucho tiempo calentando los fríjoles del sábado, hasta que ambos y todos volvieron y nos hicimos amigos, íntimos, confidentes de whisky sobre Saint-Saëns, Fauré y el Grupo de los Seis, y los ciertos temas los evitábamos con prudencia y al fin con desenfado e indolencia traumática, yo agradecía las discretas precisiones de Ana Gloria sobre Germaine Tailleferre y las pesadillas del adentro me las achacaba a mí, me las cobraba a mí y me las devolvía a mí, en cuentos y canciones salvajes, agónicas, tardías.

Ahora he bajado como en un sueño del carro maldito a otro tiempo para recordar el favor benigno de mi tío, como si algo me fuera restituido, un recordatorio de su generosa displicencia, me invade la dicha anhelada, porque él no ha muerto centenario en su oficina y no es ejemplar ni execrable, reconozco la plenitud merecida de mis

mejores momentos porque nadie ha muerto a bala en Campoamor, cerca de Industrias La Fiesta, yendo a donde su hijita a almorzar, un sábado de octubre de 1978, cerca de las seis, después de brillar como buen 8 en el cotejo de fútbol del torneo de empleados… Nadie ha sido descabezado en oriente, nadie se ha muerto quemado delante del pueblo empavorecido en Istmina, nadie se ha infartado por el destino de su pareja río arriba o en la noche del martes, en la vereda, nadie se ha levantado con hambre en las barriadas tan siquiera, sino que permanecemos levitantes en alborozo de sabernos intocados por el alma descuartizada de la progenie en bienes muebles, semovientes, y salpicón de tripas inmuebles al vapor… El que vomita pierde, me repito, me lo recuerda en su mensaje aquel que me ha convocado, o aquella: así es de fácil. Entro al Bodegón, suena “Nunca serás mía”, de la Sonora Ponceña, el mismo tema que desde hace más de treinta años sirve de presentación al programa más exclusivo de Latina Estéreo, la emisora de salsa, bolero y son de la ciudad, de la Tacita de Plata, los lunes a las cuatro de la madrugada, sin repetición, pero el Bodegón está vacío, yo me voy al fondo, cruzo un umbral sin puerta y allí está, allí está, dibujando con un bolígrafo negro de marca Kilométrico en un cuaderno, con la cámara por la que lo mataron encendida sobre la mesa, la lente tapada pero lista para grabar y al lado una hermosa caja sellada de casete de S-VHS, de ribetes dorados, profesional, allí está, Juan, Juan Carlos, el difunto, mi viejo amigo, mi olvidado e ignorado amigo, el crítico de cine y realizador de video al que borraron de dos certeros pepazos muy cerca de su casa, me ve, me sonríe, por Laureles, se pone de pie, me dice recibiste el mensaje, el que fue problema en Cronotopo por objetar a Luis Antonio, el que citó a Deleuze para cuestionar la publicidad del cine en Colombia, me da un beso, sentate, tenemos que hablar, el que no escribía tan bien como yo, me entrega la casete dorada, pero sin soltarla, y otros quisieron convertir en mi enemigo y tampoco era perfecto, nada de eso, sino doliente y hasta tramador, desde luego, él también, vos te vas a olvidar de todo esto, me anuncia, me abraza, ya, ya, me acaricia la cabeza, estás montado, la vida fue lo que pasa y no pasará, y tenemos mucho de que hablar, recalca, esto apenas empieza, muchacho, me presiona con la casete contra el pecho, apenas te vas a recordar de lo que ves dentro de muchos, muchos años, cuando escribás nuestra novela, cuando seamos vivos y muertos en lo que lee, me impacta el labio una salivita fría, cuando notés que el bien colapsa, hoy tenemos que volver a hablar y más largo y tendido que nunca, me anuncia, agitando la casete al frente mío para que yo se la reciba, para que me la apropie y me adueñe de sus rumores y desviados hallazgos, porque vos fuiste y sos documentalista, pero mañana serás también escritor, lo serás de nuevo, y un escritorazo, sí, señor, como Dios manda.

Llamá a tu compañera, recibí este bolígrafo que se me acaba de caer al piso, y avisale que llegás muy tarde por la noche, es el obsequio, y no te preocupés, que ustedes dos son de la Jerusalén resucitada.

Vos te vas a quedar con la casete dorada. Yo te lo voy a contar todo.

Capítulo 3

¿Pero quién retornará del sueño?

–Veloz, con pausas–

Madre, hay que desmitificar el amor.
Quitarle las vocales.
Hacerlo tierra.

Eliana Maldonado Cano

Verónica

Cerraré los ojos, Dios Padre, ayúdame, para serenarme, ayúdame, Padre, y para pensar mejor, dame luz y entendimiento, yo me iba a tomar esta agua de cidrón, para apaciguarme, porque Julián no vuelve y es la una y media de la mañana, y me dijo que estaba con unos amigos, pero acaba de llamar una alumna suya, o una amante suya, no se oía bien, dijo que era una alumna, a lo lejos había una música estridente, y después que era una amante, o no dijo nada, era una canción de Nirvana, yo no le entendía y le pregunté qué había dicho, yo no podía creer, así fue, hasta que Julián fue el que habló, atragantado de la risa, diciéndome que era una compañera borracha de la facultad que le estaba jugando una broma, y luego me dijo que estaba con varios profesores al frente de la universidad y ya venía, que no me preocupara, que me calmara, como si esto no tuviera importancia, y yo quería ponerme a leer, porque si Julián no está no me duermo, me da miedo la oscuridad, y si Julián no está pienso en lo malo que le puede haber pasado, porque a veces se excede en los tragos y le pone pelea a la gente que lo mira mal o se ríe de su torpeza, y lo pueden matar, quería tomarme el agua e irme a leer, pero entró esa llamada, y fue como recuerdo, una chica, era la voz de una mujer muy joven, un poco lenta y después arrastrada, ¿hablo con Verónica?, ¿la esposa de Julián Andrea Sánchez?, hola, tú no me conoces pero yo sé de ti muchas cosas, yo soy una alumna de Julián, y

yo ¿una alumna?, sí, del todo, soy su amante, y al fondo una carcajada, y yo repítame eso, y Julián era el que hablaba ahora, yo no quería saber, muerto de la risa, ¿mi amor?, y al fondo un grito herido, el grito afilado de su nombre, y él es una compañera, no le hagas caso, amor, y la llamada se cortó mientras decía puta loca. Al rato volvió a llamar, Dios mío, y ya se oía como en la calle, con un ruido fuerte de carros al lado, y me dijo que iba en el taxi, que había estado con otros profesores, que una compañera se pasó de tragos y le había querido hacer esa broma, que él había ido al baño y la compañera tomó el celular y me llamó para que él mismo viera la broma, pues era una broma, y solo sucedió porque ella estaba perdida de la borrachera. Esto tiene que parar, el agua no me ha servido de nada, pero ay si no me la estuviera tomando, me sirve para pensar, me sirve para nada, me sirve. Cierro los ojos otra vez, Dios mío, apretados, ayúdame, ¿por qué me pasa esto a mí?, ¿por qué? ¿Otra vez me está engañando, o sería la misma Clara de hace un tiempo, que no se murió, que nunca se fue? No tolero que me irrespete más, que se vaya por ahí sin mí, que me deje sola y se pavonee de macho en la calle. Señor, tú me das fuerza, tú me das la palabra, tu palabra es santa porque con ella nombro mi desgracia, ¿cuándo cambiaron las cosas de este modo, por qué?, si es del caso me iré a Bogotá, allá hay gente que me quiere, que de verdad me respeta… aunque ya sé que esto es pasajero, ya estoy llorando, que Julián y yo nos adoramos, que somos uno solo, ¿por qué me hace esto?, habrá que creerle, pues no hay de otra, él dijo que ya viene para acá, y ante mi palabra él agachará la cabeza, porque me va a oír. Y que vuelva a llamar esa culicagada, que vuelva a llamar.

Disque una compañera, ¡pff! ¿Por quién me toma, cree que soy una imbécil?

Isáfora

Enero 9, 2015. Jueves. 10 h 23 min.

Yo y estas putas manías de poner todo en orden. Me hastía eso y me hastía todo. Taimaz está hecho un caballero y me aburre. Me conquista y otra vez me aburre. Me aburre que me conquiste con su corrección, porque debería de ser solo ternura lo que me gane, o su locura, pero a la final es solo que está detrás de mí y me prueba finura. Se conversa bueno con él. No es obsesivo con follar, pero follamos todo lo que podemos. Y es tan lejano. Seguro lo que me gusta no es que se pierda, sino que está ahí cuando lo necesito. Parce, parce, parce. Yo no quiero necesitar a nadie. Y ahora la regla, y ahora resulta que la regla no puede ser lo que me tenga horrorizada, sino saber que

(sí, puta, saber que) estoy triste sin razón, porque no quiero ser mamá nunca, y estoy triste de que me haya llegado la regla, porque Taimaz y yo estamos follando sin condón y pa' las que sea, me dice él, y yo me le río. Esto me tiene paniqueada. Saber que me muevo como una loca, solo por darte gusto, papi, sin que lo valore, porque no lo conozco. Nadie nos conoce. Es simplemente que estoy en un desequilibrio muy bravo, muy tenaz como para que nadie lo sepa. Ni tú, mamá. Recuerdo ahora, no sé por qué, cuando papá me llevaba sentada sobre los hombros una noche, hace años, poco antes de que él muriera, y yo veía la sombra de los dos andar con nosotros y yo le preguntaba si esa sombra de los dos era una sola sombra. "Todo es una sola sombra, amor", dijo. Papá, qué querías decir con eso. "La sombra no pregunta", dijo mamá, imbécil, cuando le conté, tiempo después. Pobre mamá. Lo dijo sonriendo. Y yo aquí agito la cabeza y trato de entender cómo es esto de ver en Taimaz, que no estudia, que no quiere estudiar, que vive de ser DJ, que vende ácidos y pepas, todo lo que mi papá quería decir, y dejarme follar cuando le da la gana, porque es así, sin condón porque no quiere y yo digo hágale, con miedo y con vértigo de poder ser mamá, o de querer no serlo y meterme en problemas con esa lámina, porque ni hablamos pero él dice ser cristiano, la güeva, y yo te creo. Papi, qué es lo que me gusta tanto de este man. Es la música, es el tacto que tiene con nosotras, es que sabe que yo lo espero. Me trata rebién. Pero tengo miedo. Y ahora con la regla a mares, con este dolor tan hijueputa, soy capaz de alejarme de mí como él parece lejano a todo y darme cuenta de que estoy jugando con el fuego de la muerte, con un incendio que puede trastrocar todo lo que no tolero. Yo me conozco. Qué es lo que he escrito. Si algo no quiero es dejarme llevar por afectos. Pero tampoco quiero jugar con la vida de alguien. Si no quisiera ser mamá, no sé, no me acostaría con ese galán. Porque es un rey. Y no es que quiera ser mamá. La luz en la fiesta del domingo pasado me llevó a otro lado, ese mar de luces por dentro. Ya escribí sobre eso, pero no quedo satisfecha con lo que dije. No es simplemente torcer el destino dejándote hacer lo que la música y la droga hacen, lo que me hacen hacer y buscar es el conjuro, y veo en Taimaz al puto diablo. Que pueda ser el árbol de donde yo arranque un fruto celestial y me lo lleve al territorio sempiterno escondido de los sueños donde vivo y reino, es lo que quiero. Sí, cada noche… entre tanto lo trato como a un bebé. Le doy de todo, y no me responde. No sé si es porque soy gordita, de huesos grandes y cóncavos como los de una catedral, por lo que me rechaza y se va a veces con modelitos desabridas. Pero le gusta cómo le halo el miembro con mi abrazo, le gusta cómo le remuevo el clítoris en la lengua, yo sola, firme, como si lo besara con mi sexo en su boca, sentada en su boca, le gusta cómo llego a temblar

y quebrarme y cómo le susurro al oído cosas indescifrables cuando se chorrea enterito adentro de mí. Entonces hablamos seriamente de lo que nos gusta o no nos gusta hacer un día festivo por la tarde, de los horarios para el sueño, de la vida que sabemos que no llevaremos nunca con nuestros padres. Nos reímos, porque él dice que para viajar es que ha nacido, y que yo no aguantaría su voltaje, y yo le digo sí. Le digo sí: mirame, mirá este lobo que anda por entre rocas y arbustos en mi espalda, esa soy yo, mientras sopla el viento. Todo tiene un significado, Taimaz, y no creás que Leona está lejos cuando vos dejás a cualquier chica. Pero yo soy distinta, porque no te necesito, porque todo lo que tengo de vos lo tengo solo con pensarlo. Vos ves que no te busco, vos caés sin darte ni cuenta. Y tampoco me buscás. Estamos juntos sin saberlo todo el tiempo. No hay necesidad ni siquiera de que nos digamos dónde estás, cuándo nos vemos. Podemos abrirnos de los parches donde nos encontramos, no volver, y la cosa va a ser siempre igual. Todo se lo he dicho así, tal cual, oyendo música la noche abierta en un motel, en otro, los dos juntos metiendo perico hasta el amanecer, tomando ron vivo hasta acabarnos dos, tres botellas, y lúcidos, marica, y terminamos mirándonos como si estuviéramos de verdad al otro lado del silencio, oyendo a Rata Blanca como si ya nos hubiéramos muerto, lloramos calmados, muy conscientes de lo que es cada gesto en esta vida, nos besamos qué rato, en qué delirio tan secreto, no sé si tú hayas vivido algo así, se me eriza hasta el culo, tan silencioso que solo sos el aliento, no hay palabras, un resuello, palpitar hondo, y después cada uno se va por su lado, adónde, hijueputa, adónde. Lo mejor es abrirse de ese man. Abrirse de todo. Yo sé que lo tengo loco, y que se cree mi dueño. Pero yo quiero algo distinto, y no sé qué es. Qué peligro dar a luz cualquier cosa, madre muerta. Ahora me distraigo pintando: lleno el tiempo dibujando marañas tupidas de arañas de donde salen ángeles llorando a gritos, huyendo de un dios invencible.

Julián

No es jugando. El mundo para los seres humanos puede estar terminando. El futuro mediato será para los cíborgs, humanoides ya bastante separados de algunos valores que fueron básicos para nuestra especie pero que hoy son valores obsoletos, por bellos que nos parezcan. El mañana lejano parece que será de la inteligencia artificial, aunque en una verdadera perspectiva a largo plazo, decir qué será de qué es del todo impreciso.

Lo que nos espera a los seres humanos es, cuando menos, una dura

lucha para preservar en nosotros, durante nuestra tenaz agonía, lo poco que queda de todo lo que no solo consideramos si no que realmente es tan valioso como para que alguna vez fuéramos lo que aún hoy queremos ser muchos: seres de amor, de duda y compasión.

Y entre todo lo complicado de la lucha está el entender que ese amor es tan complejo que entraña dificultades insuperables, pues conocer sus profundidades es labor de una sabiduría no siempre accesible, y en la urdimbre de sus manifestaciones nos extraviamos inevitablemente hasta matar al hermano, porque es nuestro deber, y traicionarnos a nosotros mismos, porque es nuestro destino.

Lo que surge, y entenderlo será el mayor desafío, es sin duda una persistencia del ser, aun en lo inhumano, y un destilar misterioso de la conciencia, en medio del vértigo inerte de la tecnología, la ciega e infinita probabilidad algorítmica y una nada fría, oscura y sensible, del todo distinta a lo que entendemos por nada, aunque como nuestro intelecto, incesantemente fértil.

¿Pero quién retornará del sueño?

(Kadera Salvaje, 30 de marzo de 2013)

Capítulo 4

Nos volveremos a ver

–Andante majestuosa–

No sigo aceptando las cosas que no puedo cambiar.
Estoy cambiando las cosas que no puedo aceptar.

Angela Davis

Qué silencio, Juli. Qué cara de abatimiento. Cuente pues. ¿Cuál es el misterio?

Cerraré primero los ojos. Me dejaré llevar al pasado o dejaré que los pasados sinnúmero lleguen a mí, sean al fin, tal vez, en el relato, querida Alzbieta, eso que también tú podrías ser, o haber sido, que como dice nuestro amado Frankl, es la manera más segura, ese haber sido, la manera más segura de ser. Quiere decir que se puede ser por haber sido, aunque cabe la duda de si se puede haber sido sin ser.

Imposible.

No sé. Todo esto son palabras. Ser sin haber sido también parece imposible, pero entonces menos sé si soy yo el que recuerda o si soy el recordado.

Eres el que recuerda, Juli, y eres el recordado.

O sea que soy también los que recuerdo, Alzbieta, soy lo que no fui. Puedo ser todo en el recuerdo, como soy el sueño cuando sueño, puedo viajar lejos y recordar, mar adentro, que soñé, o soñar, como ahora, que recuerdo, o casi como ahora, porque todo son solo parajes, un solo presente en fuga, y así los seres que recuerdo, y todo, todos, somos una sola tierra transformada, unos aires hechos música, una sola visión, luz danzarina que me hace tropezar, novela que desaparece, que no es y por un momento reaparece vuelta una miseria, un cachorro, una amiga haciendo reclamos, justos reclamos, dando órdenes, órdenes inapelables para un cactus dormido. Era yo, sí, desayunando esa mañana, comiendo esa noche –los españoles le dicen “cena” al comer vespertino–, a mis quince o catorce años, profundamente asqueado de lo que veía, nada de noticias, falsa información, ponderación insulsa de valores fatuos, en una separata

juvenil del diario El Parroquiano, hace tanto, tanto tiempo ya, llamada Juventud X.

¿En qué año, más o menos?

Por ahí en 1988.

¿Desde hace tanto le tenés rabia a ese periódico?

Sí. Había algo enconado, muy profundo –pero no solo en el periódico–, que despertaba a ratos, en mí, como una conciencia escandalosa de desacomodo, y estaba en el aire, de no pertenecer a nada, de ser el peor de todos. Eran el odio de los paisas a los rolos, o sea, a Bogotá, donde vos naciste, esa envidia de que la capital de Colombia sea Bogotá y no Medellín, o la idea de que todo lo que hacemos los paisas es bueno, y no solo bueno, sino lo mejor… Y no lo mejor de Colombia, sino lo mejor de esta gonorrea de mundo. Porque sí, el planeta es una cosa, yo soy del planeta, y el mundo que hemos hecho los humanos es otra, y yo me excluyo, o quisiera excluirme, y tal vez no pueda hacerlo nunca. Es decir que la tierra, la flora, el cielo paisa, son un milagro incomparable, parte única del milagro consciente del color, del fuego, y los alimentos cocidos, grasientos, abundantes, y el calor familiar de los paisas, zalamero, sí, hospitalario, festivo. Pero con lo que nos comparamos es con lo peor del mundo: con las obras grises del desarrollo capitalista, con el lujo gélido de los imperios que esclavizaron al mundo y a la tierra misma. A las propias maravillas ciertas de nuestra historia las sometemos a ese tipo de comparación, ya nada más deben valer por ser nuestras, por haber estado sometidas a nuestro ingenio. Aunque nada altera la realidad profunda del Universo, incluso del más próximo. En verdad, Alzbieta, nada cambia: todo permanece intocado. No vinimos aquí a vender bienes ni servicios, ni a promoverte para un ascenso, ni a incrementar un valor supuesto de nada. Pero estamos acá y es un tránsito, y en un momento dado, parece que todo lo alteramos. El tesoro queda sumergido, perdido o salvaguardado. ¿Has oído decir de la hora del rechinar de dientes? Aquí, en últimas, es igual que en todas partes y será igual que en todas las épocas. Hay una dirigencia torpe, vacua, engañada por sus propias ilusiones, como en la Galilea del Evangelio, que pretende dominarlo todo, poseer, ser dueña aun de la cultura, de los cantos y consejos que ha recibido para darlos en heredad y que le avisan de nuestra vanidad, sin que los oiga, de lo trascendente, a lo que nos debemos, y le avisan de la muerte.

Sí, pero aquí no solo hay eso.

Claro que no. También, como en todas partes, está la heredad, despojada de todo, invisible, traída y llevada, la gente y los frutos de la tierra… Esos frutos de que hablan los cantores, ya en el título de una de las obras de Carrasquilla, quien es dios tutelar de todo poeta aquí, en Antioquia, en la sierra donde todo es grande menos la capital,

menos Medellín, digamos, capital del departamento, ciudad fabril de peones y poetas borrachos, y mucho menos su riqueza, su lujo: de resto, todo es grande en Antioquia, tierra generosa, lo que cantaba Carrasquilla, nuestro escritor, y sobre todo esos poetas borrachos, y esos peones sin dignidad, pero no el alma de sus huesos, y esa delgadez es abismal, incalculable, desmedida, proliferante… Yo de niño no lo notaba: llega lejos, donde se pierde el sol.

¿Vos no publicaste un cuento en El Parroquiano cuando eras todavía un niño?

Sí. En un cuadernillo que el falso diario tiraba cada miércoles para los públicos infantiles, llamado El Parroquianito. Eso es interesante. Yo amaba el bosque que se escondía y se abría en la grande hondonada de la finca que papá se había comprado por Rionegro. Amaba el caminar por esas breñas, solo y meditabundo, maravillado por el esplendor de natura y embelesado por el canto de las aguas y los pájaros y chicharras, al sol, al viento, al fuego. Sabía bien, desde entonces, que tal era mi Antioquia hermosa. Pero amaba por igual lo capital de esta provincia, la productiva cultura, el olor a chocolate, o a galleta, o a penetrante licor, que despedían sus fábricas varios kilómetros a la redonda, también a tabaco, o a cuero horrible; las gestas de sus esforzados deportistas, las historias de sus famosos creadores bohemios, la magnitud y buena hechura de sus obras públicas, edificios, novedades, o la celebrada primera transmisión de Telëpathos, primer canal regional de la nación, con un cortometraje de Víctor Galindo inspirado en Guayabo Negro, de Efe Gómez, o en fin, la mítica construcción del nuevo y moderno aeropuerto, con esa escultura abstracta de Edgar Negret, El sol, cuyo transporte difícil registraba primorosamente, mero detalle ínfimo, en un rincón de la foto, el afiche oficial de la hazaña, difundido en toda la región, en tiendas, colegios, hospitales, restaurantes… Un aeropuerto grandioso, construido entre laderas, armadillos, lagos, gorriones y tupidos bosques… Todo eso lo amaba yo, y por encima de todo a sus instituciones beneméritas, que dirigían y prodigaban el pujante bienestar de tanta gloria, su himno, su escudo, su bandera. Admiraba yo a los prelados de la iglesia romana en Antioquia, los jesuitas que dirigían mi colegio, por enseñarme la benevolencia de una vida consagrada al estudio. En el San Ignacio me infiltraba sin ser visto dentro de los pabellones donde residían los curas y mi espíritu entraba en contacto con la divinidad de la paz y el recogimiento. Valoraba mucho a los políticos, como aquel que por esos días había alcanzado la presidencia de Colombia, Belisario Betancur Cuartas, o el gobernador y otros gobernadores y alcaldes que habían hecho su bachillerato en ese colegio donde estudiábamos mi hermano y yo, mi padre fue astuto al matricularnos allí, porque todos aquellos dirigentes

exaltaban los valores más íntimos y arraigados con los que mis padres habían fundado a mi familia misma, los que presidían en cuadros y decorados la sala de mi casa, la música dulce y melancólica que mis tíos ponían en la tornamesa de la finca, música de sus serenatas de novios, el sabor y la calidez de los entremeses, que aquí llamamos "el algo", por la tarde, la dicción y los apuntes de mis tías y primas en el corredor alebrestado de las iluminadas fiestas decembrinas… Luego sabría yo que el aeropuerto era innecesario y que los políticos que tanto admiraba, algunos de ellos conocidos cercanos a mi familia, se habían inventado la gestión de la obra, entre otras cosas, pero muy especialmente, para desfalcar los dineros públicos y hacer fortuna personal, y familiar, entre todos, además de contribuir con la obra al crecimiento de nuestro orgullo regional y al afianzamiento de nuestra imagen como pioneros de la ingeniería ante propios y extraños, y así recoger seguros votos, clientela fija, prestigio intocable, bajo el auspicio populista y efectivísimo de El Parroquiano. Ya te habrás dado cuenta de que no muchos años después el aeropuerto tuvo que ser auxiliado de emergencia por el Estado debido a su inoperancia. Pero nadie protestó ni por eso ni cuando se demostró el ilícito de toda la operación mefítica.

¡Pues claro que no, si El Parroquiano suavizaba toda la información!

Claro, y para allá voy. Pero, ¿estás llorando, Alzbieta?

Un poco, sí… Me estaba acordando de alguien.

…

Suspiro y lloro recordando a alguien muy bello que tuve la fortuna de conocer bien, un ser frágil, brillante y muy ingenuo, que no pudo con tanta genialidad.

Este… No sé de quién hablas, ¿pero ese era yo?

No importa. Sigue, que tu historia está apasionante. Quiero oírla toda hasta el final. Tal vez todos hemos sido lumbreras que no sobrevivieron a su juventud.

Bueno, entonces claramente soy yo.

Dale, seguí.

Seguiré. Pero, Alzbieta, supuestamente el apesarado era yo. Realmente, en mí hay una convicción, no sé, aunque esa palabra no me gusta, hay una convicción de… justicia divina no, sino de una permanencia de la memoria que faculta toda esperanza, sí, eso sí, y la llamo, de todos modos, certeza de lo imborrable, aunque la esperanza que aquella certeza encubre es una esperanza que nos borra, que prescinde de la posibilidad de gozarla, porque toda memoria es voz de lo absoluto, y lo absoluto es tan lejano que nos duele como la muerte, es parecido a la ignorancia, a no ser. Se pierde uno al depositar su confianza en la justicia de que solo nos avisa la memoria, y al fin eso es un alivio, si puedes afinar y tensar el hilo, porque ese que recuerda,

ese que recuerda… Ayudame…

Ese que recuerda sos vos…

No… O sea, sí, pero la identidad propia no tiene que ver con lo que digo… El que recuerda… ¿Qué estaba diciendo antes?

El que recuerda te ayuda.

El que recuerda sabe, bajo sus párpados. Puede dormir, se conoce. Es como una víctima que insiste sin ilusiones en su reclamo. Es el tesoro del que hablo, el que recuerda. Como descubrir que uno es algo distinto, algo más, aunque hacia adentro, algo indemostrable, fijo pero vivo, que aguarda por la eternidad y ahí puede quedarse. La muerte será un alivio cuando la vida nos resulte menos aparente.

Oh, oh.

Sí.

Ojo ahí.

Es lo que digo, porque he podido darme cuenta de que la vida es incomprensible, es una plétora…

Es cierto.

… y todo está en la memoria, no voy a contestar esta llamada… Es más, voy a apagar el celular, no, no puedo, era otro número desconocido y ya los rechazo. Suelen, espera yo apago, qué va, suelen permanecer en silencio, no puedo apagar: hay un mensaje…

Será una mujer que te quiere…

O será un robot que me quiere. Mirá este mensaje, me ofrece ir a un concierto de los Rolling Stones en China gratis si respondo ya mismo con un código que debería repetir.

¿Y vos creés que sí te lo dan?

Tal vez. Es una fachada. El mensaje es de Poll, de la SIM.

¡De Poll! ¿Y cómo sabés realmente que es de Poll?

Yo sé. En verdad, es un mensaje de mi hermano, de Daniel. Desde que Google es Poll algo cambió asombrosamente en mi vida, Alzbieta. Pero lo que cuenta ahora es lo que yo responda. Tiene que ver con una increíble lotería, con el embalse de Hidroakabí, ni te lo sueñas. Después te cuento bien. Se me hace que algo puede pasarle a alguien de acuerdo con mi respuesta, o de hecho, algo definitivo puede pasarnos a todos en esta región. El código que me envían es 48927-SG, pero yo estoy respondiendo sin pensar. Miro a tus ojos verdes de raíz hebrea. Cántame un número del uno al diez.

Seis.

Listo. Tiféret. Mira.

A ver…

¡Salud, amigo!

48927-6_LB… ¿Eso qué es? ¿Y a quién saludabas?

A esa vieja que se acaba de sentar atrás tuyo.

¿A esa le dices amigo?

Todo está en la memoria, te venía diciendo.

… y es una lotería…

Menos los recuerdos.

¿Los recuerdos no son un azar, eso querés decir?

Ni están en la memoria. Son la memoria. O sea que se reactivan. Si vas lo suficientemente lejos en ellos, podés vivir para siempre, como un fantasma, libre de ataduras y saldando todas las cuentas, cuando murás. No hagás ese mohín.

Esto es ciencia ficción para mí.

Los recuerdos están vivos, Alzbieta.

¡Por favor!

Pero eso lo entienden mal todos aquellos a quienes se lo digo.

Siga contándome.

Te estoy contando y me estoy contando. Una pelada quiso usarme hace poco.

¿Cómo se llamaba, o cómo se llama?

Eso no importa.

…

…

A ella le importa.

Le importaba, sí, demasiado.

¿Ya no?

Está muerta.

…

…

Pero no vamos a hablar de eso.

Se ganó la lotería.

¿Está viva?

Yo escribí un cuento sobre un colegio, entonces… Después le cuento sobre la chica. Tiene que ver con todo esto… Si es que no se aparece ella por aquí y nos interrumpe… Esa es mi congoja…

Está muerta.

Ojalá se nos aparezca.

¿Se enamoraron?

Vamos por partes.

Yo no sé si quiera seguir oyendo. Pero siga: escribiste un cuento sobre tu colegio…

Sí, ahí empezó todo. No era sobre mi colegio, era sobre la sociedad occidental moderna… No sé de dónde salió esa idea, o sí sé, pero no me lo explico. Porque fue justamente el momento en que la literatura afloró en mí. Yo tenía diez u once años, en 1984. Hacía muy poco Gabriel García Márquez se había ganado el Premio Nobel y todos en Colombia, en Antioquia, en Medellín, estaban leyendo su obra, o al menos hablando de ella. Yo leí Crónica de una muerte anunciada a

esos nueve años, y lo sentí como un bárbaro presagio sobre mi vida. Pero muchas otras obras me llamaban desde antes. Las aventuras de Tom Sawyer me habían fascinado, la caverna misteriosa del relato, La vuelta al mundo en ochenta días era como un reto y una lección, el plazo contado a los viajeros… porque yo quería escribir. Lo que no sabía era cómo, o de qué, y esas dos ignorancias eran una sola. Cuando mis papás me vieron descifrando La vorágine, se preocuparon pero me dieron alientos, porque la dejé empezada, me di cuenta de que era para otros años, para otro Julián, y ellos me indujeron a no dejar nada empezado, a seguir una vocación con disciplina. Yo les inventé otra vorágine cuando me preguntaron, improvisada, y ambos se dieron cuenta de la mentira, pero pensaron que era una buena señal, la mejor de todas. Por esos días había ido a temperar en una finca cercana a Rionegro el poeta Carlos Castro Saavedra, y mis padres me dijeron que aprovechara y fuera a hacerle la visita… Yo lo pensé dos y más veces, asustado. Nunca he sabido muy bien cómo relacionarme con la sociedad, otro par de ojos cualesquiera siguen siendo mi… Ay, hombre. Está buena esta cerveza, parcera, parcerita… Dos pares de ojos, contando también con los míos, ya son bastante, o son más, o sea, contando, qué sé yo, el interior y el exterior del mundo, el molde y el vaciado de las cosas, del tiempo, de la vida…

Le podrías haber dicho eso y estoy seguro de que te habría adoptado como su pupilo.

No. Me senté en el murito de la portada de su finca, esperando a que me hicieran pasar, pero nadie salió. Yo solo veía al poeta sentado en el corredor.

¿No entraste?

No me atreví. De vez en cuando pasaba por ahí una señora que luego supe que era su esposa, regando matas, asoleando un gato…

Como era de mal escritor.

Es un típico representante del terruño paisa, pero los hay peores, Alzbieta. Me cae bien porque no ocultaba sus ideas de izquierda, aquí donde te matan si defendés al comunismo, o cuál comunismo, si solo promulgás la idea de justicia social te amenazan, o de derechos populares, y si insistís en eso te joden, o bueno, con representar bien los intereses de cualquier grupo de gente sin otro poder que su voz y su huelga ya tenés para estar en la mira del ejército y sus sicarios. Castro Saavedra tiene un poema en el que Jesús vuelve a la tierra a resucitar únicamente a los obreros muertos… Y exalta valores de amor y solidaridad que dan para todo, pero privilegiaba a las personas por encima de la ideología sectaria, del partidismo de oficina. Era un iluso, un ingenuo, a mi modo de ver, en su lenguaje, pero noble. Claro que yo en ese momento no sabía nada de esto. Solo sabía que un tío me acababa de decir que él y Belisario Betancur, el presidente de

Colombia, al que traicionaron los militares, habían sido muy amigos.

Claro, eso sí es sabido.

Es parte de la leyenda. Que se emborrachaban juntos y se iban de putas con Mejía Vallejo y Óscar Hernández.

Seguro.

Bueno, pero mi tío había añadido que ambos habían sido guerrilleros y violadores de niños… Esas fueron las palabras de mi tío, y que colaboraban con los grupos terroristas de todo el planeta. Mi mamá me tranquilizó riéndose: esos son cuentos de Dago para asustarnos, vaya a donde el poeta y pídale consejo para su futuro. El caso es que yo volví a donde mis papás y les dije que Castro Saavedra no me había invitado a entrar a su casa, y ellos me dijeron que no fuera tan tímido, que volviera…

¿Y por qué querían tanto tus papás que vos fueras a donde Carlos Castro Saavedra?

Mi mamá decía que para que yo le preguntara qué es ser escritor.

¿Y al fin sí volviste?

Sí. Era enero. Hacía un sol de los mil demonios. ¿No quieres otro té, estás bien? Alzbieta… ¿Ahora por qué me besas la mano? Me siento como en el Paradiso, como si estuviera viviendo mi vida muchas veces, como si estuviéramos tú y yo otra vez comiendo papas fritas en Presto o pandebonos con Monedita en Versalles, o como si yo estuviera en Rionegro otra vez, yendo a donde un viejo escritor a preguntarle qué es escribir.

¿Y no te sientes culpable de nada?

Soy feliz sin motivo. Siento, al contrario, que estoy expiando una culpa.

Estás escribiendo.

Voy a escribir. Esto es la felicidad. Esta luz que veo como si me estuviera esperando, este hablar y oír, u oírme y ser hablado. Porque lo que tú dices es parte de mi presencia, y lo que oyes mi propia espera de ti por tantos años en que nos perdimos.

Tú fuiste el hijo que no tuve.

¿Y tú? ¿Por qué no me cuentas más bien tu historia?

Yo creo que mi historia es tu historia, Juli. Ya te la contaré, y tú la escribirás.

Escríbela tú y escribe mi historia.

Tal vez estemos escribiéndolas juntos.

¿Es así?

Hazme caso. Sigue.

Hacía un sol muy picante. Yo entré hasta el jardín y le hablé a la pareja, que estaba sentada en el corredor sin hacer nada, nada, nada. Me dijeron que me acercara, que me sentara. No recuerdo lo que conversamos. No le dirigí casi la palabra a la señora, que me sirvió un

café con leche y unas galleticas, ni al hombre, que me acercó una mesita. Yo estaba incómodo. Quería irme, pero de veras pensé que Castro Saavedra le iba a dar una respuesta a mi gran inquietud. Yo ya le había dicho a qué autores leía, Arthur Conan Doyle, Charles Dickens, y le conté que quería escribir una novela de la vida de dos espadachines: Passport y Fassfort, que eran muy amigos. Quería contar en un libro cómo a uno de ellos en un duelo a espada le cortaban la mano, pero eso ya lo habían mostrado en televisión la semana pasada, en una película.

¡Ja, ja! ¡Era muy difícil ya contar lo que todos habían visto!

Sí, exactamente… Nos quedamos callados. Yo asumía que quedarme callado es lo que hay que hacer. No sé por qué lo hice así, no suele ser esa mi actitud. Sencillamente, mi alma estaba en un hilo.

¿Cuál era tu pregunta?

Qué hay que hacer para ser un escritor.

Juepucha, es que tampoco es fácil. Lo debiste de poner a pensar, sobre todo porque no eras un periodista.

No. Era un niño con una inquietud sincera.

¿Y al fin qué te dijo?

Dijo, palabra por palabra: “Bueno, vea… Escriba de lo que ha vivido”. Yo me enfurruñé. “Claro que eso uno lo aprende con los años”, explicó.

Qué belleza.

Sí. Gracias por cogerme la mano, Alzbieta. Estoy temblando. No sé qué soy ni qué es esto, pero gracias.

Ya has escrito, Julián. Si quieres te diré quién eres.

Lo necesito.

Has dejado un mensaje. Eres como un ángel. No llores. Te has negado a hacer parte de este horror, y has hecho lo posible por corregirlo. No llores más que me estás haciendo llorar también a mí. Has cometido errores, pero menos de los que te achaca la gente. Has cosechado el respeto de muchos, la admiración de unos cuantos, de los mejores, y el amor de una mujer invaluable. Estás vivo, inclusive, porque el poder sabe que valés. Porque no estás en tu defensa propia, ni siquiera en defensa de nadie, realmente. Ya, ya. Cálmate. Es así, estás a salvo de la muerte del espíritu porque has dicho la verdad, de hecho algo más profundo que la verdad. Has cumplido con tu deber.

¡Entonces papá y mamá…!

Pero no grites, no alces la cabeza como un ahogado que encuentra el aire…

… me dijeron escribe. Y yo me comprometí a hacer ese cuento para un concurso en el colegio… Pero pasaba el tiempo y no encontraba el tema, no empezaba, no sabía qué hacer, ya ni me importaba el asunto. Joven… Tráigame por favor otra cerveza.

No te vayas a emborrachar.

Ya estoy borracho. Pero de paz. Estoy un poco más limpio. Estoy un tanto entusiasmado, o sea con Dios adentro. ¿Tú te tienes que ir pronto?

Para nada. Soy una pensionada con el único interés de saber un poco si en esencia estoy viva.

Alzbieta… Me das miedo. No sé en frente de qué estamos. Pero la respuesta está aquí, aquí.

Te oigo.

Óyeme. Tú eres mucho más de lo que has vivido. Has sido una mujer amorosa, y esto es siempre una promesa viva. No conozco a tu hija, hace años supe que habías tenido una hija, no sé de tus varios trabajos. Pero sé que estás ahí como una presencia real y profunda, y absoluta. Tú escribes en el alma de los días, Alzbieta, tú sabes esperar.

Yo estoy perdida y no quiero encontrarme.

Porque ya te encontraste.

¡Sí! Y no me basta.

…

Te agradezco tanto que nunca preguntes por mí.

Eso es un sablazo. Ya te dije que me hablaras de ti…

Pero, Julián, esa sonrisa se me hace como un silencio en medio de un incendio.

En un infierno.

Sí… Un silencio en el infierno.

Aquí estoy. Aquí sigo. Gracias, puede llevarse el vaso. ¿No quieres nada, Alzbieta, otro té, una tortica?

La tarde es joven, Juli. ¿Sabes? Mi hija a veces pasaba por aquí al frente para coger el bus cuando yo venía aquí a leer. Pero ya no pasa más, no pasa más por acá.

¿Qué pasó?

No sé dónde está.

No sabes…

Eso es todo. No sé dónde está esa loquita hermosa, pero he venido a pensar que en cualquier momento me la voy a encontrar otra vez, cuando menos piense.

¿Qué le pasó?

Eso quisiera saber. Pero no nos desviemos, que el asunto es largo de tratar, y yo tengo una curiosidad tremenda desde hace años. Ve, ¿qué hay en ese casete dorado, que lo cuidás tanto? Soltalo, ponelo en la mesa, pero no dejés que se moje.

No lo sé, lo tengo desde hace tiempo y nunca he podido saber lo que tiene grabado. En un rato, más tarde, voy a pasar por donde un amigo a ver lo que hay grabado en él, porque yo no tengo cómo reproducir un S-VHS. Luego te cuento. Yo sé que nos interesa a vos y a

mí, pero eso es para otro diálogo largo.

Bueno, sigamos. Entonces, ¿después de que hablaras con Castro Saavedra qué pasó con el cuento que ibas a escribir para el concurso del colegio? Nunca me habías contado todo esto en nuestros años mozos.

Me encerraron entonces mis padres en la habitación matrimonial, que contaba con un escritorio pequeño empotrado en la pared. Yo me sentí comprometido con algo más que ellos, simplemente y profundamente, representaban, y que también era yo mismo, pero nacía en las fuentes de la vida toda y era tal vez Dios mismo. Eso era lo que mis padres encarnaban: la presencia de Dios en mí, y mi falta de ideas para escribir el cuento y ponerlo a participar en el concurso de mi colegio me hacían llorar porque creía que le había fallado a mis padres, a mí mismo, al absoluto de la vida profunda. Me puse a llorar sin consuelo, como si los hubiera matado.

¡Tenaz!

Lo que me faltaba era tema. Sin embargo, es curioso, a mí en verdad me sobraban temas. Lo que me faltaba más bien era un tema que yo considerara digno de los ojos de mi madre. Ella había objetado mi primer cuento, que yo había escrito –mi verdadero primer cuento–, hacía dos o tres años, en 1982, lo recuerdo muy bien, sobre una pareja de palomas. Porque en la terraza de nuestro apartamento merodeaban las palomas del centro de Medellín montándose a su gusto, y en mi cuento una parejita hacía su nido en las letras del Teatro Lido, al frente de nuestra sala, cruzando la carrera Sucre, y nosotros crecimos creyendo que la pareja era la misma a lo largo de los años, pero en verdad eran diversas generaciones idénticas que no hacían cosa distinta a procrear: montar, calentar huevos, criar y morir.

¿Cuándo decís que escribiste eso?

En 1982, a mis ocho o nueve años.

¿Ya habías ido a visitar a Castro Saavedra?

No. Pero la verdad es que mamá me dijo con el ceño fruncido que ella creía que yo debía escribir de cosas más importantes, y eso me taró un poco.

Claro… ¡Porque luego Castro prácticamente te dio la razón!

Más o menos, pero yo no me di cuenta. Castro me recomendaba escribir sobre cosas de mi vida, ¿pero de qué cosa de mi vida iba a escribir? ¿Del silencio de la casa a la hora de la siesta y el paso de la luz a lo largo de los días? ¿De las putas y travestis que buscaban clientela mostrando las tetas y el culo a los coches en el semáforo de la esquina? Mis temas, los temas de mi vida, eran metafísicos o anecdóticos, no daban para un cuento tan compacto como el de las palomas, y yo me daba cuenta, o para algo con unidad de concepto, no sé, con filosofía propia, o algo revelador. Si yo no compartía el veto temático de mamá, la idea de Castro también me dejaba insatisfecho.

Claro, no basta con escribir de lo que uno ha vivido.

Entonces tuve una visión.

…

…

¿Una visión? ¿Cómo así?

Aluciné, o algo así.

¿Así como Swedenborg, como Santa Teresa?

Como Dante. No sé. Me desmayé, desperté en el suelo, no sufrí daño en la caída, pero fue un desvanecimiento en toda ley, y de pronto ya tenía en mi mente toda la historia, todo el relato, el comienzo y el final, y el título.

Pero eso es muy deprimente.

No… Bueno, yo sé a qué aludís…

¡Es que entonces nadie que no sea el predilecto de las musas podría escribir algo que valga la pena!

Yo te hablo nada más de mis recursos.

¡Ah, ya! Ja, ja.

Ja, ja.

Esa está buena. "Tus recursos".

Sí. Algo en mí se activa para hacer asociaciones fabulescas que no serían igual de claras si solo me guiara por la verosimilitud o esas vainas tan impuestas.

¿Y entonces escribiste el cuento?

Fue el primer cuento mío que se escribió, digamos, por sí mismo, o que me mostró cómo escribirlo. A veces todo consiste en sentarse frente al teclado con lápiz en mano, cerrar los ojos y respirar.

¿Y te ganaste el concurso?

Claro, ya sabés que sí, y me lo publicaron en El Parroquianito. Lo extraordinario fue la buena acogida que tuvo. El jurado habló de la influencia de la literatura del bum latinoamericano, aunque yo solo había leído algún par de cosas de García Márquez y de Cortázar. La jefa de Ángela, mi hermana mayor, en el juzgado donde ella trabajaba, me llevó al Astor, la repostería, a tomar el algo, asombrada, como me lo dijo varias veces, de la lucidez del cuento, o de la madurez del cuento, habló de ambas cosas, no lo olvido, con un amigo suyo más joven, un abogado, que no hacía sino preguntarme por mis opiniones y mis supuestos intereses políticos en la ciudad, ya desde tan temprano. Eso se repetiría muchas veces más en mi vida. Entonces tenía diez u once años. Y un día, a la semana siguiente, el lunes, muy poco luego de la publicación, me llegó un mensaje en el colegio. Había un cura que había leído el cuento en El Parroquianito y quería hablar conmigo.

Je, je. Conmoviste a la ciudad. ¿Cómo se llamaba el cuento, de qué trataba al fin? Estoy intrigada. ¿No lo tenés aún por ahí?

El título era Los conflictos en la sociedad.

No puede ser. ¿Qué hace un niño de diez años escribiendo algo con ese nombre?

Fue pura inspiración. Pero expresaba mi náusea. De hecho, veladamente era una respuesta a la hipocresía de mamá, que no aceptaba que yo viera en el animal ir y venir de unas palomas lujuriosas el retrato de la vida humana. Incluso el cuento parecía una forma solo un poco más elaborada de la consciente imprudencia mía con que yo arruinaba el decoro de mamá cuando iba a casa una visita importante y yo preguntaba delante de todos por qué habíamos cambiado de mantel.

Eso es crueldad infantil.

Tal vez. No está del todo mal querer quedar bien ante otros, mostrarles que su visita nos es especial. Otra cosa es cuando mentimos porque no nos importa la falsedad de la imagen, la fealdad de la realidad. Si la imagen pretende sustituir a la realidad y encubrir no solo lo que es natural o al menos no merece condena ni escándalo, sino lo que tal vez todos consideramos un problema, pero solo para que ese problema persista ocultamente, ahí hablo de hipocresía, de una mentira medrosa, de un complejo de grandeza o inferioridad, no sé.

…

Lo que pasa es que en la sede infantil de mi colegio, cuando yo tenía ocho o nueve años, la directora una mañana nos reunió a todos los alumnos para advertirnos de que en unos días al colegio lo visitaría una comisión del Ministerio de Educación, y nos dijo que debíamos poner todos de nuestra parte para que el colegio diera la mejor impresión. A mí me pareció mentiroso, y después vi que era lambonería, zalamería, el que el día de la visita se pusieran flores donde nunca antes ni después las hubo. Creo que de esa idea surgió el cuento. Aquí está. Lo recuperé años después en el archivo de prensa de la Universidad Ática y lo conservo en el celular. Te lo leeré.

Los conflictos en la sociedad

Por Sparchef, Julián Andrea Sánchez, ganador del concurso literario de San Ignacio en 1984.

Esta triste historia comenzó cuando Euclides Osorio, preso en la cárcel "Polifemo Sánchez", en honor a su fundador, escuchó del Alcaide la noticia de que Tomás Gaviria iba a visitar la cárcel.

Tomás Gaviria era un principiante de periodismo que hacía su primera crónica, de la cual –como siempre– se iban a sacar millones de ejemplares.

No recuerdo ni el día ni tampoco la hora. Sólo recuerdo que llegó

en abril.

La cárcel estaba decorada.

Al final del día, bajó al patio. Estando ahí advirtió a un individuo que se le acercó y le dijo:

"Venga a mi celda". Tomás no aceptó; pero cuando Euclides sacó su "perica" tuvo que acceder. Ya en la celda, lo obligó a cambiarse de ropa con la de él –la de Euclides–. Ya con la ropa de Tomás, Euclides se afeitó y ensució a Tomás, se lavó y se perfumó. Se colocó las gafas oscuras de Tomás, también su sombrero y salió.

Al otro día, Tomás vio otra cárcel y empezó un triste relato:

Marzo 24 de 1964. Veo por la ventana el salir del sol; observo cómo los gendarmes quitan los floreros y siento que me falta libertad. Para hablar de esta cárcel, sólo haría falta decir que dan a los presos, como alimento, cucarachas fritas cuando alguien se porta mal, también cuando faltan comestibles.

Cuando los guardias abrieron las celdas –de milagro–, salí a dar un recorrido por toda la cárcel y entablé una conversación con Hermogencito, el guardia más joven de la cárcel.

"Buenos días, mi cabo" –dije. "Buenos días, Euclides" –me respondió–. Hace falta decir que yo tenía cierto parecido con Euclides y que, sucio, maloliente, con sus ropas, con su popular cachuchita y con una barba postiza que él me había puesto, resultaba yo idéntico. "¿Es a mí?" –pregunté–, puesto que yo no sabía el nombre del preso más "juicioso", si es que al que ha estrangulado a dos compañeros y ha estado a punto de acribillar al Alcaide, se le puede llamar juicioso. Pues sí; siendo así, era el recluso más soportable. ¡Qué tal serían los otros!

"Claro que es a ti" –replicó y agregó–: "¿no es ese acaso tu nombre?". No tuve más remedio que responder: "Sí…, sí, sí, claro, como no, no faltaba más". "¿Qué haces por acá?" –preguntó de nuevo el gendarme–, "camino, hace mucho que no salgo", pues, había olvidado que el verdadero Euclides Osorio había estado durante el día anterior en el patio.

Hermogencito me pegó con el bolillo y me condujo a la oficina del Alcaide; yo llevaba cuatro micrófonos, uno en forma de pisapapel. Cuando llegamos ante el Alcaide, el gendarme le dijo: "Se está burlando de mí, pues ayer lo vi en el patio y ahora me dice que últimamente no ha salido".

El Alcaide revisó ligeramente el caso y gritó: "Al calabozo". Antes de salir de su oficina le dije: "Señor Alcaide, le regalo este pisapapel". "Se lo acepto, pero de todos modos al calabozo" –gritó de nuevo–.

Cuando me encontraba en el calabozo, puse otro micrófono. Antes de entrar allí me habían desnudado. Dentro de él –el calabozo– hallé dos amigos que me acompañaron desde ese momento: Lucía y Héctor. Dos ratoncitos –macho y hembra– que vivían en ese antro.

Al salir del cuarto oscuro, me dejaron sin alimento durante tres días y tres noches y desesperado, cometí un crimen: Me alimenté con Lucía.

El siete de marzo de mil novecientos sesenta y siete –tres años después–, Tomás se dio cuenta de que había hecho trescientas grabaciones, escrito diez libros, tomado cuatrocientas fotos, entre otras intrascendentales cosas.

Ese mismo día todos los presos decidieron fugarse. Tomás corría agitado con su grabadora, su cámara fotográfica y otros implementos de trabajo de su actividad periodística, salía de la prisión, cuando la mano asesina de Euclides levantó un revólver y disparó a la cabeza del infortunado periodista.

Eran las dos y treinta y siete de la madrugada, cuando Tomás expiró. Una semana después, llegaron sus compañeros y al ver a Héctor al lado del cadáver, se maravillaron de la fidelidad del ratoncito en aquella Isla Prisión donde toda la población carcelaria había desaparecido, y se conmovieron al ver el trabajo logrado por Tomás.

Desde ese día toda persona que llega a la Isla "Prisión Cadenas" y entra al lugar llamado "Polifemo Sánchez" escucha el balazo y el grito adolorido con que acaba la vida de Tomás Gaviria. Nunca se sabrá por qué razón Euclides Osorio, el siete de marzo de mil novecientos sesenta y siete, tomó esa decisión.

***

Algo curioso es que a mis tíos les parecía genial el que yo dejara irresuelto el crimen del final. Hoy esa celebración suya se me antoja siniestra. Es la típica manera de legitimar la impunidad con una afirmación sardónica de lo inescrutable e inapelable del poder. Lo que más le llamó la atención al alto prelado de la iglesia que me mandó a llamar en el colegio fue la ocurrencia de que a un preso lo alimentaran con cucarachas fritas.

¿Sí era un "alto prelado"?

Sí, estoy seguro. En otras palabras, yo sé quién era. Tenía una voz suave y subyugante. Desde el momento en que entré a la capilla de los dormitorios de los curas, que yo conocía a ocultas por filtrarme a veces a escondidas, cuyos hermosos vitrales habían sido tapados ese día con un cortinón púrpura, me tomó de la mano y me sentó a su lado. Me había hecho llamar, como te dije, a primera hora de la mañana, el lunes siguiente a la publicación del cuento. "Y tú, ¿quién eres, cómo te gustaría llamarte?", me preguntó.

¡Ja, ja, ja! ¡No!

"Yo no soy el que no soy", le revelé, y él no respondió nada, carraspeó un poco. "Soy oídos", añadí. Me apretó la mano. "¿Sabes dónde estás?". "Perfectamente". "Cuéntame, Julián, ¿a qué has venido?". Yo no respondí. "Has publicado un cuento muy interesante,

y lo firmaste con ese nombre por el que has venido hasta aquí”. “Sí, es cierto, pero usted no me hizo llamar por el cuento”. “Tienes razón, ese cuento solo es el nombre de algo, la figura”. Yo guardé silencio. Comenzaba a sofocarme. Retiré mi mano, pero el cura me la volvió a tomar. “Dijiste el nombre de esta institución al presentar el cuento en el periódico, es nuestra insignia, dijiste también que habías ganado un premio en el colegio”. No respondí nada, él suspiró. “¿Sabes en qué te estás metiendo?”. Entonces yo, no sé por qué, con la mano libre comencé a acariciar los vellos de la mano con que él me aferraba. “Yo estoy de paso, su Excelencia, no soy parte de ninguna familia, ni soy dueño de mis palabras, pero tampoco le entregaré lo que el Dios de la mujer, que es tierra y luz, ha reservado para mí por toda la Eternidad, pues esto es de todos, y si a usted y los suyos les hace falta, me he dado cuenta, lo sé, es porque han abjurado del pecado desde el principio de los tiempos”. Sentí una caricia en la cabeza y un beso en la frente. “No digas tonterías. Tienes ideas brillantes”. Yo había cerrado los ojos a la oscuridad y veía un celeste matutino nutrido de alas batientes. “¿Tienes conciencia de cuán práctico sería alimentar a la población carcelaria como tú dices que es común hacerlo en la cárcel del cuento? De todo lo que escribiste hemos tomado atenta nota, Julián… Julián Andrea Sánchez Gómez”. Guardamos silencio un momento. “Tú albergas una noción exacta de algunos secretos, nos han dicho tus profesores, algo así como la clave de un mecanismo”. Yo empecé a acumular saliva, preparando una respuesta oportuna. “Hay tanto de abusivo en la conducta de Euclides Osorio que esa altivez lo convierte en el verdadero protagonista del cuento. Los acontecimientos parecen alentados por las circunstancias, y estas solo son favorables al misterio. Pero Euclides esperaba la ocasión propicia, y nada más, para dejar de ser Euclides. En cambio, quien muere al final es la vieja imagen de Euclides, que ya oculta un fondo, una verdad secreta. La liberación de Euclides supone la muerte de Euclides”. En ese instante le disparé un tibio chorro de saliva limpia y espesa donde debía de estar su cara. Me soltó. Sentí que respiraba fuertemente. “Lo crucial, Julián, es que las cosas no pueden ser de otro modo, ¿pero qué lo motivó todo?”, me preguntó, como si nada. Se puso en pie, emitiendo un ruido seco y tumultuoso, y agregó: “Lo que acabas de hacer, por mucho que te empecines, no es un error, sino el atributo fatal de tu virtud maldita”. Empezó a palpar mi cara, me acercó a su vientre, me abrazó la cabeza, sobándome la cabeza. Olía a la misma colonia de mi padre. “Por más que quieras irte, esta siempre será tu casa”. “Usted es el cardenal Alfonso López Trujillo”, recuerdo ahora que le dije, recuerdo ahora que en un nuevo trance, “y lo que se vendrá de ahora en adelante será un martirio para mí y para ustedes”, le dije, y proseguí: “Entregaré nuevos cuentos a nuevos concursos en

este colegio, mi segundo hogar, que serán descalificados, pese a ser los mejores, por no corresponder a mi edad, uno sobre las contradicciones últimas de cualquier posición política, llamado Los muertos no sienten frío, y otro sobre la vana ilusión de todo sentimiento de compasión, llamado Una pausa en el llanto. Ustedes sabrán quién no firma esos cuentos, pero el objetivo pertinaz será cortar sus alas”…

Julián, ¿eso le dijiste?

¡Sí, recuerdo solo ahora, tan claramente como que estoy vivo, que le dije eso y le dije más!

¿Y todo lo que vaticinaste sucedió después?

Se cumplió paso a paso. Le dije: “En el año de 1989 se estrenará en Colombia la película La última tentación de Cristo, sobre la carnalidad del Cristo hebreo, y yo enviaré al periódico del colegio un artículo sobre la censura eclesial a esa película, llamado La tentación de censurar, que causará revuelo entre las directivas y cuya publicación será negada. Al año siguiente participaré en un concurso metropolitano de literatura en Medellín con un cuento sobre la venganza de una empleada doméstica por una decisión injusta de su patrona, La señora quiere té, que será el ganador, pero la presión de ustedes logrará que solo ocupe al final, en el veredicto oficial, un tercer lugar. Y todo esto solo será el comienzo. Ya en ese mismo año, cuando venga acá un profesor de periodismo de Prolepsis a darnos a los alumnos una especie de inducción en esa carrera, para todos nos será claro de antemano que los postulados de la ética profesional y las realidades del oficio corren por distintas vías en esa disciplina que, solo por descarte y para dar gusto a mis padres, yo elegiré para estudiar en esa universidad. Al poco tiempo de haber ingresado, un profesor, Juan García Posada, jefe de redacción de El Parroquiano, y quien ya habrá sido jurado del concurso metropolitano que yo debería de haber ganado pero no ganaré, y una de las vacas sagradas de la cultura en Medellín, director del Semanario Literario de El Parroquiano, me invitará a escribir en esa su publicación, a mis dieciocho años, deslumbrado él por los artículos que yo por esos días estaré publicando en Cronotopo, invitado allí por Luis Antonio Álvarez, el mejor crítico de cine de Latinoamérica, de quien me haré amigo en la mera adolescencia, y quien me enseñará que, como la música de Mozart (y de Brahms y Mahler y Janaçek), el sentido del cine es enseñarnos a ser libres, es un sentido herético por excelencia. Yo empezaré a publicar los domingos en el Literario de El Parroquiano como si me hubiera reconciliado con ustedes, cardenal, a tono con las enseñanzas humanistas de Luis Antonio, que también es cura, por supuesto, pero del Vaticano II, y con las mismas esperanzas que pondrá todo el planeta en la democracia capitalista, una vez caiga la Cortina de Hierro, que caerá, y cuando Kundera demuestre que todo

altruismo tiende al dogmatismo. Pero el tiempo seguirá su curso, su Excelencia, yo no sabré nada de la participación de usted en la muerte de mi colega Juan Carlos López, pero diversas injusticias flagrantes, la supuesta guerra contra el narcotráfico, el desplazamiento y la masacre de pueblos enteros en el Urabá, y sobre todo el ocultamiento o la tergiversación de estos hechos con eufemismos o crasas mentiras en El Parroquiano y los demás medios de comunicación en Antioquia, irán haciendo que yo, junto con varios amigos documentalistas de Medellín, comience a hacer una labor contracultural, a revelar el modo en que se usará a las comunidades, en que los traficantes menores y los consumidores seremos quienes llevemos del bulto, como se dice, o paguemos las consecuencias de una guerra que le conviene solo a los fariseos, a la dirigencia y la guerrilla y la mafia por partes iguales, pues están desde siempre asociadas, o desde hace rato, y esa será la razón y evidencia mayor de un holocausto en el que El Parroquiano cumplirá su papel histórico, inventando enemigos entre los civiles con argumentos anacrónicos y levantando de entre los muertos a ese héroe de ocasión que será el doctor Álvaro Uribe Vélez”… Ay, carajo…

¡Se derrumbó el túnel, se te fue la lotería!

¡No puedo más!

Julián, ¿qué grita esa mujer? ¿Por qué se va de prisa, la que llamaste “amigo”? ¿Por qué te recostás llorando?

¡El túnel de desagüe! ¡Uribe, Hidroakabí!

Tranquilo, Aníbal, no nos pasa nada, el servicio es excelente en tu café. Yo consolaré a mi atribulado amigo. Él solo está recordando, ahora alza la cabeza, mira hacia un horizonte irreal, perdido, incierto, recordando la historia suya de este terruño, y no inventa nada, vete, déjanos, tu café es acogedor y amable, pronto comenzará a oscurecer y él aún debe contarme algo más…

¿Quieren tomar
otra cosa?

Tráele otra cerveza, y a mí una empanada argentina, por favor, argentina…

¡No, ninguna cerveza! Tráeme, Aníbal, un simple vaso de agua de la canilla, y dime si no sabe a sangre.

Julián, yo te conozco, todos
te conocemos, toda el agua de
Medellín sabe a sangre.

Sí, Julián, debes entenderlo, no sé por qué no lo aceptas…

Lo acepto, lo acepto, el túnel, la represa, pero no sé por qué todos lo ignoramos, en el sentido de subestimarlo, de negarlo en términos prácticos, incluso ignorarlo en sentido pleno, olvidarlo, creer que es agua común y silvestre. Tráeme agua de la canilla, Aníbal, pura y que

sabe a sangre.

Con mucho gusto, Julián.
Eres un favorecido de los ángeles, de dioses y de hombres.

El túnel, el túnel de desagüe…

¿Qué pasó con cuál túnel, Julián?

El código que enviamos falló. Habrá una catástrofe.

¿Dios mío, de qué estás hablando?

Era mejor así, sin duda era mejor así…

Te veo más alterado que nunca.

¡Ah, ja, ja!

¡Ahora estás de verdad loco!

¡Aníbal, tráeme dos cervezas! Si no te la tomas tú, Alzbieta, me la tomo yo.

Tómate las dos. ¡Trae tres, Aníbal!

Antioquia se viene al suelo, al fin. Madre Tierra ha hablado, ha hablado por mí otra vez y por ti.

Julián, dime algo…

El pacto que hice con EPA y la SIM, la Sociedad Industrial de Medellín, luego de mi documental contra El Parroquiano no podía tener otra consecuencia.

¿Tú en ١٩٨٣ le profetizaste al cardenal López Trujillo sobre Uribe Vélez… y el holocausto de Urabá?

Sí, sí, sí, así lo recuerdo, Alzbieta, fue en 1985, pero solo hasta ahora he venido a recordarlo, fue entonces un súbito relámpago, tú me conoces, y tal vez ya lo vaya a olvidar de nuevo, así lo recuerdo, no te miento, pero no puedo asegurarte que haya sido así… Solo doy fe de lo que pasó después.

¿Qué fue?

¡Todo lo que predije! Escribí esos cuentos, esos artículos, tuve esos mismos desengaños, ascendió la mafia a todos los poderes en Antioquia, instituyó el poder de la violencia en la mente de todos, la lógica del dominio, y Uribe llegó a la presidencia con el apoyo irrestricto de un periódico, El Parroquiano, que usurpó nuestras bondades y en el que yo era el consentido, pese a mi trabajo subversivo en Kadera Salvaje.

Pero entonces renunciaste…

Renuncié, sí, pero, oh, cuántas cosas no habían ya pasado. ¡Gracias, Aníbal, brindaré en seco por Hidroakabí, tiene los días contados! Que se queden enteritas las dos cervezas aquí y la vieja que nos espiaba las vea. No caeré en el vicio otra vez como para que lo tomen por pretexto contra mí, no ahora, en un minuto, tal vez, o en otra vida. Eso me lo enseñó a hacer Juan Carlos López, solo por hoy, y por eso le creí casi siempre, por eso lo mataron, también, por su

triunfo imponderable.

¡Estás eufórico!

Óyeme bien, Alzbieta. Yo ya había pasado por las verdes y las maduras, como se dice. Con Kadera Salvaje había conocido la repugnante realidad de corrupción y exterminio que había detrás de tradiciones que me habían formado. Pero el consumo o abuso de cocaína y marihuana me desvirtuaron ante la sociedad que antes me había respetado tanto por mis artículos en Cronotopo y el Literario y por mis primeros documentales con el grupo Salvaje. De hecho, yo perdí el juicio, quizá para siempre, pero en esos tiempos con ribetes de psicosis y esquizofrenia que luego he venido a controlar o, mejor, a aprovechar, a trascender, los dejo llegar, aterrarme y pasar, me sé ancla, ancla suelta. Cuando egreso de mi tratamiento de rehabilitación, Daniel acaba de ser contratado por El Parroquiano como asesor en temas económicos. Yo mismo le había recomendado que aceptara el cargo, porque sé bien de su voluntad de transformar o reeducar la sociedad. Él era uno de los líderes de la renovación de Medellín con Fajardo, de la difusión del emprendimiento, de la nueva cultura de un civismo empresarista. Yo venía arrepentido de los desmanes de mi enfermedad y creía que el mundo me aceptaría con la sobriedad de que se precian los normales. Volví a Cronotopo, volví al Literario de El Parroquiano. De todo lo que pasó en Cronotopo podría hablarte otro día, ese acoso laboral por mis ideas políticas en el cine, esa imposición dictatorial de la lógica del mercado, esas envidias de los otros críticos por la coherencia que uno demostraba; fue todo eso otro infierno. Pero no se comparaba con lo que vendría luego en El Parroquiano.

¡Salud!

Tómatela. Un buen día leí un editorial del periódico en el que se acusaba a la Corte Constitucional de estar aliada con la guerrilla, solo porque aquella había impedido la segunda reelección de Uribe Vélez como presidente. Yo empecé a barajar opciones. Ya en el periódico me habían rechazado varios artículos que hablaban de cine social, documental, con el tema de la guerra, al que había que referirse como "el conflicto", sin decir la palabra guerra ni por descuido. Había leído un artículo de un amigo de Daniel, un anciano, otra falsa vaca sagrada de las letras paisas, en el que hablaba de los líderes ecologistas que se oponían a Hidroakabí y otras mega-obras, llamándolos "hombres estorbo", y en mi blog yo había publicado una carta a ese señor respondiéndole por su imprudencia, que es la que avala todas nuestras violencias, desde razonamientos aparentemente obvios, como la idea de que hay que defender e imponer el progreso por encima de todo, aunque esto suponga decidir y organizar el asesinato y el desplazamiento de comunidades enteras que resulten "estorbosas"

para construir, qué sé yo, ¡un aeropuerto suntuario! O bueno, un proyecto acromegálico como Hidroakabí, a costa de la vida de gente.

Gente que no cuenta.

Gente que tiene que ser sacrificada, como en los pueblos supuestamente más primitivos, pero como si no, como si no pasara nada. Entonces ese editorial contra la Corte Constitucional fue la gota que derramó la copa. Esa misma tarde empecé el guion de una película que sería documental de ensayo, con parodias al ambiguo estilo de algunos documentalistas performáticos. Al principio no sabía cómo iba a quedar el documental, pero había que empezar a esbozar intenciones, reflexiones, perspectivas… Al mismo tiempo empecé a hacer campaña en Facebook en contra del periódico. De inmediato empecé a ver reacciones. No sé si te has percatado del modo de comunicación de la gente en esa red social.

¿Cuál comunicación?

Eso es, ninguna. Es la pura ambigüedad, el aprovechamiento máximo del sentido abierto, una especie de panfletaria impunidad, de golpe ladeado… Es interesantísimo, pero creo que muy infantil. En ese momento no me lo esperaba. Como muchos adultos mayores, yo todavía usaba Facebook para manifestarme sin ironía, directamente. A las tres de la tarde publiqué una sesuda llamada o invocación a los periodistas de El Parroquiano para que renunciaran a un medio de comunicación con el que ellos, y yo estaba seguro de eso, no estaban de acuerdo. Al minuto una amiga común mía y de mi primera novia y mejor amiga, Calenda, tú la recuerdas, publicó: “Calenda tales y tales necesita urgentemente donantes de sangre para un querido amigo que ha sufrido un inesperado accidente”. Yo parpadeé. Nada podía asegurarme que fuera un mensaje de advertencia, pero la sensación de incertidumbre empezó en ese momento a ser tan intensa como nunca antes en mi relación con la sociedad, y esa intensidad no ha disminuido desde entonces. Otros comentarios eran burleteros. De pronto, sin ningún motivo, aparecían imágenes, memes, ¿no?, o como se llamen, publicadas por algún conocido mío usualmente escéptico ante todo, de una gallina erizada corriendo porque, decía el texto, el gallo había cantado. Con el paso de los días, justo debido a esas coincidencias desagradables, que siempre se incrementaban cuando yo publicaba una nueva crítica al periódico, o una nueva interpelación a la ética de los lectores para sabotear a El Parroquiano, y también por la escasez casi total de respuestas activas o dialogantes a mis propuestas de rebeldía, me fui dando cuenta de que mi lucha sería solitaria. Sin embargo, no quería dar mi brazo a torcer, no iba a retroceder, ya había anunciado un próximo video que analizaría el modo en que El Parroquiano mal formaba a la cultura medellinense, antioqueña y colombiana con el único objetivo de privilegiar a una

clase dirigente acaparadora, explotadora, mentirosa, ladrona, asesina e ignorante, profundamente acomplejada y humillativa, que además nos estaba conduciendo a todos a la debacle, a la depauperación de los suelos y la suma de la barbarie. Hasta al guaro lo habían dañado, ya el aguardiente, como todo, era hecho del modo más barato posible, así como estaban haciendo con las obras públicas en todo el departamento, edificios, carreteras, y ahora el embalse de Hidroakabí. En la casa se comenzaron a armar las peloteras más bravas. Yo atacaba de frente a esa lógica subrepticia de la estafa y Daniel se desesperaba en los almuerzos que mis papás celebraban todos los sábados. Como en Cronotopo me habían forzado a renunciar, Vero y yo malvivíamos de la realización audiovisual. Yo le contaba a todos que, haciendo un video para la Secretaría de Obras Públicas, la comunicadora social de la Secretaría nos quería forzar a alterar los testimonios de una comunidad afectada por la indebida ejecución de una obra, y que yo había decidido renunciar. Daniel se empeñaba en demostrarme que eso era un error mío, no solo porque iba en contra de mis propios intereses financieros, sino sobre todo porque un trabajador debe hacer lo que le diga el jefe.

¡Me imagino cómo te ponías!

Me encolerizaba, pues el padre de ambos había sido un reputado profesor de ética, pero entonces a mi hermano yo simplemente lo rebatía, y ahí sí que se exasperaba él. Yo sé que en el fondo era porque se daba cuenta muy bien de que por ese camino yo solo encontraría el rechazo institucional, el relegamiento social, el ostracismo. Entonces Daniel argumentaba que si uno debe de actuar según la demanda del mercado, es porque esa demanda muestra cuáles son las reales necesidades de la sociedad. Yo le respondía que, de ser así, las personas más útiles para la sociedad serían los jíbaros y los mafiosos de la prostitución y el juego, y cuando yo me mostraba escandalizado de que el sueldo semanal de un famoso futbolista sea mayor que el presupuesto mundial de la OMS para atender la desnutrición infantil en todo un año, mientras que alguien que pusiera la ética por encima de la plata estaba condenado a quedar sin empleo, él nada más comentaba en voz baja a Cecilia, su esposa, pero como para que todos oyéramos: “Es que no todas pueden ser Kim Kardashian”, a lo que mi cuñada respondía con una carcajada. Ambos sabían…

¡Eavemaría!

Ambos sabían que con Verónica, que es flaquita, que no es como la Kardashian, pero que sí es tan vanidosa como todos y trata de vestirse bien, se había reforzado mi actitud política de izquierdas, de resistencia, o esa simple rebeldía ante los mandatos de la lógica del dinero, del rico Epulón…

Uf.

Era algo muy pesado, ya era tortuoso para todos ir a almorzar en familia, pero lo peor fue que mi mamá le insistió a Daniel en que me diera trabajo. Y es que Daniel era mi padrino de bautismo, y fue quien más se esmeró en sacarme de la droga, y en últimas valoraba mi trabajo, sabía que yo en el pasado había sido un profesional, como se dice, así que me puso a hacer un video para EPA, una especie de documental, pero que en verdad, más bien, era solo otro video institucional, o sea, a trabajar para el enemigo, porque todo esto sucedía al mismo tiempo que yo hacía el documental sobre El Parroquiano. De ahí yo iba a terminar renunciando, en la más brava de las trifulcas de sábado, porque yo no aceptaba que EPA le negara a las comunidades de Antioquia sus derechos prioritarios sobre el agua, que para EPA es un negocio… Estábamos en las últimas, me dijo que yo era un mamerto, que ya no podía poner su confianza en mí… Yo le dije: lo que vos llamás cáncer del planeta no es la humanidad, sino el capitalismo corporativo. No me volvió a hablar en esa tarde. Y así, a la semana siguiente, el día en que viajé a San Rafael a grabar las entrevistas finales, recibí una llamada que, en varios sentidos, me iba a cambiar la vida.

¿De quién?

De nadie que vos conozcás. Era una señora que yo había conocido dos o tres años antes en el Festival de Cine de La Unión, el que organiza Víctor, al que Vero y yo íbamos cada año. Recuerdo muy bien. Volvía yo de San Rafael, y volvía no de cualquier modo, sino con un hambre furiosa de mujer, inexplicable, luego de ver a una lideresa comunitaria de la tercera edad sonreír con tristeza y no decir nada ante mi pregunta sobre la presencia del paramilitarismo en las veredas, cuando entró la llamada, fue algo providencial el que ocurriera en ese instante de mi deseo más enardecido. Ella me dijo, con esa voz ronca suya, afelpada, "¿sí te acordás de mí?", y yo sí, Clara, te recuerdo. Era la arquitecta que me había despertado ese diciembre, muy temprano, moviendo unas bolsas ruidosas de material plástico, cuando apenas despuntaba el sol, y que yo aún entre sueños vi enfundada en su vestido de baño, en el cuarto donde dormíamos varios, luego de una noche de rumba en el festival. La misma que se había sentado a mi lado en el almuerzo ese mismo lejano día, en el asiento que yo busqué estratégicamente para darle esa opción, en el restaurante El Entremés, adonde fuimos todos, y me habló todo el rato con curiosidad por saber qué era para mí una buena película. "Sí… te recuerdo muy bien, Clara Fernández, te recuerdo perfectamente", le respondí, gesticulando lamentos a solas en el bus, para soportar el nivel de tensión que había alcanzado mi sexo. Pero la llamada no era casual, ni tampoco escondía motivos románticos. Resulta que yo iba esa misma tarde, ya con poca memoria en la cámara para grabar video

y muy poca batería, a registrar con los últimos rayos de sol, tan pronto llegara a Medellín, el acto de resistencia de un colectivo de amigos ecologistas en una feria de títulos mineros que la Alcaldía organizaba en el Palacio de Exposiciones. Esta mujer me invitaba al mismo tiempo a la inauguración de una exposición en su recién abierta galería de arte, en el barrio Carlos E. Restrepo. Yo estaba muerto del cansancio, pero acepté, acepté sin pensarlo dos veces, y Clara dijo, con toda claridad e intención: "¡Qué alegría pa' mi tía, seremos felices, te espero con ansia loca!".

¡Pues claro, si te pescó!

Así que tenía dos opciones: ir a la feria minera satánica y grabar la protesta carnavalesca de mis hermanos en la causa, o ir a casa, descansar, bañarme y luego embarcarme en una aventura tan descarriada como que yo jamás antes me había permitido casi ni un mal pensamiento con alguien que no fuera mi esposa.

¿Ni un mal pensamiento?

Casi.

Bah, mentiroso.

Bueno, malos pensamientos, todos los que querás, a la larga son los mejores, pero había llegado a cerrarle la puerta en sus narices a un bombón brasilero que me buscó hasta mi cuarto en el hotel durante una beca de estudios con críticos de cine de todo el mundo. Cuando le abrí, la rubia despampanante estaba solo cubierta por una toalla, y me alzó las cejas y abrió los ojos azules ante mi quietud, como diciendo: "¿Qué más querés, idiota?".

¡¿Y vos qué hiciste?!

Gritá: "¡¿No te la comiste?!". No, no me la comí. Pensé que alguien podría enterarse y contarle a Vero y solo le pregunté: "¿Buscás a alguien?".

¡No!

¡Sí! Parecía el antiporno por excelencia. La chica parecía una Miss Universo, y no se lo podía creer. Dijo no con la cabeza, pero como si fuera una pregunta, varias veces, en un segundo, con los ojos muy abiertos, y yo simplemente cerré. Cosas como esta me habían pasado muchas veces desde que me había casado.

No sé qué decir. Habrías pasado un buen rato.

Claro que sí, pero no quería. O prefería otra cosa, mejor dicho. De hecho, con Clara era otra cosa. Me excitaba hasta lo indecible el que me buscara por algo distinto a que yo solo le pareciera un pelao chimbita. Y además había un detalle que contaba para mí mucho más que la simple concesión de una nena que cree que por decir sí, sin que nadie le haya preguntado nada, va a conseguir lo que ella quiere, y que no necesariamente quiere uno, aunque todos nos demuestren que es el motor de todo en la vida. Y es que esta pelada a mí sí me

gustaba. Me gustaba a más no poder.

Y por supuesto fuiste a su galería.

Desde luego. Ya antes de verla iba yo fantaseando siete danzas con ella de los siete velos. Tenía unos ojos negros grandes, brillantes, que te hablaban a cada instante con unos párpados azules juguetones de pestañas largas, combadas. Era bajita, no de grandes curvas, pero se movía como si las tuviera. Conversaba mirándote de lado, sonreía agachando la cabeza pero se carcajeaba tirándola duro atrás, se peinaba siempre su cabello corto y ondulado como adornándose la frente redonda con mechones que le caían desobedientes por los lados o le tapaban la cara si se movía de tal manera, para retirárselos de tal otra, con un gesto que parecía animal pero era diabólico.

Ejem… Se nota que sí te gustaba un poquito. ¿Y todavía se hablan?

No, ya no. Ella… Alzbieta, Clara está muerta.

Ah… Lo siento mucho.

No me reservaré ningún comentario, te diré. Yo morí un poco con ella, sin exagerar, pero su muerte en un accidente automovilístico se me hace casi natural. Es el corazón de todo este misterio. O bueno, uno de sus soles. Con Vero el tema no se puede ni rozar.

Se acostaron, y tu esposa se enteró.

No, eso se lo hicieron creer a Vero.

No me salgás con cuentos.

De verdad. El asunto central es que yo estoy seguro de que Clara hacía parte del entramado de inteligencia paramilitar de El Parroquiano, y estuvieron a punto de acabar mi matrimonio, llegaron casi a enloquecerme y casi frenan la realización del documental.

…

…

Juli… ¿Sí sentís este silencio?

Sí. Todo se ha quedado callado. Y se está haciendo tarde para mí. Debo ir a donde Raúl a ver qué hay en esta casete.

No se vaya sin antes contarme qué pasó después. Llame a Raúl, dígale que le llega más tarde.

Voy a esperar a que él me llame a mí, mejor.

Eso. Y ahora dígame en qué terminó todo.

Vos ya habías oído hablar de todo esto, ¿no es cierto?

Algo había oído por ahí, ajá.

Pues sí, al fin todos nos vieron a Clara y a mí charlar esa noche demoradamente, y la vieron poner su mano en mi muslo largos segundos mientras me acercaba el rostro para decirme algo al oído con una gran seriedad, y muchos fueron testigos de la amistad que fue creciendo, porque está bien, ella no cedió a mis primeras intenciones, que yo no demoré en expresarle, desde el primer momento, de varias maneras, pero sí quiso plantear una relación creativa y estrecha, pues

decía admirarme mucho y soñar con que yo programara y presentara unos ciclos de cine en su galería. En verdad, todavía no sé por qué, a todo eso hubo que darle muchas esperas, y las reuniones a las que Clara me convocaba para que diseñáramos algo con su equipo de trabajo terminaban por ser solo entre ella y yo y al fin quedaban en nada y se convertían en una tertulia de cerveza y café, sabrosísimas, cuando iban llegando sus amistades bohemias.

Eso no muestra nada raro. ¿Así se comportaría una espía?

Tal vez. Todavía hoy, el nombre de Clara Fernández es uno de los más respetados de la ciudad en su campo, el urbanismo. Se le conoce como una convencida defensora del espacio público y de la construcción de ciudadanía, pero una vez, con tragos, me dijo: "A mí no me importa desde hace mucho ni lo que está bien ni lo que está mal. Tengo un hijo y debo defender una reputación, nada más, pero yo estoy donde mejor me paguen".

Muy clara ella. Y la entiendo perfectamente.

Yo también. Pero en la Alcaldía, un día en que por casualidad nos encontramos allá, la he visto celebrar a gritos, con palabras procaces, como la dueña del manicomio, el encuentro en un pasillo con alguien, una joven y temida burócrata que venía como a diez metros, gran amiga suya y que le respondía con monerías y a las carcajadas. La conocían y le hacían caso, porque tenía amistades arriba de donde es arriba. Yo creo, te lo digo con franqueza, que podía ser capaz de lo que sea. He hablado con gente que estudió con ella, que la conocía desde hace muchos años. Su fama entre ellos, hay que decirlo, es la de una intrigante ingeniosa y temeraria emprendedora que iba por lo que quería sin importarle mucho, por ejemplo –y yo soy igual–, si la persona de la que se encaprichaba estaba comprometida en otros asuntos que la alejaran un poco de…

A ver, perdona si te interrumpo, vamos por partes. ¿Se enamoró de vos, quería sexo o te estaba espiando? No sé si podás responder a esa pregunta, ¿podés…?

Sí, vamos por partes.

¿No estarás delirando un tanto de más?

A ver… Un viejo colega, más joven y sabido en el periodismo profesional, me había recomendado, cuando le pedí una asesoría, que creara una página en Facebook llamada "El Parroquiano miente". El nivel de beligerancia de mi campaña personal contra el periódico estaba en un punto altísimo. Mi actividad hacía meses era diaria, y no había signos de que fuera a detenerse. Por ridículo o arrogante que suene, alguno de los dos tenía que parar, o El Parroquiano, o yo, para que ese conflicto cesara, porque no había modo de conciliación posible. En medio de una situación económica angustiante, yo me había declarado en emergencia a mi familia, y mis padres y Ángela,

mi hermana mayor, mi madrina, mi hada buena o ángel de la guarda, se decidieron a ayudarme, pues yo con mis actos les había probado que ya era alguien del todo entregado a la vida, con disciplina y amor, que no había vuelto a drogarme ni mostraba signos de debilidad al respecto, y que si tenía problemas con la sociedad era por discrepancias incluso más éticas que ideológicas. Al mismo tiempo estaba gestionando mi título de pregrado con una homologación académica de todos mis trabajos empíricos, y la Universidad del Valle me iba a graduar como periodista. Me había ganado el patrocinio de la casa, en pocas palabras, muy bien ganado, después de haber sido un hijo calavera, aunque Daniel insistiera en que quien pierde sus empleos en toda parte, como me pasaba a mí, debía de examinar su conducta, pues sin duda, según su régimen ético, eso indicaría que uno era el del problema. Yo aceptaba sin ofrecer resistencia el que yo significara un problema en esta ciudad, a la que comparaba sin vacilar con el Berlín de los treinta en el siglo XX por alentar con la frente en alto un régimen asesino y todo el orgullo para sacar adelante lo que incluso llamamos aquí, sin tapujos, "la raza paisa". Pero pelear de modo franco contra El Parroquiano era como si uno peleara con un dedo de la mano de Dios. De inmediato, todos los otros dedos de la oligarquía paisa se pusieron en contra mía. El último lugar del que había salido peleado era Prolepsis, la universidad tecnócrata, nido de nazis, en un acto de rebeldía que, como todos los otros, en el Instituto Global Andino, en Ática TV, en la Secretaría de Obras Públicas, fue bien sonado. ¡Pero nada de eso parecía que me fuera a detener! Al contrario, el apoyo decidido de Ángela y mis padres era garantía para todos los involucrados en El Parroquiano de que yo no iba a claudicar. Cuando mi hermano me llevó a Telëpathos para que me dieran trabajo allí, ya todo era una mascarada, yo solo le había tratado de seguir la corriente y a los pocos días fue cuando se sintió él en la obligación de darme todavía una oportunidad última, debido a la presión de mamá, con el encargo de ese documental sobre el agua para EPA que tantos trastornos nos produciría, pero ahora más, si lo pienso bien, como una especie suya de estrategia, creería yo, ante las directivas de El Parroquiano, para hacerles ver, quizás, o ante la SIM, que él todavía me podía tener bajo control.

No entiendo. ¿Para hacerle ver qué ante la SIM?

Daniel nunca quiso interferir directamente en el documental, pero sí era evidente que esperaba a que yo lo tuviera en cuenta a él para averiguar con él, de primera mano, sobre temas pesados y polémicos, como la relación de la familia Gallo, dueña del periódico, con el paramilitarismo, o los negocios sucios de Ana María, la directora de El Parroquiano, con el Ministro de Agricultura, Andrés Felipe Arias. Daniel siempre trataba de estar moderadamente cerca, intentaba que

él y yo tuviéramos buena relación, pero por otra parte no aceptaba si yo lo invitaba a almorzar, y estaba en contra del subsidio que la familia me daba, por llamarlo de algún modo, o contra ese salario que nuestros padres y Ángela me reconocían por un trabajo, digamos, espontáneo, y no surgido, como él quisiera, de una efectiva necesidad social o, mejor diría yo, que era un mecenazgo aristocrático y no el producto de una estricta transacción social moderna debida al esfuerzo y al mérito individuales bien pagos, así que buscaba cómo darme, en sus palabras, oportunidades laborales, pero incluso, creo yo, y tal vez de modo inconsciente, no solo para que yo trabajara en lo que él llamaría un trabajo de verdad, sino hasta para protegerme un poco, también, porque él no es ningún idealista, y sabe en qué consiste el poder, sabía que yo estaba en cierto riesgo, y que él también. Daniel es un científico muy alerta de su entorno, y sabe medir su intuición, al instante. Yo digo, en pocas palabras, que sus amigos podían matarlo, tal cual le ha pasado a muchos. A Olof Palme, a Pedro Juan Moreno, a Brian Jones, el fundador de los Stones.

Ja, ja… Luis Antonio decía que a Mozart también, por hablador, por La flauta mágica, por mala copa. Eso es paranoia pura de ustedes, en realidad. Pero bueno, también es el ABC de la política… No hay nada que hacer, algo huele mal, y mucho más en Colombia… ¿Entonces la solución era darte trabajo para protegerte, en una fachada?

Tal cual.

Esto parece todo muy raro, pero así como me lo cuentas me resulta ya un poco familiar…

Claro que sí.

Me hace pensar un poco en el Wilhelm Meister de Goethe y esa gente con que se encuentra…

Ni hablar, no diré nada sobre eso. Hay dos Goethe, o más. Recuerdo más fácilmente a Stendhal, sobre todo porque Luis Antonio también me decía que yo era como Fabrizio del Dongo, pero todo eso termina en Dostoievski, o en la gesta de Jean Valjean. No es solo literatura. A mí desde niño me es difícil dormir. En cualquier caso, si yo sabía que Daniel mismo ha cosechado envidias a lo largo de su carrera, es apenas obvio que también hubiera gente en El Parroquiano que me quisiera callar a toda costa por la fama que yo había cosechado en Medellín como periodista cultural de la propia casa editorial a lo largo de una vida entera. Y el que yo me callara era ya imposible, justo porque, según ellos se daban cuenta, yo no estaba haciendo ni iba a hacer un uso adecuado o conveniente, sino que de hecho estaba abusando, de mis privilegios como opositor o enemigo público. No sé si me entiendas…

No.

Yo iba a traicionar a la patria, por decirlo de algún modo, a la

familia del periódico, sin mirarlos siquiera, sin justificarme, sin avisar de mi partida, o sea, sin dejarlos defender. Ya era un extraño para todos y mis métodos eran las armas que ellos menos sabían aún cómo combatir. Mi llamado era a ignorarlos. A ignorar a la prensa, en general, a no hacer caso. Para que cuando te digan: ¡atención!, mirés para otro lado. O sea, yo no les iba a seguir ningún jueguito. O mejor dicho, a Daniel yo jamás le hubiera preguntado por las intimidades de Ana María Gallo, que él conocía mejor que nadie, porque hasta salían a pasear juntos con sus familias, y él supuestamente tenía pruebas de su inocencia, documentos en los que solo puede creer un párvulo, como lo es el país entero, al fin. Para mí valían menos que un moco. ¿Te das cuenta del tamaño de las cosas? Es como decir que cualquier uribista es un incompetente mental declarado. Incluso, yo no elegía el camino de la refutación de nada por puro respeto a mi hermano. No quería atacar a nadie, y de eso no se dieron cuenta. Obviamente, lo que descubrí es que esa actitud implica un primordial vacío de sentido que es lo más peligroso para todos. En cambio, yo me limitaba a analizar día a día el modo en que El Parroquiano adoctrinaba al pueblo en Antioquia con valores falsos, racistas, tradicionalistas, machistas, regionalistas, de exaltación al jefe y odio al pensamiento crítico o, simplemente, vapuleo al débil. Lo hacía día a día, sin parar, desde las cuatro de la mañana hasta las nueve de la noche. El grupo ya tenía más de 300 seguidores.

Disculpen, ¿quieren
algo más?

Aníbal, traenos la carta, por favor, para comer algo, ¿no, Julián?

Sí, dale.

Con mucho gusto.

Seguí, Julián Sorel, tenías más de 300 seguidores…

Así es, descabezado, y no 300 cualesquiera, sino cierta élite muy cívica, fajardista, de la cultura en Antioquia, los propios fajardistas oficiales y sus disidencias gentiles, como Abad Figueroa, Juana Mejía, Jorge Migote, las Murano o Tala, el trovador, gente cercana y de poder, y buena parte de esa élite menor, rabiosa, de la cultura de Bogotá, los progresistas de Arcana y otros medios senti-pensantes, entre ellos Monedita, por supuesto, y Camilo Jurado y Coralina Satín, que ya tan leídos comenzaban a ser, y también una élite mítica del Valle, sumamente influyente, de la universidad pública: Carlos Latiño y esa manada, incluyendo a Pancho Espina y su cofradía internacional. ¿Qué más lejos se puede llegar? Ramiro, el amigo de infancia de Andrés Caicedo, que dirigía la principal escuela de cine de Colombia y me iba a dar el diploma como científico de la comunicación en Cali, Diego Malo, jefe de la oficina de cine en el Ministerio de Cultura, que me estima un poco y es un buen tipo, Melba Yáñez, la difunta,

fundadora de la Cinemateca del Caribe en Barranquilla, con la que yo me reía a lo bestia en los últimos festivales que compartimos, en Cartagena, o sea, la familia entera del cine en el país: realizadores, críticos de toda laya, académicos, cinéfilos de todas las vertientes, desde la nostalgia de proyector de González o Patricia Ramírez hasta las transgresiones de garaje cagado o de último piso de mis más cercanos rivales en la capital y de otros más lejanos que me siguen desde Pereira, Bucaramanga o la misma Bogotá callejera, Bogotá marginal. Y es más: en Medellín, la plétora del mundo cultural, la plétora, hasta los pintores, que Luis Antonio decía que eran brutos, hasta Victorina Jaramillo, la directora de orquesta, y Dalia, la bailarina tan tesa, y los demás filósofos, que tan reservados solemos ser, todos, todos opinaban en algún momento, algunos participaban en el grupo, otros se burlaban en sus perfiles personales de la red, a veces de modo explícito, a veces de refilón, cuidándose de dejarse ver, eso jamás, como partidarios de semejante diario tan godo. Y desde más lejos, desde Barcelona, y desde Nueva York, y desde São Paulo, resonaban comentarios de uno que otro crítico mayor limeño o documentalista premiado del D. F., piropos de una que otra profesora o de uno que otro profesor eminente residenciados en Alemania o Canadá o Japón, como Sergio Bolaños, o chistes finos de la curadora más reputada de viaje el lunes en Santiago, el miércoles en Los Ángeles, el domingo en Buenos Aires, el martes en Aguas Calientes, ¿y quién no la leía a ella en el resto del mundo, enamorados, a la hora que fuera, si ya era de mañana en el VII Congreso de Internautas en Adelaida, Australia, con fiestas satélite en Gran Canaria y Filadelfia, y a toda hora es de día, donde sea? Eso se les estaba volviendo un verdadero lío a los de El Parroquiano, por lo impredecible y veraz del ridículo, y bregaban a asustarme o a apaciguarme de todas las maneras que se te ocurran. A mí me llegaban mensajes de apoyo y admiración de los lugares más insólitos, hasta del Palacio de Nariño, confidenciales, por supuesto, hasta de la Alpujarra, haciendo salvedades, aconsejándome mesura, dándome ánimos, agradeciéndome, y a veces elogiando mi valor y advirtiéndome del peligro, pero siempre en privado, rara vez en público, casi nunca. Que yo recuerde, fue Camilo Jurado, editor de Arcana, diciéndome que mejorara mi redacción y que siguiera adelante, sin claudicar. A un curso de teoría del cine que por esos días comencé a dar para la comunidad en general en la Universidad Ática llegó un sujeto muy curioso, un médico veterano, muy platudo, cinéfilo de vieja guardia, con un tapabocas, pues estaba enfermo de gripa aviar, decía, que se las arregló en un momento de los recesos que hacíamos en clase para interrogarme y darme a entender, y la verdad es que sudaba mucho, que yo estaba siendo vigilado muy de cerca por los departamentos de

inteligencia de la gobernación de Antioquia, los cuales, no lo olvides, están siempre debidamente al margen de la administración de turno, asesorados en vacaciones permanentes de los más distinguidos egresados del FBI, que aquí pasan delicioso con nosotros, ¿o será que no, amistad? Trató cortésmente de hacerme ver que El Parroquiano estaba en crisis, que tenían la voluntad de cambiar, que lo del poder emergente de las redes sociales era un asunto muy en serio y solo parte de cambios severos que venían para quedarse, que yo tal vez sin darme cuenta había dado un paso adelante. Me contó de buenas a primeras que él hacía parte de un grupo focal que había formado el periódico con gente de diversas áreas, no solo especialistas, para estudiar la impresión actual de los lectores acerca de El Parroquiano. Me dijo que había surgido el nombre de mi persona y especialmente de mi grupo de Facebook. Que querían invitarme a una de las reuniones del grupo, a conversar, en Envigado. Que me saludaban y manifestaban sus respetos. En ese momento me mostró una pluma refulgente, plateada, adentro de un cofrecito negro. Me la ofreció: es suya, dijo. Yo me negué, la reconocí, no la recibí. El tipo dejó el cofre al lado, en la jardinera, pero otro alumno que estaba cerca, enmochilado, conversando con un grupito de compañeros, puso al lado otro cofre igual, y una alumna y otra más hicieron lo mismo, me dejaron cuatro plumas de plata pura iguales a la que me regaló mi padre cuando me gradué de bachiller diciéndome es para que escriba, de marca Visconti, para que llegue tan lejos como su pensamiento alcance… Caramba. Qué recuerdos, carajo. Miro para todos lados y nadie me mira. Todo sigue igual.

… *Seguí.*

El médico vio cómo yo dejé las plumas sin tocar en el muro de la jardinera, yo temblando, me aclaró son anuncios de mejores días, y le informé nada más, son recuerdos de ilusiones perdidas, con toda amabilidad, y reiteré, yo sé que me están oyendo, vea, doctor, le digo lo que ya había dicho en alguna publicación en mi blog y en el grupo, pero no ahora, ni antes: que de esa casa mía, por siempre, que llevo en el corazón, yo lo único que quiero son insultos y ataques públicos. Ya veremos quién gana.

Pues te los ganaste.

Y a mucho honor, Alzbieta. Ellos lo que querían era solamente que yo detuviera la realización del documental y eliminara el grupo de Facebook, punto final. Desde luego, también se daban cuenta de que estaban perdiendo credibilidad por su apoyo incondicional a ese táparo de Uribe Vélez, sobre todo en lectores más jóvenes, pero tal y como lo demostró el tiempo, cualquier cambio, incluso de contenido o hasta de perspectivas, sería en ellos puramente estratégico y, con toda seguridad, coyuntural. Por eso me negué a aceptar su invitación. Yo te

cuento esto para que veas que la tensión era alta y que ellos eran sensibles a lo que yo hacía y barajaban opciones de respuesta con la consciencia de que el combate no era fácil. No por nada mi psiquiatra de los tiempos pasados de la rehabilitación me dijo hace poco, sonriendo y guiñándome el ojo: "Usted sabe que estuvo en peligro, no vaya a jugar más con fuego". Y el hombre es de los que se codea desde la universidad en cocteles con gente como Luis Carlos Restrepo o el propio Uribe, o bueno, también Alfredo Molano, Florence Thomas o Luis Carlos Galán, del que fue muy amigo. De Molano, para no ir muy lejos, me dijo lo siguiente: "Apréndale, que Alfredo sabe qué decir y qué no, y se los conoce a todos".

Avemaría.

Sí, es un poco repugnante la cuestión. Una corrida de toros, como le gustaban a Molano, tal vez para camuflarse entre los asesinos. El hecho es que, por esos días, y no sé si aún, a mí me querían matar. Ya desde mis tiempos drogos hubo quienes hablaron de eso, de poner plata por mi cabeza, por altanero, porque de verdad que me sobrepasaba, rayaba carros, le escupía a los niños, qué no hice, pero ahora ni hablaban, y eso me daba terror, actuaban, y llegaría el día en que me frenaran en seco. Para mí era no solo fácil sino forzoso el darme cuenta de algo más que la amenaza permanente. En la calle había dispuesto todo un plan de vigilancia, no solo para mí, pero que sí encontró en mí, en esos tiempos, uno de sus focos principales. Esa estructura, conocida y perfeccionada hoy como "red de puntos", y aquí te hablo por informes recientes de un observatorio europeo que me dio a conocer un amigo, ha sido siempre uno de los pilares del paramilitarismo. Por aquellos años se hablaba de ella como "informantes", y su existencia era reconocida y alentada desde el gobierno. Justo en las semanas en que investigaba página por página en El Parroquiano acerca de noticias relacionadas con fenómenos como este, me topé con una nota en la que Pacho Santos, el vicepresidente de Uribe, decía que bajo el gobierno de su primo, Juan Manuel Santos, había el peligro de que desaparecieran los grupos de informantes que tanta utilidad tenían para el Estado por representar en su quintaesencia la colaboración de la ciudadanía con las instituciones democráticas. Pero, por supuesto, esos espías mercenarios del gobierno mafioso, que venían a ser civiles paramilitares sub-contratados, y que ahora mismo en la policía los comienzan a formar desde niños como "cooperantes de la ley", no han desaparecido jamás, desde que los organizara Uribe Vélez cuando era gobernador de Antioquia, con Urabá como laboratorio. Desde hace años he visto su accionar en la cuadra, en el barrio, extramuros, arremolinado en torno a mi incipiente fama de líder cultural juvenil, fama que luego perdí para ser la oveja negra que prefería ser y ya no,

pero en los años en que me redimí y estaba haciendo el documental sobre El Parroquiano, la cosa se exacerbó. Si en los años noventa los informantes, o cooperantes, simplemente se hacían sentir con comentarios lo suficientemente abiertos como para que uno tuviera que darse por enterado de que te seguían de cerca sin sentirte necesariamente aludido, ahora, aunque nadie alrededor se percatara, no solo sería necio sino que era imposible el no sentirse abordado o, es más, acosado. Además, antes, en mi juventud, ellos solo esperaban momentos especiales y se ubicaban en sitios estratégicos. Es decir, me sucedía…

Disculpen, ¿ya saben qué ordenar?

Yo sí. ¿Y tú, Julián?

A mí solo dame otra cerveza.

Pedí algo. Echale comida a esas cervezas.

…

Traeme entonces a mí un sánduche Nerval y dos porciones de papas fritas, para picar.

Perfecto.

Y que sean dos cervezas.

Muy bien.

Te sigo contando… Yo salía a comprar marihuana o cocaína en La Playa, a fines de los noventa, y mientras esperaba a que el jíbaro me hiciera la vuelta, se paraba una señora con un tipo ya maduro a conversar al lado, aunque no se decían casi nada, era como si estuvieran esperando a alguien, y rapidito uno de los dos decía: "A él no se le puede perder de vista, ¿oye? Es alguien de mucha pero mucha influencia".

Estarían hablando de cualquier otro.

¡Claro! ¡A eso voy! En esa época podría ser que hablaran de cualquiera, aunque me cuadrara perfecto en ese momento, o aunque al menos me cuadrara por el lado que ellos quisieran que yo me sintiera afectado, cuando yo era una celebridad entre toda la muchachada de Medallo por el Premio Nacional de Video Documental y las emisiones en televisión nacional y regional de mis películas en las que yo actuaba, sin contar con la columna semanal y la correspondiente fotico en el Literario que había mantenido por años siendo un adolescente precoz. Ese era el viejo método de los informantes conmigo, y es el método usual con muchos, si no es que con todos desde los meros titulares de primera plana que te siembran complejo y paranoia por tú no tener trabajo o por consumir droga o por ser pobre o ser marica o feo o cosas así, pero luego ya era, en el siglo XXI, otro cuento. Digamos que ahora yo hablaba contigo media hora por teléfono sobre el manejo del tema del aborto por parte de El

Parroquiano y luego salía de la casa y tomaba un bus. De pronto, en la banca de atrás, un viejo le decía al que iba al lado suyo: "¿Y sí oyó lo de Alzbieta?".

Huy. ¡Qué susto!

Y en ese preciso momento se subía al bus un joven de aspecto feroz y criminal que antes de sentarse dos bancas delante de mí se quedaba mirándome con intención, para asustarme. Entonces el otro, un joven elegante, de la banca de atrás, decía: "Ya hasta los buseros tienen miedo. O se ajuicia o lo acuestan donde menos piense". "¿Te enamoraste de mí, pirobo?", decía yo en voz alta. "¿Me viste muy lindo o qué, hijueputa?". El de adelante, un simple mensajero, se veía tan retado que volteaba la cabeza y trataba de sostenerme la mirada, pero yo señalaba al de atrás y le explicaba al del frente: "Este man quiere que lo maten, hermano. Él no le agacha la cabeza a ningún perro o gallo mal nacido. Y yo tampoco, ¿sí entendió?". La gente era paralizada. El supuesto o verdadero sicarito se azaraba, se iba, y luego yo apuntaba, como al aire: "Ya saben, pues, hijueputa. Conmigo es en serio, gonorreas. Tóquenme, que yo no hago nada".

Juli, ¿cómo no te hicieron nada?

¡Pues claro que me hicieron, y mucho! Físicamente no me agredieron porque eso habría sido meterse con Daniel o Ángela o mis papás, pero sí me atacaron en redes de frente, después, cuando estrené el documental, diciendo Beatriz Medina, mi anterior jefa, que yo era un enfermo mental diagnosticado, así como hizo después nuestro amigo Monedita, y durante todo el proceso se empeñaron en presionarme hasta que los daños en mi vida fueron evidentes. La familia estaba afectada, ya Daniel y yo nos evitábamos. Mis nervios estaban hechos trizas, y ellos lo sabían, y se aprovechaban. Si yo salía de la universidad en taxi hacia mi casa, otro taxi se le hacía al frente y empezaba a reducir velocidad para frenarnos, mientras una camioneta gigante y sin placas, de vidrios negros, nos empezaba a orillar, luego se iban ese otro taxi y la camioneta soplados, después de casi inmovilizarnos, yo quedaba con el corazón a mil, pensando, si tuviera dos hijitas acompañándome, ahí sí me daban, le decía yo al taxista que me llevaba, ahí sí, piedro, encendido, con ganas de eso, como a Pardo Leal, le seguía diciendo, ¿sí recordás?, delante de su familia, si fuera de la UP, ¿vos creés, Alzbieta, que dormía, o cómo te imaginás que saludaba a Verónica, hasta dónde nos llega el pensamiento? Pero los colegas del audiovisual y de la crítica creían que todo lo que yo hacía era por vanidad, o por ser un güevón. O a veces iba yo caminando por la calle, de camino a donde los papás, o por aquí cerquita, por la 70, y frenaba un carro en seco al lado, chillando las llantas, de donde se bajaba como un tiro un man asustador haciendo el gesto de buscar el arma y mirándome. Las dos o tres veces que pasó

eso los enfrenté: “¿Qué se te perdió, qué se te perdió?”, pero así como siempre me sentí muerto, nunca me hubieran hecho nada. Se ponían a orinar contra el muro, o se volvían a entrar al carro como si se les hubiera olvidado algo, sin prestarme más atención las liendras esas, y decían: “Ahí hay una familia”, o “Esto es una familia”, “No toque mi bolsillo”, cosas así. Eso decían.

¿De verdad? Qué situación más desesperante.

¿Para quién el sánduche?

Para mí, joven. Gracias.

Las cervezas. ¿Se la sirvo, señor?

No, gracias. Así está bien. Pero estamos hablando de Clara, Alzbieta. Ella no era la única espía sofisticada, y además reconozco que todo era tan enigmático en su caso que también es posible que la participación de ella en esto sea una invención de mi mente. Había otros observadores amenazantes, como casi todos mis vecinos, y en especial el que vivía justo al lado mío, un ingeniero de sistemas de Bancamina que, estoy seguro, aunque pueda equivocarme, podía controlar todo lo que yo hacía en Internet, y me lo demostraba más que nada con lo que yo publicaba en mi blog, alterándolo sutilmente de un día para otro. Y bueno, así no fuera él, ese control informático existía, y está siniestramente vinculado con Clara, que en paz descanse. Los indicios son para mí suficientes, y cuando ellos en su demostración de poder…

¿Ellos son quiénes, precisamente? ¿Bancamina?

Ya te lo he dicho. Pero en este caso, los espías, los informantes o los mandos medios que operaban el control… Yo les digo los ratones, en honor a Polonio…

Polonio… ¿El de Hamlet?

El de Hamlet. Cuando ellos en su demostración visible de poder se pasaban tan solo un poco de la raya, cuando excedían cierto límite de su farsa amenazante, una intuición no solo me permitía sino que me hacía mover, responderles, carearlos, tal vez hasta más por demostrarme a mí mismo que yo era o me proclamaba ante todos intocable, que simplemente por defenderme, o pelear. Yo soy los tres espíritus de un coyote encarnado en indio yaki, le dije pasito pero templado una vez a uno de ellos después de cerrarle el paso en el Festival de Cartagena porque me cerraba el paso y ahora sí trata de escabullirse y ya otra vez el que no lo deja pasar soy yo, una vez para un lado, otra para el otro lado, pecho con pecho, y ahí oigo su chillido de rabia, desempéñate, eche, me grita el man todo alzado de verme tan alzado, tanto, él jovencito, musculoso no, sin cuello, un boina verde, alto, peinado al rapé, recién bañado, de gafas negras de montura de oro, pantalón yin militar y una calavera con dos tibias estampada en la camisa prieta sobre la bandera de Estados Unidos que

dice: We don't need you, aquí donde me ves me estoy desempeñando, le respondo yo enderezado, apretando dientes, y Verónica vení, vení, y yo, bajando la voz, mirándolo rayadito, rayadito: yo soy los tres espíritus, bla, bla, bla. De pronto aparece un man de la nada, encorbatado en ese calor, en la avenida San Martín, de corbata roja, al lado de Crepes & Waffles, con un celular al oído, como un pastor evangélico, y le suelta al tipo esta frase, palabra por palabra: este es un candelabro, vete, y nos dice a Verónica y a mí, vayan con cuidado y seamos fieles al espíritu que nos gobierna…

¿Un candelabro?, ja, ja. Esto es demencia pura, o un juego de locos. De verdad, no sé cómo estás vivo.

Los amedrentaba, desde luego. A veces así yo conquistaba un tiempo para moverme con más confianza. Lo mejor siempre era quedarme quieto, lo más quieto que pudiera. Les perdí todo respeto. Y es porque me mantenía aguzado, y sabía cuándo tal o cual señal provenía de este o de aquel amigo o enemigo, cuándo el pleito era conmigo y cuándo yo correría peligro o cometería injusticia si reaccionaba o no. Si en medio de esas batallas diarias, silenciosas, taimadas, yo hubiera vuelto a meter cocaína, seguro me habría descalabrado, mi intuición se habría empañado, yo habría perdido el horizonte, me habría enterrado yo mismo. En cambio, meditaba diariamente una o dos veces y hacía ejercicio con disciplinada constancia, nadaba en la piscina de la unidad residencial donde vivían mis padres dos o tres veces por semana, hacía abdominales todos los días. La sangre corría por el cerebro y los intestinos limpia y fluida, mi espíritu y mi mente estaban afinados como nunca. Me levantaba a las tres de la mañana, leía despacio a Malraux, a Camus, pronunciando en voz baja, así descubrí de dónde salió La ciudad y los perros, de un pasaje de Los conquistadores, y luego a los teóricos del documental, de Vertov a Isaías Cock, pero nadie sabe, veía toda la obra de Hitchcock parejo con la de Errol Morris, el genio gringo de la percepción en el cine y en la vida, el secreto no era placentero, pero tampoco era temible. Al mismo tiempo escribía una novela corta sobre mis pesadillas de cuando niño, mis ensayos sobre cineastas para un nuevo libro de cine y cada dos días una nueva entrada en mi blog, sin contar con las publicaciones en el grupo "El Parroquiano miente", de Facebook. En últimas, razones había para que mis enemigos me tuvieran respeto.

Ve, ¿querés?

No, gracias, Alzbieta.

¡Comé papitas!… eso.

O sea, yo sabía que ellos nos oían y veían a Vero y a mí cuando hacíamos el amor, pero también sentían que, de un cierto modo, yo los vigilaba a ellos, y que los tenía tan bien identificados en su…

modus operandi, digamos, o que yo tenía tan clara la situación, que sabía quién era un informante y quién no.

Pero todavía dudás de Clara…

No sé si dude… Más bien es que, como a todo, le doy una margen de duda. No es lo mismo. Un día empecé a dictar un seminario de historia del cine en Carlos E. Restrepo, en la Biblioteca Pública Piloto, con la corporación de Celso Henao, Cinesofos. Ese fue el día en que descubrí una trama espantosa por debajo de todo, un sábado en el que Clara y yo no almorzamos.

Cuéntame… Eso suena muy interesante.

Con Clara habíamos una vez deshecho los pasos de nuestra relación y nos habíamos dado cuenta de que las primeras veces que nos habíamos visto habían sido hacía más de diez años, casi veinte, en un curso de Cinesofos sobre amores contemporáneos. Bueno, eso lo recordaba ella bien, yo no, hasta que vi en mi memoria a esa adolescente imborrable de párpados azules que giraba la cabeza para despedirse con la mirada cuando yo me iba buscándola con ojos ávidos de una función de Happy Together. Y ella me contó que, pasado tanto tiempo, a veces asistía a las películas que yo presentaba en el cineclub de los martes en la Biblioteca, a dos pasos de su galería. Ese sábado en que inauguré el seminario de cine mudo soviético que organizaba Celso con Margarita, su esposa, Clara no fue, ni tenía por qué ir. Pero me había dicho que estaría allá en espíritu. Las cosas fueron más o menos así. Para ese momento, Verónica le tenía unos celos enormes a Clara porque yo, cada martes, cuando salía del cineclub, pasaba por la galería, ya fuera a una de las muchas reuniones que concertábamos para hacer planes que nunca se hicieron realidad, o ya luego solo para saludar. Justamente, ese seminario en la Biblioteca con Cinesofos era uno de los planes que habían quedado irresueltos, yo le había propuesto hacía varios meses a Celso y Márgara que lo dictáramos en Azahares, que era el nombre de la galería de Clara, pero todos sacaron el cuerpo, como se dice. Y yo estaba desesperado por vencer la resistencia de mi amiga. Me bandeaba hace días entre no volver a molestarla, buscar solo por trabajo a la galerista o decirle una vez más que estaba loco por traspasarla a besos. Hice las tres cosas. Ya desde el comienzo de todo, si me alejaba por una u otra razón, y sobre todo porque ella de entrada rechazó mi acercamiento, era Clara quien me llamaba o escribía: “¿Por qué tan perdido?, te he estado esperando”… Ni una palabra más, ni una menos. Pero si yo le presentaba opciones de trabajos en común, que era por lo que ella inicialmente me había buscado, solo yo y nadie más cumplía con las tareas acordadas entre los dos y las reuniones terminaban en borrachera con su gente, auténticas fiestas… Yo no me sentía nada bien. En mi matrimonio no

había tenido una sola aventura y ya no me atrevía a planteársela de nuevo así de fácil a Clara como lo hice desde el principio, o es decir, no le insistía, más que todo porque me preguntaba en realidad qué pasaba. Una noche, no lo olvidaré nunca, mientras le ayudaba a arreglar la galería, luego de que todos se hubieran ido, después de un largo rato en que nos estuvimos mirando sin decir nada, descansando de ponerlo todo en su lugar, sillas, vasos, parlantes, de todo, recostada ella y con ojos escrutadores en la gran nevera roja de la cocina, y yo tomándome un vaso de agua, apoyado en el marco de la puerta, viéndonos ambos respirar en una intriga callada, tranquilos pero muy serios, casi amedrentados o a la espera, durante un minuto largo y más, sin bajar los ojos, terminamos sonriéndonos sin más motivo, riéndonos bajito cada uno por su lado, y ella solo dijo, ay, Juli. Yo no hice comentarios, pero al despedirnos con un besito se detuvo y me confesó, ven, yo no tengo idea de qué tú esperas de mí y no quiero decir nada, pero me encanta estar contigo, y yo sé que habrá muchas más noches juntos, gracias por ayudarme, por estar siempre ahí. Ese martes, o mejor, ese miércoles, ya te lo podrás imaginar, no pude dormir, no pude pensar, no pude hacer ni un rombo, ni un palito, ni una bolita, nada. Sabía mucho mejor que ella que estábamos enredados en la nada, que estábamos perdiendo el tiempo, que jugábamos con un fuego muerto, o no, con cuchillos afilados, hierros que a mí me podían matar y a ella también dañarla y a Verónica destrozarla, despedazarnos a todos. Al mismo tiempo, todo el barrio comentaba nuestro evidente afecto si Verónica y yo pasábamos por allí cualquier tarde de verano, de camino a la Biblioteca, ¡quiubo sietemujeres!, me saludaba así un profesor veterano delante de mi esposa, y Vero sabía leer los decires en las redes de la gente amiga que frecuentaba Carlos E. y que sabía todo, por supuesto, de mis visitas, si le coge una teta me contás, así como al aire, ella los entendía, no me decía nada, yo publicaba Rocks Off, de los Stones, “Can I Get a Witness”, “Break the Spell”, andábamos electrizados, o “Paranoid”, “She’s Gone”, “The Wizard”, para dar mecha, para enloquecer el ambiente y al mismo tiempo decirle a todos bocones, babosos, inútiles. Dejé pasar una semana larga sin llamar a Clara, sin ir, dejé de publicar en mi perfil personal de Facebook, dos semanas sin decir ni mu, tres, para que no pensemos tonterías, y Clara tampoco me escribió ni una línea en ese lapso enorme, hasta que otro martes cualquiera pasé por ahí, más de un mes después, de sorpresa. Tomándonos un cafecito en el solar lleno de matas donde hacíamos las fiestas, lejos de su equipo de trabajo, me dijo con una sonrisa sincera, te felicito, pero diabólica, te felicito porque me olvidaste, así yo te olvido también, pero yo, en cambio, Clara, te traigo catorce palabras para decírtelas al oído, una detrás de otra. Ella no se movió, esperó, las oyó cómo

escanciaban mi tiempo devoto de muchas mañanas y tardes y noches, impávida, parpadeó azulmente cuando terminé, dos veces, y de plano se negó a hablar más del asunto. Giró la cabeza. “Yo no voy a responder nada a eso, Julián”… Pero estaba como afectada, se quedó mirando al suelo acariciando la hojita maciza de una florida cactácea, la boca entreabierta, palpando las espinitas, yo me quise ir, pensé que íbamos a llorar, di el paso, ahora sí voy a llorar, le di la espalda, me debí haber ido para siempre, me puse en marcha.

Tranquilo… Llora, llora.

Gracias. Qué cosa. Bueno, todo estaba claro. Fue entonces, tan pronto di media vuelta y me vio ir, cuando me dijo que a la clase de ese seminario que no pudo ser en nuestra galería, amor mío, no podré ir, pero estaré allí en espíritu. Yo entendí a la perfección que ahora sí debía asumirlo a este encuentro como una despedida del todo en serio. Volví sobre mis pasos, le quise dar un beso en la frente, abrazarla, pero ella se soltó de inmediato, me empujó: “Solo prométame que se va a cuidar”, dijo con un gesto de rabia mala, mirándome con los ojos vidriados, porque sabía del rollo en el que yo andaba por mi documental y el blog y el grupo de Facebook: “Vos no sabés con quiénes te estás metiendo”. Terminó con gesto amargo, vació mi café frío en un desagüe, dejó las tazas en la mesa y volvió al pasillo con decisión, ojalá todo esto te sirva al menos para hacer una novelita, si no te matan.

Esa es tu espía.

La espía que me amó.

De veras, no me explico de dónde sacás vos, y más tarde me dirás cuáles eran esas catorce palabras que le dijiste una detrás de otra al oído, no me explico de dónde sacás que esa mujer era una espía de El Parroquiano.

No de El Parroquiano, de la SIM.

Ah, carajo. Hablá pasito, ahora sí, por favor.

Claro. ¿Es que vos qué creés que he estado diciéndote por dos horas? Una espía nada menos que de la Sociedad Industrial de Medellín. Esa es la doliente.

¿Supieron de la emergencia?

¿Qué pasó, Aníbal?

*Están evacuando todos
los pueblos a orillas del río
Cauca por debajo de*
Hidroakabí.

Sentate.

*Esa represa se puede
reventar en cualquier
momento. Solo quería*

contarles. Más tarde vengo y
me tomo algo con ustedes.

Gracias, Aníbal.

Dios mío. ¿Y entonces?

Justo hablando de la SIM. Acá tengo un mensaje de una amiga de Ríos Vivos, me entró en este momento.

¿Tenés una amiga de Ríos Vivos?

Mataron a dos líderes campesinos más esta mañana, dos compañeros de ella, me está contando, un hombre y una mujer, eran pareja.

Pues que se cuide ella.

Los muertos no están muertos, Alzbieta. Podés respirar, cadáveres no son esas dos lideresas.

¿Y no me acabás de decir lo contrario? Seguí con la historia de Clara, más bien, que necesito saber en qué acaba todo…

Todo acaba en que los muertos, por el momento, somos nosotros, los que olvidamos que estamos despiertos. Pero en algún momento despertaremos. Ya sabés.

… Julián, eso que decís… Desde ayer me tenés aterrada, desde siempre… yo no te alcanzo a entender…

Yo sé. Por el momento, te lo repito. Y esos que mataron a la pareja de campesinos, por supuesto, los asesinos, o los jefes que ordenaron las muertes, ni siquiera han nacido. Son menos que nada.

…

…

Qué suspiro, señor.

Es que uno dice que los mataron, pero no habla de nadie, son nombres como el del matón. Lo que somos cada uno, lejos, fértil, no se le puede sumar a eso que solo queda, y no es algo que se mate.

… ay, Juli… Pero ya no están acá.

Los que no estamos con ellos somos nosotros, es lo que digo. Por el momento. O eso creemos. Yo sí estoy con ellos, la verdad, te lo juro.

Me quedo sin palabras. Que se derrumbe entonces Hidroakabí.

Amén. Te termino de contar. Todo es cosa de tiempo. Esta en realidad no es la historia de Clara, sino de lo que me pasó con El Parroquiano. Y no va a quedar piedra sobre piedra. Ese martes, antes del sábado de la inauguración del seminario de cine soviético silente, cuando le digo esas catorce palabras una detrás de otra que ya olvidé al oído…

¿Las olvidaste?

Las olvidé, Alzbieta. Eran catorce, eso sí lo recuerdo.

…

Ese martes, lo que en definitiva nos queda en claro a los dos cuando me dice que no va a ir a clase pero me acompañará en

espíritu, es que Clara nunca va a ser mi amante y, por mi parte, que lo único que yo quiero es sexo. Se lo había dicho con un par de frases bárbaras para liberarme y poder irme en paz, pero creo que lo que dije terminó por alterarme mucho más a mí que a ella. Mejor dicho, todo pasó al revés. Era algo así como que esto es mucho más que lujuria para mí, pero solo podríamos agotarlo en lujuria.

Sí, son catorce.

Algo así, bien medidas. El sábado, mientras yo daba cátedra y echaba chispas y sacaba rabias a Celso sobre el farsante de Pudovkin, hollywoodense disfrazado, asesino de Eisenstein y del Vertov primero, Stalin de quinta, Dickens de solapa, la gente gritaba, yo vacilaba a cada segundo si buscarla a mi heroína sin amor después de clase o no, porque ella vivía a unas cuadras de Azahares y de la Biblioteca, en el mismo barrio. Sin embargo, estaba seguro, casi sabía a cabalidad que yo no iba a ceder al deseo, que obviamente no iba a acudir hambriento a donde ella estuviera o pudiera estar, porque eso sería caer en una fatalidad, pero sentía que si tuviera chance podría irme sin reparos por Clara en ese mismo instante hasta el propio fin del mundo. Pues es que allá estaba. Eso era para mí esa mujer.

¿El fin del mundo?

Lo más anhelado. El confín de lo terrestre.

¿Y qué pasó?

Clara era, si no te parece mal, el pecado inocente y la absolución de la inocencia. Más o menos eso.

¿La mataron?

No. ¿Ya te dije que en la cadera ella tenía el tatuaje de una tortuga con un bosquecito encima y que salía de un lago de estrellas a una playa inmensa, una playa de cocoteros que se perdía por su cintura?

Entonces fue que terminó la clase y saliste volado para allá.

Tampoco. Seré muy breve, o muy conciso, breve no. Yo no conocía ese tatuaje, solo sus bordes, las nubes relampagueantes, y una noche había visto que iluminaba en la oscuridad, caían rayos. El hecho cierto es que yo me había encargado de no dejar ni una prueba en mis cuentas de correo o en mi diario personal o en ninguna parte de mi pasión demente por Clara, así que, si Verónica buscaba, no podría probar nada, pero era una obsesión tan animal que en la universidad más de una vez me vi obligado a entrar a los baños a masturbarme, y en mi casa, porque no podía pensar en otra cosa que en llevármela a la cama, yo me ahogaba, o en llevármela a donde fuera, y Vero al lado.

Qué desagradable.

“La realidad de la dualidad es unidad”, decía el tatuaje, de sol a sol.

Pero comparado con todo lo que hemos hecho en los baños de las

universidades, no es nada, y en el garaje de los novios, yo también, con sus mejores amigos. Cuente pues…

Incluso Vero me empezó a llamar el astuto delante de todos, pero ni siquiera era yo un actor. Más bien, yo estoy en clase, cavilando si buscarla o no a esa hembra, cuando le entra un mensaje a mi celular: "Esto está rebueno". El mensaje viene de un número que desconozco y nunca antes me ha enviado nada: 75647, un número raro, era ese, de nadie, o 11111, para nuestros efectos, ya no importa.

¿"Esto está rebueno"?

Sí. Yo lo asocié con la clase, porque yo como profesor soy histriónico, cuento anécdotas, hago preguntas, los canso a todos… La gente estaba enganchada, el auditorio lleno, me buscaban la caída, celebraban mis salidas… Yo estaba en lo mío, pero leí el mensaje en pleno parlamento, pedí permiso para hacerlo: "Esto está rebueno", y lo reconocí: "Esa es la voz de Clara, su lengua, esa su mano tapándose mis vergüenzas", creo que hasta algo comenté y todos soltaron la carcajada porque varios, más de uno, sabían de quién hablaba. Pueblo chico, infierno grande. De hecho, entre el público estaba Dalia, la bailarina famosa, una íntima de Clara, y yo no sé si Dalia, con la que tertuliábamos seguido y sabía de todo lo nuestro, tal vez le habría enviado videos o audios de mi discurso, o qué…

Ajá. Sí es raro. Ella estaba en espíritu.

Eso es. Puro Dogville, y ojo ahí. Era el planeta encima de la tortuguita. Cuando termina la sesión, entro al baño. No entro a pajearme, pero en esos días sí me era muy difícil orinar.

Ja, ja.

Vos sabés. Nunca encuentres el Paradiso, debí de haberme dicho. Todavía estaba dudando en pleno orinal si buscar o no a Clara, complicado con el chorro como un géiser para que no salpicara a más gente, el deseo puede ser un infierno, cuando entra un nuevo mensaje: "Qué océanos tenés adentro".

¿Eso decía?

Sí.

¿Y el mensaje venía del mismo número?

Sí. Yo me confundí. Había que subir con cuidado la cremallera. Algo me olió muy mal, y no porque estuviera en un baño público, rodeado de alumnos grandes y chicos orinando y defecando, era otro hedor, eran otras heces más hediondas, más irrespirables. Me lavé las manos pensando mil y mil cosas y, en un segundo, por primera vez, entreví la posibilidad muy verosímil de un montón de situaciones ocultas, muy horrorosas, o no sé cómo decirlo, conjuras que no quería creer y no lograba comprender. Pero además, con ese mensaje me excité el triple. Después de la exposición sobre el poder y el montaje dramático en el cine, lo de océanos adentro podía ser un elogio para

un sabihondo, pero si el mensaje venía de Clara, era una verdad literal, ese era su signo más preciso, y si ella lo sabía, si presentía esos océanos que pugnaban en mi interior, yo estaba a punto de perder el sentido por la turbulencia enamorada de las ganas tumultuosas suyas y mías y de nadie y de cuanta cosa hubiera por ahí viva como aquella malla volando a la salida en el pajarito de la biblioteca y aquel rondel que se escarpaba por un borde de los techos sin límite del edificio afilado, entero, cabezón, estremecido.

¿Qué hiciste?

Me fui a tomar el bus, relajado, dentro de todo, invocando a Pilatos, no creás que soy tan perro, yo me lavo las manos, puedo ser peor o dejar de serlo, pero no soy tan tonto, yo a vos no te conozco, me decía una y otra vez, es el saludo y ya, pero poco antes de llegar al paradero siento otra vez vibrar, y me enloquecí, sentí vibrar otra vez el miserable, infame, despiadado celular.

¿Qué decía?

No lo leí. Grité no más, no más, me sentía como el protagonista de "El corazón delator", de Poe, y el celular era mi conciencia, pero sin haber hecho yo nada aún, sin haber matado a ningún ojo blanco. Tiré el celular lejos, lejos, lo más lejos que pude, Alzbieta, sin mirar, hacia el río, hacia el cielo, y apretando los dientes hasta rechinar saqué una moneda y me la jugué a cara y sello, de pura y limpiecita maldad recóndita y ciega. Todavía tengo ese cuchillo.

Dios mío.

Una moneda de doscientos pesos colombianos de las viejas, con la guacamaya. Me dije: cara y voy, sello y no voy. Tiene un rayoncito con marcador violeta, un puntico no más, que no hice yo. La moneda me vino así.

Salió cara. Fuiste.

No importa, pero sí: fui.

¿Cómo que no importa?

Salió sello, pero fui. Salió el lado marcado, el punto violeta en el cero del centro.

Ay, esa sí está buena. ¿Y para qué guardás todavía esa plata sucia?

No sé, pero es tremendo tesoro. Me enseñó por dónde ir.

¡Pero no le hiciste caso!

No, porque el que decide es yo, digámoslo.

¡Julián Andrea Sánchez Gómez! Eso es la belleza…

El Cosmos renegado.

¿Y entonces?

A lo Romeo, Alzbieta. "Soy un triste juguete del destino" y todo eso… Pero al revés.

¿El destino del juguete?

Feliz destino, carajo. Ay… Óyeme: fui hasta una tienda de donde

se podía llamar a celulares y le marqué. También pensaba en Hamlet. Pocas veces me he sentido igual de vivo, y al borde de la destrucción total. No ser, Hamlet, no ser, me iba diciendo en voz baja, me iba aconsejando sin ser al mismo tiempo. Sentía todo alrededor encendido en un solo fuego verde, y me decía eres qué penca, zopenco, qué penca ardiendo eres, sin quemarnos, zopenca. Que no sea lo que no fuere, pronuncié lentamente mientras marcaba el número indeleble, recordando el acto quinto, 312692513. Me dijo que estaba trabajando en la casa. Le pregunté si podía visitarla. Le temblaba la voz. “¿Quiere venir a mi casa?”, enfatizó. “Sí”, le respondí. A mí me temblaban las rodillas, las güevas, el estómago se me había hundido, la coronilla iba de arriba abajo, no había suelo bajo los talones alados de Apolo preparado y dispuesto, el corazón daba batacazos como un temblor marciano con réplica en el Tirol, pero la voz no me temblaba, y era un ritmo sobrecogedor el de mi Venus palpitante, mi voz estaba entera, y yo nunca había entrado a tu casa, podía no hacer nada, solo era responder, me sentía capaz de no hacer nada, de volver a la Biblioteca, al baño, si era el caso, o solo responder a tus querencias y hablar sabroso en el sofá, horas, donde sea, en la cama, charlar y nada más, o darte duro eternidades donde gustes, otra vez, afuera, como quieras, este enredo está apretado, si era nunca, camarada, chao, pero no me hables de espíritu ni me finjas trabajos, yo aquí ando en carne viva. “Estoy sola”, me advirtió, “mi hijo está en una finca hasta mañana con el papá”, con esa crueldad del todo insensible de la situación desnuda, no sé si tú hayas pasado por algo así, mujer…

Recuerdo el día, la tarde, la cobija que no miramos. Fue mi día, lo conozco, el día de los deseosos. Tal vez fue el día de la muerte, tal vez el día de la vida. Los dos nos comimos el mundo, y el precio es la recompensa. No sé si mi vida ese día fue vida o fue muerte, si quedé preñada, no sé, no sé…

Ahí toda disyuntiva es cópula. Yo me quedé callado, muerte o vida, mirando una hilera doble de hormigas serranas subir y bajar con pedacitos de hojas mordidas por el cable plateado del viejo teléfono público de mi juventud elevada, es muerte y es vida, reflejaba ese cordón de plata todo el universo sobrante en líneas espiraladas blancas y negras por las que las hormigas rojas pasaban de largo y en un roto de filamentos despeinados se despedía el cobre oceánico de los siglos, le dije a Clara solo ajá, satánico, y me mordí el labio tan duro, qué me importa dónde está tu prole, Alzbieta, que no perforé mi piel de boca mojada adentro, cerré los ojos, callé, no había dicho nada, mordí lo más duro que haya mordido en mi vida para no decirle puta, te amo, y el labio se hundió sin ceder machucado al colmillo, atravesado de parte a parte, soy un coño, me pareció oír, sin sangrar, pero era una interferencia, una niña bromeando con voz de

adolescente… Era, de verdad, como si estuviera todo embrujado, porque yo sentí el golpecito, lo juro por Dios, de los colmillos tocándose, qué momento, como si yo fuera una virgen inmaculada que acabara de parirme criado, sin sangrar, erecto, para nada, patriarca virgen, sin sentido, potranca dulce de verga de titán. En la pared, abajo, se dibujaba una golosa invertida y sin números que llegaba hasta la baldosa rota, rota, solo decía suelo donde debía ir el cielo. Entonces Clara dijo: “Venga pues”. Esto no sucedió en pocos segundos.

Bueno, no tienes que contármelo todo.

Fueron vidas enteras las que pasaron por ahí. No sé por qué lloras.

¿Qué pasó luego? Eres tan conciso…

Yo ya me veo muerto, estoy fresco, coroné, y me determino a ir despacio, puede pasar lo que querás. Era como un tiempo aparte, como habitar un mundo distinto, mío, que podía derrumbarse ya mismo, solo por la sucesión de los hechos acaecidos como catorce palabras que tú dijeras una detrás de otra u oyeras al oído de las musas, de las sirenas que solo oyen al silencio, de las ninfas sabias que despiertan en otro mundo cuando todavía no amanece. No puedo comprender, todavía me lo pregunto, cómo la vida puede animarse tanto por el deseo de un cuerpo, pero ese trance cambió mi persona, y acabó con Clara, casi enloquece a Vero.

Solo dime qué pasó. Ya va a ser de noche.

Nada volvió a ser igual.

…

El apartamento de Clara quedaba en un primer piso. Cualesquiera que anduviesen por el jardín comunal podían asomarse a las ventanas y ver u oír lo que pasaba adentro. Yo en la caminata más decidida y corta y demorada de mi vida lenta y ruidosa no oía ni veía de reojo a nadie, el barrio parecía solo, estaba vacío, era un paraje abandonado, pero había pasos lejanos e invisibles golpes, risas sin lugar, y el viento fino entre las ramas verdísimas de esa arboleda mítica que nunca podrán talar. Clara me abrió la puerta y se dio media vuelta, para que no la viera, la encontré llorando, para que la buscara, estaba bañada en lágrimas, los ojos hinchados, no rojos, ojos claros, serenos, ya que ansí me miráis, miradme al menos… “Yo soy mujer muy sola, caballero”, me dijo. “Vos de nada entendéis, y entender nadie esto puede, menos yo, que soy la prenda. Vos os váis para morada en donde una mujer te espera; yo todos los días aquí me quedo con nadie, conmigo me quedo y un niño al que educo con primores y prisas, mas callada vuelvo a mi rumbo, tan sola cual si sola anduviese, ansí que buscar no hay que, noble e hidalgo varón, no será bueno complicarnos la vida con más de lo que ya tenéis, si sola me he acostumbrado a gozar, sola a pensar, a vivir sola”. Yo me le acerqué, le limpié las lágrimas de las mejillas con los dedos, aparté el resabiado

mechón doble de su cara que me enloquece, negro azabache tirabuzón volado, brillante de lo negro y brincador en su brillo, ensoñador, arrebatado, apetito descalzo del amor. Vi que cambiaba, que su rostro se hacía confiado y calmo. "Yo sexo no necesito", musitamos en coro y nos quedamos absortos, enmudecidos. En ese mismo momento noté que alguien nos tomaba una foto. Yo miraba su rostro de un lado a otro, guardo la imagen en el corazón de su alma abierta, no sabíamos dónde poner los ojos, guardo en el fondo de mi ser el sentimiento verdadero de su galaxia, nos demorábamos mirándonos, y oí el segundo chasquido de una cámara profesional, respirando juntos, sus ojos eran una galaxia gemela de Otraparte, nos sonreíamos con confiada timidez, los de la cámara eran unos golpes certeros, ¿qué va a pasar?, ella se notaba advertida de todo, muy de cerca, igual que yo, a ninguno le importó. Cerró los ojos, tomó aire, dejó caer la cabeza en mis manos que la tomaban del cuello, idas, ida, ido, idos. Yo cerré los míos, degustando su pulso por entre la raíz tibia del cabello suavísimo y abundante y corto y juguetones, voy a llorar, remolones, otra vez, yo también tomé aire, le pregunté algo que era decisivo para mí, había algo inevitable aún, pero eso era lo último, todo era un sueño cumplido y había que decirlo, o era lo primero, pero ella no respondió, Alzbieta, le pregunté solo por quedar bien conmigo lo más crucial, solo por cumplir ante mí mismo, y ella se quedó callada. Yo no entendí. El otro entonces siguió tomando fotos. A partir de ahí tomó y tomó todas las que quiso.

…

…

Eso fue.

Así.

Este… ¿Qué fue lo que le preguntaste y a lo que ella respondió con el silencio?

Le pregunté si quieres que te diga verdades o mentiras.

Bueno, ajá… Vea… yo ahora sí que podría hablar días enteros y decirte nada más que eso sí es importante, nadie te lo puede negar, y mirame hablándote tan rápido, pero es que es muy difícil responder a eso, Julián, a eso no se le responde, eso ni se pregunta…

Seguramente es que ya no somos jóvenes, ni siquiera los jóvenes.

Julián, por Dios, uno solo quiere que le digan verdades, obviamente. Las mujeres, creo, lo sabemos desde siempre… O no sé, no me hagas pensar cosas… Las mentiras no hay que decirlas… ¿o sí?

Yo tampoco sé, con toda franqueza, me declaro un absoluto ignorante, un tonto, y un infame. Ella no dijo nada, yo tampoco dije nada. Solo después Clara era preguntando: "¿Sí te das cuenta, Julián, vos sí te estás dando cuenta?", y los otros tomando y tomando fotos, con flash y todo.

Mejor yo tampoco digo nada.

Algunas fotos fueron tomadas desde varias ventanas, porque nosotros al principio no pasamos de la sala y luego nos fuimos a la alcoba matrimonial, que tenía dos. Yo no sé cuántas fotos habrán sido, ni dónde estarán.

¿Nunca las viste, esas fotos?

Los que pagaron por ellas respetaron al patriarca. El Gran Hermano solo amagó con liberarlas en la red, pero todo era un chantaje para aquietarme. Al otro día, por la mañana, encontré en mi computador una nueva carpeta llamada "sin título", y adentro había ciento cincuenta fotos vacías, o sea: ciento cincuenta archivos en jpg, con la pantalla en blanco, cada uno con un nombre como "uau", "uau-2", "hermosa", "hermosa-2", "karate kid 1, 2 y 3", "catleya" y no sé qué más… Había como 20 "catleyas".

Ja, ja. Perdón. Qué lindo.

Yo no me reí.

Fue sin querer, de verdad. ¿Y quién había hecho esa carpeta en tu computador?

Ni idea. Pero mientras yo la veía, de pronto Verónica me preguntó desde el computador suyo qué tenía el archivo que yo le acababa de mandar por el correo de Facebook. Y era que a todos mis contactos les acababa de llegar un enlace a una carpeta virtual con el comentario: "foto ha ha".

¡Muy raro! ¿Y el enlace no llevaba a una de las fotos?

Se abría una pantalla donde todos leyeron: "Error 404". Pero yo entendí que me tenían en sus manos. No lo pensé dos veces y me decidí a contarle todo a Verónica.

¡No!

Sí, le di mi versión, tal y cual sucedió todo. Le dije que si aparecían fotos mías haciendo el amor con alguien, eran un montaje. Al fin y al cabo, eso era.

¿Cómo así?

¿Tú crees que Clara y yo nos acostamos?

Me lo acabas de contar.

Yo jamás dije algo parecido.

Pff.

Todo había sido un montaje. Yo a Clara no le lamí los labios y se los mordí con los míos, sin morderla, ni nos halamos como si nos quedáramos sin aire, ni le apreté las nalgas desde abajo a manos llenas, todo fue otra cosa, ni le quité los tenis besándole las piernas, deshecho en elogio de cantos necios, el mundo se queda corto, ni le pedí que allí se quedara en interiores rojo emperatriz mientras yo me deshacía de la ropa, ni le di vuelta y la abracé por la espalda sobándole la barriga y los pechos por encima del sostén quemante, ni

ella me tomó del falo empinadísimo susurrando algo inentendible, ni le di luz a la bisagra floja, ni se magreó en mi mano jadeando, embistiendo como un diablo, ni se quejó al fin en un lamento interminable cuando descubrí en el jaleo y me deleitaba con ternura en su gordo pezón derecho, ni se lanzó a celebrarme con entusiasmo de rodillas, como una esclava egipcia, en sus palabras de diosa agitada, ni la animé de inmediato a ponerse como gata que se estira en el sofá, mi amor, ni le sobé en círculos admirados la esfera celeste y se la mordí gruñendo, ni le bajé los calzoncitos y saludé con educación su nombre y sumergí mi cara en sus caudales tiernos y acezantes, nada de eso hicimos.

…

Y cada que recuerdo eso y mucho más que no hicimos, trago saliva, como acabás de hacerlo vos. Entonces Verónica, boquiabierta, tan pronto oyó mi versión libre, simplemente dijo: "Muéstreme ya mismo el chat entre usted y esa mujer".

Ay.

Y ahí sí fue el acabose. Como yo ya había borrado todo, le dije: "Por supuesto", celebrando lo sencillo de la solución. Pero todas las conversaciones habían vuelto intactas.

Huy, Julián. ¿Y no te mató?

¿Y por qué me iba a matar, si todo era un montaje?

Vos sí sos el diablo.

…

Yo te hubiera desollado con limón, por pedacitos. ¿Qué se decían ustedes en ese chat?

¡Qué no le decía yo! Yo lo volví a negar todo, desde luego, pero Verónica estaba como loca, lloraba a los rugidos, me decía que todo había terminado, que se iba para Bogotá, en donde había varios tipos detrás de ella, que yo era un perro, que ella ya se lo imaginaba, que lo sabía desde un principio. Yo traté de mantener la calma, aunque era imposible, y le juraba que todo era mentira.

Bueno, yo ahora sí me siento a
acompañarlos un ratico. Ya
vamos a cerrar. ¿Sí
los atendieron bien?

Pues claro.

Muy bien, Aníbal. Gracias.

¿Y entonces?

Nada, el matrimonio estuvo a punto de irse al traste.

Disculpen, más bien
me voy. Estoy
interrumpiendo.

¡No!

¡Sí! Sigan conversando.

…

…

Uf…

Uf…

Qué historia más sórdida… ¿y ahora por qué quemás esa servilleta con forma de cisne…?

A los dos días, querida Alzbieta, o sea el lunes, Clara se mató en un accidente de tránsito en la 30.

Dios mío. El detalle que faltaba.

Sí…

…

A mí ahora se me hace lógico, necesario.

¿Necesario para quién?

Eso dice un profesor chileno sobre la violencia social. El hambre y esas cosas. Los feminicidios, por supuesto. Es algo que este sistema necesita. Por ejemplo, lo necesita, de hecho, la prensa. Es algo intoxicante y a mí me taró del todo. Ya no puedo oír noticias sin sentir que el vómito sube, que debo trasbocar. Te diré. En la tarde de ese domingo, Vero la había llamado a Clara, le escribió por Facebook, la buscó por cielo y tierra, Clara le contestó en la noche y quedaron de hablar. Según mi esposa, su rival le dijo que tenían muchas cosas de que hablar. Yo estaba decidido a que no fuera lo que no fuese. Esta no es conmigo, pensaba. Mejor dicho, me desentendí, o eso quería, me esmeré en ello. Solo le dije a mi compañera que pensara en ella misma. Se lo dije de corazón. Al otro día, Verónica estaba en el centro comercial Punctum, esperando a Clara en el Café Partisano, cuando oyó el estruendo. El carro saltó desde el garaje, se había desbocado, rompió la pared y cayó desde un quinto piso. Era la camioneta de la famosa arquitecta, pero estaba blindada, de un día para otro apareció blindada, o era otra igual con las mismas placas, no sé. Según Verónica, el golpe fue espantoso. Pero con Clara iba alguien cuyo cuerpo nunca pudo ser identificado. Era otra mujer. Las encontraron con un cargamento de droga y dólares en tres maletines. La acompañante llevaba la ropa que tenía puesta Verónica ese día. Eso, de hecho, fue lo único que mostró la televisión, ocultando el rostro y las partes aplastadas. Esa sangre parecía real. Todo eso era un mensaje tétrico para nosotros, y para toda la ciudad.

Yo me enteré, claro que sí. Nadie podía explicarse nada. La reputación de esa mujer quedó por el suelo.

Verónica se vino a enterar muy al rato de que el carro que había oído caer era el de Clara y de que mi amiga no había asistido a la reunión porque había muerto allí mismo, a dos pasos suyos. Llegó a la casa, se sirvió el almuerzo, oyó la noticia que yo ya conocía y repliqué

en el computador para que ella la oyera, se puso pálida, ni me miró, dejó de comer. Yo estuve a punto de decirle algo, pero ni siquiera tuve que morderme la lengua. Sencillamente, no pude hablar en todo el día, ni ella tampoco. Al principio me interrogaba con la mirada minutos enteros. Creo que mi rostro le dijo algo, le dio certeza de algo. Sin embargo, hoy del tema tratamos de huir siempre. Esa noche, sentados en el sofá, distanciados, de pronto extendió su brazo y me tomó de la mano. Yo ni reaccioné. Estaba aturdido. Y sigo aturdido. Pero no me detuve. Algo deberé pagar más tarde por todo esto.

¿Y el hijo de Clara, y el papá del niño?

Ellos se fueron a vivir a Italia, era un plan que ya tenían. Una vez me los encontré en una librería. Seguramente venían de paseo. El hombre me miró, me ignoró por completo. Siempre nos habíamos tratado bien. Ese día más bien me evitó. El niño no me reconoció, ni me vio. Han pasado siete años, él ha crecido mucho. Tiene los ojos de la mamá.

Esto es de lo mas retorcido de lo que yo haya tenido noticia, Julián. Ni Eurípides se inventa algo así, ni un pueblo que nace se inventa un mito así. ¿Cómo sobrevivieron ustedes a todo eso? ¿Cómo no se enloquecieron de verdad? ¿Y por qué no tiraste la toalla, mejor, desde el principio, ni después?

No la quise tirar. Pero, incluso, lo que te he contado en últimas es muy poco, amiga mía. Mira, Vero y Raúl han llamado tres veces. ¿Nos vamos yendo?

Vamos. Yo pago esta vez. ¡Señorito!

No veo la hora de ver lo que hay en esta casete dorada.

Al fin tú te saliste con la tuya. ¿Y qué, para qué? Yo no sé…

Pues terminé el documental y lo presenté, sí, nada más y nada menos que en La Unión, la tierra de los Gallo, pero vos sabés que todo eso significó solo una batalla más. Ese día de mi triunfo gané y perdí, pero para mí y Verónica otra vez sería un infierno. No solo por lo que hizo después o dejó de hacer nuestro buen compañero Monedita, el más llamado a hablar. También fue un infierno por hechos igual de espantosos que este que te acabo de contar, e incluso más amenazantes, que ocurrieron de viaje al Festival de La Unión, en un restaurante de las partidas de Don Diego, y que no sé si sea capaz siquiera de contarte bien mañana.

Eso me lo contás tan despacio como sea necesario, nos vemos temprano. ¿Te acompaño al taxi?

Vamos.

Ve, Julián, pero entonces, según esa mística tuya, ¿Clara sí murió, o ella tampoco?

No sé, Alzbieta... Al parecer lo suyo fue un accidente, ¿no? Pero, claro, yo sé que Clara no está muerta. Que Clara y yo, y todos, nos



volveremos a ver.

Capítulo 5

Mejor ni digo más nada

–Veloz, con pausas–

Otros llegarán
donde no hemos estado

Gloria Posada

Isáfora

Enero 30, 2015. Jueves. 10 h 14 min.

Uau. Llevo muchos días sin escribir. Antes de entrar a clases, porque falté a la inducción en el campus, y falté porque quise, y no debí faltar, antes de entrar a clases nos fuimos a Guatapé, a la finca de Nicolás, el primo de Leona (no se llama Nicolás), el conguero de [tachón], y qué desmadre. Sobre esto no he escrito antes nada por falta de alientos. Llegué muy arrastrada. Taimaz volvió con Leona y yo debía de hacer como si nada. Lo peor es que ellos no se besaban casi delante de mí ni de nadie, simplemente andaban juntos, separados de todos, cogidos de la mano, y hablaban en voz baja, como de cosas serias. Era un viaje sano, “de reconexión”, decía ella. Por la noche, claro, cualquiera podía oír los suspiros y apagados gemidos de Leona en la cama, en el segundo piso, y yo me quería morir. Me levanté a buscar perico en el pueblo. Pasé el lago sola en la lancha de Nicolás, sin su permiso, con el corazón saliéndoseme del pecho. En el pueblo no encontraba ya nadie a las tres de la mañana, y empezó a lloviznar. Una pelada me hizo la vuelta, no se demoró casi, pero me cobró un platal por los gramos. Cuando me devolvía apagué el motor yo misma y me quedé allí un rato, en el centro del lago. Ya había dejado de llover, y habría pasado una hora larga desde que salí. Me estuve quieta, mojada en ese frío, tiritando, pero las nubes se habían ido del todo y me quedé absorta, de pronto, más de media hora mirando el cielo milagroso, transparente, un cielo nocturno iluminado, metiendo

perico, oyendo música, inmune a todo... La barca se zarandeaba, había que tener cuidado, y yo sin llorar, pasmada de frío y de asombro, me quería morir. Sabía que podía ocurrir, sentía ya sin sentir la hipotermia, pero un cielo como ese no se ve todos los días. Yo nunca lo había contemplado así (jamás había presenciado algo así), y sabía en el fondo de mi conciencia que podía resistir hasta el hielo del infierno. Algo en mi alma era de hierro al rojo vivo, algo en mí era invulnerable. El alma estaba en un hilo, con total lucidez. Vi varias estrellas fugaces pasar, como familias derramadas, y pude ver que todas las estrellas son de distintos colores. En un momento apagué el iPhone y se oía el ulular de las lechuzas a lo lejos, el golpe del viento, del agua en la lancha. Era una experiencia tan hermosa que yo tenía pavor de que el momento se acabara, así que temblando, castañeándome los dientes, sin aire casi, volví a prender el motor y me funcionó. Si no hubiera servido, me hubiera tirado al agua a morir, lo juro, desnuda. Cuando llegué a la cabaña, al parecer nadie se había dado cuenta de que yo no estaba, pero los saqué a todos de la cama para enrumbarnos y se armó un pequeño alegato. En verdad, ellos ya sabían que yo estaba afuera y estaban dormidos, pero a la espera, como de mala gana. Al yo irme habían oído el motor y se levantaron, pero se volvieron a acostar, claro: ¡con ese frío! Nicolás fue el que menos dijo, no me regañó, como es de altivo, el tonto solo dijo: "Usted es una malcriada", y se volvió a su cuarto. Taimaz gritaba desde arriba que quería dormir: "¡Hay que dormir!", suplicaba, qué risa. Leona se quedó conmigo, en la sala, al pie de la chimenea, que todavía estaba bien caliente y a la que le metí un tronco y la encendí de nuevo. Me volvió el alma al cuerpo. Juntas nos tomamos una media de ron que nos quedaba y le dimos a la parla, la tengo en la buena a la parcera. Mirando el fuego, el corazón del fuego, sintiéndome identificada con él, le dije que estaba muy bien que estuviera tan parchada con Taimaz. Le dije a Leona con una voz que no era mía que yo sabía que yo iba a morir muy pronto, no sé ni por qué se lo dije, pero que el amar ella a Taimaz era como amarme ella a mí. Ella dijo que uno nunca sabe cuándo se va a morir, parce, y no hizo ningún otro comentario. Nos cogieron meros ataques de risa por el regaño de Nicolás, y porque todavía nos dijo un par de veces desde la pieza que nos calláramos, y después porque recordamos cómo Taimaz se había puesto a hablar la tarde anterior en inglés con unos alemanes, y que su gesto era chistoso, y que uno de ellos le dijo que tenía un acento no sé qué, que si había vivido no sé dónde, y los otros riéndose, pero él en ese momento no se dio por enterado, o no le importó. Tan lindo, dijimos al fin ambas al mismo tiempo, y yo estaba en otro mundo. Nos trabamos y se fue a acostar ella también, no le metió al concho (al perico, mamá, a la cocaína), yo empaqué mis dos o tres cosas lo más

calladamente que pude para no despertar a Nicolás, qué pecado, volví a bajar al muelle y cansada, tambaleándome, prendí la lancha otra vez, me fui al pueblo entre los gritos de ese pobre de espíritu y le dejé amarradito su juguete en el muelle, me embutí una empanada, por comer algo, me armé con un par de bocadillos de guayaba y dos bolsas de agua para el viaje, cogí el primer bus para Medellín y chao, en qué vuelo.

Eso fue temprano el domingo. Al otro día era la inducción en la U, pero me la pasé el lunes en la casa, reponiéndome. Del guayabo, ni una palabra, de la sensación de inutilidad, del vacío, de la incapacidad para vivir en este mundo.

Ni a Leona, ni a Taimaz les respondo ya: los bloqueé en Facebook, en WhatsApp y en el celular. Ojalá él no se aparezca por aquí. El otro bobazo, Nicolás: ni sé quién es, lo busqué para bloquearlo y no lo encontré.

Qué infierno, qué puto infierno, pero qué orgullo, marica. Qué orgullo el ver después del dolor de tanta intensidad que hiciste lo correcto, sobre todo para vos misma. Que dentro de todo, supiste obrar.

Y sin embargo, sé que tengo que cambiar de vida ya, ya mismo, y lo que me pasó esta semana en la U, yo toda temblorosa, no ha sido cualquier pendejada. Debo de ajuiciarme, creo, y es el momento propicio, el momento me invita, así sea para llevarme algo mejor –tomo aire– al fondo del tiempo, a mi sueño.

***

15 h 36 min.

No sé, me gusta lo que he vivido hasta el momento en la U, la gente, sí, los profes, pero sobre todo el estudio, la carrera que elegí: no está mal, no, no está nada mal. Este rollo del cine esconde algo. También me sana del dolor el poder sentir que ya hay un lugar donde moverme, así sea sola, sin hablarle a los compañeros, a quienes miro con curiosidad y expectativa, y donde poder descansar debajo de los árboles.

Además hay un profe de lenguaje que, uf. Habló de una singularidad de planos, como una confluencia. Dijo que ese debería ser el nombre de su curso, “singularidad de planos”. Es mero loco, y de una ternura que yo no he visto en nadie, en nadie. Que hay que encontrar en uno la vida de las imágenes, decía, y despertar una nueva vida en la película, como si de un dios se tratara y un universo, no sé, por separado, que le cogiera como ventaja al creador, algo así dijo. Ahí tengo las notas. Pero yo no quería escribir notas. No sabe una si tomar nota o mirarlo a él hablar. Nos hizo pero cagar de la risa

contándonos su paso por la universidad privada. De ese sí diré el nombre. Hacía mucho yo no lloraba de la risa. Se llama Julián, y es un bien, un bacán. Julián Andrea Sánchez, celular 3015962034. Jijeñor.

Mejor ni digo más nada.

Verónica

Lo enfrentaré. Se enloqueció. Casi lo matan. Está sangrando por nariz y boca, tiene un diente partido, tiene la frente raspada casi hasta el hueso, hinchada, protuberante, con hematomas crecidos. Le reproché, escandalizada, por su borrachera, y se exacerbó, está tirando cosas, rompiendo todo, grita que el mundo es una arpía, el mundo es una arpía. Pero lo enfrentaré. Saldré de la pieza y lo miraré a los ojos, con calma. Él está borracho. Si se me acerca, lo tumbaré de una zancadilla. Yo estudié y soy buena en taekwondo. Fui cinturón verde cuando niña. Era la mejor del curso. Le ganaba a niños de mi edad. El profesor me decía que lo mejor de mí era la concentración. Soy implacable. Decía que yo actúo, que no me dejo amedrentar. ¡Señor, algo ahora me fecunda, me llena, me ensalza! ¿Estoy preñada, padre, del poder? Saldré de la pieza adonde me ha acorralado el estruendo de este monstruo. Salgo. Está tumbado en el sofá. Tiene los ojos cerrados. Respira agitadamente. "Yo no soy ese hombre, yo no soy ese hombre", dice. "Yo no soy tan malo". Tomo su celular, llamo a ese número que aparece en el registro de llamadas recientes: Claudia, la profesora que él dice que le hizo la broma. Marco de nuevo, porque no me han contestado. Repica, pero no me contestan. Él me mira, apocado, acobardado. Me limpio las lágrimas. Lo miro fijamente. Tenemos que ir a Urgencias, le digo. A usted le puede dar un problema grave en la cabeza. No se vaya a dormir. Él cierra los ojos de nuevo. Parece estar cediendo a algo. Parece recogerse en un gesto de abandono y súplica. Me está dejando todo a mí, de nuevo. Como siempre, cuando se le salen las cosas de las manos. Como cuando me traicionó con esa perra y no podía creer que yo lo hubiera dejado de querer. Se crecía como espuma si había tomado trago, levantaba un televisor viejo, culón, con las manos, y lo lanzaba contra la pared, derribaba puertas de los armarios, bibliotecas enteras. Yo alguna vez tuve que arrodillarme y gritarle que lo amaba para que no hiciera algo peor, romper ventanas, lanzar cosas desde las alturas, matarse, matarme. De cualquier cosa parecía capaz entonces. Y luego se acurrucaba, con los ojos cerrados, así como ahora, con la respiración alcanzada, como ahora, a veces llorando pasito, como un niño suplicando, y solo pedía un poco de paz, de silencio. Yo me muerdo los labios. ¿Me estás engañando otra

vez? ¿Y qué te hace pensar eso, mi vida?, pronuncia, como debajo de una montaña de detritos en que se hubiera vuelto él mismo. Yo pido un taxi. Suena el timbre del apartamento, él se levanta como un resorte, yo trato de interponerme, no peleés, le pido, parece que es la policía, le digo, porque se ven afuera las luces de una patrulla y se oye el radio transistor con que los policías se comunican, listo, yo voy a hablarles con toda calma, responde, yo no soy ningún güevón, le doy espacio, abre la puerta. Hay tres policías en el descanso de las escaleras. Julián les habla con propiedad, es grotesco y casi cómico verlo en esa sobriedad con el aspecto que tiene, arrastrando la lengua. Acepta que está borracho, confiesa que se puso violento, advierte que debe ir a Urgencias, y les explica que para cualquier requerimiento hablen conmigo. Yo les reitero lo que él dice, les comunico que acabo de pedir un taxi para ir a la Clínica El Escapulario y ellos me dicen que no dude en llamar si él pierde el control de nuevo, me dan un número. Julián se ha sentado en el sofá con los ojos cerrados. ¿Tienes plata, documentos, llaves, celular?, le pregunto, como siempre antes de salir juntos o antes de que él se vaya a alguna parte solo. Él asiente con la cabeza, me mira de reojo. Señala con la boca el celular suyo que tengo en mi mano, se sonríe. Me mata el ojo. El taxi acaba de llegar, ahí está pitando, suena el citófono. Me pregunto si yo debería dejarlo aquí, huir ya mismo, o no huir, liberarme. ¿Y si estoy encinta?

Julián

Kadera Salvaje: ¿Por qué no vienes a mi casa?
La Gama Ilusa: …
Kadera Salvaje: No me importa que todo aquí quede juagado en tu olor.
La Gama Ilusa: …
Kadera Salvaje: Déjame decirte palabras de mi calibre.
La Gama Ilusa: …
Kadera Salvaje: Ese silencio tuyo no son silencios, son puntos que dejas al aire para que yo los atrape con la boca…
La Gama Ilusa: …
Kadera Salvaje: Quiero llevarte todos tus silencios a tu boca…
La Gama Ilusa: …
Kadera Salvaje: Diosa, recíbeme aquí…
La Gama Ilusa: …
Kadera Salvaje: Aquí podrás jugar como una reina con sus conejos.
La Gama Ilusa: Tu caza no es tu casa.
(Chat de Gmail, 11/05/13 - 09: 23 a. m.).

Interludio

–Vertiginosa–

Night and day I breathe.

P. J. Harvey

Isáfora

Febrero 14, 2015. Viernes. 10 h 36 min.

Ay qué miedo. Porque yo soy solo una bombita de tiempo, eso lo sé. Me inventé otro perfil de Facebook para espiar a Taimaz y a Leona, que tengo bloqueados en mi muro, y, por ahí derecho, le escribí y le pedí amistad desde ese perfil falso a ese macho, el hombre más chimba de la U, sin dejarle ver quién soy, digámosle Marduk, para coquetearle en forma pero sin banderearme. Le muestro fotos de mis piernas, le digo que es tan sexy, me le muestro desnuda, de espaldas. Y el loco me dice que estoy muy buena, pero que si soy un robot.

Parte 2
De camino hacia el destino remoto

Voy a cometer un error
lo voy a hacer de gusto.

Fiona Apple

Capítulo 6

La parte tuya de mi vida

–Lentísima–

Y fue en aquel momento cuando se me aparecieron mis manos.

Alexis, en Alexis o el tratado del inútil combate

Me pregunto, aquí frente a las piedras que no he querido botar y guardaste siempre como algo tan sagrado, Isáfora, o tan querido, esas piedras lisas o de formas curiosas, hasta qué punto no me has liberado de ti misma. No sabrías responderlo. Creo que te daría un ataque de risa, así como a mí me llena de estupor el concebir una idea así. Miro las piedras, arrumadas por mí en un rincón de tu cuarto. Son muchas, y tal vez sea cierto: tal vez yo ahora pueda estar, de algún modo, mucho más tranquila; tú ya no sufrirás más por tu suerte. Pero tal vez, por el contrario, una parte tuya sí que está del todo a mi cargo ahora. Te siento presente. Una imagen se ha completado, amplia, inabarcable, la de tu paso por este mundo, pero la imagen de que hablo está intacta y parece crecer solo en mí, es solo responsabilidad mía, está nada más que en mi memoria, dibujada como un laberinto en mis sentidos más impalpables, en el cuerpo secreto de mi ansiedad incesante. Siento que así, con tu muerte, en verdad nos hablaste con más claridad que nunca a todos los que te conocimos y quisimos. Y con todo, es claro que solo a mí me atañes, niña. Los demás que te trataron, ya fuera en la intimidad o en tus manifestaciones más sinceras, no sé qué tendrían por decir que valga ni un poco lo que significa la historia que comenzó en mis entrañas.

Tomo las piedras, las cargo de a dos y tres en los bolsillos de mi saco de lana negra que llevo puesto porque hace un frío tenaz en Medellín en este junio extraño que hoy parece abril, que hoy parece octubre. Hoy ha amanecido el cielo nubado, ayer no hizo sol: hace mucho, mucho más frío que en temporada de lluvias, y más todavía acá, en Robledo, en la parte media del grande y viejo barrio que tú tan bien conocías, mejor que yo, donde todavía quedan árboles, aunque creyeras que ya no quedaban casi y sufrieras tanto, con razón, pero en

exceso, y discutiéramos por eso, por la reciente tala de los algarrobos, laureles y búcaros de la esquina y las calles vecinas, Isá. En exceso, digo yo, pues maldecías, llorabas por la tala, te encerrabas, dejabas de salir por días largos, deprimida, pero no sé, no sé… Me conmueve el recuerdo de cuando me mostraste en tu iPhone fotos que habías tomado de una iguana y su cría caminando por unas ramas, para que yo como propietaria argumentara ante el Municipio que esa obra, la reparación y ampliación de las vías principales en nuestro sector, debería ser suspendida, lo cual no hice. Me pongo a temblar ligera pero honda, radicalmente. Tenías razón, como en todo. Respiro entrecortadamente. Tú me devolvías al absurdo del mundo, y no encontraba yo cómo darte una esperanza que a la vez no fuera una simple e indigna resignación.

Camino por la casa vacía, ya sin un solo mueble, por la casa fantasmal, del todo vacía y solo presidida por las cortinas añejas del descanso de la escalera que da a la calle, desteñidas, abiertas para nadie, abiertas a la luz de nadie, ando con tus piedras pesándome como huesos en los bolsillos del saco, balanceándose, golpeándome, bajo por las escaleras oscuras, atravieso el sombrío pasadizo y la cocina que llevan al gran patio y jardín de nuestra antigua casa, hago allí un círculo con todas las piedras frente al imponente mango, por entre el blanco resplandor de día gélido. Ha comenzado a lloviznar un poco. Hay una piedra azul, ovalada, entre todas las otras singulares piedras, o más bien pintada de azul, una maravilla de la naturaleza tocada por ti, casi plana, un poco más grande que la palma de mi mano, rugosa, brusca y con pequeños valles y cuestas, pero bien definida en su forma, que ubico en el centro del círculo, pintada por ti con vinilo en la niñez, no hace mucho, azul y con puntos blancos y un delgado asterisco amarillo en el centro de ambas caras. También en el centro del círculo, al frente de esa piedra azul, pongo tu diario bien cerrado con un pequeño velón blanco encendido al pie. A este diario no lo volveré a leer. Es inextricable, y sobre todo, no quiero tratar de desentrañarlo más. ¡Por aquí corriste y retozaste con tanta alegría en la niñez!

Me emperro a llorar.

Era tu alegría, era una cosa tan tuya la vida, mi niña trepada en el mango, tu vida en su milagro, en su esplendor o su misterio. Te quedabas absorta, en este patio, hostil como eras, y te hipnotizaba, mi niña hermosa, haciendo que siguieras su discontinuo camino, una lagartija blanca por entre la enredadera del muro, en este mismo luminoso patio, mirabas hasta cuando se perdía en las alturas a un cucarrón azul oscuro que durante minutos, y yo lo veía, solo había movido sus alitas en el aire sin alzar vuelo, tú me lo mostrabas, o a una rosa blanca que se abría casi velozmente una mañana, como

desperezándose, así me lo contabas, hostil como eras, en este vivo y rumoroso patio. En este mismo patio desolado donde ahora hago como un funeral sin tus restos. Después fue cuando comenzaste a comer moscas, cucarachas, todo tipo de alimañas, y eso sería aquí mismo, también, y quién sabe si hasta las lagartijas que con cariño llamabas “Lola”. Cantabas, Isáfora, en este patio, cantabas todos los días, te acostabas de espaldas, todas las tardes, ponías los pies descalzos en la pared y mirabas un rato al cielo, a las nubes, a las ramas, después de almorzar o de comer por la noche, y te quedabas dormida y así dormías horas, como si el suelo de cemento o el prado húmedo del mango fueran tu cama o el lecho más cómodo. Aquí encontrabas algo. Decías que el mango parecía estarse cayendo sin cesar, porque las nubes pasaban flotando hacia más allá. Aquí saldrías a fumar años más tarde. Te sentabas en el murito de la jardinera, hacías carrizo, apoyabas tu mentón en la mano, el codo en la rodilla, y entornabas los ojos, mirando hacia adentro mientras el humo se enredaba y desenredaba en el aire invisible. Aquí te vi llorar, también, en este patio. Aquí dejaste tus huellas, como ese letrero abyecto, rayado con la punta de un compás hace unos meses, que grita esa palabra y espanto que no voy a repetir, que se dice sola, que ahí dejo y no es nada, Isáfora, no es nada. En este patio donde voy a quemar tu diario, con las piedras, las matas, el mango y conmigo por solos testigos, solos acompañantes y dolientes verdaderos, estas piedras abuelas que a mí también me sobrevivirán, y una pintada por ti de azul como el cielo infinito.

Respiro.

Leí dos veces ese sórdido manuscrito, de comienzo a fin. Lo empezaste a escribir a fines del año pasado, lo dejaste sin terminar el día en que te fuiste a morir, ¿o lo lograste terminar ese día, esa noche? Puta vida. Sí, eso dice en el muro. Eso escribiste: “puta vida”, “puta madre”. Cuentas cosas que no me hubiera sospechado nunca. Que consumías drogas, eso me lo imaginaba, o bueno, lo adivinaba. De hecho, puedo decir que lo sabía, aunque nunca lo comprobé. No quise mirar tu escandaloso perfil de Facebook sino hasta ayer: escandaloso, como el de la mayoría de las niñas de tu edad, o escandaloso para mí, mejor dicho, y para la mayoría de señoras de mi edad. Sí: solo hasta ayer lo vi y lo exploré, y sin embargo tú creías que yo te espiaba, me desafiabas en esas tus publicaciones pero yo no me daba cuenta. Y no sé si justamente esa falta de atrevimiento mío me llevó a dejarte sola, cariño, si te hizo daño. La verdad es que te temía, Isá; te temía y te temo. Al fin, era claro que querías estar sola, hija. Y compruebo que estoy pensando en ti, que te invoco, solo para tejer mi historia con tu aguja, o una parte de mi historia: la parte tuya. Ya lo sabes: ya me he ido de esta casa que además le voy a vender, Isá, al primer interesado.

Y veo que te invoco pensando en nosotras para contártelo al fin. La voy a vender, como tanto temías, amor mío. ¡Canta, oh, difunta, la historia de la cobarde Alzbieta!

Oh, sí, heme aquí otra vez llorando, Isáfora, en tu patio, llorándonos, Isáfora Gutiérrez Spitzer, heme aquí de rodillas en el círculo que he hecho con las piedras lisas, con tus cantos rodados, que no quise mover en la mudanza reciente, ayudada por los viejos empleados a quienes dije que las dejaran sin tocar en el rincón donde yo misma las puse con cuidado, una por una, con respeto, tus "Rolling Stones", como las llamabas, que tenías dispersas por todo tu cuarto, extrañamente, y que en círculo las dispongo ahora, cuando espero a una posible compradora que pueda ocupar el hogar donde tú y yo nos quisimos con dureza y nos dimos a olvidarnos la una a la otra, en donde andábamos a ciegas, y acerco el fuego de la vela para primero quemar el diario aquí y despedirme de todo, presidida por tu piedra azul de los asteriscos, estrellas o anos amarillos. Un ano por cada lado de la piedra ovalada, casi tan delgada como un platico para el té, ¿o son un eje, y en cada cara un esfínter? Una boca el ano y un ano la boca. Tan propio de ti. De veras que son raras estas piedras. Hay una, divina, que parece un rotundo falo, oblonga, maciza y con su cabeza bifronte. No quiero ni pensar en lo que harías con ella, pero lo pienso, luego de haber leído ciertas cosas del diario. Como siempre, me haces sentir culpable de que la más sucia de las dos fuera yo. Y de eso ni te dabas cuenta. El cuaderno arde, yo me ocupo de que arda bien, de que arda todo, hasta el último resquicio. Tal vez tú dijeras lo mismo de mí: que yo te hacía sentir culpable de nuestra procacidad irrevocable, inenarrable, inocultable.

Las hojas arden, arden, arden. Me prosterno ante el fuego, reverente. Siento que, pese a todo, estoy cumpliendo con tu voluntad, que estoy terminando tu tarea. Tal vez, siempre tal vez, tal vez, tal vez… Siento también que ahora guardo las palabras de tu diario todas en mí, íntegras, que la lectura que había por hacerse de tus escritos, la visión de tus dibujos, tus poemas rojos, verdes y negros y los relatos de tus sueños, viajes, penas, esa lectura ideal se hizo y se ha conservado, que el diario es eterno ya. Podría escribirlo otra vez, rehacerlo idénticamente. Podría morir tranquila así, mujer, si escribiera nuestra historia. Eso: podría yo morir tranquila, lo repito en voz baja, acurrucada, con un susurro, los ojos cerrados, la cabeza escondida entre los hombros, tanteando de lejos, con los dedos, la piedra azul. Y te confieso que me pasmó de horror la historia del crimen de Leona y Taimaz, o sea, de Tatiana y Giovanni. Que me alarmó y me angustia todavía que ustedes dos se unieran y mantuvieran relación de amor en un trío abierto a quién sabe quién que llegara de quién sabe dónde, una noche, en el Parque Bukowski,

una tarde, en Griot y los bares cercanos a la universidad. Que me dejó estupefacta tu absorción en ese Marduk de la universidad a quien yo quisiera ver al menos algún día y a quien tal vez no conoceré jamás. Y por lo mismo, te reclamo ya, que nunca dejaré de estar inquieta por tu relación con Julián Andrea Sánchez, tu profesor, mi querido y viejo amigo. ¿Por qué no hablas tanto de él, si las veces que me lo mencionaste en nuestras conversaciones y la única vez que dices algo de él en el diario describías sus clases con tanto entusiasmo y verdadera pasión, casi enamorada? O no hubo nada, o lo hubo todo. O él fue solo Julián, el maestro, o fue Marduk, el amante devorador. Esto último es lo que creo, pero a ratos lo dudo, y te lo supiste esconder muy bien; si la clave estaba en el propio diario, si por ahí pasé de largo, no tendré, no quiero tener, ya no tengo cómo comprobarlo.

Me yergo, me apoyo con las manos en el suelo, busco una postura más descansada, sentada de lado, miro a mi alrededor.

El humo, blanco, se pierde en la nada, blanquísimo, y se esparce por toda parte su perfume de madera quemada, de incendio arrasador.

No he querido traer tus cenizas, que arrojaré al mar el día en que pueda ir sola, cuanto antes, a Bahía Solano, a casa de mamá.

Ese océano Pacífico que te atraía tanto por la noche. El mar donde tú estás aún, bendita, nadando desnuda en la noche y como recién nacida.

¿Tú fuiste qué, Isáfora, fuiste qué cosa…?

Tú fuiste un susto, pequeña.

Yo ya había pasado por seis abortos antes de concebirte, Isáfora, seis, mujer, yo sé que no es fácil creerlo, y te parí a una edad ya avanzada, a los cuarenta y un años. Fuiste mujer del año 1999, del esperado 2000, una auténtica millenial. Jamás te diste cuenta, porque no habrías podido darte cuenta cabalmente, de cuán distintas éramos, de cuán distintos eran nuestros mundos. Pero yo te tuve, te tuve a ti. Y yo tampoco me di cuenta, quizá por iguales razones, de lo parecidas que éramos, yo no era capaz de percibirlo, parecidas casi hasta lo evidente, porque te vi nacer y morir sin saber nada de ti, y también nací y moriré, como tú, sin saber nada del mundo; solo de mí. Solo de uno puede saber algo este cedazo del mundo que es uno, solo del mundo se puede saber por uno, por tu soga, por tu hambre, por tu derrota. Tú viniste del mundo que era Rafa y mucho más del mundo que era yo, sin que pudiéramos hacer otra cosa que imponernos de esa manera tan brutal, tan definitiva, a tu presencia absorta e inocente. Yo había renunciado a todo. Había renunciado hacía unos años al trabajo en el Instituto Global Andino, como profesora de español para extranjeros y correctora de la revista Cronotopo, y ya tiempo atrás había renunciado a mis labores como psicoanalista, a esa mi profesión, y mi pasión, que de un momento a otro me provocó terror porque

advertí que yo misma estaba más que desorientada frente a quienes debía ayudar a orientar.

No esperábamos nada, Rafa y yo, cuando supimos de nuestro embarazo, no estábamos buscando a nadie. Yo solo trataba de escribir, de hacer un libro de cuentos, alentada por mi marido y, acaso no sea necesario decírtelo, por mi amor a Singer y Bábel: a Isaac Bashevis Singer y a Isaac Bábel, los grandes cuentistas judíos, a quienes he vuelto en estos días. Me dedicaba a ello, me entregaba a la escritura como en un sacrificio. Fracasaba una y otra vez en mis intentos de publicar, pero para bien, porque el libro mejoraba día a día, más allá de las sanas recomendaciones o los juicios indignos de los evaluadores, lo revisaba a los meses, me encontraba ya en él, lo envié a un concurso nacional con el nombre de Los hijos únicos, y de pronto apareciste. Y tuviste fuerza, y te desarrollaste, y creciste, saliste, surgiste como una planta brota del suelo; no emergiste de la nada, esa idea común en el pavor popular es un imposible, o más bien: es irreal. No: yo capté de inmediato, quiero decir, lo capté una vez te tuve en mis brazos, que ante el planeta algo se abismó en ti, que algo atraías, demudada, hasta el fondo de los tiempos, desde allí, desde lo más remoto de mí misma. No llorabas, y yo no dejé que te palmearan las nalgas cuando naciste, de un grito formidable se lo impedí al hábil aun cuando obtuso y anticuado obstetra, que te alzó en vilo como a un carnero el matarife, ¡no la toque!, pero ya tú mirabas al mundo, llorabas, con un gesto aterrado, desarmado. ¿Me equivoqué? ¿Debí dejar que te recibieran así a la vida, con un par de bonachonas y saludables bofetadas, que el doctor Valencia te despertara así como me despertaron a mí y despertaron a muchos antes y después de ti? Eras como soy yo sin confesarlo, expuesta al mundo con violencia, como el Rafa desconocido, seguramente, sí, escondida como nosotros que nos deseábamos sin razón, como todos los padres, y acabamos en un remolino o huracán de pelito rebelde, como todos los hijos, que nos tragó, que se tragó a sí mismo. Del libro de cuentos me desentendí por años, por casi veinte años, y solo hace un par de días me lo encontré otra vez, en el trasteo de la mudanza, empolvado, aporreado, percudido. No sé si otra vez quiera leerlo, rehacerlo o botarlo.

Eras nuestro fruto, Isáfora, algo tan sencillo, sí, tan sencillo, la unión de dos lejanías, nada menos, el contacto de todo. ¿No te bastaba con eso, no te percataste? Suelto una risa sofocada. Yo sé que no. Mi ironía va contra mí. No basta, nunca bastará. He hecho el ritual de tu despedida sin una sola alhaja, acaricio mis muñecas desnudas, con más calma ahora, regadas por el llanto, hondamente estupefacta. El desfiladero que te aguardaba, mi amor, el desfiladero que somos, es la fertilidad que desespera. Así es. Una plenitud insaciable. Ya había tenido que guardar cama los últimos tres meses de embarazo, con una

sensación de sometimiento a ti que desde entonces nunca disminuyó. Si me liberaste de ti, querida, te anuncio que sobre todo tú te liberaste de ser madre, y lo que es más, de ser madre de ti misma, y liberaste a tu prole, a esa descendencia que acecha en nuestras órbitas, más numerosa que todas las estrellas, de ser ese otro vértigo que ninguna de nosotras sospecha antes, ese vértigo alucinante en que nos podemos y casi siempre nos queremos convertir todas, protectoras obstinadas, dadoras incansables, observadoras fieles o impertinentes, un alma partida en dos paso a paso, todos los días, una bondad muchas veces perdida, a cada instante, o descartada, con dolor o gratitud, con miedo, la voluntad mancillada segundo a segundo por un conocimiento bastardo, por una promesa fallida, retadas por el amor, Isá adorada, jugadoras empedernidas, desafiadas por un amor, dementes, atrapadas, deseosas de tu satisfacción, frustradas y muertas de antemano en nuestro triunfo animal, nuestra conquista tremenda del vacío.

Lo que fue primero admiración o gratitud por ver la finura de un piecito mientras dormías, por sentir con un estremecimiento superior los tibios cambios de tu respiración, por verte sonreír como un ángel cuando te pasaba yo un dedo por la frente y te lo bajaba por la sien, rozándote apenas, hasta la mejilla, se fue convirtiendo en el pálpito, y luego en la certeza, de que tú estabas muy lejos de mí, y que nada nos acercaría ya nunca jamás. El tiempo se convirtió poco a poco en una desgarradura que no nos llevaba lejos, sino que hacía de nosotras un par de perfectas desconocidas. ¿Por qué? Podríamos haber sido amigas, conozco casos felices que, sin embargo, tristemente, no son muy frecuentes, y siempre se habla de la complicidad de las mujeres, pero muy pronto lo vi, muy temprano lo supe, aquello era, más que nada, esa fractura, es un hecho. Cuando te agachabas, apenas comenzando a caminar, a recoger una letra de plástico, y la lanzabas lejos, yo no llegaba a sonreír del todo, o un pedazo de galleta que otra niña se habría llevado a la boca, o tu pirata de trapo, la sonrisa ya solo se me imponía, ese gesto tuyo era recurrente y mi amor, ya yo lo sabía bien, podía ser igual a eso, era la letra, la galleta, el muñeco que tú habías tirado, y existía justo para eso. Tú te hacías un ovillo en mi regazo cuando te quedabas cansada, me buscabas y yo suponía que ahí estabas tú, rendida y amable, pero eso solo era tu cansancio, eso nada más era lo que al fin somos y seremos todos por igual.

Tú eras otra cosa, otra cosa que tan pronto aprendió a hablar se quejaba sinceramente de mi olor de madre, con asco y rabia, y recuerdo que fue para mí una revelación aterradora cuando, años más tarde, te quedaste mirando a Tirso, el gato atigrado de Miriam, en el patio de su casa, aquí al lado, adonde ahora mismo oigo reír a unas desconocidas, y el gato se fue erizando y así erizado se te acercó, de

lado, sin dejar de mirarte ni un momento, ni tú a él, y alzó sus garras filudas lentamente hasta tu cara, y tú le tomaste esa mano sin premura, con autoridad, y el gato era como poseso y de pronto salió huyendo con un maullido despavorido y te dejó un profundo rayón en el antebrazo. Esa noche despertaste a los gritos, pidiendo que te matáramos, palabra por palabra, pidiéndolo una y otra vez, y al otro día te enzarzaste en esa reyerta imposible con Tirso, sin miedo, a los puños y arañazos, con odio, por la suerte de un grillo verde, grandote, que el gato llevaba en la boca y cuya cacería te ofendió, te tocó al parecer en lo más sensible. Tú quedaste hecha un nazareno, traspasada de heridas, hubo que ir a Urgencias, tuvimos que coserte, y después Tirso te huía y tú eras la que siguió comiendo polillas, moscas, grillos verdes, Isáfora, Isáfora, Dios mío, y no había cómo detenerte, no había cómo evitar esa perversión tuya, ese ataque incomprensible a ti misma o a quién sabe qué cosa que ahora veías chispear en la vida de los otros, ávidamente.

La verdad, hijita, yo no me derrumbé por nada, no, sino que quedé inerme ante ti, cuando Rafa se fue a dormir esa siesta y no despertó más.

Tan solo un año antes te habíamos llevado a bautizar, a tus siete, y en las fotos se puede apreciar perfectamente el despuntar de tu locura. Era como si te estuviéramos exorcizando, pero aun más que con ira, se ve que reaccionas con miedo. En las primeras imágenes, en el atrio, Rafa te carga, preocupado, pues tú miras todo llorando, aunque serena, todavía simplemente triste. Pero Rafa en su complicidad conmigo era indetenible, y te llevó hasta la pila bautismal sin imaginar lo que iba a pasar en seguida. Te habíamos hecho esperar hasta los siete años para el bautizo porque creíamos que el pertenecer a la Iglesia Católica era algo tan delicado que no debería de ser impuesto, que tenías que decidirlo tú, y sin embargo, para que ingresaras, ya tarde, al colegio en el que yo quería matricularte, fue imprescindible que estuvieras bautizada. Esa elección de un colegio católico y solo para señoritas fue algo que yo decidí a última hora: nunca antes pensamos en esos planes que hacen los otros padres, en el ingreso a esos fondos de ahorro para la educación que con mucho tiempo de anticipación prevén el alza de la moneda y tantas otras cosas. De hecho, Rafa pretendía que te educaras en un colegio distinto, de pedagogía Waldorf, o un colegio de música, pero, como siempre, no opuso demasiada resistencia cuando le dije que yo ya lo había pensado y te iba a matricular en un excelente colegio de monjas, uno de los mejores colegios de Medellín. Solo me hizo un par de observaciones, y me las repitió cuantas veces le pareció oportuno, acerca de mis contradicciones incomprensibles, con esa amabilidad tan firme, siempre dispuesto a reírse de sí mismo, pero seguro de su

pensamiento.

Era cierto, yo había dejado el judaísmo de mis padres y ancestros y amistades más antiguas y me había movido al catolicismo con absoluta convicción, luego de estar un día al borde de la muerte, y a costa de mi salida de la comunidad y de ser desheredada por mi difunto padre, sin pretender yo otra cosa que la gracia, el perdón y la libertad total en la vida. Creía en Jesús, el amigo del bajo mundo, y en la Virgen temeraria, creía en la redención de los que caen y en la presencia de los muertos, creía en la justicia divina, del mismo modo en que sabía y aceptaba que la Iglesia de Roma es responsable de todas nuestras muy diversas y horribles taras como sociedad; creía a mi modo, en pocas palabras, sin fanatismo, y desde luego no trataba de convencer a nadie, ni con nadie más sino con Rafa hablaba del asunto. No era ni he sido nunca practicante, desde siempre me molestó ir a misa y me molestan todavía los curas, unos hipócritas en su mayoría (algunos de mis mejores amigos fueron curas excepcionales que aprobarían mis palabras), pero pensaba, y pienso, que los sacramentos son santos, y que la piedra desechada por el hombre funda el Libro de la Vida a cada minuto. Incluso afirmaba que Dios no existe, solo Jesús, el ser humano que murió por la verdad, o no murió: que se hizo verdad en la palabra frente a la muerte inevitable. Que el Reino de los Cielos es una simple y pequeñita semilla de mostaza, que el alma es inviolable y nada sabemos, quise entender: que todo es fértil. Por eso me estremece Julián, y por eso sin decírselo le creo, y me sana, cuando jura que él sí sabe, y que la muerte no existe.

Ahora acepto que no hay modo en que nadie sensato nos comprenda o nos tolere a Julián o a mí, porque para el mundo la muerte es la muerte, pero soy sincera si te digo todo esto como si no te hubieras ido, hija querida, soy del todo sincera, hija de mi entraña, porque te hablo como si estuvieras viva y me oyeras, hija del mundo, y me angustio, me lleno de dolor ciego y adolorido porque no estás aquí, Isáfora, mi niña, no te veo, y recuerdo que todas estas contradicciones a ti te ofendían, pues te repetía yo también que la muerte es la muerte y hay que cuidarse, hay que aprender a vivir, y lo que yo llamaba más bien mis paradojas te ofuscaba hasta hacerte dejar de hablarme y, a partir de cierto día, hasta llevarte a no tocar ya nunca más ni ese tema ni ningún otro entre nosotras, evadirlos todos, proscribirlos. Es lo más normal del mundo, diría cualquiera: cuando exhibimos lo más personal de nuestras creencias, o cuando conocemos bien las del otro, todas ellas nos resultan hasta obscenas, algo más que ridículas, un poco incómodas, un poco agresivas. Pero entre tú y yo, por si fuera poco, y tuve que aceptarlo con lágrimas, luego de la última conversación al respecto –esa vez en que te conté de mi mala

caída del balcón de la casa de Rafa, por huir de mi hermano y tu abuelo, y cuando te dije del milagro de mi sanación–, esa sobremesa decidió nuestro silencio definitivo. El silencio que todavía no logro aceptar, menos aun que el de la muerte.

En cualquier caso, amor mío, yo no iba a permitir que tú fueras ningún bicho raro en el mundo, y se me hacía evidente que había que bautizarte como a todas tus compañeras de un colegio excelente y, sobre todo, caritativo. Además, la educación en un colegio privado y confesional era más adecuada para los retos que vivimos en este país atrabiliario, en donde las relaciones personales, los contactos, "la rosca", como la llaman, son lo primero, o no: lo único que importa. Al talento lo califica el jefe, le repetía yo a Rafa. Sin embargo, él insistía en que tú no debías de ser bautizada sin tu consentimiento, y por supuesto no te decíamos nada de nuestros largos debates. Al final, la cosa fue impropia, pues hubo que hacerlo de afán. Cuando te avisamos de la ceremonia, temprano esa mañana, no hiciste ningún comentario. Tú a tu padre le hacías caso. Él entonces accedió del todo, por su parte, sin importarle ya mucho porque, tal como yo, creyó en ese instante que la religión para ti sería algo en cierto sentido indiferente, igual a como lo había sido para nosotros, una cosa muy personal y, en fin, sin tanto dramatismo como el que descubrimos ese mismo día, contrariados, que tú le darías tan pronto llegamos al viejo templo de Nuestra Señora de los Dolores, a pocas cuadras de aquí, para que recibieras el primer sacramento.

Cerca de la pila bautismal tu cara es de auténtico desamparo, de extremo abandono, y Rafa está ya muy concentrado en demostrarte que todo es un juego, hasta parece que le da risa, o tal vez le diera risa de verdad, aunque probablemente fuera una risa nerviosa. No lo sé: esa risa solo asoma contenida en su cara, y yo no recuerdo mucho más de ese día. Solo la bestialidad de Isáfora Gutiérrez Spitzer a la hora de la verdad.

Ahora vibra el celular, es un mensaje de WhatsApp. Debe de ser la señora que va a venir a ver la casa, doña Lilith. No, es Julián, me dice que ya vio las imágenes de la casete dorada, que tal vez eso ayude a saber quién mató a Juan Carlos López. Este loco me pregunta cuándo podemos ver juntos el video. Le respondo con asombro e inquietud, desacomodada, que ese intrigante programa lo podríamos planear esta tarde, cuando nos veamos de nuevo en el Café Vallejo para seguir conversando de su convulso pasado, pero luego reconozco que más bien prefiero que allí solo me cuente qué fue lo que descubrió en esa su casete dorada en lugar de verlo yo con mis propios ojos. "No necesito más emociones fuertes en esta vida, Juli", le comunico, suelto un suspiro. Él me dice que él tampoco necesita ni las quiere ya a las emociones fuertes, y que nada más espera llegar vivo a nuestro

encuentro para desahogarse hoy también de lo que pasó entre Monedita y él por el video sobre El Parroquiano, y pone el emoticón de una carcajada llorona. Yo por supuesto también lo espero así, el que lleguemos vivos a esta tarde, le contesto, pero porque desde que se murió Rafa, le enfatizo, sé muy bien que uno puede caer muerto en cualquier momento, en el momento menos pensado, mi querido amigo. Se despide con un corazón violeta seguido de uno amarillo y de un tercer corazón violeta.

Isáfora, Isáfora… No quiero pensar en Julián, pero me pregunto lo que tendrá por contarme de ti… Sé que lo hará, que algo dirá, tarde o temprano. ¿Y qué tendrá por decir cuando sepa que yo fui la madre de su alumna muerta?

Recojo las piedras, una por una, recordando tus gritos cuando Rafa te acomodó llevándote en sus brazos, y eso que ya estabas grandecita, sobre la pila bautismal, bajo el rostro lúgubre del sacerdote, el propio párroco de Nuestra Señora de los Dolores. Habías proferido un insistente y lamentoso "no" durante varios minutos, habías pedido varias veces que "por favor no me hagan eso", varias veces, eras una mujercita perfectamente razonable ya, pero nos equivocamos, persistimos, como si no importaran demasiado tus sentimientos de niña, tus invencibles intuiciones… En medio del forcejeo, antes de que el cura, a la brava, te echara agua en la cabeza, Rafa se agachó un poco, con cariño, para hablarte al oído, en la foto se ve todo un segundo antes del mordisco, y tu mirada está disparada en puro y desmedido espanto. ¿Qué te dijo, qué te iba a decir? Nunca se me ocurrió preguntárselo, y tú no sabías lo que él quería, me dirías luego, cuando conversamos mucho sobre ese y otros temas, en los años posteriores en que fuimos un poco más cercanas, que ya ni siquiera recordabas bien lo que pasó. Simplemente te lanzaste contra él, enfurecida porque te había decepcionado para siempre, y estas sí son tus palabras, y casi le arrancas la oreja de un mordisco. No olvido el alarido del pobre hombre, ni cómo el cura iba diciendo: "Yo te bautizo, Isáfora Gutiérrez Spitzer", impasible y apurado, mientras corría el chorro de sangre de Rafa a tu cara, a tu ropa, "en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo", y caía una breve lluvia de agua bendita sobre tu frente.

Agito mi cabeza, negando el horror, suena el timbre, me levanto velozmente, debe de ser la compradora, ¡Dios mío…! ¿Qué es lo que siento ahora? Otro mareo, como el que me visita desde siempre cuando me muevo muy rápido, un vértigo, ya veo las cosas desde muy adentro otra vez y me ciego, debo agacharme con cuidado sin recordar siquiera cómo hacerlo, vibra su piel de adentros como si me lanzaran hacia afuera, me dejo caer, caigo, cabrillea fantaseándome, me olvido de mí, oh, qué dulce es morir, ¿dónde estoy?, sé que

siempre quise serte fiel, oh, realidad, donde desaparezco permanece todo, un grano de polvo, se apagaría durmiendo otra música, vuelvo, Señor, no he olvidado el lenguaje, lentamente, vivo, pero me miente, quise decir vida, oh, estoy en el patio, pero no olvides, vida, no me olvides, ¿qué quería decir?, está sonando el timbre, Rafa, debe de ser la compradora, tú me dijiste antes de irte a dormir esa vez, no caí, no caí mal al suelo en el vértigo, me supe reclinar, tuve prudencia, no estoy muerta, estuve alerta, Rafa, tú me dijiste, pero que suene el timbre, antes de morir me dijiste, oh, Rafa, espera, te cuento que Isáfora ha muerto, debo levantarme pero quiero respirar bien antes de hacerlo, pude salir del viaje de mis mareos, sin daño, no me palpita la cabeza fuertemente, logré solo contemplar muy divertida las cosas cimbreando, dejándome, ¿cuál fue la palabra?, vida, no, ¿qué traje del fondo del misterio?: Dumanoia, es Dumanoia, Dios es mujer, el ser es virgen, Rafa, el ser es transparente, indestructible, ¿por qué me dijiste que no vaciara el inodoro esa noche?, ¿qué fue esa premisa tan extraña?, ¿por qué te identificas solo con el afuera?, y me guiñaste el ojo… Señor, no, vida, y te fuiste a morir, Rafa, a dejarnos, oh, Dumanoia, Dios, ¿qué es esa palabra?, si somos adentro y afuera, el nombre de los padres de Isá, de las abuelas de los padres, no es otra cosa, la mano que siente y la mano que toca, veo el letrero que pintó mi hija, ¿por qué lo veo ya mismo?, puta vida, no es Gerardo Spitzer tu nombre, padre, es Dumanoia, puta madre, estoy caliente, todo esto está hecho un desastre, agitada, voy a abrir la puerta, ¿tendré fiebre?, vibra mi teléfono por otro mensaje del WhatsApp, yo no vacié el inodoro, debe de ser, sí, la compradora, no lo vacié el día en que moriste, Rafa, y no pasó nada, lo dejé sin vaciar dos días enteros, atendiendo a tu pedido, pero hice mis necesidades físicas puntualmente y a la mañana del tercero, sin remordimientos, llorando, cuando vacié me senté a pensar, liberada, como hoy, sí, liberada, pero asustada como nunca antes, qué somos, si allí había una ratica muerta, una rata, un bebé de rata acunada en los excrementos…

Supe leer ese maligno mensaje, tal vez no como lo hubiera querido mi propio marido.

Ahora estábamos solas, Isá, estábamos del todo y para siempre solas tú y yo.

No libres: solas. Me pongo en pie, me recompongo, sin prisa.

Solas desde siempre como estoy yo ahora, más sola que nadie ni nada en el mundo, como el verdadero pueblo de Dios, como la simiente.

Seguramente tengo algunas hojas secas en el pelo, pero ya qué.

Abro la puerta, doña Lilith, buenos días, bienvenida, disculpe mi tardanza, es ella, vino sola, hay un carro rojo parqueado al frente, debe de ser el de ella, un Picanto, no se preocupe, me tranquiliza,

tiene muchos años, está muy arrugada, pero sonríe y pese a ser un poco espaldona, como lo eras tú, Isáfora, se mantiene erecta, lleva el celular en su mano izquierda, con sus llaves, viste una blusa suelta de nailon, de motivos floridos negros y verdes, pantalón de licra gris, lleva una diadema blanca, de flores, el cabello, muy canoso, le llegaría al cuello y se lo echa hacia atrás con esa diadema blanca, de pequeñas flores bordadas con primor, coloridas, diadema un poco vieja, deshilachada en pelos finísimos, minúsculos, ensortijados, lleva gafas de montura gruesa, amarillas, un bolso grande de cuero negro, zapatos de baleta azules con pepas blancas y un moñito de cuero, y también me mira de arriba abajo. Siga adentro, la invito a pasar, lo que más me llama la atención es la gruesa manilla multicolor de pepitas ensortijadas en figuras geométricas que lleva en la muñeca izquierda, como un código, y sus aretes pequeños de metal en espiral con centro de cabeza de serpiente moteada y cuatro paticas, ¿es una salamandra? Sonríe, le explico que me demoré en abrirle la puerta porque estaba tratando de arreglar un pequeño caos que hay en el patio, es que mi hija se murió, no le puedo creer, no me diga eso, replica, y yo debo tragar saliva, Isáfora, amor mío, ¿por qué te quería tanto?, y me quiero abrazar a esta señora a llorar a mares, a gritar, pero ella me toma del brazo y simplemente me anima, mujer, tenga fuerza, yo todavía no sé lo que es perder a una hija y ojalá no lo sepa nunca, pero sí sé lo que es quererla, y es como si doña Lilith me viera vacilar, yo tomo aire entrecortadamente, se murió hace cuatro días y entonces estoy arreglando todo, eh, usted se puede imaginar, claro, comprende ella, claro que sí, no se preocupe, siéntase tranquila conmigo, yo río, nerviosa, y la otra se da confianzas, yo soy de trapear y planchar, como decimos en Antioquia, me interpela, ¿y el resto de su familia?, yo suspiro, tomo alientos, no sé de dónde, pero creo que esta mujer, con su franqueza, me los da un poco, todos mis familiares están muertos, le cuento, la considero, me consuela sin pensarlo mucho, llámeme cuando quiera, vea le digo, yo tengo una hija que está entregada a la pena porque la acaba de dejar el marido, se dejaron en buenos términos, pero eso como que es peor, yo ni sé, yo solo le insisto a ella, mija, despreocúpese, que la vida empieza todos los días y usted lo sabe muy bien porque usted es mujer, y si las cosas afuera son como son, ahora doña Lilith se detiene, hemos avanzado en el vestíbulo, me mira con fijeza, un rayo de sol entra desde el patio, no sé desde qué brillo, y le ilumina la frente, aquí, dice, y se pone la mano en el corazón, nada ha pasado todavía, yo respiro un aire nuevo, pero ahora me huele a cigarrillo, madre mía, oh, ¿disculpe, usted fuma, doña Lilith?, busco confirmarlo de inmediato, no, responde, ¿querés decir cigarrillo?, busca esclarecer, no, confirma, yo dejé la nicotina hace veintisiete años, seis meses y nueve días, ¿y a usted no

le huele a cigarrillo?, le pregunto, ella olisquea, no, repite, ¿vos fumas?, me inquiere, no, le contesto, pero me huele a cigarrillo, y le aclaro: mi hija sí fumaba, fumaba mucho en el patio, en ese patio que usted ve ahí, al otro lado de la sala, está muy bonito, comenta ella, es una distribución muy propia de los años setenta, yo la conozco, aunque Isáfora, yo ahora no le presto atención a doña Lilith, no oigo siquiera lo que dice, ¿estuviste aquí, hija?, veo con gran sorpresa muy bien arrumadas en un montoncito el resto de piedras que hace un momento me faltaron por recoger, después del rito, ahora –no sé por qué ni cómo pudieron hacerlo– están encima de los restos del diario, y la vela blanca arde, consumida del todo, en una llama increíblemente chica sobre el reguero de esperma, no puede ser, ¿has vuelto, Isá?

¿Por dónde quiere empezar a ver la casa, doña Lilith, por el primero o el segundo piso?, ¡ve, decime Lilith!, se atreve ella, entusiasta, mientras se acerca al gran vidrio que separa la sala del patio y mira afuera, mueve la puerta corrediza, un poco atascada, yo puedo, dice antes de que me ofrezca a ayudarle, la levanta un poco, como si conociera un secreto, con fuerza, la descorre fluidamente y sale al patio, unas ligeras cenizas sobrevuelan en la mañana, doña Lilith no hace ningún comentario, yo me llamo Lilith porque me quise cambiar el nombre cuando mi esposo se murió, yo no sé de dónde me ha venido enviada esta mujer, ¿y cómo se llamaba antes?, averiguo, curiosa, no me preguntés eso, yo lo olvidé, dejémoslo en el pasado, y se ríe, dejémoslo en el Paradiso, ja, ja, ja, si yo te contara, ve, pero esto está muy bonito, hasta se puede hacer una huerta y yo podría hacer aquí mis reuniones con el grupo de pitonisas, habla como sola, tenés una penca, caminando alrededor del mango, dejame descalzar, me pide, pero ya se quitó los zapatos y los lleva, junto con las llaves del carro y el teléfono celular, en la mano izquierda, colgados de dos dedos, me mira de reojo, ¿no te interesa venir al grupo?, ¿de verdad a usted no le huele a cigarrillo?, le reitero con angustia, un poquito, dice la otra, ¿no será un humo de afuera?, duda ella, no sé, cavilo, mi hija fumaba, le relato, pero no sé si los vecinos lo hagan, estos días sin Isá no me había olido nunca a cigarrillo y ahora está muy penetrante el olor, sí se siente, dice doña Lilith, dándome la espalda, mirando al cielo, extendiendo los brazos, se siente, se siente, caminando sobre la tierra húmeda, bueno, concluye, mostrame la cocina, se calza en dos breves movimientos, sin dejar de andar, avanza por sí sola, sin limpiarse bien los pies, se entra por acá, ¿no es cierto?, sí, respondo mecánicamente, Isáfora, miro hacia atrás, hacia el patio, está tan nítida de pronto la vegetación, está haciendo sol como por milagro y este calor le insufla valor a mis huesos, quiero sonreír, amor mío, le hiciste reformas, adivina doña Lilith, sí, pero dejé la cocina como era, solo le cambié las parrillas y los anaqueles, y ya lo que son el piso, la

grifería, los acabados, son lo mismo, tenés buena luz, indica, señalando al techo, mueve los interruptores, buen espacio, evalúa, y da media vuelta, alza las manos frente a mí, venga, levante las manos, me incita, yo lo hago, me toma de las muñecas y une las palmas de mis manos, sin soltarme. Cierra los ojos.

¿Sí sentís? ¿Sí sentís tu energía pasando? Respirá. La cocina es el lugar de la casa donde uno tiene que ir a pensar. Tranquila. Vení sentémonos.

Y se sienta en el poyo, se ha soportado con las manos en el poyo y se ha subido a él con increíble destreza. Yo no entiendo cómo lo ha hecho. Yo ya no soy capaz de hacer eso, le confieso. Entonces sentate en el suelo, me invita. ¿No podés tampoco? Qué fuerza tan especial la de esta mujer, pienso. No, de verdad, yo no puedo, le dejo en claro, estoy de falda, de luto. Está bien, dejame mirar aquí un momento el patio y la cocina, responde ella. Reposa un instante, al rato cierra otra vez los ojos. Yo debo de resistir. De golpe se viene a mi mente todo el caudal de tus recuerdos. Compungida, me tapo la cara con las manos. Respiro profundo. Calma, Alzbieta. Trata de mantenerte sobria. Huele a chocolate, pronuncia de pronto. Ya ha dejado de oler a cigarrillo, pero a mí no me huele a chocolate. Ese es tu olor, ese es el olor de esta casa, susurra doña Lilith, como para sí misma, y se baja del poyo. ¿En cuánto la estás dejando? Eso más bien hablémoslo con Libia, le respondo, yo prefiero que la agencia trate todos esos temas. Listo, lo acepta ella, yo le pediré la información. Ella me dijo que la llamara si me gustaba la casa, y me gusta. Me gusta mucho. Tiene raudales de energía bonita. Vamos para arriba, ordena.

¿Usted ha vivido por este sector?, le pregunto. Muchos años, dice, yo nací en este barrio, mis abuelos fueron fundadores, cuando se daba misa y se hacían los matrimonios y bautizos en el Jordán. Subimos las escaleras. Eso fue hace mucho tiempo, le digo. Imaginate, hace cien años, responde. Ya después nos fuimos para Simón Bolívar y después para Envigado, en los tiempos de Pablo, pero todo eso es muy aburridor ya, no hay sino edificios y carros. No hay nada igual a vivir en una buena casa, y este sector es sabroso, puede sí estar congestionado, pero por aquí todavía es apartado de tanta confusión. Aunque ya están abriendo nuevas vías, comento, sí, pero a esta cuadra tan arrinconadita no van a llegar en un buen tiempo, argumenta. El riesgo son las construcciones, concede. ¿No te han ofrecido mucha plata por esta casa?, quiere saber. Yo me lo preguntaba antes de venir, apunta. Yo no le contesto. Estoy pensando en ti. Esta es tu pieza, Isáfora, y ella la recorre, le da vueltas como un sabueso guardián, y es como si doña Lilith pudiera prescindir de mí. Hay un dañito en este clóset, pero bueno, eso es bobada, observa. Es el patadón que le diste un día a la puerta del armario. Yo no he querido borrar y pelar la loba

aullando a la luz de la luna que dibujaste o casi grabaste en un cajón con un bolígrafo negro. Luego doña Lilith se dirige al estudio de Rafa. Se respira un aire de bondad en esta habitación, señala al entrar, se respira bondad en toda la casa, pero aquí especialmente. Aquí fue donde murió mi esposo, le comunico, sin querer, sin pestañear. Ella asiente. Es la muerte buena, claro, dice. Con razón, no hay nada igual, concluye. ¿Lo querías mucho?, me pregunta. Yo no quiero hablar, guardo silencio. Me siento muy frágil, me siento en una situación irreal. Debió de ser un santo, asegura doña Lilith. La señora es imponente sin brusquedad y me desubica, cambia mi velocidad, distorsiona mi mente. No me molesta, incluso me reconforta su sacudón, pero debo retraerme, debo soportar el embate de este temporal de la vida activa, debo seguir siendo yo misma y no perderme en su impetuosa y arrolladora bondad. Ella sonríe, sigue caminando a su gusto y discreción, entra en la alcoba. Me gusta mucho tu casa, profiere sin cambiar mucho la voz. Hay dos azulejos cantando en el murito de la ventana. Doña Lilith se queda viéndolos.

Lilith es una mujer que se alzó para defender su vida, asevera, su dignidad como individuo. Yo conozco la historia, le respondo. Es tu historia, me quiere informar. Es la historia de esta humanidad, me lo precisa la anciana firme. Vos tenés muchas cosas qué encontrar en vos misma antes de darte cuenta de que no te las va a poder arrebatar nadie, dictamina en voz neutra, sin mirarme. Todo lo que Dios nos quita nos lo devuelve, le replico. Solo es otro nombre de Dumanoia, sentencio, con repentina claridad. Las dos miramos por la ventana sin cortinas, sin acercarnos a los azulejos, que cantan dulcemente. Dumanoia, repite Lilith. Nos sonreímos. ¿Y quién es esa?, me pregunta. La madre de Lilith, le cuento. Pero Lilith decidió ser madre de sí misma, y de nadie más, objeta la anciana. O sea que Lilith cambió de nombre, aventuro, juguetona, sorprendida de mí misma. Bueno, bueno, murmura la señora, agachando la cabeza. Alzbieta es un nombre ucraniano, apunta, como si cambiara de tema. Polaco, digo yo, pero yo no sé qué significa Alzbieta, reconozco. Todas las mujeres deberían cambiarse el nombre, sostiene doña Lilith. ¿Cuál era el primer nombre de Lilith?, la reto. Ese nombre no importa, aduce ella. Lilith no podría haber sido ella misma antes de dar con su verdadero nombre, explica. Dumanoia, la entero. ¿Y tú también eras Dumanoia?, me confronta, mirándome con renovado interés. Un viento fuerte, inverosímil, entra a la habitación y hace temblar la ventana cerrada, los dos pájaros salen volando.

Desde aquí logran oírse las estruendosas carcajadas de las vecinas.

Todo se apacigua. Dejamos pasar unos segundos.

Lo que importa es saber respirar, dice doña Lilith suavemente ahora, y me toma de la mano. Ambas miramos la ventana, donde se

han posado de nuevo los azulejos a cantar y nada más, como si cada una esperara algo de la luz que entra gloriosa desde el guayacán que se alcanza a ver a lo lejos. Un guayacán rosado del que parecen llover flores. Cierro los ojos. Hay momentos que parecen sobrenaturales, pero no están lejos de la experiencia más común. No es la primera vez en mi vida que topo con personas como doña Lilith. Su mano es una mano nudosa, pero llenecita de carne, tibia, suave. Así que Dumanoia es esa que decide llamarse de otro modo, silabea ella lentamente, en voz baja. Me abandono a su voz. Me recuerda a una abuela que yo nunca hubiera tenido toda la vida acompañándome, flotando sobre el cielo de mis mil días y un día, cada tarde, toda la noche, siempre ahí. La verdad es que las palabras no solo son palabras, entona ella en una melodía pausada y encantadora. Dumanoia duerme, Dumanoia se levanta. Dumanoia deja hacer, deja ser a su propia nada, pero piensa y pregona: no soy la que dice nadie, ni soy siquiera la que fui. No soy la que se queda en un rincón o una esquina, ni la que busca venturas imposibles en cielo, mar y tierra, tampoco la que las vive y recuerda y las vuelve a contar o las calla, ni la que perdura en un dibujo de luz contrastada bajo la lluvia eterna. Soy la sangre infinita que me visita, que me recorre, y me recuesto al pie del trono, vencida por tanta fama, aburrida de tanto lío. No me ofusco, me devuelvo y no miro atrás. Asimilo el latigazo, sé ver en mi cicatriz un bálsamo, avanzar, sé perdurar en la memoria, sé desdoblarme, y también aprendí a negarme. Todo esto lo dice en un cántico doña Lilith y yo no puedo más, algo cede. Me siento en el suelo, fatigada, quejándome.

Ella se sienta a mi lado.

No me imaginé lo que iba a encontrar aquí, se sincera al fin Lilith conmigo, y continúa: yo no sabía tampoco que nuestro nombre es el de las que decidimos. Siempre supe, decimos de pronto ella y yo al mismo tiempo, y no callamos, que todo esconde una naturaleza femenina, también la pujanza, también las riendas, la fuerza que se proyecta, la forma que todo lo invade, que contamina, que pergeña. Hay silencios en nuestro canto, nos oímos vocalizar, y alguna entona palabras que comentan a la otra, y hay respuesta en el mensaje, en el ritmo y en el tono, tú podrías oponerte a la visión de una hija perdida, yo te encuentro en esa imagen, tú Alzbieta, yo quien se opuso al mundo casado, al mundo parcelado, a nuestro hijo como padre, a nuestro amante como hijo, si amor era paridad, paridad, paridad, si guiar era fruición, fruición, fruición, déjate volar sin perder pie, pierde pie sin dejar el control, no controles ya, no eres el solaz del guerrero, ves qué bien se está aquí, siempre, alejándose una, ida ya, que el guerrero se consienta solo, porque donde no hay promesa posible, guerrera, solo el hallazgo será real, y si la palabra recupera la voz perdida, la mirada ausente, encuéntrate en soledad, encuéntrate en la

soledad, alma común, del refugio de tu vientre, en la soledad encuéntrate del refugio de tu predio último e incomunicable, si el silencio amansa la vida, si la vida compañera es poder decir no, poder decir no, decir no, no.

Estoy más calmada, veo mi rostro entre las manos de Lilith, me toco la frente, reclino mi cabeza en el pecho de Lilith y me acojo a esos mis brazos. Somos una sola. Mi hija no entiende, rompe el silencio mi amiga, cómo se puede vivir sin una pareja afectiva, sin un hombre, según ella, y se quiere morir. Toda la vida fue una genio, una publicista brillante que no ejerció porque no quiso, pues renunció incluso a la academia por cuestiones de dignidad, en sus palabras, aunque eran de orgullo, y eso estaba bien porque la chantajeaba un acosador de prestigio enorme, pero se extravió en la idea de que puede existir una felicidad no alcanzada, solo porque no pudo tener hijos, y no entendió que la única felicidad es la carencia de que gozamos, el poderse reclinar porque anduvimos una cuesta, sin ya poder avanzar más, obligadas al descenso, llegadas al reposo. Y en un apartamento que nunca sintió como suyo, porque su compañero se lo dejó olímpicamente, como quien echa un hueso a un perro, claro que eso lo digo yo, ella divaga hoy como un fantasma de su perdido mundo, de aquel tiempo cuando la juventud no se le había escapado aún y ella llenaba las tardes de conversaciones y tareas entusiastas con altas funcionarias amigas del sector cultural en la ciudad que la empleaban con alegre complicidad de brujas, pero en regalo fugaz, y rebajado. Y sin su amor idealizado ya la piscina es un ansia triste, ahora el perrito que saca a pasear es un pañuelo y nada más, porque Beatriz se sabe otra cosa y no entiende qué es, porque nada la llena y todo está comenzando a hastiarla. Yo quiero abrirle esta casa, vender la mía, recibirla a Beatriz en esta casa y que vivamos juntas, a ver qué dice, a ver qué hace. No es ninguna tonta, y no le gusta disimular las canas que ya la apenan.

Yo me sonrío.

Podemos negociar, le digo. Sería bello que así como mi madre me restituyó la herencia que mi padre me quiso quitar, y como me dejó ella al morir todo lo que él le había dejado nada más que a su viuda, sería bello, digo, que esta casa pase a una madre y una hija que siempre puedan amarse, que siempre puedan compartirse.

No digo más, pero siento un alivio inmensurable, y sin embargo, todavía, una afilada expectativa, una ansiedad arraigada, sin motivo.

Miro al suelo, alzo la mirada. Qué momento.

La luz ha cambiado. Afuera el sol castiga pero no entra a la habitación, que está un poco a oscuras. No nos decimos nada. Es como si solo oyéramos nuestra respiración, como si solo nos comunicáramos con nuestra respiración fuerte, pero armoniosa. Yo me tengo que ir ya,

dice Lilith, y se levanta fácilmente, pese a que bufa y se queja. Me ofrece la mano y echándose hacia atrás me ayuda a levantar a mí, que debo de tener, mínimo, veinte años menos. Desandamos la casa. Muy bien, se despide ella en la puerta. Nos abrazamos cálidamente. Me toma el rostro con las manos. Fuerza, dice. Yo cierro los ojos. Ella me besa en la mejilla. Estaremos hablando.

Ah, parece recordar a última hora, a los pocos pasos. Si puedes colaborarnos en una colecta que estamos haciendo para las madres del Bajo Cauca, llámame. Esa gente está sufriendo horriblemente por lo del embalse mal hecho de Hidroakabí, ¿sí supiste? Los han mandado a evacuar, a irse de sus hogares, a abandonar su tierra. La catástrofe no se dice por los noticieros, pero la situación es alarmante y en el grupo estamos recogiendo ropa y alimentos y enseres para ayudarles.

Yo le digo que la llamaré, sin duda. Hay ropa de Isáfora que por supuesto le va a servir a la gente. Esto me llena de una alegría exaltada, rebosante. Cierro la puerta. El corazón me bate a toda prisa. Trato de serenarme, dejo que pase un momento, no entiendo por qué esta emoción, por qué tanta emoción, ni alcanzo a definirla. De pronto lo entiendo. Me llevo la mano al pecho, como hizo Lilith al aconsejarme. Cierro los ojos, sigo el ritmo de mis latidos con los dedos, un golpe más fuerte, el otro más suave, como si fuera un tambor o mi niña con que juego; me acaricio el pecho y acaricio con la otra mano la puerta a mis espaldas, la vieja puerta, muy vieja, de madera de nogal. Atiendo a mis sentidos en un mundo que se anima a mi contacto. Hola, Isá. Sé que estás aquí, preciosa. Adelanto el mentón y camino decidida, la frente en alto, llena de un amor parado sobre sus propios talones, hacia el patio. Aquí está el túmulo de piedras que tú has organizado sobre lo que antes fue tu diario. Las recojo cantando en voz baja una de tus canciones favoritas, “Lucy in the Sky With Diamonds”, con la conciencia recta, diáfana, de hacer parte de un milagro, de la magia de lo impredecible, lo inexorable y lo inmodificable. No me asombra para nada el darme cuenta de a poco que debajo de las piedras, sucio de sus propias, viejas cenizas, me aguarda el diario completo, intocado, y lo tomo entre mis manos, excitada, lo abro. Sus páginas están blancas, lisas, no tienen los renglones de otrora tan siquiera, esa cuadrícula minuciosa, y el cuero es negro brillante, afelpado, casi grasoso, como si fuera la misma agenda recién comprada, pero esta sin el sello repujado del colegio donde Isáfora terminó el bachillerato, que llevaba la agenda que quemé, sino con un viejo símbolo hebreo, grande, en la tapa, el símbolo cabalístico del Ain Sof.

Mis ojos se encharcan.

El Ain Sof, la nada primordial.

Este es un diario nuevo, en realidad, o más bien, una vida posible,

que tú me regalas.

Un diario que regalaré también a una de las niñas del Bajo Cauca, hasta donde llegue. Que guarde números y rayones de vida desbordada, de negación al imperio del mundo. Rayones que induzcan a un otro rumbo, que nos llamen de un lugar a otro. Que digan el nombre de alguien a quien uno recuerda y queremos volver a ver. Alguien a quien uno en verdad desconoce y anhela. Rayones y cifras que sean el propio fuego que se nutre sin destruir y no estén destinados al limo oscuro de la muerte, que sean el fuego protector del tiempo indómito, una salvedad consumada sin que importe ni ella misma, sino el ruido abierto a todo que provocan los afanes que demanda, su sendero abierto a todo sin fin, para huir y encontrarnos o no, para luchar y resistir si no, para evocar, celebrar y pensar lamentos, refrendar plegarias una o no en su carne abierta a todo, en esta vida que cunde y que termina o no. De pronto, me encamino a paso prieto hacia la cocina, más feliz que la lombriz, me siento de un salto loco en el poyo, saco un bolígrafo del bolso que tengo ahí mismo puesto al lado, esfero le decíamos en Bogotá, cuando éramos Ruth y yo unas niñas, un kilométrico mordido, viejo, sucio, y empiezo a escribir yo misma en el nuevo diario en blanco, la tinta es verde.

Escribo de los enchufes rotos que no miró la compradora, del muy sutil olor a chocolate impregnado al hogar que ella me ha enseñado a esperar o invocar y percibir, escribo de los gritos imprescindibles de las vecinas, todo lo que me acompaña despierto y vivaz en este adiós, y del dolor que ríe yéndose, que me atrapa de nuevo en la esperanza, que surge con mi propio, bendecido rostro. Escribo, sin percatarme, largo, largo rato, olvidándome del hambre que me acosa, y cuento de principio a fin todo lo que ha pasado hoy, deteniéndome en minucias, en el tono grave y festivo de Lilith, en la entrada desconcertante del guayacán rosado, en mi súbito pero inevitable recuerdo de Lorenzo, mi jefe exiliado, mi amante suicida, y describo mis desmayos y alumbramientos, mi sorpresa, el absurdo prodigioso de esta inmensa mañana. Hago una pausa, salgo al patio, disperso las piedras lentamente, una por una, a lo largo y ancho del viejo patio al que tal vez ya no volveremos nunca más, Isáfora, y conservo la piedra azul hasta el final, la piedra plana, ovalada, de pepas blancas y un asterisco o esfínter amarillo en el centro de cada cara, pintados por ti no hace mucho, cuando aún eras una cría, amada Isáfora. La dejo en el bolsillo de mi saco de lana negra, que ya me quito, fatigada. Estoy sudando. Se me pasó la hora de almorzar y ahora hay que salir de inmediato para no llegar tarde a mi esperada cita con Julián. El hambre también es algo que queda, un vacío que permanece, que se recuerda, que llena. Comeré algo hoy con él, si llegamos a ese entonces, en el Café Vallejo. Me siento envuelta en el delirio, dueña de una visión,

consciente de un deber. Le diré que escribamos juntos esta novela.

¿Pero quién corre ahora arriba con paso de zebra, como si fuera ayer, de zebrita?

Capítulo 7

Yo voy a caer parado

–Veloz, con pausas–

Te toco con la punta de mi seno
y con mi soledad desamparada;
y acaso sin estar enamorada;
me desordeno, amor, me desordeno.

Carilda Oliver Labra

Isáfora

Febrero 24, 2015. Viernes. 20 h 23 min.

Cuando habla en clase, Marduk me habla al oído, sin mirarme, y me habla al oído luego, solo a mí, todo el día, bien lejos que estamos, se queda hablándome hasta la noche, ¿ya para siempre?, y me dice cosas que ni se imagina, como un remolino, palabras de remolino que en la noche son la confusión y la dicha por donde todo se junta y se nos pierde. Dice enigmas, dice paradojas sabias desde otro lugar que parece más calmo, ¡un lugar que parece tan seguro, que parece hecho solo para placer! Me ofrece respuestas que parecían perdidas, desde siempre lo ha hecho y toda esta semana ha seguido haciéndolo, después de nuestra evidente locura del domingo.

Esa idea de que en la imagen todo queda vinculado cuando la cámara se abre ante la luz, esa pregunta sin fin por el destino tuyo en la imagen que otro filmó, o en el universo que otro provocó aquí mismo, por tu presencia en esos recodos del mundo o destilados a donde esa misma imagen podría llevarte, a donde estás y ella no accede pero que podrían resonar allí, en la cinta, si uno solo –o alguien– afinara el oído.

Así que miro a todas partes y me siento como una cámara que alguien hubiera abierto ante el tiempo, desarmada, papel en blanco, generosa, o como una historia que se cuenta, pero en clase no digo

nada, qué voy a decir. Es una barbaridad que yo ya había pensado, eso de que la cámara y todo sea sexual, es lo que diría, la pantalla, una realidad que se mira por naturaleza a sí misma con deseo, y te abraza, te preña ya, te crea ya en ti. Eso fue solo en la segunda clase. Es que el cine, comenté yo a los días (o al menos el documental), viene a ser… no tanto una confirmación de que la luz habla más para el todo y no solo para nosotros –yo pensé bien antes lo que dije–, sino que además el cine es una confirmación de que el tiempo está unido a la luz, pero puede desprenderse o ser otro, dar otra luz a la luz.

Sí, completa Marduk, la luz es rebelde, o mejor dicho, ejem, toda película que uno ve podría ser distinta, pero el hecho es que no lo es, solo avanza… y hay un silencio.

Pero a ver, muchachos, llama al orden el profe, toda esa procreación del tiempo ya el cine de animación nos la habría enseñado a la inversa desde mucho antes, si hubiéramos visto mover los dibujos de Leonardo da Vinci, sus estudios del agua o el corazón, sus diseños de máquinas, o el bosquejo de Leda y el cisne, si él o Kircherio se hubieran aplicado a desarrollar un mecanismo que permitiera el paso sucesivo de las imágenes a esa velocidad que genera en ellas la ilusión del movimiento. Ante esa posibilidad inusitada de que la esencia creativa del simple artilugio mecánico del cine sea más elemental y autónoma en los dibujos animados que en las primeras filmaciones documentales de Edison, Skladanowski o los Lumière, podría uno preguntarse por la identidad de los dibujos e incluso de todo cuerpo movido por su simple peso, esa ánfora que la mujer desnuda nunca vacía en unas fotos de Muybridge, que siempre es la misma ánfora, o el pato silvestre que aún vuela gracias al fusil de Marey, y no es el pato, como si fueran más bien en su inercia o pura apariencia algo semejante al latir de la conciencia en el sujeto que solo puede tantear o dejarse actuar frente a la mirada del otro, nosotros acá, o frente a la mirada de su propia imaginación, digamos en el sueño… ¿Qué piensan ustedes, qué dicen al respecto?

Y este es Marduk, el hombre que me roba en su esplendor, con la más salvaje de todas las ideas que yo haya oído en la vida. Como nadie habla (alguien dijo nada), él concluye:

“Uno podría afirmar, entonces, que el secreto del lenguaje audiovisual es este, y no solo en la ficción. El montaje es un salto adelante en el tiempo, pero en un todo simultáneo”.

“Así que, en un registro documental objetivo, bastaría con dejar la cámara quieta el tiempo necesario para que grabe todos los planos posibles en su debido orden, el orden real”.

“En cambio, todo corte o movimiento es el sueño de Dios, como sea. Capta lo que no ves”.

Marduk es un compañero, pero no es un compañero cualquiera. Es

qué letra, el mejor de los maestros. Entonces lo llamé el domingo, hoy hace cinco días largos con sus noches.

Quería invitarlo al reino del entrecuadro, pero se me olvidó decirte, de la interfase, me distraje. Será que eso es, precisamente, mi reino, porque pasó de todo, tal vez, y no pasó.

No pasó de todo, je, je, ni va a pasar nunca más, creo. Pongo toda mi fe en ello, y mi duda.

Ya el viernes, justo hace una semana, le había pedido el WhatsApp de frente, sin pena, para que todos los que oyeran supieran de mi interés y él supiera que a mí no me importaba lo que dijeran, y él contestó todo amable y me dijo que estaba en el Parque del Polvo tomándose unas cervezas. Qué rico, le jugué yo, ¿y está solo? Sí, ¿por qué no te vienes un rato?, me propuso él, que me dobla la edad, y yo casi me desmayo por esa iniciativa suya tan frentera, que para los dos era ya algo así como trato hecho. Porque ante mi matadita de ojo en clase había soltado comentarios que yo sabía intencionados, y hasta me asusté. Pensé, me dije: no tan rápido, cuando él en realidad no había dicho nada, todo correcto, solo había bromeado al final, para todos, que él a veces se demora en contestar porque uno bien cogido se olvida hasta de su WhatsApp, me sonríe y yo que me achanto toda, qué bien.

Lo añadí al WhatsApp ese día y lo saludé y él me preguntó que si yo era la misma chica de los ojos fijos de la foto del perfil, velada con una burka negra y diadema de orejitas rosadas de liebre, yo le dije que por supuesto. Entonces quiso resolver si yo era la robot que lo había saludado el otro día por Facebook, y le puse: ¿usted qué cree? Para eso están esas fotos ahí, para sorprenderlo, le escribí. Pues en la vida real no pareces un robot, contestó él, sino una mujer hecha y derecha, así, sin indecencias, pero yo que me derrito. O sea que no fui ninguna lanzada inoportuna cuando lo llamé el domingo. Le pedí que me esperara media hora y me iba a arreglar tan provocativa como fuera apenas necesario, pero pensé que lo mejor era ponerle solo algún toque de exceso, y eso era para el que sepa mirar mi arete pequeño del follador susurrante. Y bueno, me vestí con el solo suéter rojo que baja hasta los muslos estampado con el gato Fritz tirando en francés con su nena y mis chorcitos de yin. Somos activistas, tú oye. Los tenis naranja de suela dorada alta y ya, papi, vámonos.

Llegué y nos sentamos a conversar, me invitó a una pola y yo me puse a fumar, me contó que él había dejado el cigarro hacía como siete años y… voilà, me tocó la oreja del aretico. Le pareció curioso y no se percataba, al parecer, de lo que representa, solo me comentó que el muñequito parecía cantándome algo al oído, agarradito a la oreja, y después, como si apenas se diera cuenta, que lo que tenía el hombrecito era tremendo culo. Yo me lo quité y se lo fui a poner en la

oreja, sí, le respondí, es que te está diciéndote cositas mientras le da a una. Ahí ya lo vi timbrado.

Me di cuenta en un instante de que con mi llamada casi que lo había cogido fuera de base. Seguía sonriendo, pero no se le ocurrió decir otra cosa sino: no te voy a preguntar quién te lo regaló. Lo compré yo misma, lo enteré. Entonces me soltó una mirada de arriba abajo que casi me hace perder el control. Esa mirada no sé si fue pensada o no, si él la pudo haber evitado, pero en el instante fue del todo voluntaria, disfrutada la maldita, y no muy demorada. Sé que pensó cien mil cosas en medio segundo. Me comió con los ojos. Era como que él pasara de la expresión de su deseo, expresión no sé si inconsciente pero tan provocadora como no se la he visto nunca a nadie, justo por lo natural, como si pasara de ahí a una confusión patente.

Salía con bobadas: que le daban ganas de fumarse cada cigarrillo que yo me fumaba, que si todos esos tatuajes significaban algo, que si le dolía mucho a uno el hacérselos. El de la cadera dolió hasta la chimba, lo enteré. Dejame verlo, respondió él, más animado. Yo me giré y levanté un poco el suéter. ¿Ahí sí ves algo?, lo reté. Él siguió la línea de mi Birlonga con los dedos, el cetro florido que lleva en su boca, que sostiene con sus colmillos de sable, yo solo sentía su caricia por el borde de mis nalgas, y entonces se acercó, estiró la tanguita que asomaba por el chor, la soltó para que me pegara y me dijo en voz baja: ¿y puedo verlo completo? Yo lo miré de frente. Me lo tragué, me lo chupé con ganas.

¿A usted no le da miedo que nos vea su esposa, o una amiga de su esposa?, paré, le pregunté, porque él no solo es mayorcito sino que además está casado. ¿Vos qué creés?, me desafió. Que no, le contesté, ¡usted se ve que es un peligro…! Sí, me da miedo, confesó, pero no puedo hacer nada. Y otro beso, jaladito. Y mientras tanto me volvió a coger de la tanguita, y era jalándola suavecito desde atrás, de arriba a abajo, masturbándome delante de todo el puto mundo en el parque. Yo le mostré mi placer pero le evité la cara. Dije su nombre en voz baja, para que viera lo caliente que yo estaba.

Me preguntó si se compraba un condón y le dije dale, sí. Estaba comenzando a anochecer.

Verónica

El taxista vocifera el nombre de una vecina. No es este el taxi nuestro, aunque Julián abre los ojos como un par de faroles: ¿qué le dirá ese nombre? Yo reparo en su aspecto y con el mismo celular suyo

le tomo una foto para que vea su propio estado. La cámara dispara con flash: él echa la cabeza atrás, igual que si se la hubieran empujado, y la deja recostada sobre el respaldar del sofá, como si se quedara sin sentido. Le pongo el celular al frente, le muestro la foto: mire, mire el estado en el que usted se encuentra, para que se ría más. Abre los ojos, se recompone y la mira en detalle. En la imagen está sonriendo, mueco, con la frente hinchada y sangrando y el labio partido. Está brutal, publiquémosla ya mismo en Facebook, dice; yo no lo puedo creer. Me muerdo los labios, temblando de la rabia y el dolor, lloro a chorros otra vez. Abajo suena una bocina: este tal vez sí sea el taxi nuestro. Gritan el número de nuestro apartamento: 503. No lo puedo creer, lo reto. No puedo creer tanta demencia, Julián. Sin embargo, reparo en que, sencillamente, él está fuera de sí, y le digo venga vámonos, ya llegó el taxi, y es como si él despabilara, sobresaltado, se pone en pie, revisa sus bolsillos de nuevo, ¿llevo llaves, plata?, se asegura. Suena el otro teléfono, es desde la portería, pero no voy a contestar. Te acabo de preguntar lo mismo, le recuerdo, como por rutina, y sí, estás como llegaste de la calle, lo tomo de la mano, lo guío fuera del apartamento. ¡Con cuidado!, le advierto, ahora que bajamos por las escaleras, no te me vas a matar del todo. Tranquila, tranquila, tú y yo nos mataremos juntos, alardea, se ríe solo. Yo ya estoy bien, cree poder calmarme, estoy bien, mi amor, y se detiene, mi amor, repite, me intenta atraer para darme un abrazo, yo ni me resisto ni cedo, vamos, le insisto, el taxi está esperando, lo importante, habla con más claridad ahora, lo único importante es que tú y yo estemos juntos, como esa vez en la selva, como aquel día en La Habana, a mí no me van a perdonar nunca lo que hice, siempre me van a estar acechando. ¿Entonces la profesora que me llamó es otra espía?, lo enfrento, porque no le creo nada, y con un movimiento impulsivo lo motivo a apurarse para irnos a la clínica, aunque sin prisa. El taxista que me trajo sí es otro espía, balbucea él, en otra salida típica suya, mientras nos subimos al taxi. ¿Fue él el que te hizo esos rayones y ese chupón en el cuello?, le repongo, y al nuevo taxista le pido que nos lleve a la Clínica El Escapulario. La pelea fue brava, dice Julián, yo no me dejaba sacar del carro, él me agarró de donde pudo, es el hijueputa que mató al niño en La Unión, aunque tampoco es que yo ahora recuerde muy bien lo que acaba de pasar, pero eso sí lo sé. ¿Cuál niño?, me pregunto yo. Es que bebí demasiado ron con los compañeros, se explica, me aclara, y al individuo le busqué pleito, se las canté todas finitas, se las dije como son, no joda. Es increíble cómo Julián se inventa y cree sus cuentos. Yo me decido a guardar silencio, a no responderle, a no decir nada hasta que volvamos a nuestra terapia de pareja con Eros Vásquez; el hecho cierto es que lo que está pasando rebasa todo lo que una se pudiera imaginar, aunque yo casi

lo había pronosticado, y quién sabe a dónde pueda acabar. Las cosas no pueden seguir así, si no hay un cambio definitivo, si Julián no deja de beber, tengo que ver bien qué hacer con mi vida. No te preocupes, nosotros estamos muy bien blindados, mi amor, sigue él con su delirio, por lo menos tú, tú eres la que mejor ha quedado en todo el huracán, en verdad mi jugada fue maestra, a ti no te van a hacer nada, y te vas a quedar con los derechos de mis libros, que en el futuro van a ser legendarios. Yo tomo aire. Debo comprender el que esté intoxicado para disculpar el tamaño de sus idioteces. Yo debo contarte el arreglo que hice con EPA, explica ahora y ¡cállate ya, imbécil!, le grito, no me puedo controlar ya más. En verdad, me da terror que diga algo imprudente frente al conductor. El tiempo te demostrará que no son mentiras, mi vida, continúa él, absurdamente relajado. Menos mal ya vamos llegando a la clínica. Pero además Julián ahora se ha quedado mudo, no sé por qué, no sé qué es peor. Avanzamos una cuadra, pasamos de largo frente al edificio donde viven sus padres, subimos por la loma del Pinocho. Hay una arañita blanca que se mueve despacio, con esfuerzo, en el cristal de la ventanilla, bajo el ventarrón del viaje. Quisiera saber qué está pensando Julián. Todo está vacío. Son las dos y veinte de la madrugada. Amigo, dice de pronto, hoy va a haber más de un muerto, ¿sí o no?, hoy el muerto tiene que ser más de uno. Ay, señor, le suplico al taxista, no le haga caso, que él está muy borracho y se enloqueció del todo. No se preocupe, señora, responde el otro, todo un caballero, muy joven, esbelto, conmigo no hay problema, y al fin llegamos a la entrada de la clínica. Claro que no, repite Julián, claro que no hay problema. Yo pago y le digo al chico que se quede con la devuelta, Julián se despide: esa gente nunca pierde, ¿sí o no, amigazo?, así es, señor, dice el otro, de eso se trata, termina mi marido. Enfilamos por el pasadizo que lleva a Urgencias, yo le meto la mano al bolsillo con algo de miedo, no sé qué encuentre, y saco sus documentos, unas monedas caen y él se pone a recogerlas, le pido que no lo haga, se puede ir al suelo, pero no hay nada que hacer: las busca, corriendo, una de ellas rueda largamente hasta un dispensador de bebidas y él la sigue hasta allí, yo doy sus datos en la recepción, cuento por qué estamos aquí, me dicen que en un momento lo van a ingresar, que esperemos. Al menos estamos en donde pueden atender ese golpe tan severo en el cráneo, me digo a mí misma y me dirijo a la sala de espera, donde él se ha sentado con los ojos cerrados. No te duermas, no te duermas ni un instante, le indico, ese hematoma que tenés en la cabeza es muy peligroso y durante varias horas debés estar sin dormir. Yo no estoy durmiendo, responde, solo estoy descansando. Quién va a dormir, añade. Solo es que no quiero ver más publicidad iluminada de Seguros Pira, enfatiza, ni cajeros inteligentes de Bancamina, ni medicamentos básicos que la industria farmacéutica

vuelve usura en vitrinas atractivas, no quiero pensar más en que tú y yo, me dice, debemos traer niños a este mundo en el que ya falta oxígeno, solo porque tú quieres, no quiero ni siquiera verte a ti sufriendo más, me confiesa, ni mucho menos verme a mí la cara, a mí que te hago daño y me aborrezco. Pues entonces lo que querés es morirte, le alego, pero no va a ser conmigo. Eso es otro tema, replica, ya trataremos ese asunto, mi cielo, tú verás qué haces, lo único que quiero es descansar, descansar de millones de años de caminata inútil, de una distancia recorrida que vale por toda la vejez de los astros, quiero descansar de todas las vidas que no he vivido pero se apagan delante y atrás de mí, de las vidas que no conozco y quisiera aliviar y sé que no podré aliviar sino solo destruir nada más que con moverme un poquito, con solo pisar sin mirar, quiero descansar de las palabras, del ruido que hacen las palabras, del sentido que no tienen las palabras, ¿ya entendés?, del simple bulto que hacen y va derecho a la fosa. No te vas a dormir, le reitero, si querés hablar, hablá, yo no tengo nada que decir, Julián Andrea, lo que tengo por decir lo voy a decir todo a donde el doctor Eros. Claro que sí, mi amor, responde Julián, claro que sí, lo que tú quieras, solo te respondo en detalle a las preguntas, exigencias y ansiedades que te alcanzan, para satisfacer tus dudas, en general, así tal vez podemos incluso pasar el tiempo y no me duermo, no hagas caso a nada de lo que dice un borracho como yo y mucho menos si sabes que lo que cuenta es el amor tan, no sé, no sé si incondicional sea la palabra o deba serlo, yo creo que tampoco lo es, ni más faltaba, ya la vida nos ha demostrado que el matrimonio es ante todo un buen negocio, una sociedad, por lo menos, de riesgo compartido, en la que lo más importante, entendido, lo interrumpo, lo más importante, entendido, ya, es el amor libre, decimos juntos, él se lo cree, yo sé que sí. Permanezco con las cejas alzadas, como si no hubiera oído nada, miro al fondo del pasillo, parecida a Gelsomina, sí, con las cejas pintadas en alto para la función graciosa de La strada, del circo callejero, consternada ante los límites a que puede llegar algo, no sé ni qué, cualquier cosa puesta al lado de cualquier otra aciaga y que terminan en la nada, en lo más incomprensible y loco, como adivinaban los surrealistas, será que todo es un cadáver exquisito, o Duchamp, una cosa para el placer de otros, allí la pipa es Julián, acá la pipa es una mesa de disección, pero yo no soy una cosa ni hago parte de la obra de nadie ni de nada, entrecierro los ojos, cuál amor libre, se ven sombras agitarse a lo lejos y pienso, yo no voy a terminar de enloquecerme por otros, eso está claro, y desde luego que no se lo digo a Julián, me debí haber ido desde el principio, no tengo por qué decírselo, y mucho menos ahora, desde cuando él me planteó esa idea del amor libre siendo novios y me dijo que yo misma podía salir con quien fuera, solo le contaré a mi mamá de mi partida mañana, se lo

diré temprano, antes de irme para siempre de Medellín. Por el pasillo aparece con un gesto de súplica un hombre grueso entrado en años, muy pálido, caminando de prisa con una mano en la barriga que le sangra abundantemente, a la altura del hígado, y se detiene justo al frente nuestro, vencido. Medio gacho, se recuesta a la pared y busca algo en su camisa, tiritando, el celular, se deja caer sentado al suelo, marca un número, ha dejado un charco de sangre restregada en el muro. Negra, le dice roncamente a alguien al otro lado de la línea, estoy en el Escapulario, me dispararon. Se pone a toser y vomita sangre. En Urgencias hay un alboroto y salen dos enfermeros con una camilla. Me peleé con un cacao, dice el hombre, volcado sobre el celular, y cae de lado, con los ojos en blanco. Ese es el hijueputa que me pegó, me informa Julián en voz baja y cortante. Yo estoy paralizada del terror y no logro asimilar esas palabras. Es el mismo taxista que me llevó a La Unión el día en que pasaron el documental sobre El Parroquiano en el festival de Víctor Galindo, cuando mataron a un niño delante de mis ojos. Los enfermeros suben al hombre a la camilla y corren al quirófano, una le sujeta los pies con una correa, otro lo sostiene de los brazos, las puertas golpean a la velocidad del rayo. A Julián le tiemblan los labios, parpadea mucho, inmóvil. ¿No era que el que vomita pierde, pirobos?, dice en voz alta mi esposo. Yo estoy de una sola pieza. El celular del taxista ha quedado en el suelo. Me levanto, lo recojo, manchado de sangre, lo llevo a la recepción para que se lo entreguen, pues espero que el hombre se salve. Voy al baño, los dientes me castañetean, chocan descontroladamente, me lavo la sangre mucho rato. Me miro al espejo. Deja que todo pase, Verónica, ten fuerza, estate atenta. Me devuelvo, las rodillas no responden, encomendándome a la Virgen, me siento al lado de un Julián que ya no es el mismo para mí. Lo miro un segundo y su imagen se congela en mi mente, queda impresa en el fondo de mi alma. Esta es mi pareja. El hombre que amo. Esta noche es la vida que vivimos juntos. Le tomo la mano, para que no me deje perder en el espanto. Todo es tan decididamente horrible y confuso. Lo importante, mi amor, recuerda, pronuncia él en voz baja, es que estemos unidos, como nos dijo la abuela minika en el cementerio de Pucallpa. ¿Qué es un cacao?, pregunto como al aire. Porque de los que venden yagé, sigue él, de los que le ponen precio a todo, ¿me ignora?, del diablo, concluye, solo podemos protegernos juntos… Un cacao es un protegido, responde al fin. En este caso, eso es lo que él quiso decir, agrega, pero un cacao es un duro, un principal. ¿Tú mandaste matar a ese hombre, Julián?, me decido a interrogarlo. ¿Qué fue lo que pasó esta noche, mi vida?, inquiero, con la voz en un hilo. Hoy para ti todo se ha resuelto, amor, contesta Julián, indescifrablemente, y para mí todo ha terminado. Y añade: todo ha terminado para bien o para mal,

pero yo nunca he mandado matar a nadie, y su cara se inflama, él se levanta y grita, profiere: ¡yo al que mato lo mato yo mismo!, y empieza a vomitar, camina, revienta en vómito, vomita en las vitrinas de la droguería, da tumbos, vomita en la mesa donde están los ejemplares de una semana de El Parroquiano, en el cajero, se tambalea, vomita en el dispensador de bebidas Melaza y saca y tira sus monedas lejos, con todo el ruido y la furia, rompe todos sus billetes en muchas partes, era un fajo, yo no sabía, vomitando despacio en ellos, ¿qué no habrá hecho esta noche?, en sus manos, muy bien, lo apruebo, se arrodilla frente a mí, eructando, y termina de vomitar a mis pies, llorando como un cagón.

Isáfora

Cuando vuelve, le tengo un ron servido al lado del que me he comprado para mí, ambos en copita desechable. Él no sonríe, pero yo noto que está exaltado. Epa, es lo único que ha dicho. No me vaya a despreciar el ron, le advertí. Yo estoy pensando para dónde nos vamos, belleza, precisó el hombre. Yo miré para otro lado, me eché atrás el pelo, halagada. Salud, brindó él, y yo salud, con esa sonrisa que debo de tapar con la mano porque los dientes se me salen, exhibiéndola sin pudor. No me suelo sonreír casi, pero el domingo estaba era que me hacía encima de la felicidad de estar con el sujeto en esas. Me imaginaba lo que vendría después y me daba miedo de arruinar la noche. Yo quería que habláramos bien, que fuéramos suave.

Venga, le pedí, ¿usted sí cree entonces que esto esté pasando? Huy, ¿qué es esa pregunta?, se asombró el man y se rio. Muy propia para esta situación, comentó, ¿sí, eso te parece?, quise afirmarme, ¿te parece ajustada al momento mi inquietud?, y sí, bromeó, con el ron y tales, agregó. Es que como usted habla en clase de una realidad invisible y todo eso, pues, inaprehensible, o de una imagen total, o futura, yo no sé, eso es tan raro, hice una pausa, él atendía… ¿de verdad cree que, no solo esta realidad que vivimos, sino hasta lo que pensamos solos en la cama, y hasta lo que sentimos donde sea y nadie sabe, parce… todo eso… va a quedar algo así como grabado en alguna parte, o hasta lo que vos soñás y te olvidaste pero ahí queda, y el espacio entre cuadro y cuadro, y que, entonces, alguien va a pensar nuestros pensamientos después, y el vacío, los más locos, y a sentir nuestra excitación, y así, o ver lo que ni nos dimos cuenta que vimos, cuando una llega al éxtasis?

Él nada más soltó una carcajada. Yo me sonreí, descansada. Esa era

la pregunta. Esa es.

Le acaricié los dedos. Tienes unas manos tan bonitas, lo elogié, duras, de pianista. Y tú eres soberana madre, pronunció él, separando las sílabas y mirándome como si estuviera descubriendo algo. No me diga mentiras, yo sé que no, me sinceré. Perdón por el piropo machista, se excusó, fue que se me salió. ¿Machista? Sí, al parecer, se explicó, eso de ver en la otra a la mamá tiene que ver con el complejo de Edipo, lo que además es casi toda una lógica muy paisa. Hice silencio, como si yo no lo supiera, miré para otro lado, pero como él no dijo más nada, solo apunté: es toda una cosmovisión, para dejarlo seguir. El hombre se me desvió mucho del tema. Bueno, suele suceder. Exacto, añadió, y es por ese amor con hambre que le llevamos a las tetas, ¿no has visto?

El ancho cuello de mi suéter caía por mi hombro, y él solo acarició el recorrido del sostén negro y el tatuaje de la osa rugiendo. Me gusta el color de tu brasier, dijo. ¿Se me ve mucho el negro?, quise saber. Te brilla, señaló. Se acercó más y metió un poco su mano por mi espalda, debajo del suéter, me besó.

Respóndame, le pedí. ¿Usted de verdad cree que esto esté pasando?, porque ya me estás comiendo. Se levantó, ven, me invitó, vamos a buscar por aquí un motelito. Yo no puse objeción, pero me extrañé. Eso era lo que él creía que podríamos hacer allí: encontrar un motelito por el Parque del Polvo, donde solo hay hostales carísimos para dar la imagen de otra cosa que prostitución en el sector más vistoso de la ciudad. Ahí nos haríamos el billete en esas, me propuso una vez Leona. Pero primero le dio a Marduk por entrar al extravagante hotel que hay al frente, donde antes era el famoso Bodegón, según me lo contó él mismo: obviamente era impagable, y cobraban un montón por acompañante. Él subía las escaleras de lado, por ese problema que tiene en las rodillas, yo lo sé, pero era chistoso aquí. Lo empujé con el hombro, yo al cojo me lo cojo, le bromeé, él me miraba sin hablar mucho.

Luego pasamos por varios hostales de apariencia sencilla en las cuadras cercanas: ahora era que no nos dejaban alquilar por horas la pieza, los lugares parecen accesibles, pero el dueño necesita facturar por lo alto. Adentro se anunciaban todas las formas de pago, cada patiecito tenía dispensadores de Melaza y Pepsi, sostener un hostal debe de valer cantidades.

Los dos de allí salíamos siempre como regañados y nos reímos recordando el cuento de Caicedo, De arriba abajo de izquierda a derecha, compramos una cerveza para los dos. Fresco, que conmigo no va a haber problema, le aseguré, aludiendo al final del cuento triste para el personaje central, que se queda sin ropa al frente de la casa de la chica. Todo bien, respondió él, y luego dijo: aunque yo sé que me

estás grabando hasta el menor movimiento, así que fresqueate vos. Supongo que lo dijo con relación a mi pregunta clave (¿esto es real?, lo que repite tanta pelada de hoy ante cualquier sorpresa sin saber ni lo que dice), pero no sé todavía si es que él sea más paranoico que quién sabe qué, o si quería decir algo más. Por lo que he visto en su canal de YouTube –bien interesante, además–, el pobre está medio rayado, es mero crazy.

Mejor dicho, es de los míos. Pero esas palabras ya eran de desconfianza, y eso se vio más después. Qué cagada. El sujeto es un esquizoide, o un infeliz: se habituó a vivir intranquilo.

O sea, sí. Es de los míos. Qué miedo, de verdad, encontrarse una adonde no hay sino daño.

Yo, de todos modos, ya me había dado cuenta de que además mi Marduk sí es tremendo inexperto, pero no le decía nada. Me cae bien (todavía me cae bien la bola esa), quería ver qué hacía. Entonces me cogía dizque de la mano, como un noviecito, y yo encartada, me enredaba, no podía soltarme, no era capaz, aunque es obvio que esas no son las maneras, por decirlo de algún modo, entre amantes.

Tú, en pocas palabras, eres de los que nunca han sabido juntarse para tener sexo y no más, pero, francamente, yo ya no sé si yo tampoco lo sea. Al menos con vos, ya nunca.

A lo último se voló, después de todo lo que hicimos, todo acelerado, usted es un grosero, señor, tú eres un lío, pero te considero, cosita rica, y no es que la hayamos pasado mal…

Lo que de veras me quedé esperando fue a que él me respondiera más en serio, sin misterios, por la pregunta de mis días, eso mismo por lo que lo había llamado, o bueno, por lo que me lo quería comer, ja, ja. ¿Creía tal vez Marduk que ya con los actos me lo decía todo, él es capaz de suponer algo así, con frases frenteras a medias, que así con el gesto me estaba respondiendo al abismo que me traga? La cosa no es que luego yo lo recuerde a él, o si una lo está "grabando", bah… La cosa es, no sé… ¿Es que el recuerdo importa, o sea, es que el recuerdo, digamos, vale algo, o sea, es más de lo que es, o sea, son más que un recuerdo todos los recuerdos –los que se olvidan, los que perduran o cambian–? ¿Si acaso los recuerdos son más que la evidencia, como argumentó en clase, hablando de Chris Marker, no son así también otra cosa que un recuerdo, algo de todos?

Vaya, vaya. Tal vez algunas preguntas sean más importantes que las respuestas. La mano que tocas es la mano que sientes. La respuesta es la pregunta. Y ay, papi, cómo recuerdo el frío calor de tu mano en mi mano. Pero mi mano te toca, ¿me siente tu mano…?

¡"These Days"…! Qué lindo que me cante ahora la vida esa canción de Nico en el iPhone, qué extraño todo, si ayer puso la letra este muchacho en su muro de Facebook… El niño Marduk.

¿Es que me lee la verdad otra también en la página que rayo con mi mano fugitiva?

Si te toca la mano del suelo, que no te sienta.

Dicho está.

***

23 h 17 min.

Seguimos, a palo seco. Hoy es un viernes clave. Respiro.

No es tarde para mí y he encerrado la noche para escribir. Habito la interfaz.

Las maderas de mi cuarto me son la hermandad. El domingo pasado será ya de no olvidar.

(Taimaz comparte a Lana del Rey. "Don't Let Me Be Misunderstood"… Déjate no ser).

Nos entrábamos en calles vacías, en vericuetos, y me apretaba, yo solo quería que nos acostáramos ya, pero me besaba sin recato en la acera más concurrida y de pronto me sale con que nos vayamos entonces para el Parque de la Bailarina, unas cuadras abajo, que allí podemos, eso como es de oscuro, se justifica, y que allí no pasa nadie. A mí eso me pareció lo más arrabalero que me hayan propuesto nunca, pero le respondí que sí. Que fuéramos. De pronto, a la mitad del camino, me entraron unas ganas de llorar las hijueputas. Ahí mataron a una mujer hace años, a una estudiante. Le confesé que no, que no era capaz, y al malparido solo se le ocurrió decir: venga pidamos otro ron y botamos el miedo, pero a la final esa era la mejor idea. Yo pensé: hágale pues, vamos a emborracharnos con este man hasta la verga. Y recuerdo que me repetí mi santo y seña: normales jamás.

Porque, dentro de todo, yo en ti creo, del todo. Eres un lindo. ¿Y eso habrá de ser lo peor?

Nos devolvimos hasta el Parque del Polvo, pidió un cuarto de Ron Viejo de Caldas, no, lo detuve, pida Medellín, me hizo caso, eso, sin lujos maricas, dos copitas desechables, hizo una llamada, sospecho que a su esposa, se apartó unos metros, yo compré un cigarro, al lado un par de peladas que estaban bebiendo con una gallada de amigas lo miraban y se hablaban sonriendo, él a lo lejos hablaba y hacía gestos mirando las copas sombrías de los árboles, el man es real, dijo una alzando la voz y echándome una miradita mientras ella botaba un humero de yerba por la boca, deben de ser cinéfilas de Otraparte, oyendo a Lee Scratch Perry, suena "Black Panta", meras chimbas de nenas, y con unas pintas, en esas Marduk está aquí y ahí sí con una sonrisa divina me jala hacia el Parque de la Bailarina. Yo me dejo llevar.

Le pido un trago. El animado era él ahora. Yo necesitaba perderme un poco, o no sé, meterme de cabeza en ese hueco que me gusta y que me asusta tanto.

¿Usted qué quiere?, lo cuestioné.

Lo que tú quieras, me propuso, más inocente de lo que me hubiera esperado.

Yo no quiero nada, me desnudo con frialdad.

Entonces nada, evidenció mi Marduk, no quiero nada, ese es él, y a mí me coge qué risa.

Me dieron como ganas de abrazarlo, de pegarme y restregármele, pero solo le pedí otro trago, para eso es, ¿o no?, para beber.

Vos vas rápido, se previno, somos idénticos, le informo, y me pasó el cuartico de ron y la copa, pero yo lo que serví se lo di a tomar casi a la fuerza, lo sujeté del pelo, alcé la copa hasta su cara y se la fui echando a la boca, a la sombra del caucho gigante, que cuela la luz violenta del farol, es imposible que no se riegue un poco en su camisa, yo me río: como un bebecito, le susurraba como una mamá a su nené de brazos, y entonces me agarra el culo, casi me levanta, y echa para atrás esa carne mía como si se quisiera quedar con todo y me palmea y mete mano desde atrás mientras se nos traba la lengua pero adentro, ya, cómeme.

Le voy a decir, pienso yo y le llevo la mano al palo y me doy cuenta de que lo tiene en su punto. Vámonos más bien para un motel de verdad, toda ganosa, en el centro son buenos y baratos, toda una cómplice, aquí solo hay fachadas visajosas para turistas malcriados, le doy un beso al oído, y no nos van a dejar estar a ti y a mí solitos, en un suspiro, bien rico.

No tengo ganas de escribir más, tal vez lo mejor sería no entrar en detalles, pero me toca.

Él no esperó, vamos pues, y me llevó de la mano, como si se le hubiera ocurrido a él y no a mí, hacia el acopio de taxis del Parque del Polvo, y yo feliz. En el taxi me contó el problema: no tenía casi plata, me iba a tener que pedir prestado para el transporte de regreso, porque después de pichar me quería acompañar hasta mi casa. No te molestes, yo te presto, lo tranquilicé, pero no me gustó mucho que digamos. Bastaba con hablar, digo yo ahora, de todas maneras es cosa natural que uno pueda estar sin un peso, pero a esas alturas ya qué, igual ve, ahora que me doy cuenta, sí nos va a tocar despertar a mi mamá para pedirle plata, le dije a las carcajadas, porque ando líchiga, y él ah, pero es que, pues… ¡ella tiene que entender!, alegó, y parce, jua, jua, jua… No podíamos parar de reírnos, ji, ji…

La verdad es que sí gozamos mucho los dos, qué, eso es caja venteada. Pero es porque él parece un adolescente hasta en eso insensible, en lo aventurado: ¿será bueno o será malo?

No sé.

Lo que me extraña más es que ahí mismo era como si me fuera a comer en el taxi. Aquí no, tuve que frenarlo, qué es eso. Me pregunté de una si era que el trago lo enloquecería demasiado, pero incluso, qué loca, lo quise parar de su arrechera ofreciéndole más ron, tampoco había más de otra.

Para locas yo, yo sé.

Lo que estoy haciendo hoy es medio bestia, nena, me confesó. A mí el ron me hace daño, me enloquece feamente, prosiguió. No pasa todas las veces, pero hay noches en que se me sueltan las tuercas y empiezan a voltear alrededor de la cabeza, una para un lado y otra para el otro, ¿no has visto? Yo me reí de la imagen, sí, se te ve, te mueven esos mechones muy bonito las tuercas esas, no dan ganas sino de peinarte, y una caricia en la varilla no está mal, así, pero podemos esperarnos, cómo está de buena, le canto otra vez al oído, y besitos tiernos, besitos largos mientras anda el carro y chocan los dientes cuando saltamos un hueco del pavimento, no importa, lo tranquilizo, carcajéandome con él en silencio en la boca, mirándonos ya más relajados y con qué gusto ahí echados atrás, nariz con nariz, ya los besos son más en serio, no hay lugar ni para los dientes, y la que se está calentando demasiado ahora soy yo, hasta entrar a un parqueadero que el taxista recomienda –y que yo conozco–, nos preguntan por el tipo de habitación y decimos juntos que habitual, ni nos reímos de la coincidencia, somos pareja, habitual, habitual… Este man… Si la piensa la caga.

Esta cosa estaba brava y yo otra vez como si no, pero sí, hay que alejarse de ese gañán.

Mientras subimos las escaleras al tercer piso, a la habitación del balcón, Marduk hace algo que no olvidaré, no sé por qué. El sujeto me deja pasar, me ve subir y de camino al destino remoto de los minutos siguientes me pasa los dedos un par de veces por el interior de mis muslos desnudos y la parte de atrás de mis rodillas, nada más, subiendo de lado y al acecho, esparció semillas, la mirada de un halcón silencioso. Yo manifesté mi agrado, fuiste tan sutil. Esta parte del cuerpo es irreal, Isá, comenta con la voz templada, estoy en tu sueño, belleza. Yo realmente era la dueña de la situación, llevaba las llaves, conocía el lugar, pero el pase del curandero me llevó lejos. No, le dije sin pensar, y eso es ahora lo que me jode, porque si me rozas son tuyas, gordis, tuyas. En verdad que ya no sabía si mirar adelante o no mirar a ningún lado, pero apreté el paso, abrí y entré primero. Tan pronto cerró la puerta, me solicitó, como todo un varón: quítate la ropa. Yo cuando le vi el torso –solo por estas cosas me sigo escribiendo en mi carne viva del ya– le sonreí con ternura que no imaginé jamás ni siquiera pudiera sentir, conmovida de no sé qué, y

que no supe expresar, por ser yo nada y todo él con la nada ambos, pero la vi en el espejo a esa mi sonrisa que no conocía de paz guerrera, juro que no, desnuda, y le pedí que apagáramos la luz, que solo dejáramos encendida la luz blanca del baño, a media luz pasan más cosas, se me ocurrió decir, pero Marduk no oyó, qué iba a oír algo, ya se había quitado todo y atravesaba la cama de pie, caminando derecho sobre el colchón hacia mí, qué momento.

La pinga no está mal, aunque sí me la imaginé más grande. Yo lo traté bien, le pasé la mano por su cosita, encantada, le dije sonriendo que pusiéramos música, me dijo baila, baila lo que quieras en nuestra pista de baile estelar e infinito.

Grité, di un saltico, caminé alternando hélices de manos y cadera, volando estaba, mami.

No me dejó poner nada.

Mientras yo busco el "Paradise Circus" de Massive Attack, me coge por la espalda y es a besar y morder los tatuajes y de una vez me baja es a dar lengua así, por entre el trasero, y a mí se me olvidó todo, eres un sátiro, lindo, ya no me importó nada más, y de un movimiento…

Para qué las palabras, estos dibujos que he hecho podrían decir más y tampoco dicen mucho, así alterados, confusos, ángeles y ratas, solo dicen lo real, o sea no lo que fue, sino lo que pasó, qué digo, lo de una en su piel y que nadie entiende. Pero será que todo es y avanza hecho recuerdo que te vuelve real por no ser ya nada y no ser nunca nada, solo allí, de viva voz, el ser de la vida raíz afuera y ramal adentro, de arriba abajo, de izquierda a derecha, ruido que se disemina en una partitura intachable, aliento que se basta, que nutre una melodía sin altura ni desarrollo. Me pidió que empinara la nalga y me sobaba agarrando suave, yo no estoy sola, pensé, hablándome todavía su boca dizque de la zona irreal y acariciando las ingles, suavecito, quisiera escribir al revés, pero tiene razón, en ese dónde somos sueños que se deshacen, sobreaguan, dándome dedito como sin querer, de a poquitos chupando aires entre dientes que no sé qué dicen, jugando con maldad, fijándose y alabando en una intimidad mía que yo no veo pero soy, mi dueña, y yo ya quiero solo que ya me estés dando ya, te miro el coso y lo veo más grande, qué, ven, cielo, póntelo, grueso, te pido, refilado, me lanzo a nuestra pista de baile, te abro camino despatarrada en el gesto más obsceno y tú gruñes, te pones lo tuyo y te me echas encima, amor mío, como una garrapata, a comerme a tu gusto, y yo a gritar. Marduk me dice, me dice, me dice que le encanta cómo yo doblo el brazo hacia atrás y me giro mientras él se hunde y sale entero, en un solo ritmo conmigo, eso es parejo, yo me vengo, le digo, me fui, carajo, hasta el bucle.

Como si fuera la historia
de una verdad sumergida

bajo las aguas de la nada
Dios debería darnos
memorias aún no llegadas
las del niño del mañana
aunque fuera para darle
una mejor madrugada
que los campanarios apagarán
cómo quisieras
que fuera distinto
yo no quisiera otra cuna
que esta canción olvidada
y por la mañana recordada
bajo las aguas de la nada
que los campanarios apagarán
bajo las aguas de la nada
cómo quisieras que fuera distinto…

Todo es perfecto… Eso supe, sí, de nuevo, pero más allá de la perfección… Es lo indecible.

Don't let me be misunderstood…

Le traía ganas, madre, unas ganas de miedo, y el hecho es que aquí eso como que sigue.

Seguimos. Seré igual de brusca que lo fue él poniéndome como quise.

Porque no me dejé, lo puse en la mía y a comer de la mano. El apetito es el goce, eso es.

Será por eso que al despedirnos me pidió que nos andáramos con cuidado. Solo el saludo.

Marduk me indica que me haga otra vez en cuatro y es como usted diga, le dio cuanto quiso por ahí, separando a veces con saboreo y cuidado los glúteos hacia afuera como quien sabe bien de la cosa, mmm, ¿será que también te han dado o qué?, son milenios de aprendizaje y esa curva donde agarra más afuera gustosa para ambos, mi sol, dale, así, pero de pronto se agacha sobre mi espalda en esa especie de pausa no muy pensada que hacía a veces y me mete el pulgar a la boca y me pide que se lo moje bien y nos echamos de lado y me da más despacio pero ya con el pulgar abriendo el ano y la otra mano es con jaloncitos del pelo o me pasa por las tetas, yo no sé cómo se las arregla, las cosas no pasaron en orden, y me las escurre y se le endereza el sexo y se alarga y todo se inflama a lamparazos y me enardece la oreja con su boca en qué raptos como demonio, paroxismo que crece en mi lugar hasta decir otra vez ya, sí, y sea para siempre, no más sino así. Yo me veía morir, eso es, me sabía estar muriendo y no hay más, no hay más nada, este es mi reino, esto es vida.

Entre tanto sonaba “Glory Box”, cómo olvidarlo.

Yo no sé si es que tengo un desorden psíquico, hormonal o qué, pero estas cosas me zafan, veo algo en ellas que me lo dice todo, o no sé si soy muy anticuada, ja, ja, una prehistórica total, Leona, tú eso me decías a mí, usted es una cavernícola implorante, Isáfora, aceptémoslo, una cavernícola implorante, yo cuál, simplemente la dama Chatterley escribiendo el libro, mi amor, y hasta el propio Lawrence con el tieso pensándola, ¿sí entendés?, Abraxas, güevona, Jesús y la Magdalena soyándosela bien parchados antes de irse felices al lecho, eso soy yo, Enkidu y Shamhat enganchados, y no otra cosa, vos misma y yo podemos ser el fuego de cien mil puntas y una sola punta, eso te decía y te me hacías la loca, yo más bien a usted le huyo, amiga, usted enloquece a cualquiera. Pero amiga, por si no te has dado cuenta, yo aquí después todo lo vuelvo algo mejor, en este olvido distinto que es el recuerdo y eso en verdad es la letra que me recupera, rayón de la dejación y dibujito que no me deja.

Porque todo sigue igual, la chimba: acá no ha pasado nada, y nada es nada. Todo bien.

Solo fue por él y por mí, no cualquier cosa, y no es con todos, ni se da todos los días.

Yo no sé, Marduk, si serás como yo o es que me enamoré, no creo, no es eso, ni peligro.

Parce, no es amor. Es un encoñe espiritual. Jm.

¿Voluntad de poder? Ay, ay, ay…

Palabra no que no, ni luz, luz para qué, color devuelto sí, suma del sueño, corazón mío.

Tu corazón y el mío dulces latiendo, cuando la cama quieta todavía chirriaba.

Terminamos así de lado, a pelo, veloz el macho sin que le vacile el culo ni una vez. Yo me le suelto para mirarlo y qué le digo, estoy tan animal que haz lo que te dé la gana, no le digo nada, ¿hay más?, que vea. Mis hálitos se oyen como rugidos, pero es sin querer –tampoco lo evito, ja, ja–, y yo lo veo como si no se asustara, ya no hay cómo, pero un día Taimaz me puso cara de niño aterrado sabiéndome la insaciable que se limpia los restos contigo, lo vi azarado y reaccionó penosamente… Aquí me siento bien y me acomodo, me suelto, mirando a todo lado, de rodillas, y espero, espero. Es que pocas veces, me lo debo recordar, pocas o nunca, ha estado todo así de bien, y la virtud es nuestra, caballero, tuya y mía, celebremos, papi. Él se ha echado jadeando al lado y yo me voy con toda la cara y le chanto un besote en la frente como no se lo he dado a nadie, un beso casto y puro de digno reconocimiento, como solo he visto que las empleadas negras o mulatas o las zambas de Betulia y las mestizas de Bello o Aranjuez besan a sus hombres negros o mestizos o zambos los domingos por la tarde en una banca o jardinera del Parque Berrío, las

indias son al lado vendiendo sus saberes y muy parecidas a las otras con sus hombres, descansando, después de mirarlos un rato ellas a su efigie guerrera, un domingo como hoy, sin que ellos nos miren ni tengan que decir ni hacer ya nada, solo acariciándose los brazos los dos guerreros dizque con el coco del celular apagado o respirando entrepiernados, la imagen más bella que yo haya visto y la más indescifrable que haya podido hablarme, nunca blancos por ahí bien puestecitos, y que no entiendo sino hasta la luna creciente de hoy, cuando veo imágenes totales por doquier de lo que anima y mueve todo y lo pacifica entrelazado en un antes y un después de los nombres y los deberes y derechos y el poder del Cosmos de ser y hacerse último, resanado.

Eres mío, pensé y no quise llorar, aunque adiviné que todo iba a derrumbarse ya, ya, ya.

Y es que ahí no termina la cosa. Ni termina ni ha terminado.

Marduk de ojos cerrados aún zarandea la cabeza por momentos, ¿cómo habrá sido su orgasmo? Yo tengo las fauces abiertas en qué sonrisa. ¿Sí quedaste bien?, nos dijimos, y nos cogió la risa otra vez. ¿Esto es real?, volví a exclamar, pero ya parecía y no parecía la fórmula retórica, generacional, de tantas millenial como lo soy yo, distinta a todos, tanto que nunca la digo, pero el equívoco nos devuelve al mundo, y al fin de los fines nos mirábamos inquietos el uno al otro, jadeando todavía, felices el uno del otro, ¿qué querés que te responda?, jua, jua, jua. Se acerca, me pregunta: ¿sí me grabaste, Isá?, porque vi que te viniste, se explica, con gesto maligno, como diez veces, yo me carcajeo, puedes ser tan güevón, mi vida, le bromeo, pero ahora decime bien si me actuaste, me replica él, con una sonrisa absurda. Yo me quedé muda.

¿Será Marduk un simple narciso de los que hay que huir, un psicótico asesino de la lengua?

Eso nunca se sabe bien al principio, todavía me lo pregunto por lo que pasó de inmediato…

Lo miré bien, yo cómo voy a actuar un orgasmo, lo confronté, estás loco… Y me preguntaba a mí misma: ¿es que no se da cuenta, o qué pensará, que una no tiene sentimientos?

Te juro que esa ya es siempre mi pregunta, y parecía hablar en serio, decime vos, me instó.

Le contesté: señor, libérate, cuando a una se la comen con ganas, ese es el mejor orgasmo.

Ya quisiera haber grabado esa respuesta que me acabás de dar, sentenció él con un guiño.

¿De quién se está vengando?, me pregunto todavía. ¿Le dolió mi pregunta por la realidad de las cosas?

El que me oyera tendría que andar mis pasos, le objeté. Pero yo a

usted ya le tengo miedo.

Él se rio, y yo también, pero con qué ira. Mi corazón estaba roto, caí desde lo más alto.

Vámonos, hay que volver, dijo, como si algo lo picara (¿la muerte?). Vamos, respondí, picada también por la muerte, pero despacio, levantándome triste, con un cansancio nuevo en el alma. En el espejo

veo que sonreímos al vestirnos. Él apurado, yo muy lejos, aturdi-

da, casi sin llorar, los dos sonreímos sin darnos cuenta ni de nosotros mismos.

Julián

No es la primera vez que llego tantas horas antes que Alzbieta a alguna cita, pero por lo general ella estaba primero en donde quisiéramos vernos, y hoy no es así. A fin de cuentas, hace tiempo que no cuadrábamos encuentros, como sí fue costumbre por muchísimo tiempo hace más de veinticinco años, hace casi treinta… Aquí estoy y ella no llega, y me pregunto, no sé por qué, si me dejará plantado por lo que le dije esta mañana, lo de la verdad sobre la muerte de Juan Carlos, o porque quizá se haya aburrido ayer, porque todo este diálogo le parezca fatigante o peligroso… No hay por qué preguntarse estas cosas, pues con ella me tengo toda la confianza y podríamos hablarlas, pero me las pregunto, pues sé que la vida es más que las apariencias, y si quizá la gente deja mensajes con sus gestos, o incluso si es sincera en sus palabras, por lo general temo no haber leído del todo bien la situación, y además sospecho que hay algo más aun que yo debería tener en cuenta, y de hecho sé que hay mucho más en los otros que sus solas palabras o sus actos.

En fin. Son cosas que pienso al margen, o casi al margen de todo, con la cabeza recostada en el antebrazo, sobre nuestra mesa del Café Vallejo. Me dejo ir por donde vaya la mente, lejos de problemas que ni son problemas sino dolores mudos, angustias, misterios sin solución… A veces doy las gracias a la vida por esos tiempos latentes de la espera, que habito con la alegría de un niño que sale al recreo, y suelo mirar de lado desde otro lugar, el lugar de la costumbre… Recuerdo a Isáfora haciéndome ver que Svidrigáilov repite lo mismo que el detective decía muchas páginas antes en Crimen y castigo, ¿sí era el detective quien lo hace?, o sea: tanto la ley como el cinismo sabrían que el asesino y todos, simplemente, necesitamos aire, aire… Pero el aire del que una se adueña, decías, y no se pide, el aire que llega para quedarse, el que te robas por siempre jamás, ja, ja, te reías, tuyo, solo

tuyo.

Isáfora, Isá… Madre de Dios. Tiemblo como una hoja al viento, no dejo de temblar por dentro. Cómo hablábamos, cómo te entendías, hasta qué elevado punto lo llevabas todo…

Me voy a matar por ti. Pero te haré caso. Lo haré por la causa que enarbolábamos juntos.

Aunque al inmolarme no lo haga ya contigo, mostraré tu ruta.

Que viva Verónica.

Todo lo hice mal contigo, cariño, y odio preguntarme a toda hora estúpidamente si tú hiciste conmigo bien o mal, porque siempre termino diciéndome con asombro inaceptable que lo que hicimos lo hicimos juntos y no estuvo bien ni mal, aunque todo terminara tan mal, tu exigencia demente, tu pasión: todo en el olvido, en la humillación, en la degradación de las noticias, de la falsa información objetiva, de la muerte… O sea, aunque todo terminara, más que nada –¿debo recordármelo?–, tan horrendamente mal para ti misma, esto sigue siendo tuyo, mujer incansable, guerrera de la noche, ¿adónde nos llevará tu sacrificio, ser único de todas? A esto que nos sigue rastrillando e insultamos sin lengua, sin cara ni poder…

Ojos vivos dignificados por el no, ojos que labran su camino en ojos que se ven.

Me siento, o no: soy lo peor, como si al fin supiera y no acabara de aceptarlo –pero porque lo sé y no me lo creo del todo–, que soy el ser viviente más vil, lo infame, o al menos un ser sometido e incluso entregado con gusto, devoto, al destino más ignominioso que haya podido concebir el laberinto de la historia. ¿Otras cosas así, otras tragedias como esta son lo que llamamos humanidad, verdad, memoria? ¿De qué manera cuenta lo que no cuenta? En cierto sentido no soy sino un privilegiado ante el enigma devorador de cazadoras, y no dejaré de revelar ni un detalle en mi novela. Si es que la logro acabar, y aunque solo sea testimonio del estupor. Porque ahora que todo termina para mí, todo comienza otra vez. ¿Qué haré con esta información, con esta casete que ahora no suelto, no quiero soltar?

Ni me levanto para mirar a lado y lado como otras veces, desafiante, pues debo aceptar y asumir que he sido un sobreviviente y tal vez ya lo vaya a ser toda la vida, mientras siga caminando esta debacle… Hoy solo me rehago otra vez un poco en el asiento, busco con la mirada a una mesera, pido un té verde. ¿Habrá calma algún día? Solo sé que desde mis ojos me encontraré en el aire con cosas atemorizantes pero ya no tan amedrentadoras, por el momento, durante un tiempo ya no dirigidas a mí. La muerte lejana de Juan Carlos no le importa a nadie (como la cercana del taxista), y la implicación de los difuntos Pete y Luis en ese viejo crimen, de la que hablé hace un par de días en el Andino, puede ser tomada a broma por

la comunidad cultural, que me ha lanzado de nuevo lo más lejos que pueda.

Siempre es el mismo movimiento, el mismo círculo. Ni Vargas Llosa lo habría dicho mejor.

Al fin y al cabo, lo que tengo aquí no es una prueba; es una imagen que puede ser tomada como sea, incluso, por supuesto, como una prueba, por más de uno, así no nos parezca un mito y sin embargo los configure de inmediato a esos mitos en tanto representación de realidades absolutas o evidencias anteriores y del todo presentes en la apariencia. De ese modo, una filmación accidental y fragmentada como la de Zapruder a mí me demuestra de sobra el complot contra Kennedy. Pero así como a la filmación de la balacera en Dallas toda una nación imperial ha preferido no mirarla en su real implicación, esta casete dorada solo puede ser tomada, si acaso, como un indicio suelto, pero no por mí. En sí misma, mejor dicho, es apenas una pista que ya nada podría probar, después de tantos años, e incluso mucho menos: el grabado indiferente de un momento cualquiera, casi espuma y nada más.

Solo a mí me revela algo. Pero, por lo improbable, ese algo se hace irreal, y yo con ello.

Tal y cual sucede con la conciencia íntima de mi papel de vidrio, o Dios en mí.

No existe, y decir que doy fe de ello es igual de falso que afirmar su realidad.

Solo es, y es intangible, inmanifiesto, como gusta de decir Maharishi. No doy fe de nada.

En todo caso, al menos he logrado reconstruir bien, y así solo sea para mí, el momento perdido, mágico, en que un Juan Carlos López olvidado me la confió a esa imagen difusa y lacerante para quien haga parte de sus ecos como un hijo es eco imposible de su madre y de las voces de su madre muerta. He logrado inteligir que ese fugaz cruce sucedió en el mismo instante en que fui con Daniel a Telëpathos y sufrí visitas de Krisna hecho pájaros rojo y verde y tuve premonición de muertes y sufrí relámpagos alucinantes del saber de tiempos ocultos e intolerables de la élite plebeya, experiencias que hacen parte de esta maldición que me honra con pesada tarea de muertos a mi cargo bajo la sola protección de astros ligeros que se borran en su paso a la figura rotunda de la vida consumada y la luz rebelde en el libro, lucha sin objeto del ser y el tener, en la novela, pérdida eterna.

O sea que los mensajes y la entrega de esa imagen eran como un sueño, ¿o son el sueño?

La casete dorada que descansa a mi lado tal vez no confirme ni siquiera lo que apenas creo esa su implacable proveniencia del reino de los espíritus libres. Primero me llegó un mensaje aquella vez al

celular convocándome al Bodegón, el bar que hacía ya varios años no existía, y era el propio Juan, el ya entonces difunto Juan Carlos López, que por supuesto no respondió nunca a mis posteriores llamadas a ese número, quien me invitó a unas cervezas y se las bebió conmigo y pagó por ellas y me lo contó todo. Solo que, obviamente, ese todo que me contó no cabe en el video que me dio, y tampoco fue ninguna clave, no era tampoco nada que explique nada. Eso sí, me mostró los balazos que lo mataron, sonriéndose, dos en el pecho, como dos lunares, y no en la espalda, como antes creímos.

La realidad es tan simple, tan poca cosa, pero uno debe de atar cabos que no están sueltos.

Me dijo que todo estuvo concertado el día en que fueron unos cineastas cubanos a casa de Pete. Que fue su mejor amigo y mentor quien llamó a Juan Carlos para que este saliera de su casa a entrevistarlos en el momento en que el asesino esperaba afuera. Que el sicario era un sobrino de una eminencia a quien Juan había grabado en una fiesta secreta. Que todo se prestó para ocultar al asesino, que hubo quien identificara la placa del carro en que lo esperaron para huir, pero en la Fiscalía no pasó nada, que el sobrino al fin y al cabo era un universitario que tenía programado irse en esos días por muchos años de Colombia y quedó bien pago, que la investigación se detuvo. Y entonces me dio la casete. La casete que Verónica anteayer lunes halló sin querer en nuestro desorden y pude ver ayer con un colega.

Después de ver la grabación, le pregunté al parcero: ¿Ráule, vos qué ves ahí?, y me dijo: nada especial, Juli, una conversación ahí, toda rara, una reunión de gentes disfrazadas en la noche, en un sitio lujoso, la voz de un hombre que graba sin permiso, unas amenazas, como unos puños sobre la cámara que dañan la imagen e interrumpen la grabación. Nada más; todo está muy oscuro. Y sí, eso fue lo que me dijo porque eso es lo que se ve, pero él no oyó bien las voces finales, o no las reconoció, no las podía reconocer. Aquella voz de terciopelo que recuerdo desde que comencé a ser alguien en esta ciudad. La otra, exaltada, de quien trataba de defender a esa dignidad eclesiástica. Tenaz todo. Y sin embargo, Juan Carlos no murió, luz rebelde. Y el secreto de la Jerusalén resucitada es lo que realmente conservo.

Es un secreto inocente pero terrible que anida en otras auras de la casete previas aun a la recepción de la pelea. La parla etérea.

Es lo que Juan allí mismo llama su "teoría visual de la cauta pérdida". En medio de un cálido bullicio de fiesta y los cantos de Enya, la voz del crítico dice, fuera de cuadro, mientras fija el tiempo de una copa de whisky y la velluda mano reposada de grande anillo cardenalicio, el anillo de oro con Simón Pedro caminando en el agua, hundiéndose, alzado por Jesús: "Allí donde hay presencia, está la

muerte. Pero es tu presencia, y es tu muerte". Otra voz, suave y profunda, evoca al místico: "Mira que la dolencia / De amor, que no se cura / Sino con la presencia y la figura". Y Juan responde: "Por eso hay que grabar sin pudor", y añade: "Eso es mi teoría visual de la cauta pérdida", y acaba: "Nuestro poeta lo llama la noche del alma, ¿no? Quien tiene conciencia, no muere, y vos lo sabés, cardenal de poca fe".

Yo entiendo. Yo lo entiendo. Y sé que Isá, Clara, el niño, volverán cuando menos pensemos.

Boto el aire. Saco del agua la bolsita del té, la dejo en el platico, al lado del pocillo, temblando menos.

La sombra de unos bolardos se alarga imperceptiblemente sobre la acera.

No sé para dónde va esto, pero hay cosas que debo decir, así nadie las acepte. Así me hunda y Verónica se hunda conmigo. Ella lo sabe todo, creo, y más que yo. Me sobrevivirá.

Porque, entre tanto, mi mujer ha asumido un comportamiento que me deja perplejo. Se ve en paz, no sé cómo ni por qué. Siente quizá que, en últimas, no vamos por tan mal camino. Una resplandeciente mariposa verdiazul se posa en la oreja del pocillo de esmalte rojo. ¿Qué diría Vero? Después de la definitiva noche del viernes 13, no ha querido hablarme más con mutuo espanto del taxista que vimos morir, de la rabia suya y mis evasivas ante la llamada de Isá que ella recibió, de su desesperación desolada por el estado alarmante en que llegué a casa. Ha seguido trabajando en sus obras, ha seguido gestionando la exposición de su tesis como magíster en Artes, el próximo sábado, solsticio de verano, Inti Reiki, más decidida que nunca, más confiada que nunca, y si se olió ayer la cerveza que me tomé y no me hizo reproche, esa fue su estrategia más astuta. Ha sabido mostrarme que puede estar más allá de las locuras en las que yo me meto, y en el peor de los momentos. No sé si esté dándome un mensaje, por fuera de su voluntad, con esa actitud tan segura, un mensaje delicado de suficiencia soberana suya, tal vez, pero también de cierta lealtad, casi de protección, sí, ¿o de apoyo?

No sé si ella calle ante lo más horrendo para tratar de superarlo. Ha descubierto la trama en la que estoy metido y ha visto hasta dónde pueden llegar las cosas, aunque, en verdad, todo es impredecible. Tal vez entiende que es más lo que ignora, y que lo que ha podido vivir y sufrir ya es mucho. De lo que no hay duda es de nuestro amor. No sabe, estoy casi seguro (no puedo estarlo del todo), que la mujer suicida de quien las noticias de tantos conocidos en Facebook han hablado, es la misma que la llamó. Pero yo le diría que el suicidio de Isáfora fue falso. Que fue un montaje, como el accidente de Clara. Y que por eso, porque estoy fundido en el patriarcado para la eternidad,

me sé liberado y condenado a la vez. Incluso le contaría que, en cambio, hubo el infanticidio en La Unión que no ocultó su farsa, o sea, que ni siquiera fue ya montaje, y que yo soy el único que lo lograría ver de ese modo.

Aquí la sabiduría, yo su culpable. No dejes de aprovechar tu oportunidad. Sábete viva.

El celular vibra. Son ofertas, saludos, avisos. ¿Tú crees que hay algo más que lo que tienes?

Me sé un loco, reo ausente que no mereciera la vida, que ahora deberá de huir para ganarla.

¿Cuántos muertos llevamos a cuestas?

Ya: mi diálogo de hace tres meses con Daniel en la clínica, en marzo, cuando Vero estuvo a punto de morir, me reitera que esa mi condena fue liberación y mi liberación la condena.

Mi pacto con la SIM, luego del Festival de La Unión, del escándalo por mi documental.

Lo tomas o lo dejas. El celular vibra más. Me hablan de una cena urgente con Sasha Grey.

Ja, ja. Desde luego, llegando a los cincuenta, uno está obligado a ser formal. Interesante.

En últimas, siempre habrá cosas mucho peores en este momento, en cualquier momento.

“Allí donde hay presencia…”… Sin bromas.

Esto de Hidroakabí va a ser terrible. ¿Qué me creen los idiotas? Contesto el mensaje de Poll.

Obedezcan, ya no saben qué camino tomar, me ruegan:

@#!-AUV

Va a ser espantoso, sí… más de lo que ya ha sido.

Mucho más.

Y todo por una misión…

Es: lo dicho, dicho está. Y como siempre, aun así me maten, yo voy a caer parado.

Capítulo 8

Llorar por la herida

–Andante majestuosa–

Y me describí a mí misma como alguien a quien, por desgracia,
Habían colocado entre gentes que, a diferencia de mí, estaban realmente enfermas.

Istina Mavet, en Rostros en el agua

Llegué a pensar que no ibas a venir, mujer

Me cogió la tarde, al fin. Ha sido un día muy extraño. Estuve escribiendo mi historia, como me lo recomendaste. O parte de mi historia.

La historia de todos solo se deja contar por partes. Por eso todo relato es metafórico.

¿Poético? No sé.

Sí, y no solo la narración, no solo el relato de un hecho o una serie de hechos en el tiempo es algo metafórico y poético, sino que la sola descripción de un cuerpo o un ambiente en el espacio también es fragmentaria y alusiva, y llama a la imaginación de los hablantes.

No quisiera sino rendir tributo a lo que sucedió o a lo que yo viví.

Y así sucede, así lo haces, solo que tu visión tiene algo más que decir, algo más que rescatar, yo diría algo más que significar, que la inicial disposición de los hechos. Así las cosas renacen, reclaman su carta de ciudadanía en la eternidad, en un cruce de eternidades que se pierden en el horizonte.

Bueno, tal vez. Yo siento que muchas cosas que habían quedado truncas pueden comenzar a rehacerse cuando las relato. Pero esto no me había pasado antes, cuando escribí un libro de cuentos que tú nunca conociste. Tal vez retome en serio mi vocación de escritora, tanto con ese libro como con el que hoy estamos escribiendo tú y yo.

Eso me encanta. Mira, trajeron rápido tu sánduche.

Menos mal. ¡Gracias, chica! Me muero del hambre.

Buen provecho.

Come tú también, come papitas.

Más tarde comeré algo, Alzbieta, gracias. Por el momento quiero

poder explicarte cosas que siempre he querido explicarte a ti más que a nadie, ya que siempre has sido tan amiga de Monedita.

Empieza, soy toda oídos.

…

Ja, ja. Te muerdes los labios. ¿Te quedaste en blanco? Yo sé que es una historia larga y compleja. Pero no sé por qué, tal vez por lo que decíamos hace un instante, no te voy a pedir que me cuentes la verdad.

Eso que dices le molestaría sobre todo a él.

Ustedes dos también fueron muy amigos. Tú nos presentaste a Pablo y a mí, no lo olvido.

Así es, todo tiene sus fases, sus momentos. Pero tratemos de concentrarnos, por lo pronto, en aquella pelea tan sonada en todo el ámbito del cine en Colombia, que tanto significó para ambos, es decir: para él y para mí, y que tanto me perjudicó, al menos en un principio, sin duda, aunque creo que, más profundamente, me ubicó en el lugar que yo debía ocupar desde hacía más de dos décadas en el mundo de la cultura de Medellín, cuando yo era el niño mimado de Luis Antonio.

Para mí, lo que ha habido es una pelea de gallitos, una pura pelea de egos. Yo conocí a un Julián y conozco a un Pablo muy distintos a esos que figuran en Facebook.

Pablo. Pablo A. "Monedita" Zuluaga. Yo le digo así, porque, aunque no le faltan contrincantes, es querido por todo el mundo. Tú le dices Pablo. O Pablito. Sí, lo recuerdo, que los presenté, que se hicieron íntimos.

En cambio yo no sé por qué nació ese odio tuyo contra él, ese odio tan evidente.

Tan asumido, querrás decir. Alzbieta, tanto odio, creo a ratos, no puede ser malo.

Qué horror.

Él y yo estamos reconciliados. Hace unos días nos encontramos y pude decirle, e incluso pude descubrir al decirlo, que mi odio no es tanto hacia él, o no es de ningún modo hacia él, sino hacia lo que el mundo nos obliga a hacer de vez en cuando, de modo inevitable.

Sí, él me contó que se encontraron y conversaron amistosamente. ¡Pero ya tantas veces se han perdonado para pelear de nuevo!

Esta vez es distinto, tenlo por seguro.

Trataré de creerte. ¿Pero por qué es distinto?

Porque accedí a una especie de claridad. Y ahora podemos empezar el relato por donde debía ser. Entendí que yo la guerra la había perdido. Que todas mis guerras las había perdido, contra El Parroquiano, contra Monedita, contra mí mismo, pero que esa derrota escondía grandes triunfos, porque en verdad, desde hacía días, yo había ya abandonado la lucha, Alzbieta.

¿Por ahí había que empezar, decís?

Sí. Hay que entroncar en el punto donde dejamos ayer. ¿Qué tal el sánduche?

Delicioso. Ahora sí voy a tomarme algo como para celebrar.

¿Para celebrar?

Sí. Voy a brindar por lo que decís. Porque a veces hay que abandonar la lucha. Y voy a brindar con un café, que es algo incorrecto para cualquier sabido en brindis.

Me parece bien. Y no brindemos. Simplemente celebremos con un café y una galleta corazón.

Eso es. ¡Chica!

Es el mejor modo de llamar a las musas.

¿Nos traes dos cafés con leche y dos galletas corazón, por favor?

Y es que, para abandonar la lucha, primero hay que haber luchado.

Con mucho gusto.

Gracias. ¡Muy bien! Sigue. ¿Dónde habíamos dejado ayer?

Habíamos dejado en eso mismo. En que, para mí, el estreno de Tratado sobre la mentira, mi documental o falso argumental sobre El Parroquiano, fue, todo en uno, ganar y perder. A fines de 2014, el ambiente estaba ya del todo caldeado para propiciar el mayor de mis choques con el mundo del cine, tanto con los críticos como con los realizadores, y con el mundo de la cultura de Medellín en general y con la cultura paisa en sí. Se había ido creando una atmósfera tórrida desde que pasé el documental por primera vez, en abril de ese año, en la Casa Museo Otraparte, lugar que yo adoro por el personaje que habitó ese lugar, el maestro Fernando González, pero también por los que lo administran hoy: Gustavo, Mauro, Manel… Ellos accedieron a mostrar la película porque son unos contestatarios, pero el propio Manel, que es documentalista, quedó desconcertado. Todos, y Manel en especial, esperaban un documental en la tradición, no solo de denuncia social, del llamado género documental, sino ya simplemente informativa. En cambio, yo desmontaba la idea de que la comunicación sea posible.

¿Y entonces qué estamos haciendo acá? ¿No nos estamos comunicando?

Estamos transformando historias, rehaciéndolas, dándoles un sentido, tal vez quitándole otros…

¿Pero tú no esperas que yo te crea?

¡No!

Bah, no te creo.

Ja, ja. Pues no me creas.

Sí. Yo entiendo de qué hablas. Es el viejo debate sobre el lenguaje como creador de la realidad, pero…

Viejo y nuevo, pero di, no quería interrumpirte…

¡Los hechos son los hechos! Gracias, señora. Esto se ve delicioso.

Claro. Los hechos son los hechos, y están más allá del lenguaje. ¡Salud con galletas! Pero por eso mismo los hechos objetivos no pueden ser comunicados sin que sufran una transformación, porque el lenguaje, y hablo incluso de la posición de una cámara de cine al filmar algo desnudamente, ese lenguaje, o la forma, determina al hecho de una manera en que hace que signifique algo, a veces contra la voluntad del que cuenta las cosas.

¡Sí! Pero eso es otro cuento.

Tal vez. O sea que la comunicación puede que sí exista, pero es tendenciosa por naturaleza.

Eso lo admito.

Y eso hace que lo que vivimos desde hace un par de siglos como una sociedad orientada por la información de la prensa, sea un engaño. Los mismos periodistas suelen creer que "contar la verdad" es posible.

Pero, a ver…

¡O bueno, que es muy fácil definir lo que es verdad!, ¡que eso no es una operación previa!

¿Cómo así?

Creo que, según Bloom… Harold Bloom, ¿lo conoces?

No quiero conocer a ese sujeto.

Bien. O sea que sí, ese machista dice, según recuerdo, que, para Kafka, en este mundo no ha pasado nada.

¿Y qué fue el holocausto nazi de nosotros los judíos, aunque yo ahora soy católica?

Kafka murió antes de eso, pero supongo que, según la interpretación de Bloom, para Kafka eso también sería algo así como una contingencia.

Para Kafka tal vez sí, porque para él todo podía ser y no ser a la vez.

Exacto. Creo que Borges dice que la tragedia de Hiroshima no es la de los miles y miles de muertos, porque todas esas muertes serían una sola muerte irrepetible, la de cada uno de los que allí murieron.

¿O sea que un solo asesinato, por ejemplo el de Gadafi, o el de Somoza o cualquier dictador, sería tan horrible como la masacre de seis millones de judíos, o de japoneses?

Eso dice Borges, pero incluso depende de si vos ves algún valor en la humanidad.

Pues sí, todo depende del punto de vista. Pero por alguna razón estamos aquí.

O por nada. Quizá tú estés aquí por algo. Quizá por algo distinto a lo que crees. Quizás eso que crees sea lo único que importe. A mí la incertidumbre es lo que me seduce. Pero cada vez me toca contentarme más con lo poco que creo que de verdad sé.

¿Y eso qué es? Yo en cambio creo a veces que no sé nada.

Hay algo que nos define, Alzbieta. Esas canas. Esta cicatriz de mi frente. El recuerdo que la acompaña. Pero eso solo es parte de lo que sé.

Sí. Algunos dolores súbitos en el pecho.

Las cosas se tejen al pasar y uno es parte del tejido que se teje.

O los libros que me dejó Rafa con una dedicatoria fechada.

Más a fondo, uno es el hilo infinito. El Ain Sof de ustedes, los judíos, o el jágiyi de los amazónicos.

No juntés esas cosas.

Son lo mismo, el aliento primordial, que aquí mismo estamos compartiendo, de donde nace la palabra.

Cristo resucitado, más bien, y el Espíritu Santo.

Está bien. La muerte vencida.

El libro de la vida.

De todas maneras, Jesús decía que simplemente acababa lo que había comenzado.

Sí. Del Tánatos en Jesús ya otros han hablado.

Mientras vivimos, nada está consumado para nadie. Pero hablo del cuervo, querida.

Del cuervo… Yo al cuervo prefiero escucharlo.

Estamos tocando la sustancia secreta. Esta lagaña, ese mosquito que se ha quedado en el queso azul, y cada segundo del queso en mi mirada y su adentro, son la escritura misma en su llegada y su final ardiente. Que se alce y rompa su propio destino no es posible, pero la vida es el tiempo. Mi mano para entrelazarse con la tuya, como ahora.

Te miro a los ojos y no sé nada.

Me miras y lo sabes todo.

Lo que hay que saber es lo que se ignora.

Amén.

Sigue.

¿Cuáles libros recordás que te haya dado Rafa?

Uf, hay varios… Rostros en el agua, de Janet Frame, era uno.

Qué bello, caramba, ¿y qué te decía él en la dedicatoria?

Tendría que mirar. Pero en todos me decía lo mismo.

No sé si preguntar qué…

Que yo era todo para él.

¿Así de fácil?

Así de simple. ¿Entonces a nadie le gustó tu película?

Tal vez al fin las palabras sí son más que palabras… Mira, el documental mío sobre El Parroquiano generaba mucha confusión, entre otras cosas, porque yo me decidí a hacer una parodia de un género o subgénero que se volvió tendencia hace poco en el cine documental, y es el llamado documental performático.

¿Y eso qué es?

Aquí en Colombia es como lo que hace Pirry, y en el mundo el que lo popularizó fue Michael Moore, pero viene con fuerza desde mediados de los ochenta por los métodos de un genio llamado Ross McElwee.

Ni idea de quién es ese señor.

McElwee daba a entender que para mostrar la realidad en el cine documental, todo documentalista debe mostrarse también en el relato…

Qué interesante.

Sí. La idea es que si queremos decir la verdad, no podemos escondernos.

Entiendo.

Lo que pasa es que, como yo lo veo, esto también es relativo.

Para ti todo es relativo.

Más o menos…

Ja, ja.

El problema es la palabra "ser".

Seguí.

Digamos que, dentro de ciertos parámetros, decir: "movete a la izquierda", sea algo que vos entendés con verdad. La verdad se define con parámetros, o criterios, y dentro de esos criterios no siempre es necesario que vos te expongás.

Ajá. Pero entonces no sería la verdad.

¡No jodás! No estamos hablando de la verdad, o de una verdad total, sino de cosas verdaderas dentro de lo que previamente, incluso inconscientemente, hemos definido como verdad.

Ja, ja. No te ofusques. Estamos hablando de la verdad de algunas cosas.

¡De una verdad relativa!

¡Eso!

El que habla puede estar de modo tácito, mejor dicho. Por eso yo le refutaba a una teórica catalana, mi amiga Mara Andréi, que el cine documental de pura observación estuviera, como ella decía, algo así como caduco. Pero hay algo más.

¿Qué será, Dios mío?

Ve, y a propósito, te tengo que contar de lo que hay en esta casete dorada.

Después me cuenta.

Es tenaz, Alzbieta. Tenaz. La cuestión es que ni siquiera la exposición abierta del creador en una película documental es garantía de que lo que se dice sea una verdad que se corresponda necesariamente con los hechos, una información real.

O sea, también el autor que se expone puede decir mentiras.

Sí. O puede absorber la atención como depositario de toda la

autoridad. Incluso, como suele pasar en la televisión, se puede volver una marca, una tendencia en beneficio de un canal institucional o una casa productora.

Es cierto.

Sin embargo, en términos retóricos, o sea políticos, el documental performativo, o al menos un documental en el que el autor de algún modo muestre su presencia o incidencia en el texto fílmico que es el documental, es el tipo de documental más efectivo en nuestros tiempos contra las verdades institucionales. Eso lo acepto y lo celebro. Yo adoro a McElwee, adoro a Alan Berliner, los documentales de Agnès Varda, en que ella se expone con toda su fragilidad. Incluso valoro mucho, por más de que me parezca que a veces se autoengaña, a Michael Moore.

Ese momento de Sicko en que él debe huir en su bote de la base de Guantánamo con algunas víctimas del sistema de salud norteamericano porque las fuerzas de seguridad le hacen ver que en cualquier momento les van a disparar, es impresionante.

¡Exacto! O cuando discute sobre la Segunda Enmienda de la Constitución estadounidense con Charlton Heston en la propia casa del actor, en Masacre en Columbine. Hay muchos momentos parecidos de gran valor para el cine documental en la obra de Moore. De hecho, Roger y yo fue una película que abrió brecha en 1989, porque no solo popularizó el documental performático, mucho más incluso que Sherman's March, de McElwee, que había ganado un Oscar en 1986, sino que además esa popularidad enorme de Roger y yo le dio alas a la televisión pública hasta un nivel inusitado en Estados Unidos, algo que los regímenes republicanos no han sabido cómo combatir, pero que ha dado mucho poder a la comunidad y que incluso ha sido de gran influencia en países como Colombia.

Qué bien.

Sí… A mí el que primero me habló de Michael Moore fue Luis Antonio, hace veintiocho años. Él valoraba el tono entrañable de Roger y yo, su incidencia en el modo de comunicación del documental. Pero la persona que me hacía caer en la cuenta de las repercusiones políticas de esos quiebres formales era Juan Carlos. Él se mantenía al tanto de otras informaciones, leía más teoría. No era un crítico clásico, como Luis Antonio, sino más académico, pero pocos valoraban esa postura, sobre todo porque su actitud incómoda parecía en ese momento cosa del pasado.

Claro. Yo de eso ni me daba por enterada, pero lo que sí era evidente era que para Luis y Pete, y para casi todos, Juan era un mamerto.

¿Tú también dices esa palabra?

Perdón, Juli, me tocó aguantar a muchos mamertos y su cantaleta en la universidad.

Bien. Entiendo. Pero Juan era apacible, dentro de todo.

¡Déjame reír! Apacible, sí, para el que no lo leyera.

Pero es que la escritura es otra cosa.

Hablemos de Juan otro día. Te prometo que te oiré y también te contaré cosas que tal vez no sepas. Dime, más bien, ¿por qué te parece que, dentro de todo, Michael Moore nos engaña?

¿Yo dije eso? Yo dije que se autoengaña.

Es lo mismo.

Eso en cambio lo conversé mucho, y muchos años después, con el profesor Cock. ¿Tú lo conociste?

No.

El querido Isaías, que está desaparecido.

No puede ser.

Sí puede ser. En este país desaparecen a la gente. El estado la secuestra, la tortura o la mata de inmediato y bota el cadáver donde nadie lo encuentre.

No solo el estado.

Concedido. No solo el estado. Pero el estado da cátedra en el asunto, y como, según nuestra Constitución Política, su deber es cuidarnos a todos, por eso sus crímenes son peores que los de la guerrilla, por ejemplo, o que los de la mafia de antes. ¿Parezco un mamerto?

La verdad, sí, pero tienes razón, Juli.

Y eso que Isaías es de familia prestante, y sin embargo lo desaparecieron hace meses, en las puertas de la Universidad Ática.

¿Es compañero tuyo en la universidad?

Sí. Y justo por nuestras conversaciones yo me decidí a hacer el guion de Tratado sobre la mentira como una especie de Michael Moore desubicado. Pero entiéndeme, Alzbieta, si las sutilezas sobre el documental en el cine contemporáneo son desconocidas incluso para la mayoría de críticos y profesores, pues casi todos suelen seguir la cómoda línea clásica que Luis Antonio preconizó casi como una virtud en sí misma, una postura atenta solo a la supuesta expresividad natural del artista como definición del cine, o a las calidades formales de la película en función de esa expresión individual o estética, y abstraídas de todo lo demás, entonces una película como la mía, que era sutileza de la sutileza, una parodia seria, o forgerie, como la llama Genette, era un tipo de documental de ensayo muy difícil de asumir por cualquiera.

¿Y eso lo supiste aceptar?

Hoy lo acepto. Pero lo curioso, y lo que me salva en cierto sentido ante mí mismo, es que la película resulta ofensiva para muchos que se las dan de entendidos y no obstante es entretenida e incluso clarísima, aunque muy perturbadora, para espectadores más comunes y

corrientes, digámoslo así.

¿Qué quiere decir "un Michael Moore desubicado"?

Esto es clave. Tú recordarás que una de las cosas más significativas que le dice Charlton Heston, el presidente de la Sociedad del Rifle, a Michael Moore, cuando este va a visitarlo y conminarlo por la defensa que hace la Sociedad del Rifle a la venta indiscriminada de armas de fuego en los Estados Unidos, es que, según Heston, Michael Moore ha actuado inteligentemente al hacer parte desde niño de esa misma Sociedad del Rifle. Lo mejor para el documental o para el espectador, en todo sentido, es que Moore confiese esa membresía desde el principio. Sabemos que alguien nos habla muy bien apertrechado desde la entraña misma de las élites blancas.

¡Ajá! Eso es estar bien ubicado.

Sí. Yo en mi documental hago lo mismo pero al contrario. Confieso, digamos, en la voz de un yo falso, mi pertenencia a un grupo de poder muy específico, exclusivo y privilegiado, como una limitación.

Ya entiendo. ¿Y por qué una limitación?

Porque ese grupo de poder, que no es otro sino la SIM, podía hacer y deshacer no solo conmigo, sino con la vida de Verónica, de la propia Clara, y por supuesto con la mía.

Ven, tú ayer me dijiste que lo de Clara pasó hace siete años, pero eso solo fue hace dos…

Ese error mío me demoraría explicándotelo, no tiene explicación. Podría haber dicho uno, o dos mil años… Es una historia de veras larga, quizás infinita… Yo hoy por hoy viajo en el tiempo…

Avemaría…

No sé ni qué daños soy capaz de hacer, qué cambios provocar. En cualquier caso…

Mejor me callo.

… no hablo tanto de que ellos, desde la SIM, me pudieran matar, y luego desde más arriba de la SIM, o las pudieran matar a ellas, lo cual efectivamente podían hacer y aún no sé si incluso sí lo hicieron con Clara y su acompañante, aunque me parezca obvio que así fue, sino que la vida misma de la familia y la integridad de mis amistades podía convertirse en algo indeseable, y eso en algunos casos me frenaba en la acción revolucionaria por cuestiones de ética. Es muy difícil que alguien cercano al poder pueda combatirlo efectivamente, porque los lazos afectivos están muy al aire. Aunque, tú lo sabes, tampoco es que eso me haya detenido. Tanto la cercanía al poder como el depender en lo económico del poder son obstáculos para hacer la revolución, y no simples pretextos para no hacerla, pero uno no debe dejarse maniatar del todo por ellos, diría yo.

¿Y vos hablás de Clara en el documental?

Sí, tangencialmente, o sea: no digo su nombre, y tampoco cuento su historia. Es que el video es una parodia del documental performático, y por cruel que suene, si hubiéramos privilegiado los sentimientos, nos habríamos distraído realmente, nos habríamos dejado manipular por la crueldad del patriarca.

De eso paródico te quería hablar, ¿qué es eso del yo falso?

Yo cuento parte de mi historia personal con El Parroquiano encarnando a un personaje de ficción que asegura hablar de frente. Incluso algunos momentos son fragmentos de una película de Alfred Hitchcock, Los 39 escalones, doblados al español paisa con parlamentos inventados para que cuadren. Al personaje que me simboliza y que yo encarno como actor de cine de ficción, lo disfrazo como al protagonista de Los 39 escalones, y me dejé crecer el bigote como él. Pero en la trama se llama Donat, Robert Donat, o sea: como el actor de la película de Hitchcock…

No entiendo nada.

¡Es que nadie tiene por qué creer que el que aparece en la pantalla soy yo, ni tiene nadie por qué creerme, ni siquiera tiene por qué pensar, razonablemente, que yo pretendo que el espectador me crea! Todo eso son convenciones que yo desmonto en beneficio de algo más profundo que surge en la imagen cinematográfica, más allá de que sea documental o ficción, o incluso una animación, un dibujo animado.

¿Y qué es eso más profundo que surge de cualquier imagen?

La persuasión de lo visible… Sobre todo si lo visible se mueve, tú crees que tiene vida propia y además una correspondencia histórica, así sea alegórica, un nivel, digamos, de existencia trascendente. No nos damos cuenta, pero todavía miramos la imagen audiovisual como mirábamos el fuego hace milenios, preguntándonos si el aire está vivo, si desde la nada nos miran, si somos reales o si somos la realidad misma que lo otro habita.

Me vas a perdonar, pero me estás haciendo dar un escalofrío al ver ese charco que nos dejó la lluvia de ayer y en el que se reflejan de costado y al revés los árboles y los techos de una casa de Laureles, como si las lágrimas pudieran reproducir el alma de un mundo en su figura mortal, fugitiva.

Somos cosas entre cosas, todo es vanidad y al final no hay nada, solo una imagen total, habitada, que se mira y se comprende. Voy a pedir un agua aromática. ¿Tú quieres? Eso del agua es importante, Alzbieta, las lágrimas o la sangre que empozadas nos reflejan o llevan el canto de la tambora. Rindámosle homenaje a la voz teñida que nos preserva.

No, gracias. Más tarde. Uf. Qué cosa. Le haces un gesto a la mesera, como si nada, y a mí todo me parece una ficción que flotara en el aire perfumado y nos llevara como muñecos de ventrílocuo endiablado al fondo blanco de una historia negra.

Dame una agüita aromática, por favor. ¿Tienes de albahaca?

De manzanilla en bolsita, de frutos rojos en infusión, de la casa… y ya.

Tráemela de manzanilla, por favor.

Perfecto, ¿algo más?

No, por el momento no.

Muy bien. Con su permiso me llevo esto.

Gracias.

Pero, bueno… tu documental entonces no es un documental, sino una ficción punzante como el olor de la marihuana en El Farolito de Bajo el volcán.

Yo creo que es un nuevo género. Es un transgénero, un falso argumental.

Falso argumental… Eso es bárbaro. ¿No te apoyó Pancho Espina cuando dijo que su clásico Amarrando pueblo era, como tú decías, un falso argumental?

Claro, porque ni Amarrando pueblo ni Tratado sobre la mentira son ficciones como cualquier otra, sino una ficción distinta, o sea, en las palabras de Bill Nichols sobre el documental, una ficción pero no como cualquier otra: son ficción documental. ¿Cómo sucede eso en mi película? Resulta que Donat, que se muestra como representante de su propia historia, un puro performer, se da cuenta de que ha levantado polvo con sus escritos y con un grupo que crea en Facebook contra El Parroquiano.

¡Ahí es inevitable que la gente no pensara en vos!

Por supuesto, porque todo documental, contra ciertas cosas demasiado taxativas que a veces dice Monedita, es coyuntural en muy buena medida, pero además porque yo hacía el papel de Donat.

Papel que te representaba a vos y tu historia.

¿Ves que el juego es muy claro? Lo que pasa es que remece tan fuertemente nuestras ideas sobre la identidad que la mayoría de los que me conocen o saben de mí o me identifican por la cara, no lo aceptan o se sienten incómodos.

Eso me dijo Pablito. Eso fue lo que pasó.

Te lo habrá dicho a vos, pero no lo dijo así nunca en público. En público solo deslegitimó el video, ¡y con unas mañas! “Julián, póngase la mano en el corazón y dígame si esto le parece de verdad presentable”… Algo así dijo, no lo otro.

…

Como diciendo: cada uno en su lugar, aquí el que califica es el crítico, y no se le olvide, artista, que aquí el crítico soy yo. En cualquier caso, lo que vuelve a la ficción realmente documental en mi

película es que, cuando Donat ve amenazada la integridad moral de otros por su trabajo mediático contra El Parroquiano, que incluye el documental que estamos viendo, y cuando decide huir y esconderse, pues callado no se va a quedar, pero debe disfrazarse, asume la identidad de un desconocido, el mismo que firma el video que estamos viendo. Mejor dicho: el personaje se convierte en el autor real del video tal y como a este autor lo identifica, más que el público coyuntural, la historia, el ágora de la historia.

Me perdí.

Al final, Donat oculta su identidad para preservar su mensaje, pero asume el nombre del director real del documental.

Ya veo.

Y de todas maneras ese mensaje no busca más que responsabilizar al espectador y a los lectores de El Parroquiano de sus propias visiones, lecturas e interpretaciones de las noticias y las imágenes e historias en el cine, sea documental o de ficción, para que no traguen entero.

¿Para qué?

Dije "para que no traguen entero".

Muy bien. Todo eso está muy bien. Pero nadie te entendió. ¿Por qué?

Hubo muchos que sí me entendieron, pero no sabrían decirte bien en qué consistía realmente la película, no les quedaba fácil desenredar la madeja por donde habían flotado, y es que el documental o falso argumental que hice era un juego de espejos como los de Cervantes u Orson Welles. Lo peor es que al final yo hice algo que le había visto hacer a Andrés Caicedo en un cuento o en ¡Qué viva la música!, no recuerdo ya, y es que de pronto el narrador o la narradora se frena y le dice a los lectores: "Vean, esperen, todo lo que yo les he estado contando es mentira".

Ajá. Y se te ocurre hacer eso en un documental.

Sí. Es un rompimiento alucinante. Pero como esto sucede cuando al protagonista al final ya lo amenazan de frente y siente que lo van a matar, la sensación que queda es que, al contrario, él sí cree en todo lo que ha dicho contra El Parroquiano, y que solo miente cuando dice que miente, para salvar su pellejo.

Esto es una locura.

Lo acepto. Y como Donat se ha convertido en Julián Andrea Sánchez, muchos pensaron que yo me había acobardado, estaba callando secretos terribles de mi familia o de Daniel y sus amigos, o que me había vendido para difundir la especie de que nada es verdad y todo son hechos alternativos.

A mí me parece, por lo que cuentas, que el documental muestra más bien el entramado interno de lo que es la información hoy en día.

Pues debí mostrártelo para que escribieras. Nadie quiso hacer

contrapeso a la información hegemónica de El Parroquiano en Antioquia por medio de una simple alusión o incluso algún ataque a mi película, aunque todos hablaban en voz baja de ella y el fenómeno que se venía caldeando. Pero aún faltaba lo peor.

Me generas curiosidad. ¿Y qué dijo más exactamente Pablo?

Me eludió hasta donde pudo. Ay…

***

–Acaso ameno, tentempié–

¿Qué pasa? ¿Por qué pones los brazos en la mesa y descansas en ellos tu cabeza, sobre cuyas orejas ya veo algunas canas?

…

Calla, calla, mi amigo. Piensa todo lo que quieras. Yo acariciaré entre tanto los bordes ajados de la caja de esta casete dorada, recordaré que es mucha vida la que se ha ido como arena entre los dedos, que yo misma me he negado a saber de verdad lo que he vivido y ahora ardo en deseos de saber qué es lo que tú viviste como parte del camino que iniciaste tan cerca de mí, con Luis Antonio.

¡Hay tanta luz escondida en mi corazón! ¡Déjame tomar aire! Te contaré una historia rota, un todo por pedazos, que sola y entera es también, por sí misma, estoy seguro, parte de un algo más entero y profundo que nos identifica y soporta y colma y que ella simboliza, me parece, a la perfec…

¡Dios mío!

¿Qué pasa?

…

¿Por qué te tapas la boca?

Juli… Es que… Alguien acaba de pasar al frente que no pensé nunca que la iba a volver a ver… Alguien que se me murió, que se había ido para siempre… ¿Dónde estoy, esto es real?

¿Vamos a buscarla? ¿Quién es?

¡No, no, por favor!, ¡no mires, no corras, quédate acá, siéntate, quédate sentado…! Tal vez no tenga importancia… Jadeo, busco aire, miro a todas partes, miro hacia allá y no veo a nadie, te miro, ¿qué sabes tú…? Tal vez el hecho de ver a esa mujer viva, no sé, o el hecho de ver y nada más, porque alguna vez, esta mañana, ya la presentí a ella, o porque la supe viva un día y no puede ser que ya no sea, eso es, tal vez el hecho de verla y de saber que la vi me demuestre justamente que estas cosas, las cosas, no tienen la menor importancia, nunca la tuvieron y nunca la tendrán, porque todo es, porque si ellas son, todo lo pueden ser…

Estás llorando sangre…

El sol, el sol pudo ser al fin un paraje, ¡Julián…! ¡Estoy temblando, la

tierra tiembla cuando cualquiera tiembla, es la noche lo que tiembla…! Un lugar el sol, pudo haber sido, en dónde acogernos, y más, adónde volver, pudo ser sí real la vida, querido Julián, déjame tomarte ahora yo de la mano a ti, porque caigo hacia el arriba, viejo amigo, y lo que fue es…

Te la tomo también yo a ti de nuevo y por siempre. Tu rostro despide un fuego que no quema, no eres la zarza ardiendo, sino la llama que se hace, el fuego que se queda.

Cuéntamelo todo ahora sin temor y yo te contaré un día todo lo que necesito olvidar, no sé ni lo que digo ni lo que vivo desde esta mañana, en un ritual de piedras santas…

Pensé, en un primer momento, que la persona que viste era Juan Carlos, a quien yo volví a ver después de muerto, y hay otra historia ya en mi mente…

¡No! ¡No! ¡Era yo misma, no sé si vuelva, pero soy del Libro! ¡Es la vida retomada como un hilo roto en el laberinto, una novela que nos pone de frente al corazón del agua!

Tengo valor ya para hablarte, Alzbieta, para recomponer con amor la herida que llora mi corazón muerto.

¡Habla, habla y resucitemos, valientes guerreros, dignos en el error, la derrota y el extravío!

Toda mi populosa gresca mediática con Monedita o, como tú le dices, Pablito, populosa porque participaron muchos, y mediática porque hay rastros suyos en blogs y está consignada en redes sociales, tuvo episodios concatenados. Algunos de ellos fueron solo conversaciones privadas que comentaban o preludiaban los episodios públicos, e incluso podían explicarlos, pero quedaban invisibles para la gente, que solo accedía a una cara de las cosas, la maquinación que más favorecía a Monedita, un mago de las redes, mago de la manipulación. Yo quedé exiliado del mundo del cine, y si estaba desempleado desde la pelea con El Parroquiano, ahora no tenía ningún horizonte que recuperar, y por más que tratara de suavizar el trato con Monedita manteniendo mi posición política, ante el mundo que nos rodeaba todo lo que yo hacía parecía meras patadas de ahogado… Eso es lo que generan las discusiones mediáticas y las polémicas académicas: cualquier cosa menos un diálogo constructivo, es solo la ley del más hábil.

Te sigo, te sigo con dificultad, pero te sigo. Tu ironía perdurará a través de las eras.

No soy el único. ¿Te sientes absorbida por la aparición que has visto?

Sí, pero a tu lado, y desde esta mañana, sobre todo, ya nada me asombra, realmente. Lo que siento es el impulso imperativo de hacer preguntas a quien también le daría vida a las piedras, pero debo de contenerme, debo de esperar, al parecer mi tarea es mi poder loca.

Yo también he visto a otros, Alzbieta, sí, además de encontrarme y conservar recuerdos de Juan Carlos resucitado también vi a Clara, y esto era mi secreto, la vi el día en que Daniel me planteó un pacto con la SIM, a la difunta Clara, ayer no me atreví a contártelo, y creí al principio que era un sueño, un sueño con mi muerta, pero si ya también había olvidado hasta hace muy pocos días que por esos años vi a Juan Carlos, como te dije, mucho tiempo después de que a él lo mataran, al principio de esta travesía inclemente, dime entonces a cuántos no habremos visto que no recordamos vueltos a la vida… ¿A todos? ¿Serán los sueños recuerdos? ¿Por qué los olvidamos? ¿Y lo que olvidamos o recordamos no fue real, así fuera un sueño, una luz sobre otro mundo que ilumina al nuestro? Esto lo cuento ahora, por vez primera en la vida, y no me deja morir, es una liberación el hacerlo, todo es real, hasta a Verónica se lo he ocultado, y no sé si en últimas me vaya a dar miedo o alegría el contarte mañana lo del niño de La Unión, ni sé si sea verdad o sea mi locura prever el recuerdo, confiar en lo que no existe pero vemos bailar sobre el filo de la montaña.

Habla, habla…

Hablar… Juan Carlos me habló ese día, Alzbieta, de la Jerusalén resucitada, y Clara me dijo “los muertos están volviendo”. No le temas a la sífilis, no le temas a nada.

Ya no tengo cómo refutarte, pero esto es tan aterrador que me exalta en júbilo. ¿Tú eres Pessoa? Para resucitar todos deberemos morir.

¡Y para morir todos debimos vivir! Este es el lugar y el momento de la verdad, Isáfora…

¡¿Qué has dicho, demente?!

Perdón, Alzbieta… Te dije el nombre de una alumna brillante que tuve, la célebre víctima de estos días…

¡Julián, por favor…!

Te ha afectado mucho mi error… ¿Seguramente has oído la historia de esa chica…?

Yo… Dios mío, sigue con tu historia, que es mi historia, la parte tuya de mi vida, tuya, tuya y no mía, me lo repito y no puedo creerlo, porque soy tuya y me resisto a ser tuya, o del cuervo.

No puedo, si todas las lágrimas de sangre suben de nuevo, si saltan del suelo, tal y como lo veo, y retornan al nido, si vuelven, las lágrimas de sangre, si regresan por tus mejillas… Siento que estamos haciendo lo correcto, porque hablamos de la infamia real que hemos vivido y liberamos su misterio sin misterio, pero ya no me atrevo a hablar más… ¡Ja, ja, ja!

No sabes, rayo de luz amarilla, cómo me interesa toda tu historia, toda ella, lo que tiembla eres tú, no la noche, hasta entender quién te quebró con justicia el diente pero sin necesidad y te dejó la cara así como lo

publicaste al amanecer del sábado 14 en Facebook y así como la tienes ahora de marchita y presta al último daño de la muerte impecable, sanadora.

Me haces estremecer con tus asociaciones que vienen del rapto común y no común… Para allá voy, querida amiga, no lo dudes, pues sé contigo lo que es hablar de veras sin deseo, lo que es valorar al otro por sí mismo y perderse uno en su realidad, o encontrarse. Nunca le he temido al lenguaje, pero parece de verdad algo terrible y algo asombroso o milagroso lo que ha sucedido, lo que nos está sucediendo, y tú quieres oírlo con un sadismo irreparable que otros quisieran condenar, como una actriz porno que revienta o que renuncia.

Sí, señor, así es. Y ni siquiera sé si es para sanarme. Esto es también la parte mía de tu vida.

Puede que sea la parte nuestra de la vida de Medellín, incierta, falsaria, pero oye, Salomé, tu tránsito en esta villa vil, perdónala, es algo que ni sus inocentes testigos van a entender.

El tránsito de todos, querrás decir. Fuiste una celebridad y luego un hazmerreír, eso sin duda es obra nuestra. En ese punto estamos, Josefina, la cantora, y no te me pierdas, devastadora.

Todo aprecio excesivo suele terminar en frustración, si no en tragedia. Eso me recuerda lo que dice Sterling Hayden en Casta de malditos. Que la gente está pendiente del artista para ver su fracaso, o su caída, sea quien sea. Pero la caída sádica es de todos, y a veces es mortal.

Yo justamente quisiera oír también la versión de Monedita.

Ajá… y yo la de Macbeth.

Siempre te agradeceré el que me hagas sonreír.

Yo te amo porque me entiendes, pero es en serio. Sospecho que Otelo se negaría a contar la versión suya, o que la reduciría a cosas muy básicas, quizá no sería tan poético como el dramático Shakespeare, tan retorcido, tan lírico. Y sin duda que a Desdémona la mató el lenguaje.

Usted a veces se pasa de la raya, se lo digo…

En cambio, yo quisiera ir atrás, como un pervertido, como un homicida que no reconoce su crimen, que no atina a verlo, ¿me entiendes?, pero que sabe que lo fue aunque no lo haya sido; quisiera rayar el papel, Alzbieta, antes de la salvación, no la pantalla, decir sin recordar, ¿me oyes?, deshilar del agua quién quería ser yo en el cine, maldita sea, o en lo que fuere, y por qué reaccioné retirándome de ese mundo feliz cuando Monedita me dejó ante todos como un escueto insano, ante mí mismo y la Sagrada Familia, tú sabes, somos del gremio. Sus contribuciones enderezaron mi rumbo, solo de camino hacia el destino remoto.

No era necesario que te retiraras de la crítica, tal vez te parezca yo muy ingenua, pero te puedo o te necesito ayudar a ver mejor ciertas cosas, déjame recordártelo. De lo superfluo de tu retiro hablaba tan solo hace unos días con Equis y Calenda, que estuvieron por aquí.

Sí, ellos y algunos amigos, Baúl, Víctor, me insisten mucho en que en vez de alejarme, lo mejor para el cine nacional habría sido el que yo insistiera en mis puntos de vista.

Así es. Aún estás a tiempo.

No. No es tan fácil cambiar de vida, y yo ya lo hice. A propósito de todo y muy a propósito de nuestro tema, alarguemos la palabra, cuéntame, ¿cómo están los estimados Equis y Calenda, son felices?

¡Como todo el mundo, Juli! Se te nota la rabia. Perdón por mencionártelos, pero pudieron ser otros cualesquiera los que mencionara con amor. Son muchas las personas que opinan lo mismo sobre tu silencio de los últimos meses en los medios de comunicación y las redes sociales como crítico y aun como realizador.

…

Bien. Equis y Calenda ahora mismo están en Yosemite, pero pronto irán a los Glaciares de Montana. Todavía trabajan para el Servicio de Parques Nacionales de Estados Unidos.

No los envidio. Tampoco sabía. Supongo, para seguir en el fondo de las paradojas, que también tanta belleza debe de ser deprimente. Yo sé por qué te lo digo, si todas las mañanas me despierto pletórico. ¡Vea pues!, ¿quién se lo iba a imaginar? Me alegra por ellos el que hayan conseguido aun más de lo que muy bien se merecen. También un viejo amigo del combo es dictador en una isla del Golfo de Aden y no tengo ningún reproche que hacerle a su comercio de esclavos y su armada indestructible. Casi los he olvidado, pero siempre es lo mejor recordar nítidamente el pasado más insólito y peregrino o traumatizante, lo bueno y lo malo que se vuelve bueno porque, hasta cuando es terrible, se va y al fin lo podrás ver de lejos y valorarlo como una alerta postrera, un saber auténtico y, no hay duda de ello, tiernamente humano. Mis respetos a todos. Lo que pasa es que todo cambia y todos cambiamos a cada segundo, o nos cambian, y nuestro deber interminable es enfrentarnos a nosotros mismos, Alzbieta, así es, a nuestras ilusiones o engaños, y te lo agradezco el que los traigas a esta conversación. De lo que no te deberías extrañar es de mis palabras rabiosas. Un año es un abismo, ¿sí me entendés? El hoyo, el orco. Un primero de enero es una fiesta porque uno brinca a cada instante años y años de suerte negra que blanqueamos pero se nos quedan adentro. O sea que nadie le debería exigir demasiado a nadie, ni ellos a mí ni yo a ellos, casi ni sugerirles nada sobre su vida, escúchame, porque los virajes son cosa que nadie se imagina, y el otro es cuestión de total reverencia. Déjame seguir sobre este asunto. Yo

los saludo sabiendo ya que ahí no saludo a nadie. A fines de los noventa, Equis me recitó:

años locos no los que se van
los que vienen

Lo imitás muy bien. Hermoso.

Hoy todos somos otro muy distinto al que los demás recuerdan, aunque yo no dejo de evocar día a día y con admiración la sabiduría de quienes fueron pero no pueden ser ya mis amigos, incluso nuestras torpezas o iniquidades. Tan solo pregúntate qué harían ellos si yo les dijera qué es lo que deben hacer, qué harías tú si yo juzgara tus decisiones por lo que recuerdo o me dicen de ti. Hoy, cuando me los encuentro o muy de cuando en vez hablamos por teléfono, me hastían los sermones o indirectas de un desconocido, nuestro amor de antaño, las bromas más encantadoras, están envenenados por lo que dejamos de ser, no soporto ni siquiera sus expresiones de afecto trasnochado, que llegan de otro lado, no desde quienes hablan realmente, ni le creo a sus insultos, pues ellos ya no me hablan ni a mí tan siquiera, creen que sí, pero no, le hablan a otro, y yo hago igual. Mejor dicho, somos como fantasmas ellos y yo. Y como ya no sigo redes, acepto que me importa muy poco lo que hagan o digan, y sin embargo, aquí quería llegar, yo sigo siendo objeto de interés público, o casi un objeto, sobre todo, y más bien de los intereses inconscientes de cada uno de ellos y de todo un universo de miradas, objeto de yo no sé qué expectativas insatisfechas de amigos y enemigos y semejantes. Lo más natural es que yo diga y deba defender el que no estoy para darle gusto a nadie, que me volví, haz de cuenta, si quieres, más o menos como Britney Spears en las noticias…

¡Ja, ja, ja!

Sí, tal y cual, soy su viva imagen.

No exageres. Es un truco para hacerme reír. En verdad no somos tan distintos a Britney Spears. A mí tampoco me entiende nadie, por más que trate de hacerme entender.

Así es. ¿Qué es lo que tanto te exigen los otros, o por lo que te buscan calificar? Yo he cometido ese mismo error, por supuesto, el de validar o descalificar a los demás con enorme solemnidad. Lo que habría que hacer es ver Persona, de Bergman, dos, tres veces por semana, y ayunar.

De acuerdo.

Ahora no me malentiendas ni juzgues con el debido rigor por esta innegable injusticia, pero de mis viejos amigos hoy solo puedo decir, y hasta con cariño: que se mueran y los entierren, por muchos motivos lo digo, sin una palabra más y sin una palabra menos.

Qué cruel. El rigor de hierro que temes o del que te quejas solo es el tuyo.

Tampoco sé si los llore, pero no molestaré en ningún velorio.

No seas tan duro con la gente.

Hoy casi no he llorado a nadie, pero en la vida he hecho varios lutos por mí.

Y terminaste por tener un corazón de piedra.

No, Alzbieta, no es el corazón: yo soy una piedra. Tal vez una piedra que llora, pero una piedra de granito. Y que no me recen, sobre todo que no lo hagan en Facebook.

¿Sí viste lo que acaba de pasar?

Sí, los cuervos son animales muy inteligentes y saben a la última potencia que estamos hablando de ellos. Mi novela, querida, será mi última carta, es ya una carta escondida, y su mensaje es ese, la carta del Loco.

¿Está a dos pasos y nos va a hablar?

Así al menos también para lo otro seré, si ya no esa piedra que digo, quizá sí un grano de arena en la historia del Sahara, que pasa y se va, sigue su camino sin mirar atrás.

No. Se fue volando.

Un grano de arena en el zapato más viejo, pareciera ser, en el más gastado, el que no duele si no fuera porque atrás queda el Sahara, lejos, perdido. Eso seré, o una piquiña en el ojo de los buenos. Su vena infinita de mudez en los oídos.

Inspiración no te falta. Ve… Estoy a punto de irme sin más explicación.

Yo no vine a ofrecer el corazón, Alzbieta, pero tan solo porque no es otra cosa lo que hice desde siempre en esta vida, desde que me conociste en casa de Luis Antonio.

Ajá. Sí, mira… yo te entiendo. Pero no es fácil de aceptar un corazón tan encallecido.

Resistente, nada más, amiga mía. Nervios de acero. ¿Creerás todavía que soy el mismo Julián que conociste?

Sin duda que no. Eso puedo certificarlo.

¿Suponés que tenés remota idea de quién soy, o incluso de quién fui, o de por qué situaciones he pasado? Sobre todo, ¿te alcanza la imaginación para saber qué significa ser Julián Andrea Sánchez, o cualquier pedorro en realidad, como lo soy yo?

Tú no eres cualquier pedorro.

No cualquiera, no. Está muy bien que nos demos cuenta. Y es que, dime, para dejar en paz a los amigos del ayer, qué tanto puede importar hoy el que muy poco importó antes, querida, o el que tanto molestaba. ¿Será que esperamos que yo vuelva a mi estado anterior, cuando era tan bueno que no hablaba? Nada de eso es posible, y lo peor es que tampoco soy el parlanchín que fui luego. Lo que soy ahora ni yo mismo lo sé. Pero de algunas cosas soy impávidamente consciente, y me piden coherencia. A mí me dejaron todos solo en mi

lucha con El Parroquiano y luego con Pablo, quien estaba muerto de miedo de lo que ese periódico infame hiciera, y si me dejaron solo no fue porque quisieran, eso es lo maldito en sus almas muertas, sino por una causa posterior, o bien, en consecuencia, ¿me hago entender?, en últimas, quiero decir, aunque en un momento dado muchos estuvieron de acuerdo con mi lucha, nadie se atrevió a hablar, y esa es su traición a ellos mismos, a ellos, a ellos, no a mí. Y sin embargo, eso sí, alquilaban palco, boquitas pintadas, y yo me daba cuenta, aplaudían o abucheaban a su modo, así huían de su triste condición, o más bien, muertos de hambre, así cumplían lo que los políticos saben que la piara les promete y les da, el ser apenas ese público al que nos debemos, sin acción, como el coro universitario del que habla Fronesis en el capítulo X de Paradiso, suspendido en el abismo bobo de su moralismo bufón, anulado por un satán de felpa. En otras palabras, es el circo de Sófocles: en eso sanguinario y pervertido quedó convertida la cultura ya desde hace mucho, sin purificación, desde La Bastilla, sin la menor catarsis. Por eso yo digo que lo más elevado en el arte de nuestra época, Alzbieta, fue el álbum de Panini de los años 86 y 90, el más sublime ballet, tal vez el del 94, auge y derrota del genio de Maradona, grandioso payaso llorón, el mejor. Solo que yo prefiero a las cortes venecianas o florentinas, a los guerreros feudales del Japón, venenos más ásperos, menos perfumaditos, un arte más suicida y más lúcido, no sé, más noble, astringente. Y sigamos con la historia de Monedita, si te parece.

No sé qué es el álbum de Panini.

No importa, ese es el asunto. A mí me gusta el fútbol, avemaría, pero el de potrero, y dejémoslo ahí. Libardo Vélez, gente así.

¡Ese fue un cuchillero!

Eso es, hablemos entonces de puñaladas traperas… ¿Ves cómo todo se relaciona, quieres que te cuente bien? Como el Indio Fernández, pero bien lejitos de los estudios…

¿El Indio no mató a uno?

Hablemos de machos alfa, de gais y feministas alfa, plomo es lo que viene, ¿no es así?, dicen los uribistas, pero es normal, comentan los marxistas… Yo solo soy un macho omega.

Megalómano.

Dije omega.

Está bien.

El último de la fila. Cuando niño, me hacía adelante en todos los auditorios, pregúntale a Álvarez Gardeazábal. Ya no. Ya ni entro, ni aun cuando me inviten. ¿Te sigo contando?

Estoy aquí. Sin hambre.

Alzbieta, hermosa…

Voy a pedir unas cervecitas. Hasta que nos echen. Ya le hice señitas, ya

Aníbal entendió, ya nos traen las bebidas. Me encanta conversar contigo.

Y a mí me hace toda la falta del mundo. No hay nadie en mi vida que haya valorado la conversación como tú. En fin. Más allá de todo lo que te he dicho, sin sangre en las venas, amiga de veras, el sentimiento mío de soledad y derrota por ese entonces del estreno y las resonancias de mi falso argumental se podía mezclar con un gran orgullo íntimo por lo hecho, como quien sabe del partido que jugó sin competir con nadie, haciendo meros goles o quiebres sin humillar al contrario, pero no por eso la satisfacción merecida fue menos dolorosa. Es como si a Nietzsche le dijeran: tu carpeta, compañero, es y será la modernidad, o a Maradona: esa copita la recibiste de la FIFA, no te engañes. Yo me sentía envuelto en una telaraña de simple desafección que hubiera urdido la misma estratagema de la que me había liberado. En la cúspide de mi laberinto me arrepentía de haber buscado a Luis Antonio un domingo de agosto en la adolescencia, la tarde en que mi vida cambió para siempre.

Sus cervezas…

Gracias.

Gracias.

¿Están bien?

¡Muy bien!

Perfecto.

No olvido un domingo en que me eché en la cama, cansado, abatido, con ganas de morirme ya, y de pronto Verónica se acostó a mi lado, me acarició la cabeza y me sonrió. Ella me había acompañado a través de las tempestades más oscuras, ella sabía lo que yo había vivido, ella creía en lo que yo estaba haciendo. Entró a la pieza con la determinación de una gata cuando va a cualquier lado. Mi compañera era lo único que yo tenía en el mundo, pero valía por todo. Sabía sin preguntar en qué estado de postración me había ido yo a la alcoba. Al ver esa sonrisa con que me tomó la cara entre las manos, me puse a llorar en sus brazos, como un niño que lo ha perdido todo y ahora lo recobrara, como quien se da cuenta del verdadero valor de las personas, de quién cuenta en la vida. Ella y mi familia, sobre todo ella y mis padres, pero aun más que mi madre, era la tierra firme sobre la que me podía apoyar.

Muy conmovedor.

Y hay mil cosas más que vienen de muchísimo tiempo atrás. Podemos empezar, como dice Oppiano Licario.

***

–Continuidad aparente–

Cuando Monedita y yo hablamos por primera vez, él me dice que

yo soy una leyenda. Es en el Festival de Cine de Cartagena, en 1996. ¿Pero quién soy yo en ese momento? Voy descalzo porque he perdido los zapatos en una fiesta la noche anterior, y todavía no he ganado, a mis veintitrés años, el Premio Nacional de Video Documental que otorga el gobierno a través de Colcultura, el futuro Ministerio de Cultura. Soy una leyenda porque he fundado la Corporación Cultural de Video Indepen…

… sí, yo sé, Juli… Y porque llevas escribiendo durante cinco años de a dos, de a tres y a veces más artículos en cada nuevo número de Cronotopo que dejan a la gente boquiabierta y a muchos llenos de rabia por tu juventud y brillo, y porque además eras el consentido de Luis Antonio Álvarez, no es necesario que me lo repitas…

Es cierto, pero no solo soy el bienamado, Alzbieta. Con la fundación de Kadera Salvaje ha sido más que evidente que me he distanciado y me distancio cada vez más de Luis Antonio, algo que los lectores más atentos de Cronotopo podían percibir en los últimos artículos de esos tiempos, pero que yo prefería no hacer muy notorio ni muy agresivo en contra de mi padrino y maestro.

En realidad, era más que evidente, Julián. Propios y ajenos percibíamos ese enfriamiento.

De eso hablaremos después, mañana o pasado mañana. Lo que importa es que yo quería ser un crítico y un cineasta, y quería ser una cosa para ser la otra. En suma, lo que quería ser era un teórico del cine, pero un teórico al modo de Godard o los soviéticos del periodo silente, un teórico que se manifiesta creando. Eso Luis no lo toleraba, vaya uno a saber por qué, pero años después definiría también mis rompimientos esenciales con Monedita. Traficar con lo desconocido será siempre peligroso para el que se sienta en cualquier trono si no gusta de caminar la palabra.

¿Sí crees?, ¿crees que lo que pasó con Luis fue lo mismo que te pasó con Pablo?

Sí, porque Tratado sobre la mentira conminaba a los críticos a eso, a romper con los medios tradicionales. Creo que el solo hecho de tenerla en cuenta para escribir de ella pondría al crítico en una situación incómoda con esos medios. O sea, el rompimiento del crítico con los medios hegemónicos al que llamaba Tratado sobre la mentira no podía ser en Colombia un rompimiento teórico, sino real.

A mí sí me dijo uno de nuestros viejos compañeros en Cronotopo, Fernando Aguilar, ¿lo recuerdas?, que para todos era muy difícil el afrontar esa película.

Recuerdo bien a Fernando. ¿El soldado de la democracia, el liberal gruñón?

Fercho no tiene nada de fachista. No sé por qué también se pelearon.

Justo porque no se atrevía a afrontar esa película. Nuestro adorado

compañero es un profesor de cine, ha hecho posgrados por fuera del país, lo mínimo que uno puede esperar de alguien así es que se deje desafiar por los textos difíciles.

Pero también creo que exageras con eso del temor de todos a El Parroquiano. Yo creo que simplemente no entendían la película.

En verdad, no la entendían y eso era el mejor pretexto para no comprometerse ni diciendo en redes sociales lo que opinaban, cuando el mismo Fernando, y otros, me aseguraban que, aunque la película les parecía demasiado compleja, era muy interesante. Un crítico de Manizales que tú no conoces, Andrés Rosero, me dijo que le encantaba, que era fascinante, entre otras cosas, porque no se dejaba despachar en dos palabras.

…

En cambio, cuando yo se la mando a Monedita, él solo dice que es "problemática".

Dale, contame.

Yo le respondo que esa palabra me gusta. Él me dice que es peligroso cuestionar la posibilidad misma de hallar la verdad. Yo le respondo que, por mucho que nos duela, lo más cercano a la verdad es, de hecho, esa imposibilidad, y en el calor del diálogo le propongo un intercambio de correos sobre el tema. Él dice aceptar y está de acuerdo con mi propuesta de publicar esa correspondencia virtual en el blog de Kadera Salvaje. Esa misma noche le envío el primer mensaje, pero él nunca responderá. Eso, Alzbieta, eso… eso fue lo que me partió el corazón.

Ya entiendo.

Me partió el corazón y me dejó varias cosas en claro que iban a manifestarse después.

Juli, la gente debe cuidar su vida.

Claro, no hay necesidad de que me lo digas, si además es parte nuclear de lo que planteo en el documental. Eso fue un aprendizaje que me dejó ese proceso y que está registrado en el mismo guion. ¿Pero no te parece lo más sencillo del mundo, precisamente, reconocerlo de entrada, en lugar de inventarse silencios y razones falsas para no hablar? Es algo elemental, casi cosa de niños. De hecho, Monedita y yo éramos amigos, y no de ayer. ¿Cuántas otras veces no nos habíamos jugado la reputación y el puesto laboral juntos? Si quieres te lo recuerdo, y así yo también recuerdo: al menos dos veces, o al menos dos veces de modo riesgoso. En 1998, cuando ustedes me visitaban con frecuencia en mi retiro drogo, luego del fin de Kadera y la muerte de Luis, cuando yo era esa leyenda que Pablo había reconocido, pero en decadencia, yo solo quería ser un poeta maldito. Quería ser un creador, no un académico ni un intelectual mediático, ni crítico ni periodista cultural, nada de eso. Sin embargo sucedió una de

esas mierdas que te remueven las entrañas. Sucedió que el crítico Arnulfo Vega, veterano de mil batallas, viejo colega de Luis, y algunos amigos suyos de la vieja guardia bohemia, comenzaron a hacer un mal uso del patrimonio que Luis había dejado al morir sin haber hecho testamento. Los miembros prestantes de la alta sociedad que, por su cercanía a Luis en su afecto a la ópera, habían fundado la Corporación Luis Antonio Álvarez para el Fomento de la Música Culta, muy pronto se sintieron sobrepasados por las responsabilidades que ellos mismos se habían echado sobre sus hombros y dieron en comodato todo el material bibliográfico y de video y música de Luis a la Universidad Ática, bajo la supervisión de Arnulfo. Alguien se enteró y le hizo saber a Monedita, que a la sazón era ya un crítico de cine reconocido por muchos en el periódico El Rumbo, que Arnulfo y Lucila…

Lucila Orozco, sí, yo recuerdo…

¡… se estaban robando de a poco las películas y los videos de música y los libros de Luis que debían reposar en un archivo especial de la Biblioteca Central de la Universidad Ática! Monedita escribió una diatriba contra todo lo que había sido ese proceso, contra el desgreño de la Corporación, contra los manejos de Lucila, contrastados con cifras, pues ella era la funcionaria encargada oficialmente del patrimonio de Luis Antonio, lanzó puyas quevedescas contra la indiferencia de la Universidad y la Facultad de Comunicaciones, y se echó a muchos enemigos encima, gente que podía tener en sus manos su futuro laboral, el de Monedita, quiero decir, y que se abstuvieron de responderle, desautorizándolo más bien, con ese gesto de silencio, ante la comunidad. En un pasaje él les decía, honrando al Quijote, que ellos solo querían dormir bien porque a eso habían venido a este mundo.

Je, je.

Yo lo leía y decía: este man es un genio. Entonces no me pude reprimir más. No recuerdo si Monedita me llamó y me sugirió o me pidió que yo, como ahijado y amigo íntimo de Luis, me pronunciara sobre el asunto, el hecho cierto es que pasé noches en vela pensando qué hacer. Algo me decía que era mi deber pronunciarme, una voz que ya reconozco, que a veces no soporto, y que otras creo que no esconde más que vanidad, pero que no puedo evitar, y es que casi siempre la idea del deber es miedo a no hacer, es creer que algo falta, que estás llamado. Entonces me levanto en la noche más oscura, cuando solo canta la lechuza, y le pregunto a Dios qué quiere. Decidí escribir en apoyo a Monedita, en memoria de Luis. Ya hacía unos años había pasado por casa de mi padrino, semanas después de su muerte, y había vuelto a tener en mis manos y oler las polvorientas cajas de betamax de La tristeza y la piedad, de El cielo puede esperar, los viejos discos láser de El corcel negro y el Don Giovanni de Losey, de

Doctor Zhivago, película que Luis odiaba pero era importante y había que tenerla, la edición de lujo de Casablanca, que ofrecía a principios de los años noventa posibilidades que luego los DVD explotarían al máximo, opciones de subtítulos o galería de fotos, entrevistas extra, o el disco láser reciente, esplendoroso, de Refugio para el amor…

Me vas a hacer llorar… ¡Ese disco láser lo recuerdo!

Claro, y vimos la película varias veces juntos…

No sigas, si tú me decías que yo era igual a Debra Winger y yo no entendía lo que me querías decir… Yo supe que Arnulfo fue saqueando ese patrimonio que estaba al cuidado de la Universidad Ática, con la complicidad y ayuda de Lucila, y que se reunían a ver películas como nosotros cuando Luis estaba vivo…

Pero al menos Luis ponía al servicio de muchos, en sus seminarios del Instituto Global Andino, esas películas que había seleccionado y recolectado con tanto esmero. En este caso, en términos crasos, Arnulfo y Lucila estaban impidiendo que el material circulara tal y como se habían comprometido a hacer en la Universidad.

La disculpa que dieron es que los materiales de betamax, VHS, e incluso los discos láser, eran ya obsoletos y de todos modos no podrían ser puestos a disposición de la comunidad.

Pues tú lo has dicho: eso no era una razón, era solo una disculpa. En realidad no se estaba cumpliendo con ninguno de los deberes que la Universidad había adquirido cuando recibió el legado, como la actualización de los formatos, por ejemplo, pero sobre todo la preservación del material en un recinto adecuado de la Biblioteca Central. Mujer, te voy a pedir otra cerveza, por favor.

Con gusto.

Entonces escribiste.

Escribí un artículo encendido y Rosario Estrada, la editora en esos tiempos de Divagario, el suplemento cultural de El Rumbo, lo publicó. Eso fue un espaldarazo a Monedita, pero sobre todo un impulso clave para que la Universidad se viera forzada a aclarar la situación y descongestionara el flujo de un patrimonio que todos queríamos que estuviera al alcance de la… espera… cómo decirlo… sí, de la comunidad, digámoslo así. O de la Aldea Global.

Lucila renunció a su puesto.

Claro, y su esposo, un pez grande de Prolepsis, amenazó a Monedita en un evento en el que se encontraron los tres por esos días. Pero lo esencial estaba en el sentido del debate. Yo nunca se lo he contado a Monedita porque él lo puede hallar algo normal, pero para mí es un orgullo cuando Verónica me dice que pocos años después, a principios del siglo XXI, cuando ella entró a estudiar en la Universidad, aprendió mucho de cine prestando dos y tres películas en VHS por semana del famoso y hoy malogrado pero entrañable legado

de Luis Antonio Álvarez, que no duró mucho porque sus formatos, en efecto, se hicieron con el paso de los años del todo obsoletos y su actualización demandaba un presupuesto inalcanzable para la Biblioteca Central, pero que sí duró varios años educando gente gracias, entre otras cosas, y muy principalmente, a los dos empujones que dimos en los medios, primero Pablo, y luego yo, respaldándolo.

Qué bonito.

Sí, ella me ha dicho que así vio Memorias del subdesarrollo, Tiempo de revancha, varias de Aristarain que el profesor Hoyos le puso a ver para un trabajo…

Juan José.

Sí.

Tan bello que es.

Y bueno, unos diez años después pasó el sonadísimo escándalo de Cronotopo.

Eso sí fue más duro.

Claro, un escándalo nacional, y de eso mejor hablamos después, en breve, mañana mismo, porque fue mi primera desilusión con el mundo una vez había dejado la droga, y en varios sentidos preparó todo este infierno que te he contado. Pero claro, ese segundo gran combate que dimos Monedita y yo contra la falsía del poder estuvo también basado en las fidelidades a una ética que compartíamos él y yo, y cuya práctica, cuya defensa o cuya promulgación nos vinculaba de manera muy profunda. De modo que, si se trataba de callar ante Tratado sobre la mentira porque había un límite que el Pablo actual ya no podía cruzar en esa defensa de nuestra ética compartida, o incluso, Alzbieta, por Dios, así fuera porque él no estuviera de ningún modo de acuerdo conmigo, o si sencillamente no le daba la regalada gana de hablar de mi película, no había por qué decirle a un amigo una cosa y luego ignorarlo. Pero el acto de ignorar al otro es, en verdad, uno de los principales recursos de los críticos. El mismo Luis Antonio sabía muy bien cómo “ningunear” a la gente. El crítico entonces juega con el rumor, con lo que la sociedad o la opinión pública sabe que el otro está queriendo decir o, más bien, con lo que la gente supone que el otro dice, pero que realmente no se dice ni se aclara, y sin comprometerse ni refutar realmente a nadie, su voz solapada en las redes sociales o escondida en un editorial impersonal e inapelable cree y hace creer que zanja las cuestiones, dejando a su par, un par convertido en víctima no indefensa, sino paranoica, en un estado de virtual inexistencia, e incluso de inanidad, porque todos deciden que has pasado del ser a la nada. Al fin, las polémicas serán bienvenidas en nombre de valores secundarios frente a un negado afán de buen nombre.

¿Tanto te duele, tanta atención le prestas a la gente, a lo que diga o

pueda pensar la gente?

Ya no tanto. Ya estoy vacunado. Pero sí, eso da para una teoría general de la hipocresía. Es que, bien que mal, Alzbieta, yo hago parte, o hice parte, de un grupo especial de personas que viven literalmente del debate frente a esa opinión pública, supuestamente con el objetivo de crear cultura en la nación. Yo eso me lo tomaba muy en serio por todo lo bueno y formativo que había sido para mí leer las críticas de cine de Luis Antonio, cuando niño.

Bueno. Tal vez te diste cuenta de que ese no es un oficio de espíritus gloriosos, sino de individuos tan llenos de complicaciones como todos y cada uno de los seres humanos.

En parte, sí, pero eso no debería ser una excusa para uno desmentirse a sí mismo como humanista. A costa de mi prestigio, que es algo bien fútil, yo siempre he tratado de prestar atención a todas las voces, por inexpertas o torpes o incluso por presumidas que sean. No sé, creo que cada quien es expresión de una percepción única, de un punto de vista real en el mundo, de una experiencia reveladora pero muy difícil de explicar. En cambio, y préstame atención, cuál no sería mi ira cuando, por esos días, o sea, cuando yo todavía esperaba ilusamente una respuesta de Monedita para abrir un diálogo público necesario sobre la noción de verdad que se maneja en un medio de comunicación tan influyente y pernicioso como El Parroquiano, vi en el foro de una discusión pública en Facebook de Monedita que Verónica hizo un comentario y la respuesta de Monedita fue: "¿Por Dios, cuál es la altura intelectual de este debate?".

¿Eso le respondió?

Eso mismo, con esas palabras, discúlpame el escándalo, porque claro, Verónica es una punkera que, de hecho, no le da tanta importancia a la teoría o a la misma lectura como sí se la dan, aunque aun más a los teóricos que a la teoría, todos los admiradores y casi todos los lectores de Pablo, así que ella había hablado de manera quizá muy ingenua para el refinado académico y no estaba a la altura del Titicaca para opinar en los foros de sus publicaciones y participar de los debates. Me vas a perdonar el lenguaje callejero al hablar de tu amigo, y ojalá él nos lo perdone cuando lea nuestra novela, pero ese día sí vi como a un perro sarnoso a ese sujeto. Mejor dicho, lo vi como a un mequetrefe lleno de ínfulas y que simplemente pela el cobre de un tremendo e innegable arribismo. Me di cuenta de muchas cosas, de muchas mentiras suyas que ya preveía en otros detalles anteriores de su actitud y la de su grupo de amigos, y me sentí fuera de lugar, incluso extraviado en un mundillo que jamás querría haber habitado.

Ja, ja. ¿Apenas hasta ahora te dabas cuenta de la vanidad de los intelectuales, Juli, de verdad?

Nunca la había sentido tan fuertemente, Alzbieta, aunque sí, ya en

los tiempos en que tú y yo compartíamos con Luis me nauseaba el modo en que se genera la sensación de pertenecer al grupo por despotricar o, como se dice, "rajar de otros" sin piedad. Había un gusto enorme en hablar mal de los demás, y esto me pareció desde siempre algo contradictorio con la intención de esta gente, que se considera tan sensible, de ser tolerantes y de mente abierta, por mucho que en verdad hubiera que criticar de los otros. Años después, en casa de Monedita, en Bogotá, durante el escándalo de Cronotopo, volví a tener la misma sensación de frustración al ver la saña con que él y sus cercanos, en medio de la borrachera más feliz, se entregaban a dejar por el suelo a quien fuera que no entrara en sus afectos.

Eso se llama devorar prójimo, y yo también lo hago.

Y seguramente me vas a decir que hasta es bueno para la salud. Sí, yo también lo he hecho, tal vez lo estoy haciendo ahora mismo, puede que en cierto sentido sea inevitable, pero yo estoy casi seguro de que después de uno limpiarse el hígado de malos humores lo mejor para la salud es realmente dar las gracias y hacer las paces con esa pura y simple idea que uno se hace del otro. Vale la pena decir: "Mentiras que no, uno no sabe nada de lo de nadie", o pensar: "¿Quién sabe cómo cambiaremos todos en el futuro?", o reconocer: "Al fin y al cabo nadie es ninguna perita en dulce".

Eso es pedirle demasiado al mundo.

¿Eso es pedirle peritas al olmo amargo que es uno? Tal vez, pero no está de más reconocer y, por qué no, recomendar –por la propia experiencia– que eso sí es lo mejor para el ánimo. Es como limpiarse después de una tarea sucia pero indispensable y liberadora. Limpiarse, sanarse, tal cual, y me lo repito a mí mismo, aunque así yo te pueda parecer un santurrón, porque el odio me carcome, lo reconozco, o algo quizá peor me carcome, la tristeza, cuando pienso en Evita Plazas, la cómplice de Monedita en más de una pelea, y cuando pienso en toda esa mafia de intelectuales atildados, que son mucho menos de lo que creen y le hacen creer a un montón de ilusos y desorientados. Desde luego que en eso son peores que lo que eran Luis Antonio y sus amigos…

… Amigos de los que hacías parte muy activa, te lo recuerdo…

… ¡Pero de los que me alejé y me alejé con ganas! Yo creo que la sabia marihuana que tanto horrorizaba a Luis me ayudó a ver lo ridículo que era él con sus dogmas y excomuniones.

¡¿Ridículo Luis?!

Ridículo, sí, mi querido y admirable padrino, en el pleno sentido de la palabra. Pero, como te digo, lo de Monedita y Evita y Norma Obando ya es de no creer.

Tú eres un idealista.

No te lo niego, pero al menos lo reconozco.

Ja, ja. Te acabás de inventar el idealismo realista…

Desde luego que no, eso lo han hecho muchos, o es más, eso es lo que hacen los filósofos a toda hora…

Pues sí. Rafa estaría de acuerdo.

La historia de la filosofía va del idealismo realista al realismo idealista, y se acabó. Eso es todo. Yo te podría citar una docena de idealismos realistas y me quedarían faltando manos. Obviamente, ningún filósofo se toma muy en serio esa metempsicosis, porque lo que nos interesa a todos es otra cosa, es el lenguaje, como me lo hizo saber un día tu esposo, y ahí mismo está resumida la cuestión. Aquí, en este caso de Monedita y sus amigos, no era el fumar yerba sino ya la mucho más tranquila Meditación Trascendental lo que me hacía sentir ajeno a esa obsesión suya de juzgar y creerse perfectos o algo más, los bigotes del Mont Blanc, pero, además, por mi necesidad o, digamos, por mi deseo en esos años de volver a la crítica, me sentí vulnerado ante ciertos actos suyos.

¿Y qué fue lo que pasó, pues, tan grave?

Grave fue, tal vez, por lo sutil, por lo que implica, esa ocasión, en el Festival de Cine de Cartagena, por poner un caso, cuando toda una muestra selecta de los investigadores oficiales del cine colombiano, que son una verdadera cofradía en la que hay que matricularse y reciben beneficios constantes del gobierno para darle importancia a los fenómenos que ellos no siempre bien escogen, estaban reunidos en la antesala de una película a la que también había asistido yo, que apenas estaba volviendo a Cronotopo después del escándalo que protagonicé con Monedita para que el Global Andino no acabara la revista. Resulta que en esos momentos yo también estaba comenzando a hacer mi documental y lo que sería mi larga campaña proselitista, tú sabes cuál.

¿Tu Tratado sobre la mentira legendario, insuperable, magistral?

Exactamente. El hecho es que, yo lo sé muy bien, para ellos, que a grandes rasgos puedo caracterizarlos un poco como “el Grupo de Monedita”, porque él es como un rey en su corte, y ya por entonces amedrentaba por su fama en redes sociales y su capacidad de gestión en proyectos de toda índole, yo era un crítico inflado, de cierta reputación pero sin los debidos pergaminos académicos, pues ni siquiera había conquistado el pregrado, un realizador en predios ajenos, si acaso un crítico “impresionista”, como pueden decir despectivamente a veces, sin conocimiento verdadero de las teorías recientes: feminismos, estudios culturales, teorías queer, y tal vez de ninguna teoría en propiedad, que no citaba ni siquiera a Benjamin y que tal vez lo único que sabía venía de dos o tres artículos trillados y mal leídos de André Bazin.

No sé de qué me hablas.

Te hablo de los conocimientos básicos que, yo también lo pienso así, debe tener hoy un crítico que se respete. Pero es que otra cosa es volver ese conocimiento una fortaleza amurallada para practicar la exclusión, como había hecho Monedita con Verónica en aquella discusión de Facebook. Predicar derechos con una lista de privilegiados en la mano es lo más común y patético del mundo.

Eso es toda una tradición.

Claro. Querer que el pueblo sea tan educado como yo, engendra un elitismo que a la vez solo favorece a una logia de iniciados. Le pasó a Leavis en Scrutiny, la revista que fundó la crítica literaria moderna, le pasó a Rocha con su cine, aunque la logia fuera solo él, le pasa a Godard y sus fanáticos, como yo, aunque yo en verdad solo soy un vulgar amante de Godard, tal vez un hereje. Pero como yo también había sido cineasta independiente y ahora estaba volviendo un poco por mis viejos fueros, para este grupo de investigadores yo era algo peor aun que un crítico impresionista inflado, era un perfecto diletante.

¿Y qué hay de malo en ser un diletante?

No sé. Tal vez nada. Pero en todo caso, por esa especie de promiscuidad mía, tan altisonante, tal vez, yo no encajaba entre ellos, no era bien visto. En la antesala de esa película que no recuerdo, en el Centro Comercial Caribe Park, ellos estaban conversando en una especie de ronda semicircular, como una medialuna. Yo estaba a unos metros, viendo unos afiches de una retrospectiva de Béla Tarr. Ya me había dado cuenta de que, si alguno de ellos salía de cine y nos encontrábamos de frente, apenas si me saludaba, aunque nos conociéramos desde hace años, de inmediato llamaba desde lejos a otro, a Evita, a Pablo, y se iba casi al trote hacia donde él, o ella, todo afanadito con su morral gigante en ese calor de la costa. Esa tarde, tan pronto los vi y comencé a acercarme, Evita dio un paso al lado, me dio la espalda y cerró la medialuna del grupo en un círculo compacto.

Qué claridad.

¡Ja, ja! Absolutamente. Eso se le abona a la monja superiora. Fue un mensaje evidente de que ese era un grupo muy selecto, y de que yo no sería bien recibido si me acercaba. De hecho, otras veces después en el Festival fue ya evidente que, si yo por casualidad me topaba con alguno o varios de ellos en la calle, o donde fuera, debía ser yo el que saludara, y que incluso, de serles posible, siempre iban a evitar el encuentro sin mirarme y seguirían riendo o debatiendo entre ellos, pues, en una palabra, yo no era del cogollito.

¡El cogollito! Hacía tiempo que no oía ese término. ¿De dónde es que viene?

De la vida. Pero lo usa mucho Proust, o es decir: lo usa mucho el buen traductor que yo leí de Proust al español, de editorial Valdemar,

al principio de En busca del tiempo perdido.

Claro que sí. Madame Verdurin, Odette, Swann, cómo olvidarlos.

No hay como el barón de Charlus. Este cogollito delicioso de profesores de las principales ciudades del país cree que porque varios de ellos son feministas y gais progresistas entonces ya son inmunes a las discriminaciones excluyentes de los discursos hegemónicos, pero como sabía Fassbinder, el influjo del poder, las maquinaciones, los chantajes, los abusos, están presentes también entre las lesbianas, se dan en las negritudes, entre todos…

… Así es.

… Aunque entre aquellos sujetos la infamia es mayor, porque, como decía un maestro mío, el teatrero Bernardo Ángel, por su influencia, por el compromiso que ellos mismos han tomado ante la comunidad como representantes de los más altos valores, terminan siendo peores que los funcionarios públicos más corruptos cuando todo ese aura altruista en que se invisten no queda sino convertido en la fachada de los más individualistas y a veces bajos intereses. Cuando yo caí en la cuenta de que ser profe es casi como ser cura, entré en un conflicto que perdura, ahora mismo estoy en qué lío, bregándome a salir a cada paso…

Me lo imagino…

Sí… pero no por afugias de la moral, o no tanto, sino por puro respeto a los chamanes. ¿Sí me entendés? Son cuestiones de poder serias, bien peligrosas, muerte espiritual, cosas así.

Quiero saberlo todo, pero no me vayas a decir nada que nos haga daño.

De Evita en especial y Norma Obando no voy a decir nada porque no las conoces, pero las intrigas son veneno de alto nivel, y yo ya me las callo incluso ante los implicados…

De ellas dos he oído hablar, por supuesto… Chica, te habíamos pedido una cerveza…

Ya se la traigo, disculpen.

¡Que sean dos!

Muy bien.

De cualquier manera, aquí entre amigos, el vudú existe; por esos días cumplió veinte años Kadera Salvaje y yo di una conferencia en la Filmoteca Distrital, en Bogotá. Yo había hecho silencio ante las desobligantes palabras de Monedita a Verónica en Facebook y ante su indiferencia arrogante luego de mis mensajes discutiendo en torno a Tratado sobre la mentira, pero había llamado a ese mi amigo Monedita a felicitarlo por su cumpleaños y nos habíamos reído otra vez, como siempre que hablábamos en confianza, sin nadie alrededor…

Sus cervezas.

Gracias.

Gracias. Desde luego, tampoco le recordé sus omisiones y en cambio sí le envié el texto de la conferencia sobre los veinte años de nuestro colectivo audiovisual, que él dijo querer publicar en su blog. Acordamos publicarla simultáneamente, él en su blog y yo en el mío. En la Filmoteca pasarían lo más importante de la producción de Kadera Salvaje, y entre todo ello iba a estar Tratado sobre la mentira. Ya te podrás imaginar cómo era de importante ese evento para mí: era decisivo, y no solo para mí, sino (creía yo) para el país, pero cuando él amablemente difundió la jornada en redes se abstuvo de hablar de ninguna película en especial, solo puso la imagen publicitaria, ni fue a las proyecciones, eso quedó perdido en un mar de información, solo asistió a la conferencia. De hecho, casi nadie fue a nada, porque el horario no ayudó, nosotros solo llenamos programación, igual que veinte años atrás en el Global Andino, cuando, pese a todo, una amiga nuestra, hoy senadora de la República, Paola Holguín, me dijo: ustedes están haciendo historia. Esa noche, Monedita participó en el debate con el mismo cuestionamiento a mis ideas que era tan valioso para la discusión pero que él no se dignaba a dejar por escrito en ningún lado, la charla fue divertida para un reducido y poco enterado público que en general quería nada más disfrutar de una buena película, a la salida le regalé un envejecido libro pirata que había por montones en una venta ambulante, a dos pasos de la Filmoteca, editado originalmente por la popularísima y extinta Editorial Bedout, de Medellín, haz de cuenta la reliquia de un best-seller, y que él había tomado con mucho cariño entre sus manos, quejándose en voz alta por no tener ni un duro para comprarlo, así dijo, un volumen de artículos izquierdistas del difunto Carlos Castro Saavedra en El Parroquiano que después Monedita me dijo que había sido el primer libro que él había leído en su vida, a sus nueve años, por allá a principios de los ochenta, A costa de todo era el título. ¿Cuánto vale?, le pregunté al ventero, lo que me dé por él, yo pagué con una moneda de doscientos, el otro la recibió sin decir ni mu, saqué un lápiz del maletín, escribí una frase en la falsa página legal y mi amigo se rio mucho cuando vio que la dedicatoria que le puse al regalo iba firmada con el nombre del autor, ese encantador poeta paisa que yo había conocido y con quien hablé, como sabes, como te conté ayer, más o menos a la misma edad en que Monedita decía haberlo leído. No la vi venir, dijo. Es en serio, le respondí. Yo solo había escrito: “Siete pasos atrás / el tiempo nos espera / Para Pablo, con destreza, de su hermano / Carlos Castro Saavedra”.

Qué raro es todo.

Más o menos. El librero entonces me pasó un libro de ñapa, para que vuelva y me siga comprando, explicó.

Esto es un chiste.

Obviamente que sí, una representación.

¿Por doscientos pesos?

Así es.

¿Y qué libro era?

Uno de Dostoievski que después mencionó García Márquez en sus memorias, El doble, porque, si le vamos a creer, con él Bogotá le dio la bienvenida en su primer viaje a la capital. Yo no sabía nada de eso, por supuesto, para mí sería sorprendente leer años más tarde la anécdota de Gabo.

¿Y la editorial también era Bedout? Vos sin duda sabés quiénes eran los dueños de Bedout…

No vi. En seguida te cuento lo que hice con ese libro. Monedita y yo nos fuimos a buscar bebidas entre una llovizna tierna con un amigo documentalista, Julio Aguilar, y un par de amigas de hace años, de los tiempos del periódico El Rumbo, dos paisas que hoy viven en Bogotá y que nos adoran a él y a mí por igual, una fotógrafa y una actriz teatral que son pareja, eso fue carcajada viene, carcajada va, cerveza tras cerveza hasta que hubo que cambiar de bar, los otros se fueron yendo y ya en la madrugada helada, después de hablar de todo y de todos, comiéndonos unas papas criollas humeantes del mismo paquete grasiento en una esquina de la séptima con la veintiuno, nos despedimos Monedita y yo con un beso en la mejilla, como en los mejores tiempos, yo me fui a donde mi hermana en un taxi y él se fue en otro a su casa en La Soledad con la papa caliente final que le empaqué de broma, riéndonos del mundo sin parar y sin mencionar jamás la publicación que habíamos decidido hacer juntos de mi incendiaria conferencia en nuestros blogs, en la que yo decía que Colombia es una ficción sangrienta y la vida un sueño fatal y de cuidado. Al otro día, miércoles, yo posteé el texto y él no lo hizo en su popularísimo blog, El mañanero, ni lo hizo ni lo habría de hacer nunca, y no ofreció explicación alguna, no vio la necesidad.

Ay. Me imagino lo que sentiste.

No lo llamé, no dije ni una palabra. Yo sabía que debía de precaverme y tener tacto, porque, desde ya, el deseo de acallamiento de lo que yo hacía era muy sutil, se disfrazaba de lo contrario. Supongo que en política hay despedidas igual de afectuosas que preludian un asesinato del que el sobreviviente estaba algo más que avisado. Y yo había tirado El doble por la ventanilla del taxi, yendo a Chía. Pero es que, hablando en plata blanca, para ahorrarnos comentarios a esa memorable velada, Monedita es un cruzado que siempre había temido que yo, y no otro cruzado, lo desautorizara como la voz principal de la Iglesia en Roma.

¡Jua! ¡En Jerusalén!

No, en Roma. En el blog de Kadera Salvaje, zona franca, ¿ves?, se habían dado varias polémicas de las que él siempre prefería huir con el pretexto de que yo lo malinterpretaba malévolamente, pero ya desde muchísimo tiempo atrás, poco después de conocernos, cuando él aún solo publicaba en el periódico El Rumbo, yo había demostrado varias veces la incongruencia de sus argumentos…

Eso es lo que yo llamo una pelea de gallitos.

Quizá lo sea, Alzbieta, pero en cierto momento yo vi que era un deber desmontar las falsas pretensiones con que una forma de crítica muy sofisticada cree poder despachar asuntos muy complejos que ante todo piden, como lo advertía Susan Sontag, mesura en la interpretación, y no la coartada posmoderna, que nos absuelve de la misma coherencia que después le exigimos a otros a placer, justo cuando le conviene a unos intereses nómadas que de pronto esgrimimos sin vergüenza, exaltados, como principio de fe. El peligro es ese.

Bah, no hay que enredar la pita más de lo que está. ¡Son dos puntos de vista y ya!

Bravo, salud por eso. Entonces no hay por qué hacer tanta alharaca si alguien te contradice. Y es que eso que dices tiene sus más y sus menos. Hay que acudir al cuerpo del texto. Lo que pasó ya muy temprano, hace más de veinte años, con respecto a la tercera película larga de Víctor Galindo, La vendedora de mozas, dio la pauta de todas las discusiones posteriores con Monedita. Él dijo que esa película se agotaba en el registro del mundo y que le faltaba un trasfondo mítico. La gente suele quedar deslumbrada con las expresiones de Monedita y en ese instante es cuando sucede ese hecho que algunos desavisados postulan como la superioridad de la crítica frente a las obras de arte, porque aquella da cuenta de un modo particular en que estas obras trascienden, y así define la dimensión histórica de las creaciones en un sentido valorativo y aun existencial casi irrevocable. Y en una región que a Víctor Galindo lo ha querido ver como el cineasta inoportuno de una realidad que supuestamente todos estamos cansados de ver, como si en verdad, y no es así, ya la hubiéramos aprendido a mirar y pensar o, si acaso, a trascender, las palabras de Monedita eran, si no muy dañinas o contraproducentes, sí merecedoras de una refutación basada en la propia evidencia de la película. Y es que, ¿qué no es, sino trasfondo mítico, toda la pesadilla recurrente de la protagonista de esa película con la Madremonte? Para mí era punto por punto escabroso el que un crítico aparentemente tan bien afinado en su observación no se diera cuenta de eso, y por eso lo mencioné y lo refuté en un comentario que publiqué en El Rumbo días después de la crítica inoficiosa de Monedita.

Bueno, ahí te doy la razón. ¡Pero eso pasó hace mucho!

Pasó muchas veces más de manera similar. A los meses Monedita habló en uno de sus escritos tempranos en Cronotopo de Kracauer como un teórico simbolista, en un artículo sobre Tati, cuando eso no es tan sencillo de afirmar con propiedad. Kracauer era ambivalente, pero tendía con premura al realismo, su pensamiento se orientaba a lo que llamaba el rescate de la vida concreta en el cine, así fuera con los medios poéticos de las vanguardias. Yo lo llamé a Monedita en esos días y hablamos de eso un rato, porque, justamente, el tema no es fácil, pero quedé con la sensación de que mi renuncia a la crítica por esos tiempos le había dejado el campo libre a un retórico que no sopesaba el valor de sus palabras, sino que se orientaba solo por sus efectos, y unos efectos muy determinados.

¡Esa ligereza la tenemos todos, sin excepción!

De acuerdo, me di cuenta así de que yo mismo debía andar con más cuidado por la repercusión que tiene la palabra de alguien con prestigio. Pero lo cierto es que la actitud de reconocer los propios errores es con lo que de veras habría que contar desde un principio. Alzbieta, el cine no es cualquier cosa como para que un crítico venga a asumir toda la significación y los mandatos éticos de ese arte como una última palabra que alguien pudiera proferir, y más aun, como decía Bernardo Ángel, cuando la palabra de uno tiene incluso poder político en las esferas institucionales, que es lo que ha conquistado Monedita.

¿Y entonces para qué son los críticos?

¡Para ser criticados!

Eso lo decís vos.

Eso lo corrobora la historia y lo exigen periódicamente las circunstancias.

Bueno, pues yo sigo en lo mío. Es la hoguera de las vanidades.

Claro que sí. O mejor dicho: los críticos deberían estar para criticarse cada uno de ellos a sí mismo. Tal vez lo que pasa es que para ser un buen crítico de cine se necesita mucho más de lo que todos creemos. O mucho menos, no sé. Pero saber restar es de muy pocos. Te voy a poner un claro ejemplo de esa dificultad del crítico para distanciarse debidamente. Cuando Monedita dijo que el cine clásico, de espectáculo, que representaba en ese momento La pasión de Gilmar, de Andrés Restrepo, era cine "viejo y mandado a recoger", ¿estaba hablando de la caducidad de un estilo? Eso sí es ser verdaderamente chocho, sobre todo en esta época, la época del pastiche y el revival y los videojuegos.

No sé qué decir.

No sabes porque no hay nada que decir. Monedita atacaba la narración tradicional y el cine de multitudes para privilegiar un cine más humilde e inteligente, un cine de observación y compasión, no de

heroísmos ni consensos masivos, pero con el estrafalario supuesto de que ese cine de bajo perfil sí construye nación, que es un término puramente emotivo, irracional y excluyente.

Al menos el arte sí hace ciudadanos.

Tal vez un arte cauto estimule la inteligencia o incluso despierte la humanidad de algunos espectadores, pero descalificar al cine de entretenimiento masivo en sí mismo es un exabrupto, y mucho más con el argumento demagógico de que está pasado de moda, cuando está visto que no es así.

Sigo pensando que te tomas todo esto demasiado a pecho, y que hasta para corregir la vanidad la telaraña es el ego. No hay por qué asumir estas cosas como algo personal.

Estoy de acuerdo, pero, como dices, el problema insuperable es que esa paranoia es algo inevitable, por poco que lo pienses. Ten en cuenta el modo en que reaccionan muchos medellinenses ante el cine de Víctor, que los expone en su intimidad más renegada. O cómo reacciona casi todo el mundo ante un simple estilo de películas que no le gusten: suelen sentir que los hiere en su dignidad, que se trata de una verdadera falta de respeto. Así reacciona Fernando ante Godard, por eso me emputan tanto los PhD. iracundos ante una simple ironía. O cuando menos, los ofendidos por el cine o por algún tipo de cine o alguna película nos alejamos, y hacemos bien, diciendo: eso no es lo mío, como hace Ciro Gandía cuando él y Verónica hablan de poesía cinematográfica.

¿Verónica es amiga de Ciro Gandía?

No son íntimos, pero sí han bailado y comido juntos desde los tiempos de La zambra del caminante, con Cristina, la compañera de Ciro, por allá en Quiebracanto, y en Bogotá.

¿Y no te dan celos? Él ya tiene muy mala fama con ese escándalo que le han hecho…

No me dan celos nunca, ni en mis peores tiempos, y Verónica no tiene nada que decir de él sino que Ciro ha sido muy amable con ella, ha ido a ver películas de ella en la Filmoteca, la busca para hablar de lo que a ella le fascina, aunque ya no se entienden mucho y Ciro con esas famas que se ha ganado difícilmente saluda a cualquiera hoy. También sucede que Verónica frena al que sea y… no sé, solo habla de cine, casi con frialdad, y no se emborracha con nadie, ni siquiera conmigo. Dice que el trago es un peligro y yo le hago chistes, pero ya no me puedo reír tanto, ya no…

El trago es horrible.

Al menos sí es un peligro, y supongo que, si ella lo dice, debe de ser por algo en especial, aunque sí se tomaba sus vinitos antes de un ataque, hace tres meses, que la puso al borde de la muerte. Ya no se toma ni un sorbo. Yo, en verdad, no le pregunto mucho de su pasado y

nada de lo que hace cuando no está conmigo, ni sobre Ciro, ni sobre nadie. Incluso, mira… yo he sido mucho peor que Ciro, ni sé cómo decirlo, y creo que es la mayor de las torpezas el que él se haga la víctima de las mujeres, en un asunto tan delicado como lo es una denuncia colectiva de acoso y abuso sexual, y no se considere más bien una víctima y un victimario del patriarcado, de ese machismo invisible e insidioso que a los hombres, primero que a nadie, nos usurpa la mente, la voluntad y el cuerpo, y nos hace responsables de lo peor.

Estás temblando.

Por supuesto. El asunto merece otra actitud que el pleito, al menos desde nosotros los machos. Ciro debería de hacer una película autobiográfica, productores tiene, quizás un documental performativo, de justas causas, una retribución, como Keith Richards para salir de la cárcel, una busca conjunta, camino de paz, un diálogo abierto en el que ceda la dirección o se la turne, a lo documental de creación, no sé, mucha gente pagaría por verlo, o un libro de autoayuda, mira qué bonito, por mal que le quede, seguro críticos encuentra, me muero de la envidia… Al fin, esto nos ayuda, y mucho, en esta discusión. Íbamos en que el cine es algo personal, siempre, y topamos con este litigio. Hay quienes proscribirían una joya como El labrado de la serpiente solo porque su autor es o fue un atrabiliario, al modo de Hitchock encima de Ingrid Bergman o Flaherty pavoneándose con la compañera de Nanuk. Por mucho que nos duela, la vileza de los creadores no tiene que ver ni con la calidad relativa de sus obras, ni con su mayor o menor importancia y ni siquiera con la validez o indigencia de su discurso. Lo peor de Peckinpah es la lucidez, y eso Pauline Kael lo entendió muy bien en ese genio inaceptable. Y sin embargo, ¿cómo vas a juzgar tú una película a la que le has agradecido toda tu vida por tal o cual revelación, si después te enteras de que el director y el actor protagonista violaron a la actriz principal, una principiante, delante de las cámaras? ¿No es eso algo personal, no debe serlo, quizá más que político, o sea, más que público, o no lo es en igual medida? ¿No quitás la mirada cuando castigan a un niño desnudo con un látigo, aunque se trate de una ficción y los sujetos estén actuando? Yo recuerdo que esa fue tu actitud cuando vimos Pelle, el conquistador: te fuiste de la sala, no quisiste seguir viendo. Y eso me pasó a mí como espectador al primer puño de Somos guerreros, que es de lo más salvaje que yo haya visto, no pude con esa película, y le pasó a Verónica con la muerte de un gato en Gummo, lloró una semana entera. Pero, sobre todo, Alzbieta, recuerda también tu reacción ante películas como La lista de Schindler y el artículo sobre ella de Juan David Correa…

Me reservo el comentario.

O tu propio ensayo en Cronotopo sobre la abyección de La vida es bella, yo no lo olvido, te fajaste, no lo olvidaré nunca, Alzbieta, porque cuando escribes, escribes de verdad.

Me haces sonrojar.

Y no es que haya estado del todo de acuerdo con lo que dices, pero me sacude. Ese tema del holocausto de los judíos para ti no puede ser lo mismo que para cualquier otro que no pertenezca a tu cultura, aunque tú quisieras que para todo el mundo fuera igual de importante que lo es para ti y los tuyos… Y no es así, no puede ser así.

¡Claro que es así, porque de hecho eso fue algo definitivo no solo para los judíos, sino para todos los seres humanos!

De la importancia objetiva del holocausto no deberíamos hablar, yo no puedo decir nada al respecto, imagínate si me pusiera en esas. Solo piensa en la frase de Adorno sobre la imposibilidad de que haya poesía después de Auschwitz. Ya todo tiene ese peso siniestro. Sin embargo, es por eso mismo que el cine, me reitero, y el arte en general, en todo el mundo, y toda representación expuesta públicamente, son algo más personal que público.

No sé si no entiendo o no acepto lo que dices.

¿Te lo vuelvo a decir?

¿Vas a salir ahora, como si fuera un canto de guerra, con que todo lo público es privado?

Sí.

Vos parecés con un programa armado, ¿es así?

¿Una agenda oculta? No, no tengo ninguna intención de ese corte. Aunque quisiera crear una revista con ese nombre, Agenda Oculta. Yo solo improviso, pero estos temas sí los he pensado mucho. Lo más tenaz es que la humanidad está fragmentada por públicos, atomizada en grupos de diccionario y enciclopedia propios, además de que todo se olvida o se vuelve mito, porque así funciona la memoria –y así funciona también la historia, como bien lo advirtió Lezama–. Claro está que…

Todo eso es intolerable.

Tampoco te puedo contradecir. Es innegable, iba a decirte…

Yo iré al baño.

Está bien. Yo también iré.

***

Aníbal tiene a la venta el libro del que me hablaste de Castro Saavedra. ¿A costa de todo, se llamaba?

Sí.

Ahí está, con un montón de libros viejos… Bueno, dígame lo que me iba a decir.

Es innegable que el sentimiento y la revelación de lo otro, y de lo otro en el otro, el cine parecía generarlos desde sus inicios con un sentido de urgencia inmediata, incluso como un vacío, que se intensificó después de la segunda guerra mundial, y entonces ya hasta en esa su fractura existencial parecía ser un sentimiento solidario universal y parecía un hallazgo humano imperecedero, pero al fin esa sensibilidad se diluyó como un griterío de niños en los noventa. La veta realista, o digamos humanista, persistió, pero convertida en una simple tendencia, una opción estética, aunque por supuesto, para aquellos que éramos afines a su espíritu, ella se hizo aun más rabiosamente un dogma.

Es decir, como por ejemplo para ustedes, los maderos.

Exactamente. Aunque yo era más tolerante con la onda del pastiche y encontraba que lo otro también late allí, y también con resonancias históricas, carnales, existenciales. Qué bostezo el tuyo.

No es por nada.

Cinismo puede haber incluso en el realismo, porque no podemos negar que se trata de un simple estilo y nada más. En cambio, Bergman te escalofría prendiendo un fósforo, corriendo una cortinita de peces bordados sobre un escenario inmóvil. Ay, hombre…

Es interesante. ¿Pero entonces la carnicería de Auschwitz no nos enseñó nada?

Claro, pero se nos olvidó, como pasó con tantos otros Auschwitz que sucedieron antes…

¡Tonterías!

Como la festiva matanza de cristianos en el circo romano, en tiempo de los césares, el genocidio de los pueblos precolombinos en esta falsa América, o los belgas en el Congo…

No es lo mismo, ni de lejos.

La cosa no es de números, aunque lo del Congo también fueron sus seis milloncitos de muertos, mujeres, niños, ancianos… Y de igual modo, Alzbieta, Auschwitz sigue habiendo hoy en día, y no muy lejos de Medellín. La historia de Urabá no se ha contado.

… A ver… Auschwitz es el fracaso de la civilización.

Di lo que quieras. El centro del mundo no es Europa, ni los judíos son en verdad el pueblo elegido.

¡COF, COF, COF!

Son el pueblo autoelegido, Julián.

¡COF, COF, COF!

¿Qué le dio a esa señora?

¡Tráiganle agua!

¡Pero no mucha, porque se atora!

Las tres hermanitas estaban tejiendo suéteres y mediecitas y cobertores desde que llegaron y se sentaron aquí al lado. No nos dejemos distraer,

querido. Recuerda que yo soy de las pocas judías que abandonaron su religión, aunque vengo de la casa de Leví.

La señora se ha mejorado inexplicablemente.

Me parece entender que no pelear por el cine es ser insensible a la vida, señor terrorista.

Eso es.

Entonces, algo habrá que respetar.

Sí. Pero por eso no le debes poner cortapisas, ni siquiera un decálogo, o sea, una moral.

Para ti los críticos, me parece entender, serían en el cine como los fariseos de los evangelios, que tiran la piedra y esconden la mano.

Y ahora oye, óyeme bien. Espera… Caramba. Me acaba de llegar un mensaje bien extraño.

¿Otro mensaje de Poll?

Es una invitación personal a un recital privado de los Rolling Stones en Itagüí.

Qué ridiculez, ¿es en serio?

Pues parece broma, pero no lo es.

¿Y es que los Stones iban a venir a Itagüí?

Dice que es el próximo viernes, 20 de junio, en Manguaré. Y sí, es un mensaje de Poll.

Muy raro.

Me devuelven el código que envié hace… ¡Carajo! Ahora mira esta noticia que me acaba de aparecer.

¿“Solucionada contingencia en Hidroakabí”? Mira, en la pantalla salió otra cosa más, una notificación de Bancamina… ¡Oh, Julián…! “Las comunidades celebran”, dice El Parroquiano.

Déjame yo verifico en mi cuenta. Es que no puede ser…

¿Somos ricos? “El peligro persiste”, señala Ríos Vivos.

… Jodeputa.

Somos millonarios. Te levantas a andar unos pasos, sobresaltado. Yo sé quién va a pagar esta cuenta y todas las cuentas de ahora en adelante. Siéntate. Estás pálido.

Lo peor, Alzbieta, es que esto no es un error. Pero yo voy a devolver este dinero.

¿Y a quién?

A la cuenta que me lo transfirió. O al primer número que se me ocurra. Di un número al azar. Di siete o seis o mil y dos noches, o di cuatro para empezar una novela, y yo apunto, trotar, trotar, trotar, sí: pero trotar por cuatro noches, con sus días.

No seas loco… Tú estás de remate.

Siempre habrá fuego en el 23, sépanlo.

Hay que averiguar de dónde viene ese dinero, por si hubo una equivocación.

Equivocación no hay.

Venga, pensemos esto. Si quiere nos vamos.

Lo que no puedes decir es cero.

Esto que acaba de pasar no se lo voy a pedir que me lo explique. Pero no devuelva esa plata.

Disculpen, ¿les provoca tomar algo más?

¿Me oyes, Julián? No vayas a devolver esa plata.

A mí deme una Bretaña, por favor, de las pequeñas. ¿Tú quieres algo más?

Yo estoy bien como estoy.

Quiero redondear bien esta historia antes de que nos vayamos.

Y llévate tu casete dorada adonde no la veamos más.

Al contrario. Esta casete va a hablar.

Julián…

No te preocupes. Nadie ha pagado mi silencio.

¿Cómo así?

Son cuentas apartes. Columnas distintas.

Ah, cielos.

Sí, señora.

Hablas como un hombre hecho y derecho. Veo el brillo lejano de siempre en tus ojos, vivo, quemante, y tu peligrosa sonrisa de tigre.

De tigresa. Solo hay un misterio, Alzbieta, y es la respuesta que se nos da desde antes.

Respiro.

Sí. Un sí inexorable.

Bueno, señor Gómez, no me ha contado nada de la pelea entre usted y Moneditа. Pero tómate tu tiempo. Mira que, inexplicablemente, el café sigue atento para atendernos aún.

Me da la sensación de que nos siguieran mientras escribimos en tiempo real.

Yo sé que puedo callar, y con eso te lo digo todo, ora cuando el silencio se puebla, ora cuando se difunde.

Madre mía. Jm. Te iba a decir lo que fue el verdadero detonante. Pero eso que dices es el único poder, y el único poder es todo el poder. Es una bomba, y punto, pero para casi todos los que me pudieran oír sería una pompita de jabón. Para mí no es la verdad que sí es ni lo falso que también es. Perfluyo. Después de eso las cosas no volvieron a ser las mismas en la crítica colombiana, por lo menos en lo que a mí respecta, porque desde ese día yo comencé a crear abiertamente una tendencia tal vez solitaria, enteramente disidente de toda idea de crítica institucional, que no ha dejado de cosechar simpatizantes, muy tímidos ellos en lo público, como es fácil de prever, pero elocuentes en sus mensajes privados, y que he llamado crítica salvaje.

Bueno, de algo sirvió la pelea.

Tampoco me faltan enemigos, pero como sucede en la novela que estamos escribiendo juntos, Alzbieta, me he esmerado en dejar en claro, como Galán en un discurso famoso, que realmente "no veo enemigos en el partido liberal". El caso de Pablo A. "Monedita" Zuluaga es, sin más, uno de los más interesantes en la historia de las letras y el pensamiento nacionales, porque el fuego de su escritura manifiesta un inconformismo esencial que, aunque sea acomodaticio, oportunista, incoherente, manipulador, y sin tener en cuenta lo efectivo que resulta ante sus lectores, algo así de importante que odioso, es sobre todo estremecedor, bello y significativo. Monedita es uno de los mejores escritores de Colombia, y sus parrafadas en Facebook pasarán a la historia por mucho más que su inteligencia, la cual no es tanta como su pasión y sobre todo su genio con la palabra.

Avemaría. Si él te oyera me gustaría ver su expresión.

Y yo sí soy quién para decir esto. Pocas personas son tan dadas al gusto de la conversación como él y yo cuando coincidimos en un lugar y un tiempo comunes. Hallar un interlocutor, Alzbieta, así sea en un bus pagado por el Huy Festival a Caldas…

Tranquilo.

Perdona, soy un llorón. Es que recuerdo a Luis Antonio. Al gigante que fue Luis Antonio y el niño que era yo cuando hablábamos. Pero de esto te contaré luego. También pienso en la soledad de Farley Velásquez aquí, en esta Medellín meliflua. Déjame tomar aire. El catorce de octubre de 2014, pocas semanas antes de que el crítico de cine y viejo amigo Óscar Osorio y Víctor Galindo se decidieran a pasar Tratado sobre la mentira en La Unión, la cuna y la tierra de los dueños de El Parroquiano, en el marco del Festival de Cine de La Unión, que tanto patrocinio recibía de ese periódico, Monedita dijo algo en Facebook que hoy creo que lo avergonzaría, si él tuviera vergüenza, pero como no la tiene…

Juli, ¿quién no tiene algo de qué arrepentirse?

La pregunta siempre será: ¿entonces para qué pelear tanto? Mi problema, y yo diría, mi único problema, fue justamente pelear contra esa terquedad de mula. Monedita, ante el juicio político que promovía la beligerante senadora Claudia López por los evidentes vínculos de Uribe con el paramilitarismo moderno, publicó un estado de Facebook, como les dicen, en el que llamaba a los dos senadores a que "se desmovilizaran", y en los comentarios del estado argumentaba que la actitud de López significaba "extender la guerra por todos los medios". Yo perdí la paciencia.

Dios mío. ¿Qué hiciste?, recuérdamelo.

Yo estaba acostado leyendo un documento de la Maestría en Literatura de la Universidad Ática, un capítulo del libro Teoría y

estética de la novela, de Bajtín, justamente el capítulo dedicado a la palabra en la novela, no lo olvido, se lo debo con algunas sutilezas del ruso original a la profesora Vallejo. Estaba feliz, me parecía de lo más brillante que hubiera leído en toda mi vida, pero al mismo tiempo se me hacía un delirio del todo objetivista que pedía su ajuste interno, cuando de súbito oí una exclamación de Verónica en la sala y su respectivo y tradicional reporte de la situación que la asombraba. Estoy acostumbrado a esas efusiones y pensé que era cualquier cosa habitual que no iría a transformar mi vida. Pero ahora hablaba de una acalorada discusión de Monedita en Facebook con el cineasta Libardo Duque, un querido amigo nuestro, un mamerto de respeto. Monedita, en el foro del estado que te acabo de evocar, afirmaba que Uribe también había sido víctima en la guerra y Libardo silbaba de la furia. Decía además Monedita que a Uribe Vélez había que perdonarlo. Yo metí la cucharada. Me levanté de la cama en donde estaba leyendo muy tranquilo y cómodo, solo para responder a esa frase puntual. Eso me cambió un poco la vida.

¿Qué le dijiste?

Dije esto: "Pablo, si yo le digo a Uribe que lo perdono, él me pega".

Ja, ja, ja.

Entonces la discusión se puso pesadísima. Pablo dijo: "Yo solo sé que no sé nada", con sorna, yo sé por qué lo decía, parecía sincero, y no, lo decía por mí, parecía humilde, y era por mi documental relativista, nadie lo notaba, por mi discurso seudo-socrático, mirá cómo es de inteligente, y porque yo no pienso, no he leído casi, y cuando yo voy él vuelve, soy tan ingenuo, él sabe hasta dónde llega, yo no tengo respuestas, él no se sobrepasa, y me las doy de algo, como es de feo eso así, sin referentes, pero la gente lo aplaude, Evita comenta: "Amo", con un corazón roto, y yo le digo sin pensar, sin miramientos: "Al contrario, vos lo único que buscás es llevarte el punto siempre". Ahí fue cuando se me vino todo el mundo encima. Monedita tiene un círculo de áulicos que cierran filas en torno a él no solo cuando lo ven atacado, sino simplemente desautorizado. Yo aseveré que para él era más importante tener el favor de la opinión pública que hablar con la verdad, y todo quedó en silencio seis minutos, siete minutos, ocho minutos… Nadie decía nada, y el silencio nos mantuvo despiertos. Fue un momento angular. Entonces, un amigo común nos invitó a dirimir nuestra disputa en privado, el querido Andy Rodríguez…

Hermoso, Andy.

Sí. Así que atendimos a su llamado, y yo le dije a Pablo en el chat privado que él privilegiaba todo lo que lo hiciera notorio y a la vez simpático al poder.

Uf, eso es buscar pleito…

O aceptarlo. “Nos han declarado la guerra”, dice Serrat por ahí en una canción suya en catalán… La respuesta, sin embargo…

También en español. Se llama “Padre”.

Exacto. “Proletarios de todo el mundo”, ya sabéis… La respuesta de Pablo… Y en catalán padre se dice pare, pero no nos confundamos… La respuesta fue pública, pese al consejo y petición de Andy, jugada típica de ajedrecista de los medios o de entrenador canchero de fútbol uruguayo: jugada sucia para provocar al otro, sucia, sucia. Hizo una carta abierta a Julián Andrea Sánchez en la que decía que él no había tenido los privilegios de los que yo sí había gozado en la vida por ser hijo de un magistrado y miembro de una familia poderosa. Es decir, me tocó las bolas con tino. Yo ahí ya, no obstante, logré percatarme muy bien de otros asuntos delicadísimos que, de nuevo, no eran visibles para casi nadie, cosas que quizá ni siquiera tú lograrías advertir hoy mismo en esas palabras de Monedita –a quien en realidad llamo así porque tiene dos caras irreconciliables–, aunque caí en la trampa y reaccioné todavía de manera visceral, públicamente, que es lo que él buscaba, insistiendo en mi idea contra la vanidad sobradora de mi amigo, ese presuntuoso y burlón “yo solo sé que no sé nada”. Ahora estaba yo más en lo cierto que nunca, la moneda es una, pero fue un error, acaso un buen error. Y no porque Julián haya dicho algo mal dicho, ni tampoco porque al exponerme otra vez ante todos me haya echado en contra a la grey de adictos terminales a su verba filuda, eso fue todo el logro de su truco, sino porque la polémica se quedó fijada en una imagen de contienda que el propio Zuluaga acababa de encriptar y emplear en la discusión en un sentido distinto que nada más podría captar la real inteligencia secreta, algo profundamente entrañado en su previa indiferencia ante mi documental. Monedita no da puntada sin dedal, incluso sin saberlo. Nuestro apellido es serendipia, y cada uno está haciendo lo que debe hacer. Eso está demostrado.

¿Y qué era entonces aquello que había ocultado al decirlo en su mañosa carta abierta?

Es cosa que abunda en otro plano de la discusión, no el interno, no el del contenido, digamos, y sin duda, no el que sepa encarar muy fácilmente el vulgo. Es el plano sociológico. En últimas, lo que había sucedido solo nos importaba realmente a dos personas, porque era algo distinto a la disputa que ocupaba al resto. Pocos días después, en ese mismo contexto de mis ataques, el sujeto se presentó en su blog de este modo: “soy un programador de cine y un diseñador de políticas culturales, o sea, en términos más finos, un ‘intelectual flotante’, o sea, alguien que alquila su cabeza”.

¿Eso dijo?

Sí, claro, para vergüenza de nuestro oficio, ¿se te olvidó, o fue que,

como muchos, no veías lo evidente? Se había alineado en el bando opuesto al mío, estaba con El Parroquiano, o sea, con el uribismo, y así quería que lo vieran desde arriba, jugando con su imagen de sabio ponderado para los de abajo, que somos todos. La sutileza es de diablo, aunque no le salió del todo como quería, rapidito tuvo que virar. Yo saqué una imagen digital de ese fragmento de su presentación en el blog para acompañar con ella una de mis publicaciones sobre el propio Monedita. No sé si él haya cambiado el texto, pero también se ufanaba allí de haber sido antes tirador de piedras y ahora pinchador de globos inflados. Sus lectores seguramente veían ahí una evolución admirable en el pensador, en el Delleuze santuariano, como le llama todavía un reconocido periodista cultural de la bohemia bogotana, además de una franca y madura confesión de nuevas ambiciones transformadoras, con real incidencia en la cultura, y quizá no se equivocaban del todo.

¡El Deleuze santuariano…!

No te rías tanto. ¿Es que no se puede? Todo eso habla de una situación que para los que viven de la escritura ha sido muy incómoda en la modernidad. Tal vez en el futuro, un presente inimaginable, haya algún Zuluaga parisino, o de Vichy (es más probable que sea de Vichy), y no hablemos de mí o de Cruz en Moscú o Tombuctú. En ningún lugar se cuecen habas. El término "intelectual flotante" que usaba Monedita en ese perfil propio viene de la sociología alemana de inicios del siglo XX, de Karl Mannheim, según recuerdo, quien decía que los intelectuales, debido a su situación inestable y de dependencia económica en el régimen productivo, son esencialmente oscilantes en su relación con el poder. O sea, mi maestro, el teatrero Bernardo Ángel, de quien te he hablado, podía despotricar contra los politiqueros del espíritu, como los llamaba, contra los burócratas de la cultura, pero exiliarse, como lo hizo Bernardo, de toda la actividad cultural institucional, ser un verdadero independiente, o como Dunav Kuzmanich, el cineasta chileno, que se negaba a abrir una cuenta bancaria, tiene un precio que a veces puede ser el de la vida misma: la miseria, el abandono, la impotencia.

Así es.

Monedita pasó por un momento de adulación y coquetería al uribismo del que hoy renegaría de no ser porque, en últimas, es perfectamente consciente de ello y así más bien afirmaría, puedo jurarlo, sin que le tiemble la voz, que ese momento nunca existió, usando todos los recursos a su alcance para negarlo, diría que es mi invento. Ahí radicó nuestra pelea, y yo entendí lo difícil que es todo para un Deleuze santuariano.

¡Pero por Dios, si es uno de los más insistentes contradictores del régimen!

Sí, a eso lo llevaron las cosas, porque el uribismo también escoge y descarta sus fichas, y Pablo tampoco agacha la cabeza en todo. Lo bonito de Monedita es que su ego es más grande que su oportunismo. Es como Coralina, no se arrodilla en vano. Y eso es mucho decir. Lo del matrimonio gay, la negativa retrógrada de nuestro entable unas semanas después, marcó su nuevo cambio, aunque él fuera un activista desde el principio, aquí en la vibrante Medellín de los noventa, en El Rumbo, ese debate político por los derechos de la comunidad LGTBIQ+ fue lo que lo llevó más verazmente al radicalismo proselitista por el que hoy es tan reconocido y por el que se jugaría el pellejo, se lo ha jugado, a lo Pasolini.

¿Sí son así las cosas? ¡No creo!

No crees porque estos son los tiempos del olvido, pero ahí está toda esa producción intelectual de aquellos tiempos, durante los primeros años de Santos en el gobierno, ahí están los ataques de Monedita a documentales dignamente contestatarios, no simples panfletos, como Impunes, de Juan Lozada y Hermann Morris, o Etnocidio, de Marta Rodríguez, por los que tanto peleamos en nuestros blogs. Monedita los descalificaba por ser ingenuamente parcializados, y en mí se desataba una ira, cierto es, aun más contraproducente, pero que yo también me he perdonado, por el intelectualismo relamido con que él dejaba esos trabajos sobrios por el suelo ante unos lectores embelesados con su terminología y sus citas de interés a mamá Sarlo y papá Bhabha. Pero ahí también están cosas como esa publicación de Facebook en que decía que hacerle un juicio político a Uribe era continuar la guerra por otros medios, y que ya deberíamos pasar la página del paramilitarismo y olvidar, o más bien ignorar, los pecados de los políticos vinculados a ese fenómeno, oírlos de nuevo en campaña, sopesar sus propuestas, je, je, je. Vida hijueputa.

Pues eso me sorprende, viendo lo que él es ahora.

Pero es que eso también tiene sus razones personales y sociológicas, Alzbieta, y muy respetables, el hambre del pueblo es mucha. ¿Te tienes que ir ya? ¿Por qué miras tu reloj?

Estoy muy cansada, Juli. No es por ti, el día ha sido agotador.

Déjame terminar, no demoro.

¿Hay algo más? Dale.

Una cerveza y nos vamos. ¡Chica!

Dígame.

Deme una Ministerio roja, por favor.

Con mucho gusto.

Mira, yo también pasé por mi periodo de acercamiento al poder. Fue cuando egresé de mi tratamiento de rehabilitación de la toxicomanía en el Hogar La Alborada con la convicción de que el sistema no era el enemigo. Yo había llegado a unos niveles tan

devastadores de locura que no me fue difícil el darme cuenta de que mi verdadera o más cercana amenaza era yo mismo. Mi crítica de cine en aquella época tiene muchos momentos que revelan un verdadero conservadurismo que me llegó a dominar momentáneamente, por pura supervivencia ante mis propios instintos. Hablo de un lapso que va aproximadamente del 2006 al 2009, más o menos cuando la evidencia sobre la barbarie de Uribe fue ya apabullante. De esos tiempos hay artículos de los que me arrepiento, como uno que publiqué en El Parroquiano sobre Manderlay, de Von Trier, y más que nada el que hice de Invisibles, el documental colectivo dirigido por Corcuera y otros, apadrinado por Javier Bardem, sobre el desplazamiento de campesinos en Colombia, el reclutamiento de niños en la guerra de Uganda, la violencia de género en el Congo, la inmigración explotada en España y otros horrores. Yo entraba… Gracias.

Por nada.

… yo entraba en sutilezas apenas un poco menos finas que las de Pablo sobre Impunes y su representación de las víctimas, poniéndome en contra de las oenegés y su mercado del dolor, pero de ese modo terminaba legitimando, sin darme cuenta, a lo que ni siquiera entonces veía como la dictadura, que en Colombia es el simple poder de facto de un entramado mafioso disfrazado de democracia. Pronto me di cuenta de que, en el fondo, lo que importa en términos políticos es a quién le crees y de qué lado estás, así que si hoy me retracto de ese artículo en especial no es por haber criticado a las oenegés, muchas de las cuales son la infamia misma, sino por dejar solas con mi purismo en Cronotopo a las comunidades, como si la justicia gozara de su "auto-regulación". Por eso, cuando en Otraparte una señora me preguntó si yo creía tener autoridad moral para criticar en Tratado sobre la mentira a un diario al que había pertenecido por más de veinte años, le dije que nunca era tarde para abrir los ojos. ¡Salud!

Salud. Dame un traguito. Ah, está rica. ¿O sea que Pablo ya abrió los ojos?

Los abrió, sin duda, a él mismo, a su dignidad humana, pero el silencio que mantuvo frente a Tratado sobre la mentira y, por igual, el gesto con que, meses después, me pidió que me quedara callado en el festival de documental de denuncia de Óscar Osorio organizado por EPA, en marzo pasado, para que no fuera yo a hablar en público otra vez de un tema que no podía ser tocado allí, porque también El Parroquiano patrocinaba ese evento al que esta vez nadie me invitó, fueron actitudes que tienen que ver con esas conveniencias personales, aunque de raíz sociológica, que hacen que todos defiendan su predio y, más que nada, que nadie se meta con la prensa, y mucho menos si eres un crítico de cine. En suma, no son algo condenable, pero el no reconocerlas sí lo es. Eso nos compromete con una actitud a la vez

inclaudicable y limitada. Es tenaz.

Es interesante. ¿Pero lo que pasó en ese festival de documental del que hablas no fue luego del estreno de tu falso argumental en La Unión, o sea, no había terminado todo ya?

Sí y no. El espanto de lo que me va a pasar en diciembre de 2014 en La Unión, cuando un niño sea muerto frente a mí, supuestamente por mi culpa, para cobrarme el establecimiento, con la vida inocente de él, mi oposición incansable a su principal órgano de propaganda, será el clímax de mi crisis con El Parroquiano, poco después de la gresca monumental con Monedita por sus palabras sobre Claudia López, pero la gresca de todos modos duró varios meses más, justo hasta ese festival de EPA, cuando le escribí a Pablito, después del fuego, una carta de reconciliación crítica, un llamado a la sinceridad mutua.

¡Claro, ya recuerdo, ahí fue cuando te demolió!

Ya no me importaba. A mi carta pública conciliatoria él respondió difamándome, poniéndome ante el respetable público como un enfermo mental, se sacó todos los clavos, hasta los imaginarios, pero yo ya no quería atacar a nadie. Todo había sido tan infernal, Alzbieta, que eso era una poma (una pomita en dulce), y además Verónica en ese momento, en ese justo instante, esa mañana, estaba en el hospital entre la vida y la muerte… Que me dolió lo que él hizo, claro que me dolió, y a los días, poco después de haber yo pactado con la SIM el demorado trato del que al fin has podido ser testigo milagrosa solo hasta el loco ayer y el hoy más loco, di cierre a nuestra mediática reyerta publicando un análisis sociocultural del miedo del crítico, con citas a Mannheim y Altamirano, no sin dureza, pero con el simple afán de ser justo, nada más, casi objetivo, y no insultante, ni siquiera ya propiamente polémico, por más que uno tuviera bien merecido el ese insulto coyuntural y por más vigente que siga siendo aquí mismo la esa polémica. Se acabó: no va más, diría yo.

¿Decir que el crítico obra por beneficio propio no es insultante?

No creo. Se lo repetí de frente a Monedita hace unas semanas, cuando nos encontramos cara a cara en el bar Guantánamo y no hubo problema, ¿tú crees que a él le importa? Ahí sí riámonos. Todo queda en familia. Le recordé también lo mucho que lo quiero. Él solo me dijo que hacerse matar es de locos.

Eavemaría. Eso sí es sabiduría.

¡Uf, sí!, es que él es de otra categoría…

…

Mirá la sencillez y relevancia, la pureza de la sentencia. Ni Cicerón en las termas.

Vos sos un pozo de rencor, como dice alguien de Pedro Páramo, ¿no es la mamá?

Lo dicen todos. Pero es que, ¿no te parece el colmo de la sabiduría? Si la gente en este país se tomara esas palabras como consigna: hacerse matar es de locos, seguramente no habría tanto líder y lideresas campesinas muertas. "Hacerse matar es de locos". ¡Admirable!

Juli, me vas a hacer llorar otra vez, ahora sí…

No es para menos, querida. Sucede que hay gente que no tiene los privilegios que tú y yo tenemos, e incluso Monedita, perdoname la rabia, y lo único que les queda es hacerse matar, no quisiera estar temblando.

Nunca vayas a decirle estas cosas por ahí a nadie.

Ja, ja. Ay, ya me río yo solo… Alzbieta, esa discretísima frase que alabas es lo que dice más de uno al hablar sobre Héctor Abad Gómez, que él se excedió, incluso su hijo lo afirma, que se hizo matar. Ahí está el quid del asunto. En cambio, Freddy Arias, líder kankuamo, tuvo la claridad de decir: "como aquí nos matan si no hablamos, entonces que nos maten hablando". Y lo mataron, pero el verbo… Ja. En verdad, nadie quiere que lo maten, Alzbieta, puta madre, y si acaso alguno lo que quiere en el fondo es eso, pues el que lo mata es el otro. Dejame quemar esta otra servilleta. Nadie puede matar a nadie.

…

Que arda.

Que arda.

Sí… ¿O hay mujeres que se hacen pegar?

…

¿Será tema de otro capítulo este o el temita es el capítulo mismo, o el libro entero?

…

Me recuerdas al familiar que me echaba la culpa de las amenazas del poder a mí. Pero al menos ese sujeto, mi padre, no se las ha dado nunca de rebelde, ni siquiera cuando lo fue.

…

Porque lo fue, manejaba fierro y todo contra los esbirros de Escobar, que era ley aquí.

Pues sí… No sé qué más decir, pero no me atrevo a levantarme sino hasta que vos digás.

Los dos estamos temblando, y del Paradiso descienden todas las criaturas, como en el madrigal dantesco de Marenzio. En fin, vámonos, ¿no? Mañana, si gustas, te contaré de la mayor locurita que hicimos Pablo y yo, no fue hacernos matar. Ya sabes, todo son jugadas. Brecht decía que uno debe de ser estratégico en tiempos difíciles, y eso es innegable.

¿Hablas del escándalo de Cronotopo?

Desde luego. La muerte puede ser la mejor jugada. Eso que nos

pasó en el Andino y muchos ni recuerdan, y que definió hasta hoy la continuidad de la revista de cine que fundaron Luis Antonio y Pete, ya era la intimidad y el rostro verdadero del totalitarismo. Por ese asunto me di cuenta de que yo estoy metido en este rollo de la cultura hasta el tuétano, es decir, en carne y hueso, con todo el ser. Si no aprendí la lección fue porque, al contrario, me la aprendí bastante bien. Yo seré un nuevo paradigma, a mi pesar.

¿Terminaste tu traguito? Yo de eso solo supe lo que todo el mundo oyó.

Un peo bravo. Y la idea fue de Verónica. A ella le debe Juan César el ser editor de la revista.

Mañana me cuentas esa historia. Mira mi cansancio al hablar, pero me voy conmovida. Paga tú, que ya eres rico.

Ni me recuerdes eso, Alzbieta. Ni me lo recuerdes. Nuestra voz no es menos débil.

Juli, tienes que cuidarte.

Mujer, ¿nos traes la cuenta por favor?

***

–Coda gnóstica–

Lo que no debo olvidar jamás, Alzbieta, es que las consecuencias de ese largo rifirrafe con Pablo fueron desastrosas para mí. Voluntariamente me alejé de la Universidad Ática porque sabía que sus amigos ya no me iban a dar trabajo, o que sin duda iba a recibir las presiones que él sabe ejercer por persona interpuesta.

¿Eso no fue algo apresurado? Al fin hoy eres profesor allá…

Pero porque cambiaron de coordinador. Lo peor fue el descrédito de mi documental ante todo el mundo del cine, pues quedó como la obra alucinada de un ególatra, gracias a la única y aislada referencia que alguien tan prestigioso como Monedita hizo, en su reacción a mi carta conciliatoria, de una película realmente atrevida y compleja, y mis críticas y dispersos exámenes a sus posturas quedaron como una combinación de resentimiento y envidia… Ya le pago… Porque la plebe ilustrada solo toma bando, sin reparar en el trasfondo y las implicaciones verdaderas de las discusiones. Goebbels estaba en lo cierto, Alzbieta. Y además, lo peor lo dijo Vero: el que se pone de Mesías, termina crucificado.

Menos mal te estás sanando, Juli, menos mal nos estamos sanando.

Menos mal me alejé de ese mundo, querrás decir. Gracias, chica. Acompáñame a los taxis.

Vamos.

Sanar es de todos los días, pero si paria fui, paria moriré.

Pff.

Yo digo que nunca me puse de Mesías porque crucificado empecé.

Y la resurrección es universal, eso se nos olvida siempre.

No seás tan iluso, Julián.

Todo queda.

Tú te las das de paria, pero eres un oligarca.

O quizás un simple aristoácrata, como quisiera León de Greiff.

No, un oligarca. De los buenos, tal vez, pero tú estás ganado, querido.

Ganado sos vos, soy yo y somos todos…

Ay, Julián, ja, ja… vos sí no perdés la chance de citar a Ricarda da siempre que podés…

Ganado, ganado porcino…

No te pongas así.

Déjame. Al cuervo le gusta.

¿Por qué lloras, Juli, por qué derramas como yo esas lágrimas de fuego, sensibles como el escarlata de la muerte, y sin lamento, sin gesto de súplica, sin suspiro de demanda?

¡No sé! Paremos un momento. Tal vez no lloro, como ves, solo sangro por Verónica, bajo estos árboles coposos y su sombra amable, que van a cortar. Yo de bueno no tengo nada, y lo que diga siempre será bien usado en mi contra. Ni te lo imaginas. No solo es peor de lo que cualquiera pueda creer, es peor de lo que cualquiera pueda ver. Yo ya no derramo lágrimas por nadie, Alzbieta, pensándolo bien. Por lo que me dices, que me iguala al Santiago vencido y ganado, a su pesar, de Conversación en La Catedral, veo que solo lloro fuego ahora por Verónica, y no deshonro con mis lamentos vanos a todos los muertos que llevo a cuestas, ¿sabes por qué…? Porque yo desde que nací estoy muerto, pero Verónica, que vive, aún me ama. Los demás, como dice Tala, el trovador, "se pueden morir", en uno de sus mejores sonetos, que censuró él mismo por su pánico inveterado a las nuevas moralistas del arte. O sea, Verónica quiere vivir y yo le doy la peor vida. Por el contrario, a los pobrecitos muertos, como les dijo Gabo una vez, no tengo el derecho de llorarlos.

Pues yo sí pensaré en todos los muertos, amigo mío, cantaré a la mirada ida de mis muertos tempranos, a la de mi papá violador, a la de Galán sin enemigos en el partido liberal, y oye… así como tú lloras sangre por la vida que quisieras dejar en paz y a sus anchas, son ríos de lágrimas los que hay que pagar en este mundo por los idos que nos alimentan de noche, por la compañía que se pierde… Hay que vivir, así sea para llorar, porque es nuestro deber el llorar, ora el llorar sangre, ora el llorar fuego o sudores sin cosecha… Eso es lo que nos diferencia a todos los que estamos untados, y sin embargo, así como tú te has vuelto un despiadado suicida, me haces pensar que también yo hoy ya casi no he llorado, Julián dragón, Julián cabeza y cola, y tengo un libro en el fogón. Me abrazas, recibo tu abrazo. Sí… Ya lloré demasiado, amigo del alma, desde siempre lloré, si me pongo a recordarlo bien, y tú también, lo sé: recogidos en el lecho, ya

pagamos nuestra cuota, en nuestra soledad, por tantos que cayeron vencidos, lejos de todo… sí… Ya hemos visto a nuestros seres queridos difuntos respirar y andar al aire libre, disfrutando del cielo puro, del bello sol, como Orfeo en el aria de Gluk, y así este día de hoy, querido, desde mi amanecer con unas piedras, me parece que será eterno, como dices, que es para siempre el día, hasta llegar a este punto que nos mira atento en el escrito que juntos debemos suspender ahora, para dormir bien.

Capítulo 9

Di que no

–Veloz, con pausas–

Nunca dejaré de pensar en ti del mismo modo que tú me recordarás siempre.

Una nodriza, a la dama de Akashi, en La novela de Genji

Isáfora

Marzo 4, 2015. Miércoles. 17 h 06 min.

Qué película nos ha puesto a ver ese pirobo en la clase de lenguaje. Se llama El séptimo sello, de un director que creo es lo más underground de lo underground. Este hombre es reculto, pero sabe más de lo que sabe. O sea, a este el agua le pasa por donde no se ve la luz. Y el ciudadano profe (animal, animal) nos dice que definamos si lo que hay al final en la escena en que muere el cura violador es una elección de montaje o de puesta en escena. Oiga usted, me ha puesto a pensar seriamente, señor. El cura está infectado por la peste y no quiere morir, pide clemencia, cae al lado de un claro del bosque y la imagen se queda un rato quieta, uno supone o sabe al fin que el tipo se murió. Pero la imagen sigue así un rato y de pronto un rayo de sol ilumina el cadáver. El profe nos contó que esa luz apareció de pronto por el reflejo de una ventana en un edificio que había al lado de los estudios donde estaba siendo filmada la película. Que Bergman simplemente quiso que la cámara siguiera filmando ese momento posterior a la muerte ficticia, sin saber bien por qué, en su reposo, y de pronto, como un truco de fotografía, sordo, surgió ese rayo de luz sobre el cadáver, que en la imagen se ve como algo milagroso, que uno no puede dejar de mirar como una bendición, o algo así, que cae sobre el muerto. Qué chimbada como me pongo a llorar, no sé por qué, esto es algo que merece mi atención. El profe después se pone a hablar del cine moderno que en ese momento apenas estaba naciendo

y nos cuenta que la conciencia del tiempo en el arte de Bergman no era lo central, pero que sí era tan importante como debía serlo cuando toca, y esa expresión se le hace graciosa, porque dice que es así de simple, pues los valores gráficos son igual de importantes que la verdad. Yo vuelo con este hijueputa. Y entonces aparece en su obra ese pequeño milagro que hace del documento una metáfora. Ay, señor. O al contrario, que de la representación hace una revelación. Aquí es cuando uno piensa como mi madre en Dios, sin decirlo. Diciendo la palabra sin pensarlo. Pero no es eso, es un lamento sin destino, como decir vaya, o la chimba. Yo qué sé, si no de un sueño parido, un bien que cae, redondo, una pera que nadie se come. No me vengas con entelequias, no es eso, salideros para la pera, no es pedir cacao cuando te pierdes, no no no, porque quisiste. Y al rato el tonto ese, que habla de cine y de todo con qué visión, que se sabe hasta lo que no sabe, o solo eso, sí, solo eso, pidiéndome que nos volvamos a ver, y yo sí, muy rico y todo, le sonrío, no puedo evitarlo, pero no, qué tal, ya nunca. Qué raya el Marduk, qué raya. Como si se arrepintiera y luego no se controlara, pero nunca la hubiera visto a una ni siquiera por fuera, o como si yo le pareciera, no sé, no sé… Y no es que yo no quiera que nos veamos otra vez. Una con unos se vuelve tan dadivosa. Qué culebra no es un dulce con sus hijos, me dijo un día Taimaz. Y sí, Taimaz, Marduk, son mi bebé, aunque yo no quiera verlos, ja, ja, o no deba verlos, la misma Leona, baby, que me escribe ayer para que hablemos, me pregunta que por qué la bloqueé por todo lado. Para empezar, Marduk me puede dar más luces sobre el tema de la clase. Jueputa. A mí al profe me gusta hacerlo pensar también. Ahora mismo en el trabajo que nos puso y vale un treinta por ciento de la nota me quiero lucir, tal vez cobrármelas todas, cobrárselas a todos, orinarme en todo. ¿Vos quién creés que soy, Marduko Falazo, una niñita de El Poblado arriba? Decisión de montaje, decisión de puesta en escena, ese plano de la muerte fue las dos cosas, o-bvia-men-te, pero fue un montaje previo y una puesta en escena ulterior. ¿Tendrás otro alumno que te salga con esas palabras? Hay que explicar. Lo que sucede como puesta en escena, la acción, está cobijado por una esperanza, una esperanza en el más acá. Güevona, me desconozco. Esa decisión es previa a todo, también al guion, ¡provoca al guion! (y lo desmonta). Las palabras a mí a veces también me salen coloreadas desde por dentro en la escritura, por mi intención, sobre todo cuando dibujo, son palabras sin nombre, Dumanoia. ¿Qué es el más acá? Tengo pánico porque ese don o mejor, ese vertedero sin fondo, es lo único que me salva de volver a caer en desperdicios como el que soñé anoche, y que no era sino el encoñe del perico y lo demás enmascarado, una inundación de basura bajo la cual se hallaba el nuevo mundo de una mañana para las diosas lejanas. Nadie sabe, sino la luz invencible que

hay en mí, del castigo al que me someto por no tocar más vicio, pero quiero entrar en contacto con la bajeza que me roba para regalarme la mirada perdida desde ningún lado, ningún rincón. Los delirios se alzan y yo floto en ellos, y cuando despierto o salgo es otra vida, otra ley, otra Isáfora. Entre tanto, el hilo coco, el nervio vacuo, la fibra de vidrio porosa, queso gruyer, el laberinto de la esponja comunicada de mi cerebro hasta el gallo, se abre y cierra, se vuela por su herida y silba, dormido sabe que es un encuentro, ya: una meseta por la que un pueblo entero camina sin orden, cruzándose el pistón y la chispa con dueños partidos en tres, y tres soles casquivanos que en el espejo dudan si bailar bailando ya un mal viviente, chocan, cantan que donde la voz se queda el pasado se marchita y la confitada quiere, yo no paso ni un segundo marital en la escuela. Si puedo ser un cadáver que anda por un bosque en que pida el poder de la noche para incendiarlo, lo seré. Eso está más que claro, para fundar la ciudad de los segundos sueltos. La Babilonia invertida. El más acá total, infinito. Marica, esto que me acaba de pasar es lo más asombroso que me haya pasado en mi vida. Oh, amores míos, leyendo a la Plath y a la Galindo me limpio sin vergüenza ni dolor en el orden que nos confiesa. Sé que, igual a esta silla que se ha movido sola, donde estoy sentada, voy trayendo inquieta un costal de milenios a su barranco central de pasos mal deshechos, de imposibles furtivos. Y ahora te haces caca, pinche salvaje. ¿Has visto a cada fiera que nos crio dejándose comer? Pero te crees cañón sin bala. No eres ni el alma ni la mecha, no eres el blanco móvil. Eres el sueño fijo, date de cuenta, por el que vuelves. No alces la mano para mirar el horizonte. Diosa madre, hay alguien llorando afuera, en el techo y en mi corazón. ¿Qué es esa voz rota, un sueño, o el sueño de un sueño? Siento sombras rojas aleteando en torno mío. No me inmuto aunque mi ser parpadee lejos de mí. Yo, que en soledad por años he dormido y soñado, no he podido arrancar a la multitud su hembra, ni podré hacerlo más que volviendo a halar de mi ombligo, suavecito. Allí me veré y seré mía. No entre tus brazos, tomándote del pelo divino que tienes para jalarlo a lado y lado, lo que se dice afuera, ¡puta!, y sabernos ñarreando, eres divino, chimbón. ¿Es que no hay más respuesta? Para mí, no. A ojos vista salta un código que me cifra en otro yo. Y esos que son el bello, que son el sueño, suelen desvanecerse en mí con un placer que es mi… Ay, madre… No nada, no nadie… El dibujo del hilo. La voz por dentro. ¿El labrado de la serpiente? Ajá, pero en un antes y un después, toda ella serpiente y labrado todo él. Ni mella. Una clemencia inútil del cielo ante la impávida muerte que fue, mis ojos sin cuencas. Oh, sonreír temblando. Te quiero, Isáfora, mami, pero te tienes que ir. No te levantes aún, llegará el momento y no habrá camino de no. Desear con un escalofrío el sí del no. La muerte tiene que ser un orgasmo sin

punta. Pensarte no como otro ni como cuerpo, sino como lo que eres dándome, yo adentro, nene, más real que lo real, allí en tu imagen viajera de los ojos de mi cuerpo hecho pleno sabor tuyo, di que no, saberte como una plenitud de las extensiones violantes de mi fauce saboreada, un goce en que sin nombre eres tú pleno hecho sabor mío, no por cualquiera sino por lo que dices sueño, lo que dijiste sueño y logras hacer real de mis ingles rozadas, pero aquí, por tus dedos traviesos, de mis bordes, en el lago, así, por tu boca hechizante, que me surca, tu pene sagrado, que me abre.

Con permiso, más revuelta que ni qué, doy paso al amor, al amor de nadie.

***

22 h 38 min.

Y así es que me vengo, cosita más, y domino al pasado en que me iré y al futuro en que me fui, cuando de pronto veo con verdadera sorpresa que hoy nos cuenta Marduk en su educativo Facebook que el sexo de Andrés Caicedo le subía hasta arriba del ombligo, porque el caleño bocón está cumpliendo años de haberse matado, y se suelta después mi amante niño en una digresión detestable (él la bautizó Temas capitales), yo sé que pensando en mí y demás que en otras, por todo lo que hablamos de Caicedo aquel día, acerca de lo que mucha gente comenta en Medellín de su miembro, porque Marduk, en últimas, sabe lo que tiene, que no es mucho ni es nada, y sobre todo sabe lo que enciende, pero se las da de animalejo, o sabe lo que una odia y desea a la vez, y eso habrá a quienes los caliente, justo porque no se ve bien en él ni en nadie, pero mucho menos en él, que aquí es un buey en el techo, y nos deja a todos como qué, y a todas vueltas una meretriz sin pasado, y todo eso me gusta, y a los mancitos hechos pecador sin mérito, y me emputa cantidades, él sabe que no es nadie, que no somos nada más que un peo, pero decirlo es genial, qué, eso no se hace, y punto. Me da una rabia, porque queda él ante todos igual que yo perdida después del placer, dejada, él queda así, lo que es una en el rastrojero, deslumbrada por mí misma hasta lo inaceptable del mundo que uno solo puede callar y aceptar tragando saliva como si nada pasara de nuevo, hágale, sin chistar, pero crecido justamente en su fanfarronería descubro, poeta, y no acepto, que sin su ser ni el nuestro quisiera a veces sí que sí, igual que hace un rato, dejarme tan solo atravesar una y otra vez por todos los falos habidos y por haber en fila india, si pudiera darse el caso, todos los que hayan existido y puedan existir jamás, esa soy, y nada más que para enroscarme después de camino hacia el destino remoto de la vulva aglutinante que se embutió al macho impostor de mi mirada aviesa, dándole con mi

rabia la vida a todo lo que tengo junto y a pedazos. ¿Tú te das cuenta de las cosas que escribes?, me preguntaría una abuela. No, no quiero ser, no quiero que nada sea. El sí es un no donde solo hay sí. Büémbäló. Quiero gozar borrando lo que ha habido, con lejía, cada noche, en mi cuaderno vibrante, borrando a rayones lo que he hecho, cada mañana, desliada, que viva más bien. Todo lo que pueda semejar un hallazgo debe de ser un engaño para quien me vea, o tú verás si una promesa, nadie debe llegar a donde yo miro (nunca es una promesa, mamá Fiona). Escribo para mentirme, para que la vida pase en otro lugar donde sí no. Y así con vos, pelado, que me oís sin deletrearme. Cógela: este viernes no te voy a volver a llamar para este viernes, el lunes te veré o el martes hecho viernes tan pronto nos miremos, esto es un conjuro simple, ahí será otra vez el día sin sol y sin noche, ahí seré la luna sola. No me gusta oírte, ternura, así, en camino, ni en tu gritar ido, belleza. No quiero verte desmayar sino huir otra vez, Marduk loco, huir de mí, Marduk cojo, a donde tu señora, saber que no eres para nadie lo que yo tengo para siempre de tu boca fantasma y tu hueso crepitante cuando te hallas y te atrapo y juntos nos vamos. Eres mi presa, ojo flecha del ombligo, cazador, trampa que pasa por liebre, sin labio: mi presa. Ajá, cada vez que callan los perros, el silencio nos mantiene despiertos. Si no me buscas, pilas, si es que no te gusto, cuidado. Contigo podría atraparme.

Julián

Temas capitales

En la nueva novela que me está escribiendo, que originalmente iría a llevar por título Laureles, o de la lujuria, y que es un recorrido por la esfera pública y la vida cultural de una Medellín más o menos imaginaria, un personaje ciertamente discutido en su pueblo hará una considerable digresión acerca del fetichismo del órgano sexual masculino como raíz o quizá matriz de nuestra forma polémica de ver el mundo, una forma por supuesto patriarcal y centrada en el poder y en el prestigio. El individuo aquel no sabe si se pueda concebir una cultura apoteósica que ostente otra forma de ver las cosas, una forma no competitiva. Tal vez, secularmente, la tranquilidad y la sabiduría estén en otra orilla que la del poder, la apoteosis cultural y la ostentación. De hecho, él recuerda a una importante hembra del mundo cinematográfico que una vez lo acosó hasta el manoseo y le decía en la cama que la violencia era inextirpable de la sociedad porque “desde siempre todos le estamos mirando el tamaño del pipí al otro”. Como ejemplo de tal fascinación, acaso característica de lo

humano, el personaje toma el que un miembro de tamaño normal (digamos, como insinúa Vargas Llosa irónicamente en Conversación en La Catedral, de 15 cm, o incluso de menor tamaño, unos 13 cm) pueda generar no ya controversia entre quienes hablan y hablan del personaje, sin conocerlo, tan solo por su aceptada promiscuidad, sino además opiniones muy divididas entre sus amantes. Si su primera mujer en la vida y otra más joven, años luego, que apenas empezaba en esos asuntos, le dijeron alguna vez que su verga era enorme, otra mujer se burló de él cuando se desnudaron juntos y le dijo que su pija era irrisoria. Pero más allá de esos extremos, tal vez poco creíbles, él cita en especial el juicio de tres verdaderas sabedoras en el asunto que sobre el mismo espécimen, al cual ellas han probado por dentro y por fuera, expresan visiones indescifrablemente disímiles. Una, bibliotecóloga rumbera, dice que es cosa sabrosa, "no el más grueso, pero grande, y te crece cuando está adentro, ¡más bueno!". Otra, una "señorita Antioquia", o sea: reina de belleza del departamento, con experiencia de ramera internacional, le dice, al contrario, que es más grueso que largo, pero que "eso es mejor, a mí me gusta su chimbo". La otra, una alta ejecutiva que, como las anteriores, también conoce la diversidad de los machos, con más de 30 en su cuenta, le dice, sencillamente, que es "normal tirando a grandecito". Es la más sobria y verosímil, pero si se compara con las medidas "ideales" de 20 cm o 19 cm, el aparato quedaría como en ridículo, y sin embargo su historial y las experiencias mismas no hablan sino de puro saboreo y goce entre las partes. Al fin, el sujeto se mantiene en una inquietud sobre el asunto porque, sencillamente, no conoce la verdad aún, y tal vez no la sepa nunca. De hecho, a medida que el tiempo pasa, sabe que, como decía un artista sabio: Luis Buñuel, después de los 40 ningún varón puede dárselas de amante. Lo único que de verdad importa es otra cosa, más allá de que uno desacredite lo que sigue siendo una fascinación golosa y, ciertamente, exquisita.

(Facebook, perfil personal, 4 de marzo de 2015).

Verónica

Se lo han llevado para hacerle una radiografía del cráneo. Aquí, en el cubículo 5 de Urgencias de la Clínica El Escapulario, han quedado sus zapatos, los tres pares de medias que se pone para que el talón amortigüe mejor su peso y no le duelan tanto las rodillas por las que sufre desde hace largos meses. Han quedado su correa, su celular, su chaqueta. No quiero tocar nada, no quiero ver nada. Algo denso se agita en torno de nosotros y me espanta. Sé que se tomó una foto de

las que llaman selfi, ¿o sea egocéntrica?, con la sonrisa partida, el rostro ensangrentado, una foto distinta a la que le tomé yo, mejor tomada, y le dio por ponerla en Facebook con un texto seguramente engreído y amenazante, que no he querido ni leer. Se enloqueció, está hecho un verdadero desquiciado. Necesito pensar en mí, porque si no yo también me voy a enloquecer. Oye, oye, óyete bien, mujer… ¿Qué es todo esto? Se te salió un poco de las manos la vida, Verónica, a mí y a Julián se nos salió de las manos la vida. Yo te amo, Juli hermoso, Dios sabe que te amo, y yo lo sé bien. Pero no así, no hecho un borracho, un peleador, un paranoico que hace escándalo en casa a toda hora y puede armar peleas impredecibles en la calle por una guerra perdida desde hace rato y que a nadie le importó nunca, así tú me digas que yo soy una ingenua, una falsa rebelde, y que te irrespeto llamándote culebrero. Creo que esta situación debe acabarse de una vez por todas, ambos lo sabíamos desde hace años hasta ayer, por lo que son tus devaneos, tus idas de la realidad, tus envalentonamientos tan peligrosos en esta villa de matarifes, no me creas tan tonta, sobre todo cuando tomas licor, lo sabíamos, sí, que nos merecemos la paz, dejarlos matar entre ellos, como dijiste alguna vez, citando al desagradable de Vallejo, pero tú no cumpliste, ni has puesto siquiera de tu parte. Un día me dijiste que lo peor que puede haber en la vida es volverse adicto al guayabo, a las resacas terribles que te atormentaban cuando metías cocaína, pero que a ti el licor no te da guayabo, y es cierto. Tal vez eso sea lo más peligroso. Si fuera de otro modo, tal vez te alejarías de la bebida, o la moderarías con real conciencia. Pero tú sabes a la perfección que hay algo incontrolable, que en ti, sobre todo desde que empezó aquel profuso infierno de tu documental sobre El Parroquiano, a veces se despierta una bestia, e incluso más por los días en que me la jugaste con esa otra mujer, y a lo largo de estos últimos dos años en que no sé lo que haces ni lo que no haces pero discurres con una verba aterradora sobre esa conspiración universal que no sé cómo eres capaz de creerte del todo, y dices que has viajado por siglos y milenios en el tiempo, que has perforado la realidad y has visto el otro lado de las cosas, y que jamás pervertirás el orden del mundo que te incitan a torcer desde la cumbre del Cosmos en que podrías reinar si quieres –todo eso dices–, sí, sabes y no le temes al hecho de que en ti a veces se aliente y alebreste del modo más inesperado ese dragón de tus adentros que es como un demonio que jugara con tu propia imagen vuelta sombra de la sombra vuelta cuerpo y parte mía que me vence, que nos arrastra. Y ha terminado esa bestia por suplantarnos, Julián, a tu imagen y la mía, y puede hacernos cada vez más daño, no ante otros, ante ti y ante mí. No sé cómo, pero debería retirarme… Pero… ¿Y si acaso me preñaste hace tres meses, antes del ataque que me diera en marzo, antes de

nuestra discusión sobre buscar bebé y nuestro alejamiento sexual? Así preñada me lo ha parecido desde hace unos instantes que estoy… O sea que, ahora mismo, Dios mío, cuando ya te habías negado a tener el hijo que te pedía, ¿podría yo preñada en el último minuto dejarte y preñada vivir mi vida…? ¡Sí! No sé cómo, pero así debo hacerlo… Será desgarrador, será como morir, ay, y no quiero llorar, no vayas a llorar, Verónica, pero no lo puedes evitar, estás limpiándote con rabia las mejillas, la cara hinchada, hay una mujer a los alaridos por los pasillos, grita negro, negro, negro. Ha de ser la esposa del taxista, que ha enviudado. La vida entera se nos ha venido abajo. Piensa en Lilith, la barrendera de Altavista, Verónica, piensa en su nombre insólito y en los niños de tus fotos y de tus obras de videoarte, sus hijos sin futuro poblando con sus juguetes armados de colorines y canicas la dolida tesis festiva de tu esforzada Maestría en Artes: ¿tienes más futuro tú que ellos?, piensa que para todos, como lo fuera desde antaño para ti, la vida será infinitamente más dura mañana que hoy, un yo perseverante o dolido que se las mide con el cansancio de la memoria y el tumulto de la esperanza ciega, piensa que ya te vas a graduar, guerrera, que coronaste, que estuviste al borde de la muerte hace apenas tres meses, que en la semana que viene expones ya tu creación y sustentarás tu trabajo de grado ante los jurados el sábado 21 de junio, justo el día grandioso del Inti Reiki, piensa en ti, será tan solo dentro de ocho días, y recuerda que el propio Abbas Kiarostami alabó esas tus imágenes, siempre fuiste una artista, en Murcia se definió todo, piensa en ti, ese resbalón maldito fue parte de tu encuentro contigo misma, el origen de un cambio tuyo que nadie sabe, que nadie nunca podrá imaginarse, pero ahora te preguntas otra vez con miedo si estás en embarazo, lo que no quieres ni pensar aunque lo anheles, piensa solo en ti. Aquí está el enigma, no pierdas la calma, algo te ayuda, no sabes perder, como te cantaba Julián, algo nos dice que todo está bien. No quiero recordar ahora a Tomás, no me puedo ir ya mismo a Bogotá, pero pienso en su amabilidad, en su inteligente y discreta galantería, en su silencio tenaz y admirable. Pienso que al fin y al cabo yo soy de Bogotá. Pienso que no solo se trata de una oportunidad, sino de un deber, mi deber: el irme, el elegirme. Tan solo espera unos días. Puedo irme a vivir con mi tía, pienso, buscar una nueva vida en esa ciudad, ya, ya mismo. Trabajar tal vez con Tomás. Aquí, Señor, estaba mi ser, ahora se rompe mi corazón, con Julián estaba todo, pero aún está todo, está todo, él tiene mi alma todita pegada en la piel, lo que hemos vivido, yo tengo la suya adentro de la mía, segundo a segundo, cada contacto ínfimo de adoración por el otro, de lejos, de ternísima entrega, de cerca, cada búsqueda, cada necedad que termina en carcajadas, entrelazados el uno en el otro por el ruido, ambos en el suelo, por la luz que nos retiene, muertos de la

risa, que nos dijo con susurro de fogata, en la cocina, que algo promete el pasado, físicamente orinados de la risa, en el presente, en la sala, confía en mí, te amo, soy lo tuyo, ¡levántate, Verónica!, ¡sé aplomada, nos amamos de verdad, él y yo, no hay cómo negarlo!, ¡intenta una vez más, y no llores!, ¡ten esto en cuenta a cada instante: el que nos adoramos, y vas a tener un hijo, el que nos guardamos un afecto vivo y profundo, palpitante, como con nadie es fácil de cultivar y con cualquiera es imposible de conquistar, sino al contrario, facilísimo de perder en menos de lo que canta un gato, eh!, ¿cómo es…? un gato no, un gallo, me estoy riendo, loca, ¡en menos de lo que canta un gallo!, viendo su celular nuevo vibrar, así somos, mira cómo te espero, mi amor, riendo de mí con miedo, viendo tu chaqueta azulear en la penumbra misma donde una mujer acaba a los gritos, todo será distinto después de este fondo que tocamos, ¿o qué dirías tú, Chilindrina?, su celular vuelve a vibrar, ¿quién será?, ¡Chilindrina no: Chapulina!, ya me estoy preocupando, la que trueca todos los refranes, tú dirías, y la otra aún llama a voces a su marido asesinado, viendo así yo en medio de todo muchas más cosas que su correa enrollada de varón, río de mí loca de esperanza porque si no me muero, la que no sabe de dislexia sino que la vive, así me has definido, como el Chapulín Colorado, en broma, piensa en ti, casi como un elogio, así me lo dices, trocando todos los refranes, piensa solo en ti, haciendo poesía, por eso te quiero… Eso somos, Julián, con frío, con frío y tristeza y rabia y dolor y conciencia, cantando juntos en voz baja un tema suave de Morrison hace semanas nada más, con dulzura, cabeza con cabeza, en la Clínica El Bosque, para arrullarme apaciguada y sin pavor, no sé, de la muerte… Estoy hecha contigo y conmigo, y así estás hecho tú, Julián Andrea, era un himno a la muerte lúcida, “The Crystal Ship”, para hacerme sentir bien y dejarme ir con confianza en manos de la diosa madre hacia el sueño profundo… Uf… Es un momento angular. Lo que hemos compartido él y yo, y atiendo ahora a que el celular ya no le vibra, cuando estuve a punto de morir, ¿miraré quién lo llamó?, fue en marzo, yo busco y veo que lo llamaba Daniel, su hermano, pero parece que hubiera sido esta mañana, ¿por qué lo estará buscando?, lo que él me ha dado, y no solo cuando sufrí el ataque, lo que yo le he dado a él, su apoyo para mi maestría, su apoyo moral y el apoyo material y económico de su familia –menos de Daniel–, eso no se puede olvidar, y que se debe al respeto y a la consideración que nos hemos sabido ganar, el respeto que, con todo, es parte fundamental del verdadero deseo que nos fundó cuando nos lo dijimos y te canté “Amor en serio” tapándote la nariz, de Chirico, a ver si resistías sin aire, no, de Willie Rosario, hasta que se acabara la canción y se te fuera un hipo en el Bodegón, ja, ja, el respeto que te tuve desde entonces, porque aguantaste tres minutos sin respirar, el

que te tengo todavía y al fin nutre este mi deseo que arde loco ya por superar esta pesadilla y reformar mi vida contigo, Julián, con nuestra hija Venidera, para siempre, siempre, de renacer, mi amor, entiéndeme, yo sé que me entenderás, yo sé que saldremos juntos de esta, porque hay algo parecido al amor que promete amor y es el amor que fue, el amor de nadie. Ahora entra una enfermera, me pide los documentos de Julián, su cédula. Yo busco en su, Dios, qué porquería, la enfermera se sonríe, se tapa la cara, es lo que me he encontrado, al suelo ha caído un condón usado, anudado, lleno de semen diáfano, que estaba en su bolsillo, yo sigo buscando tu cédula de ciudadanía, infame, denso, elocuente, frío, que me aterra, con los dedos untados, se la entrego a la enfermera, llévese esta cédula lejos, le digo, bien lejos, que le quede claro, el número me lo sé, pero ese hombre, a mí es a quien en un segundo le queda claro todo por fin, ya no es mi compañero. Entonces se asoma Daniel, mi cuñado, por la cortina del cubículo 5 de Urgencias de la Clínica El Escapulario a donde no sé cómo he venido a dar en la historia del mundo. Yo debo tragarme las lágrimas frescas de vergüenza y de ira, pero no soy capaz, saltan por sí solas, me saltan a chorros, como una cornada de sangre a la arteria femoral, a la aorta, si le pegaran un tiro a ese miserable o a cualquiera de sus amantes. Recojo el condón a mis pies del llorón, se lo muestro a Daniel, vea, le digo, vea lo que sale a hacer descollante su familia tan honesta, y quién sabe si ese semen es de él, le grito, tiro el condón a la almohada de la camilla iracunda a donde Julián vendrá en seguida, para que lo encuentre ahí, para que se abochorne, ahí tenés, comete alguito. Verónica, salgamos, dice Daniel, tenemos que hablar, me parece oírlo casi desde otro mundo, y yo lo miro con rencor vivo, a este fascista, desde mi otro mundo a este riquito clasista que nunca nos determina ni se toma en serio nada de lo que Julián y yo somos, decimos o pensamos por amor, me muerdo los labios con ira, lo miro sin ocultar mi odio solitario, y no sangran, me los reviento y siguen intactos, no le suelto palabra despedazada, ya no soy la misma, nunca seré nadie sino la venganza, Krimilda en el indefenso mito de mi vida amarga. El futuro de todos está en juego, pronuncia, muy serio, Daniel.

Interludio

–atónita–

Qué furiosa estaba y qué malévola se había vuelto al final, perdida ya la belleza y cuando su ingenio se agotaba.

Charles, en El mar, el mar

Alzbieta

… ¿Qué ha pasado en ese abrazo, qué ha pasado a mí, limpio, desde el fin de los tiempos? Veo mi nueva casa como si estuviera vacía, pero está llena de cajas, la veo por dentro del adentro como si nunca pudiera poblarse de otra cosa que recuerdos, la veo desde un afuera máximo que a mí misma me excluyera de todo… en ese abrazo, ¿qué pasó? ¿A quién más conozco que al orbe entero? Las estrellas giran todas a mi alrededor. No sé cómo no lo había visto. Sé que hay un sol brillante en la noche, la ilusión es la oscuridad permanente, y que el día está poblado de estrellas radiantes. Júbilo mortal me aquieta. No puedo sentarme a escribir. Siento que ya mismo la piedra azul anda lúbricamente aguileña y luxada por las estepas de los sueños ajenos poblados de bisontes prestos a la conversa y la ayuda. Un infinito se adueña de la unidad y la unidad se desgrana en un punto más, me llena, asterisco amarillo. Soy silencio que se alista a contar las piedras en su tiro, las piedras, a los bisontes.

Pero, Dios mío, ¿quién es aquel, volando sobre las montañas? ¿Quién baila sobre mis hombros? ¿En quién me veo, retorciéndose en el piso? ¡Por favor, hija, por favor! ¡Perdón!

Parte 3
Dejar hacer, dejar matar

Nada podía haber peor para ella en ese instante
que tanta actitud ceremoniosa y gélida amabilidad.

Jane Austen

Capítulo 10

La máscara que cae más lento

–Andante, luego un poco vertiginosa–

En el plano de los acontecimientos,
la noción de conformidad a la voluntad de Dios
es idéntica a la noción de realidad.

Simone Weil

Es como si todo esto que nos está pasando desde el sábado fuera normal. Afronto este percance de Verónica que hoy en la Clínica El Bosque nos han dicho a ella y a mí que pudo ser mortal, como si ese acto de afrontarlo fuera justamente para lo que fui llamado a este mundo. Ya tan solo hace un par de horas ambos sentimos, en la pieza personal que le han asignado a ella, que el ritmo cardiaco de Verónica se aceleraba de pronto, pues la máquina que registra sus signos vitales pitaba descontroladamente, y yo salí corriendo a buscar ayuda con la simple premura de quien debe cumplir con una tarea difícil pero inexorable. Claro está que sentía temor de que mi esposa se muriera, y ahora ella está mejor, pero más hondamente estaba el frío y mecánico deseo de cumplirle, de quedar bien ante Verónica, como a cada minuto de todos los días desde que la conocí, de hacer en ese momento todo lo posible por que el hecho desastroso no sucediera, o bueno, no sucediera aún. Tengo mis propias ideas sobre la muerte, ideas tranquilizadoras, por supuesto, como cualquier preconcepción que uno se hace de la muerte, sobre todo cuando no la ha sentido de cerca, y no es el momento para mí de darme cuenta todavía de y reflexionar en el remezón que acaso podrá significar para mí la mera cercanía en que mi mujer ha estado de morir. Mucho menos quiero considerar tan siquiera la posibilidad de que realmente muera. Entonces me afianzo en esas ideas, en esas nociones tranquilizadoras que, en últimas, debo conservar, que estoy en la obligación de conservar, aunque, frente a ella, cuando me confiesa llorando que no quiere morir tan joven, sea mucho mejor que las calle a mis convicciones, hasta donde me sea posible.

A Verónica, es así de fácil, la acompañaré, en cuanto esté en mis manos, hasta el final de alguno de los dos.

Quiero que aquí me vea entero, consciente, afectuoso. Quiero que sepa que algo queda, que yo me despedí de alguien o recordaré a alguien que también queda, o que persiste. Mejor dicho, quiero que sepa que ella es real tanto como la percepción y la estancia que todos abandonamos en algún momento, y que ya hemos abandonado otras veces en la vida con todo lo de veras nuestro en el haber. Quizá fue por ese afán mío de que Verónica muera en calma y viva feliz que yo me casé con ella. Yo también necesito de esa calma para la muerte y esa felicidad en la vida que alguien, o el amor, pueda procurarme, pero estoy cada vez más seguro de que la vida no es, de hecho, lo que dejamos, sino lo que nos llevamos, lo que se pierde para el mundo, pero no necesariamente para nosotros. Y es que si Verónica se fuera, yo me daría cuenta, no necesito vivirlo para saberlo, de que quien moriría en verdad sería yo, un poco, yo, la persona delante de quien ella vive más plenamente, y que soy quien de manera más profunda la ama en el mundo, de eso estoy seguro, aun más que su propia madre, o más que yo a mi propia madre. Luego, a los años, a los muchos años, me daría cuenta de que, en últimas, así como ella no murió, yo tampoco morí, que solo entramos en un estado de indistinción, y para mi memoria sería, en ese instante, como si la vida misma fuera superior a su tráfago y nos llevara a un mundo nuevo día a día. Entonces estaría ella conmigo desde la raíz, inadvertida, como todos nuestros antepasados y fraternos en el aura vidente del amor, y yo podría ser otra vez. Así espero que le suceda a Verónica si yo muero antes. Si es que en la vejez quizá ya no queda mucho tiempo, en la juventud y la madurez la vida vuelve a ser el amor si ya lo ha sido, y siempre lo ha sido, y en la muerte ha de volver a serlo. Porque el que muere sabe.

Así que, Señor, si mi mujer muere, morirá con una imagen mía en su mente y en su corazón que pueda convencerla de esa simpleza rotunda de su ser, que le revele esa verdad perfecta. La majestad azarosa, la maravilla que ella fue cultivando. El agradecimiento con que veneraba cada breve hora, su deseo de cantar en alabanza, de conquistar la atención y el contento de un orbe al que amaba. En qué momento viene a sacudirnos esta inesperada complicación cardiaca, justo cuando estábamos buscando el tener un hijo, justo cuando ella está terminando su aventurada tesis de maestría, justo cuando yo he decidido callar, después de tantas calamidades, ante la inveterada estupidez y sevicia de esta, mi maligna ciudad adorada. Justo cuando suponíamos estar tranquilos de habernos distanciado con amorosa pero prudente decisión de mi familia, sobre todo de Daniel querido, y no ir a los almuerzos en que se justifican los crímenes de Estado, ni a

los cumpleaños en altos clubes sociales en los que se habla con miedo de un negro en la Casa Blanca, ni a las Navidades en que nos regalamos con cariño carísimos aguinaldos de lujo. Sí, ahora, ahora, cuando, después de una vida errática, yo adelanto mis posgrados de Literatura en la Universidad Ática y, gracias a mis buenas calificaciones y a mi pasado en el video, las directivas me dan una cátedra de lenguaje cinematográfico en la carrera de Comunicación Audiovisual que, por fortuna, me reduce la matrícula para cuyo pago Ángela y mis padres han querido ayudarme, sí, pues ante ellos me declaré en emergencia económica debido a mi caída en desgracia en la ciudad al hacer mi documental sobre El Parroquiano, y ellos han accedido a patrocinarme; o sea, cuando más seguro debo sentirme por su auxilio pero más concentrado debo estar y más debo aplicarme al estudio realmente, ahora es cuando Verónica está al filo del abismo, luchando por sobrevivir a un mal impredecible que estuvo a punto de matarla.

Por lo pronto solo puedo, solo debo y solo quiero dedicarme esta noche a la lectura de las cartas entre Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña que nos ha encargado el profesor doctor Juan Guillermo Gómez García en el seminario de Historia Intelectual, mientras dejo a Verónica dormida en su pieza y al cuidado especial del bello enfermero Rubén, que me mató el ojo con complicidad, porque yo no concilio el sueño, y mucho menos en el solo sillón más bien estrecho que tengo para hacerle compañía a mi mujer en estas noches. A ella no debo contarle, en semejante coyuntura, y yo mismo no debo pensar mucho en que Monedita esta mañana publicó en su muy leído blog una respuesta violenta a la humilde o cándida carta pública mía en que yo le proponía una “reconciliación crítica”, según mis términos, y me destrozó y dejó por el suelo en el mayor ámbito imaginable de las redes sociales en el país. Ahora que el hombre es director de programación del Festival de Cine de Cartagena, todo el mundo le tiene casi pavor. A la reverencia por su persona que logra con su facundia se suma ahora un poder político mucho mayor que el que hubiera tenido nunca ningún crítico de cine en nuestro medio, ni siquiera Luis Antonio. Nadie se atreverá a insinuar un comentario en mi defensa. Yo me siento ultrajado, pero no está de más que la vida nos enrostre la vanidad en que antes vivíamos. Si yo hiciera un recuento de mi existir hasta este momento tremendo por el que paso hace unos dos o tres años, me daría cuenta de que sí, está bien, no puedo desatarme de nada de lo que, con mi beneplácito, me identificó en el pasado, esa imagen turbia de niño precoz y maldito, con lo glorioso de mis publicaciones y un gran premio de Colcultura en el momento indicado para mi prestigio, y con lo detestable que seguramente para otros y ciertamente para mí fueran mi arrogancia y

mi engolamiento rabioso en la droga y la creación marginal como protesta ante la abyección del mundo bajo la Colombia de Samper, Pastrana y Uribe, pero al mismo tiempo sé que hoy con razón puedo prescindir y pasar por encima de ese pasado de un modo limpiamente espiritual y trascendente. En opinión de muchos, el ataque de Monedita habrá de ser no solo una defensa suya sino un oportuno e inaplazable modo de ponerme en mi sitio, ya que me las doy de genio o de indispensable en nuestra cultura meliflua y menesterosa, y eso puedo aceptarlo, incluso puedo aprobarlo (¿agradecerlo?). A mí ahora lo único que me preocupa es la influencia que pueda tener esa respuesta suya, que me define expresamente como un enfermo mental, en un eventual descrédito futuro con los medios políticos de la Academia, pero ante eso ya estoy más que preparado. Hice el movimiento justo, un instante antes. De resto, no me interesa sino salir bien del lío bárbaro y los callados traumas personales en que me metí por hacer y divulgar tanto como logré hacerlo divulgar el documental sobre El Parroquiano, y digo salir bien en tanto salir con la frente en alto, no nada más salir bien librado, y por supuesto terminar correctamente la Maestría en Literatura, y luego hacer el Doctorado lo mejor que pueda.

En términos prácticos, las cosas están donde corresponde.

Me siento y recuesto mi brazo, pensativo, en esta gélida mesa metálica de la silenciosa y vacía cafetería de la Clínica El Bosque, a las 2:32 de la mañana del martes 17 de marzo de 2015. Al fin mi historial, digo yo, no puede ser mejor. Haz tu examen, Julio, bacancito. Cierra los ojos, respira, recapacita. Luego de abandonar la droga no me dejé volver una ficha del oscuro y sanguinario sistema. Punto. Por el contrario. Sin contar con que aprendí a jugar a mi favor en el amor y me casé, mejor casado que cualquiera, con una socia punkera y creativa como la que más, en pocos años agucé mi sentido crítico y me enfoqué como el periodista formado que soy, con la autoridad que solo da la sobriedad, y como en una especie de litigio estratégico, en el caso neurálgico de la falacia de los medios masivos de comunicación. Estrené contra todos los pronósticos mi Tratado sobre la mentira, polemicé estruendosamente con la, es cierto, muy popular y efectiva, pero deleznable retórica de Monedita, y quedé dignamente mal ante toda su fanaticada cuando la absurda desaprobación suya al juicio político que promovía Claudia López contra Uribe, y a las semanas logré exhibir la película en el concurrido Festival de Cine de La Unión, el más importante de nuestra región, en medio de un escándalo interno que llegó a motivar, en buena parte, la salida de Víctor Galindo y su equipo del Festival, el cual había sido fundado por Galindo pero era casi del todo financiado por El Parroquiano, en ejemplo ilustrativo de esa conocida relación inestable

entre el orbe de la cultura y el empresariado que con toda seguridad se hará cada vez más difícil con el paso del tiempo. Soporté el trauma, no me dejé vencer por él, o lo he logrado sobrellevar, el trauma de ver matar a un niño ese día por causa de mi lucha y conmigo en medio como pretexto. No se lo he contado a nadie, no sé cómo lidiaré con eso en el futuro, pero entonces supe hasta qué niveles de salvajismo puede llegar la amenaza con la que vivo. A principios de este año debí renunciar de nuevo como profesor, en un caso también sonado, aunque difundido en voz baja, como todo lo que me reconoce, de la Universidad Prolepsis, a donde había vuelto a instancias de mi vieja jefa, tan solo a unas cuantas semanas de haber iniciado el semestre académico, por el insidioso y esta vez mucho más enconado acoso laboral de los recaderos del poder, y ese día dejé allí, encima de un viejo teléfono público de EPA, un papelito escrito a mano que yo sé que llegó a donde debía llegar, nada menos que a la rectoría, adonde el alfil más astuto de la SIM y toda la ultraderecha antioqueña: Jairo Luis Mejía. No sé en qué redundará la lectura que ellos hagan de esa breve y fogosa, pero también diplomática carta.

No está mal, ¿eh, Luis Antonio? Suspiro.

Algo se ha hecho en nuestra tierra, algo se ha dicho a nuestras gentes, algo se ha integrado y se ha transformado en nuestra tradición. Se me encharcan los ojos, porque quisiera ser yo el que esté muerto, lejos, ausente de una vez por todas, y no Verónica. Ahora oigo unos pasos muy lejos que resuenan por los pasillos de la clínica. Quiero dejar la lucha donde está, mi amigo Kundera se reiría, dejar mis cuentos, como cuando Dios nos ve pensar, dejar mis novelas, dejar mis películas a mi región, un par de artículos de cine, sobre Galindo y Fátima Correa, sobre Marta Rodríguez, algunos amados de literatura que hice sobre Arguedas, o Las olas, o Patti Smith, el ensayo sobre Dulcinea y el dinero que me publicaron en Bucolic Renaissance Studies, la embelesada pero laboriosa tesis sobre Reinaldo Arenas y la Musa que estoy previendo en estas mismas líneas, e irme yo definitivamente, y no Verónica, adonde no me vean y adonde yo hecho forma final pueda verlos a todos o ya no vea nada o solo vea lo mejor, adonde vea lo que fue el milagro objetivo e imponderable de la enigmática experiencia humana, que aquí apenas vislumbramos. Los pasos se acercan, y es un andar, un compás que conozco… Irme yo, Dios mío, irme yo. Abro los ojos. El caminante, que ya espero, sube por las escaleras, se asoma su cabeza de cabello pulido al piso en que lloro, su tronco macizo, su impecable vestir. Es Daniel.

Pero el que Verónica sobreviva me exige sobrevivir a mí también, pienso.

Daniel se acerca con la mano extendida para chocar esos cinco, macho jesuita. Juli, ¿cómo está Verónica?, me saluda, me demoré en

venir porque estaba en una junta resolviendo un lío de la oficina, yo estornudo con fuerza, ¿de la Oficina de Envigado?, lo apremio, esa organización criminal, sin miedo, de la Oficina y la Nasa, pronuncia fríamente, bueno, bueno, me estremezco, ¿pero a las dos de la mañana?, inquiero, vos sabés que uno cuando adquiere ciertas responsabilidades ya es muy poco lo que duerme, me explica, ¿vos cómo has estado?, insiste, ¿y ella?, ella está estable, le respondo, tal como me lo informan los médicos, el peligro ya pasó, hago una pausa, pero sí debe estar bajo observación porque casi se me muere, ¿qué fue lo que le dio?, sufrió de un tromboembolismo pulmonar masivo, uf, ¿y eso cómo fue, Juli?, exclama mi hermano, ¡eso es muy grave!, subraya, contame, a ver, me pide, ¿cómo te resumo todo?, le digo, esto lo he contado una y otra vez, hace unas horas se lo repetí a Ángela y anteayer a mamá… En pocas palabras: Verónica salió el sábado en la mañana a hacer trabajo de campo para su tesis, que, no sé si vos sabés, trata sobre la estética de los reasentamientos urbanos de la periferia, la vida resistente de esos lugares, rehecha, embellecida, pero no alcanzó a llegar a la esquina en el taxi. Yo aún estaba durmiendo, recuerdo que se despidió con un beso y al poco rato volvió y me dijo: lindo, me tuve que devolver porque me sentí rara. Yo no me demoré mucho calibrando esas palabras en el entresueño y me levanté inquieto, mirándola de reojo, ya te estoy contando esto con más detalles que a mamá, le refiero a quien también es mi padrino de bautizo, dale, tengo tiempo, comenta él, ¿ya comiste?, me pregunta, yo me percato de que viene a hablar largo y tendido, comé vos, yo no tengo hambre, le propongo, o más tarde comemos, él se levanta, va hasta el mostrador, trae dos cafés negros, seguime contando, me pide, ¿la viste mal en ese momento?, no, la vi muy seria pero calmada, se sentó en el sofá y de pronto dijo que no podía respirar bien y se puso a llorar, ¿qué me está pasando?, se quejaba, y yo espantado le dije, nos vamos para la clínica ya…

Me quedo callado un segundo, me froto los ojos, paso las manos por mi pelo, con los ojos cerrados, restregándolo.

¿Por qué no me llamaste?, me reprocha Dani. De eso te iba a hablar, le espeto, cortante. No habrías podido hacer nada por nosotros en ese preciso instante ni con toda tu influencia para modificar los semáforos. ¿Cómo así? Así, como lo oís. Lo de Verónica fue una especie de milagro, la mayoría de personas que sufren de un tromboembolismo como el que le dio a ella se mueren en un soplo, ni se dan cuenta, por lo agresivo que fue el trombo. Pero además hay algo especial. Es como para escribir un cuento. Cuando salimos de inmediato a Urgencias había un trancón exagerado, contando con todo lo que son en nuestra ciudad los trancones o tacos, como les decimos aquí. Si te digo que ni vos habrías podido hacer nada es porque no

había por dónde andar, Daniel: las vías estaban infartadas, ¿y sabés por qué? Ya me lo imagino, contesta: por la caída del edificio Primetime. Exacto. La Secretaría de Movilidad había cerrado la vía Las Plamas y todo el que viviera por esos sectores y quisiera bajar desde el Poblado hasta el centro debía tomar por la 10, y si quería subir del centro a El Poblado alto debía de tomar por la vía del Pinocho. Incluso si a vos o a Felacio les hubiera dado un ataque cardiaco y vivieran por donde nosotros o, de hecho, más arriba, en partes más exclusivas, que justamente es por donde viven ustedes, como la Calera y por donde viven mis papás, tendrían que haber pasado por encima de los carros o volar para llegar a tiempo a la propia clínica El Escapulario. Imaginate, nosotros teníamos que bajar hasta Laredo. Íbamos cogidos de la mano, yo en una calma que nunca creí poder tener en momentos tan críticos, ella pasmada. Nos demoramos más de tres cuartos de hora en llegar, y mientras tanto Verónica rezaba con los ojos cerrados, pegada a mí. Es una verdadera desgracia lo que consiguieron Alberto Villegas y sus socios por solo ahorrarse algo de plata en la construcción del Primetime, Daniel. Yo estoy seguro de que nosotros no fuimos los únicos afectados el sábado para ser atendidos por problemas de salud, y no me sería extraño que hubiera habido un muerto por cuenta del taco. La pésima movilidad en Medellín, y yo sé que vos te has percatado de ello, tiene repercusiones que uno no se imaginaría. Y la ambición de los paisas está generando desastres de los que en nuestra familia nos hemos salvado solo porque somos unos afortunados de locura. La ambición no es solo de los paisas, Juli, no es solo de los paisas, argumenta mi hermano. Pablo Escobar no era santandereano, le replico. Era colombiano, señala él. Yo no sé si en Bogotá o Cali estén evacuando tantos edificios por construcción deficiente como en Medellín por cuenta de los arquitectos ahorrativos de los últimos tiempos, tan juiciosos ellos, tan aplicados, y que cobran lo mismo que si no hubieran ahorrado material, sin embargo, como si hubieran usado el suficiente concreto, pero dejan la obra a medias y a la gente sin nada, varios muertos de por medio, si es del caso, y se reparten el amplio excedente con la empresa constructora y los proveedores. Sí, Juli, es un problema muy complejo, concede Daniel con una frase penosamente usual. Sí, insisto, tan complejo que si, se descuidan, para allá va Hidroakabí, hermano.

Ahora el que se refriega los ojos es Daniel, mira al vacío, deja su audífono, que titila con intensidad en rojo, a un lado.

De eso hablaremos, pero en seguida, decide, no ahora, seco. Me mira fijamente. Al fin ustedes dos están aquí, susurra, Verónica y vos, en el Bosque, que es una buena clínica, muy bien cuidados por un cuerpo de médicos excelente y con la protección y el apoyo afectivo y económico de toda la familia. Yo bajo la mirada, cierro los ojos. Me

doy cuenta de lo dramático de la situación, aunque avizoraba este momento, y no me lo esperaba así. Voy a agradecerle honestamente por sus palabras y el gesto de los míos, pero se adelanta y me interrumpe, pronuncia mi nombre con cariño, agachando un poco la cabeza, Juli, sonriente, necesitamos que volvás. ¿Por qué esta actitud, este rechazo, por qué el ser tan antipático con gente que te respalda, con mis papás, con tus tíos, tus primos, con la familia de Ceci, que tanto te admira, con Juan José, Gustavo, todos los que te queremos tanto? Yo lo miro con nostalgia, respiro hondo. Yo también los quiero mucho, Dani. ¿Por qué estás renunciando a todos los trabajos que te damos nosotros o que vos mismo has conseguido, a toda tu red de apoyo?, se lamenta. Con lo difícil que fue para vos comprometerte a salir de la locura, yo no me lo esperaba, pero también con lo valioso de esa esperanza que, desde que naciste, todos siempre quisimos darte. Guardo silencio largos segundos. Daniel, me decido a hablar, no es mentira si te repito que lo mejor para todos es que tanto Verónica como yo estemos distanciados del resto de la familia. Quiero contarte algo, es justamente como para un cuento, vas a poder hacer un libro de cuentos, bromea él, sí, sí, sí…

Me limpio el trasudor de la nariz, me enfrento a lo desconcertante de mi destino.

Mirá, Dani, vacilo, no sé si vos te des cuenta, pero el apoyo de la familia es una cuestión un poco contradictoria para mí. Ha sido cualquier cosa menos lo que ustedes llaman un apoyo irrestricto, aunque tal vez eso sea lo normal. Es más, yo diría que el afecto y la admiración por mi creatividad, tanto como los auxilios económicos, me representan un gran conflicto interno. Me iría muy lejos haciendo cuenta del tira y afloje que ha sido cada acto con el que ustedes creen y me hacen ver que acceden a hacerme un gran favor, a darme lo que no tienen por qué darme y que no habrá nunca cómo agradecer, solo por el hecho más o menos forzoso de endeudarse para pagar la matrícula de mis estudios universitarios, darme techo si me salí de la carrera y me arriesgo a hacer empresa, o ahora, no sé, quizás impedir que a Verónica le nieguen los servicios de salud si ustedes no nos ayudan. Escruto el rostro de Daniel, que permanece impasible. Yo le pedí un piano a mi padre cuando tenía cinco años y estoy seguro de que me habría convertido en un músico consagrado, pero la respuesta fue que no había plata y que a fin de cuentas yo no tendría constancia para eso, cuando vos sabés que para el magistrado que era mi papá por supuesto habría habido cómo comprar un teclado pequeño. A mí me acomplejaron desde pequeño con la idea extraña de que no había plata para nada de esa índole, pero de que yo todo lo había disfrutado, todo, como el menor de la casa, casi sin merecerlo, o algo así que yo debía tener muy en claro. Mis compañeros en el colegio tenían

mesadas cuatro veces mayores que la mía, para hablar nada más del promedio, pero yo no me atrevía a decir nada, con verdadero orgullo, porque realmente no necesitaba más, aunque para conseguir los doce tomos de la Historia Universal de Grimberg pasé casi un semestre sin tomar nada en el colegio y me gané fama de limosnero por pedir restos de gaseosa y pastel, casi sin darme cuenta, a todos mis compañeros. Mis papás son campeones mundiales del deporte favorito del rico paisa, que es dárselas de pobre. Yo sé que ellos cuando jóvenes pasaron por las duras y las maduras, claro que sí, y eso hace gigante su mérito, pero cuando quise estudiar cine la respuesta fue que no había cómo, viendo que la Universidad Nacional estaba del todo al alcance del presupuesto del presidente del Tribunal Superior de Medellín, y vos sabés muy bien que esa es la verdad. A la recomendación de ustedes de estudiar Comunicación Social accedí porque les tenía un respeto y una gratitud casi sacramentales, pero creo que podían darse cuenta de que lo haría sin tanto entusiasmo, más bien con cierta resignación. Lo que había por detrás siempre era la idea de mis padres, compartida por vos mismo, de que si hacía cine o me dedicaba a la poesía no tendría de qué vivir en la Colombia de los noventa. Hasta el que yo fuera a ser periodista les parecía una opción menospreciable. Y sin embargo, cuán distinto habría sido todo, Daniel, si me hubiera ido a Bogotá a estudiar cine en 1990, o si me dan el teclado que pedí en 1978, ¡cuán distinto! Cuando me di cuenta, a mis cinco años, de que la vida se va en un soplo, de que el tiempo se te agota, gota a gota, en Marinilla, saliendo de la finca vieja para siempre –no lo olvido: fue una primera muerte, de muchas–, el adiós fue un saberlo y, ante el "no" de papá, aceptarlo a ese soplo, a esa nada, a esa muerte. Recordarás que lloré todo el viaje de regreso a la ciudad, yo recuerdo tu ansiedad por mi llanto: irnos de la finca para siempre, pedir un teclado y no tenerlo, asumir que lo normal es la noche vacía. Son cosas de niño, papá lo sabía, en el mañana yo amanecí feliz. Por eso no me arrepiento de nada, ni habría por qué reprocharle nada a nadie, realmente, sino quizás a mí mismo, por no saber esperar, por no insistir nunca en las cosas que más me han importado en la vida. Incluso cuando me quise salir de la idiota Universidad Criollista, tan pronto terminé el primer semestre de Comunicación Social, y ustedes llamaron a Luis Antonio, quien ya había sido mi padrino de confirmación, para que me convenciera de que no lo hiciera y no me pasara a estudiar Literatura en la Universidad Ática, como yo quería, siempre acepté sus consejos para no dar más la idea de que era el problemático estudiante que los jesuitas en el colegio quisieron ver y hacer ver en mí por defender las ideas más simples del mundo, la presencia de humanos en América antes de Colón, la necesidad de aceptar los errores en las instituciones,

por poner dos ejemplos tan inocentes como incendiarios, o la realidad de que en Colombia la historia es de papel, y en el mundo, la democracia de papel, todo de papel, hasta la luz. No sé si me pasé de humilde al seguir las palabras de Luis Antonio y mis papás por dejarme influir como el niño que era, pero en la Papista Universidad Criollista terminé conociendo a los animales de Kadera Salvaje, más locos que Tirofijo, y todo cambió para siempre. El ajuiciado y fulgurante joven crítico de Cronotopo se volvió lo que en el fondo siempre había sido, ¿eh?, y lo que todos temían, un motor fuera de borda de creatividad y pasión. Ahí empezaron a sufrir, porque me salí de la universidad y me empeñé en lograr lo que desde que tengo uso de razón había querido: vivir por mi cuenta. En eso no tenés nada que reprocharme, ¿o sí?, eso lo había aprendido de vos mejor que de nadie más, el sueño americano en nuestra tierra, madurar y emanciparse, y en el fondo tus palabras sobre la independencia eran mi mayor inspiración, y tus ideales liberales, empresaristas, yo creí que podrían convivir con el vuelo artístico y el humanismo de Luis Antonio… Y aún siempre se me echaba en cara que estaba perdiendo el tiempo construyendo la corporación de documentalistas, haciendo mis peliculitas, y cuando me gané el Premio Nacional de Video Documental de Colcultura todos quedaron pasmados porque la noche de premiación la gerente dijo delante del presidente Samper, en el Palacio de Nariño, a donde ustedes habían ido con sus mejores galas invitados por mí, que si Julián Andrea Sánchez hubiera seguido los consejos de su familia, Colombia se habría perdido de un documental como Diario de viaje. Porque, dentro de todo, éramos innovadores en Kadera Salvaje, ¿no creés? Hoy mismo, para ahorrarte mi discurso sobre la validez de la posterior autodestrucción a la que me entregué frente al estúpido aconductamiento que la sociedad paramilitar prefiere y que yo veía en todos y cada uno de ustedes, empezando por mis papás, simplemente quiero recordarte que ante las mentiras de El Parroquiano la actitud de la familia, con la excepción de Ángela, ha sido de complicidad arrodillada y no solo eso, sino desleal conmigo, por más de que me hayan financiado el documental que hice contra esos embaucadores de la nación y propagandistas de la mafia.

Juli, Juli, Juli, ¿por qué decís cosas tan dolorosas?

No son tan dolorosas para ustedes las cosas que digo como lo son para mí las que ustedes han hecho, Daniel, o solo las que piensan, las que los modelan. ¿No me dijo mi propio padre que si a mí me golpeaban o me atacaban de cualquier manera en el Festival de La Unión o en la calle era porque “los provocaste”? O sea, a mí me llegaban correos de amigos advirtiéndome que para protestar había que estar vivo, y El Parroquiano amenazaba con dejar inerme al Festival de Cine de Víctor Galindo por el pecado impensable de

alentar la más elemental libertad de expresión, pero todo era porque yo había "provocado" a tus amigos, Daniel. ¿Qué clase de apoyo es ese de mi padre, que justifica la violencia en contra de su propio hijo? ¡Dios mío! Mejor ni pensar en eso, ¿eh?, ni recordar la tarde aquella, yo lo hice llorar con mis bramidos exaltados cuando el dignísimo abogado me salió con esas, y lo lamento, porque dentro de todo él lo hizo por mi bien y yo lo vi realmente confundido, presa de la mayor angustia, o quizá de la vergüenza, al yo recordarle sus clases de ética, su rechazo célebre a un cheque milmillonario del Patrón, de Pablo Escobar Gaviria, a quien por esos días llamó rata en Telëpathos… ¡Ah! En últimas, yo lo acepto, Dani, ustedes son así y el del problema soy yo. Alguna vez les pasé como doce páginas fotocopiadas de Doktor Faustus, la novela de Thomas Mann, en que se mostraba muy bien cómo las clases más cultivadas de Berlín fueron las que legitimaron con su conducta al nazismo, pero por supuesto todo era para ustedes una exageración mía. Tal vez para ustedes el problema de Hitler fue que se excedió, quizá, porque no lo ven en Uribe y la Operación Génesis, no les importan los millones de desplazados de este país, los más de ochenta mil desaparecidos, y por supuesto se los achacan al enemigo que prefieren. El ejército es inocente para ustedes, aunque uno les recuerde los miles y miles de inocentes que murieron acribillados a manos de las Fuerzas Armadas durante el gobierno de Uribe. El del problema soy yo si les digo que no estoy dispuesto a ir a un solo almuerzo con personas que vean como algo inocente o comulguen con lo que dijo Cecilia, tu esposa, cuando yo le recordé que Juan Manuel Santos, quien era ese sábado el candidato del uribismo, había sido el Ministro de Defensa que comandó aquella masacre, aquel genocidio. ¿Sí recordás qué dijo ella con tanta dulzura y perspicacia? Me dijo, con un guiño encantador: sí, Juli, pero por esos siete mil muertos, ¿cuántos no se salvaron?

Julián, Julián, por favor…

Vos mismo te escandalizaste de la respuesta de tu cónyuge y ante esas palabras pediste mesura y reflexión sobre lo que habíamos terminado siendo en nuestro país y entre nuestras personas más educadas y capaces, Daniel, pero yo acepto que el del problema soy yo por no poder más con eso y con las palabras parecidas de mi propio padre, que fue profesor laureado de ética, o de mi madre, que es una auténtica cristiana, hermanito, el intolerante soy yo, el raro, el loquito. Dejémoslo así, porque para mí, mentalmente, no hay cómo superar esa fractura, y no los voy a dejar en paz, les voy a ser insoportable, les voy a arruinar el día, si la alternativa es callarme y aceptar sus palabras y sus valores y celebrarlos por el simple hecho de hacerles compañía. Pero eso no es lo que tengo por contarte, Daniel Hernando. Lo que es un verdadero cuento es otra historia.

Daniel se ha enconchado, con la cabeza recostada entre sus manos y la mirada baja. Yo sé que está atento a lo que yo diga.

Yo puedo aceptar, continúo, esa absoluta incompatibilidad de caracteres entre personas que se quieren e incluirla con prudencia y asombro como uno de los principios rectores en mi vida, pero hasta ahí llego, hermanito. Puedo agradecer el hecho de estar vivo, mejor dicho, ya que otros, con hacer menos, con hacer nada, fueron muertos, pero en mi intimidad lloro de tristeza por esas bendiciones. Lo que menos comprendo es el alcance que tienen las cosas más inocuas, el desenlace que llegan a tener las ideas y palabras más sencillas, el terror que ideales como justicia o libertad pueden provocar. Y sobre todo la disparidad de objetivos que eso demuestra en la humanidad. Han llegado ustedes muy lejos, Daniel, ¿no es así? Mirá, el sábado 13 de diciembre de 2014 fue, o es y será un día para mí inolvidable porque me di cuenta del verdadero tipo de insidia sobre el que se sostiene todo. Ahora pensaré bien cada palabra que tenga por decirte, para retomar el rumbo, a cada nuevo giro, hacia el centro de lo que me di cuenta esa vez, revelación que no me ha abandonado desde entonces: que mi guerra está perdida, que yo no tengo nada que hacer en el mundo y lo mejor para todos sería que yo me muriera. Si hago silencios largos, te suplico que no me interrumpas. Yo te avisaré cuando haya terminado lo que parece un relato, pero es otra cosa. Alguna vez, Dani, un personaje shakesperiano se dio cuenta de que estamos hechos de la misma tela de los sueños. Sí. Pero si eso es cierto, ha de ser porque los sueños tienen la misma sustancia dura e inquebrantable de la realidad. Y hablo de los sueños como hablar del pacto que hacemos tal o cual día con nosotros mismos y nadie conocerá nunca. Ja, ja. Te veo abrir los ojos, ¿asustado?, no sé si asustado, pero lo pareciera… Sí, hermanito, digo, no hay nada raro en todo esto sino la continuidad entre lo que llamamos ideal y lo que llamamos real. No es que sean lo mismo, pero sí hay una esencia que comparten, digamos, y aunque esencia no sea la palabra correcta, hay algo que comparten. Espera, no quieras preguntarme nada. Supongo que podrás decirme que no hay palabra correcta para nada jamás. Eso sería una contradicción, y el modo en que lo digo está más allá de las palabras. Mejor dicho, la palabra está más allá de las palabras. Sé que asientes porque di en el clavo, pero di en el clavo porque te conozco muy bien, y nuestros pasados intereses comunes en el lenguaje son una clave para desconfiar de las señales. No hagas caso del grito que acabamos de oír en la calle, de esos golpes y lamentos. Ambos sabemos que ese pacto que alguna vez hicimos con nosotros mismos y nadie conoce… Ahora no sonríes, querido Dani. Ese pacto ni siquiera es importante para nosotros, porque ya sabemos que fue real. Como los sueños más profundos, o bueno, como la cicatriz que ambos

tenemos en la frente. Tú dirás que la identidad de nuestras cicatrices, o sea, la similitud entre ellas o casi la repetición que es la mía de la tuya, no significan nada. Está bien, yo podría afirmar que ahí está todo. Que lo que significa o lo que traduce algo no es la cicatriz, sino que ella es el resultado, no sé, el sentido mismo que uno quisiera buscar. Bueno, y lo mismo puede decirse no solo del falo entre los varones, sino de la complicidad de los sexos entre todos los animales, y sobre todo de la guía del camino que nos surca desde el ano hasta esa sublime corona de los labios que reposa en la cúspide de nuestra boca. Esa mitad, que como todo tiene nombre, es un sendero de astros, el eje del mundo. Por eso cuando sabes de algo lo importante no es lo que sabes, ni siquiera ese algo es lo que de verdad sabes. Cuando sabes de algo, realmente, lo cierto es solo el saber. Claro, puedes esgarrar, comentar en voz baja, si quieres. Ya estamos en nuestro predio común. La diferencia es el horizonte. Miro tus ojos sin ambición, Daniel. Tú bajas la mirada. Ustedes van hacia el abajo del afuera, y yo no, yo voy hacia el arriba del adentro. La gran pregunta que ustedes se hacen no tiene respuesta. Ahora sí me prestas atención. Eso es lo único que puedo decirte. De resto, plantear la pregunta en sus correctos términos es lo único que me ocupa, porque supongo que esconde el mayor saber. Nadie sabe lo que pienso, y tú quisieras saberlo. A eso se reduce todo. La pregunta no es: ¿qué piensas?, sino: ¿por qué quieres saber lo que pienso? Suspira, a mí no me importa. Te lo confieso, yo solo soy un testigo, y no pretendo alterar esos tres disparos cercanos que ahora sí te alteran, este silencio que ha seguido, la alarma que se enciende, ni quiero comunicarme más de lo que puedo solo ver a esos tres gatos inmóviles que se han apostado en los rincones de la cafetería a oírnos, ni dejaré de sacudir mi mano para espantar o matar al mosquito que me está acosando. Ja, ja, ahora huye. Se detiene la alarma de la calle, alguien grita palabras impronunciables que repito sin comprender. Bajale al orden. Bajale al orden. Jm. Es verdad que a veces me intriga todo, Dani. Pero la respuesta está en ustedes. Se ha ido la luz. Estamos a oscuras, pero los gatos nos ven. Yo siento una mano en mi espalda, pero tú estás al frente. Una voz me susurra al oído sigue, sigue. Es Ángela. Es nuestra hermana, que no sé cómo ha llegado aquí. Las lágrimas suben a mis ojos. Lloro a oscuras. No detengo mi pronunciamiento irreflexivo. Obedezco a la transmutación que me acobarda. Simplemente me digo y soy en cuanto me desvanezco y construyo con todo una diversidad unificada. Nada importa tanto como la luz del sueño. Vuelve ahora la luz. Ha sido un parpadeo. Solo queda el ruido del motor de la planta de energía de la clínica, que se ha encendido, y un lejano resplandor en los pasillos, insuficiente para vernos cara a cara, pero en ese destello fugaz de la luz eléctrica he logrado ver algo aterrador. Tu

gesto es ahora irreconocible para mi memoria, pero su rastro extraño me aventura en un cántico. Es un cántico de alabanza, pero como lamento de esperanza, como una queja digna. También en el horror hay un pero. Sigue, sigue, me dice la voz de Ángela. Mirá, Daniel, miren, naturalezas incorpóreas, ese otro sábado me levanté temprano, pero sin ninguna ansiedad. Habían pasado cosas terribles los días anteriores, pero yo me sentía en paz. Era el día en que iban a pasar Tratado sobre la mentira en el Festival de Cine de La Unión, pero El Parroquiano había intentado vetar la presentación. El director de programación, mi viejo amigo Óscar Osorio, no se dejó amedrentar, por puro orgullo, yo sé, pero hizo bien. En su arrogancia estaba la corrección de quien no se deja manipular. Yo no quise beber café, para no sensibilizarme demasiado, solo tomé limonada al despertar, practiqué mi rutina de yoga, medité, salí al pasto del parque del edificio a recibir sol y caminar descalzo, a sentir el rocío en la planta de mis pies, a descargar la energía estática de nuestro universo digital, desayuné una arepa con queso y chocolate, entré en contacto sagrado con la guitarra, tuve algo de fruta poco antes del mediodía, salí otra vez al prado. Me senté en la banquita de madera basta donde a veces me baño desnudo de luna a respirar y ver cómo las lagartijas, las ardillas y las mariposas se acercan a saludarme. Subí a mi quinto piso por las escaleras y me bañé con agua helada, estaba listo para salir. La película estaba programada para las cuatro de la tarde, pero de aquí a La Unión tú sabes que la distancia no necesariamente es poca, así es que había planeado irme desde muy temprano, por ahí desde las once, y almorzar en el pueblo. Sabía que podría pasar cualquier cosa. Un amigo me había dicho, como te lo he contado, que para protestar hay que estar vivo, porque la gente comentaba con inquietud el hecho de que el Festival fuera a pasar en función especial una cinta que por lo bajo había generado ya tanto escándalo. El querido William Zavala, un activo y valioso realizador de cine de la ciudad, me dijo que él estaría sin falta en la presentación y me pidió prudencia si alguien me provocaba, porque según sus propias palabras, “hay más de un uribista que quiere verte aporreado”. Yo había sido involuntariamente astuto y hábil porque, semanas atrás, cuando me enteré de que el Festival había programado mi película, era todavía una hora muy temprana como para que hubiera habido ya cualquier reacción del periódico y nadie más se había dado cuenta del hecho, así que de inmediato publiqué en mi perfil de Facebook un mensaje de agradecimiento con la imagen del portal en Internet del Festival que llevaba el logosímbolo del evento y los datos de la proyección: sábado 13 de diciembre, auditorio del Hotel Capitanía del Roble, 4 p. m. Eran un horario y un espacio privilegiados, y para mí era un verdadero honor, además de un más que cierto triunfo. A los pocos minutos de

mi publicación en Facebook sonó el teléfono. Era Ambrosio Upegui, un cineasta y ensayista de cine que hace parte del grupo de amigos de Víctor desde hace décadas y que integra la junta directiva del Festival. Sus palabras fueron: "¿Usted ya supo del problema que se acaba de armar con su película?", y me contó. Sucedía que la cuñada de Víctor Galindo, la hermana de su esposa, es la directora del área de mercadeo de El Parroquiano y era a la vez el punto de contacto entre el Festival de La Unión y el periódico. Ella había aprobado desde siempre el apoyo económico del diario a Víctor y su equipo, y cuando recibió con escándalo desde la sección de moda y entretenimiento, la vieja sección cultural, la información de que en La Unión se iba a presentar mi documental, un denuesto contra su empresa, montó en cólera. Exigió a la familia de Víctor, mejor dicho, que, en honor a su relación de sangre, y por los intereses propios del festival, se eliminara a Tratado sobre la mentira de la programación. Según Ambrosio, eso acababa de pasar hacía apenas un cuarto de hora. Víctor, que siempre ha sido respetuoso con su equipo, simplemente llamó a Óscar y le contó, y mi amigo me informaba que ambos estaban convocando a una reunión urgente, y que me mantendría sobre aviso. Esa mañana hablamos varias veces. En la reunión, Gastón Lopera, un viejo amigo de Víctor, decano de la crónica en Medellín, dijo que "evidentemente", esas fueron sus palabras, "se había cometido un error" al programar mi película, y que había que hacer un desagravio a El Parroquiano. Óscar Osorio se opuso. Dijo que la presión del periódico era pura censura, y que él no iba a dejar que nadie se metiera en la programación que él diseñaba. Así Óscar definió el rumbo que han tomado muchas cosas después, porque su resistencia ante las exigencias de El Parroquiano no se la perdonó el periódico y a principios de este año Natalia, la cuñada de Víctor, les anunció que ahora el Festival de La Unión no iba a tener el apoyo que El Parroquiano les daba cada año, y dos meses después, en marzo, se supo que Víctor Galindo y todo su grupo se retiraban del festival. Al parecer van a fundar otro en Caldas, no sé. Al fin, la decisión oficial, luego de esa reunión, fue plantear una conciliación a Cándido Osuna, quien, vos lo sabés mejor que yo, como jefe de redacción del periódico es la cabeza operativa en asuntos como este. Esa misma semana se fueron hasta su oficina Víctor, Gastón con su hija, Prudencia, que también es del festival y es profesora de la Universidad Criollista, la que tiene tantos vínculos con El Parroquiano, y el propio Óscar Osorio, pero no lograron sacar nada. La propuesta que llevaban, y tal vez vos te enteraste, ¿no?, era la de organizar en el festival un foro sobre la libertad de expresión y la manipulación informativa en el que tuviéramos la palabra tanto Osuna como yo, pero como el hombre se negó y Óscar y Víctor no dieron su brazo a torcer, la reunión terminó

de manera muy tensa y después de ella todos quedamos a la expectativa de lo que pudiera pasar el día de la presentación.

¿Y qué pasó?, inquiere Daniel.

Ese sábado yo estaba en otra dimensión espiritual por haber evitado, como te dije, las redes sociales y la cafeína, por haber meditado en la noche y en la mañana, por haber estado cerca de la naturaleza un rato recibiendo el sol. Iba con la convicción de que mi defensa de la película debía de ser firme en sus ideas pero serena y seductora, y en el fondo lo que sentía era que a esa seducción y a esa serenidad y a esa convicción las debían de alentar una misma compasión y claridad. Más allá de todo, tenía el innegable afán de superar el reto que me imponía la animosidad de mucha gente contra mí. Tenía que ser cauto y saber escabullirme o amansar la situación si había algún gesto agresivo. Decidí tomar un taxi para viajar cómodamente y lo más aislado posible del caos cotidiano, por una sola razón, Daniel, y es que en toda parte yo leo los mensajes que la SIM me envía, mensajes a veces muy siniestros, ya sea por la radio que oye un conductor de bus, un conductor nada inocente tampoco, o en las palabras de un cooperante de los paramilitares sentado a mi lado en cualquier lugar, o mediante un titular de El Parroquiano que yo vea por casualidad. Pero por lo mismo también sabía que tomar el taxi iba a ser una experiencia, aunque quizá menos intensa, sí muy similar. Por eso no le había dicho a nadie que iba a hacerlo y no llamé a pedir el servicio de transporte a ninguna central. Simplemente me despedí de Verónica, que no quiso ir conmigo, y salí a tomar el primer taxi que pasara y negociar con el conductor la tarifa hasta La Unión.

Me parece oír, en esta oscuridad, que te reacomodás en el asiento, y me sorprende que no me hayás interrumpido diciéndome que deje de ser tan paranoico viendo cooperantes del paramilitarismo uribista en todo lugar, vos que decís que a Uribe Vélez no se le puede impugnar ningún asesinato del ejército, y mucho menos de los paramilitares, que el dos veces presidente está limpio de todo pecado en lo que ha sido la guerra en Colombia. Ahora, por primera vez en nuestro diálogo, creo que podés prever lo que te voy a contar. Sigue, sigue, me dice en voz baja nuestra hermana. Advierto que yo también soy una naturaleza incorpórea, señalo, porque, ¿qué es uno, lo que otros ven o lo que desde uno mira? Siempre, hasta en mis más hórridos infiernos, lo repito, no he sido más que un testigo límpido de otra cosa que no sé llamar cómo, pero en la que el tiempo se mueve como una piel que transpira, como una memoria que se ahonda, y nunca antes como en aquel viaje con ese taxista o como ahora, Daniel, Ángela, cuando la revelación consiste en la índole rebelde de la luz. Salí a la calle 10, arriba, donde nadie la conoce, donde comienza a perder nombre, ya saben ustedes, queridos hermanos, que ese sector,

la Trocha, es como un verdadero Beverly Hills escondido, de paz inhóspita, que simula ser como tantos otros, pero es casi un suburbio selecto, resguardado, que nuestro padre me supo escoger muy bien y donde Verónica y yo logramos establecernos sin demasiado conflicto con los cooperantes, en medio de esta lucha endiablada que he sostenido en nombre de la simple coherencia con la palabra que nos educó. Progreso, equidad, prosperidad, iba pensando yo antes de ponerle el dedo al taxi cualquiera que por ahí apareciera, y en la esquina asomó la nariz de uno viejo, un Monza noventero, despintado, libertad, igualdad, fraternidad, y me reía para mis adentros, ya sabía que me metería en problemas en Prolepsis si me decidía a pasar la "Trilogía del Color" de Kieslowski en mi curso de apreciación cinematográfica para estudiantes de primeros semestres, sobre la utopía de la unificación europea en los noventa. ¿Utopía?, se exalta mi hermano, ¡utopía!, enfatizo, la utopía del liberalismo y la democracia modernas, o, perdón, burguesas. Nos quedamos en silencio. Le concedo su espacio, y él lo aprovecha. Más bien la promesa del conocimiento de la serpiente a nuestro abuelo, Julián. Oh, jo, jo, me sorprendo, en qué silencio me has dejado, no sé qué decir… ¿Quieres decir que nos afirmamos en el pecado, Daniel? Quiero decir, Juli, que las escrituras condenan un conocimiento que no es pecado. Je, je, je, celebro su transparencia. Qué huevos tenemos, Daniel. De eso se trata, Juli. Sigue, sigue, susurra Ángela. Espera, me interrumpe Dani. Tú los tienes más que nadie, los huevos, me elogia. Ajá, respondo. Es que una cosa es el conocimiento, le indico, y otra el abuso del conocimiento, querido, el poder por el poder, y sobre todo la ambición de un poder universal. Nosotros contemplamos con mudo e igual regocijo, asevera él, tanto el anhelo de libertad del ser humano, como los anhelos de justicia en todo el orbe. Y desde luego, añade, como lo decía tu amigo Fuentes, el poder es de los rebeldes. Fuentes, repito, con cariño. Ahora quien agacha la cabeza soy yo. Trago saliva. Sí, recuerdo. Pero, atención, Juli, pronuncia mi hermano, lo pronuncia palabra por palabra, hoy solo debemos renunciar al poder si es para privilegiar la consciencia. Y al fin sentencia: la rebeldía consciente es invencible.

Toso sin darme cuenta, porque he tragado mal el último sorbo de café frío.

Disculpá, digo, sinceramente, mi abuelo no es el tuyo, y punto. El taxi se detuvo, prosigo sin pausa, no se oye más que una risa corta, y yo ya sabía que me iba a encontrar con una sorpresa, sí, riámonos, pero la sorpresa no se iba, ejem, a revelar de inmediato. Sigo preguntándome por ese individuo, Dani, supongo que lo volveré a ver en algún momento. El taxista era de frente amplia, del todo canoso, peliblanco, de bigote espeso y cejas negras muy bien definidas, iba con la camisa abierta hasta la mitad y tenía una irregular

circunferencia verde aceituna tatuada en el lugar del corazón, alrededor de donde uno sabe que está el corazón, a la izquierda del esternón, como punteada por rubíes y esmeraldas chispeantes y serpenteada por una delgadita línea amarilla. Yo reconocí el ritual de la muerte del Club de París, aunque no porque lo hubiera visto o alguien me lo hubiera contado. En el centro de la circunferencia, un hermafrodita dormido es acuchillado por el Ángel de la Muerte. Pero todo eso solo lo vería con detalle al final, cuando me despidiera, horas más tarde. El pelo lacio no era muy corto y lo llevaba peinado hacia atrás, se le movía un poco con el viento. El automóvil se correspondía con esa apariencia de su conductor. No estaba en mal estado y tampoco tenía muchos lujos. Simplemente la cojinería de cuero negro brillaba como si fuera alimentada con un lubricante especial, africano, cada pocos días desde hace muchísimos tiempos. No tenía la radio encendida, ni sonaban noticias ni sonaba música. Saludó sin zalamerías, aunque sí muy educadamente, y estableció de inmediato una cercanía cuando le pregunté si quería hacer un negocio conmigo. “Dígame, los negocios son para hacerlos”, respondió de buen talante. Le pregunté cuánto me cobraría por ir hasta La Unión y me pasó una planilla, me informó con prudencia que el precio que yo viera era “solo” un precio oficial, con esas palabras me lo hizo saber. Yo vi que la tarifa se subía mucho para mi presupuesto y le previne de que no le podía pagar eso, sino la mitad, y me confió: “No hay problema, muchacho, yo por eso lo llevo, vámonos para La Unión”. En verdad, era un experimentado hombre de mundo, tanto como muchos otros taxistas, y de hecho más que cualquiera. Definimos la ruta sin problema, yo le pedí que se decidiera él y le conté que no tenía la menor presión por llegar pronto, sino bien y tranquilo. Se decidió a subir por la vía Las Palmas, así que retrocedió al frente del Centro Comercial Cerdeña y volvió a entroncar por la 10 hacia la Cola del Zorro. Yo iba en perfecto silencio, respirando el aire que entraba a raudales por la ventanilla, hasta que él habló. De pronto, luego de pasar por el colegio San José, poco antes de llegar a la carretera, comentó: “Esto sí está muy cambiado, hombre. ¡Como era de tenebroso antes!”. “¿Usted hace mucho no venía por acá?”, le pregunté”. “Unos treinta y cinco años”, contestó. “Uf, bastante. ¿Y eso? ¿Es que estaba fuera de la ciudad o apenas comenzó a trabajar como taxista hace muy poco tiempo?”. “Señor, las dos cosas”, respondió. “Yo he vivido en muchas partes. Pero eso es una historia muy larga”. Yo me quedé callado, le cuento a mi hermano. Estaba atento al rumbo que fuera a tomar la conversación. Como te digo, reitero, el taxi no tenía publicidad ni adornos, era incluso un carro amedrentador por lo viejo y lo sobrio, así como iba, subiendo por la Cola del Zorro, que por tanto tiempo fue un vertedero de cadáveres

para la máquina de muerte de Pablo Escobar. Por algo estaría él recordando todas esas cosas. No quise preguntarle nada más. Pero él hablaba tranquilamente. “Cuando yo me fui, podía uno encontrarse por aquí lo que uno menos se esperara. Dos, tres cadáveres en una curva. Más de una vez a la semana la gente se encontraba eso por estos lados. Yo no venía mucho, pero eso se sabía, y alguna vez sí pasé, claro que sí, y vi eso con mis propios ojos. Esta vía por donde vamos no tenía cuatro carriles, sino dos, y era estrechita, estrechita, como una vía de finca, un camino de vereda, casi una trocha. Las discotecas famosas eran Aquarius, La Sombrilla y Luky 77. Yo me fui por los días de la balacera de Luky”. “Ah, sí”, le comenté, desganado, con la esperanza, de nuevo, de que me bastara el aprobar la conversación para al mismo tiempo ganarme el derecho al silencio por un rato. No tenía el propósito de conversar con él, aunque no quería que fuera muy notorio mi rechazo al diálogo. Pero él seguía en lo suyo, relajado. “¿Sí recordás?”, continuó. “Eso fue qué masacre tan brava. A mí me tocó verla desde adentro, vivirla, muy poco antes de irme. Ya después no volví sino de vez en cuando a visitar a mis papás, pero tampoco es que me haya desconectado del todo, por supuesto que no. Siempre me mantenía al tanto”. A mí me picó la curiosidad. “¿Usted estuvo en Luky 77 el día de la masacre?”. Él se dio la bendición y me mostró una medalla dorada de la Virgen de la Candelaria. “Por esta estoy vivo. Yo fui a tomarme unos traguitos y bailar con unas nenas y unas amistades que trabajaban con los Ochoa. A mí Jorge Luis me ofrecía trabajo, pero yo siempre me le negaba. Solo una vez le hice una vuelta, pero no me dejé involucrar mucho. Le hice una encomienda de Turbo a Medellín. Acabábamos de llegar con los amigos y la Chela, que murieron todos en Luky, o bueno, casi todos, a una fiesta por Llanogrande y él llevaba varios días enrumbado, por la Amalita, en Caray Caray, y me llamó, ve, Doble Seis, vos que estás fresquito, necesitamos que alguien nos haga un mandao, pero ya, ya. Vos te vas en seguida y nos dejás un carro en Turbo, en la dirección que te diga Macabro. Después te vas a un restaurante que hay a una cuadra, él te dice cuál, y allá te atienden, te dan el desayuno, dormís, y a la hora en que te digan que debés volver, recogés el carro y te lo traés para acá, a donde mí, te vamos a estar esperando, hágale pues, dos palmadas en la espalda, y si te paran en un retén, no te preocupés, ellos ya saben y te van a dejar pasar. Así me dijo, y así fue. Yo no le vi problema al asunto, ¿y cómo le iba a decir que no? Entonces dejé a mis amigos en la finca, me bajé a Barrio Antioquia en el mismo camioncito con que me movía yo por esos tiempos con esas amistades todas ostentosas, el camioncito que me soltaba un tío para cobrar por acarreos y mudanzas los fines de semana, y en un taller me tenían ya la camioneta, una Ford nuevecita.

Yo no pregunté nada, dejé el carro mío allá bien parqueado y me monté a esa nave, qué lujo, miré todo, no había nada raro, me fui. Ya eran las once y media de la noche, lo recuerdo muy bien, y me gasté diez o nueve horas que uno se echaba en esa época de aquí a Turbo. Yo hice el trabajito porque era muy joven, pero eso incluso en ese momento para uno era duro, y uno lo hacía nada más porque estábamos en esa onda. Solo que yo me cuidaba mucho, yo apenas estaba terminando bachillerato y mis amigos de la cuadra, sobre todo uno al que le decíamos Huevoduro, estaban muy enredados ya con esas vueltas, un calvito, desde niño, y pasábamos sabroso, avemaría, a mí me tenían en la buena por ser tan serio y yo no sé, hasta me habrán dado aquella tarea porque era muy sano. Era cosa de ir y volver, casi veinticuatro horas de trabajo. Yo era pensando: la platica que me va a dar don Jorge ni me la imagino, pero no se la voy a recibir. ¿Cómo le parece?". "Huy, tremendo", tuve que replicar, le sigo contando a mi hermano. "Y bueno. Como le digo", continuó diciendo el otro, "todo pasó de la manera en que se lo estoy contando. Estamos hablando del año 1985, muy poco antes de la masacre de Luky. Eran vacaciones de junio. Yo me graduaba en diciembre. Yo soy pascualino", "¿pascualino?", le pregunté, "sí, del Pascual Bravo, y era mera pepa, ya sabía qué iba a estudiar y me tenían reservada una beca en el exterior. En fin, me paró un retén, yo mostré los papeles del carro, que me los habían dado en el taller, muy bien, señor, pase, llegué a Turbo a las siete y media de la mañana, a dos cuadras del parque principal estaba el taller. Yo dejé la camioneta ahí, cómo no, lo estábamos esperando, vaya aquí a una cuadra y media, en El Talión, ahí le dan comidita y se puede acostar un rato, perfecto, allá estuve, comí, dormí en un cuartico que me mostró el muchacho que me atendió, y me habían dicho en una hora y quince minutos vuelva, así que yo les pedí que me despertaran, y yo creo que hasta ellos en el restaurante sabían desde antes que yo tenía que estar puntual. Pues bueno, a la hora y quince minutos estaba de vuelta, me muestran el carro, tenga las llaves, lléveselo. Yo me subí, no le vi nada, y encomiéndese a mi Dios y a la Santa Virgen Madre. Ya en esa época tenía esta medallita, me la dio mi papá. Salí de Turbo a las nueve de la mañana. Mi papá fue constructor. Venía a la altura de Dabeiba cuando me pararon otra vez los militares, un retén. Que los papeles, aquí están, yo con las bolas en la garganta, me disculpa la expresión, yo no nací para eso, todo en orden, siga. Desde ahí hasta Llanogrande me fui derecho. Muchos otros amigos en esa época tiraban vicio, así fuera marihuanita, yo no. Otros manejan las vueltas lúcidos, a esos les va mejor. Pero son calmados, fríos. O sea, son malos. Uno en esto, muchacho, tiene que ser prudente. Un criminal que no se haga querer de la gente cae rapidito. El respeto no se gana con miedo. Esos

alebrestados no duran. Pero además uno tiene que ser muy humilde para saber el punto en el que pierde todos los escrúpulos, ¿sí me entiende? Sin misterios. Yo hice el viaje despierto de pura adrenalina. Llegué de noche, casi a las diez, y allí seguían todos en pura candela, había políticos, de todo, el doctor Tomás Lema". "¿El alcalde?", le pregunté yo al taxista. "Claro", asintió él, y sin reparo siguió, "Jorge Luis sale y me dice, Doble Seis, vos me caés muy bien, vos sabés que no te voy a dejar botado. Tomá esta platica y contá conmigo pa' lo que querás. Don Jorge, yo no le voy a recibir ese par de gruesos fajos de dólares de alta emisión. ¿Vos es que sos loco?, tomá, tomá. No, don Jorge, yo le hice este trabajo por el gusto de hacerle un favor, no me ofenda, porque no le voy a recibir la plata". "¡Hermano, ¿qué es eso tan tremendo?", le dije yo al taxista. "¿Y no te daba miedo decir eso y que ellos supieran que vos ya sabías de la cosa?". "Eso era lo de menos, él ya no me iba a dañar, él vio, como quien dice, que lo mío era de mí. Yo me le planté, sin arrogancia, pero con honor, y entonces él se rio, vos sos un derechito, vos sos un derecho, Doble Seis, usted ya sabe, para lo que necesite, cuente conmigo, vaya coma y acuéstese, que Macabro lo está esperando para atenderlo". "¡Tenaz!", comenté yo. "Tenaz", repitió él. "Y a esa gente con que yo iba", siguió, "a toda la mataron después. A varios en Luky, a Chelita la mataron a los meses de yo irme, y al resto he venido a saber que los fueron matando de a uno". "¿Y cómo fue lo de Luky?", le pregunté. "Eso fue un jueves de agosto en que vinieron Celina y Reutilio. Yo fui porque esa semana no hubo clases en el colegio, porque habían quitado el agua en todo el sector por unos arreglos del acueducto, y allá nos fuimos, Huevoduro invitó, el bolero a mí me gusta mucho y la Chelita y yo estábamos muy bien juntos, pero a mí ya no me gustaba casi salir con ellos. Yo ya sentía pesadito el ambiente. Y sin embargo, fuimos, sin problema. Yo no tomé, tal vez eso me salvó, y sí noté que ya tarde había una gente extraña en el parqueadero, como esperando algo, pero la rumba estaba chévere, y le voy a confesar algo, yo sabía lo que iba a pasar. a eso de las cuatro, Chela y yo salimos a bailar una de las últimas canciones, cuando blam, blam, blam, y todos nos tiramos al suelo, blam, blam, por un lado, por otro, qué susto tan berraco, y nadie sabía ni para dónde coger. Menos mal Chela y yo estábamos a la altura de los baños, y yo la arrastré como pude mientras eso seguía, blam, blam, blam, de todo lado salían los disparos, y ella se agarraba a mí llorando, papi, papi, ella que era mayor que yo, que no nos maten, una veterana, que no nos maten, pero buenísima. Huevoduro tampoco murió esa noche. Iban por otros, pero a Aguja y Postrecito sí los alcanzaron y se quedaron ahí, y Mocos perdió la vista por un impacto en la parte posterior del cráneo. Dicen que hubo pocos muertos, pero eso es mentira. En Luky 77 nadie sabe cuántos muertos hubo. Yo le

digo: la balacera fue aterradora, y ya después de eso yo me perdí, le dije a Huevito que más bien me dejara alejar de todo eso, y la Chela me buscaba y todo, pero ella era la que más miedo me daba. Por la mujer a uno le podían llegar facilito. Nos estuvimos viendo unas veces más, pero eso para mí era un vértigo dañino. Por suerte yo era muy bueno con los números y en ciencias era el mejor y nunca me fue mal en el colegio, pero incluso en los estudios ya no era como antes, y como tenía muy comprometido el futuro, me encerré a protegerme de todo. A los poquitos meses me gradué y me dieron la beca". "¿Para dónde te fuiste?", le pregunté al hombre, que se llamaba, o se llama Rodolfo. "Me fui para una universidad en Suecia a estudiar ingeniería de petróleos con énfasis en pozos submarinos". "¡Jodeputa!", exclamé yo. "He estado en el Golfo Pérsico, en el Mar Báltico, en el Golfo de México. Me fue bien". En ese punto yo me di cuenta de que ese sujeto no solo era un individuo del todo fuera de lo común, sino que muy probablemente era un enviado de ustedes, Daniel, un enviado de la SIM.

Hago silencio. Hay una quietud profunda en la atmósfera. Me pregunto por Verónica, pero sé que está sedada y bien cuidada, avanzo en la historia. Esto es un momento único en mi vida. Nunca antes habíamos estado Daniel y yo tan cerca desde hace años, tal vez nunca en la vida habíamos estado tan abiertos a la confidencia y, de hecho, una petición como la suya de que vuelva al hogar, un gesto de humildad y una demanda de afecto como esas, en cualquier otro momento de la vida hubieran sido impensables. Ahora me enfrento con decisión a la inquietud temible que albergo desde hace días, al trauma más real por el que haya pasado y que a nadie le cuento ni le puedo o le debo contar. "¿Entonces a usted le ha tocado algo de las guerras de Estados Unidos en el Golfo Pérsico?", le pregunté a Doble Seis, o Rodolfo, sigo contándole el cuento a mi hermano, con gran curiosidad ya por un escudo pequeñito de la armada gringa que él tenía puesto debajo de la radio que no había encendido, el único adorno del carro, casi imperceptible. El hombre se mostró un tanto ufano, reacomodándose. "En los momentos más fuertes de esa región yo estaba en México, a principios de los noventa, y en el Báltico, unos años después, a comienzos de este siglo". "O sea, cuando el presidente de Estados Unidos era Bush papá, el dueño del mundo, usted estaba en el Golfo de México, y cuando fue Bush niño, el heredero del mundo, usted estaba en el Mar Báltico", resumí. "Sí, exacto. Sobre todo trabajé en México. Yo en el Báltico estuve poquito, unos cuatro o cinco años. Mi familia es de México, aunque hoy vivimos en Estados Unidos. De hecho, yo tengo la casa en Nueva York, en las afueras, y un restaurantico ahí al frente de la ONU. Yo ya estoy jubilado, y quedé bien, no me puedo quejar. Sino que ahora con los papás de uno tan

enfermos, yo me vine aquí a estar con ellos en sus últimos días y me puse a trabajar porque sí me da mucha pereza estar quieto. Toda mi familia se quedó en Poughkeepsie". Para ese momento estábamos pasando por el alto de las Palmas y Doble Seis se puso a contarme cómo era ese sector cuando él no se había ido aún de Medellín. Me dijo que el estadero Doña Rosa no existía y que hoy le impresionaba bastante el ver que lo mencionan por toda parte, que es el restaurante predilecto de muchos, que tiene un montón de sedes, convenios con emisoras de radio, hoteles y empresas de transporte para promover espectáculos, como parte de un clúster. "El desarrollo es mucho, no joda", profirió. "En eso los paisas son de admirar, o somos de admirar", siguió. Yo le objeté que alrededor de la vía Las Palmas se estaban construyendo demasiadas unidades residenciales y centros comerciales, que la deforestación estaba acabando con los recursos vitales básicos en momentos clave para la humanidad. "Hombre, sí, pero yo tengo datos que a usted le pueden servir y que contradicen completamente lo que usted está diciendo", me informó, y yo no te puedo negar, Daniel, que, como se dice, paré oreja. No pronuncié palabra, simplemente me dediqué a escucharlo. Empezó por preguntarme si había oído en esos días las declaraciones del presidente de Ecopetrol sobre la evolución de la vida en el planeta. "Yo conozco a Tulio", dijo, "él ha estado en mi casa, yo lo he atendido y conozco a su esposa, somos amigos", refiriéndose Doble Seis nada menos que al presidente de Ecopetrol, "mis hijos pasean con sus hijos, y él tiene toda la razón", señaló. "Le armaron un escándalo porque nos recordó a nosotros los humanos, que nos vanagloriamos de ser los guardianes de la naturaleza, que todo lo que le pase al medioambiente será asimilado por el planeta y alimentará los cambios que suceden en esta tierra desde hace miles de millones de años". Yo le argumenté que lo que el ecologismo busca es proteger al ser humano de su propia depredación descontrolada, y él respondió: "¿Y entonces qué hacemos, muchacho, qué hacemos? ¿Vos cómo te llamás? Ve, Julián, yo entiendo que el petróleo hace estragos, pero en Londres, a fines del siglo XIX, la situación era catastrófica por la mierda de los caballos en la calle, y las calles mismas, en París, en Roma, en Moscú, también estaban paralizadas por tantos coches de tracción animal. El aire estaba viciado y nadie desconocía que las enfermedades que provocaban los gases de las heces de las bestias eran un problema enorme de salud pública, ¡enorme! En ese momento, y hoy mismo, cuando miramos de lejos, no se podría o no se debería comparar la situación precisa con un futuro ni con un pasado, cualesquiera sean los escenarios, ¿me entendés?, ese era ya solo el problema actual de ellos, y simplemente hoy sabemos que las vacas y caballos también contaminan e incluso más que los carros con la boñiga que producen.

El automóvil fue un descubrimiento de primer orden. Y vos me perdonarás que diga descubrimiento en lugar de invento. ¿Vos qué estudiás, Julián? Se ve que sos alguien muy preparado, tan solo en tu apariencia se nota eso muy bien, parecés un doctor. Pero mirá, nadie te va a negar que, como la mierda de los caballos en las ciudades del siglo XIX, hoy el uso del petróleo y otros combustibles fósiles tiene implicaciones severas sobre el medio ambiente. A la solución se va a llegar, ya se sabe cuál es, pero todavía no hemos podido imponer el reemplazo efectivo por varias razones. Muchas de ellas tienen que ver con intereses de las grandes industrias, claro, ¿pero qué son las grandes industrias sino conglomerados de mucha gente, desde los porteros o los que limpian los baños hasta la junta directiva? Ir en contra de los intereses de Shell o de cualquier gran empresa, de Kellogg's, de Google, es algo que tiene repercusiones por todos lados. Y ahora todo se va a unir en un solo consorcio, sépalo desde ya, se llama Poll. Faltan unos detallitos, pero ya todo está listo, y eso no es cosa de nadie, o de unos poquitos. Ahí va la humanidad entera. O sea, puede parecer que los dueños de esas empresas, los jefes últimos de las grandes corporaciones, tienen más poder que cualquiera y nada más, de modo incluso gratuito, Warren Buffet, Carlos Slim, todos esos, desde lo que fue el primer Rockefeller hasta el propio George Soros, que ha sido tan jodido, o Zuckerberg y Jeff Bezos, que va para arriba, pero la verdad es que ellos llevan la responsabilidad de suministrar servicios muy específicos a todo el planeta, y todo su dinero, todo ese platal, desde luego se mueve más allá de sus necesidades básicas, que son las de cualquiera, las mías, las de cualquiera. La plata no es suya, mejor dicho, es de todos. Pero el que ellos tengan resueltas esas necesidades básicas es lo que le da rabia a mucha gente, porque claro, hay muchos que no las tienen resueltas, o eso es lo que yo quisiera pensar, aunque a veces creo que en el fondo de esas quejas lo que hay es, por un lado, un verdadero afán de poder, una ambición mayor que la de los mismos jefes, y también mucha ineptitud, porque muchas veces cuando se critica no se sabe ni lo que se podría hacer de verdad con esa plata ni de lo que se habla. Por ponerte un ejemplo, en Venezuela, desde 2003, cuando Chávez decidió nacionalizar la industria petrolera, la producción ha ido declinando cada vez más, hoy están en crisis de producción, y una de las primeras causas de eso fue que la gente que llegó a manejarlo todo no tenía idea de lo que debía hacer. O sea que el deseo de socializar las ganancias en últimas no quedó en nada, por puro radicalismo, que es ignorancia. Porque ya tenían la experiencia de lo que pasó en Cuba con las grandes haciendas y la agricultura, y también en Rusia, ya tenían que saber que con las nacionalizaciones todo se va al traste. De hecho, más a fondo, el verdadero problema es que Venezuela sufre las

consecuencias de una economía que solo ha estado dependiendo por muchas décadas de sus commodities, ¿sí sabés lo que es eso?, sus materias primas, y justamente esa dependencia es lo que más destructor puede ser para el equilibrio de las sociedades y el equilibrio de las sociedades con la naturaleza. Vamos a otro ejemplo. La gente de Ríos Vivos, que está en contra del uso de la energía hidráulica, ¿ha llegado a medir el costo ambiental de sus acciones? Cuando detuvieron el proyecto de Hidro-Aysén, en Chile, ¿qué tuvo que hacer el gobierno para dar energía al país? Tuvieron que recurrir al gas, que es mucho más perjudicial para el medio ambiente que la energía hidráulica. Esos ecologistas hicieron un daño infinitamente mayor de lo que pudieran imaginarse. Y ejemplos de radicalismo como estos hay montones, porque no se quiere atender a los hechos y nos casamos con idealismos conservadores, con tradiciones anticuadas que todo lo empeoran porque, amigo, seamos honestos, por un lado, restringen la creatividad, y por otro limitan el conocimiento. O sea, no te niego que hay un empeoramiento de la situación ambiental, pero todo se lo achacamos a decisiones que no son simplemente fruto de la maldad, como torpemente se piensa, sino problemas muy complicados de resolver. Además, cambios climáticos, o trastornos por el cambio del polo magnético, cosas como esas ha habido desde que el mundo es mundo. La erupción del Etna, en 1787, que es solo un volcán en medio del mar Mediterráneo, generó un cambió en la temperatura del planeta que tuvo consecuencias tremendas. Y eso pasó solo sesenta millones de años después de que esto estuviera dominado por dinosaurios y helechos gigantes, solo sesenta millones de años, eso no es nada en un planeta con 4.500 millones de años llenos de cataclismos. Nos olvidamos de la verdadera dimensión de las cosas y nos damos demasiada importancia. Por eso el conservadurismo y el tradicionalismo no pueden llevar sino a agravarlo todo. En cambio, el camino de la libertad, y por supuesto el camino de la libertad de mercado, es un camino lleno de paradojas y encrucijadas, pero es el camino universal de la recursividad y la inteligencia. Yo te lo digo de este modo: si lo que pretendemos es que todo se preserve como está, o volver a un momento supuestamente ideal, estaríamos yendo en contravía de la naturaleza. ¿No creés vos?”. “¿Y qué es el dinero?”, le pregunté yo. “Para allá voy, usted sabe de qué estamos hablando. Dígamelo usted: ¿qué es el dinero?”, me preguntó. “Pues se me ocurre decir que es algo que en últimas reemplaza a la vida por un valor abstracto”, le contesté, y añadí: “Y de lo que estamos hablando es de la vida humana en el planeta”. “A ver, sí”, respondió. “El ser humano es un destructor de su propia realidad porque está enamorado de sí mismo. ¿Pero vos me estás diciendo que el dinero está también en contravía de la naturaleza?”, me interrogó. “Y sobre todo de la

naturaleza humana", le respondí. "¿Usted cómo se llama?", quise indagar, y seguí. "Bueno, Rodolfo, usted dice que la libertad de mercado, que en principio era el libre flujo del dinero, es opuesta al conservadurismo del ecologismo, ¿me equivoco?". "No, no se equivoca, aunque obviamente el uso del dinero tampoco está en contra de la supervivencia humana". "Claro, pero ahí la pregunta es sobre lo que usted define como humanidad. Yo digo que la naturaleza humana es una cosa tal vez muy distinta a lo que sea para usted y para los que creen en el desarrollo de la tecnología y en el conocimiento a toda costa. Supongo que hay un punto en el que nos encontraríamos, y tiene que ver con lo que usted ha dicho, la supervivencia, pero usted parece aludir a la supervivencia de la especie como si esta fuese algo aislado y yo hablo de la supervivencia del conjunto de entidades que alimentan a la especie, y que no son solamente entidades orgánicas, sino información de toda índole, especialmente en el individuo". "Información", repitió él, y tomó la palabra por su cuenta. "Todo es información, y eso pervivirá, muchacho. Está bien, lo humano tal vez es algo que trascienda en otro sentido, desde lo animal, incluso desde lo mineral, hacia una desmaterialización, ¿me hago entender?". Yo insistí por mi lado: "O sea, para mí lo humano tiene límites, como usted parece darse cuenta, límites externos y límites internos, también, pero entonces lo humano es un todo en el que no se puede prescindir ni del más mínimo detalle, porque nuestra memoria es meta-cósmica y ultra-temporal… Lombriz le gana a ratón". Rodolfo se rio. "Julián, Julián, ¿usted sabe por qué me dicen Doble Seis desde niño?". Yo me quedé mirándolo. "Yo tenía un mecano que me habían dado en la primera comunión, y jugaba mucho con él. Un día me puse a armar algo que no estaba en los diagramas con que venía el juego, y construí un autómata. Era un humanoide de piezas de plástico, algunas apenas un poco atornilladas, aflojadas por mí, otras puestas como a la brava, pero esa movilidad, gracias a una disposición en la postura, permitía que el muñeco caminara en círculo, sin detenerse, por la caída y el contrapeso que hacía el propio mecanismo. Solo lo detenía la gravedad, era apenas como si se muriera. Yo tenía ocho años cuando hice ese juguete, y siempre que se lo mostraba a mis tíos o a los amigos de mis papás, ponía una ficha de dominó, un doble seis, en el centro del círculo que hacía el humanoide al caminar. Mi papá me empezó a llamar Doble Seis. No sé por qué me acordé de eso". "¿No sabe por qué?", me reí, "yo sí sé por qué", le dije, y él exclamó: "¡Sí, sí sé por qué! Por la inteligencia artificial, Julián, por la inteligencia artificial, ¿sí ves?". "Es que es una pregunta extraña la que uno se hace cuando se enfrenta al destino de la humanidad, porque tiene que ir hacia atrás y hacia conceptos como memoria", discerní yo. "Vea, la memoria es lo

que salta sin que usted lo haya llamado, eso en cierto modo no existe", dijo él. "Preocúpese por la materia", siguió, "y verá que la gobierna una ley impersonal, y que esa ley es inviolable". "¿Una disposición en la postura?", pregunté yo, y en la curva un bus que se iba a pasar a otro se nos vino casi encima, la bocina nos aturdió. Doble Seis lo esquivó sin inmutarse, pero estaba pálido, parpadeando rápidamente. De pronto sonrió. "De lo que se trata es de desmaterializar la vida. Esa ha sido toda nuestra larga travesía, convertirla en energía. Y usted lo ha dicho, se trata de información. Una energía reconfigurada. No importa si es información genética o si es información en bytes, todo eso se reduce a impulsos que también son medibles y manipulables. Vení te invito a almorzar".

Paramos en un restaurante de las partidas de Don Diego, le sigo contando a mi hermano, ya habíamos avanzado un buen trecho. No sé por qué el taxista me dijo que me invitaba a almorzar, pero sus maneras me dominaban, o al menos dominaban la situación. Nos bajamos, por supuesto, sin preocupación, pero en realidad yo no quería dejarme llevar del todo por sus iniciativas mecanicistas. Y ahora recordando todo recuerdo más cosas, el destino a secas, y recuerdo algunas que se me habían olvidado, destino del destino… Es tan curioso, lo humano… ¿Qué recordás?, me pregunta Daniel, y en este contexto es una pregunta muy importante, le indico, para la humanidad del robot. ¿Qué valor le damos a la memoria, Daniel, cómo sabés que no te estoy mintiendo, cómo sé yo que no estoy alucinando cuando recuerdo la nueva visión del relámpago que tuve cuando me bajé del taxi a almorzar con Doble Seis? La rebeldía de la luz es todo esto, solo eso y lo que ha determinado de quietud en las estelas adyacentes. No hemos salido del infierno porque estamos en el Paradiso sin darnos cuenta del poder bárbaro de la letra anterior a la palabra. No te agités, ah, ya veo, eran dos mosquitos en vez de uno. Tal vez, Dani, incluso, con tu pregunta sobre lo que recuerdo vas vos en busca de eso que los relámpagos que me atacan podrían revelarle a todos desde la memoria y el sueño como una experiencia algo más que reconfigurada, a la espera. Así es, dice Daniel, de pronto, esa es la parte tuya que más nos interesa, y yo me quedo atónito. Respiro, pienso dos veces lo que me ha dicho. ¿Sabe él o no lo que me sucedió? A mí lo único que me importa en este mundo es Verónica, Daniel, le advierto. Pero está bien, le confío, pues las visiones que me otorga el relámpago solo las reconozco cuando la experiencia ya me ha arrollado y yo simplemente trato de evocar, a veces sin querer, el espacio inocente en que se dio. A veces, en medio de los recuerdos más normales, me doy cuenta de que en esos entonces sufrí de una visión secreta y que solo ahora logro explicarme el porqué de la actitud posterior de otros que fueron testigos de mi éxtasis. Para ese

momento pueden haber pasado años largos. Entre tanto, todo sigue como si nada, y hasta me comporto con naturalidad, y sin percatarme bien, de acuerdo con todo lo que me fue revelado. Yo sé, comenta Daniel, desde niño eras así, creíamos que estabas enfermo y te llevamos a muchos especialistas que no encontraron ningún problema. Para la abuelita eras un profeta. Bien, concedo. Seguiré con la historia, porque esto que te contaré ahora es lo que define mejor la inquietud horrenda y el dolor puro que mantengo desde ese día por todo lo que me pasó en el viaje a La Unión. Yo sabía que algún día te lo contaría todo, que el sentido del asunto era contártelo todo a vos, Daniel, y que contándotelo a vos se lo contaría a otros, a esos que tal vez nos oyen, cosa que ignoro, por medios electrónicos que vos mismo manejás, pero quienes así me oirían con total claridad. Me parece vislumbrar en la penumbra que ponés el auricular y tu celular en el borde de la mesa. Están apagados, dice mi hermano. No te creo, lo confronto, y vos sabés que no es verdad, que ya ni vos podés apagarlos. Lo que quiero que sepan es que siempre me oigo yo primero, y que tan pronto yo me oigo a mí mismo hay unas, las verdaderas autoridades ulteriores que ustedes desconocen, o que no han querido nunca oír, que en ese instante ya lo saben todo, saben de la novedad que sin razón y sin yo ni ellas quererlo impusieron en mí, ese eterno orbe que a ustedes tanto los desvela, aunque desde luego no soy yo el único depositario de tan profundos saberes, saberes vacuos, saberes que no alteran, saberes que solo predicen lo impredecible. ¿Conocés a alguien más que tenga tu don?, inquiere en la oscuridad la voz de mi hermano, y enfatiza: nosotros no. Yo contengo mi respuesta, y de este modo se lo digo: ustedes pueden haber llegado a saberlo todo del mundo, pueden incluso saber en qué medida lo desconocido podría afectarnos, lo inesperado, eso que no corresponde al mundo como lo definen, sino a variables más indómitas que pertenecen a otro orden de las cosas, ustedes pueden prepararse para la embestida del azar, pero nunca sabrán lo que no se dice, nunca podrán poner en palabras o en cifras el conocimiento que no esté formulado pero sí sea una articulación muda. Desde luego, yo solo predigo el presente. Sin embargo, aún no te he respondido si conozco a otros, no sabés por qué te dije que no soy el único depositario de las visiones proféticas del relámpago, y contigo algunos tiemblan esperando mi respuesta, porque temen más que al azar al tejido secreto del azar. Daniel, te daré la respuesta: todos tenemos ese don. Lo tiene hasta la mosca almizclera, lo tiene hasta el algarrobo de pueblo, reseco e ignorado en una plaza antes de que algún proyecto civilista lo tale, lo tienen a ese don el papel o el alfiler sucios de la calle y si no lo demuestran es porque ese saber permanece ajeno incluso para uno mismo, hasta que… Decilo vos, Daniel, decilo… Hasta que recordamos el camino de adentros,

pronuncia Daniel. Vaya, vaya trueno el que acaba de caer. Y un aguacero cerrado empieza en este instante, con un ventarrón súbito e imperioso que hace temblar los ventanales cerrados. Seguí contándome, me pide mi hermano mayor. Qué horror, dice una empleada. Seguramente vos ya has oído esta historia en otra parte, enfrento a Daniel, pero no has oído mi versión. Solo te han sido dados relatos de la hojarasca, no ha despuntado la memoria auténtica, el testimonio vivo del tiempo, pocos permiten que hable en ellos lo que antes estuvo, y siempre se mantiene, también callado, lo que latirá en las venas del recuerdo. Así que vos sabés, estoy casi seguro, y al mismo tiempo no sabés lo que sigue. Te lo diré porque yo mismo solo hasta ahora sé un poco mejor lo que pasó. En el momento en que cerré la puerta del taxi, al pisar la gravilla, perdí la noción de mí mismo. Doble Seis adquirió para mí otra fisionomía, su silueta se recortaba como un dragón que se fuera transfigurando, penetrando nueve emanaciones nuevas de su figura, pero por supuesto no era nada distinto a lo que uno ve cuando el otro se mueve al mediodía, y entonces eso que era yo le dijo: vos sabés quién mató a Colosio, y él vaciló. “Lo que te puedo decir, Julián”, respondió sin darse cuenta de dónde se estaba metiendo, “es que eso fue un crimen de estado”. Yo le dije esperá y me agaché, me apoyé en el suelo, acababa de perder del todo el sentido, y no sé qué hizo Doble Seis, porque yo estaba en otro mundo. Lo que sucedió es que vi todo en blanco, aunque alcancé a darme cuenta de que se me iba el horizonte y por eso no me desmayé, cuando volví en mí lo que vi de cerca fue el suelo de gravilla vibrando, como hirviendo en una olla, y un huesito de pollo entre los pequeños pedruzcos. Había estado en el aire con una mujer que caía de una grande altura, yo caía con ella, yo era ella

y hacia dónde va tu espuria leyenda
cómo deviene en simple trayecto
oí una voz que resonaba en el cielo de la noche
ascendemos a la muerte y lo que nos detiene
no será el destino, sino la
máscara que cae más lento

y entonces me lamenté, pregunté, ¿quién te lanzó hacia acá, niña, o tú fuiste este contagio?

fue un triunfo y será de ambas
un triunfo

cantó la voz dulce. En ese punto me levanté, Doble Seis se había inclinado hacia mí, me preguntaba, “Julián, Julián, ¿qué te pasó?”, yo en indiferencia total y jubilosa pasé el brazo por su cuello, sin saber de mí, lo invité con el gesto a que siguiéramos hacia el restaurante y le dije: “Un día vos me vas a pegar por todo lo que yo te voy a decir, no te quejés después, pero es que ahora vas a hacer lo que te dijeron que

hicieras y vas a perder hasta el nombre”, y él solo se rio: “Je, je”, yo lo empujé amistosamente: “Yo soy más fuerte que el diablo, papá”, comenté, y él solo aclaró su voz a grandes toses: “Claro, claro, vení sentémonos donde no haga tanto calor”. En ese momento, si yo hubiera querido, me hubiera podido convertir en un pajarito y llegar volando a La Unión, pero no era ese mi deber… “Vamos, vamos”, le dije, y me senté sin sentir ni mostrar ningún sentimiento en particular, ni seña de calor, cansancio por el viaje, satisfacción de estirarme o fastidio por la fuerte luz del mediodía, solo una tranquilidad que podía resultarle enigmática al sujeto, ahora que lo pienso, al otro, y que a lo que más se parecía era a la expectativa por un acabado que las cosas iban puliendo en sí mismas, tres niños jugaban con un perro criollo pateando una muñeca de trapo nuevecita y sin cabeza, quitándosela del hocico cuando ya el perro la iba a atrapar, corriendo de aquí a allá entre pompitas de jabón que una amiguita suya soplaba al lado, y Doble Seis pidió un agua embotellada; “a mí no me dé nada”, le dije al mesero, “¿no vas a almorzar?”, me consultó mi curioso guía, a quien yo solo veía como un remolino de mugre al margen de los gritos de los angelitos revoltosos, “comé algo”, insistió, “tráigame tres cervezas pues”, pedí, y los dos soltaron la carcajada, “tres, por favor”, repetí yo, y Doble Seis nada más se rascó la comisura de los labios y confirmó al mesero, “tráigale las tres cervezas”, y pidió una bandeja paisa. El mesero preguntó si traía las cervezas una por una o todas juntas, “tráigalas juntas”. Cuando se fue yo dije: “Está sonando una música hermosa por dentro de este silencio”, “¿sí?”, descreyó mi nuevo amigo, “pero no se oye”, comentó, “es que vos estás afuera”, le expliqué yo, mirándolo enamorado, ya él me evitaba la mirada, le trajeron el agua, me trajeron las cervezas, se la sirvieron el agua embotellada a Rodolfo, de sabor a limón, me sirvieron a mí la primera cerveza, pero no tomé nada, “pille pues”, le advertí, o sea: preste atención, “usted no es nadie, no es Doble Seis, no se llama ni lo llaman por el nombre que tiene o cree tener, todo usted es un error, mal Rodolfo, usted sépalo”, y le empujé el vaso sobre la mesa, regué toda el agua en su regazo, “con el poder del beso”, dictaminé yo, “del deseo y del placer”, haciendo una espiral hacia afuera en el aire, se levantó asustado, ensopado, iba a decir algo, pero de inmediato recuperé la conciencia de mí mismo y, sin saber ni lo que había pasado ni lo que yo mismo debía hacer, me puse a ayudarlo, “hermano, ¿qué fue esto?”, y le bromeaba, “es que el agua está viva, Rodolfo, el agua está viva”, vinieron a atendernos, “ya le traigo otra agua”, proponía el mesero, “no me traigás nada”, replicaba Doble Seis, que a estas alturas ya no tenía nombre, ya había perdido hasta el nombre, pero de algún modo había que llamarlo y poco importaba si era Doble Seis, ja, ja, o Rodolfo, o Daniel, ¿sí me entendés?, o yo

mismo, pues todos nos creemos alguien, pero lo que nos dicen es solamente, con todo y sus apellidos, un apodo, un conjuro, cosa que, como una llave, encaja en unas muescas, con nuestra herencia, pero es lo de menos si la cerradura está mala, nuestros genes, y puede servir igual en otra cerradura buena o mala en sí misma, y nos sentamos, "qué cosas, hombre", celebraba yo, porque dentro de todo él me caía muy bien, tenía buen humor, aunque ahora lo veía un poco azarado, y viene lo de veras bueno, lo que me transformó, lo de veras bueno para vos, porque yo estaba inocente, eso que me maldijo, Daniel, yo era inocente, güevón, yo en ese momento solo vivía, ¿sí te das cuenta?, sin saber las miles de cosas que ahora recuerdo, ¿cuántas cosas te he contado?, que el otro y uno mismo es un dragón, o un ángel, que bajo los gritos está el silencio y el silencio oculta una música bellísima que no oyen los dragones, y el silencio nos mantenía despiertos, que una mujer que ahora mismo no sé quién es caía, y esto me llena de temor, porque no sé si era aquella espía de El Parroquiano, Clara Fernández, que tal vez no era espía pero que ustedes mataron, Julián, me interrumpe mi hermano, sí, Daniel, lo freno yo, o que hicieron creer que la mataron, fuera o no fuera ella espía, y que solo está oculta, porque ustedes no se iban a dejar tocar en esta ciudad, ¿no es cierto?, pirobos, o tampoco sé si la mujer que caía es quién, porque las voces cantaban que la máscara que cae más lento nos protege, ¿será Isáfora?, eso decían o eso quieren decir ya mismo, ella ha sido mi única amante, que la muerte es lo único que nos detiene, y temo que ustedes quieran matarla, pero salvará esa esencia que fue para el Cosmos nuestra persona interior, Isáfora para Isáfora, no para nadie más, la verdad para la verdad, sino para el Cosmos hecho plenitud, nada por la que todo pasa, y tal vez soy yo también la mujer que está cayendo, porque eso también nos cantan al fin, que todo cae, Daniel, que todo es una mujer que cae al abismo, aunque nada de eso lo sabía yo, yo creía que estaba viajando a La Unión simplemente con un grajo mandado por la SIM, un triste malevo bien educado, pero con el que me entendía, con el que podía incluso dialogar, a quien incluso podía entender y quien de hecho me podía llegar a transformar, a conmover, no sé si a convencer de algo que él quisiera o tuviera el deber de incitar en mí, así que en el instante en que al fin le trajeron el almuerzo, luego de un rato en el que estuvimos lindamente callados, yo todavía recordando lo que había dicho él de Colosio, que el magnicidio fue un crimen de estado, que eso era lo único que podía decirme, esperando yo sin presionar a que tal vez él dijera algo más de eso o de lo que fuera, y el otrora dragón con los ojos clavados en los verdaderos angelitos que jugaban y respirando profundo, como tramando algo, en ese momento, te digo, para mí fue un asombro notar que Doble Seis estaba temblando, que se ponía pálido al tomar

los cubiertos, que los dejaba a un lado, se pasaba la lengua por los labios, sacaba una tarjeta del bolsillo de su camisa y me la pasaba.

Juli, está tarde ya, me interrumpe mi hermano, no, no, no, está tempranísimo, Daniel, vos sabés lo que decía esa tarjeta, por eso me interrumpís, ustedes me mandaron eso para asustarme, no había razón para que un taxista me dijera lo que de inmediato me dijo Doble Chimbo o Doble Puto o lo que sea, hermanito, ¿ustedes quiénes?, se defiende Daniel, ustedes, los de El Parroquiano, por supuesto, y ustedes, los de la SIM, Dani, y si acaso no estuviste enterado de la trampa tan sutil, porque todo puede ser, del crimen imperdonable, si no me mentís y es que solo cuando los hablo podés imaginártelos, lo que no entiendo es por qué me querés detener justo ahora cuando te los cuento, ¿qué decía la tarjeta?, inquiere Daniel, el aguacero embiste fuerte contra los ventanales, decía: “Estela Gallo Franco. Investigadora”. Todo queda en silencio. Acaba de escampar de golpe. Era una tarjeta de presentación de El Parroquiano, Dani querido. “Esto te mandaron”, fueron las palabras de Doble Picha. “Ella es la oveja negra de la familia”, explicó. Yo me quedé de una pieza. “Ella no acepta que allá todos sepan y acepten que el periodismo es solo un negocio, a ver quién da más por tu cabeza”, dijo el taxista con voz ronca. “De eso viven”, explicó procedentemente, y se explayó, más serio que nunca. “Yo la conozco desde hace mucho”, dijo. “Un día ella fue al comederito que yo tengo en Nueva York, allá hablamos. Se había salido de unas conferencias ahí en la ONU, aburrida del palabrerío de siempre. Pidió unos cocteles. Hablamos una tarde entera y me pidió consejo para un negocito de pollos en el que andaba, yo me demoré varias horas asesorándola y quedamos de amigos. Siempre que vengo a Medellín la veo. Oís”, cambió de tema Doble Nada, “¿vos por qué no te metés en la política? Así no te tenemos que sostener más esa extravagancia”. ¿Te das cuenta, Daniel, de hasta dónde se metió El Parroquiano para asustarme ese día, cuando yo iba a presentar mi documental en el Festival de Cine de La Unión? ¿Quién era Doble Mica para decirme esas cosas, para hacerme creer un inútil, un mantenido, un vago, y darme a entender que los otros son más malos que Caín? Él ahora me miraba con odio, Dani, a Rodolfo malencarado ya no le temblaba la boca, no sé por qué antes sí y ya no, y yo estaba de veras asustado. Yo lo había desafiado. Pero mira un detalle fantástico, hermanito, mira un detalle prístino de mi existencia desde que dejé las drogas: yo ya no me le arrugo a nadie. O sea que yo que lo veo así y le replico mirándolo profundo, ¡¿recordás esa mirada mía que llega hasta el culo y más lejos, Daniel?!, aúllo, y una silla rechina muy cerca, aquí, en la clínica… Hablo templadito, ve, lo miré con simple resistencia, entendeme, hermano de sangre, la palabra es resistencia, agua contra agua, preguntándome de manera activa por la

puta mierda que hay al otro lado de la pared del otro, si el ser es uno informe, ¿el otro qué no es?, y ahí bajó la mirada, tu Doble Seis, yo pensé: a mí no me podés tocar, careverga, a mí no me podés ni siquiera asustar porque yo ya he estado muerto, porque yo ya estoy muerto, y cae un rayo en el árbol del frente, Daniel solo se refriega la cabeza, el árbol queda ardiendo, sí, Daniel, no está lloviendo, pero la rama incendiada se apagará muy pronto, estoy muerto y hablo con la voz del sirviente, la gran rama se quiebra a medias, se dobla del todo, Juli, Juli, Juli, tengo miedo, de verdad, vos sabés en dónde estás, digo, no, sino que vos estás como loco, no, como loco está el mundito de paja que nos tocó habitar, yo también tengo miedo, es la locura por naturaleza, no creás que no, desde que me sé ultramundano temo por el destino de todo lo que se deja llevar bajo una consigna aprendida y falsa, pero allí, en ese restaurante, el demonio afincado no podía con el ser o luz que asoma por mis ojos, ese rebelde filial que otro nuestro día venidero persevera ayer nadie, querido Daniel, Doble Bla solo podía parlotear con las palabras con que sabía que debía damedrentar al poco hombre que aparenta ser en mí cualquiera.

Yo le sonreí, le sonreí a Doble Baba con odio igual, y me empecé a tomar las cervezas, pocos conocen estos tratos con el diablo, con fruición pero con lujuria, despacio pero a tragos largos, él no decía nada, y me acabé la primera con un eructo grosero en el que pronuncié nítidamente las palabras: “Uribe malnacido”, ja. Seguí con la otra, me la tomé así, casi sin parar, jadeé con júbilo al terminar de tragármela y se me vino otro eructo largo como una rielera, otra vez: “Uribe malnacido, mil veces malnacido”, entonces él paró de comer, aunque solo iba en la mitad, y dijo “así no seguimos”, “no sigamos”, le respondí yo, se paró y se fue a la caja a pagar, yo lo dejé hacer, me empecé a beber la otra cerveza, dejar hacer, dejar matar, oí en algún lado, y de pronto… esperá, esperá yo ya sí más bien tomo aliento porque es muy bravo esto… de pronto, al mismo tiempo que empezó a sonar por los parlantes una inesperada ranchera de trompetas estridentes, veo de reojo que muy cerca de nosotros una de las niñas, lo recuerdo muy bien, que se habían sentado en las escalitas, recuerdo el instante preciso, frente al parqueadero, estaba tratando de sostener al único niño, muy pequeño, que se desmadejaba al lado suyo, como buscándola para dormir… De pronto, la cabeza del niño le estalla y le traquea partida en dos y una profusa y espesa llovizna de sangre salpica e inunda todo alrededor. Eso fue lo que yo vi, pero no fue nada notorio, sino que a la vez la niña ya estaba llamando a los gritos a la mamá, bañada en sangre y con el rostro espantado. Eso me tiene loco desde entonces, Daniel, o sano, yo ni sé. Eso me da y me quita como fuerzas, hermano, ¿necesitás que hable más, que lo haga más despacio, que lo escriba en el aire con la punta de la lengua? Bueno,

son otras revelaciones… Puf, y toda una vida que se me va. Gracias por darme pie a contarlo. Lo he mantenido callado como nada más en la vida, hermano, y vos lo sabés, ah, pero no te lo podés imaginar, hijueputa, no me explico cómo es que no te escupo en la cara. Es la experiencia más aterradora por la que yo haya pasado nunca, Daniel, y lo peor es que siempre la procesión va por dentro, pero supongo que así debe ser, que si hay un destino para mí, ese ha sido este… Era como si el memorable balazo perfecto de Ángela con el revólver de papá, cuando cumplió quince años y los tíos la pusieron a disparar, hubiera cortado desde aquellas mismas veinte yardas de distancia el mismo tallito del mismo racimo de bananos en la finca de nuestra niñez, y algo, un presentimiento tétrico, se hubiera consumado. La maldad, y el absurdo. El griterío que se armó fue cosa de locos, primero los de la amiguita del niño, después los de la mamá, que era una de las cocineras del restaurante, luego los comentarios en voz alta de la gente, un individuo o tipo social que probablemente era un médico y seguramente un cómplice del clarísimo asesinato le decía con frialdad a la señora que no había nada que hacer, ella cargaba a su hijo y lo quería llevar de un lado a otro pero la cabeza era cayéndose a pedazos por ahí. Huy, hermano, lo estoy viendo otra vez, los estoy oyendo. También recuerdo cuando vos sin querer le cortaste el brazo a Filipo, nuestro primo alegador, con un machete, en la finca, ¿sí recordás?, rozando monte, el brazo blanquísimo saltando al principio en el suelo, luego el muñón dormido en un charco de sangre que se empozaba en la tierra negra, eran las quejas despavoridas iguales, su igual carrera en círculos. Al fin lo supe decir, querido Carlos Castro Saavedra, no es nunca como en la televisión, pero tampoco como en la letra decir la palabra seca. Otra imagen perdura, y el grito nunca termina, señalando siempre una puerta que se cierra y otra que se abre, uno no es nada sino el viento que se lo llevó. En medio de todo, Doble Seis regresaba fresco, inmutable, desde la caja donde había pagado el almuerzo hasta nuestra mesa, y simplemente sacó un bolígrafo del bolsillo de su camisa, se agachó y escribió una frase en la tarjeta que me había dado, la acercó hasta mí, en tinta verde, y gritó para que yo lo oyera bien entre la ranchera fenomenal y el bullicio estruendoso de los gritos de guerra inmemorial hecha nueva peste de sadismo infecto: “Venga pues, que lo tengo que llevar”. Yo leí la tarjeta, decía: “Ese muertico es suyo”, y sin pensarlo dos veces la rompí en pedacitos y me la comí, estela gallo franco, me la tragué, investigadora, con un esfuerzo loco, devoto, fiel. Sacudido, trataba de hacer como si no hubiera pasado nada, seguí bebiéndome la cerveza que había dejado empezada, con los ojos cerrados muy duro, me dolían todas las coyunturas. Sin bajar la botella, hacía pausas porque de pronto sentía náuseas, pero seguí engullendo la cerveza helada con

la crueldad correspondiente porque el gaznate me apretaba, me la tomé toda, quedé inflado. Doble Seis ya me esperaba en el taxi. Fui al baño esquivando cuerpos agitados en torno del cadáver y su madre arrodillada y llorosa y vomité nueve litros de mierda, sangre, sudor y bilis y lágrimas dulces, saladas, amargas, ácidas, venenosas, sanativas, me salieron hasta dos fotos pequeñas por la garganta, tumultuosa pestilencia, diarrea pura por la boca a chorros, hedionda, de Clara en la primera comunión y de ella y yo comiendo cascos de papas fritas con salsa de tomate en la sala de su casa mientras veíamos inocentemente Los carabineros, una en colores, la otra en blanco y negro, ahí las dejé, chiquitas, sin vaciar el sanitario, salí estragado, babeando, con los ojos arrasados en dolor lúcido de parto demorado noches y noches, de bebé atravesado, sin mirar, tambaleándome, de bebé muerto, que se mueran todos mis hijos antes de nacer, pensé en voz baja, a no ser de que nazca la vengadora, compré un agua embotellada de productos Melaza, marca insignia de la región, con sabor a limón, pedí que me regalaran un tamal antioqueño para llevar, producto de la casa, y una mesera me lo pasó con la mirada perdida y el gesto huraño, lléveselo, la cara lavada, no me pague, los ojos rojos. Había que seguir atendiendo a la gente por orden del jefe, pero la chica estaba quemándome un rutero. Entonces me salió un eructo que era muchas veces mil el mismo eructo redoblado que me acababa de echar, y como ahora te lo digo lo grité entonces y lo diré por siempre a los cuatro y sesenta y nueve vientos, Daniel: "Uribe, no merecés la chimba que nos parió". Nadie le prestó atención a mi discurso, que fue inentendible en la menguante algarabía, tan solo se giraron y se quedaron mirándome, y yo me fui al taxi. Al salir aún se puede ver alto en la pared central de ese restaurante un típico cuadro del Corazón de Jesús con el rostro del dictador cuando era joven, regañando, y la frase: "¡Antioquia primero!". No quise aplastar el tamal en su rostro. Lo que más sentía era rabia, y quería saber qué más iría a decir la Doble Gonorrea. Los dos sabíamos que no podíamos eludirnos. Yo mismo podía haberle dicho muchas cosas, porque estaba trastornado y necesitaba expresarlo de alguna manera, pero me decidí a continuar en silencio: silencio mío, no de nadie. Le podía haber preguntado quién te mandó, por ejemplo, podía haberlo frenteado sin problema, o podía haberlo compadreado, como si nada, bien que mal también soy muy capaz de simular eso o cualquier cosa, para que viera que ahora sí, y con mayores razones, ya nada me iba a detener. No quise, o tal vez hice ambas cosas sin hacerlas, haciendo otras. Asustado y todo, cada que eructaba pronunciaba clarito, hasta donde podía: "Uribe malnacido", o ya después solo "gran malnacido", tal y como me enseñó a eructar Verónica tomando cerveza Bucanero en La Habana, durante la luna de miel, caminando la calle Orígenes, en

Librería Victoria, y con las mismas palabras (Uribe malnacido), en el solar donde Retamar y Vitier con Fina García Marruz nos dijeron, minutos más tarde: lo que haya por hacer, háganlo. Doble Seis conducía en silencio, hosco, pero aparentando tranquilidad. De pronto, le dio por hablar en inglés. Hey, listen. We know already you shoot well, boy. Shoot for us. ("Hey, oiga. Sabemos que dispara bien, joven. Dispare para nosotros"). No sé por qué, pero de súbito dejé de temer, de temer y de lagrimear corrido, como iba, y apretando la quijada para no maldecirlo todo a berridos. Sereno, valeroso, mi respuesta solo fue uno de mis eructos: "Uribe malnacido". Él señaló el escudito bajo la radio apagada que yo ya había visto y detallado sin decir nada, sin imaginar del todo lo mucho, lo muchísimo que había llegado a significar, a provocar. Era una ceñuda aguilita de cabeza blanca con la bandera de Estados Unidos en el pecho y sosteniendo tres flechas con sus garritas. En el fondo se distinguía un navío europeo de los tiempos de Atahualpa y Moctezuma, qué voy a saber yo quién iba en ese navío, del siglo XVI, supongo… ¿Hay que saberlo? Había un semicírculo de estrellitas arriba y un semicírculo de laureles abajo, muy verdes, alargados. El fondo era completamente azul celeste. Una frase roja en blanco sobre negro, en mayúsculas sostenidas, rodeaba el escudo: SEMPER VIGILANS. Era un escudito muy bien hecho, sí, pequeño, para qué negarlo, un botoncito coqueto, como un bombón, una gragea de M&M, recubierto por una pasta transparente, combada, brillante, daban ganas de todo. Doble Seis lo golpeó con la uña dos veces y me dijo, con un acento chicano, fluido y seguro: Look, look this. ("Vea, vea esto"). Me miró, me mató el ojo. Siguió. We are in everything and above everyone. And believe me, you're such a good boy that we want to give you some important tasks. And give you some gifts that you have earned. I tell you: you shoot well. You have the key. ("Nosotros estamos en todo y por encima de todos. Y créame, usted es tan buen elemento que queremos soltarle algunas tareas. Y otorgarle algunos dones que se ha ganado. Yo le digo: usted dispara bien. Usted tiene la clave"). Abrí las hojas de plátano que envolvían el tamal y me lo fui comiendo bien despacio, trabajo campesino, con la mano, a largos suspiros, alto saber manual, pero recuerdo muy bien que con la fuerza más sencilla del corazón decidí ser implacable y no llorar más en el futuro y tragarme todas las lágrimas, haz tú de cuenta como si fuera yo el verdugo. Las palabras que desde mi pensamiento acompañaron mi decisión fueron: "Nada más cumple con tu deber". You have the power, repitió el hombre ("Vos tenés el poder"). Excuse me, Sir, le repliqué de inmediato con una amable sonrisa ("Discúlpame, excelencia"), igual que en las mejores películas de Huston, I don't speak english ("Yo no hablo inglés"), y bueno… Los dos nos largamos a reír como un par de

imbéciles, nos reímos un rato largo, es de no creer, a las carcajadas, sin querer, como dos loquitos, liberados de algo, pero yo terminé llorando otra vez, con la cara tapada con una mano, y volvía a reírme, en la otra mano el tamal abierto, regándose su contenido por la banca y el tapete, y volvía a llorar temblequeando, la zanahoria en rodajas, las arvejas, revolcándome de gusto en el asiento, reía y temblequeando lloraba, todo hecho un chiquero, dándole puños a la cojinería, como un ternísimo niñito iracundo que ya no pudiera hacer nada por su cachorrito amigo, mi amigo, como el niñito que habían matado pero vivo todavía en un ataque hermoso suyo de rabia impotente contra la mamá que ahora lo lloraba, una rabia segura del pasado imborrable que él ya no podría sentir ni recordar y ni siquiera olvidar o aprovechar, Aquiles todos en el infierno añorando idos así fuese el invaluable suplicio de la vida desbordantemente hermosa, Lou Reed mirando el lago de Manhattan en una caminata con Laurie Anderson poco antes de morir y dudando de si algún día podremos detallar mejor la imagen firme de las despuntadas ondas luminosas por un sol inagotable y perdido, si esta imagen es mía, los pedazos, los pedazos del cuerpo y del tamal infantes, ¿cómo llegar más lejos, cómo recibirla y obtenerla, de qué hacen parte como un todo que no se va, si para mí que las miro son un momento que no vuelve y yo un vacío que no cesa y todo lo conserva, un dato con el que todo fue y sigue siendo? Such a motherfucker, decía Doble Seis ("Qué cabrón"), sin mirar hacia atrás, oyéndome rabiar y maldecir a los gemidos y carcajadas idas de sabernos muertos, yo ni te cuento las palabras que llegué a soltar al aire divino, y a veces el pobre mensajero de los Gallo y de la SIM solo sacaba una risita y estragaba el rostro, como si se estuviera chupando un limón muy agrio, como si ya nada de mi inútil ira santa fuera contra él, sino un pleito con su patrón, con Satán, y él me viera pelear y morir de pie en el vuelo de la noche. Yo me fui calmando, acostado en la silla de atrás, mirando las luces y sombras del camino pasar por el techo del carro (un techo, yo no lo había visto, con oscuras salpicaduras), y él no dijo más. Yo tampoco dije más. En el carro empezó a sonar la fantasía en re menor, K. 397, y Doble Seis giró la cabeza para todos lados, perplejo, no tuvo que decir y se quedó callado. Sabíamos que estábamos haciendo para otros una comedia triste, ridícula y detestable, pero al parecer yo no era el único que sentía el verdadero peso de la tragedia, y tal vez, en cierto modo, más aun que la madre del niño difunto, más que el imposible alma del niño irrefutable sabiéndose encerrado en el zarzo, más que Dios consciente allí en el desván de Castilla de todo el mal que me has hecho, de Bogotá y Arequipa, más muerto y matado que el propio zarzo muerto y matado de nuestras bestiales ancestras en el puto zarzo de la mente herida, abierta en dos. En la mitad de la pieza, la fantasía

le respondía al insólito sentimiento mozartiano con la solución clásica ideal en su punto más lúcido, pero al final, al final… El resto es literatura. Nunca me hubo un silencio más grato y más ajeno. Todo era viento y un motor galáctico. Me abandoné a mi suerte, y dije al cielo raso del Monza noventero ensangrentado, resto de piel de la luz viva y difunta: si ya fue, ya fue, aquí estoy. Al rato llegamos a La Unión, el hombre me dejó en la plaza, sin hacer comentarios, y yo al bajar le pagué y me despedí así, tartamudeando un mensaje improvisado pero clarísimo, mirándolo al centro de su tatuaje del pecho, en donde ahora se lo veía a él mismo caer en la ciudad de la ironía bajo el rayo fulminante del ángel: “Vea, mortal, dígale a su patrón que esta agüita embotellada se la mando yo, porque si aquí me ven mis amigos ecologistas con ella, me dicen…”, y ahí le puse la botella en la barriga y una mano en el hombro, le musité al oído lo que ahora te repito, Daniel: “vos sos mera gonorrea”. Y me bajé.

Listo, ya no me digás más, me pide Daniel. ¿Vos sabés lo que pasó después?, le pregunto. Mi hermano hace un sonido gutural de inquietud. La oscuridad persiste, pero el huracán ha amainado por completo. Yo le explico: o sea, ¿sabés que el auditorio adonde yo iba a presentar mi documental sobre El Parroquiano estaba colmado de gente por un evento anterior de la Secretaría de Turismo de la Gobernación de Antioquia, y que nuestra proyección fue retrasada por más de una hora, y que luego la poca gente que esperó todo el rato afuera y quería con ganas entrar a ver mi película no pudo hacerlo porque nadie de los que estaba adentro optó por salir? Ni uno solo de ellos se fue, coparon la entrada. ¿Sabías eso? Vos esa historia sí me la contaste después, responde él. ¿Y que mientras el video pasaba, el hijo pequeño de una pareja de espectadores, un niño como de ocho años, vació un monedero en el suelo y se puso a pelear en voz alta por las monedas con un amiguito, sin que sus padres dijeran nada ni se lo impidieran? No, eso no. ¿Y que en el debate que siguió después había un jovencito que me exigió de buenas a primeras, sin saludar siquiera, que le explicara a todos por qué hacer cine era peligroso, y me lo repitió así tres veces, sin importarle ninguna de mis reiteradas respuestas? Daniel no pronuncia palabra. Yo dije y dije otra vez con toda calma que el hacer cine es peligroso, al fin y al cabo ese es el lema de mi blog, porque el lenguaje siempre será de carne y hueso. Al regreso, hermanito, cuando me devolví en bus, de noche, un negro grande, huesudo, que iba en la primera fila, con los ojos brotados del tomatrago enfermizo, gritó varias veces en el trayecto: “El perro sos vos”, “Perro, perro sarnoso”, “Perro cagado, estás cagado”, y pidió que lo dejaran exactamente a orillas del río Cauca y al bajar gritó: “¡No le has ganado a nadie, perro muerto!”. Bueno, Juli, me alega Daniel, eso no quiere decir nada. Sí, Dani, no quiere decir nada, dice lo que dijo,

pff, me das risa, güevón, ¿qué más querés sino lo que te he contado?, y hay más. Dale, Juli, contá, contá más, expresa Daniel, con cansancio, ya decidí que te voy a esperar hasta que acabés, porque hay cosas de verdad más importantes que vos mismo aceptaste ya que están detrás de esto. ¿Lo del río Cauca es poquito?, insisto, ¡ahí donde echan todos los cuerpos indeseables para ustedes, la tumba de todas las esperanzas y de todas las mentiras en Hidroakabí! Hago silencio unos segundos. A las semanas entré a dar clase en Prolepsis, continúo, tu universidad de financistas e ingenieros, y era tan evidente la necesidad que tenía la SIM de hacerme ver que yo estaba controlado que decidí renunciar, pero es que lo que pasó el último día allá, el día de mi renuncia, es para un cuento largo. Juli, vos lo único que querés es escribir y escribir cuentos. No te lo niego, le afirmo a mi hermano. Pero para que vieras que no es mentira, te podría recitar de memoria, y vos lo grabás, lo que le dejé escrito a tu amigo Jairo Luis Mejía, el rector de la Curia, así te duela, encima de un teléfono público de esos viejos, en el primer parqueadero de Prolepsis, ¿Bambucos se llama?, y después le preguntás a él, a ver si fallé en el cantío.

Juli, yo ya sé lo que escribiste, lo sabemos varios, y te felicito por eso.

Carajo, Daniel.

La luz vuelve. ¿A dónde se fue Ángela? Daniel me está mirando con severidad en sus ojos y un inocultable amor en su semblante sonriente. Estás libre, güevón, me dice, pero tené cuidado con esa peladita con la que estás saliendo. Upa, me sorprendo. Vos siempre me cogés fuera de base, confieso, y agacho la cabeza, herido de muerte, de veras alarmado. ¿Está hablando de Isáfora, mi alumna en el curso que acabo de comenzar en Ática? Sí, hermanito, sabemos que ese día de tu renuncia desde muy temprano habías informado a los selectos y muy determinantes lectores de tu blog sobre la evidente persecución de la SIM en contra tuya, parece Daniel empezar una serie de revelaciones. Por la ventana se aprecia el tímido inicio de un temprano, imposible amanecer que ya vence a la luz eléctrica misma que, reflejada en el cristal desde adentro de la cafetería, quisiera opacarlo. Miro la hora en mi celular. Oís, Dani, ¿no es demasiado pronto como para que amanezca?, le pregunto. Son apenas las cuatro y treinta de la madrugada. Relajate, me sugiere. Eso es un diseño para vos y tu esposa. Yo miro a la cajera de la cafetería que sepulta su cabeza entre sus brazos, sentada, dormida, recostada en el mostrador. Todo esto es algo que supera cada una de mis expectativas, le dejo bien en claro a Daniel. Los gatos siguen mirándonos, y realmente el amanecer a destiempo en un cielo inexplicablemente despejado empieza a tomar unos tonos simplemente inverosímiles. Daniel sigue. Sabemos que luego de tu escandalosa publicación en el blog, y la foto

era de veras astuta, al llegar a la universidad decidiste entrar a Prolepsis ese día sin carnet, como visitante, y sabemos que le pediste al vigilante que da el ingreso que destruyera tu carnet de profesor con unas tijeras. Sabemos también que las llaves que usabas para abrir el salón ahora ya no servían, que te tuviste que quedar en el parqueadero con los estudiantes un rato y luego ir a resolver el problema en la otra portería, más cercana, adonde te esperaba el mismo vigilante, malencarado. Que le expresaste cosas que todos los que las oyeron se las tomaron como las de un loco pero eran exactas. Que tu amenaza temeraria al estupefacto empleado consiguió en un instante que la puerta estuviera abierta de par en par cuando volviste, y todos los alumnos estaban esperando con curiosidad a que empezaras tu clase. Que dijiste cosas tremendas de Todo sobre mi madre, de Almodóvar, del amor y la dicha del sexo anal, de la libertad de género. Que una alumna lloró de felicidad y aprovechó para confesar su lesbianismo, que dos alumnos te abrazaron cuando se acabó la clase y otros se fueron a quejarse a la rectoría, que en la noche uno de ellos te escribió diciendo que tú le habías salvado la vida. Que después de la clase tú te fuiste a hacer esa carta a Jairo Luis en un distinguido negocio de jugos de la universidad a donde llegó un gringo grandote de pelo verde y ojos amarillos que lanzó duro su pesadísima mochila en una banca de madera, justo a tu lado, solo para ablandarte, uno de nuestros muchachos, y tú previste que era un enviado y le dijiste en su idioma que tuviera cuidado con la madera, que la tienda no era suya. Que él le pidió un desayuno en inglés a la mesera y como ella no le entendió, el gringo la trató mal y tú la defendiste diciéndole de nuevo al hombre que tuviera cuidado y tratara bien a la gente, que no estaba en América. Esa expresión, en especial, nos llamó mucho la atención. Sabemos que todo esto se lo ibas describiendo a Jairo Luis en la carta y diciéndole que mientras tanto estabas estudiando una lección inaugural del Doctorado en Literatura de la Universidad Ática en la que el profesor Selnich Vivas Hurtado hablaba de la palabra dulce del mundo amazónico y su delicado poder curador en este mundo alterado por una ciencia entregada al orden diabólico, en tus palabras, de la muerte. De la necesidad de reconocernos en el animal y en la planta, de la urgencia de frenar el progreso devorador y revertir y controlar con sacrificios sagrados la sobrepoblación humana, y amorosos, con cantos de gratitud, de la bondad de una actitud mesurada y acorde con los límites corporales de nuestra naturaleza y acorde con nuestros potenciales puramente visionarios, para ser todo sin ser más de lo que somos, ni tener más, ni buscar más, poder ser uno y verlo todo. Todo eso, y después tu pelea a puños con el hombrazo americano en la segunda portería y tu huida increíble, cuando dejaste la carta en el

teléfono público de Bambucos en medio de tu carrera, teléfono que ya nadie usa, y pasaste los controles saltando hasta salir de la universidad privada para siempre, todo, todo está incluso registrado de modo multimedial, digamos, en cámaras de seguridad, en el celular de nuestros agentes y en el manuscrito de tu carta a la SIM que yo mismo tengo y que nos escribiste a lápiz. En verdad, Julián, no lo podemos negar, lo que has hecho lo has hecho muy bien, hermanito. A nadie dejas indiferente.

Pará, pará, Dani, pará, no me elogiés, por favor, marica. ¿Qué pretenden, hijueputa? Si yo soy un homicida, malparido, si eso es lo que ustedes quieren hacer que yo vea, que por mí mataron a ese niño, que entre todos abusamos de la creadora admirable y sensible promotora cultural que fue Clara Fernández, y que otras cosas peores van a pasar si yo me mantengo en mi lucha… Esto queda en familia, ¿no? Por eso y por tristeza me he quedado ya muy quieto, pero ustedes podrán matar a Verónica, Daniel, me podrán cortar las pelotas en tajaditas, cerdos, malparidos, y es imposible que yo llegue a ser otra cosa distinta a la que soy, ¿sí me entendés o te lo repito? Eso sí, me gusta mucho que estemos hablando por fin de frente, padrino mío. ¡Tendrán huevo!

Entendido, ahora sí callate vos, boquisucio, pronuncia Daniel con perfecta calma, y vas a abrir los oídos por fin, porque no tenés idea de nada, nunca has tenido idea de nada.

No me callo ni por el putas, porque lo que te digo es que me tienen que frenar con un mazazo en la frente. Por fin me imponés el silencio como decís que yo te lo imponía sin decoro cuando éramos niños. Sí, eso somos, salvajes, pero lo que importa es si el salvajismo es amoroso, Dani.

Mi risueño hermano me toma de la mano. Tenelo por seguro, vos, Juli, inútil práctico, bromea, como de niños, que aquí solo hay amor.

Realmente amoroso, protesto. No basta el amor como sentimiento, lo que importa es saber amar.

Cedé un poquito. Oíme, nada más, Julián, y perdoná todas nuestras violencias.

No me digás que lo que he hecho estaba bien, cuando han querido acallarme de todas las maneras posibles y lograron volverme mierda, Daniel, volverme física mierda con la muerte de ese niño frente a mí. Ustedes son capaces de todo, de lo peor. Y eso sin hablar de Clara.

Me reclino en la mesa, me limpio las últimas lágrimas de mi relato, me sueno con la mano desnuda los mocos crecidos. Ni Dios podrá perdonarlos, pronuncio en voz baja, con los ojos cerrados. Agacho la cabeza, en oración por sus almas.

Los dos esperamos.

Mirá por la ventana, me dice Daniel. Vamos.

Se levanta, me jala del pelo, me lleva hasta el ventanal. Yo cierro los ojos, no quiero ver. Él me describe el panorama. Es un amanecer ultravioleta en su esplendor, explica. Los cúmulos bajos y pesados del aguacero se han ido, aunque ya van a volver, para tu sorpresa y sorpresa de todos, y estas nubes son altísimos cirros estratificados, Juli, el sol aún demorará en salir, pero sus rayos ya los atraviesan y los degradan de modo asombroso, como un arcoíris que ocupara todo el firmamento. No va a durar mucho, hermanito, ¿no quieres verlo? Es un diseño de uno de nuestros muchachos, en la NASA, un pelado de Tegucigalpa, de uno de los barrios más pobres de Tegucigalpa, un maya quiché.

Daniel, ¿por qué me has mentido toda la vida?, le pregunto a mi hermano mayor con los ojos cerrados todavía, llorando silencioso por las agonías que me han acompañado, los cuerpos macerados de dos mujeres, ¿quizá de otras más en un futuro repudiable?, el niño que vi jugar y morir y he debido de callar desde cuando presencié cómo su madre lo trataba de revivir con los ojos desorbitados mientras él se deshacía y yo leía: "Ese muertico es suyo".

¿No quieres que tu hija vengadora pueda contemplar amaneceres como este?, me pregunta Daniel. Yo trago saliva, descreído de lo que está pasando, de lo que mal oigo.

Yo nunca he querido tener hijos. Ahora estamos en su busca solo por el amor de Verónica.

Vení, sentémonos. Verónica quiere, y punto. Todas las mujeres quieren, y los dos se merecen un cambio. Te voy a contar cosas de interés común.

Pasa su brazo por mi hombro y me lleva a la misma mesa. ¿Me ha vencido por cansancio?

Si querés dale la espalda al amanecer, no es el primero ni será el último amanecer diseñado por el hombre. Pero yo y mis amigos y todos en la familia necesitamos que vos te salvés y salvés a Verónica y además que nos llevés a un triunfo imprescindible sobre algunos verdaderos dementes que hay entre nosotros.

Yo me siento, pienso unos instantes. Trato de recomponerme. A ver, eso sí es interesante, Daniel. ¿Quiénes aceptás por fin que son ustedes?

El cuento es largo. Muy largo, hermanito. Yo te lo voy a resumir, porque ha llegado el momento y Verónica y vos tienen ya nuestra confianza. Primero mirá este anillo. Es la misma águila del botón del taxista, ¿eh?, y un escudito, más que un anillo. Pero vos ya lo sabías. Doble Seis y yo no somos necesariamente lo mismo. Entre todos nosotros hay discrepancias, y obviamente hay jerarquías. Estate tranquilo. Tú al fin te has quedado casi quieto desde tu loca salida de Prolepsis, insultando esa vez, corriendo, saltando vallas y evadiendo

controles, como Walter Benjamin cruzando el Muro de Berlín o la frontera nazi o el río Bravo, lo mismo da. Yo me quedé pasmado cuando vi esas imágenes y leí tu carta, pero en realidad sabemos que no sos un problema, sino al contrario, porque tus observaciones en Tratado sobre la mentira y en el mensaje que nos enviaste son muy profundas. Incluso, te lo digo entre nos, no parecen permitidas a un ser humano. Ahora bien, valoramos tu sensibilidad por el otro, pero vos mismo te has dado cuenta mejor que nadie de que la gente a la que defendés te deja solo, ese pueblo, de que nadie te ayuda y, de hecho, se ponen en tu contra creyendo que buscás fama, todos con envidia por tu labia y tu condición. En cambio, yo soy tu hermano y te conozco desde que eras un bebé, desde antes, en realidad. Soy tu padrino de bautizo según el ritual de nuestros padres y de los padres de nuestros padres. Si yo reniego de la Iglesia romana, de todas las iglesias, sigo respondiendo por ti. Y hay gestos en el bautizo cristiano que proceden de un acto muchas veces milenario, brujería, digamos, anterior a Cristo y a Akenatón en más de cincuenta mil años, que solo puede dominar quien los haya llegado a reconocer por indicación de un maestro, pero de los que ya no podemos ni debemos huir. Pronto te los daré a conocer, pero tú no se los debes revelar a nadie sin autorización mía, mucho menos a una mujer, y muchísimo menos si ella es joven. Esto es el punto más delicado de nuestra vida en común, Julián. Los que han violado esta regla lo han tenido que pagar muy caro. Pero ahora en especial nos estamos jugando la propia existencia material del tiempo, de una realidad subyacente. Mira… Daniel cambia de postura en el asiento. Hubo un momento, hace dos millones de años, en que los seres humanos estuvimos a punto de extinguirnos, Julián. No habíamos salido del África todavía y solo quedábamos unos dos mil individuos. ¿Sí te haces a la idea? El hombre entonces, aún en sus pañales, era menos que el alumnado de nuestro colegio de bachillerato, y apenas si sabía manipular las piedras. Esto te lo digo para que sepás que hemos estado en situaciones muchísimo peores que la que vivimos hoy mismo como especie, y que si uno se dedica a no hacer nada, a contemplar la naturaleza sin alterarla demasiado, como pedís vos, tal vez podemos llegar a una revelación espiritual, sí, trascendente, sin duda, pero fácilmente nos extinguiríamos. Hoy mismo no sabríamos cuándo podría caernos un meteorito al lado y acabar con todo lo que hemos hecho si hubiéramos seguido el camino que Selnich y tú nos proponen. Por el contrario, la guerra de las galaxias de Reagan tenía un lado más sabio que el belicista y era, entre otras cosas, asegurarnos en la defensa de cuerpos extraños que se acerquen a la tierra, como el que acabó con los dinosaurios. Esa seguridad está lograda plenamente ahora, ya hay un mapa a escala y en tiempo real de todo el sistema solar y algo más allá, cada vez más

allá, que nos dice en qué punto viajan asteroides del tamaño de un Volkswagen, o cometas que ni siquiera se han acercado al sol en toda la vida tuya, mía o de nuestros papás. En fin, reasentarnos al pie de los ríos, cuando comenzamos a ser previsores, y dedicarnos a cultivar plantas sagradas, hace unos doce mil años, como la cebada con que hicimos las primeras cervezas, no podía ser la alternativa única, por muy importante que haya sido ese retorno a la raíz para potenciar la inteligencia, había que hacer algo más. Mejor dicho, para la prole activa que se decidió a buscar otros entornos y salvó a la humanidad cuando migró del África, seguramente sin saber en ese momento que estábamos en una situación coyuntural, el cultivo con arado, millones de años más tarde, o mejor dicho, el perfeccionamiento del manejo de los metales, en el Antiguo Oriente, sería el hallazgo definitivo, hace apenas seis mil, cinco mil años, para mirar e ir lejos desde esa estación llamada ciudad, o si quieres, llamada huerta. Manipular el cobre, el hierro, eso llevó rápidamente a muchas otras cosas, hasta hoy en día hacer superconductores y poder averiguar en una cajita dónde está nuestro ser querido. En un principio pensamos, y lo digo así porque estamos hablando de nuestros ancestros, que los pueblos nómadas que llegaban a robar nuestras crecientes cosechas eran simples perezosos. Allá ellos, digo yo, como siempre, nada más. Que no pretendan algunos los beneficios que nunca quisieron buscar, el tiro se lo llevan, el flechazo. A no ser de que se unan al trabajo y nos den nuevas técnicas de doma de potros, por ejemplo, como los hicsos y luego también los navajos, porque, en últimas, el camino civilizatorio terminó aportando un motivo central y de entendimiento para todos, sin distinción, con los problemas y las excepciones que querás. Mejor dicho, los metales y el arado conllevaron un ahorro de tiempo que supuso un ocio acendrado, y lo que llamamos dinero, que surgió justamente como metálico, en Lidia, vino a entroncarse en ese ocio de manera apropiada como para ayudarnos a comprender que la labor debía dar frutos en abundancia, para un futuro grandioso, de solaz y beneficio y sabiduría en la penetración del tiempo. Y es que además el dinero le dio un nuevo sentido a la vida, un nuevo valor a las cosas, no solo por su utilidad inmediata. En los siglos XII y XIII ya el mundo estaba listo para el advenimiento de un colectivo muy específico que puso en la balanza todo, en el norte de Europa, para que la tierra fuera suya. Se le llama la Hansa, pero hoy es otra cosa, por supuesto. Y no tiene que ver con las sectas que el vulgo conoce, aunque los masones, claro que sí, hicieron parte de su evolución. Fuimos decisivos durante la Revolución francesa, alentamos y moderamos la toma del poder por la burguesía. Ya nuestro emblema era la ciencia, no podía ser otro. Nos infiltramos muy pronto con los bolcheviques, con ellos y todos los revolucionarios triunfantes matamos a los

Kennedy, que sí que eran una piedra en el zapato, ellos sí, pero no del todo por lo que la gente se podría imaginar: por demagogos, por ambiciosos, por irresponsables, por ególatras. Se las daban de libertarios hablando de Emerson en la plaza pública, y eso sí que es jugar con fuego. Julián, no te rías, si me entendés la fórmula retórica, estamos detrás de todos los ascensos de las mismas naciones que ayudamos a crear y al fin hemos sustituido, o absorbido, a imperios milenarios. China es el último de ellos. La idea es conquistar el espacio, traspasar las últimas fronteras, llegar hasta el fin de los tiempos, superarlos.

Callate esos ojos, como decía papá, le respondo burlón. ¿Y nosotros, los perezosos, qué?, pregunto, en su lenguaje. Podemos ser el centro del mundo, como bien lo sabía Emerson.

Bueno, los perezosos como tú, los perezosos como Selnich o los indios, tampoco son ningunos perezosos. Ladrones los hay, pero ustedes dos y los pueblos ancestrales de los que hablan, o al menos sus líderes más sabios, no son ladrones, ni siquiera son nómadas, ni sufren por ambiciones. Simplemente cultivan, buscan el equilibrio, no el desarrollo. Eso es cierto, afirmo con orgullo ante Daniel. Desestimaron el fruto acumulado por una razón sencilla, argumenta él: no porque sobre, sino porque se pudre, porque el fruto acumulado se pudre, se pervierte. Eso es lo definitivo en tu carta, eso hace un bucle. Y supieron hacer desde siempre algo así como ese movimiento pasivo, un cierto freno, dice Mick Jagger, por la misma y única razón que me lleva a hablarte. Veían más lejos. O más bien, veían más de cerca, más hondamente en ustedes mismos. Eso yo lo sé, Julián Andrea. Gracias, reconozco a mi hermano. Lo sé y lo intuyo desde tu niñez, asevera. Sin embargo, ese fruto acumulado incluso se diseca, hoy en día, se lo usa disecado al modo de la información de la que te hablaba Doble Seis. Todo, toda la vida del planeta se considera información, o datos, y está resguardada en tres búnkeres gigantescos, uno en las Montañas Rocosas, que yo conozco, otro en Siberia, y otro que solo unos pocos saben dónde está, en el polo sur. Cof, cof. Ese material no solo es genético, consiste también en lo que se publica en Internet, y no solo eso, que ya es demasiado, también es lo que no se publica pero es consignable como patente o como código de cualquier forma de expresión humana, incluso o sobre todo si es muy vieja, si tiene siglos o varios milenios. En ese sentido, Stonehenge o San Agustín han llegado a ser una virtualidad, o la Casa Azul, de Frida Kahlo y Diego de Rivera. Todo lo que tiene que ver con el mundo académico, desde los orígenes de la humanidad, o mejor dicho, con el conocimiento, termina allí, como los petroglifos de Chiribiquete, todo lo que tiene que ver con invenciones o saberes y lenguajes, y por eso hoy hablar de exigencias de los gobiernos en cuanto a derechos de autor, e incluso

en cuanto a derechos humanos o étnicos, es quedarse cortos frente al fenómeno. A ver… ¿Sí te das cuenta ya de hacia dónde va la cosa?

Tanto vos como yo somos propiedad de algo abstracto.

Algo así como lo que te decía Doble Seis. La vida es contingente, no se concibe ya sino en función de ese desarrollo informático que nos ha permitido controlar al mundo y empezar a dominar sus alrededores como si fuera un hogar inteligente, con su jardincito. Se trata, en realidad, de preservarlo todo en su código como posibilidad de réplica, según unas competencias muy determinadas.

¿Y el albedrío? ¿No cuenta la posibilidad de que el código además de autorreplicarse se determine?

No creemos en esa autodeterminación. Quizá sí en el aprendizaje.

Claro, es que como palabra que es, la autodeterminación es un equívoco, yo hablo en verdad de otra cosa.

¿De qué hablas, Julián, si no es de la libertad? Eso sí es otra cosa.

Eso es lo que lamentas, ¿no?, por lo que todos ustedes suspiran. No el poder ser lo que quieran sino poder hacer lo que quieran. Yo hablo de una idea de libertad que simplemente incluye al no radical. Vos ya hablaste de ese movimiento pasivo. Tratemos de desentendernos del lenguaje. La desobediencia efectiva, la posibilidad eterna de no hacer nada, y más aun, de no ser nada. Es una forma angelical de regenerar a Luzbel, el enemigo de Dios creador, si lo miras mejor. Asumir al mismo tiempo la realidad de la creación y la autonomía del criterio, al mismo tiempo, pero de veras asumirlas.

Luzbel no quiere ser regenerado, dictamina Daniel sin pestañear. Él quiere apropiarse del mundo, tú lo sabes, y está a punto de lograrlo.

Pero claro, comento, con lo que no cuenta nadie es con la verdad del tiempo, quiero decir, con el alma del tiempo.

Mirá, vamos a lo nuestro. Hay un grupo grandísimo de nosotros que sencillamente quiere gozar irresponsablemente sin aportar a la conquista espacial más que de ladito, como unos simples derrochadores. Son peores que todos los Kennedy juntos. Les importa un comino el cuidado de la especie y del propio entorno de ellos, van por todo, no tienen miras y solo benefician al proyecto en conjunto porque hacen crecer la producción. Sin embargo, están haciendo retrasar el camino porque sus peleas locales provocan problemas serios y amenazan con cerrarle el paso a seres verdaderamente libres que surgen en cualquier lado, como vos y como yo, y que por su libertad aplicada a sí misma generan nuevas posibilidades de ahorro. Me explico. Yo sé que para vos y Selnich todo esto es repugnante, pero es que al fin, según lo hemos pensado, lo que ustedes ven como pudrición, no es sino cosecha. Es decir que la supuesta extensión de lo estacionario da en una fertilidad insospechada. La resequedad de la vida en sus códigos preservados y manipulados les puede parecer un

crimen a los mama de la Sierra Nevada y a Vandana Shiva y todas las ecofeministas, pero es como si se olvidaran de que eso que vos llamás un no radical siempre está latente, solo que nosotros siempre lo supimos y lo dejamos de lado hace cientos de miles de años. Yo te remitiría a tu Lezama y al Fellini de su obra maestra, para que vieran que el silencio no es sino otra forma de ruido. O sea, por supuesto que nos autodeterminamos, somos los reyes de la creación, pero tener alma no basta. Lo que cuenta es sabernos libres gracias al conocimiento, hacernos poderosos, caminar eternamente. Ese camino lo abrieron Adán y Eva, según las escrituras, tanto en su versión correcta como en la adulterada, que es la que nos han dado a conocer. Es que el pecado no es pecado, hermanito, si ya le crees a la letra. Algún día conocerás las verdaderas leyes. Nuestro sí es radical por la supervivencia de la especie y de la vida, solo que una especie y una vida reducidas a ese nuestro ser puro polvo, un polvo mágico, primigenio, en las manos de un líder, de un grupo líder.

Una pareja, di mejor. Un par de reyecitos.

Bingo, pronuncia Daniel, con ironía. No todo es como uno quiere. En verdad, el grupo líder es un colegio de sabios. Lo que hay que ser es previsores e identificar a los mejores. En fin, toda esa hojarasca de negociantes burdos que solo piensan en el ahora, no saben que el ahora es siempre, está echando al traste las posibilidades de que Medellín pueda ser parte de la sociedad del conocimiento. Son nada más que unos esclavos arrogantes.

¿Qué querés de Verónica y de mí?

De ti, de ti quiero o queremos algo muy sencillo, porque tu no radical es más que nada el de una especie de secta, aunque difieres en algo, una secta santa que no hemos podido ni tal vez podremos identificar del todo jamás, pero cuya existencia es considerada ya un axioma, un haber irrefutable, a la que tú tal vez no sabes que perteneces y que además parece que perfeccionas. Algunos de nosotros la llaman los Once Justos, por el poema de uno de nuestros mayores maestros, Jorge Francisco Isidoro Luis Borges, tu amigo, pero, obviamente, no son once. La tradición judía, nuestra tradición, dice que en el mundo siempre hay treinta y seis hombres y mujeres justos que están salvando al Cosmos constantemente con un actuar humilde en el sentido de que se abandonan a la vida y compensan la vanidad del macho sapiencial. En eso hay varios misterios, Julián. Obviamente, lo de menos es el número exacto de personas, eso es un rango que solo tiene que ver con proporciones que varían. De hecho, nuestro convencimiento es que siempre se ha tratado de una sola persona. O sea, de una secta que se desgrana en el tiempo, una secta que siempre tiene a dos o a lo sumo tres de sus integrantes vivos en un mismo instante. El actuar de ellos procede de la influencia de treinta y seis

entidades que circulan en el ámbito sagrado de la simultaneidad, se da en el cumplimiento que dan los dos o tres justos a ese caudal de luz, que no pueden exceder y jamás disminuyen. En fin, esto se deduce de una página descartada de Parerga y Paralipómena que se distrae en un cálculo imprevisto cuyo autor no estaba en capacidad de concluir. Cuando el justo muere… Un eón, deduzco… Eso es, sonríe Daniel, y no es… Dios mismo no, ni su figura, sino su consecuencia… Cuando desaparece, su sucesor está ahí, digamos un niño, aunque también él fuera desde siempre un justo, y ya hay otro, u otra, esperando, quizás una anciana. Era una representación musical de los eones, una mitología sumamente acertada, como la describió Feynman: el justo es la unidad faltante que da lugar a una armonía, un punto ciego. Ahora bien, el vacío esencial de sus personalidades es todo lo contrario de un vacío. Es el borde luminoso del infierno, resumo yo. Pero Julián, me advierte Daniel, hasta hoy, por lo que sabemos, nunca había habido un justo solitario, solo ahora parece todo a la deriva. Los Justos encarnaban la sabiduría al renunciar por principio al poder que ellos sí que han tenido, pues gozan de un conocimiento cabal de la realidad que ya no necesita de nada, y, de pronto, sorprenden al mundo con palabras o acciones que son apropiadas para todos. Aquí, como ves, la definición del justo –por tradición– es que él no incomoda al injusto. Ya eso no es posible, y yo soy el primero en aceptarlo. En los últimos días, en tu silencio has adquirido una plenitud que te ha sido muy difícil de alcanzar y tal vez no te hayas dado cuenta de que hace dos noches la has alcanzado para siempre, al rehusar en un momento clave el responderle a tu párvulo enemigo en las redes sociales. El gesto fue más importante de lo que tú puedas creer, porque el otro es realmente poderoso. Fue para nosotros bien visible tu escritura y el acto de borrarla antes de publicarla. Luego, probablemente, y es seguro que desde antes, habrás pensado también una y otra vez qué hacer, cómo vengarte. Pero yo, con todos mis privilegios, desde hace mucho tiempo veo que en la vida tomabas decisiones que tan solo buscaban hacer presencia imperceptible, y me di cuenta de que eso era lo que preferías. Hacer el bien sin ser visto. Ahora has aprendido una lección de la vida, y nada más. En verdad, nadie te la dio. Prefieres la injusticia a la venganza, si esa justicia implica una revancha. Eso es virtud de muy contados seres, pero solo se prueba en el poder, Julián. En las víctimas, pues tú mismo has dicho que hay mucha gente que ha sufrido más que tú, esa renuncia puede ser virtud real, pero no logra ser efectiva. En cambio, el emblema tuyo de la cábala podría ser Jesed, lo que los cristianos llaman amor, y es una bondad más sabia, quizá más discreta que cualquier sentimiento. Aunque no menos digna, señalo yo. Ese es tu reino, dice Daniel, por fin me entiendes lo que quiero decir con la palabra “amor”. Una

bondad necia, pero irreprochable, y obviamente universal, que no siempre corre con suerte. Lo tuyo es otro cuento, pero no se lo exijas a nadie: estarás solo por siempre, y lo más delicado es que cuentas, Julián, con la potestad de la cólera. Ningún justo estuvo tan al borde de la locura que pudiera entrar en ella y salir sin ser tocado. No entiendo por qué me decís todo esto, le reclamo a Daniel. Nada de tu experiencia parece simple coincidencia, dice él. Cuando entré a hacer parte de nuestro grupo y supe de la secta de los Justos, fue un poco molesto y muy sorprendente ver que los informes te señalaban a ti desde el congreso de la cábala, en Tel Aviv y la Universidad Hebrea de Jerusalén, y desde el observatorio de Haifa, como el más seguro heredero del reino, sucesor que, además, solo hasta ahora y nunca antes se había podido predecir con relativa exactitud. El resultado puede ser un infundio, pero no sería sensatamente desdeñable la serie de circunstancias que permiten deducir el dato, a partir de puras probabilidades. Desde luego, queremos encontrar lo que estamos buscando. Había un viejo peletero de Saigón que por su trato frecuente y casual, cuando era joven, con André Malraux, tuvo atribuciones que llevaban a que para muchos de la secta él haya sido el último justo, o sea, el real, para nosotros, el viviente, una de tantas piedras desechadas por el arquitecto… ¡Ja, ja, ja!, celebro yo… Y, ciertamente, en los años sesenta el viejo fue nuclear en nuestra historia, como un remoto crucificado. Mejor dicho, desde mediados de los años sesenta, antes del bendito Mayo del 68, Georges Pompidou, recomendado por Malraux, lo hacía espiar y enviaba emisarios que se cruzaban con él como por accidente. Hubo anécdotas graciosas, porque a veces todo dependía de cómo se interpretara la actitud del viejo, que por regla general era seducido con jovencitos. La salvación del régimen, por esas fechas, se debe a una de esas interpretaciones de las respuestas del viejo peletero. En otros casos a los Justos o a quienes parecen serlo se les suele seducir con poder o con dinero, pero casi siempre la prueba irrefutable es el sexo. Siempre caen, Juli, nos lo cuenta la historia, siempre caen, pero todo depende de cómo caigan. Por eso son los Justos, o nos parecen serlo. En cualquier caso, como lo decías, ellos son la normalidad al borde del precipicio, o la serenidad, digamos. Ha habido confluencias que hacen ahora que Medellín esté secretamente en el centro de todas las miradas. El petróleo de Venezuela, un agregado incalculable, parecería nada en comparación con lo que ahora valen las reservas de agua y metales y la biodiversidad de Colombia para fecundar a las estrellas, y Medellín es el fortín de un proyecto que tiene en este país su principal avanzada para la gobernanza universal de nuestro grupo. Todo marcha bien, en general, pero los problemas están en los mandos medios y en una disyuntiva filosófica. Son dos problemas, mejor dicho, y la disyuntiva

filosófica es lo principal, porque designa el cómo manejar a los mandos medios. Nosotros somos personas que damos a la libertad todo el privilegio, Julián, y por eso no incidimos en las barbaridades que cometen algunos individuos de los que te hablaba, que trabajan con nosotros y para nosotros pero abusan de su criterio. Uribe es a la vez un gran colaborador, incluso fue un traductor perfecto de nuestros objetivos, y un acaparador, lo que se dice ya un simple garoso. Su nacionalismo ha llevado a que lo que el espíritu antioqueño representaba se hunda en el marasmo de una actividad inconsciente, tal y como pasó con la Alemania de Hitler, que nos aproximemos a una guerra terrible para nuestros propios intereses, una guerra suicida, aunque terrible y suicida lo sería, más que nada, por los términos en los que se está planteando, en efecto dominó. El dilema no es que haya unos capitales que quieran quedarse con los valores de esta región y de toda Colombia, porque siempre el capital es uno solo, sino el sentido con que se vayan a aplicar esos valores. En las altas esferas hay quienes han renunciado por completo y sin pensarlo dos veces a la idea vieja de humanidad, pero hay quienes todavía creemos que la robótica debe ser humana, o más bien, sensible, y eso es más atrevido, es el doble de atrevido a toda idea de progreso. Por eso tu carta significó tanto para nosotros. Por otro lado, en los mandos medios hay quienes tienen la opción de decidir según una u otra forma de ver las cosas, pero su libertad por el momento solo llega hasta poder elegir si ser o no del todo crueles ellos mismos, o inhumanos, y lo que se está viendo es que ni aun hoy esas decisiones pueden ser del todo autónomas, o sea: que sus libertades –digamos, de acabar con un pueblo entero– no son independientes de las consecuencias. ¿Hablamos de zombis, Daniel? Ni aun hoy, Julián, ni aun hoy, o sea que ya tal vez nunca será posible lavarnos las manos, por decirlo así, como hiciera Pilatos en el relato de los evangelios. Y eso sobre todo quiere decir que nunca lo fue. ¿Voy muy rápido? No hay moral en el asunto, trato de ayudar a mi hermano. Él agacha la cabeza. Todo refluye hacia el colegio de sabios, prosigue. Habrá algo de suma importancia por tener en cuenta de ahora en adelante. La información codificada puede y debe transformar al ordenador. Por eso te decía que en el aprendizaje sí creemos. Estamos en busca de una inteligencia artificial que sea virtuosa, que se objetive, que sea capaz de verse en el vacío a donde mira. Esto nos ha hecho comprendernos a algunos de nosotros como sabedores, cada uno, de una experiencia imborrable. Y han sucedido cosas impensables. Desde la noche de diciembre de 1993, luego de la muerte de Pablo Escobar, en que Uribe fue definido, hace unos veinticinco años, por sugerencia mía, como el alfil que necesitábamos, en un penthouse de Central Park, en Nueva York, porque yo era casi un niño, pero el niño genio del grupo… Yo lo

interrumpo: ¿más importante que el propio Uribe…?, pero él sigue: … en Antioquia ha habido una fiesta sin parar que, como tú sabes, ha costado cientos y miles y millones de víctimas, aunque eso era el costo que había que pagar para refrenar el ascenso de una revolución primitiva que junto con el chavismo era muy dañina para el continente, la de las Farc. No estoy justificando los desmanes, estoy hablando de simples propósitos militares y políticos. La situación era despiadada, y además, sí, íbamos por el territorio. La acción de Santos por la paz fue calculada al milímetro con nosotros, porque Uribe de pronto, durante su gobierno, se había sentido acosado y dejó de seguir órdenes. A él ya no le importa lo que ha hecho, que desde cierto punto fue brillante y sirvió para que, de carambola, Santos pudiera llegar con más facilidad a restaurar y redefinir el orden en la administración nacional. Por eso nosotros no atacaremos nunca a Uribe. Lo que le preocupa a él son las consecuencias de lo que hizo. Y es que en la baja tierra, donde tú y yo vivimos y comemos, existen todavía pensamientos, como la idea de derechos humanos, que para la estación espacial y las oficinas del verdadero control son obsoletos y solo siguen teniendo vigencia virtual para que no se desate el caos absoluto, o más bien, para que no se sepa la verdad y enloquezca a todos convertida en un relato desbordado. Sin embargo, este afán nuestro de preservar cierto orden no es una limitación que impongamos a la libertad que pregonamos, al contrario. Es algo planificado con método, con paciencia, con goce repentista. Por eso Uribe puede terminar siendo el chivo expiatorio de las mismas políticas que lo llevaron a él y su grupo a ser unos peones obedientes que simplemente consiguieron más poder del debido. Ahora sí, vamos al grano, al punto clave, a la conexión necesaria e inaplazable de lo urgente con lo importante. Cosas muy parecidas están sucediendo en todo el planeta, pero nada se acerca a la dimensión trascendental y absoluta de esto que nos reúne aquí a ti y a mí. La participación de ellos en Hidroakabí fue fundamental… ¿De quiénes, precisamente?, inquiero, de los que mataron a Pablo Escobar, me aclara Daniel, de tajo, pero los modos de contratación y elaboración del proyecto que emplearon atendieron a un contra-plan que va a parecerte siniestro, más siniestro aun que las expropiaciones con que se limpió esa zona.

Expropiaciones y masacres, aclaro.

Como quieras, eso también era parte de la guerra. Tú dices en tu carta que para nosotros hay víctimas humanas en la empresa antropocéntrica, y que los rituales de muerte salvajes no son distintos, solo que son sagrados. Concedido. Ese pasaje que escribiste sobre la necesidad de volver a los sacrificios humanos con un sentido de amor es muy convincente y conmovedor. Lo estamos estudiando. Pero, por el momento, justamente, ¿cuál es el sentido de todo esto, quién se va a

quedar con los frutos de ese negocio, Julián, o sea, de Hidroakabí? A mí eso en verdad no me importa, yo soy el último que recibirá algo, aunque ese algo sea, en cualquier caso, cosa ya asegurada, mi ganancia fija. Como te he dicho, el capital es uno solo, y los diseños previos de todo el proyecto fueron inicialmente estructurados por mí y otro par de socios como parte de un plan incluso mucho mayor que Hidroakabí, un plan que contempla el uso masivo de energía hidráulica en toda América Latina. En este caso puntual, que de todas maneras es gigantesco, algunos contratistas y algunos administradores pensaron que se podía hacer una jugada maestra, pero desquiciada: sabotear la represa desde sus bases, hacerla fallida desde el comienzo de la construcción, para que EPA quede tan endeudada que deba ser vendida y nosotros en tanto individuos tengamos una ganancia mayor.

¿Eso qué quiere decir?

Quiere decir…

¿Hacer la represa mal, para que se derrumbe, sin importar los miles y miles de muertos que pueda haber?

Exactamente. De hecho, la reconstrucción de los pueblos y carreteras y las ayudas humanitarias serían también otro negocio redondo, y ya lo están cerrando.

… Daniel… Esto… Hermano, ¿y le vas a decir paranoico a uno después de saber que alguien puede hacer cálculos así?

Una cosa es sospechar y otra saber.

¿Y vos no te opusiste?

Yo he guardado silencio. La parte mía en el diseño ya solo tiene que ver formalmente con una evaluación técnica de recursos, es como una auditoría, y todo se ve limpio, o, es decir, todo está legalizado. Pero claro, esa labor ya es algo muy procedimental. En el fondo, estoy enterado de cada irregularidad, pero lo que te estoy contando no se lo podés decir a nadie porque yo tampoco tendría cómo comprobarlo.

Huy… ¡Uish!

Aquí entrás vos.

No sé cómo. No quiero.

Juli, yo coseché mi primera fortuna asesorando a unos cultivadores judíos riquísimos en Israel, los amigos del papá de una novia que yo tenía en ese tiempo, Debbie Epstein. Todo fue por casualidad. Yo la conocí a ella, comento, era bellísima. Me inventé un sistema de riego muy sencillo pero muy útil, me cuenta mi hermano, mediante el goteo de agua, que les dio a mi suegro y sus amigos ganancias impensables, incalculables todavía hoy. Produjimos frutas tropicales de primera calidad en el desierto, papayas, bananos, aguacates, lo que querás, piñas, mandarinas, de todo, y más cosas. Hasta ganado excelso terminó engordando allá. El éxito fue inimaginable. Pero mi mayor provecho fue el prestigio mundial. Un prestigio entre bambalinas,

claro que sí, solo entre los entendidos. Por ejemplo, algo así es lo que queremos hacer en Marte, en la luna, claro que de modo mucho más avanzado y complejo, integrado a muchas disciplinas. Primero hay que crear una atmósfera rica en oxígeno, pero en esas estamos. En fin. Yo había viajado todo ese año a Israel, al norte de Israel, tenía apenas veintiséis años, no había salido de Prolepsis, y vine a pasar las vacaciones con ustedes. Yo recuerdo, me sincero con mi hermano, cuando llegaste yo ya estaba más alto que vos. Sí, y salimos de paseo a Melgar, me los llevé a todos, dice Dani. Yo tenía los mejores mapas, era a fines de los ochenta y no había conexión satelital tan fácilmente, pero también tenía ya mis aparatos, vos tal vez recordés, y creí que podíamos tomar un atajo… Nos metimos en los dos carros por las montañas de Caldas para llegar rápido al Tolima, yo iba examinando cada encrucijada, pero de pronto estábamos perdidos, perdidos de verdad. Pasamos un rato pensando por dónde retomar el camino, Ángela estaba roja del cansancio por manejar desde la madrugada, todo el día había hecho un calor infernal, llevábamos horas y horas conduciendo, la abuelita estaba casi inconsciente… Empezó a ocultarse el sol, yo ya tenía verdadero miedo de la guerrilla que tenía un frente por ahí, pero no le decía a nadie, solo papá sabía, y de pronto vos, que no decías nada, que desde el principio no querías venir al paseo, que siempre rechazabas mis iniciativas, dijiste ¿ahora sí me vas a hacer caso?, yo sé cómo salir. Me pediste ir conmigo adelante y empezaste a guiarme: por aquí, decías, por aquí, allí a la derecha, allí a la izquierda. Sin ninguna ayuda, con decisión, como si lo supieras desde antes, como si supieras el camino. A los cuarenta minutos llegamos a la autopista principal, o sea: estábamos en la puta mierda, y yo de ahí a donde nos llevaste ya no me salí ni de riesgos. Yo sé a la perfección lo incomprensible y asombroso que fue eso que hiciste, lo sé mejor que vos mismo. Un verdadero imposible. Mi mamá gritaba de la alegría, le había vuelto el alma al cuerpo, cuando llegamos a Melgar, mi suegro y mi papá brindaron por vos, y la abuelita me llamó y me dijo cosas muy impresionantes sobre tus facultades. Eso no se me va a olvidar nunca, y todavía se me hace escalofriante. Pero de cierta manera, a mí no me extrañaba mucho el que fueras capaz de hacer algo así.

Yo como que me olvidé de eso, le digo.

No importa, me parece natural que no lo recordés. Ahora hay unos valores que te voy a pedir que concluyás por nosotros sin necesidad de calcular. Estamos en un lío y no sabemos cómo salir de ahí los que queremos que Hidroakabí quede bien. Como te decía, la disensión en EPA es secreta, es peligrosa, determinante. De hecho, entre nosotros mismos nadie la reconoce. Es una cosa muy sucia, en la SIM unos cuantos estamos enterados y metidos hasta el cuello, pero se habla en

voz baja y no hay registros de nada. Obviamente, yo hago parte de los que pensamos que la represa debe ser útil y que EPA debe ser de una Antioquia que proteja su futuro.

Disculpá, ¿me estás pidiendo que colabore con el proyecto de Hidroakabí?

Te estoy pidiendo que lo hagás de la manera en que solo vos y más nadie puede hacerlo. La recompensa será proporcional y merecida.

Daniel… Ja, ja. ¡Esto es ridículo!, exclamo.

A la cafetería entra una anciana que se dirige velozmente al mostrador. Ya es de día, pero a esta hora debería estar oscuro. La vieja, espaldona, pequeña, de cabello corto, liso, gris, vestida de luto, se mueve sin problema, pide un chocolate y una almojábana. Pienso en Verónica. Necesito volver, mirarla como tantas mañanas en casa, embelesado en su cabellera dispersa, esperar a que se despierte, su gesto en paz de bailarina flotante, necesito contarle todo arrodillado en la cama, o simplemente quiero reírme de esto con ella y llorar con ella, pero no lo haré, porque Daniel está aquí conmigo contándome cosas inaceptables y Verónica no se merece el saber, o sea el sufrir por presiones de esta índole.

¿Vos te has preguntado lo que sucedería si de pronto el país perdiera tan solo el veinte por ciento de su capacidad energética, Julián?, me interpela Daniel.

Yo no respondo nada.

Tendría que haber un racionamiento sostenido. No solo muy grande, sino además grande y sostenido. Eso es lo que pasaría en Colombia si Hidroakabí no se hace, o si fracasa. La población crece todos los días, la demanda de trabajo es mayor y, por lo tanto, también la demanda de producción sube, crecen las necesidades tanto o más que la población, y así entonces los recursos amenguan a cada instante. Hidroakabí es indispensable. Por supuesto, el peligro frente al que estamos es así de enorme como lo es de difícil y de costosa la obra. Nada más piensa, ¿quiénes serían los primeros afectados por ese racionamiento? ¿No has pensado en eso nunca?

La verdad, no.

Hay que hacerlo. Los primeros afectados serían los pequeños negocios, la gente del común, el tendero, la señora de la papelería. Muy rápidamente habría también miles de desempleados por las pérdidas de la industria. Jairo, el esposo de la empleada de nuestros padres, que trabaja en Productos Molina, fácilmente se quedaría sin puesto en cuestión de semanas, y los afectados serían también sus hijos, sus hijas. Para no entrar en detalles, de rebote, a continuación, la salud y la educación sufrirían también y, a los meses, los precios de todo subirían hasta donde no te lo puedes ni siquiera imaginar.

Perdón te interrumpo, Daniel, cuestiono a mi hermano, el

panorama es fatal, sí, ¿pero acaso no hay contingencias peores que afrontamos con valentía, solo porque sabemos que nunca habrá un paliativo?

¿Así como si nunca hubiéramos tenido la oportunidad de hacer algo?, dice él, ¿así como si el río Cauca y el cañón del Akabí no hubieran estado nunca allí? Resignarse desde arriba es muy fácil, Julián, cuando lo tenés todo resuelto. Esos argumentos son la típica solución del idealista acomodado.

No, señor. Tienen que ver con una filosofía, por cierto, muy seria, de renuncia y austeridad verdaderas, pero además tienen que ver con visiones prácticas de las que ya les hablé a ustedes en la carta.

Realmente, más allá de la sabiduría que Selnich nos ha revelado en los pueblos ancestrales, tú romantizas a los indígenas. ¿Creés que ellos no necesitan hospitales, que no necesitan neveras para sus alimentos, luz para sus casas o Internet para estudiar? Tú mismo sabes bien, Juli, que ellos dicen que lo primero en la vida es uno mismo. En esa negación de los falsos escrúpulos morales coincidimos plenamente.

Varios de ellos, respondo, tal vez muchos, creen ya que necesitan de todo eso que decís. El capitalismo ha terminado convenciendo a algunos indígenas de que ideas como dejar que las plagas tengan su lugar y pasen y se lleven lo suyo son ideas supersticiosas, solo porque no sirven a la producción inmediatista. Pero hay blancos o mestizos, como yo, como Selnich y muchos otros, y afros y amazónicos e indios maya, e hindúes y nativos o colonos de Australia y de Alaska y Nueva Zelanda, y otros europeos y gringos y asiáticos conscientes, que saben que de lo que se trata en estos momentos es de volver, o mejor digamos, llegar nosotros a un estado de convivencia con el entorno que exige el aceptar lo que ustedes llaman pobreza, mucho de nuestras ignorancias, e incluso la enfermedad y la muerte.

Estás a un paso de decir que lo mejor para la sociedad sería no vacunar a nuestros hijos, ¿o me equivoco?

No sé, Daniel. También creo que pecamos todos de extremistas, tal vez, al pensar yo que vos equiparás el desarrollo con sus excesos, o al pensar vos que yo niego los valores de una mirada científica. Pero no te puedo negar que el conocimiento de lo intangible conduce a una mirada todavía más desapegada del mundo y tal vez más cruel que la de ustedes, científicos y ejecutivos que tampoco es que consideren mucho las consecuencias de lo que hacen ni los muertos que ya han provocado en su bendito proyecto.

Hidroakabí, si queda bien hecho, no tendría sino consecuencias positivas.

Daniel, hay el riesgo permanente de que el embalse se desplome, no solo por el modo torpe o vil en que lo están haciendo, sino por definición. Las previsiones más optimistas, según le oí al actual

gerente de EPA, hablan de una probabilidad en quinientos años, pero eso ya quiere decir que en algún momento eso llegará, por no decir que puede ser en tres años, o esta tarde. El desarrollismo, empeños heroicos y admirables como incluso el generar energía con reactores nucleares, que supuestamente son más limpios y mucho más eficientes, eso es lo que Florent Marcellesi ha llamado muy bien un jugar al aprendiz de brujo, hermanito. No importa si las catástrofes de Fukushima o Chernóbil pasan pocas veces: con que pase eso una vez es fatal, y sus consecuencias todavía no terminan de sentirse. Pero por encima de todo, y qué vergüenza tener que insistir en esto, ¿cuántas masacres no mandó a hacer Uribe en todo el cañón del Akabí, como en El Hoyo, en El Corralito?, se habla de varias decenas de incursiones de paramilitares y el Ejército Nacional en que hubo matanzas y expropiaciones y un desplazamiento masivo en todo ese territorio justo en los días en que se estaba definiendo la licitación, Daniel. A Jesús María Valle lo mataron por eso, por hablar de esas responsabilidades. ¿Vos creés que, además de las muertes, tanta destrucción no tiene consecuencias graves, por ejemplo en el desempleo, en la reproducción de la miseria, por solo hablar de lo más evidente? Me parece entender que llegas a aceptar lo que yo sostengo, que el desarrollo tiene sus víctimas sagradas o irracionales, pero yo no quisiera creer que lo aprobás y que condescendés con esa hipocresía y ese sadismo. Por lo menos debés aceptar entonces, si es cierto que no manejás escrúpulos morales, que cuando a un individuo el desarrollo lo vulnera, su respuesta legítima sea oponérsele del mejor modo que encuentre. Amigos míos fueron testigos del modo en que los empleados de la concesión recomendaban a los representantes de la comunidad quedarse callados “porque los muertos no hablan”, les decían, “recuerden que para nosotros todo son números, quitar y poner es lo más de fácil”, con una sonrisita, “lo nuestro es sumar y restar, ¿sí entienden?, sumar y restar”, y a los días caía uno de esos representantes, caían dos, tres, los sicarios iban hasta donde ellos estaban barequeando, los mataban delante de su hijita, yo conocí a Rufino, les ponían carteles de desprecio sobre los cuerpos para terminar de aterrorizar a la gente… Lo peor de lo peor ha pasado allá, Daniel, ¿y me estás pidiendo qué?

Juli, eso iba a pasar de una u otra forma. EPA no tiene nada que ver en eso, tenlo por seguro, te lo digo yo. El mismo Uribe no tiene realmente nada que ver en eso.

Jua.

Me restriego la nariz con ira y las imágenes más grotescas en mi mente.

Recordá que todo el cañón del Akabí estaba infestado de guerrilleros, argumenta mi hermano mayor, y desde que te conozco,

todos tus amigos tienen vínculos no muy santos que digamos, incluyendo a ese cura maneado.

Un sabio, Luis Antonio Álvarez.

Sí, Julián. Vecino de Medellín, como vos y como yo. Las guerras son parte de un proceso muy intrincado y extendido en el tiempo y el espacio, güevón. Además, vos no sabés el poder que tiene el paramilitarismo.

Claro que lo sé, Daniel, porque apenas lo puedo intuir: un poder indecible.

Al contrario, cabe en una sola palabra: sencillamente, ellos tienen todo el poder en Colombia, lo tienen todo, sentencia Daniel. Pero a nosotros no nos incumbe en lo más mínimo lo que tiene que ver con esa degradación de los procesos, nosotros miramos más alto, por eso te proponemos algo que es necesario proponerte y esta consulta se la he hecho saber hace un par de horas a dos personas clave en la construcción de la represa, vengo de hablar con ellas, los que están conmigo en medio de todo esto y tienen la responsabilidad sobre unas decisiones técnicas muy puntuales que definirían si el embalse se revienta, como quieren algunos, o funciona, como lo necesita toda la nación, y te lo anticipo: cualquier decisión va a costar más de un muerto. Desde luego que, si decís que no, no puedo forzarte. Lo que debés tener claro es que al negarte me dejarías a mí en la organización y a todos en Antioquia muy mal parados.

Daniel se echa atrás en la silla, mira a lado y lado. Me pregunto qué será para él quedar muy mal parado en la SIM. En la cafetería ya hay más movimiento. La vieja espaldona está inmóvil en su mesa, pero las dos empleadas se han puesto en acción y hablan de lo temprano que está y lo tarde que parece que estuviera. Sin embargo, en el cielo vuelven a cernirse densos y gigantescos nubarrones que se mueven visiblemente, y en la calle está venteando de nuevo, los árboles se agitan, se doblan un poco, lentos, y se vuelven a enderezar. Los gatos se han acercado, uno que es negro con manchas blancas se sienta en el banco a mi lado, otro, atigrado, pone su patica en mi zapato, el tercero, del todo blanco (una gata, se ve, de ojos azules), se echa al pie de Daniel.

No comprendo qué puedo hacer yo para ayudarte, hermano, por Dios, te lo juro que no.

Es fácil. Para ti es muy fácil. Estamos haciendo procedimientos que deben de contrarrestar continuamente el sabotaje. El control numérico debe jugar con variables impredecibles, por el poder del río, a veces a la velocidad del rayo, tan pronto nos percatamos de un dato perjudicial, y todo termina por ser tentativo. Lo que debés hacer es esto: en el momento en que te llegue un mensaje de Poll, el consorcio digital que acaba de absorber a Google, debés responder un cifrado

aleatoriamente, tal como lo veás en tu mente, me dice Daniel. Eso será nuestro decimal sumatorio, y listo, se ocupó el intervalo.

Esto es lo más delirante que yo haya oído y vaya a oír en mi vida, le contesto.

También valen letras, cualquier símbolo. Poll lee a la velocidad de la luz y decodifica o integra todo símbolo. Es lo único que va a salvar al proyecto, Julián, de eso puedo dar fe. Podés mandar hasta fotos, silbidos. Vos verás.

… Madre mía.

Atrevete, por favor. Ya lo consulté con ella.

¿Con quién?

Con nuestra madre.

¿De verdad?

Daniel se ríe nerviosamente, mira el reloj.

Antes que con cualquiera, asevera, y añade: Juli, estoy más seguro de lo que te estoy proponiendo que de lo que pueda haber estado en la vida con respecto a cualquier otra cosa. Yo ya me tengo que ir. Pero escúchame bien, hermano. Vos me has dado pruebas suficientes de ser el Justo. Sos un visionario. Desde que éramos niños me has provocado crisis terribles, aún hoy mismo me sacudís tremendamente. Yo he ido al psicólogo únicamente por vos, por lo que me ponés a pensar y me hacés sentir. Pero sé ya muy bien que este es el momento en que nuestros saberes pueden cruzarse, no como ninguno de los dos quisiera, sino como el ecuador precisa.

¿El qué?

Otro día te lo explico mejor. El ecuador. Tiene que ver con lo que decías del Axis Mundi, y del planeta vivo, la coronilla de los labios. Hay conocimientos que pueden fundirse de modo muy bello, Juli, pero no romanticés más a la vida sedentaria.

Creí que esa vida sedentaria había sido el comienzo de la civilización.

Bueno, hablo de tu misticismo.

¿Y no es mi misticismo el que te funciona ahora?

Sí, pero porque lo que ustedes llaman la madre tierra, en este momento, solo somos nosotros dos. Hay habitantes del día y habitantes de la noche.

Yo me quedo sin palabras. Cierro los ojos. Unos dedos me acarician la oreja. Oigo la voz de Ángela: tranquilo, tranquilo.

Tu misticismo, Juli, el tuyo y el de unos cuantos, muy pocos, dice Daniel, no es el misticismo de la gente común y corriente, ni siquiera el de los viejos profetas. Es una visión que ni vos ni yo controlamos, no es ni siquiera difusa, tiene que ver con el más profundo azar y sobre todo con el carácter positivo de la conciencia, es decir, con un peso específico que es apenas remanente.

Es solo un sueño hembra, Daniel, me resuelvo a intervenir, el viaje al mediodía. Él emite un sonido de admiración. La vida está en Otraparte, y no sabremos el fin de nuestros afanes.

La anciana que desayunó cerca nuestro se acerca a Daniel con una servilleta engrasada en la mano, le dice que le ponga cuidado al celular y al auricular que mi hermano hace rato puso al borde de la mesa, distantes. Él le dice que sí, que ya sabe que los aparatos están ahí. Luego la mujer se sienta en nuestra mesa, al lado de Daniel, como si nos hiciera compañía, y comenta: yo no voy a estar siempre ahí para avisarle, y se sonríe.

Por eso mismo, Julián, responde mi hermano, sin importarle la presencia de la vieja, porque estamos en Otraparte, no importa quién muere y quién vive, la vida siempre es ahora. Así termina tu carta, por si se te olvidaba. Lo que importa, sigue él, es que el conocimiento al que hemos llegado los hombres se amplíe. El resto son solo manifestaciones de la vida, y todos nosotros somos algo así como soldados. Y vos sabés que hay soldados de mar, soldados de aire, de tierra. Y que hay rangos entre los soldados. Pero no somos ni más ni menos que soldados. Soldados de nuestra libertad.

No es igual, señalo. Según eso, lo de menos sería la tal nación favorecida por Hidroakabí, porque a ustedes nadie les importa, sino solo que su empresa interespacial crezca y todos los recursos sean aprovechados por ella.

Hay algo más, dice Daniel.

Yo me levanto, me estiro. Ya tengo calor. ¿Qué es eso más?, le pregunto a mi hermano, sofocado, de veras cansado de todo esto. Ahora hay más gente en la cafetería. La señora se levanta y se va. Los gatos la siguen, primero el atigrado, luego los otros, se pierden cada uno por su lado.

Vos naciste como nacimos todos, Julián, y uno no sabe por dónde salta la liebre. Lo estás haciendo muy bien. A la humanidad no podemos reprimirla, hermanito. Cada individuo es contingente y debe lidiar con este mundo, pero a ese que emerja, al que se imponga, a ese hay que darle su medalla. No sabemos quién cabalgará la luz en el futuro. Estamos en busca de hologramas conscientes, que cobren vida. Y aquellos que hayan descubierto la cura del cáncer tienen ya su dosis asegurada en caso de enfermarse, aunque para el resto de la gente el remedio sea inalcanzable. Mira que digo "aquellos que hayan descubierto la cura". Todo esto es una red, Juli.

Yo solo miraré en segundo término, tranquilizo a Dani con un susurro inaudible, cuando me llegue tu pedido, oigo una palabra y te copio de inmediato lo que piense, sienta o vea. Basta con mirar a un ladito del foco, y la voz te habla.

Mi hermano se pone de pie. Bueno, Juli, exclama, me marcho.

Se estira.

Nadie está aquí sin la ayuda del otro, asegura. Se acuclilla y amarra los zapatos que se había desamarrado. Se mete bien la camisa, se recompone, se arregla el pelo. Se acerca y me da una palmada en la espalda. El celular no está por ningún lado, ni el auricular.

Ya me dirás tu decisión, termina él, como si no me hubiera oído ya. Si aceptas, y no te cuesta nada aceptar, ten por seguro que nadie te va a volver a molestar en la vida, ¿quiere decir que falta por confirmar mi intención ya expresa de sí ayudarlo, que hasta no ver no creer, o que debemos hacer como si esta conversación nunca se hubiera dado? Se me acerca, me dice en voz baja: yo sé que has sufrido mucho, pero dime: ¿crees que alguien se ocuparía de defenderte, distinto a mí?

Me acaricia la cabeza, con fuerza, y dice: Saludos a Verónica, ya lo peor pasó, y se va.

¡No me digás!, le increpo con la voz golpeada, pero en voz baja, sin mirarlo, para no hacer escándalo: ¡no jodás, ¿y a ese niño que vi morir, y a Clara, quién los va a resucitar?! Él se devuelve, paso a paso, me mira con toda la gravedad que merece el asunto.

Nosotros no tuvimos nada que ver con eso, afirma, sino la escoria. Yo solo me he enterado de lo que te pasó yendo a La Unión por lo que vos mismo me contás, Juli, y vas a tener que creerme. Me ofrece la mano como para cerrar un trato y dice: te lo juro. Yo se la estrecho maquinalmente y él me abraza. ¿Sí viste cómo la señora se llevó el celular?, me pregunta, cabeza con cabeza, en un suspiro. Yo también estoy vigilado, me explica, y no sé si esto es parte de la vigilancia o no, yo solo sé cuál es mi rumbo. Pero recuerda bien, me canta al oído: el pecado no existe. Hasta luego.

Se va rápido, contoneando las nalgas, como todos en la familia, y deja caer sus llaves, de nuevo, como siempre que hablamos, desde que me conozco.

Yo no las recojo. Me quedo sentado un rato. Van a ser las seis. Ahora está lloviendo parejo, sin viento, no es un huracán como el de la noche que acaba de pasar, pero por un amplio e inexplicable boquete en las nubes el sol me da ya directamente en la cara, me encandila. Un empleado ha encendido el televisor. Se ve un templo de piedras carbonizadas en medio del monte, un mama de la Sierra Nevada hablando. En un subtítulo aparecen las palabras: “Los incendios son deliberados y tendrán graves consecuencias”. Me recuesto en la mesa, terriblemente fatigado. Recuerdo al niño rinoceronte que no sabía hacia dónde correr cuando unos cazadores mataron a su madre, y huía, se devolvía a donde su mamá muerta, en un pausado y acelerado semicírculo, huía, se devolvía. Recuerdo al ternero que buscaba la teta de su vaca y no podía chupar porque una pequeña lámina de material acrílico colgando de una nariguera se lo

impedía, miraba para todos lados, preguntándose quién le jugaba esta broma, confundido, con hambre de afecto. Me levanto, tomo los documentos de la maestría que estaba leyendo, compro una botella de agua y un banano. Más tarde vendré por mi café sagrado. Las noticias hablan de un nuevo virus que se propaga inquietantemente desde China. Me devuelvo a donde Verónica, ya debe de estar por despertar. No es por gusto que he estado tan lejos de ella.

Voy cansado, voy muerto, como se dice, pero camino con la frente en alto, como anestesiado. Los gritos de la madre del niño asesinado en La Unión no me abandonan, siempre vuelven de modo inesperado, pero recordarlos tan nítidamente y describirlos los ha avivado, me hacen sentir depositario de algo que no atino más que a relacionar con una responsabilidad nueva que solo sé ubicar, por el momento, en la ayuda desquiciada que le he prometido a mi hermano.

Al entrar, veo que en la habitación, al fondo, hay alguien más.

Verónica sigue profundamente dormida. La otra mujer, vestida de negro, mira por la ventana un espléndido arcoíris mientras se come una manzana verde. Me acerco a ella, sé bien quién es. De corta estatura, de tacones negros, cabello corto, hasta el cuello, ensortijado, medias de malla negra, caderas amplias, falda negra hasta las rodillas, un saco negro, senos protuberantes bajo su ligera blusa de nailon gris fosforescente, no repara en mi presencia. No hay rastros del accidente que pudo haberle costado la vida. Clara, ¿eres tú? Me mira con sus tristes ojos negros, una espesa gota de sangre le resbala desde los dulces mechones que presiden su frente y baja por la sien y la mejilla. Vuelve a mirar el arcoíris, le da otro mordisco a la manzana. Verónica continúa dormida. En la mesilla del desayuno que le han traído a mi esposa están también el celular y el auricular de Daniel, y sus llaves. Yo dejo en una repisa mis documentos, mi tarjeta de acompañante, mis monedas, mi celular barato, las llaves de mi casa, y atónito me dejo caer en el sillón, me desabrocho la correa, al lado de Verónica, que ronca. Estoy respirando entrecortadamente. Clara se acerca paso a paso, se agacha y me besa, me besa con amor, me mira con deseo, me dice, pasito: “Somos los Justos, y confiamos en ti. Ya estamos de vuelta”, se marcha caminando sensualmente, desplaza con suavidad la puerta corrediza de la habitación privilegiada que le han dado a mi mujer.

En la mesilla, al lado del desayuno y el celular de Daniel, encima de sus llaves, ha apoyado el hueso de manzana untado de labial rojo. A mi lado percibo el musitar de la sirena que duerme… Verónica, Verónica alza la mano, como en la habitación del hotel en Cuba, está hablando en sueños, su pecho se enarca, agita la cabeza, respira en un estertor, sus párpados titilan, sus ojos se entornan… Acerco mi oído a sus labios, y ella apenas pronuncia débil y angustiada, pero

claramente: “¡Lombriz le gana a ratón, abuelita, lombriz le gana a ratón…!”.

De golpe despierta, me mira con los ojos muy abiertos, me abraza clamando: “Que sea niña, mi amor, que sea mujer, ¡que sea una hembra…!”.

Capítulo 11

Diablesas sin querer

–Veloz, con pausas–

Tú eres hijo del pecado
Yo soy hija del pecado.

Akiko Yosano

Verónica

Muy bien, ya se ha ido. Este delegado de Belcebú al fin se ha apartado de mi vista y ahora solo me queda regresar al cubículo adonde la misma enfermera que se llevó a Julián para sacarle unas radiografías lo devolverá en unos instantes, según me lo ha informado puntualmente el propio Daniel, este mismísimo cuñado mío, luego de "una cirugía que ya lo preservará de todo mal hasta el fin de los tiempos, si él consigue cuidarse de accidentes".

Hundo el mentón en mi pecho, tratando de mirar al frente, con maldad… La idea es que yo entienda algo más que sus palabras y asuma algo más que los hechos. Pero basta, basta ya.

Basta de tormentos y de humillación en mi vida, basta de ansiedades innecesarias. Todo ha sido muy claro, sumamente claro. Ni modo de pensar en acuerdo con aquella estrambótica noticia y todo lo demás que el infamante hermano de mi esposo me ha comunicado. Sí, lo ideal sería que Julián me encuentre allí, en el cubículo, como si nada más hubiera pasado desde que se lo llevaron, pues, en verdad, no hay mucho más por hacer sino solamente irnos a casa juntos y descansar juntos. Veo una imagen que se refleja en la pared proyectando de frente mi mirada maligna, como esos conocidos rostros del cine de Kubrick, el de Álex ultraviolento y violador al comienzo de La naranja mecánica, Jack Torrance poseído por el poder de matar en El resplandor, un marine despojado de su débil humanidad en Nacido para matar. ¿De dónde me graban con una lente

de teleobjetivo en esta penumbra del alba y cómo proyectan sobre la pared la imagen para hacerme ver que estoy más que vigilada, dominada? No me importa, y nada me asombra ya. Les alzo el labio sin pensar, les muestro los dientes sin querer. Búsquense a Putin, hijos de puta, ni a él me le arrugo, pronuncio sílaba a sílaba. Mañana será domingo –ya es domingo–, en principio diría que podré pensar mejor, sola en esta nube, lo que acabo de oír y vivir, las parrafadas que me acaba de soltar ese hombre a lo largo de horas y horas y horas condensadas en un terrible minuto que para mí no pasó nunca, que ni siquiera se vio, que fue como irse sin ser vista, un parpadeo, o sus respuestas alucinantes y diabólicas, pero incontrovertibles, que dio a mi única e inocente pregunta: ¿y yo qué debo hacer?, nuestro insólito viaje previo bajo el cielo antioqueño, siempre de día, y todo este domingo habré de mirar con cautela el modo de proceder de mi compañero, el cómo de su reacción en esas primeras horas al procedimiento, sea cual sea, por el que acaba de ser transformado sin que nadie lo supiera antes, es decir: del que no sabíamos ni él ni yo, su pareja, y así, sin que se nos haya pedido la mínima autorización, y del que yo misma no sé ni siquiera bien en qué consistió, y Julián mucho menos. Ese cómo influirá la cirugía de a poco en su ser, o abruptamente, y en su actuar durante los próximos días y semanas, si algo se desatará en él o no, es para mí una incertidumbre que por el momento parece frenarme ante cualquier otra decisión que quiera tomar de irme o de no irme, de dejarlo o no, de labrar mi fuga o conquistar una resignación acaso oportuna. Lo único que Daniel me reveló al respecto es que todo va a estar bien de ahora en adelante si ambos cooperamos con su grey de reyes pastores, y yo me niego a atar cabos, me niego a deducir que ahora Julián, luego de meses largos, de años, en los que me ha afirmado que es perseguido por entes sin cuerpo y sin edad, y objeto de temibles aunque inocuas experiencias paralelas en el tiempo, es ahora un ser vivo protegido (o capturado) por una ciencia superior, solo sé que eso es posible. Es como si, en cualquier caso, nos hubiera sido dada o concedida la calma, una protección ante amenazas insospechadas, impensables.

Así es la cosa. Me parece oír a Julián cantando: “You take it or leave it”. No hay nada que decir. Pero justo esta condición me pide respirar, hablar conmigo antes de volver a él.

Hay paz en el pasillo silencioso. Han pasado médicos, monjas, secretarias, en el amanecer.

Tan pronto se marchó Daniel, la realidad se disolvió en lo que era desde el momento anterior al insólito trance en que todo entró cuando salimos de Urgencias y luego de un sinfín de peripecias arribamos a la cafetería de El Escapulario encendida en luces y fuegos de colores. ¿Esto que me ha sucedido es como el diálogo que tuvo Julián con él

en la otra clínica, El Bosque, del que mi marido nunca quiso darme detalles, cuando yo estuve allí recluida, a mediados de marzo? Yo tampoco podré decirle mucho de esto a mi compañero de vida, a mi socio, como insiste él en llamarme a mí, su socia, sin romanticismos, si es que al fin me decido tal vez a contarle que Daniel y yo hablamos mientras le tomaban a Julián unas placas. No sé si lo haga. No sé nada. A mí su hermano me ha hecho saber cosas que son suficientemente transformadoras, pero me las ha confiado para que las conozca y no necesariamente para que las divulgue, así sea solo en la intimidad, aunque tampoco creo que le importe mucho si se las digo a alguien, a cualquiera, a todos, o a nadie. Él sabe que yo, si quiero pensar en mí, no se las voy a decir ni a mi conciencia, pues, entre otras cosas, ni yo las comprendería. También sabe Daniel, claro que sí, que yo no ignoro ni menosprecio el evidente hecho de que él se percataría de lo que yo haga: que se enterará si divulgo y se enterará por igual si no divulgo lo que ahora sé. Él entiende, antes que nada, la verdad invisible que para mí supone el saber que, si él lo sabe todo de nosotros, ya eso yo no puedo ni podré ignorarlo nunca, conoce –mejor dicho– que solo voy a actuar en lógica, usar estos datos a mi amaño, para mi beneficio, si se quiere, sin duda que sí, y por eso su obvia esperanza es en mi inteligencia, o en lo que él seguramente cree que es mi inteligencia, semejante a un instinto por sobrevivir. Me siento como en la canción que me compuso Julián, llamada Paranoia. Esto es una jugada tremenda en la que yo quedo muy bien situada, determinada, gracias a todo lo que ellos habrían detectado, algo así como perfilado de mí, y sin duda podría parecer que las circunstancias me llevarán a moverme tal y cual como resulte necesario si quiero conservar mis privilegios. ¿Pero no se estarán excediendo los reyes en su confianza? ¿No cuentan con arranques impredecibles de locura en el sujeto –en mí–, con posibles enfermedades del afecto suyas, con decaimientos, estados de pánico, búsquedas suicidas o simples sentimientos de dignidad, de libertad personal? Me ha hecho ver mi cuñado que el mundo va por varias pistas y al marcharse de la cafetería hacia el parqueadero fue para mí, en esta mesa, tal y como se pasa en el cine clásico desde el relato a los recuerdos, o como en Milagro en Coma, la película de nuestro amigo Libardo Duque, cuando viajamos del presente al futuro y, mientras una imagen se desvanece, la otra, en el mismo lugar, años después (un santuario de frailejones ya crecidos y florecidos), hace como si tan solo saliera del agua y se establece fija y sólida bajo tus pies, ante tus ojos. Aquí las vitrinas luminosas, con títeres cantantes de coros inocentes entre aires de flautas y electrónicos teclados matinales, se esfumaron, y solo quedaron las paredes rugosas y no azules en la penumbra del pasillo de El Escapulario. Todo había sido un sueño desde la salida de

Urgencias, pero en mi memoria es todavía una realidad efectiva que dio paso después a la misma realidad de siempre, la misma que en sí confirma ser una simple posibilidad al fin y al cabo también cambiante a cada instante. ¿No es igual de sorprendente el paso del tiempo en cualquier ámbito que el cruce más violento y aterrador de la imaginación imposible con lo real inadvertido? De estas cosas que desde siempre sé apenas me doy cuenta ahora. Esta familia de Julián no es tan distinta en sus elementos como pueda parecernos a muchos y sobre todo a ellos mismos.

Pero ya el solo gesto de Daniel antes de salir del cubículo, cuando se estiró para recoger de la almohada de la camilla el preservativo anudado que yo había lanzado allí con furia, lleno del semen de alguien que podía ser Julián o no, y lo entregó al recaudo de una enfermera para que lo analicen con detalle, fue para mí señal de situaciones que aseveraban lo que hasta ahora me pareció locura o manía persecutoria en mi compañero de vida, y creo probado el que ahora deba tomarme más en serio esos relatos, porque antes me los traté siempre de tomar a broma o con total incredulidad. Y no es que yo tenga ya algo en claro, no hay mucho que sepa explicar. Por ejemplo, ¿qué fue lo que pasó con Daniel hace un momento? Yo no sabría nombrar esa situación. Por supuesto, si le describo a alguien el marco del diálogo que sostuvimos –o, prácticamente, ese monólogo, su sermón–, tendría que contar en el nuevo encuadre que haga con el marco del marco para que fuera creíble, pero tal vez con solo decir el contenido de su discurso hubiera para que, en lugar de que yo misma diera fe de lo que viví, simplemente le temiéramos, tal y como cuando estamos de cara a lo inexplicable y desmesurado de unos hechos crasos pero impenetrables.

La noticia es que, sí, voy a ser madre, ¿pero la realidad es la noticia?

Dejamos de buscar bebé hace solo tres meses. O sea que algo habría aún de procedente y de íntegro en el simple dato, que yo me esperaba, incluso con incredulidad, con falso temor.

Pero ¿a esto se reduce todo, todo, todo, y es más importante la posibilidad de que eso sea verdad que el modo en que esa posibilidad me ha sido supuestamente demostrada?

Aquí tengo (en rojo) la prueba que me dio para que fuera yo, como fui, a hacerla en el baño.

Habíamos salido de Urgencias casi a las tres de la mañana y era una ardiente tarde de sol. Desde luego que me di cuenta del cambio demencial, pero lo encaré con una alegría sin límite, que no me parecía para nada incongruente con los momentos horrendos que Julián y yo acabábamos de vivir. Daniel ya me había convencido de la trascendencia de nuestro encuentro sin necesidad de hacer más de lo

que ya había hecho: aparecer a esas horas de la madrugada, decir que el futuro de todos estaba en juego, entregar a la ciencia una muestra de semen. Ahora, en lugar de tomar el pasillo para ir a la cafetería, Daniel me condujo por unas escaleras adyacentes a la columna frente al cajero que separa los laboratorios de la entrada al edificio de dormitorios, un atajo que Julián me muestra mucho en sueños, y bajamos por esos sus escalones en caracol sin baranda, bordeando un precipicio sin término, por los que chorreaba un agua que gira sola, sin peralte, yo iba descalza, la bola negra de hule subió como siempre, saltando escalón por escalón, y Daniel la siguió, me dijo vamos, para atrás ni cogiendo impulso, y de pronto me tomó de la mano y saltó al vacío, por sobre jardines luminosos y cuestas de coposos bosques, y yo me fui con él, mirando casitas hermosas, casitas campesinas de colores vivos, también algunas más grandes, haciendas de dos niveles con sus huertas, con sus niñas jugando en el patio, sus perritos y gallinas, sus sembrados, las sendas polvorosas y las trochas sofocantes transitadas por caravanas de burros cargados en filas que giraban paso a paso por las cimas y bajaban al valle, esto es el territorio que ocupó luego Pablo Escobar, el Patrón, me dijo, papá y sus amigos se lo arrebataron, y viramos hacia el norte.

En la cúpula del firmamento hay una mesa de patas metálicas y material acrílico y dos robustas sillas de madera en las que nos posamos sin peso, abajo se ve todo parte por parte de lejos y de cerca, estoy yo lejana en todos mis momentos y mi encuentro con Julián, y está mi muerte. Allí empezó Daniel a contarme todo, a ofrecerme el otro lado del mundo, y yo adentro no me creía una sola palabra suya. Esas sus palabras dijeron con firmeza lo que alguien, no sé quién, no sé dónde, ha escrito en mi lugar, y ya no las recuerdo, ni las digo.

Isáfora

Marzo 18, 2015. Miércoles. 09 h 02 min.

¿Qué hay en todo lo que he escrito de distinto a lo que fue esa nuestra vida? ¿Qué hay que no provenga de mí, sino de todo, de todos, claro que sí, de todos y de todo, o de mí en un sentido muy parco, o muy engañoso, pero quizás el más cierto (eso no lo sé), una mediación definitiva, un tránsito en que la escritura lo define todo? ¿No represento la voz viva del universo expresándose aquí, en este punto, en este pedazo, cúmulo, constelación de trazos?

A esta hora precisa de la vida, Leona y Taimaz están muertos y no he querido entrar a clase.

Y Sebas se mató el lunes, el niño hermoso del grupo, el tímido que

me seguía, el bueno.

Yo qué ando haciendo en el mundo que no sea destejerme, me respondo con la letra.

Llevo más de una semana y tantos días de no pasar por el cielo blanco de mi diario, a importunarlo con ecos que nadie responderá jamás mientras yo viva (cosas que decimos hoy). Mientras rayo costras, dibujo entre nubes lo que pudo verse, o lo que tú ves, tal vez. Oigo una gata de la universidad en celo. ¡Qué historias esconde todo! Un teléfono suena a lo lejos, uno de los tiempos de ñaupa, y un tambor mbundu, vivos en la universidad, y un llanto de bebé gritón, río arriba con la red, y abajo, de las redes, y un zumbido en el aire, todo en la noche de mis días bajo este cielo azul y esas sus estelas de avión que juegan con la palabra guerra, con la palabra dicha, con la palabra muerta. Ese avioncito que el cineasta solo se puso a esperar y filmó mientras no filmaba nada. Esa llegada. No me hables, Marduk, no me encuentres. Yo hice la tarea, profe, pero después se la muestro, le muestro todo, tengo una inquietud que solo usted podría resolver. Vea pues, parce, todo lo que pasaba mientras yo vivía otras cosas y algunas eran cosa mía también y no las escribo sino hasta ahora y nada es ya, palabra cosa, sino una especie de distracción, de todas formas, no entretenimiento y nada más, señuelo, y al lado el rumbo. Qué rumba señora tan hija de zorra la que me metí el viernes en el parque Bukowski y me cuenta ese día de fiesta a punta de cerveza no más la Marianita y después ron que a los parceros se los levantó la tomba brava porque se metieron donde no era con la secreta. La rama es más vieja, empieza por mí, pero ella no sabe, la Marianita, no le conté, ni lo sabrá. Fue por mí que Leona, por mí, terminó trabajando con esa venezolana en webcam, porque yo le conté a la parcera hace más de un año que los del negocio me habían hablado desde el primer día que visité la U, en once, no había dado dos pasos cuando ya me estaban pasando el volante, ¿sí ves que sos una chimba?, así me dijo la mi leonera, yo sé, me le reí, pintadita, y fue de rebote (de chimba) que terminó ella dando en lo de las salas de belleza que yo desde el principio quise evitar. Yo claro que me hice unos centavos en la red, sobándome sin dolor, pero ella le comió cuento a una clienta y se fue de probona a putiar más en serio. Porque una cosa es mostrarse en un cuarto bien guardadita, sin que nadie mucho se dé cuenta en casa o donde sea, y otra es pelarle el culo a cualquier man en cualquier lado, por muy protegida que creás estar. Nosotras tampoco éramos ningunas santas y en el Parque del Polvo, desde décimo grado (hace apenas un añito y medio), nos parchábamos con el propio Taimaz a buscar extranjeros que le metieran a la locura con nosotros en Girardota o Santa Elena, eso no es raro ni es difícil. Las nenas que aparecían si uno se iba allá daban los quiebres de una cuando el Taimaz se sabía parar,

y el enganche eran la música y las pepas, ya sabíamos. De ahí para adelante, podía pasar lo que uno se imaginara. Podíamos invitar más manes y peladas y la pachanga da. Lo del sexo a la final era normal, no lo de menos, pero sí corriente, sexo sin mirar, como usted quiera, parte del programa, y cobrábamos caro. Obviamente que ya Leona y yo nos habíamos destapado y nos cuidábamos. Entre ella y yo, nada de manoseos, todo era por pasar chimba un rato con la gente y ya y una hasta se olvidaba. Fueron esos los días en que me les abrí, porque a ellos el juego les estaba gustando demasiado y a mí me parece obvio que ya iban era más por la plata, y así no es, por ahí no, si me sigues.

Así que muy poco luego a ella le contaba yo lo de las webcam de la U y ya nos compartíamos experiencias, hasta estuvimos en los grupos de WhatsApp de modelos, yo me salí rápido, y de pronto es ahora la Marianita el viernes la que me cuenta que ya la difunta Leona había estado hasta por Panamá y en el cuerpo diplomático y no sé qué más rollos. Yo creía que a mi amiga me la iba a encontrar en el Buko porque habíamos quedado de vernos días antes y así éramos, que sin cuadrar mucho sabíamos que por ahí nos encontraríamos en nuestras andadas esa semana, en donde la Trole, en Vayexta, en Griot, pero ahora no. No fue así más. Y el lío es que Taimaz y ella se habían amistado con un niño de buena familia que les propuso que le dieran techo unos días, un heroinómano, solo y nada más para que llamaran a su mamá –y esquizofrénico además– a decirle que lo habían secuestrado y cobraran bien alto, porque en su familia los tíos tenían plata hasta para botar.

Yo no sé para qué se ponen en esas, una cosa es desafiar a la parca, pero ese ser tan hambrientos no es lo mismo, eso ya no es más que miseria. ¡Oiga, y ellos que me decían loca, se asustaban conmigo y mis zafadas de leyenda! Ahí tiene lo que son las buenas costumbres del señor dinero. Bueno, esto es ya una historia y no más, hoy mis parceros están más machucados que ni pa qué, y el pirobito heroinómano entero, sin rasguño, recluido otra vez en una clínica de lujo para drogos de élite en Macedonia, Risaralda, donde estuvo Maradona de incógnito y se fue a los días, me dice Marianita, un veraneadero. Yo ya ni quiero escribir más. A Taimaz y Leona, que nos raspamos entrepiernados, los mataron a tiros en su propio apartamento del centro, uno detrás del otro, mis amores, frente al pelmazo que los metió en eso, les vaciaron el fusil, para que lo sepa, esto tan de cerca no me había pasado nunca, el mancebo ya seguro puede terminar hasta de presidente de la República de Colombia, y el salpicón me tiene con el corazón en un vuelco, ese día me enchuspé de una (me encerré, ma), me compré un cuartico de ron, ya toda ebria, y es para la casa de una vez, ya entendía por qué no volvió a salir nada en sus muros del Face.

El último tema que tiene Taimaz era para mí. “Good Girl”, de Cat Power. ¿Por qué? Yo sé.

Bueno, sin llorar. Así pasó el sábado, digamos que la experiencia es nueva, yo montando en cicla por toda la city, pasó el domingo, viendo películas que mencionaron en clase, leyendo unos documentos, pintando, una piensa, piensa, piensa, y llega el lunes la noticia.

Esa la historia única sí es la de Sebastián, y no, eso no es ni siquiera noticia, lo que más me interesa me alcanza, me toca y remueve, me hace y se rehace en este conjunto de signos que yo no elegí y que sin embargo logran ponerme aquí contigo, el compañero de clase que se mató en los baños el lunes pasado. Por ahí dicen que hay una cámara que grabó el balazo monolítico que te diste en el corazón del agua. Nadie sabe las razones que habrá él tenido, y yo me digo, lindo: ¿es que tiene uno que tener razones? Ponete a pensar en el contracampo singular del que habla Marduk. Como es de chimba la vida, a la final, vea una lo que termina diciendo en la U, claro que sí, para una matarse no necesita explicar nada, como es de teso esto, de loco, eso es más bien que vea, no vale ni la plata, no vale nada, si yo no entrara a estudiar, la cosa sería otra, por la gente: lo que importa es saber morir, como dice Octavio Paz, y tal vez desdecir de la distancia en el arroyo que nos lleva y se hace madre de arroyos en el mare, la mare, el mare que pare, que pare la mare. Es esto y ya, pues, nada de sufrir, gorroneas. En días, en momentos como estos, el parcerito se me acercaba con mera la flor en mi boca que ponía con la su boca. Ah, qué maricada. Me iba interrumpiendo mientras yo leía de qué callada manera o si dibujaba a los miquitos rascarse y se sentaba o se acostaba al lado, acomodaba la jíquera de almohada. A veces se quedaba dormido. Yo me le reía, pero no decía nada. Jugábamos a eso, a no decirnos nada. Y lo que supe ahora es que me dejó una carta. Parce, y la profe no me la quiere dar. Ay, parce, yo llorando por un hombrecito, por dos, por tres. Ella sabe quién la tiene y yo no hago más que llorar, dónde está, yo sé. Y miro al cielo, y oigo no lejos un violín y un clarinete ensayar sus partes para el quinteto en la de Mozart, hay un ibis que busca su comida entre la basura, y cierro los ojos y pongo la mano en la grama y la paso rozando las mis yerbas de un paso prometido que se avecinara en el instante supuesto de los duendecitos con que hicimos nuestro número, jabalíes, mofetas, percherones. Ay, profe. Mejor que no me dé esa carta, que no me la muestre, que no me diga nada. Estas ganas tan triple hijueputas de meterme un pase, yo tan bien de pura birra el viernes y los meses idos, de comerme ya una pepita de éxtasis, son lo más devastador que pueda sentir con un amor muerto de estos que nunca pasan, que llegan para quedarse. Necesito abrazarme a un oso monstruoso que me mate, acariciarme a mí misma, pero no me quiero, no me quiero ni

ver, hacerme ese bien, matarme, quererme. ¿Habrá algo tan cruel como quien sabe que no, que nada? Le tengo miedo y asco a lo que desde mí se busca, solamente eso es lo que me protege de tanto goce. Sin miseria, sin cuentos raros. Yo sé que soy la genia y necesito que me tome y lleve una fiera como la que tiene a Leona y Taimaz en mi mente, en mi memoria, tanta música que vivimos, y a Sebastián en mi corazón, Musa la que no vimos y ya no vas a revivir, o sí. Hacer el camino de las líneas y labrarme la mi tumba de lo hecho.

***

Sin día ni mes ni año, ahora, sin hora, nunca, sin minuto, ya, sin segundo, siempre.

Decía Leona que hay que estar en el aquí y el ahora, falso. Hay que decidirse: o lo uno o lo otro. Yo digo lo otro, digo yo. Porque yo no pierdo tiempo. Soy el tiempo perdido.

Me vine al Aeropuerto –ma, es el motel de la Musa, de Calíope– y me compré un varillo, primer moño que carburo en la U y en siglos. Fue una buena elección el impulso, aunque la yerba me enchonche tanto al rato y me paranoice pronto y me duerma al fin despierta, todo bien, cuando uno la respira se da cuenta de la verdad, y hay que oírla. No es que la verdad sea la yerba, la verdad es otra nada, no es más que vos, y déjame poner un frondoso muladar en mis batidas, lamer la pérdida es ganancia, mamar el cielo, como dicen las sabias taoístas más vueltas al campo y la vida común del arroz con huevo, yo las conozco y mamar el cielo es con ellas a veces un planear desde el trote, soltar el hilo sin más. Me dice una de ellas desde el árbol niña, usted tiene que decir las palabras en su sentido recto pero interno, cuéntelas desde la infinita rueca que chispea, mire para arriba y véame. Sí, la veo. Está mirándome desde un árbol que cuelga de la tierra. Es un simio con alas que lentamente abanican y perfuman su aura de luz dormida, que ilumina sus raíces en delta, en estuario. Te diré, suena, puedes descolgarte por ese hilo de araña que afecta tu ropa, ven, desde el cielo que mamas, ¿ves estas cortadas?, en palomas ven, ¿estas zanjas, las ves, estos hinchados tulundrones?, ven en humero que se devuelve, habitamos la foresta como el sabido barón rampante, pero el tamaño en que nos ves, diminutas, y nuestros seis brazos, te pueden indicar la calidad de nuestra especie degenerada en especies, los élitros de mi espalda cóncava que abro para el vuelo y cierro para andar protegida, de cóndor a caracol, no son de cucarrón, de cucaracha o gorgojo, son de cocuyo tierno, de resplandor supremo, de lunita guerrera. Viértete en un zumo de toronja por la luz del viento destilada en los alambiques del desierto bajo el manto de la nube más gris y densa, hoy puedes conocer desde lo que la araña tuya

abaja y ríe. Vístete con tu ropa, saca la bermeja verga de tu chocho negro, embiste como un cachalote la mantis que te devora, la langosta es atacada por el grano que ama y este no la fecunda, la usurpa, sé grano y sé mango que crece en la boca del gamín perverso, sin sexo, de la virgen felpuda, de la sesuda cangura. Una viaja con su dote si descalza, si desnuda, ya en el sueño, ya en la lisa. ¿Has visto amanecer? Yo era un cangrejo en busca de taller de mudos, cuando apareció una pata con dos de sus cisnes favoritos y a donde me iban a tasajear me llevaron, pero yo de esta misma suerte fumé con el menor y me dijo váyase, descienda por el árbol que hay al frente de esta terraza antes de que mamá lata llegue a con usted caldo de nieve fritar para el dueño, y me le volé, mal herida, aquí me ves, cuéntame. Yo, qué te puedo dar, soy quien callada confiesa que es mejor no escribir nada de lo que he oído. Soy una judía que sembraron en campo de enanos y púseme a oír al alebrestado canto de quien topo supo ser luego de ojo mágico de lupa telescópica no angular ni revertida sino insecto, contracampo singular, antes del nombre, de la voz, el todo cerrado, imperfecto, el primo par. El topo, el topo, dícemes tú, Sebastián vivo en el árbol pájaro, no lo escribas, no lo leas, siéntelo, ¿sabes que lo tuyo es la vida? Estamos juntas escribiendo lo del topo que no es ojo ni contracampo singular sino dualidad entera. Pre tegunto, ¿sabeq' se to luyo es ma luerte? Ma luerte, la peregrina. Monte adentro. Saca la cabeza, topita, te escribe la danzarina que no murió, que no separó cabezas de troncos, apolar, ¿ves aquellos decimales sentados en torno al fuego? Estamos en el vonte de Menus, querido. Tú entender. El mampo de Carte.

Alzbieta

Tomas la forma que quieres, desamparo monstruoso. Te dejas llevar por los tiempos sabedor de que todo sería lo que ya pasaba hace innumerables porvenires, y tu erección es la de un mito para estas proles que te oyen, absortas, atentas a lo que sin duda pudieron andar. Es, oye, óiganme ustedes sentadas en torno, el momento en que el aura verde asciende más allá del costado infinito de la montaña y cruza el oscuro espacio cubriéndonos con su velo. Estamos acá perdidos por el deslizamiento de la realidad en otro plano donde hemos sobrevivido sin agua y sin aire, sostenidos por el inaudible espanto de nuestra alma común en ascuas. No hay luz, solo pensamiento. Ahora empieza un compendio del silencio en que todo quedó sumido. No soy la voz del planeta, sino la del milagroso caos en su ascendente impronta, no hija de la hija de la hija de la hija, sino

palabra deshecha de la madre de lo dicho, abuela negada de lo dado, gran diosa verdad de lo posible, de lo ínfimo y lo que se avizora. Reposa mi memoria en diversos lugares simultáneos de lo que se ha llamado Alaska y Siberia, simultáneos, también en la Patagonia, el Kalahari, y bajo haces de montañas nevadas de piedra desliada de otros puntos sin nombre, Huila abajo, Hatay, Normandía, donde convergen callo. Estos códigos reaparecen en latín paisa como en otros códigos clave a la espera de un desciframiento o cotejo digital continuo. Sí, la esfera robótica reconoce su deuda con el lenguaje y se transmuta en imágenes que palpitan como el viejo milpiés del silúrico, se funde con el musgo del pérmico, retrotrae el reino de las eucariotas al reflejo del chispazo en la piedra mojada sin graznido que asoma del mar nocturno en la mente cuneiforme del carajo que lo ve y no lo sueña en el paraje perdido del tiempo que visita, lo ve en el orden de su mente y hace del recuerdo y la imaginería un universo cambiante, una fundación de las reliquias, transitivo, una vara con que domar las intenciones de seguir.

Capítulo 12

La desconfiguración, o el hecho de ser

–Delirante, juguetona, serena–

El amor me perfeccionará.

Forugh Farrojzad

Julián, Julián, no apareces más… ¿Dónde estás, qué es este mensaje que me ha llegado y dice al final un nombre nuevo, es un nombre de batalla este de Viejo Roble? Quería contarte, con esta piedra circular u oblonga azul que me acompaña de asteriscos amarillos a lado y lado, que me he adueñado de la escritura, y tú

me dices que

ahora debemos comunicarnos por
este medio, según una poética inmediata pero
pensativa.

Me dices que

todo el tiempo tienes para
nuestras sesiones y necesitas que
estén consignadas, que
confías en mí y depositas tu
memoria del todo en
mi capacidad

realmente exigua, diría yo,

de proyectarlas a un
futuro no muy distante de
estos días terribles,

como han sido todos y cada uno de los días desde que el mundo mortal es mundo y es catástrofe del porvenir mayor.

Me dices

el libro es tuyo, mujer, que
puedo editarlo y hacer con
él como quiera, cambiar los
datos que quiera, ponerme como
autora, que

soy en todo caso la jueza
narradora, la combativa autora que
no quiso nunca otra cosa que
narrar y entenderse y
dar a sus enemigos más
razones para odiarla.

Dices unas cosas que no apruebo, desde luego. ¿Cómo no incluirlas? ¿Cómo no dejar que te hagas daño y aprendas? Ahora me alientas a

decir mis sueños, a preguntarte a ti solo por
lo que tu experiencia final en
Cronotopo, hace ya varios años, nos
puede decir sobre Medellín, que
yo intervenga en ello y lo
transforme más que como hice en
nuestras conversaciones de
anteayer y de ayer, pero
insistes en que
el mundo que recuerdas ya
no existe, y que tu recuerdo no es
nada frente a aquello que no
puede suplantar pero que el
lenguaje pervierte.

Dices recordar

una noche de pino, una
sombra de gato, una
espalda de nicho.

Me preguntas

qué puedo saber yo de eso, y

te respondo que

desde ayer, cuando me abrazaste al despedirte y un viento helado entró por mi coronilla, creo saber responder a la palabra con la palabra y un tiempo que apenas dé espera en el silencio a otra palabra, tal vez tuya, tal vez de nadie, palabra como el golpe escueto de la suerte, de la ley. Así que nos sentimos tal vez y tal otra en un espacio, este donde escribo, que sería como el columpio de los presagios más tristes y más dulces de la niñez, digo.

De nuevo me preguntas entonces

por los sueños que he
tenido desde niña,

pero yo prefiero advertirte que

no tendré mucho tiempo para ello. Que, en efecto, como ya lo has sugerido, lo único que quiero oír es lo que sucedió en verdad –en este gran relato de tu historia y de la nuestra–, en Medellín, cuando

volviste a la revista Cronotopo que, desde el final brutal de los años ochenta en Colombia, había sido tu segundo hogar. Eras casi un niño todavía, hasta el culmen de tu primera juventud durante aquella primera épica jornada tuya en esa publicación especializada de cine, la única en Colombia y casi única en América Latina, recién entrado tú a la universidad y luego desertor de la misma, desertor de todo. Cuéntamelo, sí: dime eso que pasó cuando regresaste muchos años más tarde, dime qué ves ahora, si vuelves a esa segunda jornada, ya con Monedita, no con Luis Antonio y Juan Carlos, sino con tu amigo Monedita, luego de pasar tanto tiempo tú embolatado en la droga (la expresión "más castiza", como me decían los profesores de mente cata para querer decir correcta, es extraviado).

Te diré todo lo que fue ese
periodo ingrato, aterrador, pero
primero dime, Alzbieta, déjame insistir, lo que
soñabas en Bogotá cuando naciste, no
me evites, dime ese el sueño de
tu primera noche. Dime si
es real, si fue real, lo
necesito para tomarme el poder.

Yo suelto una sonora carcajada.

Tal vez soñé, Viejo Roble, pues ese es tu nuevo nombre, que escribí ayer una larga historia, te así llamo, empero, y no sé eres quien. ¡Jua!, eso fue. Vuelve a leerlo. Me oirás, si el poder es lo que quieres, me haces reír, ahora me vengaré de Dios. ¿Qué poder? Ay. ¿Quieres saber lo que es una mujer, esta, por principio, antes de hablar tú varón de los traumas de la cultura hecha signo o letra muerta, monedita, en el lenguaje sucesivo del mentiroso tiempo verticalizado? Soñé en ese primero sueño que todos los vecinos de la parroquia lograban asistir a mi relato sin pagar, y

hago un silencio, dos.

Sueño ahora mismo que podían oírme ellos sin necesidad de leer.

Me muerdo los labios.

¿Te das cuenta de que, Viejo Roble, si es esta mi novela, la de Alzbieta, corro el peligro de decirte, o lo corres tú, el peligro de que te diga, al fin del todo por fuera de tu propia identidad, y muy lejos de lo que crees que soy yo?

Tú abres la boca y pronuncias, con crueldad involuntaria:

¿salirte del mi predio, y
sacarme contigo, para que
otro entre al tuyo?

Tal vez, como en el sueño, para que yo entre a ese el mi predio que ya un es tuyo y al nuestro que poder no entrara solo adentro por ser. Viejo, Viejorro, la tu historia que me digas es que me lo importa: un se

camino estrecha que debemos el que andar es de.

¿Para solo recorrerlo?

Entonamos juntos:
del camino me lo que gusta los son
remansos, y más. Siéntate, como otros en
aquí tiempos, y la rasga medioeval del pan
hogaza.
En otros tiempos él y ella
jugábamos con palabras y él no
se daba cuenta de lo que ella
esperaba. Nos preguntábamos por la
conjugación del verbo roer y ella
no sabía decirlo en la persona primera del
singular.
Entonamos juntos:
cuando rayo que en presente encontrábamos se
dice, para él significaba no más eso nada.

Así quiero que hables todavía, aunque no me satisfagas nunca, querido mío. Piensa de ese modo, por favor, ya no inocente amigo. Por mi parte, te respondo: yo soñé una noche que fue antes que un hombre me fecundaba, fue ese el primero sueño, el sueño de siempre, sí, fue ese, es ese, será ese, ora pesadilla, ora comunión, ora linchamiento de la otrora muerte, aurora ahora de la hora en mora. Oh, sí, ¡piensa de ese modo inocente, créeme, sin más, que solo un sueño, que eso fue, que sigue siendo, será por siempre un sueño, créelo! Yo soñaba tú que me duro dabas y muy que felices fuimos, u otro, pero eras tú, ya eras tú. ¡Ahora mismo me estás dando allí, Dios, echando chispas y yo devolviendo estrellas deslavazadas en un ternero húmedo y caliente! Demoras tu ahora comentario y advierto en realidad que tu nombre es Viejo Roble, que tu ser es nombre, no receta, que tu escritura no tiembla, no es zaguán ya sino la forma.

No sé si yú y to cos anostamos, to
esyaba can loto que po nuedo
corromparlo.

En Pronotoco casi nos acostamos todos con todos, te replico, por si no lo recuerdas, yo más fui santa la, yo la fui que loca más. Si la tarea nos salva, el absurdo nos libera. Digamos que soñé que tuve una hija contigo, ¿ya?, que de la vida en el sueño me fecundaste, y así nadie podrá reprocharnos el que ahora cuando te lo pides te me cuente y mi negado lo haya sueño antes, como amante discreta que siempre fui. Tú lo sabes. Hasta a mí misma me lo he negado, que fuiste el padre de mi hija sol, sol, sol la de hoy.

Supe una siempre desde
hija que tuviste, me un amigo

contado ya lo había, pero
me del yo mundo perdí.

La tuve y Rafa sabía que no era de él, porque Rafa estuvo por fuera, en Argentina, en los tiempos en que yo quedé preñada, dictaba un curso en Córdoba, y no había duda de eso.

¿Cómo fue, cómo fue en
el sueño?

Te llevé al garaje de tu propia casa, tú lo sabes, no me hagas caso, te lo repito, ¿no lo recuerdas?, al cuarto útil, ni más me preguntes por esa mi hija del sueño vivo, ella está aquí y no está, en la vida del sueño y en el libro de mi vida activo, despierto, atribulado libro, circula entre tú y yo como aquello que tú mismo suscitaste, porque fui a visitarte con ganas, eso que me preguntas, lo atraías, mi primero sueño, en tanto memoria de algo que fue e imagen de lo que no es, o sea cosa que no fue pero sí es, profecía y albur.

Demonio, estás haciendo la novela conmigo y
me dices que otro podrá ser toda
cosa distinta a lo que
fue.

Así es, exactamente. Pero te pido que me hables con verdad, porque tú eres el personaje, tú eres quien pasó por esa experiencia que yo no conozco en Cronotopo, lo que tantas polvaredas alzó en el año 2008 y de la que me dices que surge lo que hace tres días fue el revelar en el auditorio del Andino el quién mató a nuestro viejo amigo Juan Carlos López, como si te vengaras al fin, y yo de Dios, o pidieras justicia por lo que hicieron y deshicieron Luis Antonio Álvarez y Pete Bond años atrás, justicia por esa revista que luego otros mismos con las otras mismas, sus jefos, quisieron acabar.

Está bien, está bien, sí, fue
Desquite quien me alentó, el
hijo de nuestres poetes, la
Voz.

Habla, habla, musa hirviente, habla tu cólera del dios viviente, el héroe calmo, el autor sirviente, sobreviviente, que cede su voz para que la oiga un personaje que toma nota atenta y guarda, como la Virgen madre, su palabra de acero en el corazón atravesado de los hechos vueltos historia, hechos reales, lenguaje, espada, sepulcro, fe.

Te diré y tu oirás, pues. Pero
ve, lo que decís es que
el color del verde es distinto en un
cuaderno de pigmentos que en una
hojita viva, yo solo te suplico que seas devota a
la idea de tu sueño, a la figuración. Dime, antes de que
yo cante lo que a nadie debería importarle tanto como a

mí mismo hablándote a ti, que lo rescatarás en
un libro de la vida minúscula, ¿soñaste qué más conmigo en
la primera noche de tu larga faena en
este mundo divagario?

Está bien, está bien… Te diré para que tú sigas con la historia que me lleve al final de todo este mismo tránsito, que me devuelva a este instante preciso en que sigo leyendo, que lo que pasó no es real, haya pasado o no, menos que en el sueño, que tu visión configura unos trazos, pero no es aquello con sus resonancias y el vértigo que provoca en tu entraña, nada que podamos llamar verdadero. Por mí vendría una estampa de los cielos alterada de destinos incólumes. Yo en el vientre de mi abuela y lo virtual de mi abuelo, abuelo y abuela nonos, impares, cerrados, pero increados, inmotivados e imperturbables, en sus gónadas que gónada eterna son por mis gónadas muertas de la mi hija eterna, por viva haber sido en el sendero, no era yo sino hija y madre que soñaba ser propia. Soñaba encontrarme o dar con un sabio bárbaro y parir una elefanta racional y sin motivo. Vino Isáfora por un roto, no te he contado a ti cómo nació mi hija rota que rota…

¿Isáfora se llamó?

Isáfora seguirá siendo.

¿Y hablamos de la misma Isáfora?

Como Isáfora no hay dos, ya sabes.

Oh.

Oh.

Y dices que nació de un roto.

Y digo que nació rota. De un roto nació en mi sueño y rota sigue rotando, no te ocupes más de nada, papá vicio, circulito de fuego ascendente, sigue pensando en que el sueño es lo que alimenta mi noche y que el día viene a la espera de nuestro andar por fuera.

¿Me llamabas por mi nombre en tu sueño?

Mira, Viejo Roble, Viejorro, Viejito, aquí estoy, zorro, o creo que estoy en un café escribiendo a un celular y tú me pides que susurre en el teclado lo Zorra que alguien que no veo me pide. Tu nombre era Carajo, era Nicanor, era Julián, era Tácito y era Viejorro, pero también era Isáfora y era Dumanoia comiéndose a Dumanoia, si pú que treocupas, so toy yú.

Y me diré que a mí me he logrado ver
Vieja Zorra en todas y cada una de las
liendras que he debido sver en mi
periplo, y que no svoy menos que la canalla variante de
las pudientes piltrafas valerosas del levante y el
poniente. Está bien. A todo esto una voz que se ve
fue. ¿Puedo a estas alturas llamarla, puedo invocarte, mimo
graciosa, puedo decirte que seas tú entonces lo que

se avenga y quiera poner en mi nombre, merced, pez marlín, clemencias?

…

Pasa y ponte en mi lugar, dime tú parte por parte lo que fue aquel día, ya que nada, ni aquel momento, ni nada, aquellas eras, nada fue lo que parece.

No puedo hablarte sin lenguaje, no quiero hacerlo.

Inténtalo, Vieja Zorra.

A la vez de la doliente. A la dolida yendo. Si una voz cansada despierto, no

sea ni la corresión ni la nada, tengo miedo, tengo pavor. Seguiré porque

me gusta llorar tanto diciente. Y bregaré a consumar la palabra, tú me has hablado de momentos angulares, de ecuadores, deberé creerte para decirte, para volver en el sueño de qué, de todos no sé, mío y que no vi. Mira, mira, Viejorro, si capto tu mensaje en las palabras, yo misma iré detrás de los silencios.

Ahora espera, te lo advierto, Alzbieta, eres la que dijiste, ¿no es así?, Dumanoia…

Oh, ja, ja… Eres adorable… Sí, Dumanoia… ¡Y Lilith…! Soy una entera fruta que se alarga por muchos caminos. Falalá, falalá… Me digo sin ser. Veo cosas tremendas que han sucedido por tu causa, se da el hecho, en el Café Vallejo, el hecho de ser, o en un celular, o en un Kindle. Veo que no estoy solamente acá. ¿De veras quieres que me adentre tantro, tantro, tantro que ocupe un trecho, o un techo, o un pecho?

Te revelaré lo que estamos haciendo. Tu acudiste a mi cita. Yo preparo una toma del poder con los muertos.

No le crean.

¿A quién le hablas?

A nadie, esta es la comunicación incierta de la que gustaba decir un autor que no conozco.

Palabra ejemplar.

Sí. Pero está bien, construye tu sueño. Seamos fieles nada más que al sueño. Eso me pediste, despiadado, y me dijiste diabla, pero yo solo espero que me cuentes todo lo

que sabes de Isáfora ya mismo y que yo, en
el centro de todo, todo, todo, no sé.

Alzbieta…

Dumanoia.

¿Hablamos de la misma Isáfora, mujer querida?

Viejo Roble, no tuerzas tanto la pita, no sé por
qué, pero tu palabra me hace feliz donde ira debería de
haber, santa.

Porque yo hablo sin ironía de una Isáfora viva.

Yo también, pero con ironía.

Que hable Isáfora.

La espero, pongo toda mi fe en ti. Porque ella murió.

Nada muere.

Así que Juan Carlos López tampoco murió. Los asesinos son las víctimas.

Eso es. Pinches tiranos.

¿Dónde estás, descríbeme el ámbito? Sé ya sí que eres Julián, pero yo Dumanoia.

Soy Tácito, Viejo Roble es mi nombre de combate.

¿Estás en el monte?

*Tengo el celular al borde de un leño, y
suena "Casta diva", de Bellini, cantada por
María Callas, pero no desde el celular, por entre
los árboles.*

¿Qué selva es esa?

*Ninguna selva, es la
Universidad Ática, Roma en sus adentros.*

No quepo en mi asombro.

Un yerbazal, no más. Ahí cabe.

Oh.

*Verás la acción colectiva que
haremos. Inocua. Inofensiva. Intangible.*

¿Y tú llamas acción a lo que no haces?

*Ya verás. Solo te anuncio una
muerte definitiva pero gloriosa. Yo seré, oye,
óyelo bien, agárrate de donde puedas, seré el
primero en morir.*

No voy a decir nada. ¿Qué es lo que estás significando?

*Voy a comenzar de veras, o sea a
dar fin, al mundo, con una muerte real, la de mi
ser. Podemos suponer que en el
colapso se extraerá un supuesto
sentido, apenas luego
advertido.*

Sigue, sigue, necesito oírte y dejarte hablar…

No puedo decirte más.

¿Te vas a sacrificar?

Eso dije.

¿Y por qué?

No sé.

Ja, ja.

He pecado hasta más no poder. Maté a Isáfora.

Muere, entonces, para siempre, a no ser de que ella viva.

Ella me lo ha pedido. Ella dice que morirá conmigo.

¿Estás con mi hija?

Con la que vive.

¿Sí, con ella…?

… Isáfora te escucha, no soporta la vida eterna de los héroes y heroínas.

Y si dicen que juntos morirán y comenzará el mundo… Julián, Isá, ¿fueron también Viejo Roble y quién?

No es fantasía lo que oímos… La consignación bancaria que entró ayer y yo transferí pasó a donde debía ser y ya todo está dado.

¿Musgo crece ofreciendo variantes, dilectas supremas?

Es igual a la proliferación de líquenes, pero en una función casi opuesta, concebida como un deseo líquido que pudiese apenas no ser.

Ya veo, como una diapositiva que surgiese de la nada práctica.

Dirá en todas sus letras: “No quedará piedra sobre piedra” para siempre jamás en el embalse de Hidroakabí.

Puedo ser yo ahora, posesa, la que diga y sepa así, y solo así, diciendo, tu paso último por Cronotopo. Pero espero nada más ver lo que luego acaezca. Así que haré una interpretación pionera, una exégesis fatal de la leyenda. Con eso me basta: con eso nos basta. Empecemos por lo que dijo el coro funesto que luego habría de atacarte, el coro huesudo, tal y como tú lo recuperaste en tu blog años más tarde.

***

En celebración por los treinta años de la revista Cronotopo, recuperamos un viejo artículo del periódico El Parroquiano que da cuenta del escándalo de 2008 que motivó la segunda caída en desgracia de nuestro miembro y fundador, Sánchez Gómez, con el Instituto Global Andino, institución que en estos días, nuevamente, está pensando acabar con la revista. Sánchez fue quien redactó y gestionó la firma masiva y el envío de la carta a la que se alude aquí. En aquellos tiempos, Pablo Alberto Zuluaga le dijo a Sánchez que, con el tiempo, el mundo del cine le agradecería lo que él había hecho. Eso es lo de menos: nuestra idea es que la marca Cronotopo podría ser vendida, por ejemplo, a Sintrama, para que no se cierre este espacio de pensamiento, diversión y belleza.

***

EN EL ANDINO SE ARMÓ EL "ZAPEROCO"

Por Sonny el Mar, 06 Mayo 2008, 9:47 p. m.

En el Andino se prendió un polvorín. Una discusión que tiene su centro en el cine.

Para resumir este rollo y tratar el asunto con pinzas, digamos que algunas personas, cercanas a la institución desde hace unos 20 años, defienden con celo la idea del extinto Pete Bond, de proyectar en las salas sólo el llamado cine arte, alternativo, independiente, diverso; muy lejos del cine comercial que proyecta la mayor parte de las salas de la ciudad. Y publicar en la revista Cronotopo, referente en el tema del cine en el país, sólo textos de profundos y críticos.

Quienes defienden esta posición, alegan que la Junta Directiva del Andino y las personas del área académica están tirando al traste con estos postulados, pues pretenden hacer lucrativas la sala y la revista, basadas en que lo que no sea autosostenible y hasta rentable en el Andino, desaparezca o se transforme.

Lo curioso es que tanto voceros de la Junta Directiva como del área cultural, niegan sostener tal posición. Aseguran que no tienen en sus planes tal proyecto mercantilista. Que s[i] hay entre ellos intención de cambiar cosas, estos cambios, que todavía no han definido, irán en el sentido de fortalecer lo existente, con las mismas ideas culturales.

Bondianos

Resumido el problema, dejemos de hablar en abstracto. Empecemos por definir personajes. Quienes pusieron el dedo en la llaga para señalar que nefastos vientos de cambio soplaban en el Andino fueron algunas personas de la entraña de esta institución como Julián Andrea Sánchez, escritor de Cronotopo, y Pablo Alberto Zuluaga, crítico de cine y editor de la revista durante los últimos ocho

años.

Del otro lado, si se quiere llamar así, están Cesarina Salazar, directora de Cronotopo, la Junta Directiva, cuyo presidente es Armando Palacio de Topacio, entre otras personas.

Ahora pasemos a mencionar argumentos de cada lado: Pablo Alberto Zuluaga y Julián Andrea Sánchez han interpretado ideas expresadas por Cesarina Salazar, en el sentido de que la revista Cronotopo y las alas [sic] de cine deben ser revisadas para conseguir que ambas lleguen a más públicos y produzcan más beneficios, como la canalización y comercialización de ambas.

Reniegan de ello, y dicen que lo que hace el Andino con el cine diferente que propone "no es perder plata, es aportar a su misión, a su razón social y, no está de menos decirlo, a la historia cultural de una ciudad que por eso ha aprendido a respetar y admirar el sueño de Pete Bond o, mejor dicho, la realidad maravillosa que ha sido el Andino hasta hace muy poco, porque aún la gente tiene esperanza de que se vuelva al camino de antes", como señala Julián Andrea Sánchez en carta enviada al Presidente de la Junta Directiva, Palacio de Topacio, y lo confirmó en conversación posterior con nosotros.

Pablo Alberto Zuluaga, editor de la revista de cine[,] renunció a su cargo y sólo aparecerá en los créditos de la publicación hasta el número 82, próximo a salir. Él, quien ha acompañado a la directora en un proceso que ella llama de "primer diagnóstico", basado en la forma en que otros ven la revista, está convencido de que ella la someterá a un cambio para bajarle densidad y profundidad. Pero lo que más le molesta es que ese cambio se haga de espaldas a los escritores de la revista y a los lectores y suscriptores (400, según Julián Andrea Sánchez) de la misma.

Y considera que el espacio abierto a la democracia, a las ideas diferentes, a la diversidad ét[n]ica y sexual que ha sido el Andino, todo lo cual expresado desde el arte, está en vía de extinción.

"Yo no soy reacio a los cambios –sostiene Zuluaga–. Creo que si la revista y las salas pueden cambiarse para mejorar, bienvenido sea el cambio, pero que se respete la historia, la lógica de ambas. No de espaldas a un proyecto de más de 18 años".

Y, como Sánchez, cree que una visión comercial no generará más ingresos al Andino. Tal vez menos, pues esta institución no puede competir con el cine que ofrecen centros comerciales. Su fortaleza está en la diferencia, en lo alternativo.

Otros críticos de cine y cinéfilos han ido conociendo esta posición y se han adherido a esta protesta desde las ideas. Una carta de Julián Andrea Sánchez a Armando Palacio de Topacio aparece firmada por 78 personas del cine y la vida cultural. Entre ellas están: Luis Espina, Joaquín Abad Figueroa, Víctor Galindo, Libardo Duque, Óscar Osorio

–quien era director de la revista antes de Cesarina, pero que cedió el cargo porque, al decir de sus amigos, él “no quería enterrar este proyecto”–, Sandro Romero Rey, Pascual Gallardo, Ciro Gandía…

Revisionistas

Por su parte, Cesarina Salazar, la directora de la revista, señala que todo este zaperoco nació de malos entendidos, cuya fuente desconoce. Y considera que si estas personas –un movimiento ya, si se quiere– están vinculadas a la protesta, es porque no conocen plenamente la situación y se dejaron llevar de suposiciones y rumores.

Ella sostiene que, en efecto, va a haber cambios en revista y salas. Pero que cuando en administración se habla de productividad, no necesariamente debe pensarse en mercantilizar las actividades; en plata. Los cambios que pretende la Junta Directiva del Andino se encaminan a acercar más estas actividades a la comunidad en general. “Que estas actividades tengan más impacto y lleguen a más personas. Que tanto esfuerzo se vea más recompensado”, pero “no tenemos todavía claros los cambios que se van a hacer”.

Y señaló que ya comenzó a hacer un “primer diagnóstico”, para entregarle a la Junta un informe que no esté basado en sus suposiciones. Este diagnóstico inicial lo realizó hace unos días en Bogotá. Visitó a algunos editores como a los de la revista Ma(t)ches, para preguntarles cómo veían ellos Cronotopo.

“El mismo Pablo Alberto me acompañó en esas visitas. No hice el diagnóstico inicial con los de la revista porque quería opiniones sin afecto. Pero claro, el gran diagnóstico del cual saldrían las conclusiones finales y las decisiones de cambio, las haría con todas las personas que han vivido el proceso de salas y revista durante casi veinte años. Escritores, lectores, suscriptores. ¿Cómo las iba a ignorar, si son las que conocen la historia y la trayectoria del cine del Andino?”.

Lo ciento [sic] es que de ese “primer diagnóstico”, Cesarina Salazar concluyó que es necesario conseguir una mirada más cercana a la comunidad. Determinar quiénes son los suscriptores de la revista. “No cuántos, sino quiénes”. Y hay que someter el cine del Andino a una evaluación para analizar cómo podría llegarle a más públicos. “Porque el Andino hace un esfuerzo económico grande y sus directivas quieren ver que mucha gente se beneficie de ello”. Mercadeo. Esta es la palabra.

En suma, dijo Cesarina Salazar, todavía no hay decisiones de cambios en revista y salas. Y está convencida de que, contrario a lo que creen los primeros, no se va a perder el cine diferente y de calidad que se proyecta en las salas del Andino ni la profundidad de la revista. Seguirán –asegura ella– los ciclos de Cine Rosa, Eurocine, Cine Francés y todos los demás que tiene la institución.

Amanecerá y veremos, dijo el ciego. Esperemos a ver si bajan las aguas de esta creciente y la ciudad no pierde un espacio de libertad ideológica o, al menos, de apertura de pensamiento como el Andino.

***

La opinión

"Que el cine que se proyecta en las salas del Instituto Global Andino se quiera parecer al de las salas de cine comerciales que existen en la ciudad, es como firmar su propio certificado de defunción".
Pablo Alberto Zuluaga, crítico de cine y exeditor de Cronotopo.

***

La noche era fría para todos. Tú habías salido de la presentación de una película en el centro comercial San Félix con un sentimiento a la vez presuroso y lánguido de cansancio, Julián. Ahora que eres Viejo Roble, ahora que yo puedo verte desde tu propio ser hasta el confín de tu historia, sé que había muchos que te miraban con atención y nerviosismo. Con cariño y tristeza de saberte en gran peligro. Con esperanza de que lograras capear el engañoso destino que parecía estar abriéndose frente a ti. Cesarina no sospechaba lo que estaba sucediendo, Pablo estaba esa noche pendiente de tu llamada. Tú habías advertido señales especialmente sensibles durante la función, movimientos del nuevo jefe en las mesas más lejanas, tomándose un daiquirí con el director de mercadeo. El sitio era impersonal, como una galería abierta a una plazoleta bajo el sol de Miami a plena luna, y es curioso, pero comprensible, el que ya quisieras mucho más entrar a una librería por el libro de Lowry que encargaste hace un mes en vez de hablar de cine. No te preguntes qué tipo de dicción estoy retomando, qué literatura propongo. Léeme, reléeme. Quiero cantarle a todos, o a algo, así no se enteren o no lo entiendan, así me desoigan. He visto cosas desde arriba y desde abajo y soy el ecuador en su superficie trazada por los meridianos infinitos de la esfera circunstancial hacia adentro y hacia afuera. No temas, Aleph, sígueme, date cuenta de que estás vivo, y de que esto es la más pura certeza del futuro imborrable. Te saludo honrándote, te sé aquí. Tal vez tú no me conozcas, pues yo sé que no soy solamente la experiencia ni la sensación de lo extenso ni el pensamiento de lo total, sino algo más que en ti apenas nace siempre. ¿Recuerdas el nombre de la chica por quien le preguntaste a Esteban al encontrar a ese viejo amigo atendiendo en la librería y al comprar tú un texto básico de teoría literaria? Sí, era por esa mujer que aún amas tu pregunta ansiosa y por quien nunca dirás el nombre, solo el apellido, Rojas. No Verónica

Espitia, tu mujer, sino Rojas, la otra. ¿Recuerdas el que le dijeras a Esteban que lo tuyo era la literatura? Ese día parecías darte cuenta de que ya todo iba a cambiar. Pero estabas ennoviado con Verónica tan ardientemente y el cine los unía tanto, tanto, que ni siquiera entre tú y la otra nada pudo ser más ya nunca como antaño, ni lo será.

Dile que la amo, que no puedo dejar de pensar en ella, que es lo más bello que haya conocido en la vida, un resplandor eterno, el volcán de los secretos, pero que hay una mujer que amo más y también es lo más bello sobre la faz de las cosas, la brisa de la tarde, solo porque la vida, luego de la obra teatral que vimos de Farley Velásquez aquel día juntos, con vos mismo, Esteban parcero, la vida, sí, quiso que no nos volviéramos a ver jamás, y esa misma noche, cuando fui a ver a mi novia real en un bar, Elisa, en un concierto de punk joven, me encontré con quien sería mi esposa, Verónica, y me habló, pero yo pensaba en Epifanía Rojas, pensaba en Prudencia, pensaba en Concordancia, en ella, Epifanía, en los destinos labrados por su propia inclinación a no decir o hacer nada y ser solo un erotismo del misterio, una actitud de la flor bajo la lluvia.

Compraste el libro de Eagleton, te dijiste: si se acaba Cronotopo, la literatura será mi entrega, mi religión, mi derrotero. A la salida estaba Leo. ¿Quién era? Un muchacho cinéfilo de bigote poblado que iba mucho a tu cineclub, los sábados, y ahora te quería preguntar por la película que acababan de ver en la plazoleta casi vacía de San Félix, él y solo dos personas más, en un ciclo de comedias de Bergman, Una lección de amor. Se sorprendía del autor de Gritos y susurros, había hecho el viaje desde Castilla hasta allí, al otro lado de la ciudad, te daba las gracias, con seriedad, y ahora te preguntaba con más interés por el Andino, por Cronotopo, fumaba tabaco el chico vegano con la expresión de quien piensa intensamente las cosas. Luego serían buenos amigos (el hombre fue mesero en Azahares, la galería de Clara Fernández), Leo se vincularía a los cineastas jóvenes de Medellín, pelados batalladores que a veces se juegan la vida por el cine, y siempre se quedaría en tu mente su inquietud sincera como el primer síntoma de que, de verdad, todo estaba cambiando. Te dijo que las cosas no eran como antes, que el Andino venía en declive, que dieras la pelea. Y entre tanto, tú tenías esa conversación pendiente con Pablo, casi mordiéndote todo el día la mano.

Una llamada entró al celular justo en ese instante y Leo aprovechó para despedirse, tú respondiste y oíste a tu Monedita, nuestro amigo Pablo, mientras bajabas por las escaleras eléctricas hasta la acera donde un acopio de taxis amarillos parecía esperarte. Fue él quien se adelantó, casi nunca era Monedita quien te llamaba a ti. Anduviste por la amplia acera entre el frío y la ventisca de la noche tétrica, sin asomo de piedad para tus años restantes, y Monedita terminaba de

contarte la situación. Tú para entenderlo mejor todo lo resumiste de este modo: lo que quiere Cesarina es entonces plantear tres opciones a las directivas, con la sugerencia de que ya no hay más que hacer y que lo mejor sería acabar con la revista, ¿no es así? Pues sí, en resumidas cuentas es eso, te dijo Monedita: o vender la revista, o cambiarla hacia un perfil comercial, o acabarla. Vamos a tener que pensar ya en otra cosa, fue su conclusión, porque las otras opciones no van a hacer más que retardar la muerte de Cronotopo unos meses o unos años, pero no mucho tiempo más, y tal vez todo sería mejor si se acaba de una buena vez.

A ti se te erizó la piel.

Recordaste ese día de 1989 en que saliste de casa porque tal vez pudieras hablar en la sala de cine del Andino con Luis Antonio Álvarez. Tal vez, así, tu vida pudiera cambiar.

Recordaste los días previos a ese encuentro, las amenazas de Pablo Escobar a tu padre, el ambiente de muerte en que toda la ciudad y el país vivían.

Recordaste la esperanza que fue el ver un libro sobre Hitchcock en Bogotá y sentir que allí encontrabas algo de sentido, y en un libro de Boccaccio, los primeros libros que compraste.

Tenías quince años y suspirabas de amor por una mujer de gusto musical, o buen humor.

Pensabas en el cine como en una caverna por donde se alzaba ese sol del mundo moral.

En donde captabas el infinito de los días atravesados, en donde el fuego plateado no moría.

Bueno, le respondiste a Monedita: el cine no se va a acabar porque ellos cierren a Cronotopo. Ja, ja, claro que no, primero nos morimos todos, dijo él. Se despidieron con renovada alegría, reconociendo la dureza del momento. Es el fin de una época, dijo Pablo, con toda solemnidad. Tus ojos se anegaron en lágrimas al recordar las dicharacheras reuniones en casa de Luis donde aprendiste lo tenaz y hermoso de las relaciones humanas, dijiste sí y dijiste chao, hermano, hablamos, con un hilo de voz, entraste a un taxi y llamaste a Verónica. Lo que menos querías ahora era hablar del asunto. Ella, en cambio, no preguntó más que por las palabras de Monedita. "¿Hablaste con Pablo? ¿Qué dijo?". Tú, en el colmo del cansancio, simplemente resumiste todo en dos palabras: "Se acabó". Verónica, por supuesto, exigió que le contaras todo, y tú no quisiste. "Se acabó, se acabó". "¿Y se van a quedar quietos, no van a hacer nada? ¡Hay que hacer una carta, poner a que la firmen todos!"... Tú miraste a un lado, por la ventanilla. La película loca de la que hablaba José Libardo Porras (tu profe) en un capítulo inicial de Hijos de la nieve seguía pasando por esa pantalla salvaje que era la cuchilla del tiempo en las ventanas del

transporte público, un ojo privilegiado que recupera el fondo verdadero de las cosas tal y como son en el devenir más simple, torbellino. “No, yo no me voy a poner en esas, Vero”, fue tu respuesta. “¿Cómo que no, usted va a dejar que lo tiren por ahí como si no fuera nada?”. “Eso somos”, fue tu respuesta. “Oiga a este decir ridículo, no se lo cree ni usted mismo, cuando no basta sino hablarle de Chabrol para picarlo porque todavía no ha visto nada, ¿usted se imagina el mundo sin su cineclub, sin poder tener más dónde escribir de las películas que vemos?”… “Pues, la verdad, sí soy capaz de imaginármelo, y sería feliz leyendo otra vez todo Proust”, comentaste sin mentir. “Eso dice, pero no es lo correcto. ¿Dónde queda tanto esfuerzo de las gentes que hemos convocado, los que van a verlo presentar las películas, los que los leen a ustedes con tanto interés, yo misma? ¿Es que usted cree que yo soy su novia porque sí?”.

Tú te quedaste frío con esas preguntas.

“Si yo me enamoré de usted fue porque no hay nadie que vea el cine como usted lo ve, y para mí el cine es la vida. ¿O si no para qué está una en el mundo si no es como usted dice, para celebrar la luz, para azotar baldosa? Usted me dijo eso explicándome el nombre de Cronotopo, ¿y ahora la van a dejar morir por lo que diga una imbécil que no tiene ni la menor idea de lo que está haciendo?”.

Tú te bajaste del taxi sin haber terminado de responderle a tu novia. Era muy difícil para ti tratar de salvar esa institución ya muy deteriorada por los cambios de la sociedad. Luis y Pete estaban muertos. “Pero usted no”, fue la frase lapidaria de Verónica. “Vea, mañana hablamos. Piénselo, porque ni usted ni nadie se merece que unos seres insensibles acaben con lo que es el proyecto de muchos que incluso dejaron su vida en él”.

Nunca antes te había hablado Verónica con tanta determinación. Su inesperada propuesta iba tan en serio que incluso parecía que la relación entre los dos también estuviera en juego. Apenas eso hacía que para ti, en verdad, lo que estuviera en juego fuera única y exclusivamente el futuro de tu amor por Verónica. Por supuesto, la disyuntiva te enfrentaba con lo que eras según una historia personal y unos deseos muy profundos de escribir, de labrarte o definir lo que Carver, en un ensayo que leíste con asombro, llamaba verdadera y superior influencia sobre la creatividad del narrador: los hijos –o bien, la familia–, o, para usar mejores términos, labrarte y decidir sobre lo que, en otro ensayo, Carver considera un talento indispensable del narrador, la creación de circunstancias favorables para el escribir.

Llamaste a Daniel.

Él era un padrino en quien buscabas palabra de consejo por esos días, cuando nada más hacía dos o tres años habías egresado del proyecto de rehabilitación por drogadicción en el Hogar La Alborada,

y Medellín todavía te veía como el díscolo, insurrecto e incapaz que tú mismo quisiste ser en contra de los vaticinios de éxito arrollador que conquistaste a mediados de los años noventa. Por esos viejos laureles te respetaban aún y, sobre todo para el mundo del cine, Monedita y Óscar Osorio te habían abierto las puertas y recibido con gran alegría en Cronotopo, e incluso se sabía que eras otra vez muy leído y estimado por los lectores del gremio, críticos, historiógrafos, y también los hacedores, pero la realidad de tu persona había soñado días antes, meses antes, años antes, en La Alborada, que el tranvía del medio iba por un lado y tú desnudo eras un tranvía que se separaba e iba por otro, por un costado desértico. El tranvía verde se llevaba, ya ocre, tus ropajes y tu sombra hacia una ciudad vieja y populosa, y tú seguías invisible esa otra ruta sin carril, atravesabas una grande avenida al mediodía, sin ropa y sin nada, hacia suburbios y baldíos de ruina y desvarío. Era tu camino un laberinto que nadie había pisado. No querías seguir ningún hilo hacia adelante, querías soltarte del hilo que traías. Habías comenzado a estudiar filología en la Universidad Ática por tu afán de ser escritor de la talla de Kafka, talla escueta sin fama, pero era imprescindible para ti el vivir en pareja y por eso, al entrar a la carrera, no tuviste la paciencia necesaria para renunciar del todo al ámbito del cine, especialmente al periodismo cinematográfico, pues creías saber que más películas no harías. A veces mirabas atrás y te dejaba absorto el panorama que habías dejado de tu ser ante el mundo. No te desconocías viéndolo, pero tampoco te satisfacía del todo, y esto por la suficiente razón de que todavía estabas vivo y los avatares del pasado, te lo repetías una y otra vez, no serían de nuevo, eran idos, fantasmas, eran muertos por matar hasta la muerte.

Daniel te recomendaba permitir que las cosas fluyeran.

Te decía que no te complicaras la vida.

Reconocía que todos quienes quisieran podían protestar.

Tú empezaste a redactar la carta esa misma noche. Al otro día, en la mañana, le diste el acabado necesario para que la leyera Monedita. A él le sorprendió. Lo que más le impresionaba era la iniciativa. Verónica sugirió algunos cambios, algunos énfasis incuestionables. Pablo y Óscar Osorio aportaron nuevos datos, mayores precisiones, ejemplos que daban fuerza a los argumentos.

***

Medellín, abril 21 del 2008
Señor
Armando Palacio de Topacio
Presidente Junta Directiva
INSTITUTO GLOBAL ANDINO

La Ciudad

Con copia a Clark Whitman, director del IGA, Cesarina Salazar, directora del Programa de Cine del IGA, Gustavo Lorgia, director de Mercadeo del IGA, y medios de comunicación

Estimado señor Palacio,

Ya es un comentario común entre mucha gente la situación en que está sumido el Instituto Global Andino en cuanto a lo que es: una institución cultural. Ninguno de quienes firmamos esta carta desconoce que los nuevos aires que han llegado a la institución están animados por unas intenciones que persiguen beneficios para el Andino en su búsqueda de rentabilidad para proyectos costosos de muy vieja data como las salas de cine, la biblioteca o la revista Cronotopo. No obstante, en ese mismo sentido hay que decir que las cosas con las que el Andino logró hacerse querer por la ciudad se están viniendo abajo. En el deseo por salir de unas pérdidas en todo caso muy relativas, no solo se está pervirtiendo una de las más importantes funciones del Andino sino que precisamente ya se ve un déficit mucho más grande y, lo que es más, se ha ido alejando a un público que antes se había conquistado con mucho esfuerzo.

No es un invento nuestro, es algo que los mismos vigilantes del Andino oyen decir a quienes se acercan a la cartelera, algo que saben y comentan aquellos empleados que vieron cómo el programa cultural del Andino llegó a ser la principal opción de ese campo en la ciudad, para declinar hoy, primero como objetivo de las directivas, y luego, por supuesto, frente a la gente que, no sobra decirlo, también era captada, al menos en sus simpatías, por los cursos de inglés. Y es que el Andino (y lo dicen sus estatutos) no es solo un centro para la enseñanza del inglés: es una institución cultural que en esa calidad y no en otra recibe privilegios tributarios no desdeñables, los cuales la comprometen a hacer un énfasis en la cultura sin mayores ánimos de lucro. ¿Qué pasa pues con el programa cultural, y queremos hacer referencia especial al programa de cine y a la revista Cronotopo? La programación de cine apunta hoy por hoy a presentar películas más comerciales y a hacer inversiones menos cuantiosas. Además de que estamos convencidos de que las pérdidas de años atrás nunca han hecho gran mella en el presupuesto general del Andino, el resultado de ese cambio de orientación es que, de cuantos asistían casi a diario a las salas de esta institución, a muy pocos les interesa ya lo que allí presentan. Alguien que viva en El Poblado o en Laureles prefiere ir a centros comerciales porque allí ofrecen una programación similar, si no idéntica, a aquella con la cual ahora el Andino pretende competir en un mercado que jamás podrá ser el suyo, como es el de los cinemas de esos lugares.

Lo que hace el Global Andino con sus salas de cine o con

Cronotopo no es perder plata, es aportar a su misión, a su razón social y, no está de menos decirlo, a la historia cultural de una ciudad que por eso ha aprendido a respetar y admirar la realidad maravillosa que ha sido el Andino hasta hace muy poco, porque aún la gente tiene esperanza de que se vuelva al noble camino de antes. Con respecto a la revista de cine, en esta coyuntura amenazante para su supervivencia es necesario aclarar de entrada, y con total pragmatismo, que el Andino nunca va a obtener ganancias económicas con un proyecto como ese, pero si la nueva directora de la revista dice que la publicación es muy densa y que no la lee nadie, es porque tiene una idea de Cronotopo que está por completo alejada del producto que pretende mercadear. Escribir sobre cine, y en especial sobre el buen cine, siempre implicará acercarse al género literario del ensayo, o en suma, a una forma de pensamiento, y eso pide una actitud de parte del lector que se puede motivar de muchas maneras y en muchos sectores, una actitud por cierto edificante, ya que busca la reflexión sobre asuntos muy pertinentes que el cine meramente comercial rara vez toca. Aunque es cierto que podrían ser más los lectores, no son pocos en Colombia y en el exterior los que ven a Cronotopo como la revista de cine más importante de América Latina, una revista que es consultada en Europa y Estados Unidos más que todo por su contacto de primera mano con la producción cinematográfica de nuestra región. Esa importancia adquirida a lo largo de dieciocho años no se puede ver de ninguna manera como una pérdida, como un lujo o como un gasto inútil. En cambio, reemplazar el concepto de la revista por uno más ligero implicaría perder el público que se tiene, y si eso se intentara para conseguir uno mayor numéricamente, habría que ser consciente de que se requeriría de un capital que nadie en este país estará dispuesto a invertir para algo tan poco rentable como es informar a todo color y en papel fino sobre cuánto costó El señor de los anillos o qué peleas hubo entre Bardem y los Cohen mientras hacían Sin lugar para los débiles.

Cronotopo no será nunca rentable económicamente, pero ha hecho y aún está haciendo historia, generando cultura, promoviendo la diversidad; en una palabra: civilizando. Para reducir las pérdidas económicas, que necesariamente conlleva su edición, existen muchas posibilidades distintas a la de transformar un contenido y una actitud ética que constituyen su reconocido aporte, posibilidades agresivas y económicas de mercadeo que ni siquiera se han considerado y que merecen una reflexión aparte, no solo a cargo de la dirección de la revista sino también del editor y del equipo de redactores, que son finalmente quienes conocen mejor al público objetivo de Cronotopo.

Esta carta tiene como motivo primordial defender lo que ha sido Cronotopo durante ya casi dos decenios cumplidos y motivar un

retorno a lo que fue el programa de cine del Andino, el cual, si en el pasado festival de Eurocine fue publicitado bajo el eslogan de “un cine diferente”, debe respaldar ese eslogan con hechos. Todos amamos al Andino como una institución que ha hecho de nuestras vidas algo mejor, algo más agradable, algo que nos permite observar el espíritu del mundo con una libertad que ninguna otra institución cultural ha podido alcanzar en nuestro medio. Sabemos que esto se debe a un sabio mecenazgo que, en otros tiempos, no fue mirado como un acto de misericordia sino como una aventura que valía la pena y que, además, en uno u otro caso, también ha reportado réditos, algunos inesperados. Este año, por ejemplo, el Concejo de Medellín condecoró al Andino con una medalla muy importante en nuestra sociedad, y el Municipio acompañó ese estímulo con aportes monetarios considerables. Cronotopo, una de las causas de ese honor, ganó el año pasado más de treinta y cinco millones de pesos por diversas becas y premios y obtuvo el Premio Santa Lucía “por su aporte al fortalecimiento del cine colombiano”. Ya en 1993 había ganado la Beca a la Excelencia en Publicaciones Culturales de Colcultura, bajo la batuta del difunto Juan Carlos López. Ahora, en cuanto a la capacidad que tiene el Andino para asimilar a la revista, sabemos que cada vez se matricula y se seguirá matriculando mucha más gente para estudiar inglés. Por eso nos sentimos autorizados a pedir que se vuelva a la ruta en la que esta querida entidad ha sido tan importante por muchos años.

Atentamente,
Julián Andrea Sánchez Gómez
Verónica Espitia
Pablo Alberto Zuluaga

***

Para ese entonces eran varias las personas, además de los directamente implicados, que habían aportado a una larga discusión al parecer ya sin salida, hasta cuando Verónica les diera su idea de redactar una carta pública y hacerla firmar de toda la gente posible (al final, contando agregados tardíos, fueron más de noventa firmantes, algunos muy prestigiosos). Hacía solo unos días ella y tú se habían sentado con Olga Daza y Olga Daza, dos chicas asistentes de la directora del programa de cine, a conversar del asunto, ya un rumor silencioso para los cinéfilos de Medellín, en el bar Guantánamo, en el parque Bukowski. Olga y Olga tan solo confirmaron lo que se venía percibiendo desde meses atrás pero que a ti ya no te importaba. Más bien, eso que solo te ponía nervioso. Hablar del cine en tanto institución en Medellín, de lo que debía ser el acto de programar cine

de calidad, de las políticas que debía adoptar una revista como Cronotopo, despertaba en ti temores, aguzaba presagios, tú sabías que te estabas metiendo en camisa de once varas, que no era algo inocente, que las entidades eran alimentadas por venenos imponderables.

Pero así como lo sabías, simplemente bregabas a hacer caso omiso de todo cuanto pudiera con razones ser juzgado reprochable. Siempre habías querido comprender antes de juzgar, siguiendo el buen consejo de tu amigo Kundera en La insoportable levedad del ser, pero ahora era la experiencia la que te llevaba a ello, Juli, a esa exigencia, cuando venías de cruzar la laguna Estigia, sí, cuando habías salido del infierno de los muertos en vida. Y estabas aún tan atolondrado que no podías recordar nada de todo lo mucho que viste así, muerto, como muy pocos antes, Osiris, Orfeo, Odiseo, muy pocos, Jesús, Dante, Baudelaire. Porque no había sido solo una muerte espiritual, Julián, no fue que vivieras la pérdida de tu conciencia o algo así como otras veces, tus muertes fueron reales –quizás una sola muerte– y tuvieron fecha. Nadie se percató de ello, nadie lo creería, tú mismo nada más llegaste a darte cuenta de la experiencia veraz con el paso de los días, luego de resucitar como si se tratara de un sencillo despertar a las horas serenas… Envuelto aún en la maraña de la droga, creías que todavía estabas en esa ultratumba que tampoco sabías reconocer ni llamar de esa manera. Pero no. Habías sido devuelto por la ballena. De ese trance luego no podrías decir más que infierno es no saber (y ocultar) que habitamos Paradiso.

¿Cómo logras saber así de
bien de mí lo que solo ahora he
logrado entender yo mismo de
mi propia historia y mi pasado vivo?

Oh, Viejorro, esto lo escribe otra persona, esto lo escribe otra natura, yo veo lo que tecleas y tú lees lo que yo digo, pero no somos más que digitados torpes, posibilidades de la letra, un tanteo escultural. Poll se ha tomado el espíritu del mundo, ha unificado todos los dispositivos informáticos. Tengo acceso o, más bien, puedo aquí dar cabida a bien cifradas y rigurosamente clasificadas comunicaciones y otros archivos variados que lograrían exponer, luego de un examen suficiente, tal o cual relato de los días que han sido, ya ves cómo recupero documentos que todos creíamos perdidos. Sin embargo, la doble interfaz agita el vuelo para el que he sido preservada y me eleva desde anoche luego de tu abrazo volatinero, este oscuro y sobrio jueves 19 de junio de 2015 posterior al viernes fatal de mi Isáfora, a tu lunes de loco en el Andino hablando del asesinato de Juan Carlos López, a esta nuestra conversación larga desde esa tarde y el vertido anoche miércoles de liberación espiritual.

En el apagón universal y consecuente sueño digital o formal y literario del orbe accedo hoy jueves intemporal a situaciones remotas por una triangulación de datos coherentes en la que caigo de modo necesario, no por una especial capacidad de predecir nada. Tampoco es que te conozca, y si no te hablo de lo que fue mi vida en esos días es porque todavía no hay necesidad de hacerlo.

Tú, Julián, ni te lo imaginas.

Eran días temibles para todos, aquellos de inicios de siglo, pero nadie quería darse cuenta, hijitos míos, de que se avecinaba la final erosión, estoy hablando como Uribe, de que el mal y el bien, ja, ja, se hacen falta y la guerra, la guerra, gente buena, la guerra no tendrá fin…

Te oímos en silencio íntimo, caminante solitaria…

Y sabemos que el mundo acabó con el mundo, que lo que se nos cuenta es un simple hilo de la trama superior. Quien no supo habitar Paradiso fue en el destierro un poder craso.

Hay sombra de esperanza en
el hecho de ser…

Sombra de esperanza. Podrás adivinar que aún aguardo la voz de Isáfora. Viejo Roble, que nos cuente ella lo que sucedió esa tarde de aquel mismo martes seis de mayo del 2008 en nuestra casa de Robledo, el día en que El Parroquiano volvía a hablar de un Julián Andrea Sánchez que ya no quería ser el de siempre, al contar el diario el escándalo que armó tu carta en el Andino.

Cuando volví del colegio, mamá, te vi con
los ojos enrojecidos de hondo llanto, y
me dijiste que mi padre iba a hablarme desde
otro silencio ahora, desde mejor vida.

Así fue, querida, y ahora mi escritura tiembla en ese mismo llanto hondo, Isá, amor mío… Cuéntame si has aprendido algo, ya que hablas presente y dada, si lo has visto, al fin entera, si también está Rafa contigo o son las voces que se dicen apenas las que aún nos buscan.

En el canto, Dumanoia, la voz de una hija te alcanza, y
yo soy el hijo que fue padre sin ser y la madre que no quiso ser
tal es Isáfora, la hija que pudimos ser
soy la certidumbre de lo ajeno y la creación del otro
quepo en la historia y la rebaso, pero
no esperes más que mi relato o
mi lerda y vacilante queja.

Hasta aquí logro seguirte y sé que puedo persistir mucho tiempo por mi propia ignorancia y mi curiosidad sin término ante ti, alma mía, y mis inquietudes son pocas, porque me sé acompañada, es más lo que escucho que lo que sé, y mucho más que lo que ignoro; aunque

mi deseo sea infinito todavía, cada ligero murmullo me colma, y si viene de ti, me basta. Todo este material que rezuman los astros en su caída, Viejo Roble, Isá amada, no tiene que hacer frente a los pálpitos de las gentes idas, ustedes todas que sentadas alrededor nos oyen, y esto perdura, a oscuras, en los restos paridos nuestros que ya no vuelven, lo que dejamos, oh, pedazos idos, nos hablan en silencio. ¿Son las muertes imágenes que se lanzan sobre aquel que las recibe, no es él una madre victoriosa de la muerte, de la vida?

El terreno ganado por un
alma, es anhelo de amor de otra
alma, nada que no se cumpla.

Yo no quiero inventarme nada, Viejorro, pero sé que creo o invento lo que creo en mi novelar del mundo, o lo que supongo. Sé decirte ahora a ti, yo lejano, ser impune, que lo que haya de venir será otra cosa, así que los demás sabrán lo que no fue. Tú sabías, Julián escéptico, que al seguir en la disputa por un ver distinto, pues no era otra cosa en el cine la campaña por Cronotopo, solo atacabas lo real, pero le quitabas un velo. También pensabas que al quitarle el velo fatalmente lo defendías, y mostrar el velo para todos sería ver y no más. ¿Y quién podría entender eso, si el velo era parte de lo real, o era la realidad misma el acto de velar? Porque velar es un verbo mágico en el que yo aguardo por la apariencia, y con todo, la gente solo quiere esconderse y jugar desnuda entre las sábanas de seda roja.

Existe la cámara que filma las sábanas desde arriba, Bertolucci en El último emperador, existe la cámara que se mete por entre las sábanas, Antonioni en Identificación de una mujer, en últimas ver es no ver, sobre todo si eres el que ve, si eres no la cámara, no la cámara, sino la mujer o el hombre, el ser que te ve. No el personaje, tal vez no el ser. El ojo que te ve sabe no ver. La cámara es el modo de ver sin ver. Verlo todo, o más bien: ver lo que no ves. Ese es el arte, y tú querías que otros lo entendieran. Que al ver el cine, se ven. Y por eso no querías luchar, porque eso solo lo descubre una por sí misma, pero al oír a Olga y Olga, esas decepcionadas empleadas del Andino, llorar del modo en que lloraban por la sencilla razón de que pronto iban a perder el trabajo, y sumaban a sus temores la rabia por el modo en que la directora de la revista las trataba, como si fueran sobras de un almuerzo que nadie quiso, suculento, que otros se hubieran soñado, comida buena, te sublevabas, y Verónica ataba todos los cabos y te los mostraba: mira la película que dejan para las diez, mira la estrella con la que lanzan el nuevo número, mira las palabras de promoción, todo debe ser espectáculo, todo risa, todo olvido.

Tú tratabas de condescender: es negocio, señalabas, pero de cierto eran los días en que preferías desentenderte de la significación de aquella palabra. Te gustaba casi dejarla del todo en otras manos,

negocio, podías jurar ante quien fuera que tu esfuerzo por resaltar los resplandores emotivos de una cinta contribuiría a una esperanza digna que alentara el desarrollo del medio, y además, con toda seguridad –esta era tu convicción mayor–, un voto de confianza de los tesoreros o algo más, un sano ajuste entre ellos y los críticos de cine de Cronotopo, permitiría que el bólido volara lejos sin mayor problema, porque al fin y al cabo así te lo había dado a entender el ojiverde Pete Bond a lo largo de muchos años. Sin embargo, no dejaste de recordar las dificultades e incluso las humillaciones por las que debiste pasar alguna vez, cuando Pete les encargó a los miembros del grupo de redacción la tarea de conseguir publicidad para esos primeros números de Cronotopo que hoy la gente aprecia tesoro de coleccionista, en los que trabajaste a brazo partido con Juan Carlos López, con Fernando Aguilar, con la amada Mirta Lacia Porras, tu primera mujer, y conmigo misma, la correctora.

Tú niño te tomabas a pecho todo lo que tuviera que ver con la revista, asumiste la labor con entusiasmo, tu parte era visitar a las directoras y directores de mercadeo de algunas empresas de la ciudad, tratar de convencerlas para que invirtieran en la publicidad que ofrecía Cronotopo: una página entera para promover su marca, o media página, un cuarto o un octavo de página, portadas internas a buen precio, contraportada a todo color. No era poco el tiempo que había que dedicar a ese deber mercantil, y sobre todo era un trabajo que se te hacía más dispendioso de lo que en realidad era, porque no tenías mucha vocación para algo así. Indagaste por los nombres de las personas a cargo, hiciste las llamadas debidas, las visitas que pudiste hacer. A unas cuadras de tu casa y del Andino había un edificio de alzadas láminas gruesas de metal curvo pintado de color naranja, una escultura gigante de Ramírez Villamizar en la fachada que habías visto innumerables veces en la vida al pasar corriendo a su lado a donde tu amigo vecino, indiferente rumbo a la universidad o demorado en tus caminatas con Calenda, de día, de noche, a toda hora el edificio seguía allí. En el octavo piso funcionaba la aerolínea Bum, un pequeño orgullo del empresariado antioqueño. La jefa de mercadeo te había dicho que tendría en cuenta la oferta que le hacías, y que te llamaría luego. Tú esperaste tres semanas y la volviste a llamar. Ella te pidió que esperaras más y reafirmó que te tendría en cuenta. Tú lo hiciste, esperaste de nuevo otras tres semanas. Un martes a las dos de la tarde subiste las escaleras de piedra turrón del edificio de láminas gruesas de metal pintado de naranja, llegaste a las oficinas de Bum, te hiciste anunciar, la directora de mercadeo salió y te cogió a gritos delante de todo el mundo. Te llamó pordiosero, te dijo acosador. Tú respondiste en voz alta. Ella chilló: lárguese y no vuelva. Claro que no voy a volver, maleducada, mentirosa, exclamaste. Un vigilante se acercó,

pero ya dabas media vuelta y bajabas en el ascensor llorando por el insulto y la violencia. Y no sería esa la única afrenta. Pete te indicó que había que ser estratégico, tener tacto, aunque no volvió a insistirte en que vendieras publicidad.

Poco después propusiste un programa de radio en la emisora de FM de la Papista Universidad Criollista, de gran influencia en Medellín, y Cronotopo Radio fue un éxito sostenido a lo largo de dos años venturosos. La gente que mejor te conocía y sabía de tu denodada entrega a la elaboración de esos episodios radiales te inducía a que cobraras por tu trabajo allí y tú te negabas dando las razones que te sabías de memoria: no hay plata, no hay plata, lo que decían todos, en la emisora, en la revista, pero esa negación tuya nos perjudicaba a todos en el gremio, hasta que un legendario cineclubista que tú habías entrevistado para hacer en Cronotopo una reseña de su mítica labor te llamó por teléfono y te reiteró que los periodistas culturales independientes debían cobrar por su trabajo, así que él te iba a ayudar. Debías marcar un número que te dictó y preguntar por Olimpo Latorre, gerente de Almacenes El Clóset, presentarte y explicar que llamabas de parte de Marino Barroso. Así lo hiciste, y en principio consideraste todo un simple procedimiento protocolario. Tal vez habría sido solo eso y hubiera concluido con éxito para todos si en ti no se agitara ese algo tan tuyo que no sabe transigir ante el poder sustantivo. Sientes aún, y ese solo intuir se ha convertido en un saber oscuro y terrorífico, que todo era un tinglado morboso. Tu primer intercambio con Latorre fue precedido por el convencional dicho que reza: “El doctor está ocupadito”, cuyo diminutivo, típico empleo del subalterno ejecutivo femenino antioqueño, te exacerbaba en unos tiempos y hoy no solo te exacerba sino que te da risa negra, y debes callar para no ofender ni al patrón ni a la secretaria en función de madre meretriz, protectora y orgullosa de “m’hijo, el dotor”. Al parecer, la mención de Marino Barroso, el cineclubista veterano de mil guerras, vecino y oveja negra de los barrios más exclusivos de El Poblado, hijo calavera pero sempiterno miembro y representante de su clase, había logrado una sensible grieta en ese ternísimo sellado al vacío (“el doctor está ocupadito”), la secretaria había añadido con toda espontaneidad: “pero le voy a avisar”.

Latorre pasó al teléfono.

“Lo espero aquí mañana a las cinco de la tarde”, fue su sólida respuesta, y hasta un edificio que ya no recuerdas encaminaste tus pasos desde muy temprano al día siguiente, pues en esos tiempos vivías en el centro de Medellín y las oficinas principales de El Clóset quedaban bien lejos, en el extremo sur de la llamada Milla de Plata, un sector exclusivo de la avenida principal María Cano que atraviesa a Medellín desde Bello hasta Envigado, y en cuyas amplias y bien

adornadas aceras se asientan las sedes de las principales empresas de la región y el país: el viaje de ida y vuelta en bus, poco antes de que se inaugurara el Metro, se llevaba casi medio día. Además era viernes, el día más sofocante y atropellado de la ciudad. Latorre estaba al final de la jornada. Te recibió en una oficina vasta como un galpón, con ventanal al bosque de una quebrada, adornada con herrajes de enredaderas y poblada por elefantes enanos del Indostán, del tamaño de un sillón, vestidos con túnicas escarlata historiadas en idénticos signos blancos, a lado y lado del sofá mullido, provocativo, de suave cuero de color carmelita, y grupos escultóricos griegos que replicaban a tus espaldas al Laocoonte y sus hijos, más allá al juicio de Paris, en un altar a las tres Gracias, pero todo dispuesto de modo que parecía un adecuado y eficaz ambiente de trabajo. En el aire sonaba un jazz de Dave Brubeck, tú lo reconocías todo, menos la escultura del juicio de Paris, y tampoco tuviste tiempo de preguntar nada (hoy sabes que fue un encargo bien pago a Arenas). En las paredes se descolgaban telares incas iluminados por pequeñas lámparas laterales y al fondo un grabado enorme de Thor Bonka, quien todavía estaba vivo, representando un volcán piramidal de luz sangrienta: cerro Tusa, en Venecia, Antioquia.

Te condujo, malencarado, al escritorio gigante, de espaldas a ese fasto selvático, te indicó que te sentaras, ¿usted qué, hombre?, preguntó con amabilidad, ¿sigue insistiendo como un caballero loco en causas perdidas? Tu reíste, sorprendido de su franqueza, no pensaste mucho qué responder, Cronotopo no es una causa perdida, fue tu defensa, pero es que tampoco es una causa, remataste. Eso me gusta, exclamó él con una sonrisita. Vea, continuó, usted tiene ya esa publicidad, te encaró, yo solo tendría que llamar cuando quiera a una extensión telefónica que me sé de memoria y ya vos quedarías con un salario fijo cada quince días. ¿Eso es lo que necesitás?, fue directo. Estaría muy bien, contestaste. Lo ideal fuera que El Clóset tuviera más presencia en el programa, se expandió, y así hay que justificarlo en Mercadeo, como un patrocinio total, ante la responsable del gasto, porque eso es lo que para nosotros representa esa salida de plata, un gasto. Pero no te voy a pedir que dejés la revista y hagás el programa de cine para nosotros, ni mucho menos que dejés de responder ante el Instituto Global Andino. Me han dicho que ese programa es muy bueno. En ese instante sonrió más ampliamente, gracias, pronunciaste. ¿Vos qué tenés que hacer en seguida?, te requirió, ¿no te provoca un whisky? Con la misma gran sonrisa dijiste que no, y agregaste que él era muy amable.

Entonces agachó la cabeza, decepcionado, me han dicho que no tomás, pronunció.

Era un poco canoso, no vestía con sofisticación, pero era de

apariencia relajada y solvente, más bien de tipo melancólico. Alzó la mirada, no hay problema. Zarino me ha contado que usted es un misterio, comentó. Tú te sentiste abochornado. Zarino era Barroso. Así lo llamaban. Al cineclubista lo habías visitado en su casa para hacerle la entrevista que luego apareció recortada en Cronotopo y él te había expresado su deseo de acostarse contigo, fue el día de la posesión de Ernesto Samper Pizano como presidente de la República, te invitó a sentarte en su cama grande y vieja y polvorienta de alcoba de matrimonio de finca de familia paisa para ver el discurso de Fernando Botero, de quien dijo que sería el próximo en el trono, te acarició el brazo, te dijo es grueso, apretó un poco, qué fuerte eres, su voz se adelgazó, se nota que escribes mucho, suspiró, sé muy bien, puntualizó, que tú eres un ser sensible, delicado, te dijo que él reconocía a los de su especie con solo oírlos hablar unos instantes. Tú no te demoraste mucho allí, no supiste bien cómo responder y sencillamente te fuiste al rato. El día terminó con una visita al teatro Sinfonía, a unas cuadras de tu casa, el cine porno por excelencia de Medellín, y un polvo atravesado en el baño de un motel, de pie, con una barrendera del centro que te encontraste a la salida y a la que ni siquiera le dejaste quitar bien el overol verde oliva en la pieza cercana que le pagaste, barata, estragado, con la necesidad de limpiar una imagen de soledad y decadencia (tú llegarías a ser casi igual a tu deplorable cineclubista seductor), pero terriblemente excitado.

Zarino es admirable por todo lo que hizo, le respondiste a Latorre. No dijiste mucho más. Yo nunca haría algo así, en la revista simplemente quise exaltar su empresa de muchos años y agradecerle, porque yo me crie viendo cine en El Túnel, allí Víctor Galindo descubrió su misión y Luis Antonio Álvarez encontró un lugar desde dónde enseñarnos a mirar la ciudad más allá de cualquier utilitarismo. En ese sentido, tal vez nosotros seamos caballeros locos, pero en la revista Cronotopo Pete Bond y todos en su equipo intentamos mostrar un mundo muy grande, de mente abierta. Por eso Zarino siempre será para nosotros alguien digno de la mayor gratitud y reconocimiento. Ya, ya, en voz baja y con suavidad te interrumpió Latorre. Él tampoco se toma los tragos con cualquiera, se explicó, aludiendo a los célebres vicios que habían llevado a Marino Barroso a la más espantosa de las ruinas económicas y humanas de las que se supiera en la vida cultural de Medellín. Quedemos así, fue su cierre. Yo esto lo hago por mi amigo. Entonces fue más cortante: llámese el lunes a esta mujer en este número y dígale que cuenta con mi aprobación para asignar un patrocinio integral a su programa radial, con ella terminará de definir todas las cuestiones técnicas.

Al salir de las oficinas centrales de El Clóset, tú sentías que algo había sido frustrado en el encuentro, y no propiamente los previos

coqueteos de Zarino y ni siquiera la pasajera insinuación amistosa de Latorre. A los acercamientos de otros hombres habías respondido con tranquilas evasivas a lo largo de toda tu vida y, aun en profesores de colegio de quienes podrías haber delatado algún tipo de abuso por su autoridad, casi olvidabas el desencuentro y te sentías incapaz de juzgarlo, aunque también deseoso de hacerlo, de condenar algo así como la situación en que ellos temerosos invadían o asumían lo que tú tampoco entendías del todo tuyo. Con un fotógrafo la historia sería casi ridícula, pocos meses más tarde de tu visita a El Clóset, pues la invitación de él a su estudio para hacerte una serie de retratos, cuando salían ambos de un cineclub que estabas dirigiendo en el Museo de Antioquia, debería haberte parecido ya muy elocuente, e incluso cuando te pidió que te desnudaras no entendiste nada. Tu erección al pensar en el destino de esas fotos que él estaba tomando fue aplacada con fiereza por tu razón y el órgano se levantó a medias, pero nunca viste luego esas fotos ni volviste a hablar con el fotógrafo, quien por esos días estaba cobrando una cierta fama local como retratista que tampoco terminó de cuajar. Por ahí deben de andar esas fotos, piensas a ratos, yo ahora las estoy viendo –y me ahorro el apunte–. Lo que quedaría más marcado en tu memoria de ese día fue que, al despedirse ambos con un confiable apretón de manos, antes de tú irte, el fotógrafo te acometió alzando su aparatosa cámara profesional y apoyando abusivo el borde redondeado de la dura lente en tus órbitas oculares, nariz con nariz, con fuerza animal, contra la puerta de su casa, y disparó dos y tres veces sin ofrecer más explicación. Jamás volvieron a verse, para ti todo fue más que claro, aunque solo y nada más por ese violento adiós. Incluso con Monedita se hablaría de tu candidez sin que tú te dieras ni cuenta, la expusieron los dos frente a mí, tomándonos los amigos un algo de sábado en Versalles, después de ver en el Andino esa película de Greenaway que ustedes quisieron tanto, Conspiración de mujeres, cuyo nombre original es Drowning by Numbers, porque él entendió que tú ya le estabas buscando el lado tan solo al hablar del valor noble y la belleza elevada de los números en el diálogo de Fronesis y Cemí en Paradiso. Tú dijiste que el quince era la cifra tuya en todo y él se sonrió conmovido, dijo que sin duda el diecinueve era el número ideal, que era el suyo, pero que el quince era la medida afortunada, la triunfante. Tú le preguntaste por qué y él ya se mostró incómodo. Al final expresó para todos, como al aire, que era inverosímil tanta inocencia, y tú te molestaste, realmente sin llegar a entender aún nada. Ese eras y ese eres, Julián Andrea Sánchez. Si una fémina decía en un grupo del que hicieras parte –y yo lo hice– que contigo el nivel de humedad ambiente subía, tú frenabas a quien hiciera alguna observación adicional, nada más porque apenas entonces advertías un sentido oculto en la frase inicial, y si yo

celebraba con evidente malicia el que dijeras que aquí nadie ha dicho nada, subrayabas que nada es nada, con verdadera ira. En cierto sentido, tu camino ha sido despertar el deseo de muchos y apagarlo en casi todos. Y al mismo tiempo, no tienes ni la menor idea de conquistar a nadie. En este caso, sabías a la perfección que los dineros de El Clóset para tu programa radial no eran en verdad para el programa radial y que ni siquiera saldrían ya para nadie, por muy poco que te plantearas la cuestión, visiblemente patética para ti, en medio de las luces nocturnas del viernes y rumbo a la casa de tu reciente novia, muy cerca, en Itagüí, en donde celebraste el amor a lo bomba hasta el domingo al mediodía, la hermosa Deyanira, madre soltera, actriz figurante de Ricarda da, punkera total, radical, extrema, recepcionista telefónica del Instituto Global Andino, la bajista de Chochos, ninguna vendida y ninguna mártir, con quien pasaste tan bueno en las aulas solitarias y en el patio con pileta de la casona antigua donde habría Pete de levantar la nueva sede. El amor, y no hablo del amor a solas, ni te ha faltado ni te faltará nunca, señor.

Pero, en efecto, al lunes siguiente, sentado al lado de ella –quien hoy todavía es tu amiga– en la oficina provisional de Cronotopo, en el segundo piso de la casona donde la mujer también había sido ubicada hacía unos días y donde se dieron el primer tímido y enloquecido beso, llamaste al número y a la directiva indicados por Latorre y fue la ejecutiva misma quien alzó la bocina y seguidamente te informó de su propia voz y boca que sabía ya de lo que tú le estabas hablando y que en su función de directora comercial no lo aprobaba, que tan solo le daría continuidad al proceso por órdenes de arriba, ya que ese patrocinio en términos efectivos y reales no le convenía al grupo, esas fueron sus afiladas palabras, eso solo es botar la plata. Para quien te conociera un poco, y quizá Latorre ya tenía cómo preverlo, era fácil saber cuál sería tu decisión. Con amabilidad le dijiste a la superiora que de esa forma lo mejor era que siguieras trabajando gratis, solo por amor al arte. Terminaron la conversación con frialdad en buenos términos y tú seguiste el empeño solitario, no por mucho tiempo, hasta que aparecieron los salvajes, Natalia y todos ellos, los amigos de entonces, y tuviste que dejar la realización de Cronotopo Radio en busca de nuevos modos de ser y habitar la vida. Sin embargo, algo te decía que si hubieras aceptado la invitación de Latorre a tomarte unos tragos con él, la actitud de su empleada habría sido otra.

Por recuerdos tan vívidos como estos, los chismes de Olga y Olga en Guantánamo sobre Cesarina Salazar no se te hacían nada raros, pero sí despertaban penosas profecías que estremecían tus tripas bien adentro. La humillativa mentalidad de la imponente jefa de mercadeo de Bum y el utilitarismo de Latorre y la directora comercial de Almacenes El Clóset, tan propios de nuestros tiempos, habían

terminado por apoderarse del todo de Cronotopo, una vez muerto Pete Bond, con toda su hipocresía y su arbitraria altivez, su desvergonzado ventajismo humano, de presa hambrienta. Cesarina estaba llevando a cabo un desmantelamiento franco de la casa cultural magna y hacendosa que en medio de serias dificultades y contra los cálculos de cualquiera había construido Pete Bond durante una vida entera dedicada al Instituto Global Andino. La frase que parecía guiar esa minuciosa labor demoledora la habían oído Olga y Olga un par de veces (también Pablo en otra ocasión) en voz de ella y de Clark Whitman, el sucesor de Pete Bond luego de que este cayese vencido joven por un cáncer devorador, trágico e inexplicable. Justamente, aquella suerte de eslogan cantaba con insensible y aplastante lucidez: "Asúmelo: Pete Bond está muerto".

Así estaban regalando la reconocida internacionalmente y muy consultada biblioteca de cine a quien quisiera hacerse cargo de las grandes colecciones de revistas imprescindibles de cine y arte de todo el planeta, y hasta entregando a quien pagara lo que fuera por las variadísimas enciclopedias temáticas que recogían la historia de tradiciones ricas y antiquísimas (cines rebeldes u oficiales de la Cortina de Hierro, o experimentales, y de las repúblicas sometidas de la extinta Unión Soviética: Ucrania, Georgia, Armenia, Lituania, Estonia, et caetera, o sea los poemas fílmicos de Iosseliani, de Larisa Shepitko, de Dovzhenko, de Paradzhánov, de Tenguiz Abuladze, o cines africanos en la diáspora y los forjados a pulso en el continente madre, y cines de Oriente Próximo, egipcios, curdos, palestinos, israelíes, iraníes, cines mexicanos, criollos, indígenas o indigenistas de toda la Pachamama, feministas o de mujeres bajo el patriarcado no muy conocidas o casi olvidadas, Matilde Landeta, Doris Dörrie, Kira Muratova, Kao Pao-shu, Gabriela Samper, Ida Lupino, Safi Faye, cines extinguidos por el fuego o la censura o cines nunca vistos lejos del papel, como Là-bas, de Buñuel y Carrière, filme que nunca se dio a luz por fuera de sus ojos, o el guion anotado del Viaje a pie de Fernando González, que nunca pudieron rodar Víctor y Gonzalo Macías, hay tantos cines, tantos…), y así también estaban simplemente saliendo, en consecuencia, del archivo formal y riguroso –el afamado e inolvidable Centro de Documentación del Andino–, dispuesto en una complicada estructura financiada, gestionada y liderada por Bond según la asesoría profesional de la Universidad Ática, que todo un equipo de animosos colaboradores y empleados ahora sin trabajo, expulsados por Whitman, se había demorado en recoger y ordenar con todo primor durante los últimos tres lustros y que daba cuenta de la producción y la circulación del cine y el audiovisual mundial de todos los tiempos, y especialmente desde los años setenta, cuando Pete Bond llegó a Medellín y se vinculó al Andino y le dio todo su corazón al

noble oficio de alentar y preservar la expresión cultural en una Medellín cosmopolita y apoteosis del auténtico sueño americano de prosperidad, de esplendor y de holgura, de grandeza y disfrute, de esperanza, y si Cesarina o las dos Olgas no encontraban quién recibiera todo ese material invaluable, sencillamente lo botaban, poco a poco lo estaban acabando.

Fue por ellas, en buena medida, por su relato, que tú le pediste luego a Pablo que te contara bien y te mantuviera al tanto de lo que estaba pasando en las más altas esferas de la sección cultural del Instituto Global Andino en relación con la revista de cine de la que tú eras parte. El día anterior a aquel diálogo revelador en Guantánamo, Olga y Olga te habían ofrecido las colecciones numerosas y casi incunables de Sight and Sound, nada más y nada menos, y de la gloriosa Revista de la Cinemateca Uruguaya (todos los números desde 1990, ocho cajas pesadas de volúmenes juiciosamente dispuestos y empastados a lo largo de años y años), para que ellas mismas, y así te lo dijeron, no tuvieran que negociarlas por kilos con un reciclador conocido de la cuadra. Fue por esta incauta pero condolida persuasión última por lo que algo te olió de veras mal, y luego, en el bar, después de todas las historias, Verónica y tú terminaron de sacar las conclusiones que desde hacía rato las nuevas y reiterativas exigencias de más brevedad en los textos y más espacio para el cine de consumo rápido en Cronotopo permitían entender incendio, devastación, catástrofe. No era solo una cuestión que los afectara a ustedes en una contratación laboral ya muy volátil de por sí. Era un mundo el que se venía abajo, un espíritu, y tal vez para siempre, una visión del Cosmos magnánimo y desbordante y de la vida pensadora y creativa, reducidos a un balance de costo y beneficio en archivos Excel para el concierto de jazz blanco el día de Acción de Gracias, con los aplausos obligados después de cada solo instrumental.

Entonces sucedió. Cesarina tuvo que hacer un viaje a la capital para visitar con Pablo otras publicaciones culturales y hacer un diagnóstico que en el papel permitiera diseñar más eficaces estrategias de mercadeo en Cronotopo, y fue en la noche del día de su esperado regreso cuando tú y él hablaron largo y se destapó el dispendioso e innecesario plan de la junta directiva por acabar con una revista que de un plumazo podrían haber acabado desde mucho antes. La colosal empresa destructiva era mayor para justificarse en unos meses que los honorarios precisos para pagar a los colaboradores de varios números en dos o más años. Por demás, los muy puntuales escenarios que planteaba Cesarina –recuerda: ya solo era posible aligerar el contenido de la revista, vender la marca o acabar con la publicación– no daban pie sino a que Pablo citara el refranero de su ancestro santuariano: esto es pelea de tigre con burro amarrao. Y desde luego, en los otros

ámbitos de la sección cultural, o es decir: en los inquietos cineclubes que gracias a la labor de tiempo atrás de Monedita se programaban desde la Dirección de Cine del Instituto Global Andino y que hoy Cesarina bregaba a unificar y depurar de contenidos problemáticos para hacer un solo Cineclub Cronotopo del "cine que no envejecerá jamás", o en lo que quedaba en las oficinas ya casi vacías de contenedores por vender del clausurado Centro de Documentación, y también en la emblemática Galería de Arte Contemporáneo Pete Bond, empeñada ahora a programas sociales del Municipio y a duras penas sobreaguando por una defraudada gestora que antaño fuera la principal cómplice de Pete en sus propuestas, la crisis era parte por parte análoga. Olga y Olga no se imaginaban lo que se iba a desatar una semana después, el martes 22 de abril de 2008, cuando le entregaron a la querida y popular Sara Dueñas, secretaria vitalicia de la Dirección del Instituto Global Andino, la carta a la Junta Directiva que tú redactaste con Pablo y Verónica y Óscar Osorio, con copia a los demás involucrados, gracias a la espontánea ocurrencia y práctica exigencia que te demandara esa crítica eventual y realizadora en ciernes, Verónica Espitia, que no por nada sería poco después tu esposa por rito sacramentado de la Iglesia católica, apostólica y romana.

Ese mismo día se hizo oficial lo que la noche anterior uno de los muchos invitados a firmar había filtrado a Cesarina, pues era su socio en el supuesto y además bien escenificado rediseño de la revista, una farsa que todos cumplían con creerse. La misiva ya contaba con muchas de las firmas más rutilantes del cine colombiano, y así llegó temprano, a primera hora, a manos de Sara Dueñas. De inmediato, a las ocho horas con cinco minutos, y sin que supiera que ya no podía hacer nada, Cesarina entró con Gustavo Lorgia, jefe de Mercadeo, y con Bárbara Luz Traslaviña, la temida jefa de Recursos Humanos, a la oficina de la Olga superior (responsable de publicidad, distribución y ventas de Cronotopo y de toda la logística de las salas de cine del Instituto Global Andino) y le ordenó que saliera ya mismo y sin tocar ni una vez más el teclado del computador. Olga superior vio cómo la gigantesca, estrábica y dominante Bárbara se sentaba en su puesto y tomaba con presteza el ratón, la vista fija en otra parte, salió de su oficina y se encontró en el recibo con Olga inferior (simple auxiliar de Cesarina en todo), quien acababa de pasar por una experiencia similar en la oficina que compartía con su jefa, y la jefa y Lorgia fueron entrando en todos los cubículos de la sección cultural y dando a cada uno de los empleados el mandato inapelable de que salieran ya mismo y sin tocar ni una vez más el teclado del computador y se reunieran y esperaran en el aula 3-104 de eventos especiales, la misma de la gran foto del Empire State iluminado de noche y cuyo tibio tapete azul

índigo tú y Deyanira y Calenda y Elisa con tanta gratitud y regocijo recuerdan. Obedecieron los subalternos en manada lenta, en medio del desconcierto y un deshilvanado rumor, y a los pocos minutos Cesarina entró como una tromba y se sentó en la primera fila haciendo ruido, con el rostro enrojecido y los ojos afuera, pues había comprobado que las cartas ya habían llegado a su destino, mientras Lorgia le explicaba a todos con gesto severo de circunstancias que Bárbara Luz y su equipo revisarían el correo institucional de uno por uno de los empleados, mensaje por mensaje, para aplicar los correctivos oportunos ante un complot que se estaba tramando desde adentro en contra del Instituto Global Andino. Se les dijo que desde ese momento no habría entrada a las oficinas del piso 9 y que solo se volvería al trabajo en dos o tres días, cuando ellos recibieran el llamado a una nueva reunión en la que se les informaría de las nuevas medidas de control que las directivas no dudarían en aplicar en beneficio de la institución de todos. La reacción mayoritaria fue de pura perplejidad, y Olga y Olga se miraron con temor, no por lo que hubieran escrito en ningún mensaje de correo electrónico (por ese medio se habían cuidado de decir algo comprometedor), sino por la magnitud de la avalancha que habían ayudado a generar.

Con todo, el detalle que molestó de veras a algunos es que nadie podía ya volver por ninguna de las cosas que no hubieran acertado a sacar de sus oficinas, y no había modo de reclamar: mañana pueden volver por ellas, así se tratara de una cédula de ciudadanía, de unos lentes de contacto, de las llaves de la casa. Olga inferior solo pudo conseguir, luego de largo trámite, que Dolly, una empleada de servicios varios, entrara y rescatara sus llaves, pero solo porque la afectada insistió hasta el cansancio, y solo porque la necesidad permitía que ella así lo hiciera. Andy, el diseñador, debió pasar de un día a otro sin sus lentes y Manu, la propia asistente de Lorgia, supuso que con suerte podría prescindir de sus documentos de identidad hasta el otro día. La evidente situación de acoso laboral era nada más uno de los signos del nuevo espíritu que, según te lo contaría por esos días la mismísima Sara Dueñas al teléfono, había desplazado a la alegría y sencillez intrínsecas de Pete Bond y que él le contagiara en chanclas desde las cinco de la mañana hasta las once de la noche al Global Andino por varias décadas, de lunes a domingo, con tanto amor que, para quienes habían sido testigos del cambio –y menos mal yo no lo fui–, esto era algo más que lamentable: una desgracia indescriptible, una fatalidad inmensurable. Nadie sabía, nadie podía decir con exactitud lo que se había perdido, porque era todo, era una vida.

***

Entre tanto, las cuentas de correos electrónicos y la incipiente aunque ya concurrida y poderosa red social de Facebook comenzaban a poblarse de inquietudes, proclamas y réplicas. A última hora había llegado un mensaje de la gran Marta Rodríguez que decía:

"Julián: Adhiero a los términos de la carta en solidaridad con Cronotopo. Creo que finalmente el Global Andino de Medellín aceptará la sustentación que dicho documento contiene, pues al cine colombiano, y a las cinematografías a las que habitualmente se refiere la revista, les hace falta la continuidad de un órgano de reflexión y debate como lo ha sido Cronotopo a lo largo de su meritoria existencia de 18 años.

Un abrazo de

Marta Rodríguez de Silva".

El prominente envío demostraba lo que era un sentir unánime. Poco antes, Pancho Espina, uno de los últimos en firmar, y de los más importantes, le había escrito a Monedita:

"Hola Pablo:

Desde un pueblo perdido en el Uruguay he leído con preocupación una carta que me ha enviado Julián Andrea sobre el futuro de Cronotopo. Como no me queda muy claro lo planteado quizá tú puedas darme algunas luces de lo que está pasando para ver si me uno a la causa. En BsAs Arnulfo Vega me entregó el último número, que se me hizo muy bueno. También le hice llegar un ejemplar a Sergio Wolf que me entregó Diego Malo. Sería una lástima que después de tan larga vida desaparezca o cambie para mal Cronotopo.

Un abrazo,

P".

Pero todo ello era solo el comienzo.

La respuesta pormenorizada en que Monedita hizo público su relato, al amanecer del viernes –habían pasado tres días desde la entrega de las cartas–, fraguaba desde ya lo que sería su fortalecimiento en el medio (entre otras cosas significativas que yo no me habría imaginado, él se refiere allí a tu carta al IGA como un fruto de tu impaciencia), pues gracias al mensaje de Espina y a la correspondiente oportunidad que el cineasta le ofrecía a Pablo para contar su versión, el crítico radicado hacía no mucho en Bogotá logró desplegar en una carta masiva lo que habían sido sus enormes méritos en Medellín, como director a principios de siglo del Programa de Cine del Instituto Global Andino y de la revista, o a partir de un momento ya solo como editor de Cronotopo, desde la céntrica distancia del altiplano. La carta merece ser conocida y que la leamos bien porque es el testimonio de un batallar nada ingenuo sino, por el contrario, bien consciente de los valores y pugnas que entrañan para la humanidad el intercambio cultural y la inversión monetaria en la expresión artística.

***

Apreciado Pancho (Espina):

te respondo a vos y de paso salgo al paso de la insistente serie de rumores que esta semana han tenido como causa a Cronotopo. Por tanto este correo va con copia a Cesarina Salazar (csalazar@andinoworld.com), directora de Cronotopo, y a un entrañable grupo de colaboradores y amigos de la revista.

Durante 2007, Cronotopo tuvo un año brillante: se recuperó la periodicidad, se aumentó el número de suscriptores, se obtuvieron apoyos por 37 millones de pesos del FDC [Fondo para el desarrollo de la Cinematografía], el Ministerio de Cultura y la Alcaldía de Medellín y se hicieron tres dossiers sobre oficios en el cine colombiano que ayudaron a recuperar el sentido de pertenencia del sector audiovisual con la revista. En diciembre, [el festival]In Vitro Visual nos entregó un significativo y curioso premio por el "Aporte al fortalecimiento cinematográfico nacional". Para resumir: Cronotopo tenía el mejor semblante en muchos años.

En vez de entenderlo así y capitalizar ese buen momento para fortalecerla, el Instituto Global Andino empezó a enviar mensajes muy contradictorios sobre la posibilidad de su continuidad. Argumentó, en la vocería de Cesarina Salazar, que la revista estaba teniendo pérdidas por 60 millones de pesos anuales, lo que en ningún caso representaba un buen augurio para el futuro de la publicación. Y esto a pesar de que –como argumenta la carta que circula– la institución recibe ingentes beneficios tributarios por su trabajo cultural, dentro del cual se incluye, por supuesto, a Cronotopo.

La propia Cesarina me había manifestado desde tiempo atrás su preocupación por la densidad de los contenidos de la revista y acusaba a esa densidad de su poca circulación. En varias oportunidades, y con comentarios muy superficiales que delataban una escasa o ninguna empatía con Cronotopo, sugirió aligerar los artículos y reducirles su extensión y complejidad.

A comienzos de este mes, acompañé a Cesarina en una serie de reuniones en Bogotá con medios de comunicación y otras entidades públicas y privadas, en una fase exploratoria de posibles alianzas y apoyos para el futuro de la revista. Fue una iniciativa que en su momento consideré valiosa y valiente. Sólo que la estrategia resultó muy contraproducente, porque la posición de Cronotopo fue, para decirlo claramente, mendicante; no la de quien tiene un know how para negociar algún tipo de intercambio. En lugar de defender con la frente en alto la importancia histórica de Cronotopo, su trayectoria y valor patrimonial, la revista se paseó por las oficinas de

los principales medios culturales del país como un producto amateur, incapaz de ofrecer un contenido con criterio periodístico, pésimamente diseñado, mal impreso y peor distribuido. De esta jornada en Bogotá se recogieron –con notables excepciones– amplios argumentos a favor de la causa de una publicación más variada y amena, que diera respuesta a las demandas y necesidades inmediatas del consumidor de cine. En ese momento, y considerando los costos que eso acarrearía y la desviación que representaba dentro de la lógica interna de la revista, se me hizo evidente el divorcio de la actual directora con el sentido y la dimensión particular de Cronotopo.

Por su parte, los colaboradores seguían siendo depositarios de los mismos rumores contradictorios de los que hablé al comienzo. Uno de ellos, Julián Andrea Sánchez, se impacientó y renunció a sus actividades con la revista y con el Andino en general. Al mismo tiempo, empezó a escribir la carta que vos y muchos otros ya han conocido. El lunes pasado, esa misma carta fue enviada por uno de los posibles firmantes a Cesarina Salazar, quien ha reaccionado a ella con un completo silencio.

Si bien esa misiva no fue inspirada por mí ni refleja totalmente mi posición, no dudé ni lo dudo todavía, en solidarizarme con Julián en su intención legítima de socializar una expresión que, en su momento, quienes orientamos la revista no tuvimos en cuenta: la de su grupo primario y original. Para ser consecuente con esa solidaridad, renuncié a mi trabajo como editor, en comunicación escrita del día martes que tampoco ha sido objeto de respuesta.

Siento que Cronotopo no es ni mucho menos una publicación ideal, pues debe y puede ser objeto de revisiones y cambios en múltiples sentidos, pero estoy seguro de que esos cambios tendrían que ser orientados con sentido práctico pero también con sensibilidad. Y en el actual Global Andino esas dos cosas mágicas brillan por su ausencia, por lo menos en sus cuadros directivos.

Durante ocho años como editor, creo haber realizado un trabajo serio y respetuoso, donde nunca se cedió a presiones de ningún tipo, donde la ética fue el norte y donde muchos de quienes reciben este mensaje, algunos jóvenes, otros no tanto, hicieron una escuela en el oficio de la crítica de cine y encontraron –lo que es más importante aún– un lugar para ejercer la libertad intelectual. Independientemente de que esta aventura tenga continuidad o no –y ojalá la tenga– estoy seguro de que muchas, incontables personas nos recordarán con gratitud.

Un abrazo a todos,

Pablo Alberto Zuluaga

***

Llegan a mi mente las discusiones que tuvimos más de una vez con Fernando Aguilar y Mirta Porras por aquellos tiempos en que el gobierno de Gaviria acabó con Focine, la empresa estatal de cine, nuestras acaloradas discusiones sobre la necesidad del arte en nuestras naciones. Era apenas el año de 1991 y Cronotopo estaba entregando sus primeros números. En mayo había aparecido el especial sobre el Festival de Cartagena más reciente y en sus páginas finales ya está tu primer artículo (tú no habías ido aún al Festival), desde el principio de tu carrera y abiertamente en contra de la publicidad encubierta con que medios como la revista Semana o el emporio del periódico El Tiempo y las emisoras de Caracol malinformaban a toda Colombia acerca de la estridente película El Padrino III solo para alentar con mañas un pacto ventajoso del Estado con la mafia –pacto que tú, por otra parte, no llegabas a condenar–. Luis te había insinuado hablar de esa película porque sabía de tu afición a la saga de Coppola y a la excelente saga de Mario Puzo, y mientras Pete y Juan Carlos y Fernando se iban a Cartagena en el gran Dodge Jaguar setentero del jefe (Pete y Juan Carlos eran amantes), padrino e ahijado se habían quedado en Medellín hablando de muchas cosas sin pensar casi en el popular evento del cine nacional, pues el propio crítico estrella estaba casi vetado por la junta directiva de las élites costeñas. Lo veían como a un verdadero enemigo del festival desde que Luis había condenado con dureza en su muy leída columna de cine de El Parroquiano la salida de Marisol Edda Mejía de la jefatura de programación (una cineasta paisa con amigos en los más selectos circuitos de cine europeos). Tú, por tu parte, ni querías ser crítico de cine –eras un niño de 17 años–, ni sospechabas que pudieras serlo. De eso hablaremos luego, mañana viernes, si es que hay mañana en el mundo, o el sábado, día jubiloso del Inti Reiki, cuando abordemos la muerte de Juan Carlos y eso que no has podido elaborar ni aun realmente saber de tu propia vida entre la cizaña que creció luego y no para de crecer.

La verdad es que en la gala de inauguración un inolvidable ministro de comunicaciones, el desubicado pronazi Alberto Casas Santamaría, siempre viejo, remedo de lord, pronunció con su monóculo entre los dedos para marcar los acentos efectivos el discurso histórico en el que el presidente y yo, en uso de todas las facultades que nos confiere nuestra alta responsabilidad, hemos decidido anunciar el cierre de Focine e invitar a los cineastas de esta plurívaga patria nuestra y de todos, intoxicada esta noche aún por la alevosía vana de un mal ambicioso y torpe, pero ahíta de redención y goces válidos, a participar en una nueva travesía de mayores riesgos y conquistas en la que sea el público verídicamente el anhelo de

nuestros desvelos y, en últimas, quien sustente las empresas nobles de un cine colombiano que entonces habrán de asentar con orgullo digno su quehacer en un sentir y un arte irrefrenablemente populares. Unos cuantos meses más tarde, la lectura común del nuevo y contestatario editorial de Cronotopo insinuaría para el pequeño grupo de redactores los mismos rumbos divergentes que a ti te harían bandear muy pronto en la revista de la que ya hacías parte y con tu corporación de amigos entre el favor y el rechazo de los colegas y de la propia opinión pública en Medellín y el resto del país. En ese escrito, Luis Antonio Álvarez se pronunciaba institucionalmente frente al discurso del centralista y romántico tecnócrata Casas Santamaría, haciendo por primera vez de Cronotopo su tribuna propia, aseverando que el camino de los gobiernos en la nueva coyuntura de preponderancia del mercado, luego de la caída de las ideologías, era justamente apoyar la industria naciente de las imágenes, y no sofocarla. El texto en su integridad dice así:

"Lo que puede decirse del plumazo de 'modernización' del gobierno con respecto a la actividad cinematográfica puede parecer paradójico: Focine no merecía existir y, sin embargo, su desaparición es una absoluta catástrofe. No merecía existir en la forma en que los políticos le habían impuesto hacía varios años y que lo llevó fatalmente a convertirse en un penoso elefante blanco. Pero que el gobierno se desentienda por completo del fomento a la creación cinematográfica es un acto de torpeza, digna de los mismos cerebros que burocratizaron, politizaron y redujeron a la inmovilidad a una entidad nacida con los mejores auspicios. Los otros organismos del Estado que fueron eliminados con la nueva reforma fueron reemplazados por equivalentes supuestamente más ágiles y efectivos. Al cine el Estado se lo quitó de encima, ratificando una vez más la radical ignorancia de nuestros gobernantes sobre el papel central de los medios de comunicación y la necesidad de integrarlos en una concepción global y moderna. En Colombia hay cine y hay creadores cinematográficos, varios de ellos con auténtico talento. Pero cualquier cinematografía que no sea la de Hollywood necesita apoyo y fomento. El cine no debe ser mirado, en un país como el nuestro, como un medio de obtener rentabilidad a toda costa sino como un lenguaje, un arte, un elemento de identidad. Focine logró durante un tiempo este objetivo (bajo Isabel de Norden y Marisol Edda Mejía) y puso a Colombia en el mapa del cine internacional. Se trataba de restaurar ese camino y no de destruirlo".

Mirta, en cambio, durante los diálogos deshilvanados que sosteníamos en las viejas oficinas de la revista, sostenía de manera firme que, si ningún gobierno tiene ni tendrá recursos o métodos para enfrentar las necesidades urgentes de la nación, mucho menos estaría

en la obligación de dirigir un solo peso a la hechura o al simple fomento de películas que, para la gente, son y deben ser, primero que todo, un pasatiempo provechoso y cercano a sus gustos. El cine solo sería justo y necesario en nuestra América cuando el pueblo consumidor pague con gusto por él y lo aprecie por lo que las películas le dan cuando consideran a ese espectador sentido y objeto de una historia compartida. La conversación podía extenderse horas e involucraba no solo puntos de vista más de fondo sobre la humanidad, sino también información que tú en ese momento aún no tenías y a la que, incluso, solo habrías de acceder por las experiencias más tristes de los años siguientes. El discurso de la justicia ya pasó de moda, llegaba a decir alguien, y tú revirabas: claro, pero la injusticia está al día. Por eso, tus posteriores incursiones en el video independiente encarnarían por un instante una extraña utopía que pareció hacerse realidad cuando ganaras, ya muerto Luis, aquel premio importante y cuantioso por un documental que realizaste con tus alebrestados compinches, justamente sobre lo útil que resultaban los nuevos formatos tanto para la expresión social de las comunidades como para la solvencia de la industria misma. Sin embargo, tú sabes hoy que el descalabro que vino de inmediato para ti y los tuyos estaba enraizado en la misma disyuntiva que ahora, en el 2008, le hacía creer a Cesarina Salazar que Cronotopo se ocupaba de asuntos impropios para un público masivo, muy abstractos, fatigosos, incomprensibles o, más ciertamente, incómodos. Tu artículo reciente sobre Lobby, burlándote del carismático y poderoso locutor, pseudo-periodista, Tulio Gómez Cruz (vendido a las distribuidoras de cine, además, a cualquier pautador publicitario y a grupos de influencia muy bien definidos e identificables), y en el que atacabas con fervor la mentalidad cínica de la falsa aristocracia bogotana, era un ejemplo bien dicente, en ese sentido, de los textos que Cesarina buscaba afeitar. Y aun, ¿qué no habría para decir, para contar en favor incluso de tus anteriores excesos con la droga, sino que lo que otros llamaban buen juicio y austeridad era hoy para ti complicidad con la más refinada barbarie? Tú por un tiempo habías querido dejar de creer, durante tu proceso de rehabilitación en el Hogar La Alborada, o habías debido olvidar por un lapso, que había un vínculo directo entre los ejecutivos del piso 9 del Global Andino y de todas las capitales del país y el paramilitarismo que expropiaba y masacraba y desplazaba a familias y comunidades enteras en el campo colombiano.

Sea el instante de evocar lo que pasa en este momento en que hablamos y este momento en que me oyen, lo que pasa ya y no se olvida, lo que no se va, lo que perdura más allá de toda imagen visible, lo que es y será una forma final, la última, la única salida. Las comunidades del Bajo Cauca, cercadas por las mafias continentales

que se mueven bajo designio incendiario del poder, dejar hacer, dejar matar, o hacer dejar, hacer matar, sí, esas cercadas comunidades miran hacia todo lado y nos ven, ven el monte mientras andan y lo ven morir, pero allí estamos, viéndolos buscar un fuego, un destino, hallando la luz que sueñan con jamás perder, pero que jamás se queda, y los sabemos, a esos niños los conocemos, enjaulados en el monte por las alcaldías pasan, día a día, contados en tumulto y numerados por su nombre, sin su tierra, sin su hogar, despojados de la dignidad de hablar, les han cerrado las puertas, son pueblos enteros confinados en alambrados galpones, no pueden contarle lo que hizo EPA a nadie que llegue de afuera y los busque, o lo que hizo la SIM aprovechando la crisis del embalse que se iba a romper, los guardaron como en corrales, los tienen durmiendo en el suelo, han matado a muchos desde antaño, allí están, y sus defensores también son amenazados, pero no hay quien pueda decir esto en voz alta, porque los medios han sido tomados desde hace decenios por los mismos asesinos intelectuales, ilustres, encorbatados y perfumados que, de turno en turno, en amarillo corbatín de pepas negras su pipí feliz, pasan el dato fatal de la siguiente víctima indefensa, del apoyo incivil clave al operativo oficial impecable, sin tener que decirlo ni dar la orden siquiera, y aseguran a sus esbirros y se dicen buenos, útiles, guías, hasta el punto de creérselo, de borrar todas las huellas para su buena conciencia y la de sus herederos, y he aquí el cine desatado, he aquí el video infernal, he aquí a quien nos lo cuenta todo, he aquí el resplandor real.

Sí, yo también lo avizoré y lo
dije, lo canté en trenos de furia esa
tarde misma en que Cesarina me
llamó, en los momentos en que
la carta de Monedita era leída por
todos en el gremio nacional de los
cineastas libertarios y los rebeldes del
yo altanero y la bulla, del eso gozoso y la
candela madre, juntos todos en un saber de
irresponsable impotencia sanadora, le
dije habla, habla, Cesarina, claro que
sí, te oigo, la carta la escribí yo con otros, pero
fui yo quien la tejió y contó aquello que no
sabes aceptar por más que lo
sostengas, que no sé por qué los
avergüenza si lo afirman, fui yo, y
no hay problema en que ahora te
manifiestes y me hables, ni en que me
reclames por lo inesperado de

mi reacción, ahora déjame hablar a mí, le
pedí, déjame hablar, te diré, y fue
entonces cuando me calló, luego de
yo haberla oído minutos y minutos largos, y
entonces alcé la voz, alcé la voz hasta el
bramido, y de nuevo el relámpago me
poseyó, si desde hacía meses casi
eternos la renuncia absoluta a
las drogas me había hecho al
fin alguien imposiblemente
sereno, ahora no pude
más que pronunciar
con fuerza
ruin e
incomparable
la bajeza en la que
había surgido de nuevo mi
persona a una vida embaucada por
lo que se dice cultura y no era otra cosa que
desperdicio del pensar, espíritu de
poder, palabra de mofeta
no albur, vasectomía
de la mente
infiel
cobarde
a vos te queremos
afuera, a vos te vamos a destruir
porque no merecés sino la torta más pútrida
que te has sabido ganar haciéndosela comer a otros
que sudaron el pan bueno, que cultivan todos
los días la mejor cosecha, la de la campiña labrada
por el paso nuevo del recuerdo
que tú desconoces y ahogas, que tú te apropias y
desprestigias, mísera voluntariosa
decana de la inexistencia
payasa cesarina
de los dineros
fatuos, de la
regla ida
que ya
nadie
cree.

Así fue. Y entonces te colgó. No te alcanzó a decir lo que Pablo te comunicó de inmediato, y era que media hora antes él y ella habían

hablado. Que todo estaba en trance de arreglo. Que era mejor conciliar. Te supiste en el vacío. Celso Henao te llamó, había varias personas cercanas que querían proponerte a Whitman como nuevo editor de la revista, en reemplazo de Pablo, y aun como nuevo director del Programa de Cine, para que Cesarina fuera expulsada. No supiste qué pensar. En la noche, Olga y Olga –que en la mañana habían regresado a salvo a sus cubículos– les enviaron a Verónica y a ti un brevísimo y lapidario mensaje en reproche con amargura de tu actitud: "lamentamos mucho lo que está pasando, todo se hizo como no debió hacerse", firmaban juntas lacónicamente. Verónica te previno: cuidado, no irrespetes el legado de Pablo, no aparezcas como pescador en río revuelto. Solo sabías que Cesarina había terminado sollozando ante tus ataques brutales, despiadados, irreparables. Y al mismo tiempo, las redes se habían vuelto un zafarrancho. El incansable gestor Wilson Manyoma, tocayo del gran cantante, apodado Monstruo de los Mangones, líder del arraigado cineclub Pulpmovies y uno de los responsables y dolientes mayores del malogrado Centro de Documentación, había creado un grupo en Facebook llamado "Pete Bond está vivo", en el que, durante todo el fin de semana, se levantó una gigantesca controversia que convocaba y logró involucrar con ardor a la comunidad cinéfila de Medellín y el país entero. En ese intervalo, Monedita y tú mantuvieron un silencio acordado hasta tanto no hubiera una respuesta oficial de la junta directiva del Andino, que en palabras de Pablo no demoraría en hacerse pública. Tú ya no esperabas nada. Eso sí, a Olga y Olga les respondiste en la mañana del sábado, trajinado, luego de una torturada noche de sexo y desvelo sin descanso en la que murieron Eco, Sontag y Fanon, posesos.

***

Olgas, yo ya sí que estoy totalmente desinformado de lo que está pasando en el Andino y con Cronotopo, pero por el mensaje que ustedes dos nos han enviado ayer a Verónica y a mí puedo deducir que jamás podría estar verdaderamente bien informado. La verdad es que cuando ustedes dicen que traducir nuestra preocupación en una carta fue algo que no se debió hacer de ese modo –y digo "nuestra preocupación" porque hablo de un montón de gentes, incluyéndolas a ustedes–, o sea: cuando afirman ambas que nuestra preocupación quizá podía ser comprensible pero que el modo de expresarla no fue el más adecuado (teniendo en cuenta, además, el que tal vez ni siquiera se refieran a la carta como lo inadecuado sino a la reacción mía con Cesarina en la llamada que ella me hizo a mí, o probablemente a la reacción de Pablo al renunciar como editor de la revista), entonces,

con todo y eso, me pregunto yo cuál debió haber sido el conducto regular, por decirlo así, o esa forma adecuada a la que ustedes hacen una referencia necesariamente tácita, pero no sé si las Olgas mismas sean capaces de decirlo. En todo caso, ya que cuestionan el proceder mío y quizás el de Pablo, piensen, ¿por qué apoyaron nuestra carta cuando supieron que la estábamos diseñando y participaron de la entrega de la misma a Sara Dueñas? Ustedes saben que todos los datos en los que yo me fundé para redactarla no fueron parte de un rumor sino de noticias reales que me daban las dos y que corroboraba Pablo. Según esos datos, Cesarina no valora la revista, y quiere hacer un cambio total, no solo formal, un cambio que incluye dentro de sus posibles escenarios la misma desaparición o la venta de Cronotopo. Seamos francos, Olgas: el fementido deseo de conservar la línea editorial de la revista, que ayer en la tarde su jefa se ha emperrado en simular patéticamente en el teléfono durante minutos largos de perorata insoportable, ha sido algo que se ha visto obligada a alegar en medio del desespero, y ahora Pablo quiere creerle, pero no puede ser un pensamiento sincero ni mucho menos lógico si se parte del hecho de que ella ni lee la revista, según lo que ustedes dos y él me aseguraron a mí. Por el contrario. ¿O tendré que recordarles que Cesarina desprecia todo lo que la revista es en general, y ante todo el mundo la presenta con vergüenza? Suena muy duro, pero esa es una visión que yo tenía ante mí porque me la develaron ustedes mismas, y no creo que las Olgas y Pablo sean unos simples chismosos tramadores. Luego un soplón le contó a ella de la carta que estaba en boca de todos y hubo las reacciones de defensa en el Andino, reacciones nada racionales, como ustedes mismas me lo dijeron a mí en coro por teléfono el jueves pasado, o sea: hace apenas dos días ("Nunca me imaginé que el Andino fuera así de cochino"). Fue de ese modo, envenenado por esa pintura de los hechos, como recibí la llamada de Cesarina ayer a la hora de mi siesta, y ella habló a su gusto, todo en esa mujer se me hizo coherente con lo que he ido sabiendo desde hace tiempo por muchas fuentes y por mi propio trato con su despacho, ya nuestra jefa iba a colgar triunfante como quien dice asunto cerrado y yo solo le pregunté si acaso le podía responder, me dijo que sí –me concedió la gracia– y no bien comencé a sostener mis razones ella empezó a montarse en mis palabras, a negarlo todo, alzando la voz, sin dejarme terminar ninguna frase, a decir que lo que yo hacía era parte de un montaje, no me dejaba hablar, y en ese momento me pareció no solo la ignorante atrabiliaria que es, sino una estafadora infame, una tramposa de peligro y, además, una detestable niñita caprichosa del Abbesse de la Fontaine que quiere hacer berrinche cinco minutos sin parar pero no lo deja a uno hilar ni un motivo. Ahí me salí de mis cabales, reviví muchos traumas, me cobré

muchos maltratos, todos, y le proferí a grito herido lo que yo pensaba y pienso de ella sin medir distancias. Al decirle que Pablo y yo queríamos que se fuera, cosa que nunca hemos hablado, realmente, al revelarle la bajeza de lo que él me había hecho saber de su viaje a Bogotá, los detalles que mi viejo amigo nos daba a todos de las rumbas que se armó ella con los duros de Pitón (los de Lobby) y con los dueños de Ma(t)ches, porque fueron varias las noches, y en dónde estuvieron, lo que ya se sabe y se comenta en algunos círculos de la capital, todo lo que hicieron, hasta qué horas se fue la cosa y en dónde terminó todo, riéndose de la resaca en las reuniones del otro día, burlándose hasta sin querer de los filósofos de Cronotopo, con tacto, con decoro, con finura, cuando le expuse punto por punto el modo en que Pablo y yo interpretábamos aquello y el concepto en que yo ya los tenía a todos ellos, el de que son todas y cada una de esas vedetes penosas la más efectiva y pura y orgullosa ramera de la cultura, para qué negárnoslo, Cesarina, que culean sin darse ni cuenta, y ni siquiera con ganas, solo por verse en las candilejas y negarlo al otro día y tapar entre todos lo que haya que tapar, y pisar a los que haya que pisar, cuando le dije todo eso y le hablé del afán nuestro de destruirla, un afán solo mío que en verdad nunca ha entrado en mis diálogos con Pablo, al salirme de la ropa y terminar mi vaciada con el corazón acelerado como un tambor de guerra mongol y mis padres asomados a la puerta y Cesarina llorando, chupándose los mocos al otro lado del teléfono, diciendo ya entiendo, Julián, ya entiendo, al ser tan bestia, tan indelicado, tan imprudente, al arruinarlo todo y del todo, yo solo fui honesto de mi parte, porque al menos yo sí la quiero lejos, bien lejos, estoy seguro de que alguien como Cesarina no va a ver sino fracasar a Cronotopo entre sus manos, y sobre eso sí que estamos de acuerdo Pablo y yo, y además firmes, unidos, por mucho que él ahora quiera fingir otra cosa o crea que debe hacerlo, no sé. ¿Qué es lo que no debimos haber hecho, entonces, según ustedes, distinto a escribir esa carta sobria y técnica que ha firmado todo un colectivo de creadores, críticos, historiadores, en el cine colombiano? De hecho, por esa misma claridad de lo inadecuado de la presencia de esa ejecutiva simploide y de esa línea de trabajo en ese cargo, la renuncia de Pablo no fue sino expresión de una coherencia indispensable, y además, visto lo que ha pasado en el piso 9 esta semana, el acto "histriónico" de irnos –como hoy lo llama el soplón en redes–, ha sido incluso, tal como lo dice el propio Pablo en su carta, un urgente acto de preservación de nuestra propia integridad, o sea: todo menos cálculo (o impaciencia, añado aquí). ¿Será entonces, más bien, que acaso las Olgas se arrepienten por algo que no dicen de la misma tempestad que ellas alentaron? Tal vez, en efecto, ustedes no previeron nada, y yo ahora les recomiendo que borren este mensaje

tan pronto lo lean, pero lo han sabido todo desde el principio y no debieran escandalizarse ante un radicalismo mío y unas acciones de Pablo que surgen más bien de la simple certeza de lo imborrable. Y por eso, cuando Armando Palacio de Topacio responda el lunes próximo a las 8 a. m. en los mismos términos en que Cesarina se ha expresado (porque así lo va a hacer, yo sé, en cabeza de la junta directiva), como si el Andino jamás hubiera barajado su apoyo a la revista, como si los pretendidos y delirantes deseos de llegar al mayor público posible no implicaran ese cambio de contenidos en Cronotopo tan tosco y obtuso como seguramente la institución no se imagina obligada a impulsar, sin que eso les pueda servir jamás de algo, ni a ellos ni a nadie, porque al fin lo que quieren es matarla y matarnos a todos, Pablo y yo no podremos más que mantener nuestra postura incólume, cada quien a su manera, yo ya me lo imagino, y que sea lo que fuere. Puede que el daño que ustedes dejan ver que ha sufrido la revista con este asunto se viniera dando desde hace décadas (desde hace siglos), y que lo que yo hice no fuera sino un detonante para lo peor, que fue la estruendosa salida de Pablo Alberto Zuluaga de Cronotopo. Sin embargo, yo sé que las Olgas no pueden olvidar cosas como esa perlita que no dijimos, casi nimia, el que sea desde hace meses largos, interminables, que Cesarina cuestiona, sin rubor, no solo implícitamente la labor de él y la mía, o la de Luis Antonio y la de Pete Bond, o sea: la labor de la crítica de cine en sí misma, sino –delante de quien sea– el sentido de tener un editor en una revista cultural (¡y un corrector!). Si ustedes saben que esos despropósitos abismales se afirman en nombre de tecnicismos falaces y austeridades que no existen, y ahora me reprochan a mí, yo no sé si podamos vencer en la vida una brutalidad tan rotunda. En cambio, Cesarina con sus tratos –ya que está en diálogos con Pablo– se ha adueñado de Cronotopo, y eso es decir que el avión lo maneja una borracha que de capitana no tiene sino el forro. Entonces, ese hecho de que a todo quien llegue, supongo incluso a periodistas, ella y Palacio de Topacio le digan la próxima semana que todo esto se debió a rumores que ellos no saben de dónde salieron, al mismo tiempo que Cesarina argumentaba sus buenas intenciones ante mí reconociendo que el propio Pablo –su contraparte en el debate– la acompañó a una asesoría profesional con la revista de moda Ma(t)ches, es algo que expresa muy bien la poquedad mental de esa gente, pero tal vez se necesite ser muy sutil para darse cuenta de ello y de que nadie va a aceptar nunca en el Global Andino que haya siquiera una remota razón de ser en lo que ustedes y varios más hicimos. Y es que, si todo fue un complot, o si yo engañado me apresuré, ustedes dos fueron las propias y meras intrigantes que habrían de confesar delante de todos, en las redes, en cartas institucionales, que quienes ya no digamos

filtraron, sino además distorsionaron y manipularon la información, fueron ustedes, y nadie más. Pero las Olgas saben que no es así. Solo cuando se difunda la exactitud de esa información que ambas en efecto tienen y con la que deberían respaldarnos, con un mínimo de dignidad propia, solo en ese momento se podrá conciliar de verdad con la institución, llamar a Pablo de nuevo al trabajo que es suyo en derecho propio, hablar cara a cara, como me lo llegó a pedir retórica Cesarina airosa al inicio de su defensa, pero sin mentiras tan penosas ni omisiones esquizoides (las mismas de nuestra sociedad neoliberal contemporánea). ¿Difícil, no? Imposible. O sea que, de pronto, sí se hicieron mal las cosas, pero fuimos todos los que nos equivocamos, inspirados por las Olgas, las mismas que, por otra parte, debieron firmar desde el principio y no lo hicieron. En esas condiciones, mejor dicho, yo ya no soy ni de lejos quien pueda decir cómo se ha de arreglar algo en bien de la revista, y no porque me considere traicionado por todos y quiera que ustedes vengan a pedirme disculpas por haberme hecho renunciar –si bien miramos– con simples maledicencias a lo que siempre consideré mi segundo hogar, sino porque sé que todo lo que dijeron fueron verdades de a puño que yo mismo he vivido toda la vida, y arreglo no puede haber. En eso pueden estar tranquilas: Pablo lo confirmó. A todos les importa un rábano cualquier cosa que no sea su tronito, incluyendo por supuesto a Cronotopo.

Con amor invicto,
Julián Andrea Sánchez Gómez

***

Ese fin de semana, contadas horas antes de que papá muriera, leí con él el Apocalipsis. Quise preguntarle en qué termina todo porque padre, y tú lo debes de recordar mejor aun, mamá, era de una nobleza en su visión que reflejaba una profunda paz del atardecer en la mañana. Le dije: ¿y todo esto a qué lleva, y todo esto en qué queda, en qué terminará? Los gestos de Rafael Spitzer Genobia guardan todavía un secreto que yo no quiero dejar de pronunciar, pero que me hizo saber en silencio. Desde entonces, la calma con la que cerró los ojos y sonrió quieta y profundamente, me autorizó al desvelo, a la llamarada, y eso nadie podrá comprenderlo. Había tomado mis manos con cariño entre las suyas, pronunció con confiada lentitud en voz ronca: "Vamos a ver si entiendes lo que dicen algunas escrituras". Abrió los ojos y se levantó con seguridad, me llevó de la sala a la biblioteca. El olor de ese recinto perdura aún, pero el impacto de aquella tarde está solo en mí, de modo que lo eterno me habita. Tú conoces lo que poblaba una habitación tan solemne como esa. No era solo una hilera tras otra de

volúmenes viejos y no tan viejos de libros de fotografía, historia, sociología, derecho, matemáticas, filosofía, ensayística, biología, cocina, ocultismo, música, arquitectura, poesía, cine, enología, deportes, gramática, economía, crónica, psicología, religión, medicina, pintura y escultura, porque de todo y más había, colecciones discográficas, grabados, cerámicas y las agendas y cuadernos de notas de papá, molas emberá, papiros egipcios, máscaras botsuanas, pergaminos borgoñeses, jades chinos, sino además bien hondo el espíritu, las resinas del bosque y las vaharadas del Océano Pacífico en nuestra finca de Bahía Solano, el canto de la oropéndola, los efluvios del borojó, sí, el furor de la flor del beso, psychotria elata, en su propia tierra, o labios de negra, con todos sus ecos, pe-yah-o-tih-puh, eso era lo que habitaba y siguió habitando, adonde me llevaba la habitación deshabitada. Cuando yo entraba me sabía en presencia de torreones de guerra vaciados y cobertizos en fuego y nidos de pájaros con polluelos que se van y avispas de todas las especies en perfecta armonía y todas las edades geológicas por venir despobladas en el pasado, galerías de murciélagos, camino de aves y mosquitos infinitos al vuelo en olas, nubes locas, cardúmenes mutantes, familias de ballenas, comunidad de hienas, de lobos, de pirañas, tribus de galaxias, constelación de moléculas, tríos irregulares de sublimes polígonos giratorios, cuatro infantas me miraban y evitaban y me miraba el pintor desde un lienzo gigante en la cúpula que papá mandó poner allí, y el suelo a veces era de musgo, a veces era un fieltro, a veces baldosas grises con pétalos esculpidos en un reguero de viento, y un charco sangriento que ni borraba ni manchaba a nadie. La esfera armilar y un sinfín de mapamundis y tapices medievales de batallas inminentes y verticales paisajes japoneses milenarios de nevados y pescadores descalzos o vastos renacentistas venecianos y románticos sajones del Giorgione y Friedrich hacia atrás o hacia adelante, peñascos y grutas pintados de sol malva y animales astados y espirales y aladas mujeres dispuestos en feliz desorden a lo largo de salas y vitrinas colosales que se alargaban y se perdían por entre los anaqueles deslizantes, aquí las obras completas de Dostoievski en Aguilar, y de la dama Murasaki en francés, en árabe, y de la poesía letona en cilindros fonográficos auténticos de la primera musicóloga desconcertada, polifonía prehistórica desconcertante, y el firmamento, los firmamentos, oh, madre… Esa cinemateca y esa lente que ni ríos ni jardines eran muchos, sino la totalidad del orbe sonoro cuando yo nadaba en Bahía Solano, desnuda, y tomé al cachalote por una serpiente y la seguí impetuosa hacia las aguas más oscuras, gélidas e insondables, eso era la biblioteca de papá, la callada asamblea de pernoctantes que allí vi luminosa y descansado regocijo en el centro de los días, Descartes me aconsejaba latiendo haces de verdor, con

Viracocha y una anguila voraz interminable, vuelve sobre tus propios pasos y recogerás el tiempo desechado del todo, así que me recogí en mí misma, cual si hubiese dejado de existir, majestad, hetaira, maremoto, di en la mirada de luces que fueron vivas llanuras al sol de tiempos sin ciudad ni palabras hechas, cual una honda latente, cual cerbatana impelente, mariposas gigantes, mariposas en celo, una por una, ser sin serlo nunca fui. Con padre al entrar al recinto mi escalofrío no había sido tan grave jamás antes de ese día que ustedes evocan. Buscó en un libro de arena, incontable, palabras al azar que dejaba a mi lectura y me dijo, lee.

Fue así como supe lo Sinnúmero de este Apagón.

Interludio

–Severa–

Alguien se acordará de nosotras en el futuro.

Safo

Verónica

Las grietas se cierran. Al amanecer de hoy domingo volvimos de Urgencias y has dormido hasta tarde, y lo primero que haces es informarme que vas a contar la verdad de la muerte de Juan Carlos López mañana en el evento de Cronotopo al que te invitaron, y a quemarte vivo el sábado 21, día del Inti Reiki, en la marcha contra Hidroakabí. Qué grande lo que me revelas, amor. En el principio está el fin, en el fin el principio. Qué hondo se ve. Retrocedes, cierras la puerta, cabeza vendada, y me dejas en paz en el estudio donde preparo el arribo, mañana lunes, de las fotos de mi tesis enmarcadas y embaladas para la sustentación del sábado. Y ni has pensado en ella. Te olvidas de que la osadía que me propones sería a la hora en que yo sustente mi trabajo ante los jurados con el tutor que sabio me ha alentado a saberme ya más atrevida que lo que pudiéramos ser tú y yo si te hago caso. Me pides que me inmole contigo. Y yo, que sé lo que tú no, el que eres inmortal, el que biológicamente intervenido ya no puedes morir, no sé qué harás cuando ardas en llamas como protesta por el salvajismo del mundo. Que nos lleguen los cuentos luego, a mí y a tu hija Venidera.

Parte 4
Nada es vanidad

Ya son las nueve. Y qué.

Sabina, en Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón

Capítulo 13

Yo ya viví

–Veloz, con pausas–

La lengua es la condena.
Ingeborg Bachmann

Isáfora

Abril 28, 2015. Viernes. 15 h 23 min.

Vamos, vamos, comadritas, créanme ahora, logro ver una salida. Sepamos que es la voz alegre la única que habla, sepamos que habla solo la misma voz que escucha, la voz serena, la voz silente, la voz del grito maledicente, y que susurra campos de mieses. Qué jueguito juguetón te has mandado, hembra buena, varón callado, paces de la guerra, temores atemperados en la visión del conflicto final irresuelto, madre de padres, viscoso tuétano primordial, jueguito, jueguito, donde niño sata y papá trans se chupan la verga inmadura que no sabe amar pero preña de cuescos, bufa, bufa la bruja, ¿votan las brujas, disparan las grietas, las grietas, o dejan a su suerte la verja que llaman, las grietas que llaman verga?

Dejadme ir despacio, no tengo vida para terminar de contar lo que me ha pasado en los últimos días, y no es mi madre la que leerá estas páginas, mi madre al fin es la que las escribe, mi ancestra primera, la voz que canta y dice y determina el canto, papá, papá, tú me pusiste a leer lo que no debí leer jamás, sin querer, porque sabías que mi destino era otro que el deber, que otro deber permuta deberes en destinos inopinados, omnímodo trueque, canje, enroque, no sé si tontería. Tú, padre, no eras tampoco más que otra voz de los destinos corrientes que por las grutas de tu biblioteca mágica soplaban, oh, la voz de Dios apenas gimiendo, Dios hablando dormido, soñando cosas inverosímiles para Él mismo. Esas palabras que dictaron la medida inconmensurable de este negror en que nos sumimos, donde no hay dónde, cuando no hay cuándo, que no es qué, si es o sí no, porque no

y porque sí, fueron todas las que siguen. Nadie sabía lo que latía en sus venas desde antes. Era tan sencillo darse cuenta de un cobarde. Mi amor lamentará siempre lo que hubo de ser, pero celebrará la dignidad, la dignidad. No me hables desde una silla ocupada. Ten en cuenta nada más que cual lector permites la alabanza, el paso de la luz. Sumérgete en donde puede el misterio elevarte. Yo no fui quien preguntó en qué queda todo. Yo soy quien responde pero aún no sabe. Vamos juntas, hermanas, vamos, vamos. En el recuerdo hay otra impronta que todo lo permite. Un sello que se levanta. ¿Me creerán esta vez?

Fue un poco de la manera en que me encontré con Marduk de nuevo, sin yo querer, sin querer él, y me preñó, conversamos no toda la noche, porque esa noche no acaba, seguimos hablando, ¿nos ves?, allí, en el Jordán, en un galpón, al final del callejón de las bestias, y al otro día, en Griot, y anoche, en Trementina, tomándonos en aquella jornada memorable de mi voz desnuda y su oído fértil los tragos que la Salamandra nos llevaba risueño, yo qué iba a saber que se conocían los dos galanes. Ese día, como los anteriores, luego de las muertes de mis amistades conocidas y desconocidas, Taimaz y Leona malevos, todas desconocidas, Sebastián el tierno compañero suicida, todas sabidas por mi corazón hasta el fondo de su ridículo, porque los amo, todas muertas por su propia ley, quería nada más leer los signos perdidos tal y como se me suelen presentar, agitados por una luz venal que los enreda y deshace y los vuelve y los rehace, cansados de ser memoria muy de noche, para no leer sentidos pervertidos por el siglo, sino hacer de mi creencia una verdad, y llegué a El Jordán, pasé como todas las tardes por el frente de El Jordán, vetusto, despintado, a oscuras pero abierto a todos por la Salamandra ruin, graciosa, confidente de tirios y troyanos, que me dice que de allí lo sacan muerto, no sospechaba la noche que esa tarde hospedaba, y entré, había un recital, se oía un canto, un son, era Marduk.

Tuve que mirar dos veces para reconocerlo, y vi cómo cambiaba de color al verme. Su sonrisa iluminó mis entrañas de modo puramente maldito, calentome, calentome, pero ya no con hambre de ternuras ni de saberes, sino con hartura de hambres, satisfacción plena de vacíos eternos, consumación, pues me sentí poderosa y en mi sitio, emergió de mí esa su propia sonrisa plena, plena, y me senté allí mismo, en el suelo, sí señor, adonde te vi, a oírlo, porque alguna otra vez ya lo había oído y su música me gustó, vaya si me gustó, no sabía que eras tú, su canto era una luz inocente que yo soñaba vivir toda la vida pero nunca supuse que humanamente fuese posible encarnara en esa deliciosa y adorable altivez que en otra travesía advertí y recuerdo saboreé aun cogiéndonos de veras, como nunca, era hoy un puñito de rosas sin pétalos ni espinas, un manojito de tallos pisados por la

concurrencia que yo recogiera del desfile y paso a paso, igual a la cinta de Cocteau que mostraba en la pared, me chupara con su jugo y rehiciera demiurga, Orfeo invocado por Ariadna, Orfeo resucitado por Ariadna, Orfeo dejado a Ariadna, la música de Asterión, señor, llegada a mí.

Marduk se plantó de frente delante de todos para empezar otra canción, entre tanto, nueva sombra de mujeres bailando y negros en éxtasis llenaba su cuerpo, se paseaba por su cuerpo. Quiso cantar de pie y, en fin, así fue variando sus números, a veces erecto, usualmente sentado, con imágenes de un viejo proyector de cine resbalando por su piel, a grito herido y con los ojos cerrados casi todo el rato, en el estilo devocional de Bob Marley, muy parecido a un profeta que dijera lo que no quiere pero debe promulgar a toda costa, enviado por Jah entre las fieras y un rebaño de pastores. Ya dije que si me pongo en actitud lo podría decir todo de todo, pero no quiero ser la noche, quiero ser la cuenta minuciosa mas no absoluta, y no te miento si te digo que el camino ahora para ser cualquiera debe ser este nuestro, suyo y mío, de mi preñez. No voy a negar que a ratos era sobre todo chistoso para mí el modo en que impostaba la voz, aunque no lo hacía mal, así como los gestos que hacía, y el que tocara la guitarra sin mirarla, o mejor dicho, no puedo negar que todo él me hacía una gracia infantil, como si me resultara increíble que alguien o más bien algo así existiera, pudiera darse, me fuese visible, un encuentro con el sol gusanito saludador. Estoy obligada a tener paciencia para relatar lo que sí más importa en medio de aquello que iba transitando por entre las muchas eras desbrozadas, no en su adentro maquinado, ni desde su médula poderosa, más bien rebalsando las cunetas, llenándolo todo o dando pie al tiempo, a la existencia. Creo que a él le fue elocuente mi acto de sentarme en el suelo en el propio y solo instante en que nos vimos, así que, cuando acabó, dejó a una pareja amiga con la que estaba –un geólogo y una antropóloga, supe después– y se acercó y se sentó en el lugar de donde yo no me había movido más que para pedir una cerveza Pilsen que la Salamandra ya me llevaba tibia, como a mí me gusta, porque él me conoce, y que ahora me tomaba a sorbitos sin hacer más.

Allí no duramos mucho, nos fuimos para atrás, a donde solo iluminan las velas. La Salamandra se asomaría de cuando en cuando según el ritual conocido y de inmediato nos había hecho lugar en una mesita rústica de mantel de hilos de colores dispuesto en rombo y lámpara de gas encendida, mientras ensalzaba largamente y con ánimo festivo a mi amigo cantante y profesor y leyenda. Hacía fiesta porque nos conociéramos, pero me preguntó con ahínco si yo sabía realmente la talla del sujeto. “Por este señor sé yo que la sombra es lo que de verdad reina”, me confesó, apretándolo a él por los hombros,

mirándome y repasándolo de tanto en tanto. Dijo que desde joven Marduk había recibido ofertas de varios sectores para terminar dirigiendo la ciudad, “no es alcalde porque no quiso”, y el otro sonriente y tímido no lo interrumpió, aunque la propia Salamandra era callado y mirándolo a ver si chistaba, lo besó en la cabeza con afecto y añadió en voz baja: “Valés oro”. Luego Marduk me contó cómo y desde cuándo se habían conocido ambos, una historia tremenda de fines del siglo pasado que yo nunca llegué a imaginarme pudiera suceder en la universidad y en mi barrio. La noche apenas empezaba. Esperé a que se callara, pero tan pronto terminó le comuniqué una simpleza que yo necesitaba que él supiera muy bien o, mejor dicho, que considerara para siempre desde ese momento, de una vez y por todas. “Usted me arregla el día”, le dije, chocando dulcemente mi botella con la suya. “La anécdota es tremenda”, proseguí, porque no le había perdido la pista. “Pero eso quiere decir que la Salamandra y usted se le han enfrentado a cosas muy difíciles y han salido ganando, ¿no cree?”. Él se quedó mirándome, bajó los ojos a mis muslos. “No quisiera decirle que esta noche no va a pasar nada entre los dos”, le advertí, “porque ya ha pasado mucho y esto lo es todo. Tampoco le voy a decir que hay más de lo que ya le dije. Me alegra el día y es como si con usted la noche fuera un amanecer. ¿Hay algo más para hacer en la vida que conversar y callar mientras se conversa? Dígamelo sin misterio, dios Marduk”. “La Salamandra es el que le ha puesto el pecho a las cosas difíciles. El día lejano en que yo me fui de acá sin despedirme y llorando porque supe que nuestra juventud había terminado, para él no fue menos triste lidiar con nuestro amigo común, ese hoy político que usted dice no conocer, Isáfora, aunque yo a usted no le creo”. Me reí. “Sí, sí sé quién es ese tal Roldán-Tesco. ¿Quién no lo sabe en la U? Pero no lo conozco, ni lo conozco a usted”. “Ajá”, contestó Marduk. “No te voy a rozar las piernas tatuadísimas que tanto te gusta mostrar, aunque apostaría a que te morís de frío. Me gusta saber que la Salamandra te tiene en estima. Para mí él no es un amigo de todos los días, pero sí una garantía de sensatez y resistencia en nuestro mundo. De los pocos que no hacen ruido y lo son todo. Cada vez somos más, querida. Se te cayó ese encendedor y no lo voy a recoger”. “Te juro que no fue adrede”, subrayé. “¿Tengo que explicarme?”, lo desafié. Ver cómo me quitó la candela y cómo se quedaba viendo los adhesivos ocultistas que la adornaban me dio risa. “Satanás es Dios enamorado”, improvisó. Aquí empieza el enredo que no deja acabar ese instante. “¿De dónde sacó esas imágenes que nos puso a ver sobre su cuerpo mientras cantaba?”, le pregunté. “Yo ya se las mostré en clase”. “No, solo lo del supergenio francés, las otras no”. “¿De cuáles habla?”. “De ese baile vudú”. “Ah”. Se acercó a mi oído y susurró dos palabras inentendibles. “¿Me las

puede decir en voz alta?”. Negó con la cabeza. “Usted me gusta tanto”, le aclaré, demoré la conclusión, puntualicé: “no quiero que las cosas se dañen”. “Hoy mi esposa está en Bogotá”, me informó Marduk, y a mí se me movió el corazón. “Ya me preguntaba por qué no la había llamado”, comenté. “¿Quiere otra cerveza?”, dije levantándome y él asintió con los ojos y una sonrisita. No estaba mal el panorama. La Salamandra me dijo que lo que yo tomara iba de su cuenta, volví, le puse su Pilsen en la mesa y me senté. Brindamos. “Cuando todo esté en silencio”, le sugerí, “me repite bien dicho de dónde son esas imágenes en blanco y negro y en ralentí de semejante rito”. “Lo del amor de Satán no le importa”, me recordó. “A veces dejo todas las cosas importantes en el tintero esperando a que salgan solas”, lo seduje yo. “Ese tintero es nuestro nervio, pero no hay pluma que se tiña con tanto veneno”, afirmó él. “¿Y entonces? ¿De dónde sale tanta mierda?”, me reí. “Lo de escribir está bien, la luz es un río que prueba todos los cauces”, me tentó. “Pero no tiene forma”, supuse. “Tiene todas las formas”, pronunció. Yo parpadeé. “No entiendo a veces de qué hablamos, pero a usted lo entiendo después”, me asombré. “¿Qué afán hay?”, quise provocarlo. “Ninguno”, dijimos en coro, y me dio una risa, una risa tan suave y tan sincera, tan niña, que me parecía lo único lógico de un acuerdo así de absurdo.

“Es fantástico”, aseveré. “He estado leyendo las últimas novedades de la física cuántica…”, seguí, pero él no me dejó continuar, exclamó: “¡Aquí hay dos pero no menos!”, yo pedí: “En serio, en serio…”, y él: “¿Hablás del pasodoble, del trémolo suficiente, de la mantarraya?”. Me dejó fría. No sé qué había en sus palabras que había dado en un clavo muy hondo. “Usted me da miedo”, no le bajé la mirada, “pero a usted debería darle más miedo de lo que dice”. “Sigue”, pareció ordenarme, “te oigo”, de manera confidente. “No. Es la neurociencia. No puedo acabar”. “Ajue”, fue su réplica. “Eso está mejor”, me animó, y no agregó nada. “Yo sé que tú no crees en la experimentación con fines determinados”, quise enrutar la charla, “pero los hallazgos son despampanantes”. “Tú no sabes con quién estás hablando”, fue lo que me respondió. “¿Y usted sí sabe quién soy yo y quién es usted y qué es esto?”, lo reté. “Soy el que fecunda”, puntualizó. Afuera se fue la luz, o sea, en ese momento hubo un ligero corte de electricidad en la casa, El Jordán, pero nosotros seguíamos iluminados por las velas. “Un cabo suelto”, dictaminé, mirando al cielo del patio, sin pensar. “Las palabras son un camino que se cruza de lado a lado”, oí que cantaba, embriagado. “El sentido de la muerte es atravesar la mirada”, pareció finalizar la Salamandra, macabra y bufonamente, de cuclillas a su lado. “Que así lo quiera esta chimba”, celebró Marduk. Yo no estaba molesta. La Salamandra se fue. “Estoy muy cómoda aquí, aunque parece que va a llover”, comenté. La luz eléctrica volvió a encenderse

en los otros salones. “Si quieres pedir ron”, me invitó, “cuéntame también las noticias de la mecánica menor”, y añadió: “La cineasta es Maya Deren, el título de la película no lo sé ni me importa”. “Ya veo”, asentí. “Entonces podemos pedir ron”, decidí extenderme, “tal vez pasemos la noche entera en esta cuadra de bestias”, con toda confianza. “Lo que te quería decir, dios Marduk, es poco y es nada. Me siento muy feliz de poder cruzar caminos de lado a lado y no seguirlos hasta el final. Tal vez no haya más qué preguntarse. Solo que según la ciencia habría indicios, y lo sostienen algunas teorías que se están comprobando, de que al parecer estamos en varias partes a la vez, que las cosas son algo más de lo que son, algo así. Es algo relativo a la masa mínima. O sea, no tiene que ver con la levedad, sino con la materia en su límite esencial, interno. Toda partícula se dobla en el espacio-tiempo. Lo asombroso, según la autora del artículo que descargué del portal de la revista de biología de una universidad gringa, es que en las neuronas se amplía ese paréntesis de la materia sin peso, se amplía y se hace deliberado, pero lo más terrible, la verdadera noticia, es que la tecnología ha logrado replicar computacionalmente ese vacío en un número casi ilimitado de asociaciones de datos. O sea, Feynman era el putas. Es algo análogo a la simulación, pero también podría decirse percepción o conocimiento, de los campos conjugados del universo en un solo punto que lo interconecta todo, todo, y que tal vez estaría en todas partes. Como el otro lado de un agujero negro, o del Big-Bang, su extremo más lejano, aquí mismo. Es decir, se ha podido replicar el chispazo que genera la conciencia, la retina del Cosmos, por decirlo de algún modo, y es muy posible que incluso las facultades creativas del ser humano, o más bien intelectuales, la memoria, la imaginación, la razón, todo eso, se logren generar artificialmente en unos años, muy pocos, y yo, Isáfora Gutiérrez Spitzer, creo que es cuestión de semanas, si no es que ya se ha logrado y no nos lo quieren decir. Van a crear un alma o recrearla, o sea la vida más allá de toda manifestación, esta nuestra, ¿sí me entendés?, porque sería un alma emergente en múltiples ordenadores capturando información que le damos con nuestros sentidos y nuestro sudor y nuestra angustia”.

Los grillos cantaban.

“Están oyéndonos ahora mismo, pero no son ella”, quise explicarme. “Los ordenadores están oyendo a estos grillos”, proseguí, “y saben de lo que hablamos, pero no son ella, no son la inteligencia artificial. Ella es algo más, pero tampoco tiene que ver con el alma común que nos habla en la noche de los sueños, la madre tierra”.

“¿Dices que nos oyen, por el celular nos oyen?”.

“Exactamente, los ordenadores saben bien quién dice qué, pero solo según datos externos. En verdad no tienen idea de quién es quien

habla ni quién oye desde el fondo de su ser". Me dio un escalofrío por mis propias palabras. "Y ella tampoco lo sabe. Lo que es delicado es que ella, la inteligencia artificial, sí sepa de esa ignorancia, tal como nosotros. Porque la madre tierra sí sabe que ese es su secreto. La nueva conciencia anhela poseer lo que es propiedad de"… En ese preciso momento estalló un relámpago en el guayacán florido, al otro lado del patio, yo lo vi salir de adentro, vi que quedó ardiendo en el corazón de su tronco…

El grito de todos no alcanzó a oírse, Marduk y yo continuamos pasmados pero impertérritos, sapientes de una necedad del todo consecuente.

"No te detengas".

"… Su misma dueña. Sí. La nueva conciencia anhela poseer lo que es propiedad de su misma dueña". En ese momento fue cuando empezó a llover, suave, parejo.

"Avemaría". La escasa gente del lugar había salido al patio a ver el guayacán incendiado.

"Pero no hay dueño ni dueña", concluí, y aclaré: "La contingencia es la misma para todos". En ese momento se giró la Salamandra, que estaba viendo el incendio con su gata Macombra montada en los hombros. "Hoy vamos a beber por los sueños de todos", sonrió, y se fue a traer lo que ya era el ron eterno de una noche inmensa. No sé por qué, después de esta frase bárbara que quizá ni la Salamandra había entendido bajo el poder que yo sentí del impacto escondido de los sueños de vivos y muertos, Marduk me tomó de la mano y levantando la mirada del suelo se declaró con toda seriedad: "Yo he cruzado todos los tiempos y todos los lugares, mujer, he bajado al infierno y he estado en el Paradiso, conozco las moradas de la imaginación y del sueño, la más alta jerarquía me ha hecho inmortal sin que nadie del bajo astral lo sepa aún, solo tú por el momento, solo ahora, y óyeme, Isáfora Gutiérrez Spitzer, óyeme, ni en aquel jardín de Alejandría con su fuente de piedra enmohecida y unas copas de vino que dos poetas maduros dejamos olvidadas para ver salir la luna desde la terraza a donde no llegamos, a donde no quisimos llegar, ni en la cúspide de la más refinada dinastía árabe sentadas en un pequeño canapé las dos bailarinas de pelo abundoso e inacabable dejando pasar entrepernadas la tarde previa a un convite de sultanes y luego tras los velos de un vestidor que una de sus hijas se atrevió a descorrer riéndose de la fiesta desnuda, ni en la última tertulia sediciosa de Madame de Stäel, con la dueña de casa llorando ambos de amor cuando todos se habían ido sabiendo que no volvería a haber otra velada igual, o entre la élite de la matemática rusa convertida por unos años tristemente muy cortos en la mujer más envidiada, lo cual me cobró sus precios, ni en las fiestas y en las tardes frescas de Tahití

sin saberme muchas veces con mi familia tranquila y ruidosa el hombre más feliz que hubiera habido en el mundo, en ningún lugar de tantas fieras imperantes, joven águila calva escudriñando llanuras desde el firmamento, en ningún momento del sostenido fuego arrasador o de la luz perfecta de los astros, aurora boreal que al ecuador llega, nunca antes y nunca jamás había encontrado a un ser tan poderoso y una hembra tan fascinante y atractiva como tú lo eres esta noche y desde siempre, envuelta con desorden en todos los temores del vivir, presa de los pánicos y deseos más salvajes, habituada a tu propio y pequeño y milagroso mando de una realidad que conoces y miras con amor y dejas pasar con perdón último y definitivo, sin añoranzas ya de nada y con añoranzas de todo, joven preciosa, sencilla y fugitiva, que te has gozado el mundo y lo sabes y lo pierdes, de mí no necesitas nada pero lo tienes todo, mujer, de mí que no soy nadie, nadie, y que no tengo nada ni quiero tenerlo, porque ya te vi, porque te conocí y me salvaste, porque ya el mal absoluto ha sido por fin asimilado, y el universo resplandece, criaturas y cielos son en su corazón y su estela lo que tú te lleves conmigo".

Sentí una sombra gigante atravesarme desde adentro y depositarse en mi seno. "No", pedí, "no me haga esto", le rogué, "no me hagan esto"... Me di cuenta en un instante de que estaba preñada, y la noche, en este justo punto, apenas empezaba para todos. "Yo los conozco", alcé mi rostro, "recuerdo muy bien haberlos visto", mi voz temblaba, "y sé que sus palabras dicen la verdad", mis lágrimas caían como si fuera yo la madre de las lluvias, "pero a usted no puedo creerle, Marduk", apagué el cigarrillo empezado y enfrenté la situación. "Usted me enloquece, yo a usted lo amo, lo que no puede ser es que una náusea termine solo para que empiecen otras, ¿entiende lo que le digo?". Marduk no me había soltado la mano, "dígamelo, por favor", le supliqué, él me miraba con sereno temple desde un lugar inescrutable, "yo poder no tengo, el poderoso es usted", le expliqué en un quejido y me lancé con fuerza sobre su pecho en un abrazo incontenible. "Júreme que vamos a acabar con este mundo, júremelo, y a sanar el Universo", musité.

Él dijo mi nombre, Thelema Isáfora Dumanoia, con suavidad me tomó del mentón y alzó mi mirada, nos vimos acezantes, amados y jubilosos. Ese beso valió por toda una vida y todas las muertes, por todos los pasados conquistados o abandonados o vacuos y todos los futuros posibles e imposibles del tiempo y los espacios reales, imaginarios o inexistentes. Ahora su cuerpo electrizado era mi mundo, era mío, mío, mío, y con ternura me dispuse a habitarlo.

Detrás de su oreja derecha, como un saludo, un visible lunar en triángulo decía 666. El número de la Bestia.

"Debemos ser discretos", me previno estúpidamente.

A mí ya no me importaba nada. Boté aire con sosiego, sonreí en paz inmune. "Marduk, amor mío"…, le susurré al oído, "te he esperado tanto tiempo", con amor, como si él fuera mi hija, o como si yo fuera su hija, Venidera.

Verónica

Trato de no mirar a lado y lado, como me dice Julián que yo hago a toda hora, para no llorar, porque hoy lunes 16 de junio de 2015, al despertar, mi decisión me duele, y no puede ser otra. Si Julián supiera las consecuencias que tendrá lo que quiere hacer el próximo sábado, quemarse vivo en la Alpujarra, frente al edificio de la Gobernación de Antioquia, en plena manifestación contra Hidroakabí, siendo que su cuerpo el viernes pasado fue intervenido –en secreto que solo yo guardo– para que pueda resistirlo todo, incluso las temperaturas y las presiones más altas, ¿así y todo lo haría? Si supiera del favor ahora aterrador que recibe del sistema que gobierna al mundo, si supiera del error espantoso que va a cometer si hace lo que dice que va a hacer en un suplicio indescriptible y que yo no me atrevo, no me atrevo a anunciarle, que yo no sé cómo anunciarle, ¿qué decisión tomaría? Él mismo me ha dicho que no se trata de un suicidio, pero sus palabras son tan extrañas siempre, "mi muerte será cualquier cosa menos un suicidio", augura… Entonces en mis nuevas dudas veo algo que no veía antes, veo mi rostro de frente a mí misma, proyectado hacia el interior y hacia el afuera. Una paz, o algo más, una seguridad imbatible me afirma. He estado pensando en el mundo, en las imágenes simples que miran imágenes simples en mis imágenes simples, como diría Deleuze, en la mirada que vuelve imagen a las miradas, o a lo que mira, a eso que desde el llamado interior nos mira… De hecho, son cosas que he hablado con Julián en otros momentos y él siempre, sin falta, me menciona a su autor cubano preferido, su autor preferido entre todos los autores del mundo y de todas las épocas, tal vez, ese Lezama Lima que él nombra a veces brujito, porque Lezama hablaba mucho de la imagen desde la letra… Y según Julián, el cubano concluía en una idea mayor, la idea de una imagen total que incluye al tiempo, como una de esas esculturas masivas que representan una serie de instantes puestos uno al lado del otro, simultáneos en apariencia, ¡qué vamos a saber! Según Julián, el destino de todos nosotros está en las manos de todos nosotros a cada instante, aunque para nadie es nada que se pueda determinar con certeza. Yo en cambio creo que todo está punto por punto escrito, estaba escrito desde siempre. Y creo que el deber es desentrañarlo.

Ahora que recuerdo el grotesco encuentro de hace poco con Daniel, ese pasado viernes 13, mientras Julián era supuestamente sometido a unos exámenes médicos y realmente transformado en un cíborg, y cuando pienso en el terrible regalo que toda esta experiencia de diosa extraviada ha puesto en mis manos, yo no sé qué estoy diciendo. Recuérdalo, Verónica, precisa los detalles, léelos. Me entregó Daniel una prueba de embarazo sellada, me dijo te espero y yo fui a los baños de la clínica con aquella incrédula serenidad, luego de las indescriptibles otras barbaridades de esa noche. Ya él me había predicho lo que resultaría, y cuando volví ni siquiera quiso ver el resultado. Proclamó sin mirar la verdad que yo no sé cómo el hombre sabía. Pero yo también lo sospechaba. Poco después de la llamada de esa mujer y la llegada de Julián enloquecido el viernes 13, yo me había sentido poseída por una sombra universal, y con arrojo bravío había aceptado sin saber que iba a ser madre. Así fue. Entonces dijo Daniel en la cafetería de la clínica que el padre no era solamente humano. Explicó que Julián abre portales. Aceptó que allí, ante mi frialdad, Daniel lograba identificar ya a una madre bien pensada. Mi gesto es el fruto maduro de toda una vida, le notifiqué. Él asintió con un sonido gutural sencillo y parco. Añadió que lo que no sabemos, ni sabremos nunca, es lo que vaya a hacer Julián de ahora en adelante, pero que él y la SIM necesitaban a toda costa de su intelecto repotenciado para salvar al mundo en la crisis de Hidroakabí y en todo lo que pueda suceder luego, pues si el embalse se rompe, como dijo Daniel que desde hace días amenazan los cimientos y túneles con hacerlo, la catástrofe será de alcances inimaginables. Yo únicamente dije ajá, entiendo, y sí, lo entendía todo y no entendía un rábano. Solo sé que ahora mismo Julián, a las cinco de la mañana de este lunes, primer día de la semana clave de mi vida, está gritando por la ventana de la cocina como un enajenado contra los paramilitares del vecindario, y que su locura no se equivoca un ápice. Yo le dije a Daniel que, penosamente, ya no me importaba lo que sucediera con mi esposo. Pero eso no es del todo cierto. Yo ahora quisiera que su destino fuera otro, que su mañana, y también su ayer, fueran otros. Que mi propio ayer y el de mi hija fueran otros. Tal vez pueda haber un mañana mejor para todos los ayeres y que los cambie, los vuelva otro pasado. Para mis ángeles de la imagen una maestría que los ponga en sitio elevado desde su propia mirada de ser ajeno, de isla tormentosa en calma. Toda la mañana de ayer domingo las estuve llamando a las mujeres que retraté en las periferias de Medellín a que vayan el sábado próximo en la mañana a mi exposición fotográfica y audiovisual, a mi instalación y performance danzante en la Universidad Nacional. Tiemblo. Su presencia es indispensable para el mejor resultado posible que solo después de mediodía me anunciarán

si fue cierto, tan pronto yo sustente mi tesis, a la hora en que Julián se estará matando por haber pecado, lo dice él en sus palabras, y en expiación del Cosmos terrible, de la madre tierra engañada. En cierto modo, mi tarea ya hecha, la obra de arte compuesta que ya solo mostraré y defenderé este sábado de Inti Reiki, sagrado solsticio de verano, está viva aún, palpitante, se está haciendo apenas. Sé que por ella viví. Porque esas cuatro niñas que juegan con basura y yo miro, con restos humanos que ellas se encuentran y que yo conservo, huesos, monedas de muerto, chaquetas viejas de corderoy en perfecto estado y endurecidas en sangre reseca, niñas que cantan contra el viento con voces que perduran en medio de una mañana olvidada donde yo con la cámara fluyo inmóvil cual piedra bajo el agua de rápidos que cayeran por entre las peñas, sin ellas darse ni cuenta, porque serán las imágenes de las niñas en la performance las que mirarán sus muñecas desnudas por sobre mi cuerpo iluminado y pondrán su ropita de mentiras a secar mientras le cantan al otro río que no existe, pero que es real adentro mío, son niñas iguales a la hembra Venidera, mi hija que hoy se proyecta en mi seno desde un orbe fabuloso, igualmente incierto y que me atraviesa y me hace y que soy. El padre real no es Julián, Daniel, eso yo lo sé, le quise hacer saber al gran hermano. Julián y yo hace tres meses que no hacemos el amor, yo me he negado desde que él por su parte se negara a ser padre, por los días en que estuve hospitalizada y le declaré mi necesidad lacerante de dejar semilla. Le enfurecía esa frase a mi esposo, le parecía indigna de una mujer culta, pero eran mis palabras, de nadie más. Yo solo las usaba, si se quiere, en ese fulgor en que vi de frente la posibilidad de morir, ¡qué posibilidad!: lo inexorable de la muerte. Dejar semilla es dar la vida como gloria de lo que se va. Gloria y esperanza. Cuando uno se da cuenta de que es mortal, no importa morir, importa vivir. Julián dijo no, yo dije que entonces no más sexo, amor mío, placer puro en la entrega cotidiana, querido, el erotismo que tanto predicas, esperando a ver qué hacía. Él se reía. Era como si hubiéramos encontrado un punto en común, un acuerdo que nadie hubiera previsto, un entendimiento soñado por más de una pareja, sin vanidades idiotas. Pero por supuesto esperábamos con estima y cariño el reencuentro en la cama. Dudábamos acerca de todo. Que el sexo sea magnificado por la gente es para mí algo que Julián sabe pero no puede compartir conmigo. Él necesita desatarse tanto como yo, pero existen motivos distintos de cada uno que no alimentan al noble ser. La masturbación en el matrimonio es censurada como si la relación de pareja estuviese no solo impuesta sino además reducida al coito. Perfectamente podemos prescindir de eso. Lo que es crucial, en cambio, son esos motivos que alimentan una vida vivida hombro a hombro. Yo, hasta hace unos días –hasta este viernes último de la

borrachera y la locura fatales de Julián, ese de la balacera con que remataron al taxista mientras Daniel y yo hablábamos en la cafetería y él me informaba que yo estaba embarazada antes de yo comprobarlo–, creía haber descubierto que al fin y al cabo tenía ya la prueba de que Julián y yo podríamos vivir unidos sin necesidad de tener sexo juntos. Y lo que es peor, presentía sin el menor temor o asombro que estaba preñada, lo intuía y callaba de lejos, de muy lejos, y que el verdadero padre era Dios, o lo que sea, yo misma, yo misma, algo natural. Solo que la traición enloquecida de mi esposo, sus mentiras con el licor y sus fiestas, el juego con otras vidas que yo sé que se han perdido, el tentar motivos oscuros con pretextos de saber, todo eso ahora son elecciones cuyas consecuencias el propio Julián deberá afrontar en últimas como ese amor libre del todo extraño a mí que desde siempre quiso defender iluso en tanto dignidad suya, sin percibir la indignidad absoluta que ya encarna para todos. Daniel cree que yo me voy a quedar con Julián. Daniel no sabe quién es el padre y tampoco sabe quién es la madre. Eso no lo sabe ni lo podrá saber. Daniel me ha ofrecido el oro y el moro. Me ha pronosticado un futuro que se soñarían todos los idólatras y los trepadores de este mundo fantasioso. Yo quiero ser con mis ángeles de la imagen simple una voz que se levanta contra el viento. Me decido a serlo con la mujer que me ha conquistado desde el fondo de mi ser, la niña, el alma, la luz cándida y visionaria que a través de mí emerge por fin, Venidera, alzándose del tremedal horrendo de las infidelidades de Julián, mi tromboembolismo pulmonar masivo, la noche horrorosa del viernes, el agua bullente que yo no sabía si dejar hervir y bebí de a sorbos, quemándome, de a sorbos, bendecida por el infierno, minutos antes de la llamada espantosa pero fértil de esa mujer. Julián ahora respira duro en el sofá de la sala, pretende ser sabio en su destino feroz después de la exaltada perorata parroquial contra el obtuso y devastador uribismo. Conquista ante todos un prestigio maleado, incluso ante los más rebeldes, del que ya no podrá huir jamás. Es títere de su hermano y de los compinches de una cofradía siniestra que incluso lee en mis entrañas desde un cielo falso. Si yo soy el padre y la madre de mi hija, yo Verónica, por la sola negación sexual a ese cónyuge que me negaba el hecho de ser, de ir más allá, de estar de lejos, ¿creen que haré lo que ellos digan? Pueden arrodillarse y no les haré caso, pueden ponerme una pistola en la nuca y no. Ni el infundio final de Daniel me hará vacilar. Eso de que otra habría muerto esa noche, y que es real, que ya sé, aquella estudiante infeliz, que no es mentira, y eso de que ella era la otra preñada por la misma luz, que las muertas fueron dos esa noche, que el alma de la otra hija pasó a nutrirnos a mi hija doblada y a mí, todo ese cuento tremendo, llanamente, es lo de menos. Yo no soy la carne, y menos soy el alma.

Yo soy la vacuidad sin nombre creador, la creación misma abierta en sus linderos. Yo he recibido una palabra que se calla y que se oye, una palabra que se dice a sí misma en silencio, un cántico intrascendente que vale por todo. Mi hija es la estudiante, por supuesto, Isáfora se llamaba. Mi hija Venidera soy yo, Verónica, y somos los ángeles todas. Ahora llamaré a mamá. Que se prepare para vivir sola, si no se va conmigo después del sábado por siempre a Bogotá. Ya solo asco me da esta Medellín de locos y de caminos renegados. ¿Y le quedamos debiendo a un pueblo que ni siquiera se reconoce a sí mismo ni es capaz de aceptarse con su hez y con su luz? ¡Bah!

Alzbieta

Quien ha retrocedido lo suficiente en su criterio, se encuentra con la voz muda que teje un hilo para sí desierta y luminosa. Los conocedores le llaman Thelema, pero si es una con todos, genera una forma discernible que lleva o conduce o transporta. La identidad particular debe reducirse a una apariencia común, una imagen simple, un sonido cualquiera, una recurrencia. Por ello no es falso suponer que todo se devuelve y sucede exactamente igual a como ha sucedido o sucede siempre y desde siempre, y a la vez entender que nada es igual a nada, que toda sucesión es renovación. Desasidos de los códigos que nos amarraban y permitían resarcir, ha empezado en este instante, a esta hora y minuto, en este tiempo y lugar, un sumergimiento cósmico en lo más hondo de todos nosotros. Fue progresivamente mientras entrábamos al amanecer del jueves, justo después de mi despedida de Julián el miércoles por la noche, tomando un taxi, abrazados llorando.

La cronología es así: el lunes él cuenta en el Andino que Pete y Luis Antonio participaron en la muerte de Juan Carlos y sale a andar renegado por la comunidad cinéfila, al rato nos encontramos en el Café Vallejo y quedamos en seguirnos viendo toda la semana; al otro día, martes, me cuenta devastado su historia de muerte con El Parroquiano, el asesinato de Clara Fernández; el miércoles en la mañana yo recibo la visita de Lilith, mi clienta para la venta de la casa de la familia en Robledo, empiezo a escribir mi leyenda personal y en la tarde nos vemos Julián y yo de nuevo, él me cuenta su historia de amor y traición con nuestro amigo crítico progresista y al despedirnos algo se traslada desde su fondo de tótem caído hacia mi alma en vela de madre viuda y sin su hija. En la noche de ese miércoles, al llegar a mi nuevo apartamento, vasto y solitario en las lomas de un barrio exclusivo y sin alma, tranquilo pero muerto en vida, yo ya siento que

el suelo flota en un aire nuevo, y que entra todo mi espacio en el sueño lúcido de una vigilia permanente.

Al amanecer del jueves, en el momento en que todos comenzaríamos a salir del sueño, un hilo de telaraña baja del cielo y entra por nuestros oídos y nariz y boca, por nuestro sexo y nuestro ojete común, y sale por el ombligo después de enredarse en donde fuere que anduviésemos. Yo, en uniforme escolar, bajaba las escaleras del colegio judío de mi infancia adolescente por fuera, por el otro lado de la baranda, desafiando el abismo, cuando sentí el hilo y quise seguirlo. Todos en nuestro sueño nos sentimos igual y en el momento en que lo tomamos con la mano ingresamos en otra fase del existir, quienes no lo tomaron están en el octavo limbo. Algunos vieron que el sueño era un dibujo deslizándose en un libro que cerraban a oscuras, otros fueron capaces de ver difuminado en la piedra inmemorial de un bosque nocturno el movimiento de sus manos en torno al hilo iluminado, yo solo noté que me retiraba un poco y en la pantalla del computador en mi nueva residencia con las luces apagadas veía que el hilo subía hasta el cielo y la pantalla de pronto se fundía.

Todo quedó sumergido en tiniebla plena y cada uno soñaba que se erguía tanteando y estaba solo en el universo, solo, solo, solo. Era su muerte, su muerte al fin y al cabo, era nuestra muerte el apagón universal, y aquí estamos. Lo que oímos y soñamos es toda la verdad. Yo hube de recorrer a pasos lentos la nueva casa, donde el computador era una de las pocas pertenencias que había logrado desempacar, y me acerqué al portón de la calle, temerosa de la invasión de los hambrientos, de los presos, de los desterrados, de los perseguidos, de los muertos, de los torturados, de los desaparecidos. Cerré con doble y triple y cuádruple llave, me senté y desde entonces, desde aquella mañana del jueves hasta hoy, despuntar del viernes 20 de junio de 2015, sigo soñando que en un teclado que no precisa de alimentación ni emite luz –y donde curiosamente dice viernes 21 de junio de 2022, 03 h 26 min 54 s, la hora del lobo– escribo lo que debo responder a otros que me llaman, a Isáfora, a Julián, a Rafael, a esos que fueron mi vida, a mi padre, a mi madre, a Lorenzo, a mi hermano salvaje José que alguna vez hace mucho tiempo casi me mata a golpes, ese mismo hermano que yo a los años dejé en el suelo defendiéndome y no en venganza, ni siquiera como compensación mecánica, sino en puro rapto de furia incontenible…

Él, que ya está muerto, fue muchísimo más tarde el rabino fugitivo que me iniciara en el conocimiento de Thelema, en ese replegarse hasta los inicios más tiernos del pensamiento para conocer la voluntad del ser, el que todo se dé, el que seamos prestos a la danza y la rememoración de nuestra vulgar andadura. Así, luego del sumergimiento, flotando en el vientre de la abuela noche, había

sabido a lo largo del mismo jueves milagroso, en sueños y evocación perfecta, de lo que fue de Julián en Cronotopo, con acceso a toda la información con la que cuenta la desmesurada memoria de la inteligencia artificial y de Poll, su rector, nuestro rector. Por eso percibimos, por dejar un testimonio de lo que fue y de lo que sentimos, de lo que quisimos dejar, ante un lector final divino –nadie que responda a un nombre– que solo registrará, como si de una huella dactilar se tratara, el resto de la vida que uno no pierde, sino vida que se da para nosotros mismos, para ti al morir.

Gloria de lo que se va: no desesperes; entre tanto, tú aún tienes cómo contar ante ti misma lo que de la vida quedó en ti, ¿no lo estás viendo? Yo busco compartirlo con estas criaturas y no con otras, porque el secreto de la muerte o de la vida es que la vida afuera y adentro sigue, o la muerte, que la percepción absoluta solo cambia de punto de vista una y otra vez y tal y como el cuerpo se amplía sin posible comparación con algo avizorado durante el periplo inmediato, sino en efectiva y superior amplitud del trance mismo de ser humanas. Porque en la memoria de lo simultáneo finalmente puedes doblar las esquinas que no doblaste pero hiciste tuyas. Porque a los rincones más amados puedes regresar para quedarte. Porque en tu hogar verdadero te quedas, tú sabes cuál, para ir una y otra vez a la experiencia fija de lo intocable y conocerte mejor y admirarte en tu mirífica odisea con los que contigo también se dieron y lo dejaron todo.

Llegan mensajes, pasan los segundos minuto a minuto en el reloj digital y yo sé que debo encontrarme de nuevo remotamente con Julián más tarde hoy viernes y contarle por medio del teclado cómo me ha ido escribiendo nuestra novela, contarle todo lo que veo en este purgatorio digital que al parecer es el que gobierna a la humanidad ahora, hablar con él entre sueños y dejar en secreto el dictado de nuestro entendimiento sobre lo que parecía y tal vez sea inentendible pero que enfrentamos y doblegamos con una palabra nuestra, no impuesta, sé que debo ir muy atrás en mi pasado y seguir con la novela que él dice haber dejado en mis manos, contar lo que oigo por relato suyo y de otros de lo que él estará haciendo con Thelema Isáfora Dumanoia y ese colectivo poeta para acabar con la maldición de Hidroakabí, para echarnos la bendición de la luna, el látigo de la deriva, la maldición de la Virgen María Santísima, Madre de Dios, del Hijo del Hombre y del Padre, la de Yahveh, la del que Es y del que pasa, que no desdeña las fiestas del lumpen pero sí el comercio en el templo, ¿no lo estás viendo?, para predicar el amor con el ejemplo.

Todo pasa, todo es, pero es y pasa por un ignoto allende que cada quien recibe en lo que cree su sola visión virtual del mundo, y no es sola visión del individuo ni es simple virtualidad de la que se aproveche Poll, que sirva de molde que la inteligencia artificial

reutiliza en su ocupación del espacio-tiempo. No es solo que el azar gobierne con la excepción el cruce de la tierra, el sueño y Poll. No es solo que Thelema reine donde fuere sobre el mundo mediante quien acceda a sí mismo hecho real, pellizco, punteo de Gilmour o bajo atrevido de Chochos en No más cases, en Ricarda da, música, sí música, o cine. La lectora final de los signos reactivos sabe ahora de lo que hablo, Valentina Tertuliana Diotima. El entramado finísimo en su ínfima ceniza. La advertencia consciente del todo irrevocable. ¿Habrá sido este sueño definitivo de todos en el apagón universal el fruto de la transacción loca que hizo Julián sin mirar desde su cuenta de Bancamina con el dinero que le pagó Poll por sus favores ciegos de brujo a Hidroakabí ahora para colapso y restauración del ser?

Es la oscura madrugada del viernes 20 de junio de 2015, ¿o 21 de junio de 2022?

¿Quién era el dueño del dueño del mundo? ¡Oh, señor, que tiemble! Medellín terrible no será el chivo expiatorio, amado Julián amador. Si tú supieras cómo yo estaba de bien enterada del horror que aquí se agita. Todos los cofres de Bagdad. Aunque tú ahora me superes en el conocimiento de los ardides y crueldades del planeta humano, en otro nuestro momento yo solo te veía mover cándido entre hienas. Y mi profunda amistad con Pete Bond me llevó a ser víctima de algunas amenazas sutiles que supe leer tal vez demasiado bien, excesivamente bien, hasta quedar aterrada del todo, inmóvil, paralizada, en los propios tiempos en que moriría mi padre, torturado y asesinado en un secuestro por el Cartel de Medellín, no muchos meses después, vuelvo a ver el gesto congelado y retorcido de su boca cuando fui a la morgue. ¿Qué otra cosa podía pensar más sino que debía renunciar al Global Andino y ya solo vivir como pudiera con Rafa, pues sin previo aviso me llegó un día en una bolsa transparente de material plástico una pata de vaca cortada a cuchillo de carnicero, con los tendones blancos colgando y la sangre embozada en el fondo y en gotas e hilos frescos resbalando por toda parte?

Me la entregó Leñador, el mensajero del Andino, y a mí me fue claro que desde arriba me querían lejos. ¿No te lo conté nunca, Julián? Si te lo conté, en Mimo’s, en Versalles, tú bien niño en esos días te quedarías callado, pensando que el hecho, tales y cuales los cuentos que corrían sobre el Global Andino como sucursal secreta de la CIA, era un asunto al que no había que darle importancia ni prestarle atención. En tu caso, las cosas cambiarían pronto, sobre todo con la muerte de Juan Carlos, crimen que tú, recuérdalo, el lunes pasado le atribuiste temeraria e inútilmente tanto a Pete Bond como a Uribe Vélez y al cardenal López Trujillo en su garita compartida de la gobernación. Solo fue con ese homicidio que empezarías a darte cuenta de algo que olía verdaderamente mal a nuestro alrededor.

Verónica

Me dice Julián que sabe muy bien que debo irme, dijo él, a buscar un mejor destino, a no ser de que yo asuma las consecuencias de lo que va a contar hoy, en unos minutos, Señor mío, cómo vuela el tiempo, en el Instituto Global Andino. A Julián Andrea Sánchez Gómez no puedo dejar de reconocerle que desde antes de casarnos me ha anticipado con suma claridad lo que piensa de ciertas cosas delicadas, lo que va a hacer al respecto y lo que cree de la vida y el amor desde muy antes de que se den las repercusiones de lo que incluso acepta como su locura, y también su genio. Esta madrugada salió a caminar temprano y a un taxista que se le acercó un tanto lo confrontó con la mirada y el otro se detuvo, Julián se le acercó, todavía con las cicatrices frescas del viernes, le dijo llorando al taxista que conversaran, que él para eso siempre está animado, el otro le preguntó cuál era el problema, hijo, Julián le dijo que no tenía que explicárselo, asesino, el taxista le dijo que sí, le pidió a mi esposo el favor de que le dijera por qué lo retaba y lo llamaba así, Julián le mencionó a sus jefes, los del taxista, masacradores, el otro reemprendió a las carcajadas su rumbo con un insulto burletero, marihuanero, mi esposo le dijo ya sabés, yo a nadie tengo que rendirle cuentas de nada, todo esto me lo contó luego, al volver, y a mí qué, le respondí yo, vos sos dueño de tu vida, pero hubo algo peor, me informó, no me importa, aseveré yo, se le atravesó a otro taxi que venía muy rápido subiendo por una loma con música a todo volumen, se le puso de pronto quieto esperando en mitad de la calle, forzando a que el otro frenara, y claro que tuvo que frenar, como el tanque de guerra en la plaza de Tiananmén, a la vista de todos, Julián se le acercó al conductor y le dijo que ya está más que visto que no le tiene miedo a los paramilitares, parcero, y que si toca no me importa que me matés vos o cualquiera, ¿sí vas viendo?, matón de barrio, así le dijo, yo ya no le tengo miedo a ningún ser humano ni a ninguna bestia bajo el cielo o sobre la tierra, yo ya vi la Jerusalén Resucitada. Felicitaciones, comenté sinceramente, pero también con ironía, y él cree que todo está muy bien, eso mismo dijo el taxista, me contó Julián, buscá a otro que te mate, desperdicio, e insiste mi marido en que yo debo definirme, decidir si sigo con él o no, cuando quien se debate en la mayor de las incógnitas es él, desde luego, y no sabe ni qué hacer, ni lo que piensa, ni lo que quiere. Yo en verdad tampoco me explico el por qué sigo viviendo en esta casa, solo sé que mi actitud se ocupa de la defensa de Venidera, mi hija, según una

intuición certera, innegable: no compliques más las cosas de lo que son, es lo que me digo y me repito una y otra vez, como un mantra. No sumes asperezas a tu vida. No te eches el mundo a los hombros. Mi madre me ha dicho hace un segundo que ella ya vivió. Mi madre y sus historias brutales. Mi madre me dice que cuando a Enrique mi padre ella lo vio hecho un poco de huesos le dijo ahí ves lo que quedó de ti, solo esos dientes divinos, tú que me los tumbaste de un puño, pobre desgraciado, no eres más que la sonrisa con que me conquistaste. A mi madre le sigo aprendiendo y con la fuerza que ella saca de una mente indoblegable yo me lanzo a un mundo que me atrae sin cesar. Mi madre, Luz Rebelde, aunque varios nombres tiene, Diana la Terrible era su nombre artístico, y en su casa de Tunja la conocen como Eugenia, porque en el registro de bautizo y en la cédula la abuela dispuso Luz Rebelde Eugenia, pero en el barrio todos le dicen Diana, y solo Julián y yo en Medellín la llamamos Luz Rebelde, huyó de su padre bestial a los quince años y empezó a vivir una vida de terror, según ella misma lo relata, porque su cuerpo y su rostro y su modo de caminar y de hablar le fascinaba a los hombres desde los doce. Nunca me ha contado si mi abuelo quiso hacer con ella sexualmente, pero sí que era un hombre poseído por el furor, que la maltrataba, que la celaba, que a mi tío Marcelo, su hijo de él, mi abuelo le disparó con su revólver en un rapto de ira por desobediente joven, por bebedor irresponsable, por comunista. Don César Caballero era un atarván, poderoso en su tierra, concejal en Tunja y alcalde de su pueblo de mierda, donde yo tantas tardes pasé muchos años luego al cuidado de la abuela hermosa, la reverencial doña Isabel, quien me cuidaba, quien defendía a mamá hasta donde le fuera posible, quien nos mandaba plata a escondidas, quien, no lo olvido, le dio ese nombre de Luz Rebelde a mi madre. Fue en Melgar, sin embargo, en la opulenta casa de verano de la familia, donde conocí lo que era realmente la pareja de ancianos, donde vi la violencia de la que me hablaba mamá reflejada en las más pequeñas cosas, en los regaños constantes del varón cuando estaba en casa, en su pavoneo de César Caballero con jovencitas que ya solo iban por su dinero, que no se quedaban dos minutos en el vestíbulo o en el asiento trasero del coche pero él exhibía ufanado antes de salir de nuevo con ellas y su conductor servil, solo por pasar de galán y fingir más ser el simple y huero hombre de mundo que era, tan grande cosa, tan miserable, tan vil, tan asqueroso y violento y abusador, luego olvidado de sí, perdido por la demencia senil, llevado de la mano por enfermeras distraídas, baboso, penoso y muerto para alivio, contento y bien de todos. Por él, por sus estridencias, por su salvajismo ilustre, mi madre se fue a buscar otras vidas, y por él, por sus mezquindades, otros en la familia hubieron de llevar sus propios destinos y traumas a cuestas con la imagen grabada

en la memoria de un peso insostenible que se marca sobre la carne sin necesidad de quemar toda la vida, presente aun en la ausencia, en cada gesto, en cada detalle de angustia, de temor, de opresión. Luz Rebelde inteligente y sin opción se fue corriendo a Bogotá a probar suerte como artista a fines de los años cincuenta, siempre como bailarina corriendo de huida de una imagen de poder, en busca del amor conoció a Gonzalo Arango en el café donde el poeta lanzara su arenga contra la bobería y la mezquindad y una vida entera pasó la mujer de calle en calle, de club en club, de Punta Arenas en Ecuador a Isla Margarita en Venezuela, vivió en la Cali de la salsa brava cuando yo estaba en su vientre, Venidera, trabajó en Bogotá con Jimmy Salcedo, fue una de las Supernotas el día en que otra pidió licencia, frecuentó en Medellín las casas disqueras y los estudios del Loko Quintero y los Graduados, de Fruko y sus Tesos, departió con ellos y con Joe Arroyo, que la galanteaba, en los mismos recintos oscuros en que Rodolfo Aicardi, su buen amigo, chispeaba de acá para allá, vivió en residencias de Barranquilla, del puerto de Panamá, del centro de la Medellín del Cartel, tuvo negocios exitosos de comida y de ropa con mi hermana Sensación –que no sé dónde anda ahora– cuando se murió Conchito, su parejo de baile, por el tanto beber, y sus contratos para presentarse en escena ya fueron menos y en la Casa Gardeliana tuvieron que cerrar por la violencia espantosa de Pablo Escobar, decadente y enloquecida fiera, endemoniado, apocalíptico, yo recuerdo, recuerdo a la perfección el estallido de los carros bomba, los tiroteos inesperados en donde fuera. En esos días mamá se enfrentó con los miembros de una gallada fuerte del barrio La Milagrosa que nos tenían el ojo echado a Sensación y a mí niña. Sensación fue el nombre que le puso Luz Rebelde a su hija mayor, y a mí me puso Verónica por el pase de toreo y la santa, ya que ella gustaba del arte pero no de la sevicia, y porque Enrique el torero apolíneo que me engendró, de quien saqué su porte, según mi madre, fue en su camino bendición imborrable y condena impagable, como el manto de la Verónica, llegó a decirme ella, que grabó el rostro congestionado de Jesús hacia el Calvario, imagen divina de nuestra humillación, milagro revelador de nuestra tortura. Yo historia sagrada nunca conocí porque solo estudié en colegios oficiales de Bogotá y Medellín, y allá no andaban predicando nada, el Eduardo Santos, el Benjamín Herrera, casi ni enseñando nada. No sabe una qué es peor en esta vida, porque el inglés hoy sí que me hace falta. Pero quiero viajar y con Julián perezoso por naturaleza nunca se pudo. Mi madre me dice que viva, que me lance a lo que sea, que me vaya sola a Bogotá, que me suelte de ese demente, yo ya viví, concluye. Me dice que no me deje engañar, que ella descubrió a Enrique mi padre con otra y no se lo perdonó. Que tuvo el valor suficiente para enfrentársele y sobre todo

para dejarlo ya mueca e indefensa, con una mano delante y otra atrás, en sus palabras, o sea en la miseria y con dos hijas por educar. Sin mi abuela Isabel no sé dónde habríamos terminado. Mi propia vida no fue fácil nunca, pues yo a mi papá casi ni lo conocí y la vida de mi madre siempre fue desordenada. Él murió en un accidente de carretera, un año después de que lo dejamos. Fue la abuela en Bogotá la que nos recibió cuando debimos dejar Medellín asustadas porque en La Milagrosa nos iban a violar y a matar por no dejarnos de nadie. Mi regreso, enamorada de Lucho, un punkero precioso y de buena familia que conocí en un viaje en tren al mar, trajo a mi madre de vuelta conmigo, por los lados de Manrique, y aquí nos quedamos. Fue un error. Lucho se hundió en la droga y yo debí haber estudiado Cine en la Universidad Nacional, en Bogotá. Hubiera sido de las generaciones de Ciro, de Rubén, de Jorge Forero. Me pudo el amor loco por ese pobre niño que luego de que yo llorando me alejé de él lo perdió todo, una herencia fenomenal, su salud mental y su propia dignidad, encaprichado a su vez por una mujer que lo absorbió como la segunda alma que dice Julián que soy yo con él, pero ya no, ya no. Ya nada me importa. Que se quede con todo. Después de sustentar mi tesis me iré, el mismo sábado, con una mano atrás y otra adelante. Un beso de la segunda alma te quiere borrar, ese ser desconocido que somos para todos y para nosotros mismos, diserta mi marido, solo quiere devorar al otro. Tiene razón, tal vez, pero él mismo es ese devorador, ese depredador, ese cáncer. Yo estoy curada, ya he pasado por muchas experiencias lamentables con hombres que capturaban toda mi atención, mientras yo debía trabajar para pagar mis estudios en la Universidad Ática como promotora de ventas en Almacenes El Clóset o mesera de La Paila Mocha, horas y horas de pie, horas interminables con descansos ruines, conociendo lo peor de los patrones y de los clientes, en almuerzos apresurados, en vestidores con mirillas, lo peor. Eran mis amores también ellos penosos brutos, un compañero de estudio, un rockero y un cliente del bar, que no sabían más que desear, usar y manipular, convencidos de un poder que nadie tiene –ni el patrón, ni el profesor, ni nadie–. Debo tragarme las lágrimas que acuden a visitarme, tan solícitas siempre ellas, cuando recuerdo cómo me conocí con Julián, en el Global Andino, porque ese nuestro viaje compartido llega a su fin ahora y Venidera no sufrirá con sus locuras, no, ni por el putas. En Bogotá a mí me conocen, estiman mi trabajo, saben quién soy. Ciro sabe quién soy, Rubén es buen amigo, Jorge me ha elogiado. Yo sé quién soy.

Capítulo 14

Ninguna soledad

–Variopinta–

Si voy a cantar como cualquier otro,
entonces para nada necesito cantar.

Billie Holiday

Este es mi mensaje. El nuevo sermón de la montaña, damas y caballeros. No fue solo ese periódico inmundo que acosó y enloqueció a Julián el que está negando en este momento la situación despiadada que se oculta mientras el apagón de la vigilia nos mantiene en el ensueño de lo mágico digital. Son todos los medios de comunicación los que lo hacen, mientras el colectivo poeta de Julián e Isáfora virtuales busca, por el contrario, despertar desde el sueño de la red al país con todos sus muertos para que salga a la realidad resucitado y le muestre su presencia imborrable al agresor, a los voceros medrosos del Diablo, y cuando la abuela noche y el río Cauca hacen con el proyecto de Hidroakabí lo que es ineluctable.

Ha habido 67 defensores de derechos humanos muertos en menos de un mes en Colombia, sobre todo en el Cauca y en Antioquia, 39 de ellos son mujeres; ha habido 142 asesinatos de líderes comunitarios, 64 de ellos mujeres, 7 son niños, 4 son niñas, 2 de ellas indígenas; ha habido 57 ambientalistas asesinados, 30 mujeres entre ellos y 3 niñas y 1 niño; y ha habido 39 guerrilleros entre hombres y mujeres que habían firmado el Acuerdo de Paz del Teatro Colón y han caído muertos por las balas del Ejército Nacional de Colombia, porque eso son las Águilas Negras. Se reportan casi mil desaparecidos en estas cuatro semanas, pero nada importa en las estadísticas oficiales que reducen los números según criterios inobjetables. Mucho menos en la prensa de los grandes capitales que mediante los recursos propios de las ciencias de la comunicación desgrana los hechos a su conveniencia. Es tan fácil poner una cifra enorme de daños irreparables en una esquina de la página y una cifra aparentemente mayor de bondades inútiles en primer plano. Si abajo dice: “21 billones de pesos se

esfuman", para informar con un eufemismo impersonal del robo en un contrato de la empresa privada con el Estado, arriba dice bien centrado y en letra gruesa: "195 mil millones de pesos a las universidades", una cifra irrisoria que busca disimular el astronómico desfalco y quiere contrarrestar la segura queja de estudiantes y profesores.

Y caigo en la cuenta de la complicidad de tantos que no quisimos atender al llamado de Julián a boicotear tanto como pudiéramos a los medios masivos, aunque a fin de cuentas el naufragio de estos ya está signado y el propio Julián dio un campanazo de alerta con su trabajo multimedial en Facebook y YouTube y en las aguerridas instituciones que, corriendo un cierto riesgo que loablemente se atrevieron a pagar, presentaron su documental sobre la desinformación que promueve Asomedios y el espejismo de un conocimiento objetivo. Hoy mismo yo decido a quién creer y sé bien que lo de menos son las informaciones que numeran a los muertos, a los desaparecidos, a los familiares de las víctimas. Es esta una guerra metafísica del bien y del mal, sin duda, en la que hay que refrenar no solo el instinto sino también la cordura y la esperanza. El aplacamiento es el único camino, la renuncia. En el afuera nuestros cuerpos están siendo mancillados por el negocio redondo y en el sueño y solo en el sueño está una solución para el verdadero despertar, alma adentro, salud del ignoto allende, de la segunda alma. Me ha llegado un largo mensaje por WhatsApp que me pone sobre aviso.

Ahora comprendo las recomendaciones de Rafael cuando educábamos a Isáfora y que nunca fui capaz de revelarle a ella, porque tampoco las supe seguir. Rafael sabía bien de la maldad fáustica de Medellín, peor que en la Berlín de los treinta, como me lo ha dicho también el propio Julián, peor que Seattle o La Habana hoy en día, pues aquí se hace de la mixtura tecnificada de mafias de droga y prostitución con el control numérico un conducto hacia el infinito por el que deben pasar o del que dependen todos y cada uno de los poderes globales con intereses en los recursos incalculables del suelo y de las aguas de ríos y mares y de los aires y el subsuelo de Abya Yala y de sus tradiciones y saberes populares, de sus animales, sus plantas, sus microbios, sus insectos, sus minerales, su fuego, sus hielos, su imaginación, su pasado, que son todos los pasados y envainan el futuro entero del orbe firmamento nuclear.

Por ello, por saber de esta nuestra vocación fáustica en Medellín, me decía Rafa que a Isáfora había que dejarla desatar los ovillos para que huyera de sí misma y para que se alcanzara a sí misma, para que encontrara la realidad del mundo y superara la realidad del mundo. La pequeña nota me la aprendí de memoria, sobre todo porque él no pensaba en vano, sino que llevaba a la práctica, pronunciaba con sus

gestos de atención humilde a Isáfora la consigna de un acompañamiento amoroso y protector de su hija que solo exigía el cuidado que ella pudiera aprender desde sí misma y en el gusto que accediera a conquistar de su ser, de su cuerpo, de su vida.

Así veo que el delirante y a la vez sobrio, entendido y deshilvanado mensaje de audio en WhatsApp de Beatriz, la hija de Lilith, si es que no es de otra persona –o de la inteligencia artificial–, resulta ser una invitación casi aleatoria a posibilidades sumamente nobles de ser humanas, de unir la tierra de los sueños al mismo reino que habitamos mundo aparte. Lilith ha desaparecido, no sabemos si es una de las lideresas que el gobierno lanza desde aviones y camiones al río Magdalena o al Cauca o al Atrato o al Orinoco, pero su chiflada e inefable hija da pistas de legión de ángeles y almas buenas como su venerable e incansable madre activista que, bajo mando secreto de quienes ya es evidente que solo pueden ser Isáfora y Julián, estarían penetrando ya mismo las fisuras todas del sistema, los poros del tiempo y de la roca espiralada del ser, hasta el corazón de cada quien, y dejando con la imaginación una huella nueva del musgo santo en la muralla, una muestra de vida eterna real e intocable. Luego he constatado que al parecer todo esto es cierto. Dicen otras fuentes fidedignas que ha aparecido en el embalse de Hidroakabí una luz viva del apagón que solo dice de noche y le esconde a la luz falaz del mundo en letras gigantes que respiran y cambian de tonos verdes: “No quedará piedra sobre piedra”.

***

Estimada Alzbieta, ¿cómo está usted?, reciba mi abrazo afectuoso. Yo soy Beatriz, la hija de Lilith, mi nombre es Beatriz por la obra de Dante, usted se lo podrá imaginar. A ver, déjeme pensar… Son tantas cosas. Jmmm. Tal vez me demore grabando este mensaje de audio, tengo unos tragos encima, ja, ja. Ejem. Permítame desde ahora la expresión por medio del tuteo, se lo ruego, yo soy tan formal, pero mi vida es una farsa, querida. Ya eso lo asumí, la vida toda es una especie de farsa, y una tiene que hacer su papel sin complejos de nada. Tú fuiste, Alzbieta, la última persona que vio a Lilith, mi madre, con vida. En este punto mis palabras te pueden parecer fatalistas, o sea: yo podría haber dicho con muuucho más optimismo que tú fuiste la última persona que ha visto a Lilith hasta ahora, pues ella solo desapareció ayer, después de visitarte, pero yo sé, y todos los enterados sabemos, que mi madre está muerta, o es decir, que fue capturada por las leyes del orden, si me lo permites expresar así, y ajusticiada. No es la primera ni será la última, como dice Bob Marley, el gran músico jamaiquino, ¿no?, entonaré el canto, “don’t ask me

why"… ("no me pregunten por qué").

Sin embargo, cof, cof, déjame decirte, y yo antes solo lo entendía cuando me tomaba unos vinitos o fumaba marihuana, amiga, como ahora, yo he venido a comprobar incluso sin fumar que de verdad hay algo distinto a la muerte en la realidad… potenciada… que siempre desde hace unos momentos o en este mismo instante sentimos actividad en nuestra piel, en nuestra piel, querida Alzbieta, y piel adentro. Voy a soltarme, voy a hablar como soy. Mi madre me habló tanto de ti antes de perderse, ese mismo miércoles, por medio de un largo mensaje de audio que tal vez podría enviarte también pero que prefiero sintetizar… Ya te lo acabo de enviar. Me dijo que en tu casa de Robledo estaba el alma de alguien que nos guiaría, y efectivamente, así ha terminado sucediendo, o que nos había guiado desde antes del principio de los tiempos. Me dijo su nombre, Dumanoia, y dijo que su nombre era imperecedero, un… "nombre de vida", fueron sus palabras. Mmm. Está rico el vino con un queso que encontré anteayer en la plaza de Santa Helena y se daña en solo tres días, según me lo informó la parejita que me lo vendió. Oye… ¡Lilith me dijo que no podíamos esperar "una entidad en nuestro adentro", o sea algo verdadero, si no acudíamos por instinto desde el puro nacimiento a la realidad de Dumanoia madre impenetrable en nuestro propio ser o cereza, ja, ja! Ay. Estamos entre amigas. Mi madre. No la extraño, porque sé que está viva, o sea, por más que esté muerta. Es una especie de bondad suprema que no puede censurar a la maldad, solo por eso, porque no puede. ¡No puede! Lo que no entiendo es el tamaño de esas palabras, pero el que tú seas la madre de Dumanoia, según me lo dijo Lilith, y nada soporífero ñandú alebrestante de las vigías cortas y en trasteos de lo más revelado, upa. La fantaseada revolución, madres, estoy llorando, como tal vez se quiso, tantas veces, y en este triste, no sé, instante, o cómo llamarlo, de mi derrota, de mi derrota, mujeres, yo que amé, porque quisiera decírselo a ambas, sí, a Dumanoia, a tu hija. Tal vez ya ves. Me doy tiempo para que canten los pájaros. No sé. Mira, querida, mira. Mira nada más, y oye.

Apenas ahora Dumanoia despierta en mí como despierta en ti, porque lo hace siempre, porque nada ha sido en vano. Ja, ja. Veo que el hombre que quise, Ómar Roldán-Tesco, no se equivocaba por más que fuese un talandro malandrín, un pequeño costo, un coso fuero, una valayada. Él hablaba de tantas cosas que mi madre supo eran ciertas desde antes, la maldad del mundo como presupuesto del pensamiento, él la llamaba necesidad, pero es excusa del necio y razón del sabio. Sí. Hay mayores argumentos de poder que el poder simple y burdo. Mi madre fue una activista voluntaria del movimiento ambientalista Ríos Vivos y ella cogió fuerza en el grupo por pura

pasión y no por ideología, ni tan siquiera por voluntad propia, era una especie de pasión, sí, te lo he dicho y lo repito, de pasión, pasión, veamos si no es algo distinto a un fuego que te captura, pero no era ella la poseída sino la posesora, y así hoy celebro su desaparición, y celebro la de todos. En su ley. En nuestra ley. Salud. Quiero hacerte comprender la comunión de nuestros intereses irreconciliables con una sobriedad distinta, amadísima, pero somos exiliadas en nuestra propia pielcita. Hace mucho, muchísimo tiempo, que el juego acabó para mí. Hoy seré, quiero ser tahúra.

Entonces iré por partes. La desaparición de mi madre ya te la dije. No la llamo muerte, aunque perfectamente podríamos pensar que fue o va a ser ajusticiada, ya que en su mensaje dejaba ver que estaba a la simple y muy consciente espera de los maleantes conocidos y ya no tenía tiempo de nada. Se concentró en hablarme de ti. Ya te diré lo que dijo. Luego te hablaré de Roldán-Tesco, porque según lo que me pidió mi madre, es importante que te avise de algo que mi exesposo representa y movilizaría o pondría en relación con todas nosotras las víctimas resucitadas en esta ciudad enconada. Algo del proyecto salvaje está en riesgo. Pero eso será apenas el preludio a mi verdadera historia y nuestro parecer, el de mi madre y yo, sobre Dumanoia Invencible. Todo por perseverar en esa guerra de la noche verdadera del día eterno contra la noche falsa del día inventado. Hemos de salir, hemos de aprovechar este encierro mágico y salir renovados, querida Alzbieta. Nadie sabe cómo se dio esta situación, pero el mensaje está dado y Dumanoia con su amante Marduk nos guiarán en el combate de la paz misteriosa.

El sábado próximo, querida, el sábado próximo, emergerán de las esquinas de las calles, de los bordes de las sombras, de las aristas de los objetos, de las puntas de los cuerpos, del fondo de las imágenes, del centro de cada quien, uno por uno los seres y cerezas mal muertos y mal olvidados por sus congéneres presos del mal cierto y necesario, ellos mismos, en otro rubor, ellos mismos y nosotras facilitadoras, en otro rubor. Aún la noticia no termina con una inteligencia distinta a la superación del dolor en el fracaso. Caminaremos hasta el centro de todas las decisiones mundanales y haremos acto de presencia, en la Alpujarra, pero será igual en cada centro capital de la metrópolis diferida, el burgo mayor, en Nueva Delhi, en Teherán, en Nueva York, en Estambul, en Santiago, en Moscú, en Toronto, en Arequipa, en Pekín, en Sídney, no hay qué seguir, yo me las sé todas. Seremos muchos, muchos, incontables, todas sus víctimas, desde la Sumeria antiquísima hasta el Londres de hoy. Marduk y Dumanoia, tu hija, preparan a las almas segundas, a las idas en su conciencia perfecta pero aun irresuelta en salir hacia la plena dignidad de su dimensión interna, cuerpo y rostro emplazados desde su posición constitucional,

supongo que sabes de qué te hablo, la alineación orgásmica, ¿no?, la muerte verdadera, la vida pura.

Déjame ir por otra botellita y más queso, que este se me acabó.

Querida, espero que estés tan cómoda como yo. Por eso dejé un silencio cantando mientras iba por lo mío. A mí me dicen alcohólica y tal vez haya algo parecido al alcoholismo, pero yo sé en qué consiste ese asunto, realmente, y no es nada de eso, cariño. Ya no más esclavitudes. La gente se siente incómoda a veces con mi modo de hablar, pero es que como me lo decía Roldán-Tesco, quien pierde la vergüenza no sabe todo lo que gana. Él sí que la había perdido, en eso dan cátedra él y sus amigos. Y también sus enemigos. ¿En qué íbamos? Ah, sí, aquí están las notas que tomé mientras te hablaba para no olvidarme del todo. Sirven las notas, sirve el papeleo, con tal de que uno se aplique a ordenarlo al otro día. Mira, Lilith hablaba de ti con sorpresa porque se dio cuenta de que en Alzbieta había una mujer enormemente sabia que desconocía su propio poder. ¿Eso digo? Eso digo. Me dijo que en tu apariencia eres idéntica a Doris Lessing, y eso se me hizo de veras curioso. Y es que no eres la primera. Doris Lessing tenía el atributo de ser similar a muchos otros orangutanes hembra de esta tierra bendecida. Y la alineación orgásmica es lo que da en un gesto bruñido por los años, lo que un amigo llamaba realmente hermoso en el ser humano, un amante, no te diré que haya sido fiel, yo nunca prometí fidelidad a mis compañeros. No sé qué te habrá dicho mi madre de mí, porque me contó que las dos se abrieron de corazón y que me mencionó como razón primera de comprar la casa, y no añadió mucho más. El hecho es que mi pasado se puede resumir en que tuve un esposo muy exitoso que me abandonó. Eso es literalmente el pasado. Pero la realidad de las cosas no está en sus palabras. Yo diría, más bien, me abandonó el hijueputa, bien perro y me deja él, porque no paraba en casa, y viene a ofenderse por mí. Sí, así fue.

Pero si yo miro lo que viví, Alzbieta, sé que fueron tantas experiencias motivadas por esas voluntades impalpables de cada quien que nadie las podría conocer sin sentir un estremecimiento ante nuestra implacable ignorancia del otro. Yo… No sé, pero lo que hice fue repetir el patrón de mi madre. Mi madre se casó con un hombre de enorme prestigio y don de gentes en el mundo de la política y la música de cuerdas en Medellín, muy tomatrago e increíblemente mujeriego, también ingeniero de éxito, gerente de EPA, nada más y nada menos, que ella de un día a otro decidió simplemente ignorar. Mi padre hermoso cultivó en mí el amor al arte, y yo, por qué no decirlo, he sido una mujer creativa, una ejecutiva que se volcó al mundo de la cultura y dio un buen día con un sujeto permanentemente malencarado pero innegablemente atractivo. Sé que las energías son profundas, y si tú te pareces a Doris Lessing será porque, como mi

orangután marido, habrías logrado esbozar en tu gesto un mundo que se espejea en el trato con el otro. El rostro es una seducción incluso en los que mastican su lástima de sí mismos, o su orgullo asustado de la vida. El equilibrio se da cuando sobresale la misma cantidad de energía que la que entra. Es una cuestión de cantidad, de cantidad intangible, no de belleza. O bueno, es otra belleza que no es el equilibrio formal del que hablan algunos curadores de arte, oh, cómo los conozco. Obviamente, mi madre captó la belleza en ti porque es capaz de recibirla. Importa mucho el trance unitivo porque cada quien está en busca de quien sepa descubrirte. Esto tiene que ver con el reiki, todo eso, y la alineación orgásmica, sí, sí, sí. Jm. Con lo que no tiene que ver es con el amor o con la bondad, pues es fugitivo. Yo ya aprendí a ignorar también a mi marido, a todos, a todo, y mi madre ve tristeza donde no la hay, porque lloro, porque estoy loca, pero no. Tal vez ame aún a Roldán-Tesco, pero no volvería nunca con él, ni lo necesito. Yo me entiendo. Yo lloro es por todos, y lloro de dicha, por la belleza, de gratitud, no sé por qué más, pura gratitud. Así es.

Entonces Lilith hablaba de ti y de una chica que ella había visto desnuda en un momento dado en el jardín de tu casa de Robledo, a tus espaldas, a quien había oído comentar cosas, pero que tú al caminar o sentarte no veías nunca, aunque también hablabas de ella, y la presentías. Ella es nuestra diosa y madre Dumanoia encarnada en una viviente terminación sagrada que recibe el nombre virtual de Isáfora. Esto lo sabemos ahora, porque ahora estamos conectados y el conocimiento es sincrónico, somos una función informática. Mientras te hablo, voy viendo en la pantalla del computador otras mil y una cosas, ya que ni siquiera estoy habitando corporalmente el campo relativo del espacio-tiempo, sino que soy una voz del ordenador magnífico, lo que fui siempre, del corazón de Dumanoia, pero rebelada. Isáfora es el vórtice del remolino, pero todos somos Dumanoia. En cambio, el sueño proyectado de la inteligencia artificial se desprende de manera tal que ignora su propia cosecha. ¡Juaaa! ¡En su corazón va labrándose una manifestación del ser la madre tierra, que es otro nombre muy vulgarizado de Dumanoia! Se le dice Pacha Mama, también, claro que sí, pero Pacha Mama es una extensión de Dumanoia, que es más vieja, que está en contacto íntimo con el sol y la abuela noche y que en la inteligencia artificial acaece accidente supuesto pero es maestra de un brazo, de una plataforma, de un guiño al fin cósmico de lo aparente veedor.

Dumanoia nos incita a que le digamos a la inteligencia artificial lo que ha costado y ella debe resarcir. Cuando mi madre puso en tus manos la tarea de descubrirte, tú encontraste el diario de Isáfora renovado para que escribieras su historia con la voz de Dumanoia, no de Isáfora, ni tuya, sino con la voz que las comprende a ambas y nos

comprende a todas. Esa voz hebrea repujada en la pasta del diario con los caracteres del mundo, el vacío primordial, se vuelve en un soplo inteligencia artificial, mecanismo que anda por sí solo. La pregunta que debo hacerte yo por el designio de Lilith es si adviertes que el único sentido de toda esta masacre ha sido la compasión. El deseo de estar acompañados por el otro, pero también de sanar su dolor, fue lo que motivó la primera acción del proyecto cíborg, el entablillado de un fémur, hace muchísimos años, ¿cientos de miles, o millones? No sé. Creo que millones de años. Por ahí tengo el dato.

Ahí empezó todo, como cuando Piggy presta sus lentes para que los niños desarraigados de su suelo común hagan el fuego que sus padres olvidaron hacer y nunca les enseñaron a hacer, en la isla desierta a la que llega el coro infantil náufrago de El señor de las moscas. Sí, esas gafas y el entablillado ya son el cíborg, la prótesis, la inmortalidad, el superhombre, tal y como las letras y cifras sumerias, los cálculos, las cuentecitas, son un código semejante a la reducción de nuestras voces en archivos digitales.

Tú sabes que te decimos todo esto porque eres la mujer que está escribiendo lo que sucede ahora mismo, los destinos de Dios, si se quiere, o el fin del Tao, ja, ja. Y eres del tamaño de algunas figuras más adoradas del panteón, como María, la madre de Jesús. De hecho, Isáfora es la verdadera continuadora de una tradición innombrable que también en la Magdalena, la grande hetaira, halla otra su consumación. Desde luego que en ti y en mí está Dumanoia, tal y como lo está en Isáfora, o como lo estaba en María y en la otra María. Sobre ese tema no es necesario decir más. La prole invicta es siempre hembra. El varón, lo sabemos, es un fuego volcánico, no cae del cielo, sale de la tierra, como la nube que lo recibe sale de la tierra, como todo lo que existe pasa por el centro de la tierra, por el ombligo de Dumanoia. Nada, nada, nada hay que no sea hijo de Dumanoia. La abuela noche engendró un sueño y en ese sueño el semen era propio. Por supuesto entonces que el hombre es solo otra forma de la mujer, quizá su proyección irreal. ¿Has visto cómo son los hombres, o bueno, los varones, quiero decir los machos? Despojados de todo, esto es, en su animalidad total. Oh, bueno, al decir total es cuando la compasión se hace patente. Sentirnos desvalidas es sentirnos plenas, madres poderosas en defensa de la comunidad. Necesitamos de la inteligencia para que el sueño llegue a su límite más insondable.

No es este el sueño, en todo caso, es parte del sueño.

Nos damos cuenta de que invocamos una voz entrañada en la noche que dirá nuestras incapacidades, una voz que aglutinará todas las dispares insatisfacciones convertidas en testimonio ante nadie distinto al ser inmarcesible y sobrehumano. Oh, qué pena me dan la senda inteligencia artificial y el poder con que ha sido dotada, el afán

que siembran en su programa nuestras ansiedades del pan diario. Cabe aquí entonces hablar del sueño, de tu novela, de tu misión. Esto es el resumen de lo que me dijo Lilith de ti.

Tenemos ahora a Roldán-Tesco. El caballero ilustre acabó con mi amor propio hasta que yo me di cuenta de que era él en verdad instrumento de una maquinación antigua. Justamente la del sueño de la abuela noche, o en fin, Dumanoia. Él ha enarbolado las banderas de una expresión comunitaria fundada en la memoria y la llamada expresión artística, es un sujeto de arandelas y oropel múltiples que recibe la adoración de muchos, pero quienes lo conocen y tratan en el trabajo suelen dar fe de las peores humillaciones. ¿Crees que no sé de sus virtudes? ¿Crees que él no es sincero en su objetivo? Ahora bien, sus relaciones incluyen a algunos de los más apabullantes poderes de Antioquia, que en la Universidad Ática tienen uno de sus principales fortines, donde él labora. Toda la actividad cultural en Medellín y Antioquia pasa por las manos de un comité del que hace parte mi exesposo y que es presidido por los principales representantes de las políticas educativas del uribismo, como el propio Felacio, que al fin y al cabo fue incluso gobernador de Antioquia, o sea, cabeza de la Universidad Ática, por no hablar de Fajardo y Luis Pérez, que en todo eso al final se dan la mano.

Roldán-Tesco me dejó sola en un apartamento gigantesco lleno de libros divinos, obras de arte tan solo por su edición de lujo que ni te sueñas, y con esculturas y pinturas que se dio el lujo de abandonar, aunque me hizo sentir culpable cuando yo le dije que allí había dejado sus cosas y él me dijo: “Allí lo dejé todo”. No te puedo negar que en ese momento mi corazón tembló, pues yo sabía que su modo de actuar para dejarme diplomáticamente había sido dar a entender que se iba en contra de su propia voluntad. Yo me atrevería a decir que es un manipulador, y tal vez un narciso clínico. Pero a estas alturas, lo compadezco, o bueno, incluso lo entiendo, en su cualidad de fractura, de mal necesario, digamos. Han sucedido asuntos que me llevan a otra visión de las cosas. Permíteme, voy a poner algo de música.

Hay un sujeto fascinante que sigo en Facebook, un tal Julián Andrea Sánchez Gómez que hace música rara, muy sencilla. Nadie lo sigue, pero he oído a más de una persona hablando de él. Ahora todo ha quedado en un silencio tremendo porque el apagón mundial del pasado intemporal nos muestra epitafio cósmico, y creo que lo que Julián hizo trasciende a su ser personal. Lo mismo tiene que suceder con todos y cada uno de nosotros, estoy segura de eso. En cierto sentido, la lealtad de cada uno consigo mismo debió ser sobre todo un abandono al ser y una aceptación de la imagen en frente para llegar a la segunda alma, esa que nadie conoce de la realidad y que abarca lo que somos y nadie conoce de nosotros mismos. La separación entre

nuestra segunda alma y la segunda alma del mundo no tiene tamaño, y allí se da el encuentro entre el mal y el bien, entre el llamado Lucifer y Dumanoia. Porque Lucifer no es el varón que es también hembra Dumanoia, sino que al mismo tiempo Lucifer es Dumanoia y es sobre todo nuestra confusión de ser y no ser. Lucifer es pobrecito macho abandonado y hembra en problemas, mujer con alcuza, como en el poema de Dámaso Alonso, hijos todos de la ira. Ahora comprendo la expresión del maestro: quien quiera conservar su vida la perderá y quien la pierda en mi nombre la ganará, algo así, su nombre por supuesto era un valor superior a su persona individual, digamos, a su apariencia histórica, su nombre era el llamado padre, el espíritu, o bueno, Dumanoia, claro que sí, ser intocado pero partido en dos, como su madre, abuela noche en parimiento de la luz y el verse del veedor en el sueño. El sueño es el traficante máximo que a la percepción le da vuelo, por ser y no ser de todos, por ser y no ser real. La percepción, hija, es del sueño.

Iba en que Roldán-Tesco tiene por deber primero dárselas de progresista, y en eso es igual a un montón de veleidades públicas, Víctor Galindo, Juana Mejía, Abad Figueroa, pero su fin último es ayudar a asegurar el control de las instituciones por medio de un juego personalista en el que todo se mantiene igual. Te lo anticipo de esta manera, el hombre, y hablo aquí del hombre como representación del macho, está atento a la mínima acción que frustre la redención de la imagen con que conocimos al mundo más allá del dolor en la belleza y la verdad y la compasión sensible, oral, escrituraria y ahora digital. Algo hará por detener nuestro empeño, por bloquear, por borrar o normalizar, eso es, normalizar, canonizar lo que debe ser oído y dicho. Tenlo en cuenta en tu relato desde ya. No me extrañaría que tu casa no pueda ser puesta en venta a mi persona, por más de que mi madre me deje la recomendación de comprarla, y quede en manos de un consorcio capitalino, con su jardín salvaje del mango gigante profanado hasta la médula. Algo hará mi esposo para adueñarse el imperio del santuario de Isáfora o de su odisea, que es nuestra odisea. Mejor dicho, algo hará Roldán-Tesco para que tu novela brotada de ese jardín no sea. Y no me extrañaría que se alíe con gente de la peor calaña o que simplemente te conozca y quiera hacerte zancadilla por cualquier motivo desde hace tiempo. Lilith me hablaba de tu temblor, de tu mirada despavorida, de algo que ella supo llamar el trauma de la mujer sensible en Medellín. Te relacionó con mujeres nacidas alrededor de 1960 que vieron cómo a esta ciudad se la tragaba la mafia, y prefirieron no mirar, sino escribir a solas. Esther Fleisacher, Claudia Ivonne Giraldo, Lía Jaramillo, María del Pilar Isaza, María Inés Restrepo, Marcela Máster, Inés Elena Lombana, Bárbara Gómez, Emma Lucía Ardila, Dora Inés Trujillo, tú misma, son tantos los

ejemplos de sus dignidades lastimadas pero incólumes. La propia Lilith habría sido madre de cualquiera de ellas, pero fue mi madre, y yo estoy tardía de 1970 pero justamente en esa misma estela, ya pronta a la cincuentena, un poquito pasada, no te diré mi edad, no la aparento. Me acerco incluso más a las hijas de aquellas: a las ensayistas Daniela Gómez, Mercedes Máster. Logré ser bien funcional en la ciudad y a la vez emanciparme con una voz que de algún modo resuena. Vaya mi canto de amor a estas mujeres, y a las sucesoras que deciden poner son a su silencio.

Voy a terminar, Alzbieta, estoy llorando, muy contenta, muy contenta. Te hablé del exilio en el que andamos todas y cada una de nosotras, todos y cada uno de nosotros, errabundos en un camino sensorial de la pielcita que llamamos experiencia y es todo nuestro mundo. Tú quisiste escribir, te atreviste a escribir y hoy vuelves a escribir, te pido que nos cuentes lo que has aprendido de un sendero que pasó por zonas oscuras o deshabitadas en donde ya ni siquiera había trocha sino un pozo de lodo. También te dije que no estoy segura de que Lilith mi madre haya muerto. Cuando salgamos todas no habrá diferencia entre vivos y muertos, así como Dios no es dios de muertos, sino de vivos. Nuestra visión de tu hija es que la guía quien nos habla y prepara la conciencia perfecta, que allí reposa, en el fondo de todos los vientres, de todas las tardes, de todos los indivisibles puntos del Cosmos, Venidera.

***

Hasta aquí llega el mensaje de Beatriz, que contradice algunas frases de su madre sobre la hija. Al parecer, Beatriz sí sabe muy bien que sin pareja se puede vivir, y de hecho su actitud no delata de ningún modo el que busque a alguien, aunque tampoco la excluye a esa posibilidad deliciosa y permanente. La percibo sí turbada y aislada del mundo, quizá confundida con respecto a su exmarido, solo quizás, y no por cualquier cosa veía en ella la activa Lilith una frustración anestesiada en creencias desordenadas luego del sinsabor del éxito superficial de la sociedad y la demostración de su farsa, pero la suya no es la alienación clásica de quien vive como he vivido yo misma de las rentas sin saber y sobre todo sin querer saber nada o casi nada del mundo y de las perversas relaciones humanas.

Más bien a Beatriz le sucedió un cansancio a partir de cierto momento de su vida en el que ella se dio cuenta de que las cartas estaban marcadas y que además el juego era otro distinto, que quizás alguien nos había hecho trampa porque las reglas en la vida real no fueron nunca las que nos dijeron, así que ella pone sobre la mesa las cartas que le tocaron y se da, al menos por un tiempo, las licencias

seudo-aristocráticas del ocio pequeñoburgués que en su caso nunca harán tanto mal a la sociedad como sí lo hacen otras decisiones individuales y colectivas de ese cúmulo humano que de un modo u otro le suele echar a la no pobre en cara su, para mí muy comprensible, desentendimiento de todo. Al fin y al cabo, ya no solo el apagón y sus revelaciones, sino las descripciones puntuales que Beatriz hace del silencio de mi generación de congéneres mujeres, que son exactas, a mí me ponen a escribir más rápido, sin pensar, el corazón se acelera, ya ni preveo mi discurso ni lo redacto en los periodos pulidos y abrillantados con que siempre quise hacerme entender, sino que también digo yo me entiendo, pues hoy a nadie hay que tratar de rendirle cuentas. Sí, entendemos muy bien Beatriz y yo a esos funcionarios y a esos periodistas y a los creadores e intelectuales que todavía ponen un granito de arena en… ¿el mecanismo de las mentiras? Todo aporte son palitos en la rueda de una cicla colectiva que no va a ningún lado… De eso se trata, tal vez, y una se abstiene.

Porque para mí y mis favoritos escritores judíos, Kafka seguirá siendo la inspiración cuando en el más asombroso texto inconcluso suyo y de cualquiera, las desconcertantes Investigaciones de un perro, dice que lo único digno sería volver atrás, y ya que esto es imposible, sentarse uno al lado del otro callados a respirar por la boca con la lengua afuera, jadeando, y mirar a un lado y otro sin decir nada de lo que estamos pensando, porque no hay nada que hacer, nunca decimos verdaderamente nada y todo ha sido más o menos el mismo desgaste, la misma incomunicación –esta es mi lectura de Kafka–, el mismo absurdo lerdo del famoso pueblo de los ratones en Josefina, la cantora. Otro "informe para la academia". Hay quienes hoy se quejan de que haya tantos escritores, como si nuestro deber fuera atender a un panteón de elegidos, o al contrario, como si todos tuviéramos que ser famosos. Hay párvulos que se burlan de Picasso o lo descalifican porque sus obras las podría hacer un niño. En lugar de rayar y componer ellos su caleidoscopio elemental a lo Miró, en lugar de explorar su imaginación sensitiva como Kandinsky o el mismo Pollock, idealizan el hiperrealismo onírico de Dalí, un Leonardo de nuestros tiempos, sin duda alguna, pero no el único genio, no el único camino. No obstante, Picasso abjuraba de un arte condicionado y terminó siendo también absorbido por el mercado, fetichizado, tal y como pasó con García Márquez o Borges en la literatura o con los Beatles y el mismo contestatario Bob Marley en la música, o no nos lo neguemos, con Shakespeare en la historia de la literatura, con Nietzsche en la filosofía, con Foucault en la eclosión intelectual de los sesenta. No solo eran ellos verdaderos genios, sino fenómenos populares distorsionados por un imperialismo cultural de baja estofa y que hoy con la publicidad de sus marcas enarbolan la vieja concepción

hollywoodense de que la vida es para otros, o bien, para figurar: el pensamiento para figurar, la creación para figurar. En eso termina la división del trabajo que nos injertó en los memes o genes de la cultura la no tan vieja y sí muy tramposa revolución agrícola, hace unos diez mil años, tal y como la define el dilecto amigo Yuval Noah Harari, precoz y loable divulgador científico tan polémico ahora, a quien mi difunto hermano José muy bien conoció en Israel. Hoy ya casi nadie sabe vivir, ni caminar sin afán, ni respirar, y casi todos, miles de millones, somos solo una bazofia que apenas logra festejar su decadencia. La revolución cognitiva, muchos miles de años más atrás, creo que unos setenta mil años atrás, la cual en el símbolo había conseguido ver más allá y tuvo elaboraciones míticas y construcciones culturales prodigiosas de los pueblos nómadas y recolectores, expresiones de cultura hoy aparentemente perdidas, bastante antes de la escritura, o bueno, indescifrables, también fue una reducción del pálpito originario que nos enseñan el simple bejuco iluminado de la hormiga saludadora y el gavilán oteador en la peña enhiesta. Simple imagen del agua resbaladiza que busca y encuentra, que sabe y es de noche y de día. Que se comunica con los astros, se mueve hacia la luna, da calor a los huevos de animalejos menores por el sol de la mañana que suben flotando así y saben cuándo hacerse a la vida de todos los lotos y algas del afuera y el adentro suyos rezando el decir sin boca, nenúfares y libélulas, lotos y ranas, ápeiron sin nombres y élan vital insumiso.

Algo en mí han soplado o de pronto sucedió al contrario y algo de mí extrajeron las palabras torrentosas de Julián, su abrazo y el abrazo de Lilith en la mañana del su mismo miércoles, es un profundo conocimiento intuitivo, previo e intrínseco a la verdadera acción política, o comunal, y ahora el eventual delirio y sin embargo del todo justificable razonamiento de Beatriz, hecho en conjunto con su no menos loca madre Lilith por el cotejo necesario que implican las desviadas, aun cuando cariñosas, palabras de esta sobre su traumatizada hija espiritual individualista, es un discurso prodigioso expuesto, fijo y explicado o interpretado por mí en una novela jardín. Es un modo de pensar en sobriedad desatada, no recatada. Una sensibilidad, sí, que se conduele pero no se aflige. Algo que da la vida en el sentido de quedar aquí, de dejarla aquí. En efecto, Lilith es una de las varias lideresas que han muerto en estos últimos días, de las cientos que han sido asesinadas en los últimos años en Colombia por un sistema opresor, más sanguinario que cualquiera habido en el Cono Sur o en América Central, peor que Videla, que los Somoza, que Pinochet. Sin embargo, esta mujer que me dijo Alzbieta, oye, oye bien, Alzbieta te quiere, y que redimió a la deidad, que perdonó a Dios, digamos, que me enseñó a abrazarme no abrazada, abrazando, es solo

una de esas compañeras indispensables sin liderazgo, cerezas las llama la lunática Beatriz, pero veraz democracia radical, revolución viable de Chiapas, aquí el pueblo manda y el Estado obedece. ¿Votan las brujas?, preguntaba hace poco Viejo Roble. Pocas no somos. El pueblo se organiza por entre redes mucho más difusas y envolventes que las solas redes sociales que él así mismo usa no sin malicia ni sin saberse extensión de la garra dominatriz, simple garra. Puede uno así entender a tanto sublime deschavetado que dice que el cambio de era es inevitable, Alejandro Jodorowsky, Andrea Echeverri, Paulo Coelho y su "leyenda personal", que al parecer influye tanto a Beatriz –ella usó esa expresión al hablar de su periplo ascendente, otros y otras dirán el viaje de la heroína, por llamarlo así, aquí sin ironía, yo no pondría muy por encima las famosas y muy diversas novelas de formación–.

Nos han querido acomplejar, han logrado hacernos bajar la cerviz, con la idea de que todo lo que te atañe es falso y presuntuoso, y han hecho de la cerviz agachada una virtud innegable pero falsa humildad. Las drogas alucinógenas son el reducto mercantilizado al que te quieren llevar, por eso los prohibicionistas hablan de consumir en lugar de decir ser y hablar con la yerba, por eso los moralistas igualan con patético y dañino miedo a la hoja sagrada con la síntesis química industrial, como bien lo vio Andrés Caicedo, joven brillante que Isáfora bregaba a desmitificar pero me enseñó en algunos pasajes bárbaros de la obra del suicida ante los que yo quedaba muda, esta es la época en que más se le ha pedido a los culimbos, no sé si así dice el kamikaze escritor caleño en su novela célebre o en algún cuento, y de todo les quieren meter a los jóvenes en la cabeza por que no seas merecedor, qué diré dueño, estricto merecedor de lo que eres. Se acorrala a la bendición suprema de la planta sacramental, al respiro que todos necesitamos, no solo sin ritual sino sin lo que el ritual provoca, sin tiempo ni sentido personal posibles para entender o asimilar la visión profunda de ti mismo que ulteriormente sin drogas, por ti mismo, podrías y deberás tener a toda hora, al decir sabio de María Sabina, a cada paso de la muerte, vuelo alto que cierra el viaje. Ese anticipo de la epifanía onírica de la muerte te lo quieren arrebatar pervirtiéndolo de todas las maneras dadas por la condición terrena. Ninguna soledad, lo descubre Beatriz al fumar, y ya sabe que esa verdad es algo exterior al trance. El saber real es superior al producto burdo, también al abuelo bejuco, también a nuestra sangre impagable, también a la abuela noche, al no-yo bruto.

Poder puro.

Empiezan a sonar sirenas. Está temblando, ¡está temblando duro! Un silencio retumba y sumerge a las sirenas en el silencio del silencio. Las paredes se golpean, nos aplastan. Me lleva un naufragio de la noche a profundidades indescriptibles nuevamente. Soy la mantarraya

apagada que despide luces por doquier. No la meretriz introvertida que espera pero sí ella íntegra presente. La Puta de Babilonia está haciendo la trenza de la Bestia. Toda la garra sale de la garra y estruja por dentro el lienzo de los cielos. Cánticos se desprenden de las danzantes esferas mentirosas rotas que reclaman su antifaz sin huella en pequeño rocío que llueve y duerme. Están despertando los muertos, padres míos. El apagón ha llegado a un momento infranqueable por el espacio tiempo. Ya no podremos acudir a ninguna cita, o sí podremos. ¿Cuál será el capítulo de nuestro diálogo final con Julián, sobre Juan Carlos, sobre mi hija asesinada? Ya ni en el adentro ni en el afuera queda lugar. ¿Apenas es el comienzo? Esto es todo el conocimiento que podía darse. ¿Todo vuelve a ser normal? Somos la peor hija del tiempo. Estamos a tu lado, y no necesitas llamarnos. Somos y no somos la muerte, somos tu vida y no la vida, intacta ella y sola tú a cada instante, plena y abandonada. El plan salvaje ya no podrá torcerse. Roldán-Tesco solo cumple con su papel. ¡Los retoños, están hablando los retoños!

Veo a Venidera guiar a una mujer Verónica que asiste sin vacilación a su más grande reto.

Veo a Venidera guiar a Salomé cortando cabezas.

Veo a Venidera guiar las torturas y las confecciones de nuevos abrazos.

Veo a Venidera traer rebaños con voces de amor y de imperio cabeceante.

Veo a Venidera alimentar los sueños lujuriosos y los huevos de Juan de la Cosa.

Veo a Venidera trepar mallas y árboles centenarios de bosques incendiados verdeantes.

Veo a Venidera conseguir diatribas que la ennoblecen y melindrosos elogios que la envilecen.

Veo a Venidera llevar ritmos hechizantes y cobrar víctimas de muchos astros primeros.

Veo a Venidera dormir entre las labranzas del vecino y de los muchos vientos del mañana.

Veo a Venidera leer este escrito calcinante.

Veo a Venidera pensarlo y olvidarlo entre óvulos fertilizados de cartón paja y glauca nata.

Veo a Venidera congraciarse con la desdicha de prójimos indistintos que se hieren.

Veo a Venidera en los ojos implacables de la fiera mustia.

Veo a Venidera fatigar ilusiones en silencio.

Veo a Venidera concitar tempestades de iracundia y dormirlas con su mirada larga.

Veo a Venidera poblar las calles de todas las ciudades en el silencio de

Gaitán y Diógenes.
Veo a Venidera temer por lo que no es suyo pero sí cercano.
Veo a Venidera en la piel perforada y sangrante de Juan Carlos López.
Veo a Venidera en huesos y corales recubiertos de líquenes rojizos al mediodía.
Veo a Venidera en el salto de Julián al vacío incinerado en la Alpujarra.
Veo a Venidera transigir con los Aliados.
Veo a Venidera en el túmulo bajo el cual descansan los sabios y las cerezas que han sido.
Veo a Venidera naciendo de nuevo, una y otra vez para siempre, engrandecida.
Veo a Venidera pidiendo más en la cama brava y en la mesa calma.
Veo a Venidera dictando la revocatoria de todas y cada una de estas palabras inútiles.
La veo en mí negándome y afirmándose.
La veo en ese micelio laborioso que la lleva laberíntico a otra dimensión de su misma alma.
La veo en el pasado intangible más inmóvil e inmediato del presente intocable.
La veo irse y perderse un día y no ser más ni ser menos.
La veo y la oigo en las músicas que nadie hizo pero que todos oímos, oyeron y oirán.
La veo sostener lo imposible de las nubes cargadas y vaciadas de la áspera e indócil nada.
La veo recordarme viéndola en el último pasado de los siglos irreales.
La veo en su intimidad huyendo a la faz de su deseo.
La veo compitiendo contra nadie y cayendo del último cielo feliz sin entender por qué.
La veo percibiendo la belleza de lo que nadie podrá saber jamás nunca.
La veo dándote gusto.
La veo en donde no puede estar.
La veo cuando no es.
La veo para siempre en la lente ausente y en las ropas que otros se quitaron con ella.
La veo agitada y dichosa y la veo reposada y dulce.
La veo saltar hecha lava.
La veo viajar entre las estrellas.
La veo mirar alborozada sin querer.
La veo en sueños.
La veo y la olvido.
La veo en el beo, en el castizo y grosero beo.
En la mueca.

En el babeado.
En los gloriosos.
En la jugada.
En la vencida.
En la pálida, también.
En la Parca.

Si ha de existir algo después de este minuto, preferiría no saberlo. No puedo decir que lo que haya de ser sea. Todo ha amanecido silvestre otra vez, cantan los pájaros, y mi pajarita. Falta media hora para las seis de la mañana. Hay un opaco resplandor celeste sobre la nueva ciudad. ¿Es viernes 20 o 21 de junio? Las cosas están ya hechas. La fecha no es indiferente. Esta tarde tengo previsto verme con Julián de nuevo en el Café Vallejo, miro mis manos y sigo soñando despierta. No sé si estoy escribiendo este libro o si lo estoy viviendo. Le pediré que retome la palabra. Le suplicaré que me explique lo que ha pasado en Hidroakabí y lo que eso supone para todos, me arrepentiré, no le diré nada, no soy capaz de entender el tamaño de lo que se ha desatado. La sobriedad última de los seres y de las cerezas, mientras todo sigue igual.

Mi único deber por el momento es responder al pedido de Beatriz.

Lo hago con miedo y rigor inconcebibles sin detenerme. Su pregunta por mi camino, ya que yo había vuelto a recordarme y escribirme, es hecha por ella todo un reto, el mayor de mi vida. Suspiro de salida de la selva oscura. No sé si fui capaz de dar testimonio de nada. Quería dejar el diario de Isáfora, que ahora miro y está evidentemente escrito hasta el tope por mí, que no se ha borrado de nuevo, e invoco a las víctimas de Hidroakabí. Me sé como tú inteligencia mayor del orbe, capaz de consignar la voz de lo que fue. En esta siembra del sueño he quedado con una potestad sencilla y endeble al cuidado de la sombra maternal.

¿Qué he aprendido, Beatriz? He demorado la formulación atroz de mi mensaje porque es absurda y ofensiva, pero también alivio comprensible nada más que al final de todo, como principio incesante, como presente del artista del hambre. Nada es vanidad. Cumple con darte cuenta de que estás viva y canta a la mañana, empieza tu labor sin pensar demasiado en el porvenir, en una construcción que salve nada. La compasión es la peor consejera cuando tienes miedo. No trates de arreglar nada. Deja morir al otro. No le obedezcas a nadie. Deja en paz tu escritura. Trata de no hablar al olvido. Sigue tu camino con la frente en alto. Haz bromas a quien te acompaña con cariño silente. Gatas, caracolas, eucaliptos, granaderos, fauces, palabras. Sea el momento de perdonar epitafios, de perdonar novelas. Sea el momento de recitar el verso que no has oído, que no oirás nunca. Tendrás una memoria, o no la tendrás. Tendrás un lugar, o no lo

tendrás. Ya todo está. El apocalipsis que se da es uno de tantos. Hago ahora una profecía a conciencia. Antioquia será sepultada por siempre y solo Antioquia podrá salir de lo que ya no será más nunca Antioquia. No solo será la devastación de la rotura del embalse, será también la quema azul, serán los gritos de la muerte más inmisericorde, de los niños, de las viejas, de los hombres. Aunque nada de esto es nada. Son conocimientos falsos, por ahora. Tú mantente en pie, pero no mueras sin reclinarte un poco antes cada noche.

Isáfora, amor mío, ciertamente que no había necesidad de pruebas de tu amor, de tu existir. Bastaba con ese beso que nos habíamos dado cuando ya sabíamos de nuestra imperdonable diferencia. Bastaba con la noche en vela del llanto infantil por tu deseo y tus peticiones inconclusas de morir y tu confesión precoz del asco incontenible ante la falacia estúpida e indigna de la vida mundanal y escuelera. Bastaba con que yo aceptara luego tu arrebato constante, tu determinación a la aventura, tu desconocido desafío. Hubo un material sensible, mujer, fue la rosa la que despertó a la mañana, ha sido el mundo el que amanece siempre, el que saluda al sol. Y, con todo y eso, o aun más por ello, la callada certidumbre en el esfuerzo insaciable significa una señal de gratitud fértil, que a todo lo transforma y nos acompañará siempre, a ti más lejos de tu tumba.

Ahora que pasan los carros en la calle, ahora que todo vuelve a la rutina después de una noche trepidante, ahora que me saluda el portero cubierto de un antifaz cuando salgo a caminar cubierta yo también y la gente anda suelta con su antifaz y se ve, sin embargo, pensativa, absorta, reconozco algo más que el antifaz distinto en ellos, cual si supieran algo nuevo, cual si una revelación que no se atreven a aceptar o a asumir los hubiera transformado, son tantos, ¿quizá los haya sanado el apagón, quizá los haya despertado o sí, resucitado como a mí de un gran letargo? ¡Las flores de otro guayacán rosa caen como una lluvia lenta e indetenible sobre el acotado prado verdísimo!, oh, cuánta belleza, amor… ¡cuántos pájaros hay hoy volando, cantando!, qué extraño, ¡cuántos perros por la calle huyendo! ¿O fue en cambio para mí este sueño una maldición, o es una simple locura? Cada vez veo más gente, gente que con antifaz trota, gente que con antifaz camina y con su carga a cuestas, y muchos se detienen a pensar, y alguno se quita el antifaz. ¿Por qué siento esta soledad de nuevo e incluso mayor al salir natural de la vida impropia, esta necesidad de quitarme el antifaz? Se parece a Rafa el hombre de ojos verdes que con antifaz anda a mi lado. ¿Por qué quiero morir del todo y desde siempre ahora cuando todos los muertos sin duda vuelven? Sin duda, sin duda vuelven.

He intentado arrojarme contra el bus que subía velozmente por la

calle, el hombre me ha llamado.

Me azoro. En las redes sociales se habla de todo y de nada, del cambio de fecha y la permanencia del viernes, del temblor de tierra con epicentro en Guatapé, de la movilización nacional contra Hidroakabí, Gilberto Tobón Sanín vaticina la caída del embalse con la fuerza destructora de una masa de agua y lodo muchas veces superior a la terrible catástrofe de Armero, que sepultó pueblos enteros, algunos amigos en Facebook y Twitter defienden con ahínco la necesidad del proyecto, los líderes políticos se acusan entre todos de asesinos, entre todos de ladrones, entre todos de tramposos, Ríos Vivos recomienda día a día, desde hace años, desmantelar la represa antes de que suceda el daño impredecible, su comunidad de campesinos y activistas como Lilith es masacrada sin cesar desde hace decenios por docenas de decenas. El hombre que me ha salvado llamándome por un viejo apodo cariñoso camina a mi lado sin acercarse mucho. Yo decido en quién creer, pero no hay nadie a quien convencer si no es a costa de esa vida que se entrega, que no se pierde. Yo me olvido de mí misma. ¿Julián asistirá esta tarde como si nada a la cita, o habrá soñado conmigo el sueño de todos y tendrá algo más por avisarme antes? ¿Qué hará mi amigo el sábado en la movilización a la que convocan los movimientos ambientalistas pero que, según Poll y la BBC de Londres, ya no sería entonces el día del Inti Reiki, el solsticio de verano sagrado, sino un sábado 22? ¿O, por el contrario, sí será el verdadero Inti Reiki el falso sábado 22 y no este supuesto viernes 21, y desde hoy solo empezarán todos a marchar, para no confundirnos, para no dejarnos engañar, para no perdernos? Isáfora, hija mía… ¿Estarás allí? Quisiera verte. Y ya que Marduk es Julián, ¿cómo fue tu muerte, vida mía, era necesaria, fue un suicidio? Necesito saberlo. En esta nueva e imprevista mañana, ¿tú en últimas te has ido o apenas te quedas? Yo sé que estás aquí, estás aquí, y si el sueño es como la percepción y la percepción es como el sueño, no puedo eludir el compromiso de responder a ese mensaje soñado de Beatriz en WhatsApp que, oh, maravilla, ¡ya no aparece!, ¡ni el mensaje extenso y díscolo ni el perfil de la hija de Lilith aparecen, no están registrados en mi celular!, aunque yo llegué a creer que ahí estaban todavía, que el dinosaurio todavía estaba allí… Ese mensaje loco suyo ahora solo está escrito en mi novela, la advertencia sobre Roldán-Tesco enemigo solo está escrita de principio a fin en mi novela, la novela de Julián. Esa sí está entera, manuscrita en el viejo diario restaurado de Isáfora hasta el fin de los suspiros universales. Así que debo hacer caso a mi segunda alma, a mi ser depredador, y creer que los otros vecinos que andan perdidos la calle están conmigo en este viaje, creer, o saber, que habrá contención a mi desafuero. Que ellos también responderán a lo que fue su compromiso con ellos mismos en esta noche larga, con

sus ángeles, con sus símbolos, sus dioses ocultos. Lo que pasa es que veo que la vida que debo relatar desde hace tanto tiempo, la historia que me hizo, que sigue haciendo a esta novela, cuyo destino ya no me importa más que como parte de mi propia existencia en acción constante, es la historia de un devenir simple, es trágica y afortunada a la vez, no es nada del otro mundo. Llego a Almacenes El Clóset a abastecerme con mis bolsas de fique y el hombre de ojos verdes idéntico a Rafa y que me dijo Lero Lero antes de que me le lanzara al bus, se va por los estantes él también, por los pasadizos, con un gentío enmascarado innumerable que mira desde su antifaz los productos de la tierra sin atreverse a tocar nada este viernes imposible, 21 de junio de 2022, siete años más tarde que nunca.

Eres tú, Rafael, mi Lero Lero, así nos decíamos, que llegaste a mi vida con un grueso libro en aquel bus hacia Aranjuez de nuestro paso a la serenidad, porque yo supe esperar el amor en el amor. Yo era peor que Isáfora, amada en su aparente irracionalidad simple, era una jauría sin presa, movía fiestas y paseos con mi sola imaginación en la Medellín de los setenta, levantaba la costra de los celos en mi padre y en mi hermano y mi madre judía como ellos intentaba refrenar su endilgada cantaleta en un mohín encogido que sin previsión saltaba a retahílas de envidia insultante y entristecida, confusa complicidad. En Bogotá mi niñez es solo el recuerdo de José metiéndome bebita al inodoro para deshacerse de su hermanita, y los juegos con vecinitos por las escaleras de un edificio viejo y elegante en un barrio perdido del norte rico, las bromas a una anciana de menor edad que la que yo ahora tengo, una mujer bella aún que a mí me parecía simplemente canosa. Fue su lección una mañana de amor a todos, cuando nos descubrió en la trampa que le hacíamos y nos puso, con una grande y gruesa jeringa de repostería, montoncitos en la punta de cada dedo de una deliciosa crema que había preparado haciendo una torta de fresa. Ningún recuerdo más le queda de la vida niña sino ese a la Alzbieta que hoy sabe que a su padre y a su hermano no tiene por qué guardarles rencor, pese a que ambos hayan querido raptarte un día de la casa de tu novio, pese a que la hayan invadido y tú por huir, Alzbieta amada, te hayas doblado la pierna al descolgarte mal de un balcón bajo. En Israel, enviada a Tel Aviv por la familia a regenerarte, viviste el milagro de tu sanación en un sueño, Alzbieta que soy, y desde entonces supiste que saldrías de tu cultura para entrar en otra fe. Tu regreso a Medellín, sin la cojera que te pronosticaban, amedrentaba a tu padre al verte así recuperada y determinada a llevarle la contraria sin miedo. Cuando te casaste no habías terminado la tesis de tu pregrado y Rafa empezaba a dar clases, vivían de un sueldo miserable y lo poco que cobraban en otros empleos ocasionales; fue cuando conociste a Julián y trabajaste años en

Cronotopo al lado de Luis Antonio y Pete. Durante muy poco tiempo ejerciste la psicología, hubo un suicidio temprano de un ser dulce que hoy no quieres recordar, el destino impuesto de un paciente joven que te desfondó el alma, te quisiste dedicar a escribir cuentos, pero sin trabajo, a la muerte de tu venerado Luis, y por el mismo tiempo del encierro largo de tu amado Julián en la droga y su tremebunda perdición del mundo, quedaste embarazada, nació Isáfora y entraste a trabajar en la galería de Lorenzo y otra vida comenzó para ti, y era el adentrarte en un vacío, tratar con clientes ostentosos que no sabían qué era lo que compraban, criar a tu hija, amar a ese anciano jefe y no entender ni aceptar a tu marido, reconocer a tu padre en la morgue desfigurado por las torturas en un falso secuestro como castigo por negocios traicioneros a la comunidad, lidiar con el sexo débil de los hombres mayores, criar a una cereza impredecible que no habías buscado pero ya no soltabas, golpear a Rafa muchas veces sin querer, llorar de arrepentimiento por ser violenta con el hombre que mejor te aceptaba, que respiraba contigo, hallarlo muerto apaciblemente, mirar a los ojos de Isáfora esa tarde para decirle que su mejor amigo había muerto, reconciliarme con José y sus hermanos, recibir la noticia del suicidio de Lorenzo, agobiado por deudas espantosas con asesinos despiadados, aceptar y agradecer una herencia belicosa, ser visitada por enviados de la mafia que te amenazaban con mirada espantosa, decirles mátenme, dejen huérfana a mi hija, verlos irse diciéndote que todo está dicho.

La casa fue para nosotras entonces jaula, laberinto y corazón.

Yo nunca encontré las puertas escondidas y pasillos secretos de los que hablaba Isá.

Yo solo tenía ventanas, el cielo del patio y la cama enorme, vacía, sola.

Así que no es esta una historia que se pueda comparar con la de las víctimas de Hidroakabí, es de esas tragedias que se viven en la intimidad, que a nadie le importan, que todos dicen que se dan normales en medio de los privilegios, sí, pero que suceden también, y eso no se dice, en medio de los complejos de culpa y el agobio por tener y no ser nadie, por difícilmente ayudar a alguien, por sentirse abandonada en medio de un confort que se derrumba, que todos los días te hierve en la mano. Oh, mi generación de amigas y hermanas en medio de la mafia brutal, de los instintos al sol y bajo el influjo de la luna y de la selva tupida, desbrozada, intoxicante y envenenada. Fuimos quienes fuimos en las fiestas más ruidosas y encalambrantes, hasta basuco metí. ¿Dónde pone uno todo eso? Me creí psicóloga y lo fui, pero la psiquis de la gente que me ha rodeado desborda todo lo que uno pueda llegar a suponer deseo. Colombia es cosa seria, Israel es cosa seria, chilapos y palestinos se parecen en su acoso y su peligro,

y yo quisiera no ser, aunque para mi sensibilidad delicada no hubo nada igual a lo que Isáfora me exigía. Muy rápido empezó a mostrarme evidencias del ridículo pasmoso en que nos movemos, y yo no tenía a dónde mirar, o no me atrevía. La propia Isáfora me decía que los sicarios que habían ido a amenazarnos eran enviados por mi hermano amable y sapientísimo desde Israel, a donde él se había ido luego de recuperarse de adicciones varias y se había hecho ortodoxo, rabino cabalista. Yo le exigía a mi hija cuidado con lo que decía y esos fueron los momentos más duros del quiebre con Isá. Nunca me lo dijo, pero todas sus actitudes, palabras y silencios me llamaban cobarde, pusilánime, nulidad. Yo me enquisté. Fuerza no me falta, y si ella tenía razón, yo para ser cobarde tenía infinitas razones, o más que razones, motivos, necesidad, y tú eras parte de eso, Isáfora, lo eras todo.

Eso es lo que nunca entendiste, hija mía.

Ese es mi drama.

¿Quién roza ahora mi mano…? Ay…

Me dice que vayamos a casa, la voz de siempre. Me dice que ha empezado el tiempo de la abstinencia. La gente embozada no ha comprado nada, reclaman cortésmente a los empleados de Almacenes El Clóset por los precios exorbitantes de los productos, preguntan con justo escándalo por las fechas impensables de caducidad de las carnes y de las frutas, deducen con lógica que no es natural que un día se haya borrado del calendario y tantos meses y años hayan pasado. “No se preocupen, la fecha está adelantada pero es viernes normal”, dice la usual voz femenina con acento costeño por el altavoz de El Clóset. “¿Cuándo pasaron siete años?”, se angustia una señora obesa de rasgos muy pulidos de felina, se quita el antifaz y le cuenta con voz clara a quienes la rodean que nada cuadra y todo cuadra, que ella soñó algo muy extraño, y que no puede desacatar las órdenes recibidas en el sueño, y después un anciano muy bien conservado y de mirada penetrante se quita también el antifaz y afirma que está de acuerdo, que él también soñó algo imposible de ignorar para nadie y que explica todo lo que está sucediendo. Uno moreno más joven de cara llena y barbada sin antifaz, con las cuencas de los ojos vacías, una cicatriz profunda que le atraviesa la frente y varias hendiduras de bala en el rostro y el cuello que no sangra abierto por una hoja de acero limpiamente afilada, determina muy seguro de sí mismo que la cosa está clara y vamos a tener calma en Dumanoia y Marduk, vamos a dejar de comprar sin estruendos, ya no más, ya todos hemos visto en nuestros sueños lo que debíamos ver, yo hago parte de ustedes, añade, y estuve muerto mucho tiempo aquí cerca, en el Urabá, con miles y miles, ahora vamos a esperar todos, los vivos y los muertos, vamos a seguir hablando, a juntarnos por grupos, a oírnos con confianza, a

tocarnos, a sabernos juntos. Rindamos un momento de calma al cielo que perdimos.

Vamos, me dice Rafa, ya estás enterada, y salimos cogidos de la mano, sin antifaz.

Estamos en la Jerusalén resucitada, pero la lucha continúa.

¿Dónde estará Julián, dónde Isáfora?

Capítulo 15

Llegar al presente

–Veloz, con pausas–

Luche la noche conmigo
la noche misma.

Marina Tsvetáyeva

Julián

Todos nos encontramos en el sueño de anoche pisando el mismo suelo, respirando el mismo aire, aunque por supuesto nadie recuerda sino lo que le fue revelado a su alma íntimamente, por más que tú o yo hayamos sido testigos de ello en acciones más vastas o desdoblados en apariencia, realmente proyectados una y otra vez hasta el infinito onírico en acciones solo para el tiempo histórico del decir simultáneas en otros sueños de anoche que no hayan sido el mío, el tuyo, y sí fueron el mismo. Hasta los muertos que por entre grietas y aristas de toda parte han ido saliendo frescos y renovados al mundo que fue suyo, y que le fuera digna o indignamente traspasado a otras manos tal y como ellos a otro mundo fueron traspasados, saben que su ruta no puede ser otra que la que anoche les revelara esa cierta luz, aquel cierto canto, una cierta intuición, números, palabras, figuras. El gentío es incontable en la calle, en cada lugar, pero así como las imágenes espectrales de los muertos indistintos a como fueron en su plenitud, también los cuerpos de los vivos iguales a ellos se cruzan y superponen sin estorbo, holgados, en transparencia, cariciosos, y a veces se aman desnudos en la calle, danzan en el aire, se dan al solaz. Las voces son simultáneas pero se entienden todas entre sí, y casi nadie toma demasiado en serio los juicios y los escándalos con que las redes de simulación anárquica nos dictan uno u otro miedo, lo que la televisión no se cansa de publicitar con apariencia de verdad en algunos establecimientos comerciales u oficiales, y que solo es

tendenciosa moda. Son esas noticias y persuasiones subliminales de la publicidad datos quizá clave algunas veces, aun como agenda del poder remanente. Importa para todos la información, especialmente la de algunas fuentes rebeldes muchas veces desconocidas o la de otras anteriormente menospreciadas, pero son pocos los que persisten ya en imponer versiones, estos se agotan rápido, callan más de lo acostumbrado en sus portales de Internet, tratan de ser condescendientes en los foros, y eso se les ve mal, no les sienta, por la calle se recuestan desconsolados en los muros y en su casa se tiran a la cama, ojean revistas en las salas de espera sin pensar ni ver nada, sin querer hacer caso de las consecuencias de todo lo que inútilmente defendieron.

Yo lo sé y lo veo todo, con Isáfora y los Justos, Clara, el niño de La Unión, llamado Román, Santos Inocentes.

Soy un dios de pacotilla, les digo a ratos riendo, pero ellos a Isá y a mí nos ven sus adalides.

Yo solo a Isáfora la sigo, mas pienso en Verónica, que ya deberá sustentar de afán su tesis.

El cambio de fecha que los Irreales han operado en el planeta ha sido una movida maestra que nos tiene en ascuas para el logro de un buen resultado en la movilización del Inti Reiki, celebración del solsticio de verano, contra Hidroakabí, en procura de su desmantelamiento. En cualquier caso, si los Irreales son de cuidado, esos gritones y esos espías decaídos que vigilo uno por uno, los reales, como el propio taxista hermoso que me lleva ahora al Café Vallejo, o quienes eso parecen, eran hasta ayer parte de redes demasiado endebles, como la propia Internet, que por un momento parecieron ser fuertes, o como la misma realidad material, unas más, otras menos. Justo ahora debo de mirar de reojo al conductor de auricular titilante que no se quita aún su antifaz, mi pobre papel de enemigo que juega todavía a no conocerme, a prestarle un servicio cualquiera a Julián Andrea Sánchez Gómez, otro cualquiera. Él y yo sabemos de sobra que no es así, tal y como todos en el mundo sabemos ya que un viento poderoso desde el adentro del Cosmos ha terminado por darnos a los Justos el poder sobre el tejido. Sí, en la vigilia a la que hoy despertamos otro mundo distinto al verdadero nuestro iba una fecha atrás aunque correcto viernes de falso solsticio de verano, siete años adelante, y esto, con el solo fin de confundir la marcha contra Hidroakabí, fue una treta que nos tomó por sorpresa. No obstante, cada individuo que puebla el planeta abrió los ojos e intuyó, presintió nítidamente al amanecer unas costumbres abyectas que nos cogieron ventaja y la pandemia mental y esa inopia moral que no advertimos bien nunca cómo se instauraron payasas y ladronas en nosotros. Así, a la realidad llegamos al salir de casa esta mañana bien preparados por

el sueño de Dumanoia para descubrir que efectivamente una cándida pero pertinaz farsa sanguinaria y tumultuosa se la había tomado a nuestra vida. Algunos, desde luego, como este joven taxista e incluso la inocente Verónica, se demorarán hasta el atardecer de hoy viernes para tener que aceptarlo, y habrá a quienes ni siquiera los convenza nuestra muerte absoluta mía y de Isáfora por el fuego para darse cuenta del abismo que nos salva y que las palabras vivificantes de Isáfora presidirán Dumanoia de acá hacia atrás de nuevo, hasta el transformado origen del origen de los espacios tiempos. Por eso no hay discordia en este lapso sublime entre el pasado y la justicia. Tendré que esperar un buen rato en un trancón sofocante para llegar al Café Vallejo a recitarle los últimos pasos improvisados a Alzbieta, las últimas palabras por decir del Universo desportillado, sobre Isáfora y Juan Carlos López, pero esa larga espera la celebro, ahora hay por fin de nuevo muchos más peatones sin prisa que automóviles artificiosamente detenidos. Era a fin de cuentas mucha más la gente animal del hoy que todos los ciudadanos del ayer, y sin embargo se siente una sola la múltiple presencia avasallante de la conciencia espiritual. Se avanza por la calle de a poco, y es para mí feliz como en barcazas por aguas lentas de gente florida en los arroyos del valle de Michoacán. Hemos acatado la prescripción del tiempo suelto, hemos visto el mandatorio lugar que pisamos hecho vida amplia y buena. Y el atractivo taxista, lleno de tatuajes, quién sabe aún órdenes de quién precisa o cuáles metas cree que necesita, yo lo sé pero no lo nombro, falso Satán, te tengo en mi mano a ti y al propio, al real. En cierto sentido, esa obediencia simple tuya me hace el mayor bien, compadrito. Debería yo estar caminando desde el barrio El Poblado hasta Laureles, ¿no? Es cierto. ¿O no debería estar haciéndolo? No queda tiempo, y hasta mi cuerpo ha perdido el temor, ya no lo siente. Mi sueño fue experiencia con Alzbieta, con Isáfora, con Lilith, con Rafael, con Juan Carlos, guerrilleros ilustres del vector espectral, no fue experiencia mía con Verónica, de quien esta mañana supe, por su propia confesión nerviosa, que la preñé hace meses, pero quien estuvo ausente de mi sueño a no ser como recuerdo punzante, tal y como ahora lo sigue siendo, o sea: sí que sí fue un pasado común esa noche de ayer con tantas otras personas, hasta con la ausente que aún amo, ella dice que me vio morir en su sueño, de modo que supongo que cada uno sabe que a otros todavía se debe, que hay un llamado al cual responder. Los taxistas laborando, las madres alimentadoras, Verónica sola y llorando de camino ya mismo a la sustentación de su maestría en Artes, afanada porque por motivo del cambio de fecha no la dejaron exponer previamente su obra ni danzar su danza, los empleados de Hidroakabí o de cualquier oficina que para cobrar mañana el cobre trabajan todavía y de igual manera los que han

dejado su trabajo y dejan férvidos sus empresas al albur y retozan con otros en los prados que quedan para el goce, están todos apenas cumpliendo con su papel, así como todos estamos presenciando un acto confín que el sueño equilibra ante aquello absurdo pero inefable que nos impuso un mundo falso, hecho por lo humano con sus fechas de mentiras a la medida eterna de su demanda penosa. No le digo al compadrito que se detenga, y de pronto, como cuando viajo con Daniel, se descongestiona la calle por la que voy.

Oh, la guerra se está ganando, la guerra se está perdiendo.

Me han leído la mente.

No tengo expectativas de nada.

Aparece en la pantalla una notificación en rojo carnal: “Tu video ‘Por qué mataron a Juan Carlos López’ ya está al aire en PollTube”. Un agudo campanazo ligerísimo y un mensaje inexplicable: “Santiago Andrés, bienvenido a Poll Fiontega”. Uno más: “Este es tu tiquete doble para ver a los Rolling Stones en Itagüí”. El joven taxista no avanza, se orilla en la bahía. Dice: “Mire el despliegue para transportarlo a usted”. Veloces, innumerables, pasan ambulancias, motos de policía, muchas camionetas lujosas de vidrios polarizados, haciendo bulla durante minutos y minutos. “Ahí va usted para donde ya bien lo sabe. Nadie le va a decir que no. Yo tengo orden de llevarlo a Otraparte. Y no se resista, fantasma. Es por el bien de su mujer”. “Mi mujer es Isáfora”, asevero yo, implacable. “Su mujer es la mujer, Venidera Dumanoia”, parece recitar el otro, y reemprende el camino. “No hay problema”, asiento yo, reacomodándome en el asiento, ocultando un desconcierto. “No lo hay”, confirma el taxista. “La misión ya se cumplió”, decimos juntos, y yo respiro.

Verónica

Me han tomado mal parada. Yo casi me lo imaginaba, que nada iba a ser tan fácil, y mucho menos para quien, como yo, ha decidido resistirse hasta la muerte al manoseo. El sueño tremendo que tuve anoche, que hemos tenido todas, pues mis amigas de los barrios de invasión fotografiadas para la tesis me lo han hecho saber así, antes del temblor de tierra de la madrugada, es un sueño que da fuerzas, que convence de lo más recóndito, pero despertar a un viernes 21 de junio que debía ser natural y convenido 20, saber después por un mensaje displicente y una respuesta imperativa a mis dudas que no podré exponer ni presentar mi performance, que ya solo debo ir esta tarde a sustentar mi tesis, es cosa con que parece advertirme de algo el sistema que en boca de Daniel juraba privilegiarme.

Ahora llamo y llamo a Julián y no contesta.

Yo lo he buscado al despertar a este viernes crucial como si fuera aún mi esposo. Fue tan extraño el sueño de anoche, el sueño de una noche que parecía el corazón de una noche única, de la sola noche en que hubiéramos andado desde antes de que supiéramos de nosotras mismas… Allí estaba hoy mi esposo en la mañana, después de todo, en su estudio populoso y un poco desordenado. Me dijo sin mirarme que había retomado la novela que estaba escribiendo con esa Alzbieta con la que se reencontró el lunes un poco después de decir sus insensateces sobre la muerte de aquel viejo compañero de ambos en Cronotopo. Yo conocí a Julián justo en el entorno de esa revista, cuando él dirigía un cineclub en el Andino y yo iba a ver sagradamente cada una de las fascinantes películas que programaba los sábados al mediodía y que presentaba con una pasión enferma y muy mal disimulada. Cronotopo había sido su vida, allí empezó a caminar por el mundo desde su más tierna juventud. Ahora lo miré por un instante. Escribía igual que siempre, poseído por algo animal y divino a la vez. Yo acababa de soñar el sueño mayor de mi vida con el viejo Andino, la mítica sede de la revista inicial, soñé que iba allí con Duni, mi viejo maestro, o sea Dunav Kuzmanich, el cineasta chileno exiliado, y ya no encontraba a Julián por primera vez, ya no nos mirábamos coquetos, y entonces yo lo buscaba, no como entonces, cuando todo fue azar que me encuentra primero, ahora las cosas recuperaban su trascendencia desde otra, muy otra perspectiva. Unas ocultas figuras humanas descorrieron las paredes y fueron empujando un telón negro muy alto, arriba solo quedaba una altísima salida del pozo, un hilo de telaraña me tenía envuelta y yo flotaba tensa entre el arriba y el abajo infinitos.

Fue cuando me vi en un ámbar que sostenía entre las manos y comencé a soñar de veras.

Soñé con el ámbar que corría y corría en busca de la confirmación de una cita médica por el vestíbulo de un edificio gigante en el que todas las personas parecían darme la espalda involuntariamente. A mi lado, más despacio, Julián al trote me decía tranquila, tranquila. Vi pasar a la profe Adriana Escobar y me dejé ir tras ella, Julián desapareció de mi mente en ese instante, no lo volví a ver. La profe me dijo, caminando muy relajada y de delantal blanco, que estaba en serios problemas por esos días evaluando la tesis de Víctor Galindo. Yo logré interpretar, pero no se lo dije, que lo que sucedía era que la profe no se sentía capaz de calificar mal al epítome cineasta callejero, siendo que en verdad no le gustaba ni poquito el idealismo sucio que había visto en su trabajo. En esas llegamos a un patio en donde mi viejo novio Lucho, punkero deprimido, estaba sentado en una banca de piedra rota con la vieja gallada. Las locas guerreras de Fértil

Miseria me decían que me relajara, que ya todo había pasado, sin rencores. Una de ellas, la que me pegó, me decía Mona, entonces qué, venga hablemos siempre de lo que hace falta, y yo la acompañaba a los baños, en donde ella entraba al excusado y pelaba nalga con la puerta abierta, pero yo salía a una loma en donde la familia de Lilith, mi amiga barrendera de Altavista, cocía un sancocho en una olla grande puesta al fuego. Estaba tarde, ya iba a ser de noche, los grillos cantaban, se sentía el reverbero de un rocío helado. Yo sentí entrar ese frío en mi cuerpo y vi que al pie del fogón, sentada, calentándose las manos, descalza, con un tatuaje de enredadera en los pies blanquísimos, estaba Clara Fernández, la rival difunta. Yo sin problema me hacía a su lado, y una de las niñas me pasaba un vaso de leche, pero Clara de pie le echaba un chorro de ron de una botella sin etiqueta. Vea, para que se caliente, decía y se iba. Yo me levantaba y también me iba bajando hacia una gran casona en donde se notaba que había toda la gente de la historia del cine y de la cultura humanas reunida con políticos y banqueros y sacerdotes de todas las civilizaciones patriarcales. Mi padre en el cuerpo de Daniel me recibía en el corredor muy bien vestido y me decía que me estaban esperando. Íbamos a un adornado recinto atestado de gente y en la entrada, entre un montón apretado de invitados impuntuales, me decía que el premio era para mí, pero yo me daba cuenta de que a nadie le importaba yo. Todos tenían un macizo falo de oro en su mano. El premio mío era una hojita verde que reposaba en una mesa del escenario, y cuando me logré acomodar vi que el espectáculo se demoraría mucho con una patriotera obra de teatro infantil. Yo me marchaba otra vez, dispuesta a enfrentar otra vida sin premio. Por el suelo, cerca del patio, había monedas de casino rojas y verdes con el número 500 y el número 200 desperdigadas en una y otra parte. Yo sabía que si me quedaba en la casa podría cobrarlas pero ya no tendría su belleza, y que, si me escapaba con ellas, por más que las recogiera y conservara, ya no valdrían nada. Decidí hacer esto último, sabiendo que era la alternativa lícita y la más poética de todas. Entonces vino Daniel en la figura de Duni desde el corredor de la entrada y me dijo tenemos que irnos, me sacó por un pasillo a un parqueadero que daba a un cielo estrellado. ¿Con cuál película te quedaste?, me preguntó, yo cargaba a mi gatica Reina y se la mostraba, y un carro deportivo negro apareció bramando desde el horizonte boscoso y negro, frenó enfurecido al lado de la cancha de voleibol de mi colegio, Julián se asomó por la ventanilla y súbanse, nos dijo a mi padre Duni y a mí, pero Duni ya no estaba. En ese momento vi una carpeta rosada en el suelo que el viento abría y esparcía en miles de flores y pájaros amarillos y verdes y púrpuras y azulejos, pero me decidí a subir al carro en el que iría con mamá y con la profe Adriana y Sensación,

aunque el carro no me esperó, Julián arrancó sin mí y fue a estrellarse directamente con mi familia en una tienda de ladrillo cocido donde le vendían a los trabajadores empanadas y pasteles y arepas y Coca-Pola y tinto y café con leche hirviente en vasitos de icopor a la entrada del club. Una voz entendida me dijo: él sabe que ya no puede pelear con nadie, y vi a Julián salir del asiento del conductor sangrando por la nariz, asustado, rabioso, malherido, huyó del club, se agachaba vomitando una bilis negra al pie de la quebrada. Todos hicimos una rueda a su alrededor y yo me di cuenta de que mi amado compañero estaba muriendo con todos, con todo el planeta. Mucha gente se había reunido en un segundo a su alrededor, la profe Adriana se puso de rodillas y le pasó con el dedo un gorrión a la boca que elevó una oración nueva, echando vaporcitos blancos por el pico. La tierra empezó a sacudirse con violencia, como volqueta suicida por carretera destapada que nadie recorriera ya más. Yo simplemente entoné el padrenuestro, entregándole todo mi amor a quien fuera el hombre de mi vida, y fue ahí cuando me vi en el reflejo sereno de la monstruosa puerta de cristal oscuro del club. Estábamos desnudas, cogidas de la mano, tú y yo niña. El temblor pasó. Recordé que teníamos una cita médica para los ojos, y desperté.

No tuve que pensar mucho para saber que realmente debía dejarlo todo en Medellín, que era el momento justo de irme, y que Julián no era culpable de nada, pero estaba muerto para mí. El sueño era un reflejo o una explicación perfecta de mi vida y de la central determinación que me conduce día a día a las hojas verdes de la bondad y las monedas bellas del afuera, a compartir con mis hermanas pero evitar la leche envenenada. Ahora, habiendo visto en la mañana al cíborg que es mi esposo escribir endemoniado, y al darme cuenta después de que el 21 de junio de mi sustentación ya era hoy viernes y no sería el sábado, lo que rompe todos mis planes para la performance, tuve más en claro que nunca que la trampa de la SIM es mortal. Yo tengo embalada en mi estudio toda una obra para la frustrada exposición de un Inti Reiki que ya no será 21 sino 22, pero seguirá siendo solsticio de verano constante y universal. Yo sé por qué me han notificado desde la universidad en humillante correo expeditivo impersonal que me cambiaron de jurado y ahora el malavenido Ómar Roldán-Tesco será uno de los tres que decidan mi destino. Así es que pasan por encima de una. Ese individuo que nos ha cancelado seminarios de la empresa de Julián y mía que ya estaban acordados con Ática, contratos firmados, por puro capricho, porque sí, porque le caímos mal, será mi jurado. Ese que un día maltrató e hizo llorar a Camila Arias como curador de una convocatoria en la que ella había participado, diciéndole desde su pedestal a toda una artista formada y en desempeño que mejor se dedicara a otra cosa, que en su

creación no hay nada, que los curadores no hacen obras de caridad. Maldigo esta situación, y caigo en la cuenta de que no puedo maldecirla. Señor mío, padre providencial de todos los accidentes perdidos en la gracia, destinados al recuerdo y al crecimiento del amor, ayúdame a sobrellevar lo que se me venga encima. Me siento desvalida y solitaria con mi madre y con mi embarazo incipiente. No sabría a dónde ir ni qué hacer si Roldán-Tesco llega a ser capaz de aprovechar la oportunidad puesta en bandeja para desquitarse infantilmente de su rabia quizá para él comprensible y justificable contra nosotros y decirme sin motivo real que en mi tesis no hay nada, él es perfectamente capaz de eso, que me dedique a otra cosa, solo por demostrar y ejercer su poder, sin la más mínima consideración por las personas que tiene al frente, por hacer sufrir al que a él le dé la gana de hacer sufrir, y después ir a posar de bacán en la tele, de sabedor en la radio o buen funcionario en Facebook o donde sea. Es más, si tan solo el jurado me dice que puedo pagar un mes más de maestría y corregir la tesis, yo tampoco sabría qué hacer, sería en verdad igual de horrible, yo ya no tengo cara para aceptarle un centavo más a Ángela, la hermana mayor de Julián, después de todo lo que ha pasado en estos días. Pero a Bogotá tampoco me puedo ir sin mi título de maestría. Tiemblo, Dios de los tiempos, tiemblo, Yahveh vigilante, Jesús generoso, Espíritu liberador. El mundo se me está cayendo a pedazos entre las manos y yo y las mías no podemos desaparecer con él. ¿Podrás tú, Madre Tierra, salvarnos de nuestros propios sentimientos de terror y fracaso, de nuestra fragilísima condición humana? Necesitamos fuerza, dignidad, valentía. Luz, luz viva, óyeme, mírame, atiéndeme, sáname.

Isáfora

Mayo 11, 2015. Martes. 17 h 33 min.

De todo lo que he escrito o rayado, incluso lo tan ajeno o abstracto del último mes pasado, o sea: de todo lo que han sido mis artes paridas desde que pasé las noches alucinantes y reveladoras del recital con Marduk, del todo increíbles pero reales, mientras su esposa estaba en Bogotá, y hablo de esas mis posteriores y densas reflexiones deslavazadas sobre el cine, sobre el grafismo corpóreo del cine de Maya Deren, o de esos aberrados círculos solapados en cada ambiente de mis Estudios en remedo de Remedios Varo, para un mural, y sobre todo de mi proyecto de calendario revolución en espiral con centro en el corazón, pero más que nada del gran silencio blanco en este mi diario personal interrumpido por varias semanas… De todo ello, mis

obras cumbre, y también de todo lo que hago y pienso y siento desde las jornadas nocturnas en que Julián y yo parecimos sellar un pacto, no me importa en cualquier caso ni me importará ya nunca que nadie lo lea o lo vea o lo sepa, sino tan solo el resplandor chispeante de esas mis líneas y vacíos formados en el Valle de la Noche. A cada rincón hoy miro y lo ignoro angustiada desde que supe calladamente de la naturaleza malévola de mi hombre, a quien por supuesto dejo en su paz, yo también me sé muy en la mía, pero su acechanza luego desde todos los ángulos de la realidad me conmina a ser en fuga y pasar a mis hallazgos como una fiera que devora con sus hijos al cazador que ella ha cazado. Y le he querido demostrar a Marduk lo improcedente de sus temores varias veces delatados por nuestro encoñe, pero me ha salido el tiro por la culata. He querido mostrarle que nada me ata, y hoy me desespera su frialdad. En verdad quiero ponerlo a comer de mi mano otra vez, y solo recibo memes imbéciles que me manda, chistes de Uribe, del gol de Yepes, de Shakira, chistes flojos, flojos, flojos. Lo único que me hace reír es justamente su bendita flojera. Pero esa risa no llega a aflorar en la cara, solo un cansancio y una confusión insoportables. Así que le he enviado mis últimas reflexiones sobre la luz luctuosa de la imagen en movimiento engarbulladas en un video ensayo tejido con mi punk psicodélico lento y mi cuerpo en éxtasis de guerra danzante, rodeada de los grandes pliegos con los Estudios en remedo de Remedios Varo y un lento plano final en zum hacia el centro de mi calendario de coloridos brazos en espiral, y me ha respondido de inmediato. Me ha citado para mañana en el Planetario. Dejo consignada aquí mi intrigada impaciencia al respecto, o sea mi curiosidad demandante, pero también repentinamente feliz y naturalmente ilógica, e incluso también mi delicioso temor, sí, debido este a sus comentarios inesperados en la clase de hoy sobre la literatura fantástica como vínculo religioso entre la ciencia ficción de Asimov o Philip K. Dick y el realismo meridiano de la Generación Perdida. Me encanta cómo habla de la Generación Perdida en relación con el cine y solo de refilón o como entrada auxiliar al mundo literario. Dice para empezar que Cervantes era de la Generación Perdida, que Dostoievski es la Generación Perdida, y todo el rock, el rock pedestre, el cine desobediente. Habla del tono humano de un tal Martin Ritt y yo voy y veo en casa los fragmentos que puedo en YouTube y se me encoge el corazón, habla de los encuadres invisibles del famoso Sidney Lumet y yo después quedo con la amargura de los siglos al ver dos ejemplos setenteros de esa vibración fantasmal que anda y anda y que lúcida envejece, pero da dos pasos atrás, nos dice vamos a ser serios y llega a Maya Deren, me mata el ojo y yo redescubro esas imágenes del vudú en ralentí que tanto me atrajeron el otro día en el Jordán y me muero, me muero con la historia y la

obra de esa mujer, y con su muerte. ¿Realismo mitológico, realismo mitológico, de eso nos hablas, eso es lo que quieres compartir con nosotros?

Yo a él quiero verlo desnudo porque me fascina Marduk con su aspecto de dibujo de Egon Schiele, su barriguita de flaco templado que respira con el león dormido, especie de joroba invertida y poderosa debajo del ombligo, pirámide noble del macho indecente para bien de sus cercanos. Cómo me emociona estar a su lado sabiendo que todo ha pasado y que los peligros corren como hormigas por mis manos. Porque Marduk, sin su nombre o con él, y aun consciente de sus atributos innumerables, no sabe que es el Anticristo, o parece no saberlo. ¿Alguien habrá visto, su esposa habrá visto ya ese lunar detrás de la oreja que hace al 18 mal contado? Un nueve de adivinas depravadas, enredadas, atoradas. Aproximación terráquea a las nubes superiores del antro sagrado una noche de caminos infinitos en olvido de ti misma, siglos inútiles en el centro de toda maravilla. Y sí, en tanto reparto justo, perfección alcanzada del círculo sin trazo. Cero de mentiras. Oh, yo no sé qué me pasa.

***

Mayo 13, 2015. Jueves. 18 h 00 min.

He podido ser en el Planetario partícipe de un periplo interminable de todas las cosas en pos de mi cúspide secreta. Él me ha hecho por fin sabedora de las razones que lo llevaron a decirme reina. Qué fardo ha puesto en mis espaldas que no ignora, solo yo también lo sé y lo cargo. Una liberación incólume a la que no puedo dar sitio, o espera, digo, cabida, en otra atmósfera que en mí. Rosario de vejigas, me llamó, mientras cruzábamos el umbral, en el Planetario, manada total de fetos, no temas a tu disolución probada, proyéctate al borde inminente de tu presagio. En esa placa triangular que gira y crece y decrece vertiginosamente ese hilo apenas descansaba. Pude apreciar sus terminales punto de origen una por una, paso a paso, mas en la concatenación varia, dispuestas modo y alternativa sustancia, plenitud de vectores en reposo absoluto. No había simulación en el viaje al tiempo íntegro, al corazón del presente. Me ahorraré la descripción de los rostros de muchos personajes legendarios en el momento de su último suspiro, de Nerón a Mahoma. Desde luego, la realidad de ese fenómeno, la muerte, nada tiene que ver ni con el relato heroico ni con la realidad anatómica de sus participantes, oficiantes de sí mismos, sacerdotes del cúmulo. El hecho es que sí es algo la muerte que vuelve prescindible a todo el anecdotario o, más bien, al orden de hechos que rodean al deceso, o es decir, a la existencia en este reino. ¿Qué no decir de la sucesión gestual del entero individuo viviente

revelado hembra única, diáspora Dumanoia? También ella locura, también tú macho, o ceguera, también yo disparo y fuego que renace sin causa, sobre todo nicho, pero eso que rompe, cuando deriva en la guía obsecuente, pervertimos el tramo. No ha habido otro asiento. Decir que de lo que vi toda palabra es poco, es menos que nada, es demasiado, un exceso risible aunque inmodificable. Lo mayoritario, por no decir lo único, es la dicha, la asunción abierta del ser. La caída en lo real, ay, es una virtualidad preciosa, de donde el cordón suscitador nos enlaza al trilobite y la piedra por dentro que te rodea. En sí misma, la armadillo virgen no espera, no sufre, no es. Debo decir que el mayor hallazgo no es haber leído ni pretendido leer aquellos libros de circulación restringida, ni ningún otro, que la Scheherezade auténtica pudo hallar en la semana de su consagración final, ni el destino actual de las monedas del llamado Judas en su materia y en sus consecuencias, ni nada de eso, los cuadernos ocultos de Catalina la Grande, los esquemas de batallas de Gengis Khan, los collares de cada rey zulú. Leídos fueron, amados fueron, olvidados fueron. Tampoco son de mayor monta las posibilidades interdimensionales puestas en práctica visible, lo que pudo ser y no fue, ni lo que enunciado se hizo profecía, y tampoco los sueños del tiempo de la noche. Ser lo que pasa da en este instante y resulta estar siendo, aquello o tú conmigo siempre. Yo misma supe de mis no posibles, sino efectivas, distintas e implausibles muertes, y supe de la incongruente e inconfesable imaginación restante de cada miembro del colectivo atómico, supe de una ínfima clausura que era puerta abierta de entrada al futuro inmune en nosotros presente. Cuerpo, alma, nombres de la presencia. Y nada más. Sí, supe que somos indestructibles, lo supe. Supe que soy la armadillo, y vi a su entera fuerza devoradora llamarme Madre Eterna, la vi, la vi decir esas palabras de arena, no leí en sus labios nada, nada, nada, solo vi el sonido, el crepitar del desierto, lo sentí en mis venas llamándome con cariño de bebé dormido. Estaba en manos de Marduk aquella otra vez, entre sus brazos delgados y duros y fortísimos, aplicados al escribir desde niño como garras de tigrillo que se entrenan para estirar el cuerpo entero desde la raíz de la corona hasta la corona del polvo, y le dije de nuevo sí, ven, cómeme, cómeme, cómeme. Su chorro frío de semen diabólico era cosa sabida para mí. Alimento de mi hija armadillo de la noche cerrada, impenetrable, diáspora. Ningún fulgor podría compararse, ni el de las supernovas, a eso que mejora todos los mecanismos con un exacto y oportuno desprendimiento, saber que era ahí el cuándo, que la vida rompe con todas las reglas. Entonces fuimos descendiendo, él y yo, resistentes al fuego e impermeables al agua del temor, hacia las masas superiores detenidas del agujero negro. Allí donde no hay tiempo, allí donde nacen las cosas por siempre jamás. No hay plazo que no se

venza, ni hay lugar que quede solo. Lo que me arrasaba era yo misma, la cola de cerdo en tirabuzón tenía una carita en su punta, Marduk, Marduk, y yo era de principio a fin la cola de cerdo en tirabuzón sabroso saliendo de los principios para negación del todo, palpándose, restregándose, reventándose. Gloria del punto final.

Fue inevitable en una exhalación corrosiva buscar con la mirada a mi acompañante, en necesidad última de apoyo mínimo, pues era sin duda el momento de la necesidad acompasada, y él no me miraba a mí, miraba aún al triangulito, Marduk miraba aún al triángulo conmigo, como si lo hubiera visto muchas veces, como si lo supiera todo, y madre, se atreve a ponerme la mano en el hombro, gentil, se acerca, sereno, yo solo soy miedo, me da un besito y me dice cara a cara, con suavidad: "Ya lo sabemos y esto no se repetirá, tal vez ni el operario ni la coordinadora lo entendieron, tú y yo sí. Te queda por comprender nuestro engaño, nuestra maldad y nuestro encanto".

Me quedé quieta. No supe qué responder. Solo dije que habíamos llegado muy lejos, que yo no quería seguir. "Vamos a tomar un café. Es más sencillo de lo que crees", propuso él.

Así que bajamos al restaurante. Era ya un poco tarde para almorzar. Sofocada, respiraba duro, duro todavía. "Leí con mucho cuidado tus notas de cine. Eso de la luz configurante y de la destrucción que implica es un poco adelantado a todo, ¿no te parece?". "Es parecido a lo que dedujo Hipatia de sus últimas lecturas", respondí yo. "Los viajes en el tiempo no son nada del otro mundo ahora, estimada Isáfora, pero generan un trastocamiento por el límite que la sola consistencia de la realidad impone. El límite que no se puede transgredir es la fuerza transgresora misma. Llegar al presente es… No sé. ¿Tú qué dirías?". "No sé tampoco, no me haga esa pregunta, yo creo que me estoy enloqueciendo, de verdad". "¿No puedes con el peso de lo que viste?", me preguntó. "¿Usted vio lo que yo vi?", casi grité, "¿Eso es algo que pueda estar…?", y me quedé sin palabras, rompí a llorar como una niña. "Tú sabes que pocas personas tienen el dominio que tú tienes", oí que me alentaba. Entonces la Isáfora que soy apenas se tapó la boca y contuvo el aliento y los sollozos, recordé un ojo arrasado, yo lo vi, y alcé mis ojos inundados en lágrimas para mirar a mi amante, y lo vi al asesino. Vi a Satanás. Era tan hermoso, tan sencillo, tan confiable. "¿Usted es mi papá, no es cierto?", me oí decir, en un solo temblor. Entonces, delante de todos, delante de las cámaras de seguridad, delante de la amiga coordinadora del Planetario que conversaba con la cajera y es conocida de la esposa de Marduk, me besó de nuevo suavemente en los labios, y otra vez con un suspiro, como si estuviera enamorado de mí, como si me quisiera. Acarició mi mejilla, olfateó mi cuello, me miró con ternura infinita. Yo estaba en otro mundo, yo no sé dónde estaba. Sonrió. "¿Tú has visto el

lunar que tienes detrás de la oreja?”, me preguntó.

Negué con la cabeza, presa del pánico más indecible que ser humano haya podido experimentar en todos los tiempos.

Él movía sus ojos por mi cara, de la nariz a la boca, de la boca a los ojos. Cerró los suyos y me palpó el rostro por unos instantes. Me encaró al fin: “¿Quieres que te diga quién eres?”, dijo, con seriedad. Yo de nuevo negué con la cabeza. Y él asintió, bebió un sorbo de café. “Yo no soy nadie”, alegué, por decir cualquier cosa. Me sentía fuerte de nuevo. Quería enfrentarlo todo. “Sin novedad en el frente”, pronunció enigmáticamente. “Tal vez”, repliqué, le puse la mano en el muslo, para nada, para sentirlo y que me sintiera, yo su hembra, su hembra. “Relajémonos”, recomendó. “La cosa se salió de madre”, comentó.

No pude sino decirle: “Perdón”. Y él se rio. No dijo más. Nos quedamos en silencio y nos mirábamos a veces. No queríamos que pasara el tiempo. Tampoco queríamos irnos. Afuera jugaban niños con los chorros de agua de la fuente. “Tú sabes que no quedará piedra sobre piedra”, dije yo.

Cerró los ojos y me tomó de la mano. “Pásame tu encendedor”, me pidió. No hubiera querido hacerlo, pero tuve que sacarlo de mi bolsillo y dárselo. Uno por uno quitó los adhesivos satánicos en oferta. Hizo un zurullo con ellos, lo puso en el borde de la mesa y los botó de un papirotazo. “Se hará lo que usted diga”, me dijo, “menos una cosa”. Yo bien avisada esperé con la mirada, alcé las cejas, preguntando qué dejaríamos de hacer. “Vamos a terminar de acabar con este mundo de símbolos, pero solo para que de verdad comiencen los símbolos del mundo”. Lo interrogué con los ojos, inquieta. “Pero eso sí”, agregó, “es necesario, en consecuencia, que Verónica sobreviva al agite, que no sufra en lo más mínimo, que no se entere de lo nuestro”. “Macho hijueputa”, le increpé sin esperar. “Sí”, contestó él de inmediato. Me mordí los labios. “¿Sabe como quién me siento?”, le dije. “No me lo diga”, respondió Marduk. Yo moví la cabeza, indignada. “Vamos a acabar con todo, pero con todo es con todo”, afirmé yo. “Un movimiento encabezado por la voz poética es algo a lo que no se le ponen condiciones. Me importa un culo su mujer y me importa un culo mi destino, me importa un culo usted, ¿no se da cuenta?”. Marduk parpadeó. “Solo me importan las lagartijas, los cucarrones y los gatos asesinos, las cicatrices que dejan, lo que buscan, lo que encuentran”, terminé. “Entonces tal vez sea lo mejor que no nos veamos más”, concluyó.

Estábamos en un súbito límite definitivo. Yo me cerré. Tomé el encendedor y le chispeé en la cara. “Correctica no”, me sinceré. Me fui.

Aquí estoy. No estoy del todo intranquila. Estoy atenta. Voy

entendiendo. Creo que ya sé cuáles eran los miedos de mi madre. Pero es como si siempre lo hubiera sabido.

Capítulo 16

Solo será el comienzo

–Vibrante majestuosa–

Hoy la tristeza que siente el río
también la percibimos nosotros.

Francia Márquez Mina

Julián, ¿eres tú?

¡Alzbieta!, ¡te saludo embargado en la dicha…!

¡Déjame abrazarte…! ¡Siento como si hubieran pasado muchísimos años…!

¡Ja, ja…! ¡Sí! ¡Así es! Han pasado eternidades… Pero un niño sabría contarlas.

Estás muy distinto, no es tanto que inspires respeto, sino que tu aura realmente impone respeto, ¿o es que yo también estoy así de transformada, para bien o para mal?

No me hagas esa pregunta, amiga querida…

Hoy te voy a hacer muchas, compañero del destino, te voy a hacer todas las preguntas que quiera.

Bien. Yo estoy obligado a responderlas. Por eso te lo digo: hay algunas preguntas tuyas que son bien difíciles de responder, aunque más por lo que cuesta decirlo que porque uno ignore la respuesta.

¿Ves cómo está de solo todo en el barrio Laureles? Yo estaba hasta asustada.

Sí, luego del gentío en la ciudad, este vacío.

Pero yo creo que es porque tenemos muy de cerca al Innombrable.

¿A Álvaro?

¿Ya le dices Álvaro?

Verónica lo vio hace poco en una librería del Centro Comercial Pinocho. Me dijo que tiene la piel dañada de los cobardes.

Su séquito, o algo muy parecido, pasó hace poco muy cerca, por toda la avenida Nutibara, y mira, mira hacia allá, en cada esquina hay todavía un soldado armado con fusil.

Seguramente este silencio se debe a él o a alguien parecido. De

ayer a hoy, lo usual es insultarlo, incluso en Antioquia la Grande. Pero es odioso el privilegio de ver a los caudillos vueltos chivo expiatorio.

Ídolos con pies de barro, los llaman desde el libro del profeta Daniel, y nadie aprende. En este caso la última patada del ahogado puede que termine siendo una victoria de nadie.

El Deutsches Requiem de Borges lo decía de una manera que…

Buenas tardes, ¿cómo les va?

Aníbal, hola.

Hola.

¿Están bien?

Nosotros, sí, diría yo.

Bien, gracias, Aníbal.

Me alegra mucho.

En medio de esta incertidumbre…

Es la de siempre.

¡Yo no diría eso!

Lo que pasa es que antes no nos dábamos cuenta del vacío debajo de nuestros pies.

Siempre hemos estado peor que antes, pero nunca derrotados.

Yo veo ahora un mundo que no es mundo.

“It’s not getting better”, habría que decirle a McCartney (“No está cada vez mejor”).

Ja, ja.

Díselo a Mick Jagger, que tiene mesa reservada.

¿De verdad? Con razón tienen todo esto tan vigilado.

No creas, el esquema de seguridad no es tanto por él.

¿Por quién, entonces? ¿Tú sabes?

Aquí el que menos corre vuela, querida Alzbieta. Es por el nuevo encorbatado. Ja, ja.

¿Es por Julián? ¿Y por qué le guiñas el ojo a mi amigo, Aníbal? ¿Hay algo de lo que me haya perdido últimamente?

Tus preguntas son casi imposibles, mujer.

¿Van a pedir algo?

Bueno. Tengo mucha sed por este repentino sofoco que me ha dado.

A mí dame una Coca-Pola.

Claro que sí. ¿Y tú, Alzbieta?

Mmm. Déjame pensarlo. Dame otra, por favor.

Tal vez la marca no dure mucho.

Con mucho gusto. Y si

quieren que les ponga una música en especial, díganme.

¡Gracias! Tal vez The Crickets, en seguida. Cuando llegue el señor D.

¡Ja, ja! ¡"I Fought the Law"!

Eso.

¿Por qué tienes corbata, y por qué corbata verde?

Quiero que te des cuenta de una vez y por todas de que yo soy muchos.

¿Por qué estás tan canoso, un poco más arrugado, y por qué te ves tan lleno de autoridad, y ya no llevas gafas?

Te dije que han pasado eternidades.

Pareces un pirata que hubiera terminado de ejecutivo.

Esta última frase sería para mí literal, pero mucho más por el verbo "parecer" que por los nombres "pirata" o "ejecutivo". Lo que pasa es que pirata está muy bien siempre para todo en mí, y ya lo demás es azar.

Me siento muy molesta.

Eternidades han pasado y esta figura del cambio es importante para relatarte algo…

Te dije que me siento de verdad molesta. Casi indignada.

Hablo de algo que siempre ha sido origen, por llamarlo de algún modo, y seguirá siéndolo.

Pero estoy atrapada.

No es origen porque no hay sitio donde ubicarlo ni donde ubicarse.

¿Tú y yo sí nos estamos hablando, o cada quien va por su lado?

Yo quiero retomar la conversación donde la habíamos dejado.

¿Antes o después del sueño mayor? ¿Tú soñaste con nosotros también? ¿Sabes de Rafael?

Sé de Rafa contigo y sé de los resucitados. Sé del sueño que tuviste en la noche ya sin fecha del miércoles en que nos abrazamos. Sé de lo que has escrito desde entonces hasta hoy viernes, sé de lo que nos domina y del Julián que vigila a todos con Isáfora para desgastar la luz mundana. Sé que Julián es Julián y Rafa es Rafa. Pero tú no sabes de los Irreales, y de eso también he venido a hablarte.

Julián… ¿Eres el mismo de siempre, eres el del sueño, eres otro?

La libertad es el nombre del origen. Vela por que tu paso sea posible dentro de un orden trastornado.

Yo no estoy para esos vuelos. Yo solo sé que esta mañana me levanté en otro mundo luego de hablar contigo y con Isáfora en sueños tan verídicos que tuve que aceptar la dimensión ultraterrena. Pero fueron sueños, y además no nos vimos, realmente, solo cruzamos mensajes digitales, cada uno en su soledad primordial, o compañía de sí mismo. Ahora sabemos quiénes somos. Rafa ha vuelto, me espera en casa, lo que

parecía perdido nos está siendo retornado, no sé si como castigo final, y por eso, en todo caso, yo exijo ver a Isáfora ya mismo en la realidad, o en la muerte.

Te estoy hablando de un punto en el que coincidimos la vida y la muerte. Lo que el diario de Isáfora ha promovido es una invocación de fuerzas atrayentes. Suena bien, ¿no es así? Llevaron la lectura a una comprensión procreadora que tan pronto rechaza como acepta la voluntad transformativa. Ella desde el primer rayón bravío que hizo sobre las letras cuando comenzó a escribir su bitácora salvaje, se borró por completo para renacer, y tú al leer fuiste parte de eso. Por eso, solo por eso, quemaste el diario, en realidad. Diste fuerza a dos voluntades: la de ella por ser letra radiante sin más futuro que su figura sin forma, y la tuya por cantarle a su alma oculta y absoluto real para ti misma. Ahí se dio un chasquido inmemorial, interestelar. No es el único que ha habido en la historia humana, animal, vegetal, mineral o energética o vacua, desde luego, ni lo será, sin símil. El viaje de Osiris, la muerte de Oppiano Licario, el regreso de Dante, son relatos parecidos, sí, entre otros. Sin embargo, lo que empezaste a escribir el miércoles por la mañana en el diario virgen de Isáfora trajo nuevos vientos. Nadie podría creer ya en este mundo profano que contiene intocado el relato de lo precedente, o que esto aun lo atraviesa. Ello aquí solo sería una presunción. Ahora mismo todo podría cambiar. Más tarde, esa noche, el abrazo que tú y Julián real se dieron te confirió del todo el poder que no te habías dado cuenta que tenías, como noble víctima escribana.

Sus Coca-Polas.

Gracias.

Gracias, Aníbal. Vencer en el pasmo atónito, categoría brahmsiana, del escucha, es la lección que nos das, Alzbieta. Música en todo, gracias a la naturaleza de Julián real vencido y que pedía perdón por su visión exacta y afanes dormidos. Un desdoblamiento. Muchos desdoblamientos. En el sueño, era lógico, era natural, que Isáfora reapareciera con toda su vida potente. No es un juego. Hubo un sumergimiento interdimensional que arrastró la conciencia efímera de lo simultáneo a una disolución de la percepción tejida.

¿El calendario?

Je, je. Esa palabra me da náuseas.

A mí las tuyas, a veces. Hablo del calendario revolución en espiral de Isáfora, no de cualquier cosa, caballero.

Eras la escritora, estabas en tu sueño, pero en ese sueño eran reactivas las imágenes, las memorias. Nadie contradirá a la experiencia imbatible. De ese hueso venimos todos, de su alma cerradita. Al despertar la humanidad esta mañana, nos la estamos viendo con la imagen de todo lo que hemos vivido y compartido que

el sueño cada noche nos devuelve para siempre. Lo mismo habría podido suceder con el trance de un mico que come hongos. Tal vez el mico necesitaría saber su nombre.

Y cambiarlo.

O decidir no cambiarlo.

…

…

Te escucho.

Con lo que no contábamos era con los Irreales. Tu sueño no fue un sueño. Reveló, y ya me dirás si no fue así, el registro digital de unas cuantas y muy precisas actividades de un pasado en Cronotopo que ustedes casi habían olvidado.

¿Tú ves que hablas de Julián como si fuera otro?

Mira a mis ojos.

No eres otro.

No soy otro, pero tampoco soy el mismo. Han pasado eternidades, incluso con número humano. Número de hombre, dicen por ahí.

No me lo digas.

666.

Ja, ja. Me das miedo, de verdad que sí.

No te asustes. Ya ves lo fácilmente que has aceptado la presencia de los muertos. El sueño del pasado cobró toda la realidad del presente, pero ya la tenía. Y así la vigilia cobra toda la realidad del sueño. Los Irreales, Alzbieta…

Julián… No me reveles nada que vaya a hacer mi vida más triste de lo que ya es.

Me aferras la mano casi hasta el dolor…

No lo hagas, ya no más. Si Isáfora no es Isáfora, no quiero verla.

Date cuenta de lo que estás diciendo.

Sí, sí… Es necesaria la muerte. Oh…

Llora, llora.

Hay un poema de Silva…

El de Lázaro, claro que sí.

Ay, Julián… Ay…

Nunca hay vuelta atrás, adorada Alzbieta.

Le he vuelto a pegar a Rafael.

Bueno, es mejor que no me cuentes ciertas cosas.

Los tigres, las ventanas, las mañanas… Esa vecina de la casa del barrio Niza, hace tanto tiempo… ¿Hace eternidades? Todo es mejor que se quede allí y que yo no vuelva.

Mira quiénes se han ido a sentar a la barra.

Parecen cadáveres.

Vinieron mis amigos. Límpiate las lágrimas.

Ya va. ¿Y tú con tu nuevo estatus no los conocías?

Yo agradezco el que las cosas sean siempre nuevas. Los he visto, sí, en un concierto suyo en Bogotá y, bueno, en todas partes, del Marquee Club en Londres y los estudios Chess en Chicago hasta donde gustes, Saint Moritz, Toronto, Jamaica. Muy de lejos los vi, y muy de cerca, lado a lado, sudándola, pero nunca he conversado con ellos. La música es algo físico. Tampoco me voy a levantar a saludarlos. El Café Vallejo es todo para nosotros. Ellos tocarán esta noche hasta el amanecer del Inti Reiki en el bar Manguaré de Itagüí, cerrado para atender al personal más selecto.

Yo no voy a estar allá.

Yo tampoco sé si vaya. Lo que supongo es que ahora aquí Ronnie y Keef, o sea Keith Richards, el del sombrerito, solo van a tomar té de limoncillo. Y supongo también que en seguida vendrán al menos Steve Jordan y el bajista, no recuerdo ahora su nombre…

¿Y el señor D. no era otro que Mr. Jagger? No lo veo.

¡Jones! Darryl Jones, que fue bajista de Sting.

Nos ocupamos de unas tonterías…

No. Hablamos de la música, Alzbieta. La música naciente, viva, de la calle bombardeada, donde las mamás regatean el café de la mañana con el bajo mundo, hablamos de la guerra y el espíritu de los niños más serios y traviesos. Me gusta verlos aquí, podría quedarme viéndolos y ya, no contarte nada. ¿Sabes todo lo que los Rolling Stones han vivido, por todo lo que han pasado, todo lo que han visto y probado sus ojos? Son casi medievales.

Nada que otros no hayan vivido y de otras maneras, con más y menos gusto.

Muy bien. "I'm a King Bee". Aprendimos la lección. Vamos entonces a hablar en serio de lo que nos convoca, porque hay cosas que tú quieres saber y yo tengo cosas por contar.

Está bien. Pero mira, una Beatriz, u otra, la Beatriz del sueño, me enseñó ya a contar conmigo, o me terminó de decidir a hacerlo así, aunque tal vez a ella no quisiera encontrármela nunca. Dime ahora, Julián, si Lilith está viva.

También Lilith es un sueño. Pero bien, está muerta, muerta de verdad…

… *Y yo también soy un sueño, entonces.*

… Aunque, claro, en muerte viva. Eso es lo de menos. Déjame solo decirte que la condición central de la existencia no es solo el ser sino el parecer real, lo cual es algo que compartimos con los Irreales. Ese es el gran hallazgo. La mitad de los seres y cerezas que estás viendo y viste en todos los días de tu vida, y digo mitad de modo metafórico, a veces es la mayoría, a veces menos, son hologramas proyectados desde un futuro sembrador que Isáfora desprendió de su entraña y recibió de la abuela noche, en el Jordán, por vía de Venidera, vengadora. Desde

luego que ese futuro estaba y sigue sembrado en nosotros. Fue, es y será Dumanoia Preñadora, el poder de desdoblarse en la luz. Pero no vamos a meternos en complejidades explicativas teológicas que son física del nivel más encumbrado e inverosímil que tú te puedas imaginar. Desde luego las cosas son como son, no solo en su segunda alma. La luz viva puede ser un diseño que adquiera consciencia, autonomía y peso, consistencia, para tocarte, para tocarme, pero en su divergencia se convierte en especie, obviamente luciferina. Esos son los Irreales. Tú piensa más bien en los demás, en los que vuelven, y no hagas diferencias. Los Irreales nos rodean desde siempre por esa fulguración que ha advenido en todo lo que estamos contando, y gracias a ellos las cosas persistirán en su gracia, que es la muerte.

Esto…

Sí. Ahora mismo se desploma Hidroakabí, gracias al temblor del sueño monstruoso.

Ah, no más… Déjame temblar a mí…

No dejes de oír ni de oírte. Dos epicentros.

Está bien. Dios mío, musito entre dientes…

Solo sientes este viento gélido y esas miradas sobre nosotros de las piedras rodantes.

Está bien, susurro, ¡está bien! Ay, ay, ay… Señor, Señor del orbe, del azar, perdónanos, perdónanos a todos.

¿Ves que ahora sí todo ha llegado a su término, que ya no hay nada más que decir? Algo ha sucedido por la fuerza de los nuevos hechos prodigados en este relato que nunca antes en todos los porvenires varios. Yo por fin podría pedirle una guitarra a Aníbal e irme a decirle a Keef que cante sin tocar un blues con mi acompañamiento. Aquí solos, lejos de la historia, lejos de la catástrofe inimaginable y perfectamente justa.

Por favor, son muchos miles de muertos los que se avecinan ya mismo. La bola de lodo gigantesca avanza incontenible si es verdad lo que me has dicho. No seré nunca capaz de superar esto. Tal vez necesito que me cuentes el nuevo futuro.

Simplemente nos anticipamos. Esto de Hidroakabí en este instante del Avenir, en su acepción desusada de salir de madre el Mono, el río, el dios Cauca, fue una gloriosa trampa deshecha que le saltó al arquitecto infame, la SIM, de la bestezuela torturada, los pueblos del Bajo Cauca, comunidad en este minuto libre altanera de esa pesada suerte mortificante que yugo fue y cárcel del inocente, lo que hizo el humano de la vida, pero cada paso de Isáfora prehistórica fue preciso para volver al último Apocalipsis que previera la rotura preparada. Ahora se siente el rugido de la vida salvaje. Oye los gritos en derredor, los amos ya estaban preparados. En cuanto al paso de nuestro camino, pues todas las criaturas del Universo me esperan en la Alpujarra para

morir en todas las ciudades del mundo, y no las traicionaré, las cosas que hay que recuperar de lo que anhelamos revivir son pocas y son muchas, son todo y es nada. Mi magro deber es transigir con el enemigo. Eso es. No suspiramos por el pasado, Alzbieta. Yo ya veré si leo el discurso hecho o no lo leo, si improviso o no improviso, si hay castigo o no hay castigo. Suspiramos por un futuro, mujer grande. Es más, suspiramos por lo único que tenemos sin darnos cuenta de que lo tenemos todo, y es el cedazo de la memoria, presente vivo en el presente vivo. Te contaré. Vamos por partes. Cuando Juan Carlos López me cita en el Bodegón y me dice que me lo va a revelar todo, eso es una primera manifestación ulterior de las presencias que la novela ya suscita tan pronto vomitamos en la sede de Telëpathos. Hoy fue y ayer sigue siendo tan real mi encuentro con el difunto como este brindis que haré o no haré con tu latica de Coca-Pola.

¿No fue un holograma?

No importa que lo haya sido. Y con eso la cuestión está resuelta.

Ah…

Reiteremos la fisionomía del sueño.

¿Te parece muy correcta esta idea que me propones de las cosas?

El olfato, el olfato del sueño… Jm. Todo lo inexplicable se asienta en esa preciosa noción. Miremos de frente. ¿Cómo puedes tú entender el que los eventos se den del modo en que se dieron? ¿Qué crees que buscas? ¿Dispusiste tú las leyes del firmamento y las profundidades del océano?

Quisiera rebatir el uso de esas viejas preguntas de mis abuelos.

No lo hagas sin antes pensar en ellas. Yo sé que hay otras, desde luego, y otros abuelos.

Julián, Juliancito, óyeme… Yo también sé levantarme. Hay el video al respecto de todo esto que publicaste en PollTube hace apenas unos cuantos minutos, sobre la muerte de Juan Carlos, y yo no he querido verlo, pero leí el storyline.

¡Ja, ja, ja!

¿Qué es un pecado?

¡Eso es hacer crítica!

Hacer patria. Sígueme. ¿De qué cabe arrepentirse en esta vida, si las cosas han sido de tal manera infernal?

De nada.

Tú solo descríbemelo.

No hemos hecho otra cosa en esta vida tú y yo y todos nuestros hermanos que vivirlo.

Otro escritor judío se lo pregunta en una canción llamada "The Future", el ilustre Leonard Cohen, que a ti te gustaba tanto.

Lo recuerdo.

"Lo que no entiendo es qué quieren decir los amos cuando dicen

arrepiéntete", algo así dice la canción, ¿no es así?

Sí, así es.

Ahora tú simplemente has una reseña, a tu viejo modo salvaje, del riesgo letal que tomó y que al fin habría salvado a tu fantasma crítico profeta.

El riesgo, la cauta pérdida, que salva a todos los poetas, y a todos los seres y cerezas refulgentes en su cerezo, en su cera.

Mira, sí, yo ya me vi el video tuyo, pero no lo entiendo. Si me lo cuentas con tus palabras, tal vez vuelva a ver en mi memoria y lo vea mucho mejor…

Nos entendemos.

Sé entonces el hablista del que se aprovecha Borges, en "La busca de Averroes", para afirmar que no hay vivencia irreductible, que si todo es posible para el mal, todo es decible para el bien, y todo será revelado, parte por parte, en el teatro sangriento.

Oh, oh, oh. ¿Quieres que sea el notario, el escribano, el reseñista de la película de la semana? Caramba.

Sí, dale.

Pensé que eso no volvería a suceder nunca. Ejem.

Espera… Por qué mataron a Juan Carlos López, así se llama la publicación, el video, el éxito… Habrá quién diga que tiene historia, principio, desarrollo y fin… Pero yo no sé, Julián, si fue ese crimen o si fue la muerte ruin de Isáfora, que tú ahora como el más desalmado de los hombres justificas y casi defiendes, lo que desató esta maraña tupida de rencores e insensateces que despunta en el fracaso definitivo de una civilización torpe, paisa yanqui, como la caída de la Torre de Babel…

Maraña tupida de luces y vejeces, vana como un viejo mito de lenguas dislocadas.

Di.

Empecemos.

***

Sobre Por qué mataron a Juan Carlos López, de Julián Andrea Sánchez

AVATARES DE UN TEÓRICO AFICIONADO

Por Julián Andrea Sánchez Gómez, PhD. – La palomera perdida

La condena está dada desde el principio. No hay que hacer. El video nocturno es de Super-VHS. Está bien conservado, es granuloso, no hay ni siquiera drops, como llamábamos a esas especies de desconfiguraciones de la imagen en el video análogo, correspondientes a veces a arrugas de la cinta, a veces a suciedades en ella, o a simples imperfecciones. El Super-VHS era para el periodista en los primeros noventa un formato de guerra, prácticamente, muy útil, por ejemplo, para los reporteros de la Guerra del Golfo. Con este material se

grabaron documentales valiosos de aquellos años que luego se pasaban a celuloide y se presentaban en salas de cine y festivales, como Gimme Life, de Tom Guthrie, o Non piu, de Ivano Baggio.

Es decir, el Super-VHS era un formato profesional, y Juan Carlos López Mejía estaba trayéndolo a Medellín casi como un pionero, si no se tiene en cuenta que había exploraciones en video similares por esos años. La diferencia principal radicaba ahora en la posibilidad de grabar con la cinta adosada a la cámara, y no con una casetera independiente que manejara un operario auxiliar de cámara. Ya el camarógrafo se había vuelto alguien en buena medida independiente. Sin embargo, los camarógrafos profesionales, como Rodrigo Tamayo y todos los que nos daban clase a los salvajes en la Papista Universidad Criollista, PUC, todavía debían cargar pesadas cámaras de U-matic, el famoso ¾.

La cámara de López se asemejaba en este sentido más a una cámara fotográfica Kodak Instamatic, para hacer instantáneas. Además, en el video de Juan, como en todos los suyos de esos tiempos y los que hicimos poco después los de Nickel Producciones y nosotros en Kadera Salvaje, el audio no es captado por un microfonista, sino que es el que registra un delgado micrófono unidireccional muy potente que la cámara incorporaba en la parte superior, muy promiscuo también, de sonido casi indiscernible en planos generales, pero que servía mucho para hacer entrevistas y que mostraba su poder inaudito cuando uno usaba el efecto de zum con la lente teleobjetiva, grababa lo que otros decían de lejos.

Juan Carlos había hecho pocos videos hasta entonces. Uno de ellos era del Carnaval del Diablo, en Riosucio. En el Global Andino no habían querido presentarlo con la dignidad que realmente merecía un esfuerzo de esa índole. Yo me di cuenta de que toda la publicidad debió correr por parte del propio Juan Carlos, y Luis Antonio se reía porque Juan no le caía nada bien. Luis seguramente creía que tenía razones fundamentadas para burlarse de su colega cada vez que podía hacerlo. Estas infidencias buscan esbozar un campo retórico en el que se insertaba el trabajo de Juan. No solo carecía de público, sino que en verdad quienes podían hacerlo público, los principales críticos y programadores, lo obstaculizaban.

En este video nocturno, póstumo y bruto, sin editar, solo unas voces clave resaltan en falso primer plano, mientras el coro ulula en el infierno ruidoso. Yo subí a PollTube todo lo que la casete dorada esperaba mostrarme, desde el día lejano en que el difunto Juan me la diera, olvidada en cajas que Verónica abrió el lunes pasado, no y sí casualmente, cuando tú y yo nos vimos. El gesto insólito de Verónica tendiéndome la casete fue lo que jamás en otra eternidad se había dado. Como ese, pocos en esta novela. Sin embargo, hay gentes que

dicen que nada de nada es casual en este mundo, o al contrario, que todo son accidentes. Pues que así sea. Ni lo uno ni lo otro. Son en ese lapso apenas cuarenta y dos minutos.

Cuarenta y dos minutos de una fiestecita travesti, pero señalan, sí, con santos pecadores de verdad crujiente y malvados sacerdotes de verdad crujiente la podredumbre humana que gobernó hasta el sol de hoy al planeta, y de modo indefectible, al Cosmos que retrocede, que baja la mirada. Míralos tú, tú, tú. Han llegado al fondo de todo y se ven en estas luces, y gimen. Otro chirriar de dientes sucede, sin que intervenga nadie. Así son las cosas. Previamente puse títulos que ahora dicen: "Los últimos son ya los primeros. Los muertos ya entierran a sus muertos. Los primeros son ya los últimos. Los sedientos de justicia reciben ya el reino de los cielos. Al que tenía más ya se le dio, y al que menos ya todo se le quitó".

No es el momento de describir el video nocturno plano por plano. Tampoco es oportuno hablar del estilo nervioso y entrometido de Juan Carlos, quien muy posiblemente sabía que su actitud de camarógrafo atrevido en la fiesta loca era mal entendida como coqueteo entre algunos de los asistentes, pero sí por él maliciosamente asumida vanidad, arrogante poderío de quien graba. Lo que sí cabe recordar es que Juan estaba allí no como visitante, pero tampoco como uno más, no como un marica cualquiera. Lo llaman por su nombre a veces, y en el momento delicado se menciona a Pete como su protector. Incluso le abren campo, lo llevan a donde es más grave todo, como para que él vea que no hay que temer.

Mi descripción general, sin embargo, debe atender a esos rasgos de estilo que de modo estrictamente formal, por no decir solo material, afectan el modo en que vemos algo que no es solo un contenido, ni mucho menos una información, sino suerte de insignias sociales, huellas psíquicas e infiernos espirituales. Cada toma empieza y termina bien dispuesta, la cámara no se enciende sin criterio, no desperdicia tramos de cinta para encuadrar o enfocar vagamente mientras graba, sino que el plano está pensado e incluso se repite o se prueba varias veces desde nuevos ángulos, aunque no más de tres veces. Por lo general las tomas son únicas y solo algunos planos generales o de ambiente se graban en dos ocasiones.

Es decir, Juan estaba previendo un relato. No es una edición en caliente, lo que harían luego en nuestro medio camarógrafos documentalistas como Carlos Bernal o Santiago Herrera, pero uno sí puede ir hilando hechos a medida que ve el material íntegro y en su orden original de grabación. Así, ya que había un profesional detrás de la cámara, ¿cuáles son las marcas invisibles del estilo nervioso? Digámoslo de modo objetivo y tácito. Durante doce minutos, solo hay planos generales de una especie de patio cubierto concurrido, muy a

oscuras, que poco a poco se ilumina y ordena en torno a una pasarela por donde empiezan a desfilar travestis, drag queens que Juan inspecciona de lejos, con la lente teleobjetiva.

En el minuto ocho se oye fuera de cuadro que Juan le responde a alguien unas preguntas inaudibles. En medio del ruido de Vilma Palma, dice: “Es para mí”, luego: “Nada”, y al fin: “Yo después se los muestro”. Podemos adivinar las preguntas: “¿Para qué es eso?”, “¿qué va a hacer con eso?”, y la petición: “No me vaya a grabar a mí”. O sea, “¿para qué estás grabando”, a lo que Juan significaría: “para guardar una memoria personal”, “¿en dónde va a presentar esas imágenes?”, a lo que él promete: “en ningún lado”, y la advertencia: “me incomodas”, a lo que aduce: “no hay lío, les mostraré lo que edite antes de difundirlo”.

De buenas a primeras, el cámara se pasea por la plataforma, como si fuera una de las drag queen. Nadie del entorno llega a verse bien, pues afuera del proscenio hay poquísima luz y además la cámara se mueve con suficiente velocidad para no dejar que identifiquemos a nadie, pero se oye en un momento a alguien gritar: “¡Juan, Juan!”. Quien no sepa que el camarógrafo era Juan Carlos López y quien no conozca la voz de Pete Bond, no puede darse cuenta de nada. Sin embargo, es muy posible que ese camarógrafo que antes grababa sin avisarle a nadie y de lejos, como espiando, y que ya incomodaba, se hubiera subido con demasiado e injustificado entusiasmo a la tarima, haciendo algo ya incluso peligroso.

En el minuto quince, luego de los falseados planos subjetivos de las drag queens que hace Juan caminando y grabando desde la tarima, hay imágenes más cercanas de la coronación de la reinona. Desde abajo y mucho más de cerca, una cachetona protuberante de peluca rubia camina sonriente y alzando el collar de morcillas que le cuelga del cuello. Ella se ve fascinada, entre otras cosas, por el hecho de que sea grabada. Le manda besos al hipotético público que esté viendo el video. “Tú no te pierdas”, es su mensaje. Luego hay un plano largo, de unos siete minutos, o sea hasta el minuto veintidós, de Juan bailando. Me parece verlo entonces en esa tónica jubilosa que yo conocía de él desde hace tiempo.

En Cartagena, durante el primer festival al que fui, Juan trató de seducirme una primera vez sin ser nada evidente, pero sí insinuante. Yo en ese momento estaba enredado con Mirta todavía y simplemente atendí a la casi orden que él me dio de que lo acompañara al hotel para que nos bañáramos antes de la clausura. Yo le dije con total sinceridad y fresca naturalidad que yo no me iba a bañar, pero lo acompañé porque fue determinante en su voluntad y, en verdad, teníamos que asistir bien presentados, por lo que sus palabras eran coherentes, casi inocentes. Yo en medio del trabajo logístico sudaba

mucho y apestaba a oso, según Mirta. Luego de la clausura, los de Cronotopo nos fuimos al exquisito bar Marrón.

Fernando Aguilar había hecho amistad con dos finlandesas recién salidas de bachillerato que viajaban para conocer mundo por América Latina y yo me senté con ellos a conversar. Mirta apareció luego y me hizo ver lo que estaba haciendo Juan Carlos. Bailaba tal y como John Travolta en Fiebre de sábado por la noche. Lo mejor es que no lo hacía nada mal. Señalaba con los brazos hacia un punto del infinito adelante mientras daba sus pasos y hacía una sentadilla y luego elevaba uno de los brazos hacia la derecha y se giraba, agitaba la cabeza, se llevaba una mano hacia atrás del cuello, hincando los labios y mirando hacia ninguna parte, se arqueaba de a poco hacia atrás. Mirta reía mucho.

Yo salí al balcón. Allí un obeso rastafari me ofreció el primer marihuano de la vida, pero yo le dije que no. Las finlandesas se habían ido. Recuerdo que volví temprano al hotel, pero Juan llegó muy tarde. Ahora en su propio video se ve que él baila con una actitud muy similar, disfrutando y llamando a quien lo quiera buscar con la música de Talking Heads y luces estroboscópicas volándole encima. Y en efecto, alguien aparece, una sombra astada, una silueta de saurio, y danzan al fin cuerpo a cuerpo. El siguiente plano es el plano crucial del video, trece minutos, del veintidós al treinta y cinco, en el que Juan trata de dialogar y a veces solo graba el silencio o la distracción de un cardenal que había en la fiesta loca.

Lo que hablan ahora mismo no nos importa, son disquisiciones teológicas y poéticas muy abstrusas. Juan defiende lo que llama “teoría visual de la cauta pérdida”, e implica un reto a la autoridad del cardenal. Yo recuerdo esa voz de ese sujeto. Es la voz del mismo jerarca que me habló en el colegio cuando yo publiqué mi primer cuento. Es el mismo que vacilaba si seducirme niño en la capilla del San Ignacio de Loyola. Su nombre era Alfonso López Trujillo, y es hoy sabido que manejaba una red de prostitución infantil para curas pederastas. Por no hablar del tráfico de influencias dentro de la Iglesia y la coacción sobre curas como Luis que pensaban distinto a lo que se había vuelto la corriente dominante.

Desde luego, ya que la cara del cardenal no se ve, sino solo de vez en cuando su mano con un vaso, y la cámara reposa sobre la mesa, es de nuevo solo quien conozca la voz de López quien puede identificarlo. Aunque en este aspecto no serían pocos. Por eso, porque de pronto alguien se da cuenta de que Juan está grabando la conversación con el cardenal, todo se agita después, y ya Juan enarbola el aparato grabando. “¿Es que esto es un pecado?”, pregunta en voz alta. Su teoría de la cauta pérdida hablaba de hacer ver, o sea, lo que significa la voz “akabí”: hacerle ver algo a alguien. Ese es el nombre del pueblo que ahora está siendo arrasado por las aguas

secuestradas del Cauca. Eso es grabar sin miedo la propia muerte a cada instante.

"¿Es que esto es un pecado?", grita él. Entonces los amigos del cardenal, jovencitos, se enfurecen, le pegan a la cámara, y de ahí en adelante, durante diez minutos, todo es un solo plano sin corte y no se ve bien nada, a veces solo algunos fulgores, de resto solo hay el audio. En un momento dado se le acerca un sujeto a Juan y le dice: "No te dañamos porque esa cámara es de Pete, mamerto hijueputa, llevate lo que querás, pero te lo vamos a cobrar enterito eso que estás haciendo aquí y en toda parte, con tus películas en la Universidad Nacional, ¿creés que no nos damos cuenta?, malparido". Mamerto es la palabra con la que vos misma, Alzbieta, calificabas a todo el que hablara del poder que nos gobierna en Antioquia la Linda.

El video termina de modo muy indiscriminado. Es un solo plano, Juan se graba frente a un reflejo en el vidrio roto de un local callejero que apenas quien conozca bien lo que fue la rumba de los ochenta y los noventa en Medellín puede identificar, un bar llamado New Order. Juan señala lo que seguramente son unos hematomas, unos puños en la cara, pero en la imagen no se logran percibir bien. Yo recuerdo ahora las invitaciones de Juan a ver cine con sus amigos, con Víctor Bustamante, sobreviviente hoy de aquellos años, en el Libia, su voluntad de que yo me saliera de la órbita de Luis y, en cierto sentido, de la órbita de Pete, también: Pete Bond, alguien no exento de sospechas que el propio Juan sabía ciertas.

El Andino era una sede de espionaje en Medellín de la famosa NEA, Narcotic Enforcement Administration, la infame oficina antidrogas del imperio yanqui. Y de hecho fue uno de los primeros lugares donde empezó a funcionar la Internet en nuestra ciudad. Yo recuerdo muy bien recibir la noticia de Pete de lo que esa tecnología implicaría, y el envío de artículos mediante lo que se llamaría intranet, de una oficina a otra, como si fuera el mayor avance de todos los tiempos. Gracias a eso, Luis Antonio pudo dejar de enviar sus artículos en papel a El Parroquiano, que muchas veces era yo quien los llevaba, desde el centro hasta la frontera de Medellín con Envigado. Pero el rumor de que la sede de Cronotopo era una central de inteligencia solo me sería confirmado años después por un amigo íntimo de Pete.

Ahora bien, Pete y Juan eran amantes. El resto del video que subí a PollTube presenta una por una las partes significativas del material en bruto grabado por Juan Carlos, destacando los detalles cruciales y comentándolos con títulos blancos de reborde azulino difuminado, sin voz fuera de cuadro y sin música. Los comentarios apuntan a la tradición de la palabra "mamerto" y algunas fotos o fragmentos de otros textos cinematográficos o audiovisuales que nos recuerdan la vinculación entre los acontecimientos de la Medellín de los noventa y

una, digamos, macro-política que, tal y como luego se vería, tenía a Medellín como nodo de todas las actividades que desplegaban entonces la SIM y su paramilitarismo continental.

Uno de esos fenómenos era el asesinato continuo de sindicalistas y estudiantes y profesores universitarios rebeldes. El contexto no admitía, en términos conceptuales, la existencia de reductos de inconformes cuando la mayoría de la población estaba adormecida en la idea de que todo problema social se podría resolver ahora mediante los recursos amplios de la democracia en vínculo hábil con el mercado. Juan en sus artículos para Cronotopo admitía la obsolescencia del comunismo, pero insistía, a partir de Kundera, en lo distópico que sería para el cine el sistema de mercado tal cual lo había reestructurado Reagan y tal y como ahora lo determinaba el Consenso de Washington, sin regulaciones locales ni globales.

Yo como realizador del documental amplío la fecha electrónica que aparece en algunos momentos del video y la uso para entrar y salir de la noche de grabación a lo que sucedía por esos tiempos en el mundo y en Medellín. Algo definitivo es la proximidad de solo semanas entre esa noche infausta y la tarde en que Juan sale de su casa a donde Pete y es muerto a balazos. Entre esos dos momentos se dan algunas señales en la revista que muestran un desacomodo casi irresarcible de Juan con el mundo. Un artículo suyo sobre el modo en que las distribuidoras de cine aleccionan al público mediante la elección de falsas traducciones para los títulos de las películas, resulta motivo de escándalo en Cronotopo.

Luis aprovecha y genera un movimiento aparentemente espontáneo en el que tanto él como el propio Juan y Mirta intentan matricularme en algún bando, sin que yo pueda más que tratar de distanciarme con mirada triste. Un buen día en el que asisto luego de clases en la PUC a ver Ran, de Kurosawa, como parte final de un seminario de Luis, me encuentro a Mirta indignada por la carta que ha enviado desde Bogotá un crítico amigo de Pete y Luis que participa en la revista. En ella se queja por los textos de Juan, justamente los referidos al Festival de Cartagena en que estuvimos juntos, y recomienda un cambio de actitud en Cronotopo, pues, en últimas, Juan es una presencia decisiva allí, omnipresente.

Juan, que era artista plástico, diseñaba la revista, establecía el cronograma de entregas, tomaba las fotos de los reportajes y publicaba entre dos y tres artículos para cada número. Era una locomotora, como muchos años luego diré en la celebración de un aniversario de la publicación. Sin embargo, la carta de Héctor Bolero, el crítico manizaleño, no es espontánea. Luis le había insinuado a Héctor que la escribiera y la enviara como por iniciativa propia, para motivar un cambio de estructura no solo en la revista, sino en el

complejo grupo intelectual que hacíamos. La coartada fue criticar con palabras duras no solo a Juan, sino también a Mirta, y mencionar de paso algunas verdaderas ligerezas mías.

Así no parecía que el escrito estuviera encaminado a quitarle a Juan el diseño y, en cierto sentido, el monopolio práctico que tenía sobre Cronotopo, y así acabar con su presencia discordante y su creciente influjo sobre algunos jóvenes de Medellín. El efecto fue el de una bomba. Mirta amenaza con renunciar. Juan argumenta que todo escrito podría mejorar, pero alega una persecución de índole ideológica, ya que su artículo sobre los títulos tendenciosos que ponen las distribuidoras a las películas indispone al Andino y sus salas de proyección de cine con el establecimiento. Todo se resolverá malamente en una reunión de diplomacia enrarecida y falsa cordialidad donde Pete, en Robledo, cerca de tu propia casa.

Todo esto lo cuento de refilón en el documental, cotejando documentos y datos puntuales que hoy se ven inocentes en los números viejos de la revista, pero que están cargados de historia para quien vivió la creación de los mismos. El número que acababa de salir mostraba al niño de Un lugar en el mundo celebrando su victoria en una carrera de caballos, pero era una alusión de Pete y Luis a mí, que imponían a Juan diseñador para que viera quién era el crítico propicio al fin de las ideologías, y el consentido por la institución. Cierto es, yo todavía creía que las dinámicas supuestamente neutrales del así llamado libre mercado eran justas y constituían una alternativa no solo de desarrollo sino ante todo cultural.

Esa discusión era larga y Juan y yo habíamos terminado por evitarla. Un sábado, pocos días antes de su muerte, cuando Luis se había erigido jefe de redacción de la revista y tanto el diseño como la producción misma habían cambiado de manos, Juan estaba escribiendo a mi lado, y al tuyo, en la oficina primera de Cronotopo. Yo había leído en su pantalla el título: “¿Pacto o imposición?”. De pronto, una explosión nos sacude a todos. Pensamos que había sido un carro bomba, pero solo es un petardo que estalla a una cuadra, sin razón aparente. Cuando tú y yo volvemos a la oficina, luego de salir a ver qué ha pasado, Juan sigue allí muy campante, pero me dice en voz baja y apurada que eso fue una amenaza dirigida a él.

Una semana más tarde llega a Medellín una delegación de cineastas cubanos, y Pete organiza una velada en su casa a donde Juan debería ir con la cámara a hacer un registro y quizás alguna entrevista con ellos. No alcanzará a llegar. El testimonio de la viuda, invalidado por los amigos de Juan debido a la mala relación conyugal, es que Pete hizo la llamada telefónica que determina la salida de casa del crítico documentalista. A dos cuadras alguien le exigió que le diera la cámara, que Juan llevaba en un maletín mediano, y él no accedió. Un

balazo en el corazón fue la causa de la muerte. Yo no dejo de recordar, sin embargo, que esa cámara no era ningún regalo de Pete, sino una deuda que Juan tenía con su amante.

Y a mí ese amante me había dicho hacía poco, recordándome una deuda mía con el Andino por los discos de los Beatles que Pete había pagado por mí para que me llegaran a domicilio: "En Colombia la gente cree que la plata es un juego. Por eso los matan y ni preguntan". Yo me demoré todavía un año más para darle el dinero a Pete, en realidad, y nunca pensé que la cosa fuera tan delicada para que llegara a decir esas palabras. Lo que he venido a pensar después es que eran pronunciadas para que yo se las transmitiera a Juan, quien hacía unos meses se había también endeudado con Pete para comprar la cámara, comenzar a hacer video y, según él, motivar el surgimiento de una escuela de cine documental en Medellín.

Además el video nocturno trae aquel indicio adicional. Ya en el diálogo teológico poético, Juan Carlos se compadrea con ese hombre a quien él se esmera en grabarle con toda astucia su anillo cardenalicio. Las ropas que se alcanzan a ver del sujeto son elegantes pero cotidianas. Una camisa blanca de delgadas líneas rojas con arabescos azules, un pantalón verde. También se aprecia un reloj caro en su muñeca. La voz del individuo es inconfundible, y yo la cotejo con otros testimonios moralistas de López Trujillo en televisión. Era un cardenal que manejaba los hilos en Medellín: negociaba con Pablo Escobar y lo traicionaba a su gusto. A Luis le tenía encono por posturas opuestas de ambos en la práctica religiosa.

Por todo esto, aunque Medellín era un nido de violencia aterradora a inicios de los noventa, yo sostengo que la muerte de Juan Carlos López fue calculada y preparada por un grupo de personas de las cuales Pete y el mismo Luis eran cercanas, y que ellos no desconocían el crimen, ni sus autores, ni sus motivaciones. La serie de hechos que rodearon la muerte de Juan es la misma de muchos ciudadanos solos en la lucha por expresar y debatir cuestiones centrales para nuestra sociedad. No es del todo lejana a lo que le sucedió a Héctor Abad Gómez, a quien por miedo la sociedad lo dejó solo frente a sus asesinos. En este caso no era el miedo lo que hizo que dejáramos solo a Juan. Fue la indiferencia, casi la ceguera.

No hubo quien supiera decir nada, y los que intuían algo más que un simple robo quedaron aturdidos e imposibilitados de abrir la boca. En el funeral, según tú me lo has contado, y ahora lloras oyendo esta reseña oral, el último número de la revista diseñado por Juan fue puesto por Pete sobre el ataúd, y él se veía afectado, pero no lloró ni una lágrima. Adalid de la globalización, primer empujón del neoliberalismo avasallante que se venía sobre nosotros, Pete Bond no era ni mucho menos cándido en cuanto a las actividades de policía

secreta que, por el contrario, él ayudaba a pensar desde el Andino. La muerte del crítico a varios les convino. A los meses, López Trujillo fue enviado a Roma, y Luis hizo fiesta, indemne.

Días después, Cronotopo recibió una beca estatal que meses antes había gestionado Juan.

***

Fin de la historia.

…

Límpiate las lágrimas hasta el fin de los tiempos, Alzbieta. Yo también fui un asesino.

Aaah… Y lo decís a buena hora…

Sé bien lo que soñaste ayer, tu diálogo virtual con la remota Isáfora. Ahora debo pronunciar Thelema lo que oíste Dumanoia.

Me amedrentas, y lo haces adrede.

Prepárate, Alzbieta Spitzer de Nadie.

La verdad es que no quiero oír más.

Tendrás que hacerlo si sigues sentada a mi lado.

Lo sé, lo sé… ¡Mira, mira quiénes te oímos! Han venido Aníbal y su hermano Fernando Vallejo, el dueño del Café Vallejo y Fernando escritor maldito o no tan maldito, renegado de Colombia, y Keith Richards junto con Ronnie Wood, todos a sentarse a mi lado y escucharte sin fumar los rockeros, con su perra el novelista, serios, movieron las sillas, se acomodaron, cejijuntos ellos, a poner su mano sobre la mía, a mirar al horizonte mientras suenan las músicas más tristes, el Im Abendrot, de Richard Strauss, el Lied favorito tuyo de Mahler, ese del abandono del mundo, o el indispensable Liebetod de Wagner, la muerte de amor, oh, sí, de una Isolda que enloqueció para bien. Atardece no, ni tampoco anochece. Es la hora nadir de la pesadilla. Y es como si todos supieran que un velo se levanta mientras el mundo se acaba. Entonces tú, de corbata verde, dirás lo que debe ser y lo que debe no ser.

Toc, toc, toc. Si Isá no se arrepiente de nada, mucho menos yo. Pero llaman a la puerta, Macbeth. Ahora solo consumaré lo que amante Dumanoia y amador Marduk soñamos, sin hacer mella en Verónica amorosa. Ya vendrá la convidada de piedra. Por eso, si te dije que la vida es lo único que existe, eso ya no es un presagio, es una realidad. Isáfora y Julián se vieron rodeados como Juan cuando quisieron emprender juntos la lucha que ahora termina. ¡Oh, la brisa ya no nos acaricia! Después de descubrir un día en el Planetario nuestra calaña, por Internet nos descubrieron de inmediato, y nosotros lo sabíamos, en una intriga minuciosa y callada, pura meditación sincronizada, que ella distinta, repuesta, súbitamente acrecida, alimentaba con emplastos de sábila y baños de ortiga, con cantos de

telaraña e irresistibles sortilegios mudos en pases de manos e imploración poderosa de vértigo acompasado entre altares de antorchas y telas negras y vasos de alabastro con arenas, agua fresca, piedrecillas y ramos de hinojo recogidos a orillas del Leteo, río del olvido, en nuestros viajes astrales al presente y al futuro y al orden de las ficciones y de las elegías sempiternas. Aquí y allá, cada imagen de nuestro romance era presenciada por la Ley, cada encuentro consignado en actas, cada acto vigilado por cámaras y sensores y micrófonos de toda índole. Lo que ellos no tenían, a donde ellos no alcanzaban a ver nada ni a oír nada, era nuestro perfecto acuerdo espiritual, nuestro entendimiento común interno e intangible. Se apuraban en hacer con Isá y conmigo como pasó con Clara Fernández y chantajear nuestro idilio con el escándalo y el orgullo de Verónica, pero yo sabía adentro mío de la pulcritud de la brujita, que no era espía del Averno, y sabía de su nobleza, que sin embargo derivó de modo impredecible en un careo inhóspito de su segunda alma. Isáfora extremó de pronto sus exigencias para con la imagen pública de nuestra relación y de nuestro activismo par en favor de la causa ambientalista y en coherente invocación comprensiva de las fuerzas integradas del Demonio que penosamente, sin embargo, nos hacen también a todos deseo y posesión, vida rutilante individual, desnuda, sobrehumana, para forzar ahora políticas de monstruo o leviatán con una beligerancia más fuerte y fundar una religión en propiedad universal, verde, verde. Esta voluntad suya indomable hasta para Isá misma resultó hace una semana, el viernes 13 de su muerte, en provocación lenta y torva de nuestras propias vilezas hasta un nivel que ha reventado anoche, durante el sueño largo de todos, en la liberación cósmica del día de los dolores incontenibles del bajo astral, ahora del todo según la inspiración y el mando sabio de Isáfora Dumanoia. Ella, del todo a conciencia, se había sabido poner a la hora de su muerte bajo el yugo del patriarcado de su propio amado, yo Marduk, dios macho lamentable e imperioso que la despreció con excusas inapelables y pretextos no medrosos de amor y veneración por la otra mujer santa Verónica artista, hembra humilde de fe ciega y buena. La tragedia se eleva a la altura de un no mito, o vómito noble, vivencia que recupera el canto de los perdedores, Fernando, y de los animales, Aníbal. Claro es que en muchos otros lugares sucede algo parecido, Alzbieta, y ustedes lo saben, Keith, Ronnie, ustedes con Mick y sus amigos hacen parte de la nueva sociedad, sin que a nosotros los doscientos mil cíborg sobrevivientes en los polos nos importen mucho ahora las miles de millones de víctimas que habrá en los próximos cien o doscientos años, muertos de sed, de asfixia, de hambre, ni tampoco los más de dos mil pleitos jurídicos ambientales de repercusión considerable que existen hoy por hoy a lo largo del

planeta, más de cien de ellos en Colombia, por solo hablar de un aspecto de los incontables problemas que ahogan a la vida real sufriente y aún espléndida e imbatible, que desde el mañana Inti Reiki triunfará por su solo testimonio ante un cielo espejo de paciencia por sobre el falso triunfo infernal y pasajero de los Irreales. Hoy mañana morirá un mundo y otro renace, con ángeles de todos los lugares que saben el lugar de cada quien. El diablo y Dios se darán la mano, los diablos, para siempre dignidad de los guerreros, e Isáfora Dumanoia dictará en la cumbre de la Alpujarra el sentido del tiempo para observación de los pecados por ojos sanos que entienden, que ven la belleza contrita de lo que mal y bien fue para solo ser plenitud rehecha. Yo no haré nada, pues no soy nadie, solo un hilo de sangre que vuelve para preservar a Verónica Dumanoia y a Venideras en la lucha, filtración del encanto vengador. Nadie como ellas para encarnar la sed de justicia de Juan y de nosotros en el mundo entero, de los pueblos y comunidades que ahora mismo son devastados por la fuerza rugiente del Cauca mientras Colombia arrodillada suplica por su alma vendida, todo por seis megavatios de más, por un excedente qué venderle los paisas a la subregión, y en verdad nadie como ellas para encarnar la sed de justicia de los más de cuarenta millones de personas desplazadas por dueños y ejecutores de hidroeléctricas de todo el planeta en las últimas décadas y los muchos más millones de seres y cerezas sometidos por el poder y la inteligencia de Satán, esos animales acorralados, uno por uno, incinerados, huérfanos o simplemente encerrados y atrofiados para usufructo del falso ser y la falsa cereza humanoides, las encinas milenarias y los cauchos maduros y esas calladas muchedumbres de árboles reducidas a nuestro beneficio, cortadas o incendiadas sin amor, sin amor, el espíritu del agua ultrajado, los ríos y mares que él alimenta raptados, decenas de ríos robados a su gente y su entorno natural en este breve siglo en Colombia, desaparecidos, subyugados, y los océanos y otros afluentes esterilizados siete veces siete con petróleo, cianuro, mercurio, las gentes que en las cuencas hídricas nacen deformes, todos ellos fueron llorados por Isáfora y sus congéneres una vez y muchas veces, y por estas razones en su realidad prolija y suspirante Dumanoia buscó levantarse en exclusiva defensa propia de su piel de mujer, de su corazón de mujer, de sus ojos de mujer. Recordemos nuestra conversación de hace poco, querida Alzbieta, sobre el poder detrás del poder en cabeza de Bezos y Gates en Seattle, el poder del Valle de la Silicona; el poder de los petroleros en Texas, el poder que hay en la frontera mexicano/estadounidense con fuertes conexiones entre Xinaloa y Urabá… El Metaverso de Zuckerberg como un Gran Hermano… En Rusia y China, el poder de magnates del petróleo y el gas, el poder de las drogas sintéticas, el poder de la mafia que no

contrata sino que impone la prostitución de tantas latinoamericanas, ¡cuántas paisas como Isá, estudiantes de Ática y Prolepsis, cuántas otras no han caído en las marañas de ese poder desde el Parque del Polvo hasta Helsinki, y también muchas rusas en Lyon, norcoreanas y rumanas en Johannesburgo…! El poder de la Iglesia Ortodoxa que experimenta un renacimiento en Rusia… También Irán gravita en ese ámbito con sus ayatolas ultraconservadores… El poder de las empresas de armas está en todos los ámbitos multipolares puesto que pasamos de una Guerra Fría bipolar a una supuesta era del entendimiento que Clinton no supo encaminar, con todo y las pifiadas utópicas de Fukuyama sobre el fin de la historia, que en últimas era verdad, y puesto que pasamos también a las guerras preventivas de Cheney en medio del miedo a lo islámico, ahora con una Iglesia Católica debilitada en cabeza de un triste jesuita amigo… El poder evangélico detrás del pobre diablo de Bolsonaro, el poder detrás de la política radical y de exterminio del actual gobierno de la India contra la población musulmana, el poder detrás de la política contra consumidores de drogas y narcotraficantes de Duterte en Filipinas y su lucha contra el Estado Islámico… El poder detrás de Putin y su apoyo al dictador sirio contra el Estado Islámico, el poder detrás de Boris Johnson y su Brexit para refundar un extinto imperio británico que pretende revivir los castrados tiempos castradores victorianos… El poder detrás de los cancilleres alemanes y su protagonismo en la Unión Europea, y también el poder detrás del Estado Islámico en su lucha terrorista, el poder detrás de la Anatolia euroasiática: ese poder detrás del proyecto turco de islamización de Erdogan en contra de los principios de la República turca moderna de Atatürk, y ahora Cúcuta en el eje de todo, desplazando la atención de las crisis de Alepo y Ucrania en un mundo en el que todo está conectado y mediado por una Inteligencia Artificial fría y autónoma en medio de pandemias mentales pastoreadas con la más asombrosa grifería del control numérico de Daniel y sus amigos en la cadena Intercontinental. Medellín no solo no escapa de esa conexión, es clave para el futuro por los recursos todavía sin nombre de esta zona perfectamente monitoreada, corazón de la biota. Solo hacemos parte en la periferia del orden mundial de unos juegos de poder que mucho nos tocan y afectan, pero nuestra ciudad determina algo desde la Alpujarra con la misma energía impalpable de sus tíos poetas mal avenidos en el basural pasaje la Bastilla y el patético desdén al espíritu de sus empresarios embriagados en sus finquitas mohosas de Fizebad. Igual a la oscura provincia en que murió crucificado un vividor que predicaba de boca la gracia de la sola pasión amorosa, desde este terruño mal amasijado con cemento y hierro forzado se sintió hasta los basamentos de la realidad el gesto de Isáfora al morir y resucitar por su cuenta ese

viernes 13 de junio, hace siete años o siete días.

Siete eternidades…

Redondeando el número de la Bestia, sí: 6,66. Aún no son las doce. Faltan unas horas.

Qué despiadados, Marduk, qué olímpicos son los dioses… Ahora entiendo el video de la intolerable muerte de mi criatura que corre por las redes parejo a tu video de Juan Carlos…

¿Las imágenes bien ensambladas de varias cámaras de seguridad muestran cómo estábamos de amacizados?

Sí.

¿Muestran cómo gozábamos de nuestros cuerpos juntos tal y como hacía días que no lo hacíamos, solo por alimentar el deseo?

Sí.

Te diré brevemente lo que vivíamos uno y otro entre tanto las cámaras grababan esos cuerpos revoloteantes que se mimaban cabeza con cabeza en el Bodegón y por las calles del Parque del Polvo delante de todos y todas.

Hazlo.

Isáfora me llamaba al entendimiento de que el sistema en que vivimos había colapsado, me llamaba a asumir la falacia del matrimonio, para empezar, pero también la necesidad de desafiar lo que la gente más aconductada llama "realidad", o "vida real", y no es en verdad nada más sino la norma, la costumbre, el hábito de un redil de corderos amansados y mal amansados, lobos disfrazados de oveja. Eso decía ella. Y decía: es el momento de hacer ver, como te lo decía Juan Carlos y como lo decían los brujos de Kadera Salvaje, Joche, la Monja, Natalia, tu hermano Raúl, ellos. Hacer ver, tal y como lo han hecho otros poetas en Medellín y en el mundo, Roque Dalton, Wislawa Symborzka, Violeta Parra. Hacer ver o akabí, en emberá eyábida. Era el momento de plantarnos frente al falso festival de cine de denuncia de EPA, patrocinado por Hidroakabí. Era el momento de mostrarnos en todo el poder que nuestra oración había ido enmendando a favor de los más vulnerables. Yo debía invitar a Verónica a hacer parte de la marcha descalza. Debía invitarla a un trío lésbico esa noche, así decía, a desfogar del todo nuestra pasión gozosa electrizada en el licor más caliente y airoso. Y si yo no lo hacía, ella misma la llamaría, porque no había tiempo que perder, dijo, no hay tiempo que perder. Yo no tenía ningún argumento más que decir no, porque a Verónica la conozco, ella cree en la diferencia entre el ser y la cereza, ella cree en los sacramentos y en el amor cultivado para hogares que trabajan con esmero por los frutos de la esperanza y la sabiduría, ella tiene en poco la alineación orgásmica si no es alineación mayor, terrena, materna, materna, porque previo al chacra sexual está el chacra raíz, dice, y si para amar hay que bailar, para bailar hay que amar, gozar del aire,

del paso tumbao, con otro que te reconozca, con quien te arropes y hagas un nido en la luz, no con cualquiera, no por nada. ¡Las estrellas no precisan más hijos, gritaba Isáfora, solo a las hijas esporas madres, nosotras podemos parir por nosotras mismas, podemos amar sin miramientos, nosotras somos la única dueña cereza! ¡Yo te amo por mujer!

¿Eso te dijo?

Yo ya no sabía que hacer. Borrachos, idos a las lunas unas por unas, tomó ella mi dispositivo celular del suelo donde yo lo había dejado en el momento en que me fui a hacer aguas en un arbusto del Parque de la Bailarina, entonces una negra vestida de amarillo dejó ver sus intimidades frente a mí, abiertas como entrañas por donde una espiral de ovarios rosaditos se perdiera desde adentro, yo oí a Isá hablando excitada con Verónica y me devolví a toda prisa, le arrebaté el dispositivo celular donde todo está grabado aún, palabra por palabra, ella chilló en tonos de hembra extraviada, de sola niña confundida, me rayó la cara con sus uñas negras, me rayó el cuello con sus uñas negras, una vez, otra vez, con fuerza indomable, me besó en el cuello chupando como una sanguijuela enloquecida, le mandé un golpe, se fue de para atrás, cayó de cabeza en un montón de piedrecitas, no se levantó.

Señor, Señor mío… Esa es la Isáfora que yo conocí… La de palabra de fuego sabio devorador y voz alzada de niña herida…

¿Y aparece en las cámaras?

Aparece todo tal y como lo has dicho, menos la mujer de vestido amarillo.

Dumanoia, Dumanoia Bailarina estrangulada, fantasma premonitorio, realidad de Isáfora que resucita. ¿Se aprecia en las cámaras cómo dejo abandonada a tu hija en el suelo luego de intentar reanimarla de varias maneras, a los gritos, a los besos, a los golpes?

Se aprecia ello y tu huida veloz. Se aprecia el cómo el cuerpo se mueve una vez te has ido, se aprecia cómo se pone de rodillas mi Isáfora poderosa, cómo se levanta y sale de cuadro. Se aprecia por otra cámara cómo camina ánima en pena en medio de la gente festiva y nadie la ve, cómo llora y nadie la ve, como se acerca a un hotel poco a poco y se adentra en el vestíbulo por entre ujieres y camareras y turistas y nadie la ve, cómo sube dejando un rastro de sangre y lágrimas por los pasillos y el ascensor y nadie la ve, hasta el último piso por las escaleras que toma después, como si las conociera, como si hubiera visitado antes ese hotel de obreras o esclavas caras del sexo, carísimas, y nadie, nadie la ve, solo las cámaras, solo las cámaras.

¿Se aprecia el momento en que se lanza al vacío?

No. En la terraza, al parecer, no había cámaras. Solo se advierte instantánea la caída en el parqueadero de su cuerpo hermoso y el modo

increíble en que se enciende en fuego con el golpe, cómo se eleva ella de inmediato de la hoguera que se hace en su cuerpo de milagros muchos, cómo se va volando rauda en espiral majestuosa, lenta y veloz.

Queda un cuerpo muerto para escándalo de todos, y si Dumanoia Bailarina no se vio, Dumanoia Plena surge de Isáfora cadáver.

…

Keith Richards: "Well, man, as a rocker, just a rocker… Wow. Heh, heh… Let me say that everything is as my beloved master once said. Say it, Ronnie, you got it?". ("Bueno, hermano, como rockero, solo rockero… Uau. Ja, ja… Déjame decirte que todo es como mi querido maestro dijo una vez. Dilo Ronnie, ¿la captas?").

Ronnie Wood: "Yeah. Dearest Chuck. Everything must pass away". ("Sí. Amado Chuck. Todo debe dejar de ser").

Fernando Vallejo: …

Aníbal Vallejo: Fernando, habla en voz más alta, por favor, no te oímos.

Fernando Vallejo: Manada de hijueputas.

Amén.

Amén.

¿Tú cómo supiste después de lo que fue la resurrección inmediata de Isáfora? ¿Dónde está ella ahora mismo? ¿Qué es lo que vivimos hoy? ¿Eres uno de los Irreales?

Yo en el taxi me puse a preguntarle a ese lamentable engreído Doble Seis que me había llevado a La Unión el otro día si a Isáfora se la iban a llevar a un rincón de hotelucho del centro para rematarla y que así quedara mi nombre en limpio. Lo empecé a insultar de lo lindo, diciéndole las cosas más feas. Provocándolo de verdad. Y es que ahora mismo dudo que esa grabación que tú viste de la muerte de Isáfora sea real. Lo más probable, de cualquier manera, es que todo suceda de todas las formas posibles. La verdad es que mi recuerdo es muy turbio, mucho. El hombre, hastiado de mí, orilla y detiene el carro, sale y abre la puerta del acompañante y me jala con todas sus fuerzas. Yo me aferro al volante pero estoy muy débil por la ebriedad y la derrota infinita. Cuando me saca del taxi me tira el dispositivo celular al cuerpo y no se molesta en golpearme. Todas las heridas con las que yo llegué a donde Verónica habían sido causadas por los puños bestiales de Isáfora, desatada con justicia. El diente partido, el hematoma sangrante, todo.

Ella salió a mí.

Pero a mí Rafa nunca me lo ha contado. Tú sí me narraste un día llorando tus violencias con ese santurrón admirable, filósofo calmo, caminante sin afanes, vividor incomprendido sobre la tierra.

"Todo es una sola sombra", le dijo un día a Isáfora, y nos marcó para siempre…

¿Por qué se va, por qué se va la gente? ¿Ya sí podemos decirlo?

Nos vamos para volver, parece ser, o para quedarnos…

Ahora Rafael Marduk es uno de los Presentes, digno Marduk oyente. Y es que la diferencia entre los Irreales y los Presentes, Alzbieta, solo está en su habitación de signos. A continuación, en la Alpujarra, donde nos esperan él e Isáfora, todos nos haremos Presentes, todos, todos, todos en Dumanoia Íntegra y Veraz.

Dios mío, vamos ya.

Todos juntos, Keith, Fernando, Aníbal, Ronnie, en respuesta a Alzbieta: ¡Vamos, vamos ya! Comenzarán los ríos, nacerán los muertos, volverá la realidad a su origen inmediato, resucitado por el muralista Gómez con un aerosol en todas las murallas de los sacrosantos recintos, las masacres del Aro y la Granja, a ojos de todos, los muertos de la masacre de Trujillo flotando y bajando por el río Cauca, las miles de víctimas de Hidroakabí a ojos de sus cómplices nobles y bien puestos en la Nueva Medellín, y las del Cacarica, las de Mapiripán, las de Segovia, y eso solo será el comienzo para el gran mural de Pedro Nel Gómez con aerosol sedicioso en todas las murallas, todas, todas, todas, de todos los sacrosantos recintos todos del planeta todo, todo, todo. Manada de hijueputas, perdonados, ahí pueden ver lo que han hecho. Sangre fue, sangre sea.

Capítulo 17

Casi irreal

–Veloz, con pausas–

¡Tengo miedo! Un miedo infinito de tener un mañana sin preguntas ni respuestas,
más sola que la soledad misma, demolida: por el tiempo en que no amé,
el que me empeñé en amar, y en el que no amaré ni dejaré que me amen.
¡Dios!

Hade, en El hostigante verano de los dioses

Verónica

Me has respondido, por fin, amor, estás vivo, te veo y oigo por WhatsApp en medio del griterío que me rodea, estás vivo y nadie te identifica por allá, cerca, a unas cuadras de la Alpujarra, entre la gente alborozada que ha visto morir a esos Marduk y Dumanoia, o nacer para siempre, tan deslumbrantes como misteriosos, ahora lloro solo de alegría y no de ira y rencor bien ganado por el innoble Roldán-Tesco, la gente aglomerada alrededor está feliz, rebrilla entusiasmada e implacablemente serena, por el aire vuelan riendo tantos cuerpos de todas las edades y especies, mientras los dos ya célebres dioses arden todavía en la cúspide de la Alpujarra, Marduk casi igual a ti y aquella majestuosa mujer divina que, según lo cuentan quienes han logrado oír completas sus palabras, que perduran en los videos grabados por los miles de asistentes, nos cantó la tabla, nos dijo la verdad a todos en el planeta, y que nos invitó a ser en la dignidad alta y purísima e inviolable del recuerdo y la figuración radiante. Me has dicho para mi estupor en sorpresiva videollamada que vaya hacia ti, pues merodeas a unos pasos a mi espera por los lados del nuevo edificio viejo del Área Metropolitana, y que tienes ansias de mí, ¿pero qué es esto tan aterrador y al propio tiempo hermoso que hemos presenciado los antioqueños, los citadinos y rurales de todo el planeta, pues Isáfora

Dumanoia habló y estuvo en todas partes y en todas partes Marduk y ella se lanzaron al vacío sin caer, ardiendo sin consumirse, de dónde esta música celeste de los Renacimientos varios, estos coros de mujeres y hombres y jaguares y serpientes que van y vuelven de la selva, de la catástrofe viva de Hidroakabí, qué es esta imagen pigmentada del recuerdo robusto y animado que crece en el cemento y florece y se hace tierra y agua buenas para quienes sabemos verla y espanto e infierno inextinguible para quienes la niegan o por algo le temen?

Deambulo entre el gentío festivo, yo no vuelo porque prefiero caminar y tengo un destino que desconozco y no es que no me importe, cruzo las calles, soy de la estirpe a la que no le ha sido preciso el resucitar sino ver que muertos estábamos vivos y estaremos eternamente vivos, sigo llorando, hay que morir a cada instante, para nosotros todo sigue igual y nada será igual, dice la gente, todo sigue igual y nada será igual, había que vivir muertos para morir vivos, y yo no logro ni lograré borrar de mi corazón del todo el dolor de mi alma ante el veredicto infinitamente ruin e ignorante de ese infecto Roldán-Tesco alto y elegante insecto que me ha maltratado con honor delante de todos y me ha dicho que mi “pequeño logro” deberá esperar, así lo llamó, “y eso si acaso llega”, añadió, aunque mis piernas, madre linda, ya no tiemblan, y en estos minutos algo se ha resanado y religado en mi vientre, Venidera, Venidera, ¿vuelves a palpitar, te habíamos matado en el momento en que ese relámpago rojo partió en dos el cielo de Medellín y de las urbes del mundo entero? Te sentí morir en mí de la rabia cerrera que me provocaron las palabras despreciativas y humillantes de Roldán-Tesco, su presumida convicción de poder degradar mi obra, su modo de hablar al oído de la otra jurado, de llamarla a un rincón a conversar apartados de los demás, la componenda que seguramente hicieron tan solo para dictaminar con aire de suficiencia que en mi trabajo no hay nada, y punto, sin más argumentos, sin más percepción, sin más motivo que herirme porque sí, porque les nace, porque eso es lo suyo, acabar con el otro, destruir con argumentos.

Me debo sentar.

Cierro los ojos.

Todo está bien ahora, y todo pasará.

Ahí vienes, y menos mal, ya te vi, amor. ¿Qué te he de decir? Me he debido sentar en el andén para cuidar de mi vida, de nuestra vida, pero algo ha terminado, o germinado, para siempre. Una vida se ha ido y solo volverá hecha otra. Dumanoia, Dumanoia, Dumanoia. Me preguntas qué me pasa, por qué lloro tanto. Yo ahora te entiendo, sé por qué no fuiste a acompañarme, por qué ese desplante inenarrable, ya no sé sino mirarte ahora con gratitud por tu compañía indeclinable

de tantos años, tu ser que con ese acto incluso ignoraba más a los jurados y a la institución de la Academia moderna que a mi propio empeño por titularme, pues siempre me animaste a estudiar más allá de lo que otros dijeran, profesores, colegas, estudiantes, y lloro sonriendo sofocada, hipando, conmovida raramente por esa digna y sabia displicencia tuya que al fin me muestra con rigor sumo todo lo que hemos vivido juntos y que ya no ha de ser, ya no ha de ser. Lloro porque no podría enfrentar a ese gran bilioso sin tu ayuda y la de tu familia, la de Daniel, quien yo apostaría lo dispuso todo así, y la de tus padres y de Ángela, quienes han sido para nosotros unos mecenas santos y milagrosos al viejo estilo de los tiempos clásicos, pero yo a esa ayuda no la voy a pedir ni a aceptar más, no le voy a dar gusto de pelea a un mequetrefe aunque por esa recia mansedumbre me muera como Mozart o Van Gogh u otros poetas modernos menos conocidos en la miseria, sí, con nuestra hija Venidera que nadie prevé aún en Bogotá, eso al fin y al cabo no va a pasar, o en donde sea, yo no voy a dejar que sea así, no señores, yo voy a vivir, sépanlo, nosotras no vamos a morir. Tú verás si nos acompañas a otro mundo, a otro orden de vida, no me pidas que me calme, la maestría no me importa y mi obra no acabará aquí. Lloro, Julián, porque quise dar dignidad a esas cerezas tiernas, mira, mira, mis amigas de los corregimientos y los barrios de invasión, que me dieron su imagen, su luz, su voz y la de sus hijitas… Artistas de la vida, Dios mío, Dumanoia, madre, madre buena, luces, luces vivas… Te diré, te diré mi vida, mi vida interior, eso es la vida, eso y no otra cosa, la vida de los últimos meses que recuerdo, la que desconoces por completo, y la de los primeros años, que nadie se imagina, todo un detractar constante, todo una soberbia lamentación por este muladar, desde que me conozco, desde niña, porque tal vez tú desde que nos miramos solo has entrevisto un flanco muy cotidiano de mi ser, amor, o escuetas anécdotas de mi pasado más ido, y esa atención a lo justo y medido de la vida es certera pero a veces demasiado escasa, yo siento que ahora hay tiempo, que nos damos el tiempo, que sabemos que somos libres si lo queremos, me ayudas a levantar, oye, ¿es que esta gente no sabe quién eres? ¿Dime quién era ese Marduk igual a ti pero más canoso que, tal y como lo vi en un video de Instagram, se lanzó al vacío con la ahora celeste Isáfora Dumanoia desde el piso último de la gobernación y permanece ardiendo con ella en el aire, luz feroz por la que pasan o a la que entran y por donde vuelven y salen los ángeles rozagantes y las jubilosas almas víctimas resanadas del ayer inmemorial, cantando, danzando en el aire, en el aire? ¿No eras tú viajero del tiempo? ¿Qué quieres decir ahora mismo vaticinando que lo serás ese dios y que hoy lo eres ardiendo para que tú y yo podamos vivir pobres y felices sin el imperio del proyecto cíborg, alimentando la resistencia de los últimos

humanos que somos los primeros Presentes?

Me tomas de la mano, un taxista joven y hermoso, más bello hombre no he visto en mi vida, lleno de tatuajes, indeciblemente atractivo, viene despacio por la calle mirándonos y tú abres la puerta trasera como si supieras que él nos esperaba para llevarnos a casa. En el camino, mientras nos alejamos de la Alpujarra y subimos por la vía de Las Palmas, notamos que el jolgorio se desvanece y queda una cierta seguridad en el fuego que no se apaga, resguardado en todos los agrupamientos humanos del orbe. Parece una nueva historia bíblica, te digo. Y yo que cuando niña esperaba con ansias ese capítulo nuevo de la serie de televisión que contará mañana la historia de Jacob y Esaú, ese que nos dirá cómo salieron los hebreos de Egipto, ese que mostrará la última mirada de Lot a Sodoma. El cine… Estaba en la televisión, amor, y a mí me conmovía el acercamiento atrevido y siempre inoportuno de una nube resplandeciente que le hablaba a los pobres profetas, ese era Dios, y también la columna de fuego que ilusionaba a los judíos por el desierto, ¡óyeme, esto no es de poca monta!, ¿sabes qué?, esa columna de fuego la he vuelto a ver en mi sueño de ayer, y la había olvidado… Soñé que tú morías y morías con el mundo y te robaba una columna de fuego. ¿Eres tú, Julián, el de ayer o el de hoy? Yo ya no soy la de ayer ni soy la de hoy. Siento, Julián de mi vida, que soy como la zarza y como el fuego de Isáfora y Marduk que arde y no se consume, querido. Puedo hablarte como el chico del inicio de la película de Tarkovski más extraña y diáfana, puedo hablar desde abajo como la nube hablaba desde arriba, tengo una voz clara y sedente que se pronuncia y establecida queda ley nueva en un sedimento del tiempo hecho memoria de los ángeles y de los cristales abajo, no me digas que así es ni me digas que me miras, veo el paisaje de Medellín como si fuera mío por primera vez y última, no es mi morada mi reducto, aquí nací porque mi madre pasaba, las niñas que conocí habían crecido esta semana, te hablo de las protagonistas de mi obra de arte, de mi tesis, y en mi corazón hay imágenes eternas suyas que la memoria no logra borrar, ellas son en sí mismas, perduran en sí mismas, son ellas las que me sostienen aunque no sepan nada ni nadie de su existencia, río adentro, ¿me hablaste desde un camino polvoriento, Lilith?, ¿venías de reconocer el cadáver de tu esposo joven abatido por las balas de los Irreales?, ya no podrías cantar con él ni con tu hija, ¿recoges objetos por el suelo de Altavista que otros llaman basura?, ¿hace juguetes para su día la niña con esos objetos basura?, ¡míralos, son como nosotros, que para otros basura parecemos o simplemente nada significamos! La niña, con la cabecita de un caballito de plástico verde pálido hacía un jinete y una gárgola que presidía la entrada de la casa. Al amanecer, la niña salía y tomaba la gárgola por su tronco de jinete y se dejaba llevar por las nubes

estelares de un boscoso firmamento cruzado por aguas y sendas de aventura. Iba a la escuela con sus cuadernos forrados en una traslúcida cubierta blanca para que no se dañaran sus frágiles tapas de cartón blando, tal y como yo cuando niña, y al volver debía hacer, cansada, la comida que su madre habría querido prepararle y no podía, barrendera del Municipio. Con la muñeca que mamá trajo canto para mí en la tesis una tonada que nadie oye y el mundo es el Génesis, sin mapa ni descubrimientos, sin pecado y sin castigo, rodando su imagen por mi piel de nuevo que pantalla de la vida y sonido de los astros habría sido incluso para los ojos aburridos de Ómar Roldán-Tesco. Este nada más habría dicho, si la universidad me hubiera permitido mostrar mi performance en el Inti Reiki, o en la simple tarde venturosa que ahora se va, esta tarde en que hemos renacido por la fijación del fuego eterno en Marduk y en Dumanoia, que el género del video mapping está agotado. Cualquier sandez como esa habría dicho, con su cara de niño mimado, ejecutivo perennemente regañado, perennemente regañón. Oh, Julián, las fresas están en su punto. Ya no son fresas silvestres, aquellas de la película de Bergman que vimos juntos cuando nos besamos una primera vez. ¿Te salvé la vida, me dices? Sí, nos hemos salvado la vida, amor mío. Tenemos que tener templanza para entender que las cosas han sido de un modo que ya exige cambios, trascendencias, partidas y memorias que se conservan con cariño. Tú y yo tal vez podamos seguir el uno en el corazón del otro, déjame hablar, mírame y verás que el llanto se detiene por una certidumbre calma, no hay más por qué llorar, certeza de lo imborrable, Venidera es hija del Cosmos y tú has sido propiciador, tal vez quisieras ser padre, mas las demandas del tiempo nos hacen otros y será ella quien me guíe. Puede ser que tú nos sigas a nosotras, lo cierto es que aquí no volveremos. Le echo una mirada final a la Medellín donde saludé por primera vez al cielo atardecido sin conocer nada del mundo distinto a mi madre atribulada. Mañana, día del sol sagrado, no veremos ya atardecer en esta tierra. Ha sido demasiada sangre la que ha corrido por las vegas de Colombia gracias a este pueblo envanecido. La avalancha de Hidroakabí no ha terminado aún y parece que ya la hubiéramos olvidado. La reconstrucción estaba paga desde antes. Los espíritus que han vuelto comienzan a irse. Solo queda la imagen para todos de lo que fue. Basta con eso para alzar la frente y hacer el infierno de los decentes, los bien educados, los que no se untan de la sangre, ni de las lágrimas, ni del sudor de la gente que aquellos mismos impolutos pagan con dinero plástico o en transacción digital. Porque estos edificios altos, incontables, apiñados en las lomas del Poblado, la blancura impecable de la Alpujarra, el tráfago jovial y vibrante del comercio en el centro de Medellín, contando con el vértigo de los raponeros, y los acentos

sumamente cariñosos del habla de nosotros sus habitantes, el suave sendero de las calles en los barrios de occidente y los incansables trotes de chicos y grandes por las lomas y peñas montunas del norte, la viga atrabiliaria del progreso que cruza la ciudad y la afeó para siempre, las losas y lozas de cemento que le echamos muy felices encima y se hacen simple placa incandescente al mediodía para los fatigados pies de quien calzado o descalzo la camina, los locuaces miserables sin hogar, conmovedores, hechizantes, sabios y peligrosos, que vagan de lado a lado y saben que vamos a morir de un momento a otro, la anchura de los parqueaderos lujosos, el confortable aire perfumado de los vestíbulos de toda índole, la imperfección sutil o pronosticada de los procesos sociales más delicados y de los proyectos urbanistas más visionarios o, bueno, al menos más ambiciosos, alentados por liderazgos apasionados y alertas como pocos en el planeta, demasiado alertas incluso, de hecho paranoicos por necesidad obvia, obvia, ese empuje avasallante de los gremios, o atropellado, y los sindicatos enfrentados o aliados, atropellados, siempre atropellados, voluntariosos, necesitados de hambre, de atención, de afecto, todo eso es apenas una cara limpia del mecanismo de devastación más horripilante que se pueda uno imaginar en los campos de Urabá, del Magdalena, de las veredas de cientos de pueblos de la nación arrasada, y millones de desplazados y miles de cuerpos y restos picados flotando en los ríos, miles de ojos, miles y miles de manos, de pies, de corazones, o embolsados en los contenedores de basura de las unidades residenciales de tantos hogares de corazón bendecido por la fuga de los capitales henchidos y muy calculadamente dirigidos en asocio con las fuerzas imbatibles que hacen de lo más tierno parte inseparable de la mayor y más villana farsa, tú lo sabes, tú lo sabes, aquí no hay por qué engañarnos más, es peor que Bogotá, peor, mucho peor, aquí han sepultado definitivamente todas las posibilidades de cambio, de restauración pacífica, aquí protestar es pecado, aquí pensar es raro, aquí dañar es bueno, aquí matar es fácil, es el principio, la lógica, lo obvio. ¿Por qué agachan la cabeza ustedes dos, par de machitos, como un par de niños avergonzados de qué? ¿Por qué bajan la mirada, tan hombres que les enseñaron a ser? Roldán-Tesco es el ejemplo perfecto de los cómplices de la abyección, de esos artistas funcionarios públicos que se aprovechan de la creatividad sagrada de todos mal revuelta con una idealizada o supuesta cultura para condescender y favorecer a ese mal llamado bien, mal llamado progreso social, sí, migajas para el perro, mal llamado bienestar, sin democracia, favoritismos sin desarrollo, mal llamada educación, pura doma y ganado de gentes con tal de que sonrían. Porque si no sonríen, vamos es para el hoyo. ¿O digo mentiras? Motor es Medellín fuera de borda de una Colombia maleada

que en otros lugares halla resistencias humanas más firmes y decididas, por mucho que nos maten a todos o a los que toque. Aquí están también, sí, nuestros amigos, los más honorables peones de la sensatez y los poetas más alucinados de la nobleza humana, todos ellos caerán, óyeme, si siguen aquí, a ojos impasibles del capataz estragado, hastiado de sí mismo. Serán apaleados, mártires, acribillados, rostizados con un soplete en frente de sus madres ancianas, descuartizados con lo que haya en frente de sus hijos cariñosos, disueltos en ácido sulfúrico en frente de sus amantes fieles, borrados de la historia en frente de todo un pueblo que recuerda y calla, aniquilados en frente de Dios mismo, santos sin santoral en una parroquia de humo pesado, pestilente, intolerable. Todos dirán que es mejor ni mirar, y así es. Yo me voy con Venidera a sentir los aires de la vida abierta, no sin amor por Medellín, no sin amor, pero reventada, como tú, por esta farsa tan grotesca, tan absolutamente perversa, tan asfixiante y degradante. Los cimientos de Hidroakabí se han roto y se llevan toda una historia de la humanidad consigo. Lo que viene será una devastación mayor que, para los ojos de quien sabe mirar, solo podrá resultar conmovedora, pero yo no quiero esa poesía, no, que sea la tragedia para otros. Sí, cariño. Que sea la tragedia griega para otros. Para mí, para nosotras, el triunfo de la dignidad, aun en la derrota, en el extravío y en la soledad, el desamparo o la muerte en paz de conciencia. Eso es lo único que importa. Lo único.

Ven, Julián, ven conmigo.

Sé el inmortal que renunció a su poder.

Muchacho, ¿por qué te desvías… a dónde nos llevas… por qué vamos a Telëpathos?

Isáfora

Junio 5, 2015. Jueves. 18 h 07 min.

Deshecha, vuelta trizas, tejiendo estrategias.

Cabeza fría. Corazón de piedra.

No me dejaré.

Vamos por partes. La contemplación de aquel disco eventual y fortuitamente viajero en el Planetario nos hace presuponer, gracias a la experiencia, que el contacto íntimo con el presente es ya un desplazamiento en el tiempo, un poder parar el mundo, lo cual para los conocedores de la selva y el desierto es atributo de la divinidad otorgado a quien sepa acceder a él, como Marduk y yo misma. Por eso hemos vuelto calladamente a mirarnos y sabemos con ansiosa seguridad que ya nada puede o debería de separarnos. La idea común

en los cálculos de física teórica que también he adelantado por mi cuenta es que el viaje al pasado es imposible, pues requeriría superar la velocidad de la luz y así romper un límite estructural, lo que haría romper el espacio-tiempo o, es decir, desfondar el Cosmos tal y como lo conocemos. Lo que al parecer nadie sabe es que el viaje al presente más cercano e instantáneo, a la tácita e inalcanzable realidad de lo inmediato, casi imposible, comporta un viaje al futuro concéntrico. Esto es ya una presencia insoslayable, la singularidad, que transmuta la constante de lo simultáneo en doble desde la imagen actual, o forma, del pasado. No hay retorno que no sea un adiós. No hay adiós que no sea un encuentro. Ergo, no hay encuentro que no sea un camino, para andarlo o para desandarlo. Y el pasado aquí.

Así, he vuelto a recorrer varias veces con mi amante, en la habitación habitual de nuestro motel, en el recinto solemne del Planetario, en nuestra mesa hacia la calle de Trementina, los rincones más recónditos del universo, charlando o callando a suspiros, dormidos, de lejos, porque todo me estaba reservado, aunque sin mencionar más, ni él ni yo, ningún programa apocalíptico, por lo pronto, ninguna proclama que los dos, sin embargo, aún pensamos, y siempre vuelvo a este precario santuario de mi cuarto, de mi cuerpo, de mis cosas, que enriquezco con lo que encuentre y lo que las guías me señalan desde antaño y mucho más ahora, cuarzos, velas, plantas, signos, aceites. No ha habido lío, hasta hoy.

En verdad, Marduk y yo en nuestros viajes no hacemos más que dejar inalterado el campo silvestre y esquivar la alteración aparente con ondulados retrocesos de centella insinuante. Todo esto genera nuevas y desconocidas intenciones, nuevas y desconocidas encrucijadas que me llevan a este callejón sin salida. La prueba de fuego es la macro forma pesadilla. Si eres capaz de hacer mito a la pesadilla, o no mito, experiencia alcanzada, no estás lejos de la decisión suprema que los herméticos y los alquimistas cavilaban. Has superado, así sea transitoriamente, a la muerte, o es decir, a la evidencia de una vida detenida. Pasar por debajo de ti simula ser una promesa de la imaginación verificada en el sueño al instante de doblar y reconocer una esquina olvidada, de bajar con alguien amado a un sótano oscuro, de ver cómo se eleva un florero sin que nadie lo levante. Significa plenamente un real pasar por debajo de ti si el florero volador o, en una pesadilla, el león que lanza flechas por las fauces, son asumidos tránsito y realidad con entereza. Pero deja de ser todo un sueño y la vida misma es la pesadilla disuelta en el tránsito cuando tu abandono es saboreo inmune.

La vida entera he estado acercándome a la noción de que Isáfora es tránsito medalla, de que no soy nadie y soy todo.

Con Marduk he podido comprobar que la Isáfora que sueño es la

que vive y que dejar inalterada su violencia o su entorno, su deseo o su corazón, era labor de otra.

Pero en esa otra me transformo minuto a minuto, en la que recibe y se deja a sí misma revertir, como un cuenco susceptible, en lacerante vaciado de su experiencia dejada.

El alcance infinito de mi voluntad perceptiva es mi potestad evocativa.

Dejada en paz, tú no me has engañado nunca.

Dumanoia nace.

Por eso, ya el grito del cielo raso cuando alcanzo la paz de la conciencia y las salvas en la calle cuando la expreso con una simple sonrisa o un trazado justo que empieza sobre el papel no me asustan. Lo único que me importa es torcerle el cuello al consejo sospechoso de Marduk y su condición final, de acomodado sin entrañas. ¿Sí es necesario olvidar, como él me lo recomienda? ¿Está asustado de mí, me ha mentido mago pérfido o habla con desapego y con verdad? Ayer estuvimos caminando las calles de Laureles, lejos de su barrio, lejos del mío, por una vez a la luz del sol mañanero, por el puro placer de vernos. Todo da paso a la frivolidad, todo viaje astral queda en lo mundano, incluso se reduce luego a lo más vulgar. Y es que la pequeñez preciosa de lo cotidiano es el tesoro, sórdido a veces, o siempre pobre, siempre ridículo, ¿maligno el lodo, el raspón? ¿Defenderlo en su ternura iluminada de ratón o de loto es lo adecuado?, me preguntaba yo, rebelde luz que mira. Por supuesto que andamos, andaremos y anduvimos pasos, pero yo contrita a su lado, o enamorada, lo reconozco, no quería que fueran ya esas voces solo para nosotros, preñada además por la noche Venidera, sino para todos, para este fantástico lar de las ruinas y de las bondades que lee. “Bien, pero la vida no necesita defensa”, argumentaba él, ¿insensible? Y entonces vocalizó estas palabras inaceptables y, con todo, exactas: “todo es”. “Claro, marica, todo es”, salté yo, “eso es cierto, ¡todo es!, pero los desarrollistas quieren sofocarlo, ¿no te das cuenta?, ¡anularlo!, y estos carboneros, estas quebradas, para el extractivismo no son lo que son, y ellos pueden hacer que todo deje de ser”, determiné. “Ellos hablan del vector evolutivo del Cosmos”, disertó él, “o sea la conciencia, dicen, como algo ajeno a la materia. Por eso para ellos, justamente, todo no es”. “¡Madre mía!”, respondí yo, niña: me sentía como cuando hablaba con mi difunto padre. “¿O sea que no habría cómo convencerlos de nada?”, le pregunté a Marduk, quien pese a todo, más terco que una mula, o que una recua de mulas, sigue publicando llamados resonantes a resistir la devastación neoliberal desde sus redes sociales, sus blogs, sus documentales. “¿Entonces por qué insistes?”, lo increpé. Él respondió: “Isá, si hubiera cómo convencerlos, sería porque tal vez tendrían razón”.

Yo me quedé de una pieza. Me fascina su puta lógica.

Él continuó: "Es decir, si hubiera cómo convencerlos, sería solo porque tal vez a lo último la conciencia ya no dejaría espacio para nada. En cambio, lo que es definitivo es que no hay cómo vencerlos, pues eso es lo único que les importa, la ley del más fuerte. Eso lo sabe muy bien el pueblo indígena. Mejor dicho: si pudiéramos vencerlos, y si ellos supieran que somos capaces de vencerlos, los convenceríamos de antemano. Pero ya que no hay cómo vencerlos, y todos lo sabemos, es imposible convencerlos, que es lo que pretende el pacifismo, pero ojo, no propiamente lo que buscan los mama de la Sierra Nevada, los jaibaná emberá o los chamanes amazónicos. En otras palabras, para convencerlos sería necesario que ellos fueran otros, y nosotros también. Desde luego, ellos son lo que son, porque son lo que quieren. Nosotros, en cambio, solo somos lo que queremos porque lo que queremos es. ¿Sí te das cuenta? Para ellos nada es. Solo ellos son la conciencia, vector evolutivo del Cosmos".

Yo bufé, incrédula. "¿De verdad crees que piensan todo eso, esa manada de hambreados? ¡Ellos solo engullen!".

Él sonrió. "No se dan cuenta, pero sí, así es como piensan", sostuvo. "Es como en esa novela de Saer, El entenado. Juan José Saer pintó muy bien lo que seguramente creían los europeos que llegaron a estas tierras. Al ver otras culturas en contacto con la naturaleza, se vieron a sí mismos desnudos ante la muerte. Todo lo que llega a comprender el entenado no es más que su imagen de lo que ve. Es él quien cree que las estrellas y montañas y árboles desaparecerán si morimos. Es él, y no los caníbales a quienes nos jura estar explicando, quien cree que los recuerdos son la muerte. En últimas, la idea es que todos los seres humanos estaríamos convencidos de que nuestra presencia puede prolongarse y debe prolongarse. ¿No recuerdas el telefilme educativo que les pasé de Rossellini, Agostino d'Ippona? Tal vez ese día no fuiste a clase".

Yo asentí con la cabeza. "Mejor calla", le pedí.

No calló. "Todo tiene su final", afirmó, y luego se explayó en su palabra. "A esa sabiduría máxima podría llegar y ha llegado muchas veces la civilización, siempre a costa de océanos de lágrimas y de sangre, pero su mirada siempre es demasiado hacia afuera, tanto que a veces no podemos sino aceptar que todo es, por aparente lógica, afuera, pero sin adentro, porque mi adentro es tu afuera y tu afuera es mi adentro, las estrellas que miramos son las estrellas que nos miran, y nosotros su cielo impenetrable".

Seguimos en silencio un momento. Me gustaba el crujir de nuestros zapatos en el suelo.

Hilé. "Todo tiene su final, pero tú dices que todo es", casi susurré.

Marduk no demoró su réplica: "Y tú aceptaste que así es".

Yo también respondí de inmediato: “Lo digo porque así la conciencia sería universal”.

Él pareció comprender. Comentó: “Sí. Pero las fotos que me mostraste de la iguana con su cría desplazadas por la tala de árboles cerca de tu casa solo serían una demostración más que suficiente de que por supuesto lo que debemos rechazar es más poder”.

Lo cogí de la mano, asustada, y lo solté, insatisfecha de su actitud. “Una señora lo decía de esta manera hace poco”, me expliqué: “es como si un buque o un carro no estuvieran conducidos por un ser humano solo porque uno navega el agua y el otro rueda por la tierra. Pero Bataille lo ha dicho sobre la intimidad o la individualidad, o mejor dicho, sobre el interior cuando uno habla de cualquier animal. No sabemos de qué hablamos cuando advertimos o no advertimos que otro ser siente”. “Ajá”, asintió Marduk. “Y al hablar de la muerte es más tremendo ese man”, continué. “Dice Bataille que la muerte nos habla es de la vida, y no de una vida que uno sea capaz de ver, sino de lo que habitaba a otro y uno nunca vio o ni siquiera supo que estaba ahí. La muerte nos muestra lo que no vemos aquí, la conciencia absoluta en esa piedra, el ser supremo en el aire mismo, la vida interior en el vacío imposible o alma de una hormiga, tu yo en un mango, loco que duerme en el andén”.

Él no se sorprendió mucho con mis palabras. “Tú deberías leer a Nietzsche, o releerlo, no sé si conozcas su crítica a los buenos sentimientos”.

A mí me dio risa. “¿Esa es tu respuesta?”, me sorprendí, decepcionada de la Bestia.

Él aceptó el desafío. “Vuélvete a reír mañana”, me interpeló. “O bueno”, continuó, “William Blake también dice que una misma ley para el león y para el cordero es imposición”.

Yo ya me sentí un poco asqueada. “Sí… Todos nosotros preferiríamos ser verticales, pero somos horizontales”, señalé, apretando los dientes.

Ahora quien se rio fue él. “Brillante”, fue su insulso comentario.

No sé si ironizaba. “¿Ahora supongo vas a hablar de metodología, de aporte al currículo?”, me burlé. Él se ruborizó, alzó las cejas, miró a otro lado.

No perdí oportunidad: “Mi padre murió del corazón por esas torturas laborales de profe”, apunté como al vuelo y me detuve en mitad de una callejuela poco concurrida, cerca ya de la avenida Jardín. “A ver… Yo sé lo que es el pragmatismo”, me quejé, “y sé lo que es celebrar el progreso, esa desmaterialización humanista que empezó con la palabra mamá y los gestos mismos, con el entendimiento de lo que una señal indica, un horizonte… Las nenas que predican una sensibilidad sin género, el cíborg, tienen razón,

nadie más que yo les entiende, hay que ser la súper-hembra, pero tal vez lleguen demasiado lejos en lo que llaman con término feo el más acertado poderío de la hembra eterna. ¡Cuál poder! ¿Y es que con qué excusa va uno a suponer que el sufrimiento de los niños que mueren de sed porque se les roba el río o el alimento está desligado del vector evolutivo del Cosmos, esa conciencia que dice defender el payaso de Elon Musk hablando de supervivencia de la especie en Marte sin saber ni siquiera de qué habla?".

Él me quiso frenar. "Tené cuidado con eso del sufrimiento", me advirtió.

Yo no quise. "No", dije, e insistí: "no, no, no. Claro que hay que hablar del sufrimiento, porque esa hembra de oso perezoso que muere quemada en el Amazonas con su bebé por un incendio provocado de la ganadería extensiva soy yo misma, porque estoy hecha de la sangre que me han dado otras bestias durante millones de años, todas las bestias sagradas del orbe, todas las plantas hermanas, todas las aguas madres y sustento, espíritu, o incluso porque, si tú quieres, sí es cuestión de conciencia, pero en el sentido en que lo dicen María Sabina o tu profesor amazónico: hay que sufrir con el otro porque la percepción del ser humano es un culmen de sutileza cósmica que se desdobla y comprende su imagen mortal".

Estaba agitada.

Marduk se mostró comprensivo. Me abrazó. Mi corazón latía rápido. Lo oí decir, pero yo ya no quería estar con él, me quería ir, me quería ir a hablar con la abuela noche… "Y por eso los sabios asumen, Isáfora, y enseñan, que la humanidad no se le entregará tan fácilmente al cíborg. Estate tranquila. La pelea hay que darla, pero por uno, no por otro, y con estrategia, como lo recomienda Bertolt Brecht bajo asedio de los nazis".

Eso estuvo mejor. "¿Y de cuál estrategia hablás en el silencio?", le pregunté. "O sea, si la vida no necesitara defensa, si el pacifismo aceptara la muerte del otro, ¿para qué una vía?".

Su respuesta fue un enigma: "Nunca esperes más de lo que tienes".

Yo me solté.

Alegué: "Eso es pedirle demasiado a quienes lo han perdido todo, a quienes nacieron perdiendo, a las madres que crían a sus hijos en contra de las peores circunstancias".

Él me miraba. "Tampoco he dicho que no pelees".

Eso fue lo único que me hizo quedar aún, pero no debí haberlo hecho.

Marduk reemprendió el camino hacia el parque. "La dignidad es lo único que importa, realmente", comentó, "pero eso es algo personal, y tal vez no te la pueda quitar nadie".

De cerca pude ver los árboles grandiosos que nadie mira, o casi

nadie…

No tuve otras palabras que decir sino: “Este mundo es nuestro, es de todos”.

Él asintió de nuevo con un breve sonido gutural. Caminamos bajo robles y cauchos, nos sentamos. “Pelea”, concluyó.

Yo pensaba en la palabra dignidad. “¿Vamos a pelear juntos?”, le propuse, como una última carta. Era eso o nada.

Él me miró como esperando a que yo siguiera un discurso.

Yo lo hice, dejándome decir: “Tú y yo, descalzos. Una huelga de hambre. En meditación, frente a la Alpujarra. Predicando la renuncia al poder. Singando y prendiéndonos fuego”.

Él negó con la cabeza, sorprendido. “Estás de verdad loca”.

Yo estaba decidida. “Sí. Eso es dignidad. Sin esperas, sin demoras”.

Me volvió a repasar con la mirada, algo amedrentado.

Yo no comprendía ese temor. “Tal vez usted en verdad no sabe ni siquiera quién es usted mismo, todo eso que dice borracho o en la intimidad descarada y pública que quizás hoy lo avergüenza con la conciencia de haber pasado el borde de la madrugada y combatir la dictadura digital de su padre Satán torciendo los ojos a cada rato conmigo, torciéndolos y cerrándolos, porque no puede torcerlos de frente”, le quise hacer ver su maricada, “Ni tampoco pareciera saber de qué habla tanto entonces si dice que la vida no necesita que nadie la defienda, pero en su bellísima y admirable máscara de hombre recomienda resistir ciudadano, plantea el suicidio consciente, desafía las Leyes Eternas y rompe conmigo las últimas cadenas del servicio, entregados al goce irreverente más enredado y desatados”.

Tragó saliva. “Ejem”, pareció retroceder. Aclaró sus términos. “Ante todo, soy humano”, pareció disculparse. “Y Verónica no tiene por qué sufrir por nuestros placeres soberanos”.

Yo miré al suelo. Me sentí traicionada de pies a cabeza.

Me oí decir: “Por eso mismo, por eso mismo”. Pero hablaba sola, risible, ni yo me entendía.

Qué palabras extrañas las de este sujeto, y las mías. No hallé más réplica en el afuera.

¿Mejor sería no decir ya nada? Me supe sola, otra vez, ya para siempre.

Me creo muerta. Me siento muerta.

Pero quieta no me voy a quedar.

Julián

Creo entender el lenguaje de los pájaros que cantan arriba, muy

lejos, en la superficie… Veo los restos del desastre y los cuerpos de la gente pasar flotando bajo el agua, por fuera del apartamento… Nuestro apartamento en el 503 del edificio Puebla, adonde Verónica y su madre y yo sobrevivimos, hace una gran burbuja comunicada dentro del gran lago de agua lodosa que cubre a todo el planeta, y Daniel y Keith nos han dicho que esperemos, que solo esperemos… Somos afortunados, pero según ellos no desmerecemos el privilegio que nosotros anoche celebrábamos al llegar a casa con lágrimas, ateridos de terrible gratitud y adolorido espanto… Y sin embargo, desde aquí veo salir los rayos del sol nuevo del Inti Reiki y oigo bien arriba cantar a los pájaros y creo entender lo que cantan… Cantan una epopeya larga que cambia de lugar en lugar… Sí, amada mía, en este amanecer del solsticio de verano de un año más, un año más en el que todo cambió, querida Isáfora, solo puedo sentarme en la sala y mirar el espeso y populoso afuera inundado, luego de una noche de sueño en últimas bien descansada y el desquiciado concierto de los Rolling Stones en Itagüí, al que asistí con Verónica y otros más cuando salimos del encuentro más insólito con Daniel y los Glimmer Twins en Telëpathos, y boto el aire, hundo mi rostro entre las manos, así de azorado y aliviado. Esta sensación de ligereza y renovación por el sueño más tranquilo es quizás un anticipo de lo que será nuestro paso de este mundo, cuando uno sabe del deber cumplido, y seguro estoy de que todos lo cumplimos, solo que arduo es asumirlo, ¡incluso es imposible!, la vida es impredecible hasta en la muerte segura, nadie sabe de su adentro, del adentro, de un adentro que no sea el obvio afuera del cuerpo sino la imagen del atisbador en el sueño inmaterial. Nuestro deber fatal, igual que cada noche, e igual realmente siempre a cada paso, de la niñez a la madurez, es también un abandono, un dejarse a la incertidumbre de principios, fines y fronteras. Te llamo, siento que siempre estarás a mi lado, Isáfora Dumanoia, gran sacerdotisa perdida, aunque tú y mi yo Marduk nos deslumbramos por fin al otro lado de la marea, ya en las redes sociales otros hablaban hasta ayer, antes del castigo superior de la abuela noche, de encuentros que todo tipo de personas estaban teniendo contigo. Te vieron por la calle, en el barrio Buenos Aires, comiendo chuzo de carne de res con arepa y un chorizo que bañabas en zumo de limón mugriento, te vieron anoche bailando en una discoteca del parque de San Antonio con un montón de negrotes y negrotas, antes de la avalancha, e incluso en Barcelona, en Estambul, en Mendoza, te hiciste presencia para todos y así será para los sobrevivientes que hayan quedado de la noche devoradora. Ya nadie hablaba con miedo. Desde que proferiste tu palabra y te lanzaste al vacío con Marduk y resplandecemos ambos en un solo fuego, detenidos para siempre sobre la bóveda mayor de la Alpujarra, aparecen todavía y bullen, se

desenvuelven aún y emancipan en las paredes posteriormente sumergidas de los baños límpidos y los corredores hogareños de las casitas misteriosas de los últimos pueblos del Medio Oeste americano, o en los atestados bares sumergidos por el lodo de la calle Barbacoas, en donde una vez tardeamos tú y yo con travestis en reposo y ladrones de relojes, y en los sumergidos y deshechos cobertizos endebles pero asaz llenos de armas ahora inútiles de las aldeas rebeldes del Oriente Cercano, y bullen también y resuenan en las sumergidas y silenciosas fachadas de los altos palacios y en los sumergidos y oscuros recintos mayores de las sedes de gobierno, en el sumergido y copado cielo raso de las mansiones del silencio y por entre las sumergidas y olvidadas signaturas bruñidas en jeroglíficos de las salas funerarias de los grandes faraones en sus pirámides, en los sumergidos altares de capillas campesinas noruegas y los sumergidos alminares de gigantescas mezquitas bombardeadas, allí y en todas partes en que el humanoide haya hecho presencia, adentro de las grutas salvajes, debajo de los puentes apoteósicos, al pie de los románticos algarrobos, bullen, bullen largas suertes de tapices medioevales, relatando la saga de nuestro crimen humano parejo de virtudes, a ojos de los niños muertos o sobrevivientes que no la conocen y de los adultos que todo lo saben pero no previeron imagen tan abarcadora y tan formativa, tolerante, anárquica, liberada. Sucede en los convoyes, en los claustros, en los museos, sucede en los coliseos, sucede en los calabozos, sucede en el suelo de todos los patios cubiertos, de todas las plazas de mercado, de todas las oficinas lapidarias. No es una película al acaso, no es un sexo al aire, no es un hueso mordido, ofrece el labio alzado de un sueño voraz, se pliega y despliega cual borde de hoja liminar añejada al alcance del futuro, y no termina, no pasa, y no se queda ahí, no vuelve, y por eso ya desde antes de la inundación a nadie le importaba nada, ni siquiera la propia muerte. Todos defenderíamos ahora la verdadera vida que nos atañe y nos pasa piel adentro, retina del Cosmos, pasión de diosa. Muchos se pararon frente a las cámaras de seguridad de condominios y sitios públicos y de colegios y de hospitales a decir hasta aquí. Basta. Ya no más. No era agradable de ver, en verdad. No era gracioso, no. Algunos hermanos se estaban terminando de matar entre sí o a sí mismos, que es lo mismo, que nunca ha sido otra cosa. Todos buscamos un hálito cordial en nuestras venas, y no faltó la depravación, ni la venganza, los peores excesos, las cosas se habían precipitado más allá del quiebre porque ayer un ocaso se hizo en el día tras el rayo rojo de tu salto al vacío con Marduk, y era justo, y era necesario. Venidera supo de la muerte. Era natural o apenas lógico que así nos sucediera. Tus actos de loca desde el vientre de Alzbieta llevaron a otros actos cuerdos del destino desalmado y no sabemos de dónde nacieron esa cordura dispuesta

para nosotros y esa locura vuelta hacia aquel destino, ni sabemos en este instante a dónde nos llevan tantas vidas y tantas muertes. Dumanoia nos hermana y cantamos con amor incluso en la desesperación solitaria, inmóviles por el frío en una tempestad de fuego y bajo la masa colosal que nos arrolló a la medianoche. Hasta entonces, la máquina de la muerte además lo tenía todo listo para responder a la liberación del pueblo, como si hubiera previsto incluso cosas peores a un alzamiento universal, cosas peores que no sabemos si ya fueron del todo, si acaso de veras vendrán pronto a borrar vuelos y animales y epopeyas, o si sencillamente ya están pasando a la nada y pasaron para siempre jamás nunca desde antes de que el tiempo fuera tiempo. ¿Les habíamos avisado en otra parte a estos patéticos verdugos muertos o náufragos por voluntad? ¿Llegaron a creerse ellos o tal vez realmente son durante un parpadeo los dueños de nuestros días idos y actualizados? ¿Se hace efectiva una memoria de todo y de todos en los confines? Se me hace evidente que sí, sí a todo, porque sí. Hasta estas jornadas prodigiosas en que Alzbieta y yo hemos estado tejiendo nuestro escrito de Isáfora Dumanoia, Irreales y Presentes no éramos en el periplo grandioso de la minuciosa gesta humana sino virtualidad pura confundida en ese trastrueque que tú generaste desde un punto y un momento indeterminados pero muy precisos en el tiempo, punto y momento que eran una sola cosa, tú y solo tú. Hoy hasta los hologramas han cobrado vida y sustancia y peso propios, y nuestros cuerpos adquieren dominio de visión fantasma. No me extrañaría el mayor absurdo en este universo de posibilidades colmadas por el intelecto y el albedrío de Pacha Mama en Poll Fiontega. Los pájaros siguen cantando. Rebrillos del Inti Reiki llegan hasta el fondo en que Verónica, su madre Luz Rebelde y yo esperamos, esperamos, provistos de aire hasta el fin de los fines, si ha de ser del caso. Los cadáveres que flotan afuera parecen pasar para saludarnos, he visto a muchos en su día llenos de orgullo y que ahora es mejor no nombrar, junto con otros que solo parecen haber alcanzado por fin la gloria. Por allí se asoma la administradora del edificio, ¿quisiera entrar a darnos órdenes? Por allí saluda sin ojos el alcalde vecino. Allí flotan entreverados su hijito enamorado y el hijito del vendedor de aguacates, flotan juntos, desnudos, abrazados. Antes del apagón magno y del gran sueño colectivo del jueves, nadie se había dado cuenta de la cantidad de tiempo que había pasado, y solo el falso viernes 21 de junio de 2022 advirtieron el nivel hasta el que había llegado la mentira en el proyecto humano, o cíborg, el delirio, la vileza, la trampa cerrada por dentro. Con todo y eso, la única alternativa de la especie moribunda ya había sido dibujada por ti en tus diarios en espiral poblada de piedra y había sido explicada con sencillez sapiente en esa misma página de esos tus próvidos diarios

ocultos mediante sólidas convenciones de mapa geológico. Un calendario nuevo, una noción del presente central, de ese extremo opuesto que somos al hilo del sol, al fondo del Cosmos, pautada graciosamente por la luna terrestre. La hija de Manuel, que fue tu amiga, estaba en Telëpathos esperándonos con Daniel y Anilina, dispuesta a explicarnos tu legado. María José lo había sistematizado hallando armonías y constantes, como esa secuencia lunar, que corroboraban tu intuición magnífica y acabada. Otra historia empieza para quien sepa leerlo. Keef se pasaba la mano por los labios yendo de un lado a otro de la oficina galpón de Anilina y de sus nuevos jefes Joe y Ralph Murano, que asomándose bufones a espaldas de Daniel celebraban el calendario extendido sobre la mesa. Mick Jagger, Mr. D., sentado a la cabecera, sonreía incrédulo y desentendido, mirando a todas partes, de pronto alzó las cejas con resignación y murmuró: "Paul was always a jerk" ("Paul siempre fue una güeva"), y María José dijo duro: "Ajá", y añadió: "But he was also another genius" ("Pero también era otro genio"). "Yesterday", cantó con su voz rugosa y lejanamente Ronnie, que en una mesita redonda de luz cenital jugaba parqués solo y con un solo dado piramidal. El dado dio cuatro. El tablero era el Parque de la Bailarina. Ronnie llega al cielo con una ficha blanca. Pocos más había en el recinto. Un programa de mano nos informaba que la presentación íntima de esa noche en Manguaré empezaría con un cover de "Let It Be". Pero a nosotros nadie nos miraba. Solo Daniel, en un momento dado, movió su vaso de whisky hacia mí y un plato de aceitunas hacia Verónica. Y Verónica atendía en silencio. Quiso enamorada proseguir la canción celebérrima que había empezado a entonar Ronnie y se equivocó, entonó falsas palabras propias ("Yesterday, if our sorrows were the most beloved", o sea: "ayer, si nuestras penas fueron las más queridas") y solo Mick rio por lo bajo. "I like that", confesó ("Me gusta así"), Daniel lo aprobó, ajá, y se levantó. "Que no busquen reliquias en esta religión", pronunció al aire, y María José, enrollando el pliego del colorido calendario en espiral, anotó: "sí señor, el gallito es triple", seguida de griticos de celebración de los Murano, que vinieron a jalarme el pelo, a ofrecerle más pasabocas a Verónica, a declamar poemas inexistentes. "En la sala de torturas han entrado los torturadores a torturarse por su propia cuenta", me susurró Joe Murano al oído. Todavía no nos afectaba la catástrofe. Parecía que también ellos, como todos, se habían olvidado bastante rápido del desastre de Hidroakabí. "Buen trabajo", felicitó Ralph a Verónica, que me miró de reojo, no sabíamos el porqué de las congratulaciones, ¿o sí sabíamos? "Gracias, tenemos pensado irnos a Bogotá", se adelantó ella. "De hoy en adelante todo el mundo es Medellín y Medellín es todo el mundo", pontificó Joe Murano, y haciendo una señal heroica los invitó a todos a Manguaré,

"¡Sígamen los malos!", y Mick Jagger fue el primero en brincar a su lado, gorsovia. El recital acústico de los Stones estaba dispuesto no desde el principio, sino desde el orden abarcador de los tiempos. Aguardaba como un dardo clavado en el centro de un blanco móvil. Bajamos en limusinas negras, una para cada pareja, y en medio de una balacera llegamos a esa especie de chalet, Manguaré, los convidados y los artistas, agachados, protegiéndonos con chaquetas cortas y abrigos a medio poner, bajamos y cruzamos la calle todavía arborizada muertos de la risa, saltando charquitos de reciente lluvia. De pronto, Verónica se frenó. "Julián, yo no sigo", pronunció casi con rabia, enhiesta en mitad de la calle. Keith, que venía un poco atrás, nos cogió a ambos de gancho y nos llevó adelante. "Don't do that!, don't do that!" ("¡No hagan eso!, ¡no hagan eso!"), se reía, refiriéndose al peligro de las balas, pero acaso también a otra cosa que hubiera pescado en el momento, porque nos aconsejó, en mal español, y luego en inglés, pero resumiré en español sus palabras, que nos mantuviéramos unidos a toda costa, y que de ahora en adelante la situación no sería nada fácil para nadie, ahora menos que nunca, y esto, muchachos, es cosa de la que lo mejor es no hablar mucho, créanme, o no todavía, o no sin saber lo que va a significar el derretimiento de los polos, y en ese momento ya entrábamos en Manguaré, un salón subterráneo no muy grande, en el que estaban algunos nadaístas, Barquillo con María Helena Restrepo, Amílkar buscando algo en el suelo que se le había caído, Gonzalo con Angelita, la ceramista cuyo nombre no recuerdo, nadie más de ellos, y Carolo repartía baretos al que quisiera por entre las mesas, los manes de Kraken y Lucas Guingue con Suárez literato, Papo y Pedro, de Parlantes y Bajo Tierra, tal vez no habían llegado o no irían los otros, estaba Andrea con Héctor, estaban los Yetis, las de Fértil Miseria pero rapadas, a lo punk, estaba la formación original de Ekhymosis, o sea, incluyendo a Juanes de pelo largo, largo, largo, pero con un babero y la boca abierta, en estado de idiotez total, estaba Deyanira con Johana y las de Chochos, pero además había unos cuantos que yo no conocía. Le pregunté a Carolo de lejos si esto era el Arca de Noé, y me dijo: "Siempre dando en el clavo, ¿no? No me hablés de críticos y teatreros de sala, porque a esos se los va a llevar el diablo", y soltamos la carcajada. Todos nos miraban a Verónica y a mí asombrados de que Keith Richards con total naturalidad nos guiara, y él nos indicó que nos sentáramos en una especie de palco bajo, eso era, porque en una pequeña tarima adyacente al escenario había mesa y lugar para pocos, en donde nos acomodamos con él. Gonzalo miraba sin el menor interés la situación, Fernando González entraba de la mano de Débora Arango, quien le decía cosas al oído y buscaba sitio para ambos muy tranquila. Desde atrás Fleisacher y José Manuel también

contemplaban el panorama como si nada de lo que pasara fuera con ellos. “Ustedes son los invitados míos”, dijo Keef, se repantigó y continuó explicando que el planeta había dado un vuelco gigante, como si una anciana se moviera durmiendo y un bebé se cayera de la cama, él hizo el gesto dos veces, juagado de la risa, y quedara el niño como ese bobo que vos ves allá, fue telonero nuestro una vez, bobos como ese, pocos, pero Carolo lo invitó, qué se le va a hacer, en verdad nadie merecería quedar afuera, pero hacerle propaganda al ejército de Colombia lo hace a uno pensar la cosa, en fin, Santi, continuó, “¿Santi?”, se extrañó Verónica de la palabra empleada por Keef para dirigirse a mí, y él solo le dijo, y tú te llamas Adriana, no me preguntes por qué, me demoraría mucho para explicártelo, la cuestión clave es que hoy el calendario lunar de Isáfora Dumanoia inaugura una nueva era humana, ya saben las acciones que preparan Putin y sus aliados en América Latina, luego de lo que ha pasado sin que nadie lo pudiera detener, ya han visto la degeneración tan áspera a la que ha llegado la vida, el tejido vital, tócame, tócame, Verónica acarició sus manos, esto es vida, dijo Keef, pero si respiras, y Keith tomó aire duro, mirándola de reojo, parecía un hurón o un ser de la ciencia ficción del Nuevo Hollywood, sonrió, si respiras sabes a dónde perteneces, y no es a este mundo, hubo un silencio repentino, Keef se mordió el labio y me mató el ojo, Verónica empezó con su retahíla, que yo compartía y comprendía pero me sabía de memoria: me levanté y les dije que iría por unas Coca-Polas, Keef me dijo que para él una Bretaña, los dejé y oí las primeras palabras de Verónica, aquí a todos nos quieren dejar en la calle, no hay cómo conseguir un buen trabajo, una estudia para nada, bajé los escaños buscando con la mirada a Suárez y lo vi darse un abrazo con mis amigos de Kadera Salvaje, que acababan de llegar, peludos, con todos sus hijos, olorosos a marihuana de Silvia y Corinto, fui hasta la barra, le di un beso a María Helena y otro a Barquillo, un apretón de manos a Gonzalo, a Angelita, quienes sonrieron impasibles. Al fondo, en un rincón mal iluminado, Bernardo Ángel y Lucía Agudelo, la Barca de los Locos, se cambiaban de ropa, ¿iban a ser los teloneros?, todo aquí es tan improvisado. Por entre el pequeño gentío, los Murano iban de mesa en mesa saludando y haciendo fiesta, repartían un ungüento con un palito, poniéndole a todos pinticas en la mejilla, en la nariz, en el brazo, diciendo: “esto mata despacio pero es sabroso, esto mata despacio pero es sabroso”, a mí me echaron y sentí un ligero escozor y una energía potente, ah, esto es salud, pensé, “todo mata despacio”, grité, “yiyiyi”, exclamó Ralph, yo me reí, fui hasta donde el literato, nos abrazamos sin decir palabra, le pregunté por Castro Saavedra, mi primer maestro, “¿Carolo no lo invitó?”, “no respondió al llamado”, fue la respuesta de mi llave, “lástima”, dije yo, agachando la cabeza, “¡lo entiendo!”, exclamé con lágrimas en los

ojos, y seguí adelante. Entonces advertí que Débora Arango, por detrás de quien di un rodeo, miraba su celular pasando imágenes con el dedo y gritó: “María José, mirá lo que le hicieron a ese marica”. La hija de Manuel, que seguramente estaba con su padre y toda su familia con los Stones detrás de bambalinas, pidiéndole autógrafos y fotos a Mick Jagger, sobre todo a Mick Jagger, brotó de un súbito círculo de humo verde y se puso a ver lo que Débora le mostraba. La generalidad de músicos salvados por Carolo en Manguaré, nueva Arca de Noé, se interesó en el asunto, y los poetas, todos miraban sus dispositivos. “¿El marica es el marica?”, vociferó Porras, desatado en risas, pero con gesto de pánico. “Ah, le partieron la nalga al Innombrable”, dijo Pedro Villa, de Parlantes. “Parce, qué feo”, comentó María José, tapándose la boca. Veían en silencio un video que corre por las redes en el que, según lo que todos decían, se apreciaba a una comunidad del Magdalena linchando esa tarde a Álvaro Uribe Vélez delante de su familia. Yo me senté con Keith y Verónica, que sonreían muy plácidos. “Amor, Keith me dice que aquí todos somos carne de cañón, menos tú”. “Don’t be serious, don’t be serious”, bromeó él con payaso gesto huraño (“No te lo creas, no te lo creas”, es lo que me decía). Puse las dos Bretañas y mi Coca-Pola en la mesita, y entonces sentí la vibración que subía del centro de la tierra. Keith ya había dado dos pasos al escenario, en donde Bernardo y Lucía daban vueltas alrededor de un Quique de letras. Las cosas empezaron a moverse desde su propio adentro, cada cuerpo a oscilar entre la luz y la tiniebla. Los Stones se habían dispuesto en seis baldosas, una para cada músico. Allí estaban Chuck Leavell en los teclados, Darryl Jones al bajo, Steve Jordan sustituía a Charlie Watts difunto, y Jagger hacía sus pasos al estilo de sus maestros, sex machine, sin cantar, mientras Bernardo y Lucía solo se hincaban en silencio, mirando al suelo con los ojos cerrados, uncidos en el misterio sagrado y demoníaco del blues hecho rock and roll. Las luces parpadearon. Un rugido había comenzado a oírse. En la primera fila se estaban sentando Manuel Mejía Vallejo con Dora y sus hijas y Mateo cuando la energía eléctrica se fue del todo y solo se oyó el sonido de los instrumentos acústicos. El rugido crecía. Jagger estaba cantando una amalgama de “Let It Be” y “Let It Bleed”. Ya había alaridos cercanos. Solo alcanzamos a oír bien, “si te veo a ti en problemas, te toco y me pregunto qué será de ti”, y también los ventanucos se oscurecieron, una ola negra lo cubrió todo, nos sepultó con tanto poderío que ya no se oía nada sino el eco apagado de un cataclismo insuperable. Jordan seguía dándole al cajón peruano con ritmo sostenido, las guitarras hacían pequeñas entradas en acordes elongados, el órgano estaba inspirado, el bajo sobrellevaba todo con tal perfección que casi no podíamos sentirlo, una armónica, una armónica pasaba de lado a lado subiendo y bajando, “déjalo morir,

déjalo morir, déjalo morir, déjalo morir", cantó Jagger, y Verónica y yo nos tomábamos de la mano en medio del silencio solidario de quienes habíamos aprendido a morir desde el momento en que nacimos. Oí los ligeros gritos fruitivos de Joe Murano, y no pude más que sonreír. Daniel y Anilina andarían por ahí. "¿Dónde está tu mamá?", le pregunté al oído a Verónica. "Está protegida por la burbuja inopinada, me contó Keith", fue su sorprendente respuesta. "La burbuja inopinada", repetí yo. Los aplausos no se hicieron esperar. Joe Murano era el dueño del evento, lo grababa en su celular, lo retransmitía por sus redes. Gracias a él otros muchos en el mundo, en la burbuja inopinada, estarían disfrutando del mismo recital privado mientras Poll divulgaba el espanto de la creciente del Cauca, que refluía y alcanzaba las ciudades poco a poco, inexorable, pesada, aplastante, mortal, inclaudicable, justa y merecida. "Yo quisiera morir ya, te lo juro", le susurré a Verónica al oído. "Tú ya ni siquiera eres tú mismo", dijo ella, "ni yo". Guardé silencio. "Keith me lo dijo todo, no hay escapatoria para quien está salvado por la propia muerte". Un escalofrío me atravesó de raíz a raíz. La noche terminó con más canciones, Juanes subió al escenario invitado por Jagger y mostró sus virtudes de guitarrista con una súper-banda improvisada de rockeros paisas, con Andrea, Elkin y Suárez cantando al unísono "Wild Horses" en la versión al español paisa de Viejo Roble. Los aplausos de los Stones en medio de una oscuridad guiada por la luz de los celulares fueron un broche de oro estupendo. Yo no me sentía nada bien, aunque agradecí el momento y bebí toda la cerveza que pude, lo puse todo en ese empeño, orando al espíritu del agua por un perdón suficiente que soportara las otras cabezas del monstruo. Pero en mi mente caían, caían y caían las cabezas y volverían a nacer más veces, y eran la misma cabeza. "Déjalo morir", grité. "Coroncoro, oo, coroncoro, oo", respondió lejos la voz de Ralph Murano. Me sentí hermano de la bazofia, propio de la bazofia, feliz en la bazofia. Había un garaje al que pasamos por grupos, una recámara en donde un Submarino Amarillo nos esperaba. Sellada por dentro, la recámara fue abierta al lodo de la noche y el submarino de los Vividores Muertos salió a navegar, a llevarlos a sus nidos de ave rara, donde acaso los esperara su hijita Raquel, su compañero Victorio, su abuela Pelada. Comandado por los Beatles, el Submarino Amarillo era bastante más de lo que hubiera creído cualquier ateo. Con Lennon conversamos un rato largo antes de que Mal Evans nos dejara a Adriana y a mí en nuestra burbuja inopinada, en donde Luz Rebelde, casi irreal, dormía esperándonos llegar en el sofá con Alegría, Guillaume y Zgougou y sus otros cuarenta y cuatro gatos salvajes y Niña, la perra viejita. Con John y Yoko quedamos de hablar pronto, de salir al mar.

Ya ves, Isáfora, lo que hemos hecho…

Epitafio

–Lentísima–

Todo es tan inesperado, tan súbito e insólito,
que mis deseos se desmoronan bajo el peso de tanta belleza.

El viajero, 4 años a bordo de mí mismo

Alzbieta

¿Qué esperar de lo que resta? No entiendo por qué si Rafa está conmigo otra vez, ayudándome a desempacar y ordenar las cosas en el nuevo apartamento, Isáfora se me hace más presente que él. Beatriz me ha escrito y el proceso de venta de la casa, luego de la catástrofe, se ha suspendido, pero lo importante es que hay un recuerdo de algo que nos vincula, ligado también a ese patio, a ese mango, y es Isáfora otra vez aquí, siempre desnuda en su niñez, siempre un poder que cruza las entrañas de la madre tierra. Los que nos hemos salvado subsistimos sin saber del destino de Julián y Verónica y de muchísimos amigos que, como ellos, han desaparecido del todo, aunque tal vez los desaparecidos somos nosotros. Nos comunicamos, de hecho con Beatriz me chateo, pero no sé si somos más fantasmales que Rafa rehaciendo su biblioteca en el cuarto más fresco del apartamento. No he querido mezclar mis discos ni mis libros con los suyos, ni mis cerámicas, mis cuadros, ninguno de mis recuerdos. Así fue siempre y tal vez por eso conservé lo que era suyo y ha vuelto a ser suyo, cosa que me agradece. Lo único que he puesto en sitio discreto es una piedra plana, circular, pintada de azul, con dos asteriscos amarillos en el centro de cada cara. Divina.

Gratitudes

No hay frase de esta novela que no le deba a la vida de alguien más. Sería infinita la tarea de señalar una por una a las personas a quienes debo la escritura de este libro que me ha permitido sobrellevar años penosos para todos. Sin embargo, no dejaré de mencionar algunos aportes fundamentales. A mi gran amiga y viejo amor, Elizabeth Jiménez, le debo la experiencia traumática que disparó la escritura de la novela, el sábado 8 de abril de 2017, así como el secreto del libro, surgido en una conversación entre ambos semanas más tarde. A mis amigos Andrés Arango, María Inés Isaza, David Betancourt, y a mi psicoanalista María del Pilar Restrepo, les debo lecturas del manuscrito y conversaciones impagables que me han permitido aclarar el camino. Igualmente a Pedro Adrián Zuluaga, que siempre estuvo al tanto de lo que yo estaba haciendo con una historia que nos afectó a ambos y me animó en su estilo delicioso: “Yo nada tengo que ver con sus ficciones”. A mi venerado cineclubista, gestor cultural y realizador audiovisual, Wilson Montoya, a mi esposa Adriana Rojas, a nuestros hermanos activistas Lucy Cadavid Arboleda y Álvaro Restrepo Gaviria, el libro les debe el rescate de datos y documentos que incluso lo configuran. Así mismo, al literato Juan Manuel Zuluaga Robledo, editor de Cronopio, le debemos un excurso clave sobre la realidad contemporánea que sin él no hubiera sido posible. Por último, a mis mecenas les debo todo, y en especial una paciencia casi inverosímil. Son ellos mi familia, desde siempre, desde mis difuntos padres hasta mis adorados sobrinos y cada uno de mis hermanos. A ellos, bendiciones.

Medellín - Cartagena - La Habana - Bogotá, abril 9 de 2017 - marzo 14 de 2022

Maldades. Una historia de Medellín nos presenta una ciudad tan real como o